

150746

LA BIBLIOTECA

—

AÑO II. — TOMO III

HISTORIA, CIENCIAS, LETRAS

LA
BIBLIOTECA

REVISTA MENSUAL DIRIGIDA POR P. GROUSSAC

AÑO II. — TOMO III

BUENOS AIRES

LIBRERÍA DE FÉLIX LAJOUANE, EDITOR

85 — CALLE DEL PERÚ — 85

1897



RICARDO GUTIÉRREZ

IMPRESIONES

Entre las pocas cosas inéditas del Dr. Ricardo Gutiérrez, figura un *Lázaro*, en cinco actos de prosa, que no he podido conseguir, y del cual apareció un pequeño fragmento en *La Nación*, si mal no recuerdo. Su obra se encuentra en la edición de *Poesías escogidas*, publicadas por Biedma, en 1878, que abarcan *La Fibra salvaje* y *Lázaro*, *El Libro de las lágrimas* y *El Libro de los cantos*; en el folleto que contiene el poema en prosa *Cristián*; por fin, en una abundante colaboración en diarios y revistas, que pueden considerarse inéditas para el público: *Raquel*, *Carlota*, *Perdón*, varios *Nocturnos* y *Paisajes*. Se conserva en un libro, que he tenido en mis manos, arreglado por el poeta, parte de esa producción; y no dudo de que se hará pronto, cuidadosa é inteligentemente, la completa edición de las obras, base de toda crítica.

En el Hospital de Niños, cuya fundación sugirió Gutiérrez desde Europa, y cuya obra realizó, dedicándole lo mejor de su vida, sin que le hayan sido perdonadas del todo algunas genialidades, pues es duradero el rencor femenino; en la sala que lleva su nombre hay un cuadro que simboliza intensamente la vida de este noble patrio; cuadro que Gutiérrez había encargado á Europa y llegó á

Buenos Aires el día mismo de su muerte. Es el Cristo de Max, acaso el de la hermosa leyenda de Eça de Queiros. . . « Jesús está lejos. Nuestro dolor está con nosotros. Sin duda, el Rabbí que lee en las sinagogas nuevas, no escucha las quejas de una madre de Samaria, que sólo sabe ir á orar como antaño, á la cima del monte Gerezim ». El niño, con los ojos cerrados, pálido y moribundo, murmuró el nombre de Jesús. Y la madre decía llorando : « ¿ De qué me serviría, hijo, partir y buscarlo ? Largos son los caminos; corta la piedad de los hombres. Viéndome tan pobre y tan sola, los perros saldrían á ladrarme á las puertas de las casas. Seguramente, Jesús ha muerto y con él ha muerto, una vez más, toda esperanza de los tristes ». Pálido y desfallecido, el niño murmuró : « Madre, quiero ver á Jesús de Galilea ! » Entonces, abriendo suavemente la puerta y sonriendo, Jesús dijo al niño : « Aquí estoy ». — Tal es el cuadro, con leves variantes. Erguido y fuerte, lleno de divinas irradiaciones, pone Cristo la mano en la frente del hijo del pueblo. En la mirada de la madre, donde se confunden el desencanto y la esperanza y la congoja arraigada, hay un inmenso poema. Nadie ha conocido como Gutiérrez toda la profundidad de esa expresión y toda su verdad ; — feliz hallazgo del artista que, en aquella sala, á médicos y á profanos, recordará siempre los altos títulos del fundador del asilo. Médico genial, dueño de un prestigio único en nuestro país, su dedicación á los niños desvióle del arte. En esa lucha de adivinación con las enfermedades de las criaturas, — que debían nacer sólo á la felicidad, siendo siempre un misterio espantoso la muerte de un niño, que no sabe explicar lo que sufre, — cayó del todo « la sombra del pesar sobre su frente ».

En el único trabajo publicado, digno de tal nombre y de tal hombre, en ocasión de su muerte, encuentro palabras que deben recogerse para el biógrafo y crítico futuro : « Exquisito compuesto de sensibilidad y pasión, ha dicho el señor Manuel Láinez, mezcla de energías y desfallecimientos, de altiveces y ternuras, de tristezas y alegrías, adusto y familiar, grande á la distancia, y extraño y confuso de

cerca; con todo los lineamientos y todas las luces y las sombras que caracterizan á los hombres de excepción, cuyos contornos conserva la biografía, apuntando sus alternativas, como se estudia el proceso de las grandes almas humanas, casi siempre en rebelión con el medio ambiente en que desarrollan su vida! Su aspecto físico era tan sorprendente y extraño como su espíritu... Nadie pasaba por su lado sin notarlo; atraía y confundía el amalgama de rigidez y ternura de su fisonomía: el conjunto de sus facciones guardaba una inmutable compostura, la completa despreocupación de lo que le rodeaba; pero sus ojos, de incierta y cambiante luz, de mirada buena y afable, denunciaban que el habitante valía más que la fachada de aquella morada humana. »

Pasó sembrando consuelos y recogiendo bendiciones. Murió pobre, como consecuencia de la idea grandiosa y abnegada que tenía de su carrera. ¡Lástima que no haya escrito el poema de la enfermedad, de la agonía ó de la salvación del niño, dejándonos el más punzante y el más hermoso de los cantos! Nunca alcanzó á tener la impassibilidad que muchos ponderan como dón esencial en el médico; y, seguramente, en su imaginación desmedida, sufrió esos dolores inexplicables que exasperaron muchas veces su sensibilidad. Consideráronse simples extravagancias las retiradas imprevistas al campo, con abandono completo de la clientela: ¡Era la fuga del vencido! «Nada podemos contra las fuerzas que rigen la vida y la muerte», decía. Acaso al resistirse á toda medicación, en sus últimos momentos, envolvía, una vez más, á la profesión amada y absorbente, en el concepto de «la infinita vanidad del todo» del verso de Giacomo Leopardi.

I

El Dr. Gutiérrez en el medio convulsivo que siguió á la caída de Rosas y precedió á la batalla de Pavón, hizo sus primeros ensayos

literarios, completando después, fragmentariamente, su obra grande y pura. Fué el poeta de la tristeza y de la piedad; y nunca se dirá del juicio pronunciado por los contemporáneos: *ad pœnitendum pro perat, cito qui judicat*. En són de reproche, si Gutiérrez no hubiese dedicado su vida á luchar contra las enfermedades ¿ se le podría decir con el maestro: « no es lícito sacar la nave á la orilla y exclamar *inveni portum* después del primer viaje » ? Pienso que no: aunque, repito, la más alta producción de Gutiérrez pertenece á la primera juventud. Es la obra de un lírico excelso, y en la monotonía que algunos le achacan, hay admirable unidad de inspiración. Para ese primer viaje, llevaba ya la carga pesada de la pena. El tiempo era azaroso. Trajo de él un libro lírico que, como el libro sagrado de las suertes, llevado al través del Anio por la sacerdotisa de Tibur, nunca será mojado por las aguas del rio !

En su producción es necesario distinguir entre los poemas que el autor, por primera inspiración, llamó cantos, — según se desprende de la carta que el Dr Miguel Cané padre le dirigió en 1860, la cual figura al frente de su libro, — y las poesías líricas, imponiéndose el estudio separado de *La Fibra salvaje* y *Lázaro* que, no obstante las creencias generales, carecen en mi concepto de toda vitalidad como obras de conjunto. No por ello ha de perder nada la fama del poeta. Nunca se salva toda la obra de un hombre; y no es una excepción el caso de Publio Syrus, autor cómico de quien, en el naufragio de su teatro, sólo se salvaron unos centenares de sentencias profundas, y surgió para nosotros una especie de suave y optimista La Rochefoucauld romano !

Carecía Gutiérrez del dón « objetivo » de la vida, de la facultad soberana de plasmar seres humanos; y aunque *La Fibra salvaje* y *Lázaro* se muevan en el mundo indeciso de la leyenda, no satisfacen la trama y el mecanismo de las acciones que constituyen su fundamento. Faltan cohesión y ductilidad. Es forzado hasta el movimiento mismo de las personas en el drama. En *La Fibra salvaje*, Ezequiel ama á Lucía :

Él la soñó para el hogar sereno,
 Donde el ideal de la ilusión se anida,
 Y la encontró, para su hogar perdida,
 En el sagrado del hogar ajeno !

Huye en seguida, dejándola presa de fatales presentimientos. En el canto tercero, Ezequiel aparece convertido en monje :

Monje de los altares,
 Muy larga es tu oración. La noche avanza.
 ¿ Velas en ella, tú, cuando descansa
 De recuerdos el alma y de pesares ?
 Muy larga es tu oración ! — Pasó la hora
 Del rezo y la plegaria ;
 La campana sonora
 Apagó ya su lamentable acento,
 Y en la tranquila celda del convento
 Reina la triste noche solitaria !

Extraña es tu plegaria ; —
 Y el claustro helado y lóbrego y desnudo
 No es tampoco un altar : tú no te humillas,
 No ruegas de rodillas,
 Y estás de pie reconcentrado y mudo !

 Nadie á afrontar su intimidad se atreve,
 Su gesto es como el bote de una lanza,
 Y hay algo en él que revelar parece
 Que aquella tempestad le arrulla el alma !

Allí se encuentra una noche con el marido de Lucía, vendida por aquél después de una orgía (en el canto segundo, « La fuerza del destino », Lucía hizo esa confidencia á Ezequiel, en un encuentro sumamente casual). Julio se confiesa y gime, y Ezequiel le dice :

La sombra del pesar está en mi frente !
 ¿ Por qué entonces tu alma envilecida
 Créee que no alcanzó la pasión demente
 Que agita aún las horas de tu vida ?

Ezequiel mata á Julio (el cuadro todo tiene sombría majestad) y fuga; y en el canto cuarto, convencido de que Lucía ha muerto, se incorpora á las fuerzas de San Martín, y cae combatiendo en nombre de la patria y muriendo por la eterna libertad !

No basta decir, con el bondadoso Cané, padre, que este poema evoca « las endechas de Gulnara y los acentos del Corsario » para que la crítica admita su excelencia, desde que el conjunto es inferior. Es la tendencia romántica pura, la inverosimilitud más acabada; cuadros desasidos sobre fondo opaco y donde las figuras, exceptuando la de Ezequiel, ni contorneadas aparecen: argumento á saltos, cuyos recursos son de trivialidad desesperante en espíritu tan grande. — Pero, hechas estas salvedades, que al mismo Gutiérrez muchas veces presenté, tomemos *El Alma errante*, la desolada *Carta á Lucia*, *La Venganza*, y en el llanto, en el grito, en el rugido, en el cuadro admirable hallaremos la revelación de un gran poeta, que, por medios sencillos, con una forma personalísima, sin necesidad de la rima de los modernos diccionarios de botánica y mineralogía, sin recurrir á la mayúscula para todo sustantivo, como lo hace el « arte moderno », que es una rehabilitación pretenciosa de la charada, ha escrito páginas que vivirán cuanto viva nuestro idioma :

Te amé ! La lengua humana
 Á definir no acierta
 Este vago deliquio de ternura :
 Este secreto arrullo
 De insólito murmullo
 Que con tu nombre al corazón despierta ;
 Este insondable afán que el alma loca
 Me lleva sin reflejo de esperanza,
 Donde la fibra de tu carne toca,
 Donde tu luz de pensamiento alcanza !...

Lázaro sugiere idénticas consideraciones, y no creo que se puedan estimar como irrespetuosas para con uno de los hombres á quien más he querido y admirado en la vida. — La dedicatoria,

hondamente desolada, revela que en el poema hay un cierto simbolismo ; que nació en medio de desvelos y penas de amor, llenándose para unos ojos pensativos las páginas sombrías de esa historia en la que « la desgracia de la vida entera, cruza el corazón como una espada ».

Yo vivo en el hogar de mi destierro,
 Sin misión, sobre el mundo, en mi caída!
 Solo, con la desgracia de la vida,
 Entre mi propio corazón me encierro !

 Canto para que sepas que en mi frente
 No se rebulle el alma de un idiota,
 Aunque vencida y agobiada y rota
 Se abisme en su ansiedad tan hondamente !

En el castillo de Roca, noble español, suena el estruendo magnífico del festín, — alzándose el castillo sobre campos que riega el Paraná! Hombres de aristocrático linaje y mujeres de fantástica hermosura asisten al banquete, y cruzan por los salones pajes y servidores. Esplendorosa es la descripción ; pero no nos equivoquemos : estamos en una Arcadia cualquiera, en un mundo cualquiera del ensueño inseguro. — « Contra el pilar del ángulo sombrío », alguien se destaca, sin tomar parte en el festín; y es un gaucho americano, cuya traje se describe estupendamente y cuya alma aparece, de entrada, indecisa, huraña, contradictoria con la premisa que el poeta estableció, desde que, en resumen, sólo encontramos sublevaciones de esclavo ! Lázaro está enamorado de la hija de Roca y oscila entre la fe y la duda, llegando, en un monólogo retórico, á divagaciones imposibles y decisiones estafalarias, que deshace, alcanzando á Lázaro en plena fuga, un paje, á quien todo le será perdonado por haberlo traído á cantar la trova más bella y más sincera que hayamos oído :

El hondo pesar que siento
 Y ya el alma me desgarrá,

Solloza en esta guitarra
 Y está llorando en mi acento.
 Como es mi propio tormento
 Fuente de mi inspiración,
 Cada pie de la canción
 Lleva del alma un pedazo ;
 Y, en cada nota que enlace,
 Se me arranca el corazón !

Concluída la trova divina, vibrante en el salón, Dolores Roca coloca una flor en el pecho de Lázaro, que parte como una sombra, llevado al desierto por el capricho del corcel. Empieza la muchacha á experimentar filantrópicos y humanitarios sentimientos por el esclavo, cuando de pronto reaparece Lázaro, el payador, naciendo en ella, al fin, el amor, — dulces coloquios que el castellano clausura con una paliza. El payador es expedido al Virrey, en un crucero español, á recibir pasaporte para el viaje más largo. Los presos se sublevan ; matan á la tripulación entera y, después de una serie de peripecias, la primera de las cuales es el ataque al palacio de Roca á quien asesinan, vemos á Dolores enloquecida en un cuadro atado por hilos invisibles. Muerta Dolores, su Lázaro desaparece; perdiéndose en campo abierto, sobre un potro salvaje, perseguido por salvajes pesares. La conclusión es un desarrollo del « motivo » inicial, encerrado en la « Dedicatoria » de que antes hablé.

Á nadie más que á los grandes se debe toda la verdad, aunque sea áspera. No sé si es porque estamos tan distantes de la época en que las páginas se escribieron; ó si será que la más prosaica de las profesiones estreche mi horizonte, limitándome el campo de la visión; pero ese poema, con bellísimos fragmentos líricos, parece hoy de estructura artificial; y su ficticia decoración no puede apasionarnos, ni deleitarnos siquiera. Byron mismo ve día á día declinar su gloria ante la gloria de Shelley. Aquel ciclo romántico tuvo lamentables resonancias en América; el carácter de la leyenda, arraigada en la verdad y en la lógica, que son también leyes de lo sobrenatural en el arte, fué reemplazada por la invención sin trabas ni proporción. — Tan sen-

cilla distinción explica el abismo que existe entre la mayor parte de las *Orientales* de Hugo y *La Leyenda de los siglos*, donde hasta los mismos decadentes beben todavía. Puede que de aquí á largos años, cuando hayamos perdido la noción de lo que era nuestro Paraná en la época de los virreyes, y la noción de la vida campestre argentina en esos tiempos, desaparezca la impresión que nos produce el fondo en que se desenvuelve el poema. Pero siempre se mantendrá firme la impresión contraria al argumento, á los débiles recursos dramáticos y, lo que es más serio, á la idealización del gaucho, que no fué esclavo y que, en la realidad histórica, fué solamente un tipo retardado en el progreso argentino. Escasos medios intelectuales y la falta de costumbre de ocuparme de estas cosas, me impedirán decir cuanto opino, con relieve é intensidad. Gutiérrez fracasó en su tentativa de introducir en el arte argentino,—aunque sea muy apreciable en tal sentido su empeño,—el tipo del gaucho, en quien muchos han creído ver un compendio ó simbolismo del alma nacional. No, pues! Del inmigrado español nació á veces progenie mestizada, en que se confundieron los instintos de dos razas; pero en la mayor parte de los casos, el gaucho fué solo, por todos lados, el descendiente de europeo, sin freno en la vida montaraz y en la batalla con la naturaleza virgen; elemento arreado é inapreciable en las luchas de la independencia; elemento terrible en la formación de la nacionalidad, igualmente dispuesto á no tener voluntad ó á perder la cabeza detrás del rojo trapo del caudillo, al extremo de que casi toda nuestra historia ha sido una batalla de la ciudad contra el llano y contra el monte. No comparto tantos y tantos lugares comunes que circulan, como, por ejemplo, «la noche del año 20», cuando aquella llamada «disolución» era la plena formación de una nacionalidad en embrión; pero me parece que la poetización de los instintos rebeldes del gaucho, es la apoteosis de la barbarie, siendo injusto decir que el porvenir argentino se cifrara nunca en el fatalista y holgazán tomador de mate y tocador de guitarra! Es contrario á la civilización ensalzar á quien no supo labrar la tierra, aunque se diga que no lo hizo por—

que no lo necesitaba; y es crimen la apoteosis del gaucho malo, alzado contra la autoridad, aunque á veces se destaque con relieves de salvaje poesía.

Rafael Obligado, que en la lucha de Santos Vega y Juan Sin Ropa, en la *Muerte del payador*, ha desempeñado á un tiempo funciones de sepulturero y de creador, protestará, con muchos otros, contra estas palabras mías; pero lo presento de testigo y argumento con él. Fuera del partido que los artistas puedan sacar de la vida de tal ó cual gaucho bravío, sólo merece recogerse de lo que se llama genéricamente el « gaucho », la esencia misma de su poesía triste, sin entrar en el terreno de las mistificaciones, desde que, de 1810 á 1850, siempre fué más argentino el hombre del pueblo que el habitante del campo, en cuya afirmación ó regla son admisibles todas las excepciones que se produzcan. De esa poesía embrionaria tenemos una tradición que es y será riqueza de nuestro arte, y una vez más digo que Rafael Obligado, desechando las tentaciones malsanas que pudieron arrastrarlo por pésimos caminos, es el único que ha sabido recogerla, creando un Santos Vega agigantado hasta el mito, admirable y simpático en su carácter legendario, como representante simbólico de la poesía de las llanuras argentinas. La lucha de razas y castas en que Gutiérrez cimentó el *Lázaro*, no es verdadera;—y es de deplorar que, en vez de acertar con el tipo y la fuente honda de inspiración, alma tan grande de poeta nos hiciera un cuento de *out-law*, de castillos, trovadores, pajes y piratas, con desenlace melodramático; cuento de extrañas tierras y extrañas aguas, cuyos detalles soberanos, —la descripción del desierto, la trova genial empapada en profunda melancolía, — el canto tercero, el ¡adiós! de Dolores, no pueden suplir lo que falta en él : la intuición del drama, lisa y llanamente.

II

Hechas todas estas salvedades, que nadie, que yo sepa, ha presentado al público, podemos decir que hemos perdido un poeta lírico muy personal y muy grande. — Fué, por excelencia, el poeta de la tristeza, de la angustia y de la piedad, — no de la caridad vocinglera, tan desmonetizada. « ¿Por qué siempre tu canto es un gemido de la angustia? » — Así, y quito al verso sus alas, pregunta Magdalena, á las puertas del pecado, en el trémulo poema de Gutiérrez. — El artista nos contestaría como el amado, en el poema inmortal: « Porque todo lo vemos al través del llanto, cuando se pierde la esperanza ». — La poesía de Gutiérrez es una visión empapada en lágrimas de la vida pasajera; — que deleita con sus tristezas, que envuelve en dulces y amplias vibraciones, que despierta nobles y profundas simpatías por las penas y sufrimientos humanos. Al través de una lágrima se dibuja en sus versos la existencia; en íntimo consorcio destácanse de sus estrofas el hastío y la piedad, y nadie, como él, con recursos tan sencillos de expresión, ha sabido encontrar notas tan limpias, convertidas en seguro asilo de almas perturbadas, remontando el vuelo en ocasiones hasta la sublimidad misma, de lo que es ejemplo *La Oración*, sincera, llena de claridades crepusculares, de gemebunda y deliciosa inspiración :

Alza la frente que la angustia vana
Abisma en el imperio de tu suelo,
— ¡ Oh criatura humana! —
Y oye ese canto que te llama al cielo!

Los que ignoran que el « arte nuevo » tuvo entre nosotros un precursor, con un poco de menos gramática, en el señor Mendizábal; los que el día menos pensado imprimirán con colores distintos las palabras de un verso, como avisos de farmacia, para mayor sugestión;

los que hacen ondear el símbolo como un estandarte de gloria y la decadencia como un signo de fuerza, han formado el vacío al rededor de la muerte de Gutiérrez y han dejado á los filisteos amantes de su país, la tarea del elogio justiciero. La ingenua belleza, la nota clara y sincera, la inspiración no son para ellos condiciones apreciables, sino infecundas manifestaciones de un arte pasado de moda. En nombre de la inocencia literaria más grande, que comparte el que pasa como introductor del verbo ignorado por la humanidad, desde Homero (incluyendo el Cantar de los cantares), hasta Hugo;—agigantándose las condiciones literarias simpáticas, como prosista, de un escritor muy apreciable que nunca alcanzará á donde llegó Miguel Cané, — zumban las avispas, se exhibe una clase de mandarines, cuyo grave pecado es ignorar que ayer, hoy y mañana el hombre será siempre el mismo; que el arte, sublime y vana y dolorosa función, vive de claridad, de obras duraderas y no de manifiestos de ocasión. El mismo señor Darío debía explicar netamente que no nos trae nada de nuevo. Es de la escuela del inglés Oscar Wilde, discípulo del esteta, cultivador de plantas de jardín japonés, que ha llegado á decir que Dickens se deja leer apenas *en las traducciones* de sus obras!

Semper ego auditor tantum? como decía Juvenal. No es prudente monopolizar el elogio; mediten, pues, antes de fastidiarse. Además, si no estoy equivocado, Shakespeare, lo ha dicho en *Antonio y Cleopatra*: «Oh! el hombre vegeta y languidece, sin producir nada, cuando el soplo violento de la censura no lo agita con sus sacudimientos. El relato de lo malo que de nosotros se dice, hace en el alma lo que el arado en la tierra: la destroza y la fecunda». Para conquistar las cumbres, no basta sonar extrañas teorías;—ni para ser Byron basta salir rengueando como Byron! El vocabulario de algunos colaboradores del *Mercure de France*, no da solo una originalidad.—No es anhelo legítimo la formación de una nueva Bohemia; ni se dice nada con recordar que Villón fué un vagabundo; ni se nos da ejemplo con afirmar que Verlaine tenía el alma como Job

tenía el cuerpo, —brotando algunos rosales al borde de su estercolero! Embriagados con la idea de una nueva poética, consistente no en expresar sino en sugerir sensaciones, no olviden que France ha dicho: «Es desgracia para ellos que todo el mundo no pueda leer dormido». — «¡No me hables por medio de enigmas!» — decían, en són de reprimenda, los personajes de una tragedia de Sófocles. Para producir páginas de una melodía ó de un colorido infinitos que vencen, por ejemplo, á las más intensas de Bourget, no es necesario revolver con el dedo todo los colorinches de la paleta, y pasar, en seguida, el dedo sobre el papel. Acaso, sin salvar nuestras fronteras, podríamos encontrar desde Sarmiento acá algunas páginas comparables con cualesquiera de las más acabadas, y puede que, en día no lejano, tenga ocasión propicia de entrar más hondamente en ésto que, hoy por hoy, me limito á insinuar.

Esperando la obra poderosa y noble de la nueva escuela, que justifique todas estas vanas disputas de palabras, volvamos á nuestro asunto. — Filósofo sin doctrina precisa, en el sentido de que la filosofía sea la ciencia de la unificación del pensamiento; paradójal y audaz, dueño de una desmesurada imaginación; apartado de todos los cenáculos, — Gutiérrez solía desparramar en sus charlas, el lirismo que era la substancia de su sér. Como si el retraimiento absoluto, que se impuso desde la muerte de su madre, diese mayores bríos á la fantasía; como si ese cerebro no pudiese retener todo lo que en él se acumulaba, — á veces salía de su usual parsimonia de palabras y llegaba, en la conversación, á la lucidez misma del genio. En los días de la revolución de Julio, cuando se oía el rumor entre gemido y rugido, de un pueblo derrotado, desenvolvía con su voz profunda el tema de que el niño no conoce la piedad. — Por brusca transición, salió de los labios del poeta, un eco colosal de los sucesos: «*Ah! no levantes canto de victoria, — en el día sin sol de la batalla*»!... La guerra secular, más pavorosa que la bestia hirsuta que vió san Juan, aparecía cual espectro enorme y monstruoso; y, en la penumbra, el poeta con sus voces grandiosas y graves, dejaba, como un

iluminado, estallar aquella fulminación, aquella elegía, aquel canto, el más soberano de los que produjo en la vida. El ensueño había hecho de él un solitario, lleno de savias fecundas. ¿Y, por qué, si tenemos el derecho de dar los reflejos de la impresión que en nosotros producen las obras escritas, se nos ha de negar el derecho de traer la nota de la impresión directa y complementaria?— Lo mejor de la vida mental no pasa á los libros!— Por ello, Pailleron decía que la obra de arte es miserable, vista desde la altura inmensa del ensueño!

Impresionista que anota sensaciones; profesor que no ha encontrado hasta ahora una teoría de conjunto del arte de escribir, sino dogmas ó generalizaciones empíricas, contra los cuales bregó diez años en la cátedra, reconociendo con Herbert Spencer la necesidad de reducir á cuerpo de doctrina los preceptos esparcidos en las retóricas: entrego al público estas observaciones ya largas, abandonando á espíritus doctos la tarea de la clasificación y de la crítica, con determinación del sitio que á mi poeta corresponde en la literatura nacional, donde, durante largos años, tuvo influencia tan considerable.

El lenguaje de Gutiérrez suele ser deficiente en ocasiones. — Indudablemente, el lenguaje es un obstáculo para el pensamiento, siendo al propio tiempo su instrumento indispensable. — Si estas palabras aparecen como paradoja, digo que son de un maestro, que ha sentado la verdad de que « considerado el lenguaje como combinación de signos para transmitir el pensamiento, podemos decir que en él, cual una combinación mecánica, cuanto más sencillas y bien ligadas sean las partes, mayor será el resultado ». El vocabulario de Gutiérrez no suele ser muy abundante; repite palabras y repite imágenes, no sólo en una misma composición, lo que podría pasar como procedimiento ó manera, sino en diferentes poesías, y esto fué en él defecto imperdonable — desliz evidente, que pudo borrar en un cuarto de hora de recogimiento sobre sus obras. Pero, en general, el lenguaje encierra con soltura su melancólica inspi-

ración. — Haced un volumen selecto de sus poesías y tendréis el realce de un poeta eminente, — original en la entonación y en la forma. — Acaso Guido, no sin peros en cuanto á la perfección de la forma externa que se le atribuye en la adoración de su ancianidad, haya sabido encontrar mayores exquisiteces de dicción; seguramente Andrade, gran descuidado, tiene una imaginación plástica de que carece Gutiérrez: el dominio evocador de los razas muertas y de los grandes lineamientos físicos, el dón imaginativo que se impone con la soberanía pintoresca de sus obras; seguramente, Rafael Obligado, cuyo estilo castigado es modelo de corrección —; y ojalá fuese un poco más incisivo y crudo! — ha sabido, como ningún otro, recoger el detalle, la línea recta y grave, el colorido y la poesía de la Pampa. — Pero hay algo en que ninguno de ellos ha podido rivalizar con Gutiérrez: la dulce unción del canto quejumbroso; el vago pensamiento y la profunda congoja, de todo lo cual se suele desprender una nota musical pura y sin mácula. Como las voces que vienen á nuestra alma en los crepúsculos serenos, esas notas detienen, por un momento, el curso de nuestras ideas, en el gran éxtasis de las cosas hermosas:

Soledad, soledad! sobre tu mundo
 Cruza veloz la brisa pasajera,
 Leve como el aliento estremecido
 Que arranca el estertor al moribundo.
 Parece que dijera
 «Silencio!» á la creación con su gemido.
 Entonces, en la bóveda azulada
 Abre como las flores el lucero,
 Y allá, sobre su límpida morada,
 En el cénit del orbe,
 Vaga armonía suena
 Que el espíritu absorbe
 Y con sublime adoración le llena!

Nada más remoto del concepto impecable del arte lírico parnasiano, donde el sonetista famoso quiso, por medio de combinaciones

de la vocal *i*, según explica Lemaître, dar la impresión del trabajo del cincel con que Benvenuto immortalizaba su genio; — nada tan distante de ese concepto del arte, como la sentida y melodiosa poesía de Gutiérrez, — condensada en la *Carta á Lucía*: algo que se siente muy hondo; algo que no sé explicar; algo que quizás sea tan sólo la verdad en el sentimiento y la sinceridad en la expresión. Creo que tuvo escasos estudios de los llamados clásicos. En el vocabulario de sus obras sólo una vez he encontrado una palabra que sugiera imágenes de las letras antiguas: la palabra *Marte*; y no sé si esto es defecto ó cualidad del lirismo puro. Largos años ha, en mis estudios y traducciones de Carducci, me detuvo en *Las Primaveras helénicas*, un *fedriade*, que no me fué explicado satisfactoriamente ni por maestros, ni por diccionarios. Acudí á la fuente y el poeta italiano me encamina á Diodoro Sículo, á tal página, de tal edición. Ventajas de la poesía docta, que se cierra para el alma popular,— como si de ella no recibiera el arte todo su vitalidad! — Dada la manera de pensar de Gutiérrez, los problemas que le preocuparon, el giro idealista de su pensamiento y de su carácter, su anhelo de encerrarse en el mundo que cada cual lleva en sí: su forma respondió á esas necesidades. Retrovertió el artista la visión al interior del alma, cosa curiosa en hombre de ciencia tan docto y perspicaz, para ver en ella únicamente el juego de las pasiones propias, y cantar lo que en el santuario se escondía, condensado en la lágrima, símbolo supremo del dolor y la piedad.

Prescindiendo de la tendencia filosófica de algunos de sus cantos, como ser *Cristo*, *El Misionero*, *La Hermana de caridad*, que no escapan á la regla general, — sus poesías todo revelan menos á un alegre, á uno de esos seres que reciben los contratiempos de la vida con ácidas bufonadas. Fué un triste. Alguna tarde bebió en el misterio vespertino y en medio de una esperanza transitoria, la majestad que levanta al cielo, llenándosele de adoración el espíritu absorto; pero ese mismo canto es un paréntesis, y en sus líneas armoniosas y de celeste serenidad de un momento, hallamos el dejo de la semp-

terna nostalgia de esa dicha que sólo conoció el niño en el arrullo de la madre cariñosa. Contra este mágico cantor que supo de armonías y dolores, se adujo que había dado formas reflejas á las tendencias de un romanticismo trasnochado, — todo porque á menudo lloró y dijo que había llorado. *Sunt lacrimæ rerum*. La inspiración es en unos sonriente, como en La Fontaine; en otros crispada, como en Juvenal; en otros severa, como en Vigny; en otros tierna, como en Lamartine, etc. Pidamos al poeta que sea únicamente lo que es, y ¿con qué derecho hemos de discutir á Gutiérrez su idiosincrasia y su temperamento? — Si la lágrima se convierte en lugar común; si no pasa de un recurso de retórica, es fastidiosa é indigna; pero cuando, en un espíritu alto, se reconcentran todos los sufrimientos humanos y de esos sufrimientos resulta una honda simpatía; cuando codiciando recuperar el bien perdido ó alcanzar el imposible bien soñado, y muerta la esperanza, no sube al labio la blasfemia; cuando todo ello arranca una lágrima al hombre viril; bendito sea el llanto que es consuelo, y bendito el poeta que, con él triunfa y hace llorar! Algunos discípulos suyos, es cierto, soltaron el llanto á voluntad, á ríos, con el desenfado de quien se desprende generosamente de lo que no tiene! ¡Pero, no confundais! Poeta de los muertos y del amor, alma que marchó con perpetua aspiración á la luz, nadie que se asome á su libro podrá decir: «Llamé á la puerta de tu hogar en vano». Sus defectos han sido defectos de lo más externo de la obra de arte, repeticiones, caídas de forma, que son la negación misma de todo rebuscamiento. — Sin embargo, distó mucho de ser un artista completo. No es un elogio recordar, hablando de él, que el artista mayor es aquel que con honda raíz en la naturaleza humana, se muestra capaz de todos los estilos; nos hace ver en cada jornada nuevos misterios de almas y mundos, y nos deja en seguida, como el Mantuano al Gibelino, sin otro pesar que el encuentro con nosotros solos en las encrucijadas de la existencia.

.

He procurado ser imparcial é ignoro si lo habré conseguido. —

Amé mucho á ese hombre « de una fineza de alma excepcional ». — Sin pompas oficiales llegó al cementerio, el médico que, en la campaña del Paraguay, ganó todas las medallas y condecoraciones constituidas por los tres gobiernos aliados, quizá porque había desdeñado un puesto de académico de letras! — Ni una sola voz elocuente y representativa sonó junto al sepulcro del poeta. — Pero, desmintiendo la creencia de que la provisión de aplausos fuese escasa para los vivos, la reacción no tardó en producirse, y pronto se alzaría, sencillo como Gutiérrez lo había deseado, el monumento conmemorativo, allí donde tenemos nuestros muertos; donde el tributo del contemporáneo, que lo acompañará con flores de amistad y cariño, nunca usurpa derechos de la posteridad. — Aun cuando nuestros juicios llegaran á ser rectificadas, los que pasen por delante del monumento recibirán siempre lecciones de esa tumba. En ella brillarían sin menguado las palabras del Latino : *Multorum calamitate vir morietur bonus* : la muerte del hombre de bien es una calamidad pública!

JUAN ANTONIO ARGERICH.

LA BATALLA DE ANGACO

EPISODIO DE LA GUERRA CIVIL DE 1841

La entrevista de Catamarca, en julio de 1841, es el punto culminante de la guerra civil; Lavalle resolvió dirigirse al norte, y ponerse al frente de la coalición; encargándose Lamadrid de invadir á Cuyo, para destruir allí la situación federal. El general Aldao, al apercibirse de que Lamadrid invadía la Rioja, comprendió que había llegado el momento del esfuerzo supremo, pues el caudillo unitario venía al frente de un ejército cuidadosamente organizado durante su larga estadía en Tucumán: escribe, pues, á Oribe solicitando con apremio que lo auxilie. Estamos, por lo tanto, en los comienzos de la última campaña de Cuyo, donde se midieron Lamadrid y Pacheco, decidiéndose la suerte de la república en la batalla del Rodeo del Medio, septiembre 24 de 1841. Uno de los episodios más interesantes de aquella campaña es, sin duda, el de la batalla de Angaco y su dramático epílogo, la toma de San Juan. Ese es el contenido de las páginas que siguen, que constituyen un fragmento de la *Historia de la guerra civil, 1840-1841*, en preparación.

. . . El « presidente » Oribe — que mandaba en jefe el ejército de la Confederación, por razones de etiqueta internacional (1), — al recibo de las apremiantes comunicaciones de Aldao, no tuvo más

(1) Rosas á Pacheco. *Santos Lugares, octubre 18 de 1840*. (Ms. inédito: Cf. Ernesto Quesada, *El general Lamadrid y la campaña de 1841*, publicado en los folletines de *El Tiempo*, junio á julio 1896).

remedio que valerse de Pacheco. No quería dejar á otros la gloria de vencer á Lavalle, al que veía casi fugitivo, traqueado por las lanzas de su vanguardia; tampoco podía comprometer el éxito de la guerra, dejando que Lamadrid triunfara en Cuyo: sólo el general Pacheco podía contener aquel formidable empuje unitario.

En agosto se resuelve Oribe á dividir en dos su ejército, y ordena á Pacheco marche contra Lamadrid, al frente de una división veterana (1). « No necesito ni debo hacer á V. E. — decía Oribe á Pacheco (2) — más recomendación sino manifestarle la esperanza fundada de que, bajo su dirección, aumentará esa tropa los días de

(1) Los documentos oficiales inéditos que detallan los efectivos de esa división, se encuentran en el *Archivo Pacheco*, vol.: *Notas y documentos, 1841*, á foja 45. Están autorizados por el general Eugenio Garzon, jefe del Estado Mayor General del « ejército unido de vanguardia de la Confederación Argentina », y llevan el V° B° del presidente Oribe.

He aquí la composición del ejército confiado á Pacheco:

a) *Plana mayor*: general Pacheco; coronel Francisco Lasala, jefe del E. M., y sus ayudantes.

b) *Artillería*: jefes 0, oficiales 6, tropa 108.

c) *Infantería*: 1° « batallón Independencia », jefes 2, oficiales 16, tropa 400; 2° « batallón Defensores », jefe 1, oficiales 21, tropa 356; 3° « batallón Patricios », jefes 2, oficiales 25, tropa 302; 4° batallón « Libres de Buenos Aires », jefes 2, oficiales 14, tropa 446.

d) *Caballería*: 1° « división del Sud », jefes 4, oficiales 43, tropa 700; 2° « escuadrón Quiroga », jefes 0, oficiales 7, tropa 80; 3° « división Flores », jefes 4, oficiales 32, tropa 452.

Es decir: 15 jefes, 164 oficiales y 2844 soldados.

La artillería se componía de 2 baterías: una de 3 piezas, calibre de á 8; la otra de 4 piezas, calibre de á 4; provistas ambas de su atalaje y juego de armas. Como la munición para los cañones, se llevaban: del calibre de 8, 300 balas y 60 metrallas; del de á 4, 298 balas y 60 metrallas; agréguese á eso 1440 estopines, 200 lanza-fuegos y 150 varas cuerda-mecha.

El parque mismo sólo llevaba 25 fusiles de repuesto, y, para el servicio de la infantería: 2500 piedras de chispa y 80.000 tiros; para las tercerolas de la caballería: 2000 piedras y 24.000 tiros. Es cierto que llevaba unos 400 pares completos de herraduras y otros objetos y útiles de guerra. El sargento armero, Benigno Fernández, era mecánico hábil y llevaba á su disposición todas las herramientas necesarias y los juegos de armas y piezas de repuesto: abrazaderas, baquetas, tornillos, pasadores, etc.

Tales fueron los elementos con que Pacheco se separó de Oribe, el 6 de agosto, en la Cruz del Eje.

(2) Oribe á Pacheco. *Cruz del Eje, agosto 5 de 1841* (Ms. inédito. *Archivo Pacheco*, vol.: *Notas y documentos, 1841*, foja 44).

gloria de la patria y V. E. su nombre militar. » Y al general Aldao le decía (1) que Pacheco marchaba « con órdenes terminantes para perseguir y destrozár á Lamadrid, donde quiera que le encuentre ».

Pacheco se dió perfecta cuenta de la importancia de su misión. « El general en jefe, — le escribía á Rosas, — me ha autorizado para obrar con absoluta libertad, atendiendo á la distancia que debe separarnos, y á los peligros que corren las comunicaciones : por primera vez me encuentro en esta campaña en aptitud de responder á la confianza con que me honró V. E. » (2).

Llevaba á sus órdenes jefes buenos : bastará citar, entre ellos, á Costa, Flores, Lasala, Granada, Rincón, Sosa y otros. En la división predominaba un pronunciado espíritu marcial, y las mismas canciones que se oían en el campamento, así lo demuestran (3).

La marcha del ejército fué verdaderamente heroica. Estaban en tan mal estado las 'caballadas que diariamente había que abandonar

(1) Oribe á Aldao. *Cruz del Eje, agosto de 1841* (Ms. inédito. *Archivo cit.*, vol. : *Notas y documentos, 1841*, foja 43).

(2) Pacheco á Rosas. *Ulape, agosto 30 de 1841* (Ms. inédito. *Archivo cit.*, vol. : *Correspondencia 1841*, foja 235).

(3) Son muchas las que existen publicadas en hoja suelta ; otras hay inéditas. Entre éstas hay una (*Archivo Pacheco*, vol. XIV) cuyos versos son bien malos, pero que parece fué la más en boga en el ejército.

El coro comienza :

*Federales : la patria ó la tumba
Es el grito que suena en la lid :
Pues que muera mil veces Lavalle,
Que perezca mil veces Madrid.*

Se comprende fácilmente cuál es el temple de las estrofas. Hay una que tiene su interés, porque muestra cuáles eran los jefes más aclamados del ejército :

*Con Pacheco, con Costa, con Flores
Con Lasala, Granada, Rincón
Y con Ramos, Domínguez, García
Quitaremos la vil opresión.
Estos bravos guerreros, con Sosa,
Y otros muchos de la división,
Á triunfar del salvaje nos llevan
Y á dar lauro á la federación.*

una cantidad de animales (1); las mulas eran insuficientes; la boyada tenía tal flacura que constantemente quedaba rezagado el parque (2); faltaba el ganado para la manutención del ejército (3); los baqueanos no servían, y sus cálculos eran tales que no podía contarse de antemano con aguadas (4); era imposible reconocer el terreno, y se marchaba á tientas (5); siendo así que se suponía que las fuerzas de Lamadrid dominaban en los llanos riojanos, y se temía un choque de un momento á otro.

El camino de la provincia de Córdoba á la de la Rioja lo obligaba á atravesar serranías y esos característicos eriales, llamados «travesías». Era el desierto y los mil peligros de un país montañoso. Si hoy día son allí mismo desconocidas las carreteras, fácil es imaginarse lo que sería entonces, cuando no había caminos, sino senderos casi impracticables, que requerían «rastreadores» para no extraviarse y perecer por la falta absoluta de agua. «La celeridad de mis marchas — dice Pacheco á Rosas — está en razón de 6 cuabras por hora, por las dificultades de los desfiladeros montuosos y escabrosos de este país, que es preciso allanar y abrir á hacha con trabajadores, para facilitar el paso á las carretas y artillería.» Y agrega: «Mi caballería, en su mayor parte, va tirando sus caballos, habiéndose dado otra dirección por el general Oribe á los 800 caballos gordos con que contaba, de las remesas de Buenos Aires».

Pacheco no se arredró ante tantos inconvenientes: la intuición

(1) Pacheco á Oribe. *Soto, agosto 8*. «En la primera jornada han quedado más de 60 caballos cansados.» (*Archivo cit.*, vol.: *Borradores, 1841*).

(2) Pacheco á Oribe. *En marcha, agosto 9*. «El parque, por la flacura de los bueyes y embarazos del camino, ahora que anochece, aún no ha llegado á Soto.» (*Archivo cit.*, vol. cit.).

(3) Pacheco á Echegaray. *En marcha, agosto 9* (*Archivo cit.*, vol. *Borradores*).

(4) Pacheco á Flores. *En marcha, agosto 9*. «Necesito me diga con precisión la distancia que hay de la Tacanita á los Valdes del Milagro, porque unos me aseguran que no baja de 24 leguas, otros de 20.» Mientras tanto, la verdadera distancia resulta ser de 8 á 9 leguas. Cf.: Flores á Pacheco, *Olla, agosto 11*. *Archivo cit.*, vol. id.

(5) Flores á Pacheco. *Olla, agosto 9* (*Archivo cit.*, vol. *Borradores, 1841*).

de que Oribe deseaba íntimamente su fracaso, le estimuló aún más. Los medios de conducción eran inadecuados; malos é insuficientes los de movilidad; los caminos eran desconocidos y resultaban impracticables por lo fragosos. Los « impedimentos » del ejército eran grandes. En una palabra, la marcha era lentísima, y, para un oficial como Pacheco, aquello era cometer una falta militar grave. Se decide entonces á sacrificar todo á la rapidez de su marcha, pues en acelerar ésta estribaba él la condición fundamental de la victoria.

« La morosidad de mi marcha — escribe á Oribe (1) — es debida : 1° á los inconvenientes que han ofrecido los caminos á las carretas ; 2° á la falta de mulas, para llevar á lomo la carga... pero, á favor de haber distribuído parte de las municiones ; dado dos raciones á la tropa ; de cargar á lomo los armones, y en carreta el resto de los artículos de entretenimiento — que tendré probablemente que abandonar — y devolviendo algo de lo pesado, he logrado aligerarme, y poner la división en aptitud de poder marchar, aunque con medios mezquinos, sin tantos embarazos ». Esa actitud de Pacheco era diametralmente opuesta á la de Lamadrid en esos mismos días, y, contra su costumbre, Pacheco aligeraba su marcha, abandonando sin trepidar lo pesado, y llevaba sólo lo indispensable ; Lamadrid marchaba con una lentitud increíble, arreando á toda la población por delante, y sin querer abandonar las carretas, los bagajes y mil cosas inútiles. El error de Lamadrid era evidente.

Sin perder un momento, Pacheco trazó su plan de campaña, y se dirigió á Aldao — que mandaba en jefe el ejército de Cuyo — diciéndole (2): « Si pudiese V. E. cerrarle (á Lamadrid) la entrada de las provincias de Cuyo, yo, con mi columna, la de la provincia de Córdoba y las fuerzas que operan por la parte del norte, que le obstruirán la salida para Tucumán y Catamarca, la po-

(1) Pacheco á Oribe. *Pichana, agosto 13* (Archivo cit., vol. Borradores).

(2) Pacheco á Aldao. *En marcha, Soto, agosto 10* (Archivo. citado, vol. id.).

sición de Lamadrid sería muy desastrosa, encerrado en un país estrecho y sin recursos de ningún género, ni la esperanza de obtenerlos; mientras, llegada la buena estación, nos pondríamos en una activa movilidad». Como se ve, Pacheco quería circunscribir la campaña á la provincia de la Rioja, acorralar allí á Lamadrid, y deshacerlo en un combate final.

Las medidas adoptadas por Pacheco principiaron á dar sus frutos: pronto supo con precisión cuáles eran los movimientos y las fuerzas del enemigo (1), y las diversas fuerzas federales tomaron las posiciones señaladas, á saber: Aldao y Benavídez, cerrando el paso de San Juan y Mendoza, al frente del « ejército combinado de Cuyo»; Lagos y Maza, con una división, impedían el regreso por Catamarca, y, por lo tanto, la salida al norte; Pacheco avanzaba á su encuentro en plena Rioja (2).

¿Qué hacía entretanto Lamadrid? Había emprendido su marcha, llevando á Pacheco 25 días de ventaja, pues salió de Catamarca el 13 de julio. Su primer medida fué destacar con la vanguardia al coronel Acha, conocedor ya del terreno y que ardía en deseos de vengar la derrota que allí mismo le había infligido poco tiempo antes « el fraile » Aldao. Con ese objeto, valiéndose de sus relaciones anteriores, Acha inundó á la Rioja de cartas, estimulando á los jefes influyentes de las pequeñas localidades á que se sublevaran é incorporaran á la invasión unitaria: esas cartas caían en poder de las partidas de Aldao, que seguían invisibles el avance de Acha y

(1) J. Patricio Llanos á Lucas Llanos. *Ambil, agosto 11*. « La fuerza de Madrid se halla en Ñoquebe, y Acha se ha marchado para San Juan con 1000 hombres y 2 cañones, siendo el día de hoy el plazo en que iba á entrar en San Juan; Peñaloza se encuentra en el potrero de Malansan ». Cf.: L. Llanos á Flores. *Estancia, agosto 12*; Flores á Pacheco, *Olla, agosto 12*; Llanos á Flores, *Saladillo, agosto 13*; etc. (*Archivo cit.*, vol.: *Correspondencia*, 1841, foja 65 adelante; día á día se registran los partes de las avanzadas, con noticias traídas por los hombreros, y de la comparación entre las diversas versiones, podía deducirse lo exacto).

(2) Pacheco á Oribe. *Soto, agosto 11* (*Archivo cit.*, vol.: *Borradores, 1841*).

capturaban sus chasques; Aldao se apresuraba á remitirlas al gobierno de la Confederación (1).

Aldao, á pesar de la decadencia que le producía su desgraciada embriaguez consuetudinaria, tenía sus momentos lúcidos y en ellos recuperaba la famosa claridad de percepción y el buen sentido que lo caracterizaron en la guerra de la independencia, durante la campaña de la Sierra, en el Perú. Solo, frente á frente de un guerrillero audaz como Lamadrid, resolvió obrar con prudencia: hostigarlo sin cesar, retirarle los recursos así que avanzaba, para hacerlo alejar de su base de operaciones; cortar sus comunicaciones con la coalición del norte; y atraerlo al corazón de la Rioja, para encerrarlo en un callejón sin salida. Lamadrid se enardecía persiguiendo á un enemigo que siempre se retiraba, y marchó de tal suerte que, á la semana de haber salido de Catamarca, entraba en la ciudad de la Rioja, evacuada por el siempre prudente Aldao.

Á medida que avanzaba el ejército unitario, el pánico de las poblaciones aumentaba, al extremo de hacerle un completo vacío. « El ejército — ha dicho el general Paz — carecía de organización y disciplina: el desorden que hacía pesar sobre la provincia podía al fin enajenarle voluntades y producir mayor explosión en sentido contrario al que debía desear. Algo de esto hubo, porque vimos pueblos en el interior que se habian declarado con unanimidad contra Rosas, vacilar después y hasta hostilizar á sus libertadores. »

Aldao había comprendido muy bien cuál era el lado débil de la cruzada unitaria, cuya impopularidad en las masas era evidente. Durante la primer campaña de la Rioja, llevada por Oribe de un lado y Aldao del otro, y que terminó por la fuga de Lavalle y la derrota y muerte de Brizuela, la deserción unitaria había sido más que excesiva, escandalosa. Desde que se movió Lamadrid de

(1) Aldao á Rosas. *Los Sauces*, julio 27. La cartas á que alude son: Acha á Juan Ramón Roldán, *Rioja*, julio 11; Simeón Dávila al mismo, lugar y fecha idem (*Archivo Pacheco*, vol.: *Correspondencia*, 1841, legajo suplementario).

Catamarca, el mismo fenómeno se reprodujo: la mejor táctica era, pues, evitar un encuentro formal y que las huestes unitarias se deshicieran solas. La masa de los cuerpos de Lamadrid se componía del paisanaje— y los gauchos siempre fueron federales.

La deserción unitaria volvió á asumir proporciones estupendas (1).

Sin embargo, Lamadrid no se desanima: envía al coronel Acha — que era su brazo derecho — hasta la estancia del finado Brizuela, en Ampira, con el batallón « Libertad », los coraceros de Álvarez, y los escuadrones de Salta y el « Paz », junto con 2 piezas de artillería. Su ejército quedaba así reducido á 1900 hombres, y con ellos se dedicó á rehacer y componer el material de transporte y el armamento.

Lamadrid se desesperaba. « Llegué el 22 á la Rioja — dice (2) — habiendo sufrido la deserción de 30 cívicos de Tucumán. El batallón « Libertad », desde su llegada á Catamarca y en el camino á la Rioja, había sufrido ya una numerosa deserción, y los escuadrones de Salta, al mando del coronel Puch, habían experimentado alguna. Había ordenado al coronel Acha que desmontara dichos escuadrones y los destinara al « Libertad », á consecuencia de haberse ido en una sola noche una partida crecida de salteños, y porque sería el único medio de evitar la deserción de aquellos, pues de 300 hombres que salieron de Tucumán no quedaban más que 140 ». La división jujeña se había disuelto de hecho.

La situación, pues, se tornaba intolerable. La inacción en la ciudad de la Rioja aumentaba las pérdidas del ejército, y ni un solo hombre se le reunía. Los jefes subalternos principiaron á murmurar, y concluyeron por exigir á Lamadrid que regresase á Catamarca. Era, más que el fiasco, el ridículo. Duro trabajo costó al general unitario convencerlos de que debían continuar la campaña empen-

(1) LAMADRID. *Memorias* (Buenos Aires, 1895), tomo II, página 243.

(2) LAMADRID. *Memorias*, ed. cit., tomo II, página 244.

dida (1). « Retrocediendo — les dijo — somos perdidos, porque Aldao, que está á nuestra retaguardia con dobles fuerzas, conociendo nuestra debilidad, saldrá á estorbarnos el paso; dará aviso á Lagos y Maza, y saldrán á esperarnos en la cumbre del Paclín. Oribe, que está á nuestra izquierda, se correrá también hacia Tucumán, y no escapará ninguno de nosotros, porque no tenemos cómo, ni adónde; esto, contando con que nuestros soldados, después de conocer nuestra impotencia, quieran acompañarnos á retroceder, cuando no lo han hecho para ir adelante. » El argumento era exacto: sólo una victoria podía salvar la imprudente cruzada unitaria.

Lamadrid decidió entonces jugar el todo por el todo. Ordenó resueltamente el avance sobre San Juan, fiando á su buena estrella el salir triunfante de un encuentro con el formidable ejército que mandaban Aldao y Benavidez. En la terrible partida de ajedrez que jugaba, arriesgaba la reina—la flor y nata de su ejército, confiada á Acha—amagando con ella un jaque audaz, al atacar de improviso el corazón mismo del contrario, á fin de desconcertarlo. Verdad es que no tenía elección: su juego era forzado.

La posición de Lamadrid era, en efecto, insostenible. Tenía cortadas sus comunicaciones con el norte; á un costado, venían las fuerzas de Pacheco; al otro costado y á su frente, las de Aldao y Benavidez. Se resuelve, pues, á invadir á Cuyo como un recurso desesperado, para salir de aquella aventura á que se había lanzado con su habitual ligereza. Todavía no se convencía de que las ilusiones generosas, la sempiterna tergiversación de los hechos, y las proclamas ampulosas, de poco servían ante la fría realidad. « La Rioja en esos momentos — ha confesado el mismo Lamadrid (2) — nada podía prometer: era un cadáver; la lucha desastrosa que

(1) LAMADRID. *Memorias*, ed. cit., tomo II, página 245.

(2) Circular dirigida por Lamadrid, como « director de la coalición argentina del norte, general en jefe del 2° ejército libertador », y refrendada por su secretario general Benjamín Villafañe, desde el *cuartel general, Pocito, agosto 28 de 1841*. Es una nota oficial á todos los gobernadores de provincia, dándoles cuenta de su campaña hasta

acababa de sostener, y las depredaciones de un enemigo irritado, habían convertido su suelo en un desierto, y este desierto mismo no era todavía libre. Su parte occidental estaba toda ella sometida á la influencia de un ejército enemigo, el del general Aldao, que permanecía inmóvil en « los Sauces ». En los llanos, teníamos la amistad, los esfuerzos de los jefes veteranos Peñaloza y Baltar; pero ese departamento aún se hallaba oprimido por fuerzas enemigas. No hacía muchos días que el ejército de Pacheco lo había ocupado, y aún se veía amenazado por el retroceso de otra fuerte división. En la Rioja, en fin, todo se había disuelto, y hasta la fuerza moral estaba adormecida. La invasión á Cuyo, sobre este cuadro de circunstancias, parecía un pensamiento quimérico; pero si se entreveían peligros de tanta gravedad, no eran menos serias las consideraciones que retrocediendo teníamos que arrostrar. »

Lamadrid había comprendido, aunque tarde, que se había aturdidamente metido en una ratonera. Con la soberbia audacia que lo caracterizaba, esperó salvar, sin darse cuenta clara de cómo: ideó atropellar las fuerzas que consideró más débiles, ocupar las ricas ciudades de San Juan y Mendoza, proveerse allí de todos los elementos de que carecía, sublevar las indiadas del sur — para lo cual contaba con el famoso cacique Baigorria — y, ó batir al ejército de Pacheco y volver triunfante sobre Córdoba, amenazando la retaguardia de Oribe, ó correrse por el sur, para reaparecer en Buenos Aires y sorprender, por un audaz golpe de mano, al mismo Rosas en el centro de sus recursos.

Y debe decirse que si Lamadrid hubiera sido el mismo de la famosa lucha con Quiroga, el plan habría tenido grandes probabilidades de éxito. *Audaces fortuna juvat*, dice el proverbio antiguo, y en este caso se cumplió de tal manera, que el éxito más inesperado coronó los primeros pasos del intrépido guerrillero unitario.

entonces; aprovechando de una imprenta tomada en San Juan, la circular fué impresa y acompañada sólo de una nota manuscrita de remisión. *Hoja suelta* de mi biblioteca: ejemplar rarísimo.

En efecto, ordena Lamadrid al coronel Acha que, al mando de su división, se destaque rápidamente sobre la ciudad de San Juan, acelerando su marcha, tome aquella plaza, y aproveche del desconcierto del enemigo — al que tenía orden de flanquear, rehuyendo cualquier encuentro — para remitir al grueso del ejército los elementos de movilidad, equipo y subsistencia, de que tanto carecía. La división Acha fué montada requiriendo los mejores caballos del ejército entero, y éste quedó inmovilizado á la expectativa de aquella embestida audaz. Lamadrid quedó con 1500 hombres, y Acha llevó 900.

Pero Aldao vigilaba. Adivinó el movimiento unitario, y comprendió que el éxito de la campaña dependía únicamente de cortar á Acha del resto del ejército, y destruirlo. Por medio de un hábil movimiento de flanco, opera su incorporación con Benavidez, y marchan ambos sobre Acha.

Éste, entretanto, obedeciendo sus instrucciones y evitado el temido encuentro con Aldao, había volado: el 13 de agosto penetraba con felicidad en la ciudad de San Juan, cambia el gobierno, nombra al coronel Burgoa, reúne febrilmente caballos y haciendas, levanta contribuciones, acopia víveres, y se prepara á efectuar su reincorporación con Lamadrid. Hasta aquí el éxito más feliz había coronado aquella atrevida operación.

El ejército de Aldao y Benavidez se acercaba, sin embargo, á marchas forzadas sobre la ciudad. Acha pudo haber escapado, convergiendo hacia el norte. La facilidad de su primer éxito lo envaneció: despreció al adversario; ávido de gloria, deseoso de borrar su vergonzosa derrota de Machingasta, tiene la soberbia de avanzar al encuentro del enemigo. Tanta era la seguridad que tenía en el triunfo que descuida dar aviso á su jefe, no toma precaución alguna para salvar los preciosos elementos acopiados, y trata de alcanzar solo los laureles de la victoria, porque la rivalidad entre Acha y Lamadrid era conocida de todo el ejército (1).

(1) PAZ. *Memorias póstumas* (La Plata, 1892), tomo II, página 455.

Lamadrid, al dar cuenta oficial de estos sucesos á los gobiernos amigos de las provincias, es muy parco en sus apreciaciones. Dice al respecto, que la vanguardia, al mando de Acha, había ocupado la capital de San Juan el día 13 y se había montado perfectamente : acababa de reunir lo necesario para auxiliar al ejército, cuando apareció en las inmediaciones de la « Punta del Monte » la división del general Benavidez. « La legión Brizuela, al mando del comandante Crisóstomo Álvarez, había salido en persecución del coronel Oyuela — el gobernador depuesto — que huía en ese rumbo. Al llegar á aquel punto se encontró con una y otra fuerza reunidas : ordenó la suya inmediatamente, las atacó y arrolló en todas direcciones. Un momento después se descubrieron los polvos del ejército de Aldao, que en masa se acerca á protegerlos. El general Acha, entonces, que con su columna seguía los pasos de Álvarez, formó su línea y esperó » (1).

Generoso se ha mostrado Lamadrid en esa exposición. Acha sabía por sus bomberos los movimientos enemigos, y es obvio que, si hubiera estado resuelto á evitar el encuentro, no sólo no habría destacado la columna de Álvarez — cuyo aturdido valor era proverbial — sino la habría seguido á corta distancia. Sin duda creyó que le sería fácil derrotar primero solamente á Benavidez, y confiaba en el pánico que ese hecho produciría en las fuerzas de Aldao, para no tener más tarea que sablearlas.

Pero se equivocó. La batalla á que se le provocaba y que aceptaba con tanta ligereza, era un encuentro serio. Aldao, como general en jefe del « ejército combinado », había destacado á Benavidez con la vanguardia para atraer á Acha é impedir su escape. Venía á la cabeza de 2000 hombres : Acha, imprudentemente, sólo había sacado de la ciudad 500, estando los otros esparcidos recogiendo ganado y otros recursos.

No podía ya retroceder Acha. Viéndose tan comprometido, se

(1) Circular citada. *Pocito*, agosto 28 (Hoja suelta de mi colección).

decidió á aguardar á pie firme al enemigo, suponiéndole desmoralizado por la derrota de su vanguardia (1).

La división de Acha se situó dejando á su espalda una ancha acequia (2); colocó la infantería y artillería en el centro, los dos cuerpos de caballería á ambos costados.

El ejército de Aldao hizo idéntica operación, pero, mucho más numeroso (3), destacó 600 ginetes para envolver y flanquear al enemigo.

Apenas estuvieron las lanzas federales cerca de la línea unitaria, las dos alas de ésta se precipitaron sobre los que cargaban, los rechazaron, y regresaron á su puesto. Volvió Aldao á efectuar una carga de caballería, esta vez por ambos costados; pero, careciendo de artillería, no podía apagar los fuegos de los cañones unitarios, que causaban estragos en sus filas. La caballería federal fué recibida á pie firme por las lanzas unitarias y se produjo un entrevero horrible, que duró pocos momentos, volviendo grupas los ginetes de Aldao.

Éste, con bastante ojo táctico, aprovechó el momento decisivo del entrevero y la consiguiente confusión que aquello producía en el campo de batalla : ordena al coronel Díaz que adelante al paso

(1) *Diccionario biográfico nacional* (Buenos Aires, 1877), tomo I, página 6 : « Acha contaba con 400 y tantos soldados, poco aguerridos... ». Esa versión es inexacta. En realidad la división al mando de Acha, se componía (Cf. : Villafañe, *Reminiscencias*, en *Revista Nacional*) :

- a) « Batallón Libertad », 250 infantes, coronel Lorenzo Álvarez ;
- b) « Legión Brizuela », 200 ginetes, coronel Crisóstomo Álvarez ;
- c) « Escuadrón Paz », 140 ginetes, coronel J. Francisco Álvarez ;
- d) « Artillería », 2 piezas, 30 soldados ; jefes : Quirno y Achondo .

(2) N. LARRAIN. *Compendio de historia argentina* (Buenos Aires, 1883), página 214. « El lugar del combate, conocido con el nombre de Punta del Monte, departamento de Angaco Norte, está situado á 8 leguas de San Juan, y toma su nombre de la entrada ó punta que forman las alamedas ó montes de árboles que se internan en la región inculta de la travesía. »

(3) El « ejército combinado » tenía cerca de 2300 hombres : 700 de infantería y 1400 de caballería : ésta venía mal montada, con los animales cansados. Carecía de artillería. La división de Acha, con ser la cuarta parte de la de Aldao, tenía la triple ventaja de estar descansada, bien montada, y de su artillería, sin contar con los accidentes del terreno, que la favorecieron en extremo.

de trote con la infantería (1) contra el centro unitario, á fin de desbaratarlo y arrebatárle los cañones, reducidos por el instante á silencio, para no herir indistintamente á amigos y adversarios.

Acha, que demostró ser un general experto y de una serenidad admirable, preparó al choque á su famoso batallón « Libertad ». En esos momentos « tenía en la mano una varilla, con la que aparentaba jugar con el abandono de un niño; y, con su sonrisa habitual en los labios, les señalaba el enemigo, arengando á sus soldados con estas palabras que tienen algo de sublime: « ¡Pícaros, ahora váis á ver! » (2).

Volvió á tronar la artillería. Sin embargo, los batallones federales avanzaron bizarramente, sufriendo la metralla á quema-ropa. Recién cuando tocaban casi los cañones, se trabó el combate, pero furioso y encarnizado, al arma blanca, atropellándose recíprocamente ambas fuerzas á la bayoneta. Acha en persona cargó al frente de sus infantes: fué increíble el heroísmo desplegado por ambos lados; pero era una lucha desigual: 200 contra 500.

Acha habría sucumbido seguramente, si en el interín el entrevero de las caballerías no se resuelve en favor de los unitarios, y vuelven los escuadrones de Álvarez, abandonando la persecución de los contrarios, para apoyar el centro de su línea, acuchillando por la espalda á los soldados federales.

La derrota de la infantería de Aldao era inevitable: su jefe ordena formar cuadro y comienza la retirada. Acha la respetó: todos estaban estenuados; y el campo, sembrado de cadáveres.

Eran las 2 de la tarde, y se peleaba sin descanso desde temprano. Hasta entonces, Acha había aprovechado admirablemente de las ventajas que le ofrecían los accidentes del terreno, á saber: una acequia profunda y una tupida alameda. Resuelve trasponer la

(1) La infantería de Aldao se componía:

a) « Batallón mendocino », 350 hombres, mayor Barrera;

b) « Batallón sanjuanino », 350 hombres, coronel Francisco D. Díaz.

(2) *Diccionario biográfico nacional*, ed. cit., tomo I, página 6.

acequia y parapetar su infantería tras uno de sus bordes, haciéndola tenderse en tierra y apoyar los fusiles en el mismo borde de la acequia.

Aldao estaba furioso : principiaba á perder su sangre fría. No se resignaba á que se le escapara la presa ; rehace precipitadamente sus batallones y los arroja á una nueva carga, sin esperar á reunir su caballería, que se había desbandado.

Ese fué su error capital. Es indudable que si reorganiza tranquilamente sus fuerzas, Acha no estaba en estado de impedirselo, y habría podido entonces ultimarlos con ventaja.

Los ginetes federales, á pesar de estar algo desmoralizados y de la confusión producida por la mezcla de los diversos cuerpos, embistieron denodadamente. De nuevo se produjo un reñido entrevero, que el valor insensato de Crisóstomo Álvarez — á pesar de haber recibido una grave herida — decidió á favor de los unitarios. Esta vez la persecución se inició, pero Aldao protegía sus ginetes con los batallones de fusileros de la reserva, y las descargas de estos hicieron replegarse á las legiones de Álvarez.

El campo de batalla presentaba, en esos momentos, un aspecto de confusión indescriptible : ambas caballerías, montadas á la usanza criolla, — vale decir, en potros chúcaros, cuyos corcovos y cuyos sustos al oír la fusilería impedían á los jinetes manejarlos con seguridad, — se veían disparando en todas direcciones, con los caballos desbocados y enloquecidos con el estampido del cañón. ¿Quién triunfaba? En vez de una batalla de la época contemporánea, parecía aquel un encuentro medioeval : las lanzas mismas resultaron ser un estorbo, y aquellos gauchos, improvisados de soldados, preferían arrojarlas y pelear con el machete, que se asemejaba al « facón » tradicional. Silbaban centenares de boleadoras destinadas á derribar los ginetes contrarios, y el lazo más de una vez arrastraba á los oficiales poco prevenidos. Al cargar, los soldados atropellaban como si no se dieran cuenta del peligro, fiando el triunfo más en el empuje de la « pechada », que en lo afilado de sus chuzas. Las « fanta-

sías » árabes eran pálidas al lado de las proezas de aquellos centauros argentinos. Uno de los sobrevivientes de Angaco acostumbraba decir que en su vida había presenciado espectáculo más imponente y más arrebatador que aquellas cargas salvajes de caballería y aquellos entreveros sin ejemplo, en que había que herir á diestra y siniestra, sin saber si se trataba de amigos ó contrarios.

Aldao perdió entonces la cabeza : ordena al comandante Rodríguez que cargara por la retaguardia enemiga, pero Acha, rápido como el rayo, presiente el movimiento, hace girar súbitamente á sus infantes, y estos fusilan á quemarropa á los ginetes enemigos.

La confusión era, en aquellos momentos, general. Ambos ejércitos se rehacen, sin embargo, y se aprestan al esfuerzo supremo.

Acha ya no podía resistir : toma sus disposiciones para jugar el todo por el todo en una carga desesperada. Ambos ejércitos peleaban con insano furor, porque sabían que no se daba cuartel. El mismo Acha arengó á sus estenuados soldados, diciéndoles : « Ya lo sabéis : nuestros enemigos no dan cuartel al vencido ; el hombre que cae en sus manos es en el acto degollado ; muramos, pues, si fuese menester, pero muramos peleando ; vamos á dar una nueva carga, y que sea la última, caiga quien caiga » (1). Aldao, sin querer dar descanso á sus tropas, ni restablecer su línea, inicia á su vez otra carga endiablada. Á mitad de camino, ambas caballerías, lanzadas á todo galope, chocan terriblemente. Aquél fué el momento crítico.

Era tal la polvareda levantada por los encuentros sucesivos de la caballería, y tan denso el humo de las descargas constantes de la fusilería y de los cañones, que no se veía á pocos pasos de distancia y se confundían los uniformes de los combatientes. Añádase á esto el calor sofocante de un día de fuego y la natural embriaguez producida por la pólvora, la gritería, y la lucha cuerpo á cuerpo, y se

(1) B. VILLAFÁÑE. *Reminiscencias*, ed. cit., página 203.

comprenderá que los jefes no pudieron darse cuenta clara de la situación respectiva.

Aldao, ya ofuscado, conduce su diezmada infantería contra la de Acha: tropieza entonces con la acequia, pero ordena á los soldados que se arrojen al suelo para no presentar impunemente un blanco fácil, hace que se arrastren por los pastizales hasta el mismo borde de la acequia, é imitando á sus contrarios, que coloquen sus fusiles sobre el borde de su lado. Se produce entonces un combate homérico: sólo se ven por ambos lados de la ancha y profunda acequia, dos hileras de fusiles que vomitan fuego, con una tenacidad pasmosa. Apenas un soldado, para asegurar la puntería, levanta un poco la cabeza, cae acribillado á balazos y rueda su cuerpo al agua, que, al poco rato, comienza á enrojarse y á llenarse de cadáveres de unos y otros (1).

Pocos ejemplos registra la historia de combate semejante, á pocos metros de distancia una línea de otra.

En tal situación, claro está que el triunfo debía corresponder al que tuviera desembarazada su caballería. ¿Cómo había sido el entrevero de ésta? Los federales habían tenido que ceder al empuje de los unitarios, mandados por aquel endemoniado Álvarez, que, con una vincha sujetándole el cabello, y dando espantosos alaridos, parecía poseído por el diablo mismo, tal era su bravura, su intrepidez, su coraje sin nombre. Aquella táctica india electrizaba á sus huestes, desconcertando siempre á los cuerpos de línea. Arrollan los unitarios á los otros, los corren, los persiguen y, cuando el desbande era ya sin remedio, se para sobre sus estribos Álvarez, y, con voz estentórea, ordena media vuelta. Entonces, lanza en ristre, se arrojan esos ginetes, cubiertos de sangre y polvo, sobre la infantería federal, imposibilitada de moverse, pues si evoluciona para hacer frente al ataque, tiene que levantarse y caer víctima segura de los fusiles que los abrasan á pocos pasos de distancia.

(1) LARRAIN. *Compendio cit.*, página 215 : « Los cadáveres cegaron pronto la acequia, sirviendo de fagina para pasar de un lado á otro. »

No había más remedio. Hubo que rendirse. Aldao había dado la señal de la derrota, huyendo á lomo de parejero así que vió pronunciado el desbande de sus ginetes. Todo estaba perdido.

El combate había durado 7 horas; costó la mitad de la tropa á la división de Acha; pero cayó en su poder todo, con los bagajes y poderosos elementos del ejército enemigo.

La batalla de Angaco es la más sangrienta de nuestras guerras civiles : honra tanto á vencidos como á vencedores. Aldao la perdió por su atropello y falta de sangre fría, á pesar de su enorme superioridad numérica. Sus pérdidas fueron terribles : 1000 cadáveres y 157 infantes prisioneros ; Acha perdió 250 hombres. La diferencia en las pérdidas respectivas la explica la artillería unitaria, que hizo á mansalva una carnicería espantosa en las filas federales, sobre todo en su caballería, que Aldao se empeñaba en hacer cargar en columnas de á dos en fondo (1).

El desastre federal fué completo : Benavídez se retiró desesperado, porque la acción había sido conducida—sin querer oírle observación alguna—por Aldao, en su calidad de general en jefe del «ejército combinado de Cuyo» (2). Aldao fugó, dándolo todo por perdido, y huyendo en dirección á Córdoba para buscar la incorporación del ejército de Pacheco.

Nunca obtuvieron los ejércitos unitarios un triunfo más grande ni más inesperado, y cuyas consecuencias pudieron ser gravísimas para la causa federal. « La batalla de Angaco, — dice un prócer argentino, — es un oasis de gloria, en que el ánimo puede reposarse en medio de este desierto, sembrado de errores, de desaciertos y derro-

(1) VILLAFañE. *Reminiscencias*, ed. cit., página 200.

(2) El «ejército combinado de Cuyo», se componía :

a) « División sanjuanina », general Benavídez ;

b) « División mendocina », general Aldao ;

c) « División puntana », coronel Lucero.

En virtud de un convenio interprovincial, el general Aldao mandaba en jefe esas fuerzas.

tas» (1). Y el general Paz califica á Angaco de acción gloriosa, que « hace el más alto honor al valor, al patriotismo y á la abnegación de los que en ella se encontraron. El triunfo, sobre ser en extremo honoroso por la desproporción de las fuerzas, fué completo, porque las de Aldao quedaron batidas hasta ser pulverizadas » (2).

La fortuna parecía sonreír á la causa unitaria. La soberbia de Acha, al desobedecer las órdenes perentorias de Lamadrid y buscar una batalla, le había proporcionado un triunfo espléndido, tanto por sus efectos morales como por sus resultados materiales. La prudencia más elemental exigía poner en el acto á salvo lo ganado; incorporarse á Lamadrid á marchas forzadas; remontar el ejército unitario con los pertrechos arrebatados al enemigo, y justificar así la primera incorrección.

Desgraciadamente, Acha se mareó. Ni siquiera comunicó á Lamadrid su triunfo. La fatalidad perseguía á las fuerzas unitarias: Acha era antipático á Lamadrid y por su parte le retribuía cordialmente: las rivalidades de ambos jefes esterilizaron aquella victoria imprevista. Ni Lamadrid recibió noticias de ella, ni los caballos,—sin los cuales el ejército apenas podía moverse—ni ganado para alimentarse (3). Acha se contentó con replegarse á San Juan, á gozar en la embriaguez del triunfo, á celebrarlo y á olvidarse de... las represalias.

Aldao había huido vergonzosamente y, al comunicar á Rosas su derrota, tuvo buen cuidado de atribuirle toda la culpa al general

(1) SARMIENTO. *El general frai Félix Aldao*. Cf. : *Obras completas*, tomo VII, página 268.

(2) PAZ. *Memorias póstumas*; ed. cit., tomo II, página 458.

(3) DÍAZ. *Historia política y militar* (Montevideo, 1878), tomo V, página 265. « Al general Lamadrid debía sucederle con Acha, lo que á Lavalle le había acontecido con el mismo Lamadrid, quien en esta ocasión se encontró á pie y sin ganados, que Acha no quiso proporcionarle. Así se ve que Acha prescinde completamente de Lamadrid, siendo su jefe de vanguardia, sin participarle ninguna de las operaciones que empeñó por su cuenta. La más absoluta anarquía había sentado sus reales entre los enemigos de Rosas, y esto contribuyó á su completo triunfo ».

Benavídez. Éste — dice en su parte oficial (1) — «desconociendo su deber y la obligación que le impuse, apenas descubrió á los salvajes que habían salido en número de 800 de las tres armas, se lanzó sobre ellos, y fué puesto en completa dispersión. En estas circunstancias arribé con el resto del ejército, y fué necesario, antes que entrase el desaliento en los soldados, segundar un nuevo combate. Tuve la desgracia de ser rechazado, y venir á buscar mi reconcentración con el ejército unido». Rosas se contentó con responderle de una manera diplomática, hablándole largamente de otros asuntos (2). Oribe, sin embargo, apenas tuvo conocimiento del descalabro, escribe á Pacheco: «repito que Vd. debe tomar á todos respectos, en esos destinos, las medidas que juzgue convenientes, ó impartir sus órdenes para que las ejecuten» (3).

Mientras esas correspondencias iban y venían, y andaba huyendo Aldao, despavorido, por los llanos riojanos, los acontecimientos se sucedían en San Juan con rapidez suma.

Benavídez no era hombre de abandonar así no más la partida: á raíz de la derrota de Angaco, se dirige al gobierno de Mendoza pidiéndole auxilios (4). Estos, por una rara coincidencia, venían preventivamente en camino; Benavídez se pone á su cabeza, vuelve intrépido sobre sus pasos, y se lanza sobre Acha.

Éste confió demasiado en los buenos resultados de su victoria, — dice un escritor unitario (5) — y conocía poco la tenacidad de Bena-

(1) Aldao á Rosas. *Catuna*, agosto 24 (Ms. inédito, *Archivo Pacheco*, vol. : *Notas y documentos*, 1841).

(2) Rosas á Aldao. *Buenos Aires*, septiembre 5 (Ms. inédito, loc. cit. Es un extenso é interesante documento).

(3) Oribe á Pacheco. *Capilla de la Guardia*, agosto 30 (Ms. inédito. *Archivo Pacheco*, loc. cit.).

(4) Benavídez al gobernador y capitán general de Mendoza. *San Juan*, agosto 17, (Ms. inédito. *Archivo Pacheco*, loc. cit.). El gobernador León Correas expidió una proclama al pueblo al despachar el auxilio pedido : Cf. : *Hoja suelta* en mi colección (proviene del *Archivo Calderón*, ex-gobernador de San Luis).

(5) LARRAÍN. *Compendio* cit. Cuido de citar esta fuente por ser sanjuanino el autor.

videz, que por primera vez era vencido y debía buscar los medios de lavar la mancha que el 16 había caído sobre su reputación militar.

Las fuerzas que había logrado reunir Benavídez eran 500 hombres, inclusive 100 infantes y 4 piezas de artillería. Acha « reposaba en esa fatal confianza que nunca debiera dar la victoria » (1). El momento que eligió Benavídez fué decisivo: la caballería unitaria se encontraba dispersa en la ciudad; la mayor parte de la infantería, con el general Acha, estaba en el potrero de « la Chacarita », á 13 cuadras de la plaza, entregada al placer de carnear una hacienda gorda recién traída. Sólo el comandante Lorenzo Álvarez, con 30 infantes, montaba la guardia en la ciudad. No había avanzadas, ni se había tomado la más elemental precaución de guerra.

Así fué que al aproximarse Benavídez, en la tarde del día 18, la sorpresa fué absoluta. Un impetuoso viento zonda, que levantaba nubes de tierra, impidió á los unitarios darse cuenta del ataque de los federales, que cayeron sobre ellos á mansalva, produciendo un pánico y una confusión irresistibles. La lucha fué, sin embargo, atroz: se peleó cuerpo á cuerpo, pero sin organización, en grupos aislados. La matanza fué terrible, pereciendo los jefes más distinguidos, y, á las 8 de la noche, desbandada totalmente la caballería unitaria, perdida la esperanza de rehacerse la infantería, Acha, herido, con la cabeza vendada y su barba llena de sangre coagulada, se abrió paso sobre la ciudad con 100 hombres, única fuerza organizada que le quedaba de su brillante división (2).

El epílogo de Angaco tomaba tintes trágicos. La defensa era punto menos que imposible: sin embargo, aún trepidó Acha en mandar aviso á Lamadrid, cuyo avance conocía y cuya proximidad era evidente. La sorpresa de Benavídez había sido completa: experto conocedor del terreno, con inteligencias seguras en la plaza,

(1) Circular de Lamadrid. *Pocito*, agosto 28. (Hoja suelta cit.).

(2) LARRAÍN. *Compendio* cit., pág. 216.

—pues siempre fué popular en San Juan—esperó el instante en que Acha tenía franca la tropa y que se encontraba carneando en las inmediaciones. Cayó de improviso, impidiendo que se organizaran las fuerzas unitarias: las acuchilló desbandadas, les cortó la retirada á la ciudad, y puso deliberadamente sitio á ésta.

No había perdido tiempo Benavídez: formado exclusivamente en las guerras civiles, sabía que las bandas adventicias no se reponen de una sorpresa militar. Los mendocinos que, al mando del coronel Ramírez, encontró en camino, le habían servido de núcleo para organizar los dispersos del ejército derrotado. Comprendió el error fatal de Acha, quien, en vez de haberse dirigido apresuradamente al encuentro de Lamadrid, estaba en la ciudad, entregado á fiestas y comilonas, so color de dar descanso á la tropa. Para Acha, la presencia de Benavídez fué como un rayo en día sereno: lo tomó sin la menor precaución, infatuado en su triunfo y creyendo amilanados á sus contrarios.

Dos días había perdido ya desde que triunfara en Angaco, y antes de las 48 horas era sorprendido y deshecho totalmente por el enemigo, que suponía huyendo despavorido.

La presa estaba segura esta vez. Benavídez era hombre sereno, y no podía contar Acha con las ventajas que la furia ciega de Aldao le había proporcionado. El cerco de la ciudad fué metódicamente organizado, pasando el día 19 en escaramuzas y guerrillas.

En el interín, seguían incorporándose á Benavídez las partidas dispersas de los derrotados de Angaco: el coronel Lucero, con la división puntana, llegó esa noche, y se dispuso un ataque general para el siguiente día. Las fuerzas unitarias resultaron triunfantes, gracias á su artillería, colocada en la plaza y que enfilaba las calles, causando estragos en la caballería federal. Benavídez no quería hacer uso de la suya, para evitar la ruina de la ciudad, cuyos edificios habrían sufrido con semejante cañoneo.

Acha había organizado vigorosamente la defensa. Además del cuadro de infantería que con él se retiró de «la Chacarita», contaba

con los restos del «Libertad», una de cuyas compañías, al mando de Lorenzo Álvarez, había quedado organizada para patrullar la ciudad, cuidar la artillería y guardar los numerosos prisioneros de Angaco. Logró además montar un escuadrón, que puso á las órdenes del ex-gobernador de Córdoba, José F. Álvarez. El heroico Crisóstomo Álvarez estaba en cama, imposibilitado de moverse, pues su herida en el talón, recibida en Angaco, lo ponía fuera de combate: su falta en aquellos momentos equivalía á un regimiento entero.

El combate del 20 costó sensibles pérdidas á Acha. Los dos Álvarez sucumbieron denodadamente: al rechazar una carga, la persecución los hizo doblar una calle por la cual avanzaba un pelotón de infantería federal, llevando un cañón, con la mecha encendida. El ex-gobernador Álvarez dió entonces orden á sus soldados de ocupar ambas aceras y correr, bayoneta calada, sobre el enemigo. En cuanto á él y al comandante Lorenzo Álvarez, que iba á su lado, no quisieron abandonar el centro de la calle y, corriendo espada en mano, iban exhortando á los suyos. «Á punto de llegar sobre la fuerza que les saliera al paso, partió un cañonazo á metralla que derribó á ambos jefes. Lorenzo tuvo tiempo todavía para arrancarse la gorra que llevaba y arrojarla al aire, gritando : ¡ Viva la patria ! ¡ Viva la libertad ! » (1).

Además, durante el entrevero fué imposible mantener la custodia de la infantería de Aldao, prisionera en Angaco. El resultado fué que, viéndose libre, corrió aquella á engrosar las filas de Benavídez.

Ese mismo día 20 se habían incorporado al ejército de Lamadrid los dispersos de la sorpresa de «la Chacarita», de modo que el caudillo unitario sabía perfectamente cuán crítica era la posición de Acha. Se encontraba á dos pasos de San Juan; sus elementos de movilidad eran malos, debido á la incuria misma de Acha, pero

(1) VILLAFañE. *Reminiscencias*, loc. cit.

es inexplicable la lentitud de las marchas del que en otra época era legendario por la rapidez inconcebible con que caía sobre el enemigo. ¡ Y en este caso se trataba de salvar su vanguardia !

El día 21, Benavídez tuvo noticias de la aproximación de Lamadrid; era, pues, necesario vencer antes ó de lo contrario retirarse nuevamente derrotado. El caudillo sanjuanino sabía que no le quedaban á Acha más que 200 hombres, pero estaban en posiciones casi inexpugnables, reconcentrados en la plaza principal, dominando con sus cañones las calles de acceso, y fortificados en cantones en las azoteas de los edificios más altos, en el cabildo y en la torre de la Iglesia Matriz.

Durante todo ese día los ataques se sucedieron constantemente, y con igual constancia era rechazado Benavídez. Lograba, sin embargo, hacer numerosas bajas á los defensores de la plaza, mientras sus filas aumentaban continuamente con la incorporación de los dispersos de la batalla. La situación habría podido prolongarse más y dar tiempo á Lamadrid para llegar y obligar á levantar el sitio. Pero era visible que disminuían las municiones de los sitiados : las descargas eran más intermitentes; los víveres mismos comenzaban á escasear.

El 22 logró Benavídez dominar el fuego de algunos cantones; poco á poco la fuerza unitaria tuvo que replegarse; los federales pudieron posesionarse de varias azoteas que barrían la plaza. No tuvo Acha más remedio que reconcentrar sus fuerzas en las torres de la Catedral.

Se acercaba el principio del fin. Ya se oía el estampido lejano del cañón de Lamadrid, que anunciaba su llegada é incitaba á los sobrevivientes de esa « semana negra » á perseverar unas horas más.

Benavídez se había apoderado de los cañones unitarios, que Acha no tuvo tiempo de clavar. Le hizo intimar rendición por medio del coronel Ramírez (1), pero ante la contestación soberbia del jefe

(1) Ramírez al gobernador y capitán general de Mendoza. *Suburbios de la ciudad de San Juan, agosto 21* (Ms. inédito. *Archivo Pacheco*, vol. XV).

unitario, hizo enfilear los cañones contra la iglesia y principió á derribar la torre.

Habría sido entonces insensatez el no rendirse. Acha levantó bandera de parlamento, pero al oficial que le pedía su espada, dijo: — « Vuelva usted donde está su superior y dígame de mi parte, que si Mariano Acha ha sido vencido, en la derrota no ha perdido ni su rango ni su dignidad, y que su espada no será entregada sino á su igual » (1). La capitulación fué, pues, hecha con el coronel Ramírez, pero, defiriendo al pedido del vencido, vino Benavídez en persona, recibió su espada, tomó á Acha del brazo y lo condujo á su propia casa. La familia de Benavídez, en efecto, no se había movido de la ciudad durante estos acontecimientos, y había sido respetada por Acha. Este quedó preso en la propia casa del vencedor.

El general Lamadrid, en la circular á los gobernadores de provincia, fechada en «el Pocito» en agosto 28 (2), explica así esos sucesos: « El día 18, á la tarde, aquel pequeño círculo de gigantes fué de repente invadido por una división que llegaba de Mendoza, en protección de Aldao. El general Benavídez la había encontrado en su fuga, y volvió con ella sobre sus incautos vencedores... El 23 arribó el ejército á la «Punta del Monte», estenuado de fatiga, á pie, hambriento, y abrasado de una sed inaguantable. Durante tres días había soportado una marcha precipitada, sin comer, sin beber, pues se habían consumido ya hasta los pocos burros y mulas, destinados á aplacar el hambre de algunos días. El 24 estuvimos á orillas de la capital: se presentaron algunos escuadrones enemigos que desaparecieron al primer amago. Á medio día atravesamos por medio de una ciudad desierta; el enemigo había castigado severamente á los ciudadanos que, en el día del triunfo, no supieron contener su alegría » (3).

(1) LARRAÍN. *Compendio* cit. Cf. : SALDÍAS, *Historia de la Confederación Argentina* (Buenos Aires, 1893), tomo III, página 302.

(2) *Hoja impresa* cit.

(3) *Hoja impresa* cit.

Tal fué la acción de San Juan, perdida por Acha, debido á su incalificable falta de disciplina y á los celos personales con Lamadrid. Como jefe subalterno, la conducta de Acha no tiene nombre, y el general Paz (1) no tiene motes bastantes enérgicos para calificarla.

Pero... ¿y Lamadrid? Los hechos lo acusan de una manera tremenda. «Serían las 3 de la tarde del 19 — dice él mismo (2) — cuando se me presentó el comandante Igarzábal, de la vanguardia, con la noticia de haber sido sorprendido Acha el 18.» Luego, pues, resulta que Lamadrid estaba á menos de 24 horas de donde se encontraba Acha. «Ordené — agrega — al coronel Sardina que se adelantara hacia la «Punta del Monte» para observar los movimientos del enemigo... Había disparado un cañonazo con la pieza de á 8, bien atacada, para que sirviese de aviso al general Acha de nuestra aproximación». Eso pasó en la noche del 20, de modo que había perdido ya un día y medio desde que recibió el aviso de la sorpresa. Más todavía: Lamadrid agrega: «Formé en cuadro al pequeño ejército y le hice ver por una proclama el riesgo que había en llegar de noche á la aguada de «Punta del Monte», cuando no distaba más que 7 leguas de San Juan, y podíamos ser sorprendidos como Acha... Después de esto acampé, y á las 9 de la noche (día 21) mandé disparar otro cañonazo bien atacado, con la pieza de á 8, para que supieran los sitiados de nuestra aproximación».

Se ve, pues, que la lentitud de los movimientos de Lamadrid es realmente inexplicable: se le desconoce con tanta prudencia, con tanta proclama y consultas á la tropa, cuando á 7 leguas escasas todavía se defendía heroicamente Acha, con los restos de su vanguar-

(1) *Memorias póstumas*, ed. cit., tomo II, página 469.

(2) LAMADRID. *Memorias*, edic. cit., tomo I, página...

Al contestar el caudillo unitario las acusaciones que le dirigiera Paz, dijo (*Observaciones sobre las memorias póstumas*, Buenos Aires, 1855, página 395): — «Acha tuvo la imprudencia de meterse á la plaza». La «Comisión Argentina en Chile», al contestar los partes de Lamadrid, se contentó con lamentar «la nunca bien sentida pérdida del magnánimo Acha».

dia. Recibe entonces un billete diciendo: «Me sostengo. Acha». ¿y qué hace entonces? Oígamele: «amanecido el 22, nos pusimos en marcha; fuimos á acampar en una hermosa casa que había, como á las 8 de la mañana. La tropa se ocupó de comer zapallos, que había en abundancia, y cuantas gallinas se encontraron en las casas que estaban abandonadas, y como á las 10 se proporcionaron tres animales vacunos y algunas ovejas, que se distribuyeron en proporción, habiendo antes largado á comer á las caballadas» (2). Sorprende esa tranquila narración: á un par de leguas se batía desesperadamente su vanguardia, y era posible con un pequeño esfuerzo caer sobre el enemigo, salvar aquella fuerza y obtener un señalado triunfo— y Lamadrid prefiere instalarse en una hermosa casa, hace desbandar la tropa para que correteee gallinas, y larga la caballada.

El heroísmo de Acha era, pues, inútil: su pérdida estaba decretada. Con razón la conducta de Lamadrid ha sido juzgada severamente hasta por los partidarios de su causa. «No soy capaz de sospechar que quisiese dejarlo sacrificar — dice el general Paz (2) — porque ni cabe eso en los honrosos sentimientos que le supongo, ni tampoco cabía en los intereses de todos, y particularmente de él mismo...» Decididamente, la fatalidad ponía á Lamadrid en duros trances; en noviembre del año anterior, por no haber esperado unas horas más en Romero al ejército de Lavalle, fué causa de que éste diese y perdiese totalmente la famosa batalla del Quebracho Herrado, que comprometió la revolución; antes de un año, el no haber apurado su marcha algunas horas, obligó á Acha á rendirse con las mejores tropas del ejército unitario. Oribe llamaba socarronamente á Lamadrid, «general de *vidalitas*»; era, por lo menos, un «libertador» algo singular, pues, como los *condottiere* de los tiempos medios italianos, parecía preferir se perdiera la causa que representaba, cuando la casualidad no le deparaba el papel prominente.

(1) LAMADRID. *Memorias*, ed. cit.

(2) *Memorias póstumas*, loc. cit.

El vencedor de San Juan era un hombre generoso. Hasta sus mismos enemigos lo han reconocido : su carácter era bondadoso, dúctil. Durante su larga dominación en San Juan : « la provincia — dice un unitario (1) — no fué ensangrentada, y sirvió de refugio en muchos casos : había paz y tranquilidad ». Nada tiene de extraño que concediera á los rendidos la capitulación con garantía de la vida (2), y que mereciera estas palabras en una comunicación oficial del mismo Lamadrid : « El general Acha, el capitán Ciriacco Lamadrid, que fué el último en deponer su espada, y algunos otros oficiales, existen hoy prisioneros en poder del señor Benavídez. Este general los trata hasta hoy con una generosidad no acostumbrada » (3).

Á Rosas esa capitulación inusitada le pareció impolítica, sobre todo, después de la reciente conducta de Lavalle, á raíz de la toma de Santa-Fe, en octubre de 1840, cuando no quiso respetar la capitulación otorgada al general Garzon y otros defensores de la plaza, rendidos por el coronel Rodríguez del Fresno (4). El mismo ge-

(1) TADEO ROJO. *El doctor Rawson ante la tiranía* (Buenos Aires, 1878), página 11.

(2) He publicado por vez primera el verdadero parte de Benavídez : Cf. E. Q. *La decapitación de Acha* (en *Revista Nacional*, t. XVIII). La *Gaceta Mercantil*, de octubre 21 de 1841 publicó un parte anterior : fueron 3 los mandados durante el sitio. Saldías, *Historia de la Confederación*, ed. cit., tomo III, página 303, cae en el mismo error : el parte publicado en la *Gaceta* es de agosto 20, mientras duraba el sitio, y la capitulación tuvo lugar el 22. El texto inédito se encuentra en *Archivo Pacheco*, vol. *Notas y documentos, 1841*, foja 116; en él dice Benavídez : « me ha sido preciso darle garantía de salvarle la vida para conseguir su rendición, la que se ha verificado con toda la plana mayor ». El *Diccionario biográfico nacional* (loc. cit), pretende que Rosas « adulteró osadamente el parte que Benavídez le pasó y en el que constaba la capitulación ». No hay tal : lo único que hubo fué la supresión de una frase, no en el parte de Benavídez, sino en el de Ramírez : éste decía : « todo está en nuestro poder, pero perdonadas y garantidas sus vidas los vencidos » (José Santos Ramírez al gobernador Juan Isidro Maza. *San Juan, agosto 22*. El texto verdadero lo he publicado en *La decapitación de Acha*, loc. cit.).

(3) Circular cit. (*Hoja suelta* de mi colección).

(4) Cf. : RODRIGUEZ DEL FRESNO, *Ataque y toma de la ciudad de Santa-Fe : episodio de la guerra civil de 1840* (*Revista del Paraná*, tomo I, núm. 7). Lo confirma : ELÍAS, *Historia de la guerra sostenida por los libres de la República Argentina* (*Revista del Paraná*, tomo I,

neral Paz acostumbraba á fusilar los prisioneros cuando eran « actores cooperadores del enemigo ». Indudablemente, Rosas no podía mirar con ojos simpáticos á Acha, causante inmediato de la tragedia de Navarro, 13 años antes, cuando, siendo oficial del cuerpo que escoltaba á Dorrego, sublevó los soldados, traicionó á sus jefes, y entregó maniatado al ilustre mártir, para que se cometiera el funesto error de sacrificarlo. De ahí habían nacido las guerras civiles que ensangrentaban á la Confederación, y era natural que al gobierno no le pareciera un prisionero común el amotinado de 1828. Por consideraciones á Benavídez, se contentó con no publicar el parte oficial que menciona la capitulación, y sólo se permitió hacer suprimir esa cláusula en el oficio del coronel Ramírez (1).

Ante la aproximación de Lamadrid, resuelve Benavídez replegarse con sus prisioneros sobre Mendoza, comunicando á Oribe que debía « evitar una batalla campal, que por varios motivos sería peligrosa » (2). En carta á Pacheco es más explícito: « El haberme reconcentrado en Mendoza, con la división de mi mando, desamparando á San Juan, ha tenido por objeto evitar una batalla campal, restituir mi tropa á su antigua moral, aglomerar todos los elementos de guerra con que deba contar, y, más que todo, ponerme de acuerdo para obrar á un mismo tiempo y lograr la empresa de no dar escape á Madrid » (3).

El general Lamadrid entró á San Juan el día 24: encontró allí la familia de Benavídez y la tomó prisionera de guerra, en calidad de rehenes, haciendo que la señora escribiera una carta á su marido para que entregara á Acha y el hijo de Lamadrid en cambio de su

núm. 7). Véase mi artículo: *La batalla del Quebracho Herrado* (en *La Quincena*, tomo IV, página 76).

(1) E. Q. *La decapitación de Acha*, loc. cit. (Cf. además: E. Q. *La guerra civil argentina*, en *Revista del club Militar*, t. I).

(2) Benavídez á Oribe. *San Juan, agosto 24* (Ms. inédito, en *Archivo Pacheco*, vol.: *Notas y documentos, 1841*, foja 129).

(3) Benavídez á Pacheco. *Mendoza, agosto 29* (Ms. inédito, en *Archivo Pacheco*, vol. cit.).

familia (1). Sin embargo, Benavídez le había dejado al famoso Crisóstomo Álvarez — el heroico sobrino de Lamadrid — porque su grave herida hacía peligrosa su marcha con los otros prisioneros.

Desde el día 24 al 27 permaneció Lamadrid en la ciudad, remontando su ejército, haciendo requisición de caballos, mulas y bueyes, y reorganizando su fuerza. Hizo que una comisión militar, compuesta del coronel Rojas, mayores Esquiñigo y Quirno, recogieran del vecindario, como contribución de guerra, sendos miles de pesos plata. Porque es curioso observar que amigos y adversarios pesaban desapiadadamente sobre las poblaciones inermes: los gobiernos constituídos tenían su presupuesto y contribuciones, con las cuales mantenían sus ejércitos y sufragaban los gastos de guerra; los revolucionarios no tenían más recursos que las exacciones que imponían á los vecinos, y vivían de la población civil, á la manera de las bandas mercenarias que inundaron la Alemania, durante « la guerra de los treinta años », cuando bastaba que un Wallenstein alzara su pendón, para que se agruparan todos los que tenían espíritu aventurero ó nada ya que perder, fiando su paga ó su adelanto al asalto de cualquier población, más ó menos rica. La situación de las provincias argentinas fué analoga: gubernistas ó « libertadores » constituyeron una plaga sin rival, de cuyo azote apenas se concibe cómo pudo reaccionar el país. Lamadrid no tenía más remedio que seguir el ejemplo del famoso rival de Gustavo Adolfo: de algo tenía que vivir su ejército.

Antes de salir de San Juan, se le incorporó el coronel Peñaloza (a) *el Chacho*, con su división de llaneros riojanos.

Una vez que el ejército estuvo bien montado, bien equipado y bien repuesto, emprendió Lamadrid su marcha á Mendoza, llevando consigo á la desgraciada familia de Benavídez, como botín de guerra, y creyendo tener con ella un arma que paralizara la acción enemiga. Repetía así en 1841 con la familia de Benavídez, lo que había

(1) LAMADRID, *Memorias*, ed. cit., tomo II, página 257.

hecho veinte años antes con la de Quiroga, como si las señoras pudiesen ser consideradas « prisioneras de guerra », y ser equiparadas á soldados, tomados con las armas en la mano y en el campo de batalla...

ERNESTO QUESADA.

San Rodolfo, diciembre de 1896.

INACCIÓN Y EJERCICIO

(Continuación)

III

Si la falta de ejercicio es capaz de disminuir é irregularizar la nutrición del cuerpo, hasta producir deformaciones de los huesos, enfermedades orgánicas y aun la muerte, no habrá que extrañar que á la misma causa sean debidas numerosas perturbaciones cerebrales, muy fáciles de producir aun por la acción de causas menos poderosas. Una de las formas más generales de esas perturbaciones es el aburrimiento, con las variantes propias de la edad, pues el niño, el joven, el adulto y el viejo no se aburren de la misma manera.

En todos ellos el horrible *tedium vitæ* es debido á la misma disminución de la actividad cerebral por la falta de una sangre muy oxigenada, que circule vivamente en los capilares de la membrana nutricia del encéfalo. El aburrimiento, que marchita á los niños, que les quita el gusto por los juegos infantiles, y también la salud, es un martirio para los que pasaron ya la primera edad; es un mal que los postra permitiéndoles sólo los movimientos más precisos para buscar la soledad y el aislamiento, que luego han de hallar

hasta en medio de las muchedumbres ; es un mal que les arranca del espíritu todas las distracciones, del corazón todas las alegrías, y de los labios todas las sonrisas, excepto las irónicas y las amargas. El menor contratiempo lastima como un rudo golpe de la adversidad ; el más pequeño dolor como el síntoma de una enfermedad incurable. ¿Qué es, entonces, de la inteligencia que debiera conocer y apreciar la insignificancia de esas causas y sus alcances, y qué de la voluntad que debiera desterrar esas exageraciones de los dominios del pensamiento ? No hay que contar con ellas ; no funcionan ; ó funcionan tan mal como en la neurastenia, en la melancolía y en la hipocondría.

Con el estado habitual de aburrimiento, y con la tristeza que constituye su forma paroxística, conviene relacionar muchos actos de maldad. El martirio del aburrido, del triste, se convierte en el martirio de los que viven bajo el mismo techo, y en las molestias que han de soportar los que con ellos mantienen relaciones sociales ; la sociedad entera puede llegar á ser su víctima, si su posición les permite dañarla.

Las caricias de las personas queridas son evitadas con señales de disgusto ; las alegrías expansivas y ruidosas de la niñez y la juventud son reprimidas con violencia ; todo lo que se oye decir está mal dicho, y cuanto se vé hacer está mal hecho. ¡ Con qué palabras hirientes suelen ser recibidas las atenciones de las personas de servicio !

En las reuniones, en la calle, estos desgraciados de la mala nutrición fingen no ver á las personas de su amistad, ó las saludan friamente, si no tienen á bien volverles la cara. Hablan mal de sus amigos y con más razón de las personas que les son indiferentes, antipáticas ó enemigas. Su afilada tijera corta siempre y sin lástima, y lo peor es que nadie escapa á su filo temible.

La nutrición defectuosa concluye por agriar el carácter, de tal manera, que al fin los miembros de la larga familia de los aburridos se vuelven malos. Si figuran en las filas del pueblo, el gobierno es

el blanco de sus ataques furibundos : de los progresos de la sociología, de los hermosos capítulos escritos sobre la libertad individual sacarán sus dardos más acerados para herirlo ; serán el alma atravesada de las rebeliones injustificadas que lo derrocarán. Así como, á su tiempo, entresacarán de los capítulos sobre el orden los considerandos de sus decretos opresores del pueblo, ó, sin considerandos ni decretos, encadenarán todas las libertades populares, implantando las más sombrías tiranías, si desgraciadamente llegaran á escalar las alturas del poder.

El universo, á pesar de su grandiosidad, tampoco se libra de sus críticas. Los fenómenos cósmicos no debieran tener esas variaciones que los contrarían, ó sólo permitirse los que no pudieran molestarlos. El mismo Dios debiera modificar un tanto su conducta, interviniendo más ó menos en los asuntos de este mundo, pero siempre del modo que más pudiera convenirles.

No vaya á creerse que hay error, ó exageración, en atribuir tanta desviación de las facultades intelectuales y afectivas á algunos movimientos más, ó menos, ejecutados con los brazos y las piernas. Observando con detención los actos de las personas que nos rodean se vé que es verdad; podrá notarse también que los haraganes son los que suministran mayores contingentes á la criminalidad. Hay que creer que los músculos en reposo fabrican alguna substancia, algún veneno acre, que hace á los hombres malos, crueles con los débiles, implacables con los adversarios. Las personas que no han hecho su ejercicio acostumbrado son más exigentes, más difíciles de contentar; están menos dispuestos á disculpar las faltas de los demás, sucediendo lo contrario en las condiciones opuestas.

Entre los fenómenos psicológicos de la inacción hay algunos que pasan desapercibidos mucho tiempo, porque requieren el concurso de circunstancias especiales para manifestarse. Tal es la debilidad del carácter, que es preciso que sea muy notoria para ser percibida por el que la tiene y los que lo rodean. El éxito de las huelgas no sue-

le ser debido á otra causa, pues es sabido que la mayor parte de los huelguistas lo son por fuerza, con repugnancia, y contra su voluntad incapaz de resistencia; otro tanto puede decirse de muchos afiliados á los partidos políticos, que siguen ciegamente las inspiraciones de los jefes, de los caudillos, ó de los grupitos que los sustituyen aun en los actos que reputan perjudiciales para ellos, para la agrupación política, ó el país. El compañerismo y la disciplina del partido son las palabras con que se encubre, en esos casos, lo que no es más que una debilidad lamentable del carácter y la voluntad.

La disminución del valor personal es otro fenómeno psicológico de la misma naturaleza, y que suele manifestarse en los momentos de peligro. Es una suerte que sea difícil de observar entre nosotros; pero es previsor pensar, aunque no nos parezca posible, que la cobardía puede llegar á enrojecernos el rostro, si continuamos descuidando el funcionamiento de los órganos donde reside la fuerza; si descuidamos alimentar las fuentes de la energía y del vigor, que nuestro orgullo nos hace considerar, erróneamente, como inagotables (1).

Hay premios de más mérito que las coronas de laurel que, en los juegos olímpicos, ciñeron la frente de los vencedores, con todas las solemnidades históricas; de más valor que las medallas de oro y plata, que se cuelgan del pecho de los que triunfan en los concursos modernos de la inteligencia, ó de la destreza y la fuerza: son el vigor, la salud, la alegría y el valor personal que la higiene acuerda generosamente á los que cultivan metódicamente sus fuerzas físicas.

(1) Muchas de estas consideraciones, sugeridas por el estudio de los efectos de la inactividad muscular, tal vez parezcan una digresión impropia, en un artículo sobre inacción y ejercicio, escrito por un médico; pero este trabajo hubiera resultado muy incompleto, si se consignase solamente en él los resultados de la inacción sobre el individuo; si no se mencionasen también sus efectos sobre la familia y la sociedad; sobre los que ocupan un sitio modesto en las filas del pueblo, y hasta sobre aquellos que dirigen sus destinos desde las posiciones oficiales más encumbradas.

Estos premios están al alcance de todas las aptitudes, y pueden obtenerse en todas las edades de la vida. Poco importa que los que aspiran á ellos sean pesados, gordos, que tengan en la cara los colores subidos de la congestión; ó que, por el contrario, sean escuálidos y flacos, sin más colores en las mejillas que los tintes pálidos de la anemia y la debilidad.

El ejercicio que mejora la nutrición aumentando el movimiento de asimilación y acelerando el movimiento inverso de la desasimilación, los va á igualar á todos. La asimilación se acentuará especialmente en aquellos á quienes les falten carnes y colores; la desasimilación sobre los que tengan grasa y colores de sobra. Todos van á adquirir fuerza, agilidad, destreza; ideas sanas en la cabeza, é impulsos generosos en el corazón.

Las irregularidades de la nutrición, con todas sus consecuencias, no resisten á la excelente práctica del ejercicio metódico, que viene á cegar de esa manera una fuente de numerosas enfermedades, de muchas tristezas, y de no pocas debilidades, linderas de la cobardía.

Esta acción reguladora sobre la nutrición, esta acción electiva, casi inteligente del ejercicio sobre uno de los dos movimientos que la constituyen, que aumenta el peso del cuerpo de los flacos, y hace perder á los gordos una parte considerable del peso del suyo, extraña á primera vista, se explica fácilmente si se tiene en cuenta el origen del trabajo muscular, y sus consecuencias inmediatas. El origen de los movimientos musculares es puramente químico, puesto que proceden del calor que se desprende de la combustión de las sustancias hidro-carbonadas del cuerpo. Estas sustancias desaparecen transformándose en vapores de agua y en gases que se exhalan en la atmósfera; se evaporan constituyendo las pérdidas de la desasimilación, que, cuando son muchas, se traducen por una disminución muy sensible del peso del cuerpo.

Las consecuencias inmediatas del trabajo de los músculos explican las ganancias de la asimilación, y, por consiguiente, el aumento del peso del cuerpo cuando éstas son muy considerables. El

primer efecto del ejercicio es un aumento de los movimientos respiratorios; se siente entonces como una sed de aire que hace entrar más oxígeno en las vías de la respiración. La acción estimulante de este gas se hace sentir más intensa por su cantidad, sobre las funciones, sobre la asimilación, no sólo de las nuevas sustancias hidrocarbonadas que se han de transformar en calor y en futuros movimientos, sino también de las sustancias azoadas que se organizarán en la trama de los tejidos.

El aumento y la disminución de peso del cuerpo están, pues, sometidos á la influencia del ejercicio. Se obtiene uno ú otro; lo que más conviene en los gordos y en los flacos, porque la obesidad, como la flacura, constituyen irregularidades de la nutrición que son fácilmente corregidas por la acción del trabajo muscular.

Los cambios del peso del cuerpo son efectos constantes del ejercicio, que pueden conseguirse en cantidades variables, casi separadamente, combinando la duración, la forma, la intensidad y hasta la hora de los ejercicios. Manejando hábilmente la actividad y el reposo se obtendrá preferentemente cualquiera de esos efectos; se podrán exagerar, atenuar, ó equilibrar de la manera perfecta que constituye la salud.

No es esto decir que la nutrición depende únicamente de las funciones del aparato locomotor; sería una exageración. La nutrición es una condición indispensable de la vida tanto durante la actividad como durante el reposo; está subordinado á numerosas circunstancias individuales, y hereditarias, al medio ambiente y á la alimentación. Pero no es menos cierto que el sistema muscular, por su gran masa, es capaz de imprimirle impulsos determinados, y que por el hecho de estar sujeto á las órdenes de la voluntad, como la alimentación, se presta admirablemente, combinado con ésta, para corregir sus irregularidades.

La aceleración de los dos actos fundamentales de la nutrición precipita la renovación de los materiales orgánicos; como la rapidez de esa renovación viene á quedar bajo la dependencia del trabajo

muscular, á éste se deberá que se vayan más pronto por el camino de los emontorios las materias gastadas, envejecidas, inútiles, dotadas de propiedades tóxicas; y que ingresen sin tardanza por el camino inverso, por las vías de la absorción, las sustancias que han de reemplazarlas ventajosamente, las materias nuevas y frescas dotadas de propiedades vivificantes y tónicas.

El organismo se reconstruye así por la acción del ejercicio, pues ganan en resistencia, en solidez y en volumen las partes que lo forman. Y si esto es de importancia suma, desde el punto de vista del vigor y la fuerza, más importancia tienen, desde el punto de vista de la salud, los cambios notables que se observan en los órganos centrales de la circulación y la respiración.

Escuchemos un momento los ruidos del corazón, y observemos cómo el acompasado tic-tac de la poderosa bomba impelente que funciona en nuestro pecho arroja la sangre á las arterias, con impulsos suficientes para vencer los obstáculos de la circulación capilar y de la venosa; sin permitir que la sangre se detenga en ninguna parte, formando focos de congestión; ni que deje extravasar su suero, entre las mallas del tejido conjuntivo, en zonas extensas de edemas. El corazón, robustecido por el ejercicio, no se conmueve, no se sobresalta, ni tropieza por los cambios de la tensión arterial que producen los movimientos prolongados, los esfuerzos y las emociones.

Veamos cómo el pulmón, con sus expansiones exageradas, agranda la cavidad del tórax, levantando las costillas superiores y la clavícula; cómo el maravilloso fuelle introduce en el pecho, á cada movimiento de la respiración, una gran cantidad de aire fresco y puro que luego arroja caliente, cargado de vapores de agua, de ácido carbónico y de miasmas respiratorios. La hemátosis se activa fijando en los glóbulos rojos el oxígeno necesario para las combustiones orgánicas, la fuente del calor, de los movimientos y de la vida. El pulmón que aumenta de ese modo su capacidad respiratoria, que introduce en la circulación, en un tiempo dado, seis ó siete veces

más oxígeno del que introduce en el estado de reposo, no está sujeto á las necesidades urgentes de aire que se traducen por las sensaciones penosas de las disneas, y que con tanta frecuencia son provocadas por las mismas causas que perturban las funciones rítmicas del corazón.

Estos cambios funcionales dan como resultante la salud; pero no esa salud que consiste en vivir mucho, y sin grandes dolores, pero con la condición expresa de estar eternamente medicinándose; con la facultad de poder estar despiertos y despejados con la ayuda de los tónicos y los estimulantes; de estar alegres y con el espíritu chispeante, merced á los vinos generosos y al champagne; de dormir bien después de haber ingerido la dosis habitual de alguna substancia narcótica; y de digerir pasablemente, pero sólo determinados alimentos y después de poner á contribución las pepsinas extraídas del estómago de los terneros, ó del buche de los avestruces, ó las preparaciones de la farmacia y la química de acción análoga; lavándose el estómago con largas sondas, tomando algunas veces vomitivos y siempre purgas, que producen efectos maravillosos en un sin número de casos, es verdad, pero que el ejercicio puede reemplazar.

La salud que se debe al ejercicio no es esa salud precaria, sino la salud completa y rebosante, la que permite sentir el placer de vivir en todos los actos de la vida; la satisfacción durante el ejercicio, la sensación agradable del reposo; el sueño fácilmente conciliable y reparador, sin ensueños tristes ni pesadillas; el contento del espíritu sin necesidad de embriagarlo con vino, ó con alcoholes cargados de esencias aromáticas; la seguridad de digerir todo, sin verse obligados á dejar en los platos los manjares mejor aderezados por el arte culinario, ó comiendo sólo algunos bocados con muecas de indiferencia y de disgusto.

En este estado, en que la salud se manifiesta en todo su esplendor, es fácil observar los cambios psíquicos que acompañan á la transformación física del hombre, bajo la influencia del ejercicio;

pero no es igualmente fácil observar los cambios correspondientes de la estructura de los diversos órganos que componen el aparato nervioso. Las ciencias anatómicas no señalan diferencias marcadas entre el cerebro, la médula espinal, los ganglios y los nervios del hombre acostumbrado á los trabajos, ó á los ejercicios físicos, y los mismos órganos del hombre que pasa su vida en la ociosidad, ó asiduamente ocupado en los trabajos de la mente.

Pero lo que se vé sin esfuerzo, sin la ayuda de la anatomía, es que los hombres de nutrición lánguida son poco afectos á hacer ejercicios difíciles, á manifestar su destreza en un ejercicio cualquiera. á mostrar lo que puede la poderosa fuerza de la voluntad aplicada á un esfuerzo persistente, á los actos más tenaces de la musculatura; lo que se vé muy bien es que la aptitud para los ejercicios difíciles, ó los trabajos erizados de obstáculos, la actividad incansable y la fuerza indomable de la voluntad son propias de los hombres acostumbrados á la ruda labor del trabajo ó del ejercicio; de los hombres que sacudiendo su pereza, despreciando las sensaciones incómodas del cansancio y la fatiga consiguen evitarlas después de haberse acostumbrado á hacer esfuerzos musculares prolongados, enérgicos, repetidos ó complicados de diversa manera. En esos hombres la fuerza de la voluntad se acentúa cada vez más en su carácter de fuerza psíquica y motriz, y da nacimiento á las cualidades sobresalientes del hombre laborioso, del vencedor en las luchas de la fuerza, del valiente que no tiembla ante las amenazas del peligro.

Los hombres que poseen estas cualidades ocupan en las sociedades humanas los puestos de primera fila. Es á ellos, á los trabajadores, á los fuertes y á los valientes á quienes se dirigen las miradas ansiosas de todos cuando suena la hora de alguna desgracia pública; á ellos les toca con frecuencia ser los salvadores de sus semejantes, con más frecuencia sin duda que á los que no hacen más que discurrir y pensar, aunque sea sobre los mejores temas sociológicos, sobre la táctica militar, y aún sobre las ciencias más filantrópicas y humanitarias.

El perfeccionamiento físico y moral resultante del trabajo metódico de los músculos va acompañado de sensaciones indefinibles de contento y bienestar; del conjunto de sensaciones agradables que constituye la alegría, y que la humanidad suele buscar con tanto ahinco, aunque la encuentra pocas veces.

Los efectos inmediatos del ejercicio y de la alegría sobre el organismo son casi iguales. Ambos hacen entrar el cuerpo en calor, animando del mismo modo las facciones y encendiendo los colores de la cara; aceleran igualmente los movimientos respiratorios, aumentando la profundidad de las inspiraciones; acrecientan de parecida manera la energía de las contracciones del corazón, y toda la circulación sanguínea; aumentan la aptitud para continuar el trabajo y redoblar los esfuerzos. Sus efectos son tan parecidos, que en ciertos casos podría ser difícil conocer si una persona acaba de hacer algún ejercicio, ó de tener una impresión feliz.

Esta similitud de sensaciones podría explicar por qué á muchas personas les gusta tanto hacer ejercicio. Han hallado el modo de hacer andar su máquina humana, al paso que ella anda, cuando es impulsada por los transportes de la alegría; han conseguido colocarla en ese estado en que se sienten impresiones de placer por causas externas ó psíquicas, incapaces de provocarlas en las circunstancias normales; en ese estado en que el pensamiento, huyendo de cuanto entristece ó apesadumbra, se complace en volar en las mejores direcciones, hacia los más agradables recuerdos del pasado, como hacia las más halagüeñas esperanzas del porvenir.

Claro está que mejor fuera disponer de los acontecimientos y que cada cual arreglase las cosas de la vida como para estar contento; pero, desgraciadamente, muy pocos tienen esta habilidad.

Sin riesgo de incurrir en error, puede afirmarse que todos los ejercicios hacen bien, que alegran; pero no se podría afirmar que todos ellos hagan bien de la misma manera, con igual intensidad. Ciertos ejercicios, las circunstancias en que se hacen, aumentan especialmente sus efectos sobre el estado del espíritu. Pasarse en

una habitación ó en un patio, dar vueltas á un manubrio, mover una palanca, estirar una cuerda elástica, levantar pesos, subir una escalera empinada, son, sin duda, ejercicios muy provechosos, que pueden servir para ahuyentar algunas ideas negras; pero sus efectos sobre el estado del ánimo serán menos intensos que un vivísimo asalto de armas, un partido de pelota, una excursión en velocípedo, ó á caballo, ó un paseo en bote, á toda fuerza de remos, en las aguas del río Luján. Es que si las reacciones químicas que engendra el trabajo muscular bastan en rigor para obtener los buenos efectos de los ejercicios, se puede buscar los medios de obtenerlos con más profusión.

Estas diferencias, en más ó menos, entre los efectos de los ejercicios son muy conocidos de los que tienen costumbre de hacerlos en condiciones variadas. Todos los que se divierten paseando por la calle Florida, pueden no divertirse tanto en otras calles; todos los que tienen gusto en montar un hermoso caballo, adiestrado á la alta escuela, que galopa según la voluntad del jinete con la mano derecha ó con la izquierda, que gira rápidamente sobre sus manos ó sobre sus pies, que retrocede ó marcha de lado, pueden no tenerlo igual si montan un caballo feo, mal enseñado, mañero, que no obedece á la rienda y á lo mejor se empaca.

Es fuera de duda que los mejores ejercicios suelen ser los que más divierten, y que no es por una simple coincidencia que los ejercicios más divertidos son los más útiles. Á la dosis de alegría obtenida como consecuencia de todo ejercicio se agrega otra, la que es propia del ejercicio predilecto, ó del que más conviene á la edad, constitución y estado de salud del que lo ejecuta. Sin pensar que la gente debe vivir destornillándose de risa, la utilidad de la alegría no debe ser desconocida, ó despreciada, ni aun por la gente más seria. La alegría es un tónico poderoso que nos conforta y nos mejora.

Los ejercicios intensos, saltos, carreras, el juego de la mancha, del rescate, y en general todos los ejercicios de velocidad, que provocan grandes inspiraciones de aire y hacen saltar el corazón dentro

del pecho, convienen á los niños y á los jóvenes para desarrollar el tórax, avivar sin riesgo la circulación sanguínea ; pero no convienen de ninguna manera á los adultos y á los viejos que tienen su pecho ya desarrollado, y en cuyas arterias se inicia, ó está muy adelantado, el proceso de la esclerosis y el ateroma.

Los ejercicios que requieren el despliegue sostenido de la fuerza, esgrima, gimnasia atlética, convienen á los jóvenes y á los adultos cuyos músculos han adquirido todo su desarrollo ; pero no á los niños, cuya musculatura está en formación, ni á los viejos en los cuales está atrofiada.

Los ejercicios suaves y moderados, gimnasia mecánica, sueca, del hogar, que convienen á todos, especialmente á los viejos, son muy poco divertidos para los jóvenes y los niños.

Los ejercicios al aire libre son infinitamente superiores á los que se hacen en recintos cerrados. La pureza del aire es una condición indispensable para conseguir sus mejores efectos. Cuando se hace ejercicio se respira seis ó siete veces más que durante el reposo ; si el aire es impuro, si está viciado por los productos de la respiración, se respira seis ó siete veces más impurezas y productos tóxicos que si no se hiciese ejercicio alguno. Á la verdad que para obtener este resultado casi valiera más quedarse quietos.

Los ejercicios que ponen en acción grandes masas musculares, un número considerable de músculos, deben ser preferidos á los que no llenan ese requisito. Los que ponen en juego masas musculares limitadas repercuten demasiado sobre las grandes funciones : la circulación y la respiración. Como efecto local, hipertrofian los músculos ; como efecto general, cansan y fatigan.

Por eso los ejercicios de las piernas fatigan menos que los ejercicios de los brazos. Los primeros producen mayor cantidad de trabajo sin cansancio ; dejan en libertad los movimientos de la respiración, sin agitar el corazón. Es á ellos que se debe más especialmente los efectos generales, benéficos y saludables del trabajo muscular.

La localización preferente del trabajo en las grandes masas musculares de los miembros inferiores no excluye la participación de los músculos de las otras regiones del cuerpo. Llama la atención la participación activa que toman muchos de ellos, al parecer lejanos é independientes del foco del movimiento. Al regreso de un viaje á caballo, de un paseo á pié, ó de una ascensión á las sierras, todo el cuerpo se siente cansado, y los brazos que estuvieron ociosos, aparentemente, están tan fatigados y doloridos como las piernas. Si estos efectos pudieran explicarse por la acción tóxica de los materiales de la desasimilación, que se produjeron con exceso, y no tuvieron tiempo de ser eliminados, no podría explicarse de la misma manera el aumento de la fuerza de esos músculos inactivos y que ha sido rigurosamente estudiada con la ayuda del dinamómetro.

La generalización en todos los músculos del trabajo de las masas musculares pequeñas es menos evidente. Con el ejercicio de un solo brazo, ó de los dos, podrá observarse los efectos de los esfuerzos repetidos y violentos: la respiración superficial y acelerada, los movimientos tumultuosos del corazón. Se observará también la robustez localizada en los brazos, y hasta la hipertrofia de sus músculos; pero no esos efectos generales sobre la salud del cuerpo y del espíritu y que la terapéutica y la higiene utilizan con razón, como si fueran sus más preciosos agentes.

Afirmemos sin vacilación que todos los ejercicios son buenos; recomendamos la equitación, el ejercicio nacional por excelencia; la velocipedia, el mejor de los ejercicios de piernas; el remo, sobre todo en botes de asiento movedizo; la patinación, la esgrima, la pelota, los diversos métodos de gimnasia, los juegos ingleses, los italianos, los franceses, los españoles, etc.

Aunque recomendables en general, la superioridad de unos ejercicios sobre otros es indiscutible; no podrían aconsejarse en globo á cualquier persona, sana ó enferma, joven ó de edad, sin tener en cuenta lo que, en el lenguaje médico, se llaman las indicaciones y las contra-indicaciones de cada ejercicio en particular.

La esgrima, por ejemplo, que es un excelente ejercicio para la gente sana, que no se ocupa en trabajos de la mente, es pésima para los que tienen el cerebro cansado, ó el sistema nervioso enfermo á causa de las emociones repetidas, ó de otros excesos. La fijeza de la atención para dar ó parar las estocadas es muy útil para los primeros, que tienen en reposo sus nervios y su cerebro; pero es estremadamente fatigosa para los otros, que están sufriendo las consecuencias del trabajo y la fatiga en esos órganos de estructura tan delicada.

El uso inmoderado, ó el poco acierto en la elección del ejercicio, tiene sus inconvenientes y sus peligros, que es preciso evitar. Todos los ejercicios tienen sus víctimas y sus inválidos, no hay que olvidarlo; pero hay que olvidar menos que su número es muy escaso, si se compara con el número inmenso de los que le deben la vida, la salud, la felicidad y el honor.

BARTOLOMÉ NOVARO.

EL BRASIL INTELECTUAL

IMPRESIONES Y NOTAS LITERARIAS

(Continuación)

IX

En una serie interesante de artículos publicados en Buenos Aires, el distinguido escritor Franklin Tavora señala la existencia de dos escuelas literarias en su patria. « Si ellas no están del todo formadas, — dice — por lo menos se revelan visiblemente en las producciones de las dos grandes regiones en que se divide naturalmente el país. No fué impunemente que la naturaleza colocó el gran río San Francisco entre las Provincias del Norte y las del Sud. Ni es materia que causa asombro que en un territorio de 291.000 leguas cuadradas, la naturaleza y el clima provoquen diferencias que modifiquen al hombre, porque esas diferencias son leyes del medio físico que han de influir forzosamente en la formación de su individualidad » (1). Sin pretender dilucidar este punto que ha dado origen á

(1) *La Literatura Brasileira. Escritores del Norte del Brasil*, por Franklin Tavora. *Nueva Revista de Buenos Aires*.

violentas discusiones en el Brasil, me parece que el juicio del doctor Tavora tiene fundamentos sólidos y que está sobradamente apoyado por las obras de Inglez de Souza, de Santa Helena Magno, y especialmente de José Veríssimo. El norte, de todos modos, ha contribuido á la vida intelectual del Brasil con una pléyade notable de hombres políticos, de oradores y de literatos, entre los cuales se cuentan, además de los citados, de Tobías Barreto, de Silvio Romero y muchos otros, estadistas como Saraiva en el pasado, y actualmente hombres de ciencia como el doctor Francisco de Castro y escritores de la talla de Joaquín Nabuco y Ruy Barbosa. Tal vez está allí la cepa genuinamente brasilera; por lo menos, es allí donde se conserva más la originalidad nativa de la raza, adulterada ya en el Sud por la infusión de sangre extranjera, sobre todo en San Pablo donde predomina el elemento italiano y en Rio Grande donde existen sólidos núcleos de población alemana.

José Veríssimo, de quien voy á ocuparme ahora, dejando para más tarde al doctor Inglez de Souza y á su novela *O Missionario*, es un representante perfecto del literato del norte, no sólo por su origen, sino por la inteligencia y el colorido con que ha pintado la región amazónica. Nació en el Pará, en la pequeña ciudad de Obidos, situada en la margen izquierda del Amazonas, el 8 de abril de 1857. No pudiendo proporcionarle allí su familia una educación conveniente, fué enviado á Manaus, de donde pasó á la capital del Pará hasta terminar sus primeros estudios y seguir á Rio de Janeiro con el objeto de matricularse en la Escuela Politécnica. Poco tiempo después, el mal estado de su salud lo obligó á regresar al Pará, de donde se dirigió á Europa. Allí tomó parte, de una manera brillante, en el Congreso internacional literario que se reunió en Lisboa en 1880. Antes de ese viaje había publicado un libro con el título de *Primeiras Páginas* y había redactado en el Pará la *Gaceta del Norte*. Más tarde, en 1887, publicó una obra sumamente interesante, *Escenas de la vida Amazónica* y dos volúmenes de *Estudios Brasileños* (1889 y 1894), que contienen ensayos literarios y jui-

cios críticos tan dignos de ser leídos por su estilo fácil y elegante, como por la firmeza y solidez de criterio que manifiesta su autor.

Las cualidades distinguidas del talento de José Veríssimo se manifiestan ampliamente en el terreno de la crítica. Es lástima que no haya reunido sino los artículos que llenan los dos tomos á que me he referido, dejando dispersa en revistas y periódicos una gran parte de su producción intelectual. En la parte que nos es dado juzgar, el escritor paraense muestra un espíritu serio, sobrio y cultivado al mismo tiempo. Es un guía en que uno puede fiarse para profundizar el estudio de la literatura brasilera. Benévolo sin condescendencias culpables, erudito sin pedantería, de preparación literaria sólida y de ideas moderadas y sensatas, ocupa hoy un lugar prominente entre sus colegas brasileros y ha sabido rodear su nombre de indiscutible autoridad.

La primera serie de los *Estudios Brasileros* empieza con la eterna lamentación que arranca á todo cultor de las letras sud-americanas la falta de estímulo y los obstáculos con que lucha en nuestras regiones la producción intelectual. Si ello puede consolar á José Veríssimo, desde ahora le aseguro que ese mal es común á todas las secciones de nuestro continente. Y bien mirado, ni los brasileros ni los argentinos tenemos derecho de quejarnos, cuando nos comparamos con nuestros colegas de Colombia, de Venezuela, del Perú, de Centro-América. Allí, como aquí, por lo menos rodeamos de cierta consideración á algunos de nuestros escritores, hay nombres y reputaciones consagradas, hay uno que otro editor que emplea algunos pequeños fondos en las aventuras de la publicidad. ¡ Ah ! cuando recuerdo la triste silueta de algunos de los más distinguidos poetas sud-americanos que he conocido, aquel esquisito espíritu que se llamó Eloy Escobar y que pasaba como un espectro por las calles de Caracas, doblegado, raído, casi harapiento, en su sonambulismo genial, en medio de la multitud que lo designaba con el epíteto de *De Profundis* ; cuando pienso en otro de esos talentos malogrados de aquella misma tierra, el desventurado Francisco

G. Pardo, asistiendo melancólico al derrumbe de su fortuna, hundiéndose minuto por minuto en la obscura miseria en que le sorprendió la muerte, sin apoyo de nadie, sin sentir siquiera á su alrededor ese ambiente de cálida simpatía que dulcifica las amarguras íntimas y da fuerzas para vivir; — cuando evoco á Miguel Antonio Caro, hoy presidente de Colombia, detrás del mostrador de una librería, á Rufino Cuervo fabricando cerveza, á Diego Fallon dando lecciones de música y de inglés, — comprendo que no tenemos derecho de quejarnos los que vivimos en esta región de América, donde el hombre de letras, salvo escasas excepciones, ha dejado de ser el *bohemio* famélico de que tantos ejemplares quedan en otras partes. Esta digresión no obsta á que reconozca la justicia con que deplora José Veríssimo la desorganización de la instrucción pública en el Brasil, primaria y superior, industrial ó profesional, « la carencia de una escuela superior de literatura ó de ciencias, donde se pueda estudiar la antropología y la lingüística, la historia de las religiones y la filología, las lenguas orientales del grupo indo-europeo ó del grupo semítico, las lenguas románicas, la etnología, la paleografía, la filosofía, las literaturas antiguas y modernas, en fin todo ese formidable trabajo intelectual que se hace á nuestro alrededor y al que permanecemos prácticamente extraños ». La misma deficiencia puede señalarse entre nosotros sin que esta circunstancia me impida compartir la fundada crítica del distinguido escritor.

Los *Estudios Brasileños* se abren por un corto artículo que sintetiza el estado de la literatura de aquel país con franqueza y exactitud. Allí se señalan los grandes vicios de que adolece su intelectualidad, y entre ellos se indica primeramente el espíritu de imitación. « No es simplemente la autonomía política y la separación geográfica lo que constituye una nacionalidad », — dice con razón José Veríssimo; son las tradiciones, la lengua, las creencias, las ideas, las costumbres, lo que forma, por decirlo así, el alma de un pueblo y caracteriza su propia individualidad. El espíritu brasileiro carece de carácter nacional, según José Veríssimo, por falta de una educación

principalmente científica, tanto como por la indiferencia por el estudio que muestran las masas populares, y por la carencia absoluta de una crítica que se separe de los viejos estilos horacianos y quintilianescos. La poesía, para él, se encuentra vaciada en moldes de un lirismo convencional cuya sola originalidad es la abundancia de formas *sensuales* que presta al verso la sangre del mestizo. En la novela, á pesar de la mayoría de las obras que se limitan á copiar modelos europeos y que son sólo *pastiches* de la literatura francesa, hay algunas creaciones originales, tales como la *Innocencia* del vizconde de Taunay y algunos de los tipos de José de Alencar. Lo mismo puede decirse del teatro, en que figuran con éxito el mismo Alencar, Penna y Guimaraens. Para dar á la literatura el carácter nativo de que carece se necesita remontar á las fuentes de la raza y analizar los elementos étnicos que la componen. Sólo ese estudio, detenido y crítico, puede explicar las modalidades del espíritu brasileiro, y proporcionar una comprensión exacta de las ideas é inclinaciones populares. Es el examen del hombre salvaje, del portugués colonizador y del africano esclavizado lo que dará la *clave* de la intelectualidad brasilera actual. En esto, José Veríssimo sigue fielmente las ideas de Silvio Romero. « Á la indolencia heredada del tupy — dice — desenvuelta y favorecida por un clima caliente y un suelo pródigamente fértil, se unió la influencia nefasta de la esclavitud, que, degradando el trabajo, nos hizo tontamente *afidalgados*. No fué esto sólo. El tráfico de los africanos hizo aparecer repentinamente fortunas colosales y con ellas desarrollóse el amor al juego y al lujo, tan peculiares á los brasileros. El elemento africano, en contacto íntimo con nuestra familia y cruzándose ampliamente en todo el país, forma hoy con los otros dos, el tupy y el portugués, la nacionalidad brasilera, y cumple notar que fué él quien, por la esclavitud, nos trajo las mismas costumbres nuestras que pueden llamarse originales. ¿ Y cómo no había de ser así, si desde la cuna hasta la tumba, bebiéndole la leche, oyéndole los cuentos en el hogar, jugando con ella, recibiendo de ella sus creencias fetiquistas,

esa raza desgraciada y hecha mala por la esclavitud es nuestra compañera y auxiliar? Esto, entretanto, escapó á nuestros literatos, que no vieron que había en nuestra sociedad algo pintoresco que estudiar, algo atroz que combatir. Y con excepción de la *Madre* de Alencar, de las *Víctimas y Verdugos* de Macedo, de la *Historia de una joven rica* de Guimarâes, de la *Esclava*, de *Isaura* de Bernardo Guimarâes, muy pocos fueron los libros que se ocuparon de ese importante problema ».

Pocos escritores de su país han realizado investigaciones tan minuciosas como José Veríssimo á propósito del elemento indígena que entra como un factor tan primordial en la formación de la raza brasileira. Estos estudios constituyen varios capítulos interesantes del libro de que me ocupo, así como una gran parte de las *Escenas de la vida Amazónica*. Escritos á propósito de las publicaciones etnográficas de Couto de Magalhaes, Barbosa Rodríguez y otros distinguidos hombres de ciencia del Brasil, ellos son, sin embargo, profundamente originales y contienen observaciones directas del autor sobre la curiosa psicología del salvaje, que ha tenido ocasión de conocer y estudiar en sus excursiones por la región amazónica. El señor Couto de Magalhaes, al ocuparse de las razas salvajes del Brasil, sigue las huellas de don Vicente Fidel López, admitiendo el origen *ariano* de los *tupys*. Las teorías de este escritor han sido francamente combatidas por Silvio Romero en su *Etnografía Brasileira* y lo son por José Veríssimo en varias partes de su interesante libro, y especialmente en el ensayo consagrado á la *Religión de los Tupys-Guaranyes*. Para él es exacto el juicio de los primeros cronistas portugueses, respecto á la carencia de noción de la divinidad y á la falta absoluta de cualquier forma de religión que tenían los salvajes del Brasil. Si es cierto que sus groseras imaginaciones sentían el pavor del relámpago y del rayo, también lo es que la intuición de un ente sobrenatural cuya manifestación visible fueran aquellos fenómenos naturales, fué infundida en su espíritu por los primeros exploradores de su territorio. « En el período fetiquista muy atrasado,—dice José

Verísimo — la nueva creación no podía, sin embargo, recibir ni siquiera un culto politeísta, cuando más una veneración monoteísta ; de allí las continuas quejas de los misioneros en vista de la frialdad, de la poca devoción de los neófitos y de sus continuas deserciones de un culto cuyo sentido no podían comprender. Su pobre mitología estaba compuesta de algunas entidades sobrenaturales, engendradas por el miedo y bajo la influencia de la curiosidad para la explicación de fenómenos naturales, como los sueños, á los cuales no prestaban más culto que el del terror supersticioso, el mismo que aún hoy les prestan los espíritus que creen en las *almas del otro mundo*. En medio de estos espíritus fué lanzado *Tupá*, siendo de notar que, al revés de lo que se podría esperar, quedó representando en su supernaturalismo un papel secundario, de verdadero intruso, mal grado todos los esfuerzos de los jesuitas para colocarlo en el lugar que le competía. Es que en la religión tupy-guarany, *Tupá* es una creación reciente, debida más á la influencia cristiana que al sentimiento espontáneo del salvaje que la adoptó ».

El estudio de José Verísimo se completa con un análisis de las leyendas y mitos indígenas, análisis sagaz, interesante y digno de ser leído por todos los que se interesan en la vida y los sentimientos de los pobladores de nuestro continente en la época del descubrimiento y la conquista. El espíritu que informa las investigaciones del distinguido autor, es siempre frío, reposado, puramente científico. Huye de las generalizaciones atrevidas, de las inducciones poco fundadas, de las teorías tan gratas para la insaciable curiosidad de algunos arqueólogos como Augustus Le Plongeon que encuentra en su reciente libro sobre las ruinas del Yucatán, en las reliquias de los antiguos *Mayas*, analogías sorprendentes entre su lenguaje, sus concepciones religiosas, sus nociones cosmogónicas, sus maneras y costumbres, sus tradiciones y su arquitectura, y las concepciones, lenguaje, nociones cosmogónicas, costumbres, maneras, tradiciones y arquitectura de las antiguas naciones civilizadas de Asia, Africa y Europa, creyendo que hay entre ellas un paren-

tesco cercano, que mantuvieron íntimas comunicaciones, y que se encuentra tal vez en Centro-América, entre otras, la cuna de la civilización egipcia (1). La misma seguridad de criterio demostrada por José Veríssimo en el examen de los ídolos amazónicos, campea en sus pinturas de los indígenas que se agrupan aún en pequeñas tolde-rías (*malocas*) en las márgenes de los grandes ríos y en medio de las frondosas selvas de la región norte de su país. El estado de degradación y de miseria de esas tribus, poetizadas por los románticos brasileros y desfiguradas por un afalsa leyenda á que han contribuído la escuela *indianista* y las producciones de José de Alencar, de Gonçalvez Diaz, de Magalhaes y otros, — le inspira una profunda emoción y una viva simpatía, sin que estos sentimientos generosos nublen la perspicacia de su sentido crítico y lo lleven á deplorables extremos de ridícula sensiblería. « La impresión que deja en el espíritu del observador atento y de buena fe el estudio de este medio, — dice refiriéndose á las poblaciones indígenas que se agrupan en las márgenes del Maués y del Canumán, — es mala. Asáltanos, por más que luchemos contra ella, la convicción de que el indio es un individuo con quien la civilización no debe contar. Nada más desolador que estas tolde-rías en ruinas, sin cultura, sin trabajo, sin progreso, sin vida, donde vegeta, sin vivir, una población mezquina de gente débil, sin ningún vigor moral, ni salvaje ni civilizada, miserable, indolente, paupérrima, en medio de las mayores riquezas naturales. » El contraste que presentan esos desgraciados salvajes con los heroes de *Caramurú* y del *Uruguay* en el pasado, ó de *I-Juca Pirama* y el *Guarany* en el presente, no puede menos de hacerlo sonreir « de las teorías sentimentalistas de los románticos de la política ó del arte », y preguntarse « si estos sujetos darán jamás ciudadanos aprovechables, ó indagar dónde están entre estas mujeres feas y sin gracia las *Iracemas* y entre estos hombres rudos y groseros los *Ubirajaras*. »

(1) « *Queen Mío and the Egyptian Sphinx*, » by A. Le Plongeon. — New-York, 1896.

X

Una de la preocupaciones constantes del espíritu de José Veríssimo es la que se refiere al *nacionalismo* de la literatura de su patria. Acompañado en la brecha por Silvio Romero, por Araripe Junior, por Mello Moraes y otros escritores de talento, él es uno de los más ardientes propagandistas de la independencia intelectual de la tierra de su nacimiento. Todo lo que concurre al propósito de esta emancipación despierta profundamente su interés. Así lo vemos estudiar con empeño la poesía popular brasilera, los cuentos y tradiciones originarias de su país, el folk-lore amazónico, todo lo que puede proyectar alguna luz sobre los sentimientos y aspiraciones de su raza, expresados en forma literaria. « En el estudio del carácter y de la manifestación del sentimiento estético en el Brasil — dice á este respecto — la forma más vigorosa de ese sentimiento, la poesía popular, debe ser estudiada con todo criterio como elemento indispensable para la creación y desenvolvimiento de una poesía conscientemente nacional. » Remontando al pasado, José Veríssimo hace notar que en los antiguos cronistas del descubrimiento no se señalan vestigios de manifestaciones poéticas en el salvaje. Él cree, sin embargo, que debían existir, no sólo porque « la poesía es tal vez la manifestación primera de la palabra en la humanidad » sino también porque en « la lengua de esa raza encontramos el verbo cantar, *néngari*, derivado de *néen*, hablar ». Aceptando que los tupy-guaranys poseyeran una poesía indígena espontánea y rudimentaria, según José Veríssimo nada autoriza á creer en la traducción de ese sentimiento estético en forma de canto ó himno. Para él es evidente que en el tiempo de la conquista del Brasil el indígena no podía tener poesía sino tan primitiva y rústica, que la invasión europea la ahogó sin esfuerzo; y así, sofocada en la cuna, ella no pudo, como su lengua y sus costumbres, influir sobre la raza con-

quistadora. Las manifestaciones más conocidas de la poesía popular brasileira no son sino variantes degradadas de las viejas cántigas portuguesas, como lo demuestra con numerosos ejemplos el distinguido crítico brasileiro. No obstante, esa imitación muchas veces sobrepasa al original, por la intensidad del sentimiento apasionado, por la belleza de la forma poética, por la traducción elocuente de sentimientos tiernos y amorosos. José Veríssimo cita algunas estrofas populares muy interesantes y que revelan, en su ingenuidad sin afeites, el alma misma de la raza que confía á ellas sus lamentos, como la que copio á continuación y en que se escucha el grito de protesta del esclavo encorvado bajo el látigo del capataz :

Un negro cuando se muere
Es que el alcohol lo mató;
Un blanco cuando se muere
Es porque Dios lo llamó...

Ó esta otra empapada de ironía :

Cuando un blanco está comiendo
Con un negro en compañía,
Es el blanco el deudor
Ó del negro es la comida...

« La historia de nuestro país—dice José Veríssimo en una página elegante en que define la *modinha* brasileira y que transcribo como una muestra de la belleza de su estilo — nos enseña que su primera sociedad fué compuesta de malos elementos. Las primeras inmigraciones fueron solamente de hombres que no queriendo casarse con la mujer que habitaba esta región, por motivos fáciles de comprender, hicieron de ella su concubina. Así constituida, si á eso se puede llamar constitución, la primitiva sociedad brasileira, á la cual faltaba el más poderoso de los elementos sociales, la familia, no podía ser sino inmoral. «Bajo un sol ardiente y en una naturaleza exuberante,

el temperamento amoroso del portugués, libre de todas las trabas que lo refrenaban en la patria, ganó aquí nuevo vigor y produjo el mestizo voluptuoso, impresionable, apasionado. Fué en este medio en el que la poesía popular portuguesa se desenvolvió y fué aquél el individuo que la asimiló y que le dió el vigor erótico que la caracteriza bien como nuestro genio artístico. Es en el seno de ese elemento mestizo, del hijo del portugués, de la india ó de la africana que nacen sus más bellas formas, y es de allí que algunas de ellas se nacionalizan tanto que diríais constituyen una forma espontáneamente nacional, como la *modinha*. La *modinha* es la más rica de las formas con que se manifiesta la inspiración poética de nuestro pueblo. En ella transformóse la *jácara* de los trovadores y castellanos guitarristas, ó más inmediatamente el *fado* del pueblo portugués... El temperamento melancólico amoroso del brasilero, su voluptuosidad, las lúbricas pasiones que se desenvuelven en un medio no educado por el casamiento, como era y todavía es hoy, aunque en menor escala, nuestro medio popular, contribuyeron fácilmente para esa transformación. Así, esa forma caracteriza bien la tendencia mórbida de nuestra poesía popular, el abandono, la indolencia de nuestra raza, proveniente de la prodigalidad extraordinaria de nuestra naturaleza y de la felicidad de nuestra vida, casi eximida de la ley de la lucha por la existencia, lo que engendra esa tendencia de nuestro carácter á producir los amores fáciles, la fuente única de nuestra inspiración popular. En nuestra no pequeña colección de *modinhas* ese tema repítese con fastidiosa monotonía. Es siempre el amor y los sentimientos que de él derivan: los celos, la *saudade*, el deseo, en el lenguaje gongórico é inflado, pero á menudo sentido é interesante. Y leyendo las colecciones de nuestras *modinhas* que corren impresas, llégase á la conclusión á que nos lleva este estudio de la poesía popular brasilera y es que ella, por falta del elemento tradicional, es profundamente individual, pobre y monótona. Su desenvolvimiento no es igual en todas partes del Brasil, habiendo sido mayor en el sud que en el norte, donde la vida pastoril no sólo

es más desconocida sino menos acentuada, y es generalmente en ese medio donde han nacido casi todos los grandes poemas populares, como entre nosotros fué allí donde tuvo mayor expansión el sentimiento poético de nuestro pueblo ».

Las líneas transcritas bastan para diseñar la fisonomía del crítico, la sencillez elegante de su expresión, la solidez de su criterio, la seguridad de sus juicios, siempre fundados en la reflexión y en el estudio. Las cualidades de su estilo corresponden á estos dones nativos del escritor. Corriente y fluido sin caer en la dilución de las ideas que aqueja á tantos autores meridionales y á tantos *dilettanti* sud-americanos, se le lee siempre con placer, sabe captar el interés y mantenerlo durante el curso de toda una obra. Entre los literatos de su raza, es uno de los que han consagrado al trabajo intelectual una dedicación más constante y abnegada. «Literatura sin libros» llamó Valentin Magalhaes á la de su patria, expresión que casi puede aplicarse en conjunto á la América latina. Si ello es así, se debe sin duda á otros hombres que los que, como José Veríssimo, han puesto de su parte una inmensa suma de esfuerzos generosos en favor de los ideales que han impulsado su acción y alentado sus trabajos. Su vida entera está repartida entre los afanes de la enseñanza universitaria y las preocupaciones del hombre de letras. Su labor de educacionista y pedagogo es tal vez más conocida y apreciada en su país; por lo menos, los resultados de ella son más populares. Sus esfuerzos literarios, sin embargo, son igualmente considerables y dignos de simpatía. Cuando otros se han sentido heridos por el desaliento, él ha persistido en la lucha; y hoy mismo se le ve al frente de la más importante publicación literaria de Rio de Janeiro, *La Revista Brasileira*, que dirige con entusiasmo y acierto, y donde sus artículos distinguidos dan la nota crítica del día. Su silueta es una de las más familiares para todos los que frecuentan el pequeño mundo literario de la bella ciudad fluminense. Se le ve siempre en compañía de un libro ó un amigo en aquella curiosa *Rua do Ovidor*, que es el ágora de Rio de Janeiro, en la puerta de alguna librería ó de alguna

redacción de diario, pasando de Laemmert á Garnier, con escalas en *O Jornal do Commercio* ó la *Gazetta de Noticias*; y donde él está podéis estar seguros de encontrar un hombre de espíritu y un corazón leal, un grupo de amigos fieles como él al arte y á la ciencia, preocupados como él del adelanto intelectual y moral de la tierra de su nacimiento.

Y esta generosa dedicación es tanto más digna de elogio cuanto que José Veríssimo no se disimula la verdadera inferioridad del hombre de letras en su patria. Las reflexiones que hace respecto á este tema son de una sensatez y una verdad abrumadora. Nuestra situación en este asunto es tan semejante á la del Brasil que no puedo menos de transcribir párrafos como el siguiente, relativos á las agitaciones literarias intermitentes que suelen sacudir á nuestras sociedades y especialmente á la que se produjo en aquel país después de la guerra del Paraguay, y coincidió con los esfuerzos eficaces de la propaganda republicana. Ese movimiento, dice José Veríssimo, jamás se condensó en una corriente unida y cerrada que produjese grandes resultados, esto es, grandes obras, de esas que hacen la gloria de un hombre y la honra de una literatura. « Para ello hay una causa de valor capital: el no poder el escritor brasileiro vivir de sus obras, lo que le obliga forzosamente á no pasar de un simple aficionado, un *dilettante*. Y en la literatura, como en la ciencia, como en el arte, el aficionado es, en regla general, un ente sin valor, de pernicioso influencia. Es sólo la profesión la que hace las grandes personalidades literarias ó científicas, por el trabajo de todas las horas, por el constante é incesante estudio. Ya se trate de nuestros literatos ya de nuestros sabios, ellos lo son á horas perdidas, sustraídas á las ocupaciones del trabajo diario. Un país en que la mentalidad queda así sin base material, no puede aspirar á producir un movimiento intelectual fecundo en resultados. Con todo—y honor sea hecho á los trabajos que, sin recompensa, ni, la mayor parte de las veces, la de la consideración pública, no desmayan en la labor — á pesar del medio poco propicio al estudio, el movimiento se acentúa y la litera-

tura — dése á esta palabra su mas lata acepción— toma un desarrollo hasta hoy nunca visto entre nosotros ».

XI

En la segunda serie de los *Estudios Brasileños*, José Veríssimo toca interesantes cuestiones de la actualidad política de su patria. Señala al principio de ese libro una especie de renacimiento intelectual, un despertar inquieto y quizá incoherente del espíritu nacional, estimulado por causas complejas, entre las cuales ocupa un puesto muy importante el cambio de las instituciones y el profundo sacudimiento social que fué su consecuencia inmediata y que persiste aún despues de siete años de república. Pocos estudios más curiosos y más llenos de enseñanza que el de las peculiaridades del nuevo régimen implantado en aquel país, y el de la transformación rápida que á su influjo se ha operado en los sentimientos é ideas de su pueblo. La más expresiva de las formas en que se ha concentrado el espíritu nacional en el Brasil, en los años de agitación que empezaron con la caída del Imperio y parece no han terminado aún, á pesar de sofocada la revolución en Rio Grande y vencido el movimiento encabezado por el heroico y malogrado Saldanha y por el almirante Mello, — parece estar caracterizada por una exacerbación del orgullo patrio, que se manifiesta en despego y hostilidad al elemento extranjero, que aspira á la completa independencia y desvinculación del Brasil de todo vínculo y relación extraña, programa negativo que busca el aislamiento, rechaza la colaboración ó el concurso del capital y del brazo europeo, y en torno del cual se agrupan las masas populares. Esa tendencia curiosa, de que participan hombres de mérito real y de verdadero valor, y que en las letras ha sido defendida y practicada tal vez con un *parti pris* de originalidad por el infortunado Raul Pompeia y

por el distinguido crítico Araripe Junior, — ha sido llamada *jacobinismo* ó *nativismo*. Deberé ocuparme de ella con mayor detención al tratar del autor de *O' Atheneu* y de *Rodrigo Octavio*, así como al hablar de las últimas publicaciones de Ruy Barbosa y de Joaquín Nabuco. Por hoy basta consignar que las proyecciones intelectuales de ese movimiento preocupan con razón á José Veríssimo. « La agitación nacionalista, de que hay en este momento evidentes señales — se pregunta con inquietud, — ¿excitará á su vez la inteligencia nacional y servirá de estímulo de producción y de trabajo, ó, artificial y desorientada, será apenas la manifestación, tal vez inútil, tal vez funesta de un jacobinismo inhábil y sin criterio?... » El distinguido escritor abriga dudas fundadas de los resultados benéficos que para las letras brasileras puede tener la crisis social y política que hace presa del organismo de su patria. Él se levanta sobre las preocupaciones estrechas del espíritu de secta, de la intransigencia de círculo, y contempla el porvenir con desconfianza y alarma, señalando el peligro con valor y con franqueza. « Para que ese despertar sea fecundo — dice — y se transforme en una corriente perenne de vida científica, de vida literaria, de vida artística, preciso sería que no hiciésemos del movimiento que lo ha de producir un negocio de facción ó de partido, que no fuésemos á beber lecciones en un período que deshonra á la gran revolución, ni confundiésemos el nacionalismo con el nativismo, pretendiendo, con menos inteligencia de los tiempos, resucitar viejas teorías que, impertinentes en las propias tradicionales sociedades europeas, son aquí, en la América joven, despoblada y sin pasado, absolutamente absurdas. »

La expresión de estas ideas acude frecuentemente á los puntos de la pluma del distinguido escritor. Su clarovidencia en estas materias es notable, como lo es la lealtad con que expone sus opiniones de crítico y de educacionista. Ocupándose del movimiento intelectual brasileró en 1891, encara el mismo tema bajo una faz más amplia, deplorando una vez más el jacobinismo que medra en la

sociedad política de su patria, y en el cual ve « una amenaza para la libertad espiritual, sin la cual no puede haber un fecundo movimiento intelectual ». Para que la evolución de las ciencias, de las letras y de las artes, vuelva á tomar su punto de partida y prosiga su marcha sin tropiezos, José Veríssimo aconseja, separándose de la corriente de la nueva moda de su tierra, del culto ciego del *monroismo* americano, del sometimiento pasivo á la influencia yankee, « que la república sepa ser inteligente y que, imitando las exterioridades norte-americanas, no sacrifique á los intereses del momento, ni á un estrecho y bronco espíritu práctico, los intereses superiores del espíritu nacional ». De esta suerte el simpático escritor se alista bajo la bandera levantada con decisión por Eduardo Prado en el interesante libro de que me ocuparé á su tiempo — *Ilusión Americana* — y acompaña á Ruy Barbosa y á Nabuco en su resistencia contra el enfeudamiento de su patria á la influencia y al poder de la gran república del norte. La independencia de su juicio es digna del mayor elogio, en esta como en otras materias, al huir del lugar común del endiosamiento americano, tan grato á los huecos declamadores políticos de nuestro continente, para expresar cuáles son sus ideas respecto al importante problema de la educación de su patria. « Lo que nos ha diferenciado de las Américas, — dice, — es no haber hasta ahora sido un pueblo « americano » en el sentido filosófico de esta palabra. Yo no veo qué imposibilidad habría en conservar esa, para mí por lo menos, simpática distinción bajo la república; para conseguirlo no habría sino que ocuparnos seriamente del problema de nuestra educación pública, realizándola bajo la base de una alta cultura científica, literaria y artística, animada en todas sus partes del sentimiento y del espíritu nacional. Mi ideal en este punto sería — y creo que no tomarán á mal que lo diga — no los Estados Unidos de la América del Norte, sino la Francia. No es tan grande mi ignorancia que desconozca el desenvolvimiento intelectual de la gran república del norte, pero no puedo descubrir allí, naturalmente

por defecto de visión, el mismo carácter espiritual, si me permiten decirlo así, que veo en la civilización francesa. Hay aún, permíteme esta confesión, en esas civilizaciones germánicas y protestantes — principalmente cuando ellas están empeoradas por el industrialismo americano, algo que nos las hace antipáticas. »

Deliberadamente, al ocuparme de José Veríssimo, he querido insistir en esta faz peculiar del escritor, sin circunscribirme á la pintura exclusiva de su talento literario. Para ocuparme de éste, y analizarlo de una manera completa, debería seguir paso á paso la obra extensa y variadísima del crítico, y esto exigiría extensos desenvolvimientos. Sus libros, en efecto, abordan los temas más diversos y pasan con facilidad de la crítica al comentario político, á la reflexión filosófica ó á la investigación etnográfica. Todas las ideas matrices de la literatura contemporánea del Brasil se encuentran resumidas y contenidas en ellos. Así, en el curso de estas impresiones y notas trazadas á vuela pluma, deberán hojearse muchas veces, y la opinión de su autor me será de suma utilidad para ilustrar ó explicar ciertas materias en que es necesario desconfiar de la impresión de los extraños. Entretanto, y antes de abandonar este atractivo tema, deseo decir algunas palabras sobre una de sus primeras publicaciones, mencionada de paso algunas páginas antes, y que es tal vez la más característica é interesante salida de su pluma. Me refiero á las *Escenas de la vida amazónica*, una de las obras más nacionales, más representativa de la inteligencia y del medio brasileiro, más interesante bajo su doble aspecto de estudio de psicología de la masa nativa de la región del norte y representación artística, real y palpitante, de sus costumbres y sentimientos, y de los accidentes de su vida en medio de la naturaleza esplendorosa de aquellos lugares.

La primera parte de este libro precioso está consagrada al lenguaje, á las creencias y costumbres de las poblaciones indígenas y mestizas de la Amazonia. Á pesar de lo curioso de las escenas descritas en ella, no es ésta la más notable, á mi entender, sino

la segunda parte, en que se encuentran algunas narraciones desbordantes de color local y que revelan en toda su amplitud el talento descriptivo de José Veríssimo, ¿Es acaso el prestigio de esa región misteriosa y poco explorada, de ese mundo admirable bañado por una red espesa de ríos colosales, de ese laberinto de selvas y de montes frondosos, en que la naturaleza tropical ha desplegado toda su poderosa lozanía, todos los infinitos recursos de su belleza, lo que me hace mirar la obra de José Veríssimo con tan viva simpatía?... ¡La Amazonia! Este solo nombre exalta mi imaginación y la transporta á otras épocas, haciendo revivir á mis ojos episodios épicos borrados por el tiempo, desplegando en una evocación repentina paisajes tropicales vistos en la juventud, y nunca olvidados, los monstruosos árboles de las orillas del Magdalena, la entrada soberbia del Orinoco, el esplendor de las florestas paraguayas, el lujo grandioso de la naturaleza de las Antillas!... Los que nunca han estado en contacto con la tierra tropical, los que no han probado sus efluvios magnéticos ni se han sentido dominados por su voluptuosa embriaguez, — no comprenderán nunca toda la seducción que inspira esa región magnífica. Por mi parte, al leer las *Escenas de la vida amazónica* confieso que he sentido con inusitado ardor la nostalgia de la *Tierra caliente*, una tentación poderosa de seguir las huellas del viajero en aquel dédalo de ríos y de selvas en que se agrupan los restos dispersos de la raza *tapuya*; y he quedado largas horas melancólico, con el libro en la mano, pensando en aquel Eldorado inaccesible, y rehaciendo en la mente las impresiones que debieron sentir los compañeros de Orellana, al desembocar con su rústica nave, labrada con el hacha y la espada del soldado, en aquel inmenso mar dulce ¡el más grande y admirable de los escenarios soñados para la epopeya!

¿Quién no ha sentido, por otra parte, en esos momentos de desaliento profundo, de cansancio mórbido que produce la tiranía de la vida social, las exigencias implacables de los deberes mundanos, la necesidad de observarse á todas las horas, de medir todas las pala-

bras, de vivir en una perpetua excitación cerebral, un ansia irresistible, un deseo indomable de abandonarlo todo y hundirse en tierras inexploradas, lejos de los hombres y del tumulto de las ciudades, en el seno de la selva virginal, en íntima comunicación con la naturaleza? Otras veces, el deseo es diverso. Arrastrados en el torbellino, fatigados de contemplar rostros indiferentes, siluetas más ó menos elegantes, maniqués puestos en movimiento por Worth ó por Pacquin, haciendo vis-à-vis á fantoches aderezados por Pool ó por Cumberland, hastiados de la lucha de los intereses sórdidos, de las vanidades de la feria en que se mueven los héroes de Thackeray, —nos asalta un interés enorme por los pobres y los humildes, una simpatía afectuosa por los que viven en las aldeas, al borde del mar ó en el fondo de las montañas, un febriciente ardor por participar de las alegrías y las tristezas de ese vasto mundo que vive á nuestro alcance y que sin embargo no conocemos ó miramos con indiferencia ¡sociedad en que se mueven los labriegos y pescadores santanderinos de *Sotileza*, los fantásticos habitantes de los *boarding-houses* de Dickens! ¡Oh! huir de la banalidad insulsa y chismográfica de los clubs á la moda, de los *clichés* convencionales de los salones del día, y poder estrechar la mano de Mister Micawber, escuchar de sus labios la historia de sus tribulaciones pecuniarias, ó comer en *table d'hôte* en la taberna de Jolly-Sandboys con Mrs. Jarley, «la única, la incomparable Mrs. Jarley», recibiendo informes preciosos sobre las complicaciones de las figuras de cera y teniendo en frente, del otro lado de la mesa, al gigante bonachón que despacha una pata de cordero regada de abundante mosto, mientras le llega la hora de salir á las tablas é introducirse en el esófago puñales y estopas encendidas! . . .

XII

Sin ir tan lejos ni aspirar á tanto, leyendo las *Escenas de la vida amazónica*, confieso que he sentido deseos vehementes de conocer al indio José Tapuio, y que me sentiría feliz compartiendo con Don Porfirio Espirito Santo da Silva, *el tambaqui moquesdo* ó « poisson grillé » de la cocina obidense, la *manicoba* preparada con *trippes de paca* y albóndigas de mandioca; y después de aquella buena refacción, extendiéndome en la hamaca « colgada en uno de los rincones del corredor, con el largo cachimbo apretado en los labios, esperando que la negrita viniera á encenderlo ». Las peripecias de ese simpático ciudadano y la historia de su hija Rosinha, forman el argumento de *O Bóto* (1), narración escrita con un colorido admirable y que á mi juicio es una verdadera joya de la literatura nacional brasilera. La escena de esa novela corta se abre en Obidos, en la estrecha calle Bacuri. Don Porfirio aparece de mal humor, traga con displicencia los platos del complicado *menu* tropical preparado por su esposa Doña Feliciano, no dirige una palabra á su hija Rosinha, una mestiza de grandes ojos apasionados, y, finalmente, después de satisfecho su apetito y antes de recostarse en la hamaca, anuncia á los suyos su resolución de dirigirse al Parú, á dedicarse á la fructífera industria de la salazón de pescado. Naturalmente, esta noticia no es del agrado de Rosinha, que tiene su correspondiente novio, un portuguesito almacenero, de 22 años de edad, llamado Antonio Bi-

(1) El *bóto* (*delphinus pallidus?*), el *uyara* del indio, ocupa largo espacio en su imaginación y nuestro interior está lleno de cuentos maravillosos sobre este animal. El *bóto*, como la sirena antigua, canta, y cual el de ella, su canto tiene el dón de seducir. ¡ Ay de la doncella que lo oye en noche de luna ! Los indios creían que el *bóto*, aprovechábase de las ocasiones en que las mujeres se bañaban para seducirlas, y aún más, que revistiendo las formas de un mancebo gentil, venía á veces en la alta noche á dividir la hamaca de las vírgenes de la selva, atribuyendo á este Don Juan fluvial, la concepción de muchas. (José VERÍSSIMO, *Escenas de la vida amazónica*).

cudo. El desarrollo de ese amor está trazado con perfiles de una realidad sorprendente por José Veríssimo. Las miradas en la iglesia, las rondas por la ventana de la amada, las conversaciones en la puerta de calle, toda la escala obligada del cortejo de aldea, está descrito por el novelista con un lujo de detalles que mantiene siempre despierto el interés. Á los apretones de mano, á las caricias robadas á la vigilancia paterna, suceden pronto las exigencias del amante por tener una entrevista á solas con la incauta muchacha. Celos fingidos, amenazas de rompimiento y de ausencia, Antonio Bicudo apela sucesivamente á todas las astucias del caso, sin lograr el éxito ambicionado.

« Al cabo de cuatro ó cinco días—dice el escritor—Rosinha recibió una carta, por intermedio de una esclava del nuevo patrón de éste. « Mañana, decía, pasa por aquí el *Tapajós*; si hasta entonces no hubieres hecho lo que te pedí, es que ya no me quieres, y por eso me iré para siempre. Acepta, ingrata, un adiós eterno de quien mucho te amó. » La letra era disfrazada y la carta no llevada firma. Esta resolución de Antonio la puso fuera de sí. La idea de perderlo la asombraba. Y, sin poder resistir aquel amor, que conocía ahora tan grande, resolvió de pronto responderle diciendo que viniere esa misma noche, á las doce, á esperarla en el cerco de la casa, que daba á un espeso matorral. Fué á la cocina, sacó un carbón y metiólo con un hilo de *túcum*, en que dió once nudos, dentro de un cartucho de papel. Escondiendo todo en el seno — ese cómplice inconsciente y siempre pronto de las mujeres — fué á colocarse en la ventana esperando ocasion propicia para enviar á Antonio aquel singular paquete. De allí á poco pasó una muchachita, una indiecita de diez años, de aire enfermizo y tonto, con una botella en la mano, como quien va á la taberna.

—« Vas á la casa de *nhô* Antonio? — preguntó á la muchacha.

—« Sí, señora...

—« Toma—dijo—dándole el cartucho de papel— dále esto y dile, no te olvides, dile: en el cerco de la quinta de la casa.

« Antonio Bicudo recibiendo el paquete y el recado, halló aquello ridículo, tanto más que no comprendía el enigma. Poco después una muchacha que entró en la tienda á comprar no sé qué, y á quien él consultó, explicóle que el carbón quería decir noche, y los nudos de hilo *túcum* las once, cada nudo una hora. Y rióse mucho queriendo por fuerza saber quién lo esperaba á aquella hora, declarando que iba á contar á la hija de *nhó* Profirio, á *nhá* Rosinha, que él ya tenía otra novia. Él reíase también, pellizcábale los brazos flacos, acariciábale la cara, haciéndole muchas fiestas, diciéndole tonterías, hasta que ella se fué repitiendo:

—«Y bien, ¡voy á contarlo!... cantando mucho la frase...»

La cita de los amantes, en aquella hora nocturna, en la cerca de la quinta, mientras todos dormían en casa del Procurador, termina como todas las de su clase, con juramentos de fidelidad y de casamiento de parte del mancebo, y con lágrimas de felicidad y de placer de parte de la doncella. La resistencia de Rosinha no se prolonga largamente. Su sangre de mestiza se inflama con facilidad al sentir el contacto de los labios de su adorado. Estaba vencida antes de luchar.

Entretanto, los preparativos para la marcha de la familia al lago Parú se encuentran casi completos. Don Porfirio obedece á la dura ley de la necesidad y se vé forzado á alejarse de la ciudad de sus amores, aquel centro donde se había acostumbrado á las charlas y chismografías de las puertas de tienda ó el mostrador de las boticas. Aquella vida de pereza, pasada entre las delicias de la calle y las sesiones de la Cámara municipal, de que era procurador, había agotado todos sus recursos y conduciéndolo á dos dedos de la ruina. Su *finca* estaba abandonada, entregada al cuidado de un viejo tapuyo. Para salvarla de la hipoteca y de la venta era forzosa aquella peregrinación al Parú, donde aquel año abundaba el *Pirarucú*. Todos estaban ya embarcados en la *igaritá* ó canoa, listos para zarpar, y Rosinha, sentada al borde del toldo de paja que le servía de techo, buscaba en vano, con los ojos turbios, entre la

muchedumbre que se aglomeraba en la playa á presenciar la llegada de un vapor de la *Corte*, el ingrato amante que parecía haber olvidado tan pronto sus votos y sus protestas de pasión eterna. Al fin, llega el momento de la partida y la desgraciada muchacha se siente llena de rabia, desesperada por haber cedido á las súplicas del pérfido Lovelace obidense.

¡ Qué bellos son los paisajes que se suceden, entretanto, mientras la ligera embarcación se desliza sobre la corriente! « La canoa, remada por tres *tapuyos* y un negro, que manejaban diestramente el remo elíptico y chato como una raya, corría ligera costeando la margen lo más cerca posible, de manera de evitar la corriente del río. El Procurador, desde que quedara fuera del alcance de las vistas de la ciudad, se sacó el paletó y los zapatos, y descalzo y en mangas de camisa fué á ponerse en el *jacuman* (timón), fumando un largo cigarro de *tauari*, en una posición muelle y beatífica, sin mirar el paisaje que se desarrollaba al lado, á su vista. Eran primero altos barrancos de *tabatinga*, una tierra blanca zebrada de grandes pinceladas bermejas, acribillada de agujeros cilíndricos, de donde se escapaban gritando, llenando el aire con su alharaca disonante, bandadas de aribambas de alas cenicientas y pecho rojo y blanco. En aquella tierra de aluvión crecía una vegetación exuberante y verde, intrincada y densa aquí, rala más allá, en que las trepadoras con sus hojas tupidas y claras ponían una nota alegre. Pasaron por algunas fincas, cuyos perros llegaban á la orilla á ladrar á la canoa; la ex-Colonia con sus casas en ruinas, la iglesia por concluir, desmantelada y llena de árboles, todo medio sumido por el matorral y dominado por una gran cruz ennegrecida por la intemperie que, encima de un pedestal, al norte, extendía sus brazos sobre aquella triste soledad de un lugar en otros tiempos habitado, y donde, según la tradición aún viva, pasáronse días alegres y felices. »

Las páginas que siguen contienen una descripción tan interesante de la región del Parú, aglomeración de lagos formados por las bajantes en el triángulo constituido por el río Trompetas de un lado,

el cauce del Caxiury del otro y el Amazonas, — que resisto con dolor al placer de transcribirlas en toda su extensión. Pero esto exigiría muchas páginas, y debo limitarme á extractar los grandes lineamientos de aquel admirable cuadro de la naturaleza trazado por José Veríssimo con un vigor de colorido y una intensidad de rasgos que revelan toda su potencia de escritor y la riqueza y variedad de recursos de su estilo. Al leerlo, nos parece contemplar aquellas tierras, « sumergidas durante más de cuatro meses », surgiendo en la época de la bajante húmedas y verdosas del seno de las aguas, « diseñando allí un amplio mapa de *bacias* de todos los tamaños, de todas las profundidades y de todos los aspectos, un verdadero sistema de lagos, teniendo por base el largo río Parú, con el cual todos se pegan y alrededor del cual se extienden, se complican, se engarzan, se enmarañan, comunicándose los unos á los otros por pequeños brazos de agua ». Allí, en las barrancas más elevadas del *igarapé* (riacho de canoas) los que acuden á la salazón arman sus pequeñas habitaciones de paja. Es toda una población nómada, afañada en su trabajo fecundo, población semi-anfibia que vive la mitad de las horas dentro del agua de los canales, y entre la cual figuran no pocos «perros flacos, que también emigan para los lagos, en la época de la pesca, con las costillas salientes como si hubiesen engullido arcos de barril, y que pasean por las orillas ladrando á los yacarés con la rabia impotente de egoístas famélicos, lamiendo á intervalos las espinas secas ó las pieles bermejas de los pirarucús, única pitanza ofrecida á su gula ». En medio de este escenario, una vegetación de invernáculo, una maravillosa sabana de graciosas gramíneas y de gigantescas nínfeas. « De trecho en trecho esta orla es truncada por las playas negras de tembladeras ó esteros de lodo, frecuentadas por legiones de mariposas amarillas y blancas que, á la distancia y posadas, parecen flores nacidas en el barro sólido. Agarrados á la margen vense compactos ramilletes de pasto acuático y de caña brava por sobre los cuales revolotean leves, alegres y chirriantes pajarillos microscópicos, doblando las delgadísimas ramas de

pasto, en las que hacen un apéndice que engaña al peregrino ajeno á esta tierra; el húmedo murerú de grandes hojas gruesas, redondeadas, cóncavas, forma campos de un verde cargado, haciendo sobresalir sus flores rojizas con las que el *bóto* compone los ramilletes destinados á sus amadas. Sobre el agua sobrenadan, condensados y unidos, los *uapés* de mil formas. Entre éstos, destácase uno de hojas redondas, verdes, bermejas, del medio de las cuales brotan albas flores salpicadas de escarlata en la forma de estrellas, cuyas finas raíces carmesíes se ven sumergirse á través del agua cristalina con ondulaciones airosas de serpiente. Aislada casi, formando un punto aparte en los remansos tranquilos de un lago menos frecuentado por los pescadores, y más cerca de la tierra firme, la victoria regia, el horno de yacaré de los naturales, desdobra enormes hojas circulares de bordes con caireles de vivo carmesí doblados hacia arriba como un horno indígena y iergue un poco sobre la superficie del agua sus grandes flores semi-esféricas, por la mañana blancas como la pluma de la garza, color de rosa como el penacho del cardenal por la tarde, dominando á pesar de contraída, por su extraña y salvaje belleza y por las extraordinarias proporciones de tamaño, toda la exuberante flora acuática de la región ».

Fué en una de esas riberas encantadoras, donde el Procurador amarró su canoa y levantó sus provisorias viviendas de paja. Allí pasaba los días, en un sonambulismo melancólico, la abandonada Rosinha, sin que la imagen de su ingrato amante provocara en ella sino aborrecimiento y fastidio, por haber confiado en sus promesas. Un día, vagando por aquellas soledades, vé acercarse una *montaria* ó canoa pequeña, y en ella descubre á Antonio Bicudo, enviado por su patrón á comprar pescado y á cobrar algunas cuentas olvidadas. Sus primeras palabras, pérfidas y mentirosas, fueron de cariño : « Vine por tu causa, ingrata ». Después, al contemplar las formas más acentuadas de la muchacha, le halagó la idea de reanudar el dulce vínculo roto por su causa. Rosinha se resistió al principio; pero después de algunos esfuerzos de parte del amante y de la inter-

vención oficiosa de la *madre tapuya* la vieja Thomazía, que le sirvió de nodriza y que cedió á los atractivos poderosos de unas copas de aguardiente,—la antigua aventura siguió su curso y el idilio tomó nuevo vigor en el seno de aquella naturaleza discreta y virginal. Al fin, las precauciones de los culpables fueron relajándose con la impunidad, hasta que la vieja Thomazía se apercibió con horror de las consecuencias de sus complicidades. Y, como siempre, el galán feliz, recibió las sugestiones moralizadoras de la vieja tapuya con una negativa rotunda. — «Oiga, ustedes son un poco hechiceras. . . Vea si hace desaparecer aquello con cualquier morondanga y así queda todo en paz y yo le doy alguna cosa. . . Por mi parte pueden quedar tranquilas; juro que no digo nada. Quedo más mudo que un pescado. . .» La vieja tapuya comunicó á su hija de leche la actitud del portugués, y la desgraciada muchacha, con la apatía de su raza, indiferente y humillada, se resignó á beber el repugnante brevaje. Un vago terror de su padre, mezclado con un sentimiento de vergüenza, ocupó en su espíritu el vacío dejado por la ingratitud de su amante. Trató de olvidarlo del todo, y empezaba á conseguirlo, cuando éste volvió á buscar á Don. Porfirio, para una compra de pescado. «Había animada reunión esa tarde en frente de la choza de Porfirio. Él y la familia, Antonio y algunos pescadores, comerciantes y dueños de otros establecimientos análogos á los del Procurador, de visita en casa de éste, estaban bajo un árbol frondoso que crecía solitario casi en el declive de la pequeña barranca para el «puerto», nombre generalmente dado al sitio donde arriman las canoas. Unos, los más importantes por su posición, estaban sentados en bancos groseros de palo, otros en raíces de árboles vetustos. Versaban las conversaciones sobre la pesca, la abundancia ó escasez de peces, su precio, el estado del comercio en Obidos. . . El riacho estaba desierto de pescadores. Entretanto hacía un cuarto de hora que un enorme *pirarucú* saltaba de minuto en minuto, haciendo remolinos de agua, que se rompían luego, coloridos de rojo por los últimos rayos rubios del sol inclinándose hacia el ocaso.»

Aquel espectáculo tienta á los *habitués* del Procurador. Se calcula el peso del *bicho*, su tamaño, su precio en el mercado próximo. Antonio exclama que siente deseos de harponear al animal, y sus palabras producen risas sarcásticas. Toda esta escena es admirable en el original por su naturalidad y exactitud. Una apuesta se sigue luego; y el joven portugués monta en una canoa y se lanza en busca del pescado. El pirarucú parece á su turno mofarse de su torpeza. Al fin salta delante de su vista, vuela el harpón con fuerza, y, perdiendo el equilibrio, el desgraciado cae en las aguas fangosas, seguido por los ojos redondos y entornados de los yacarés que dan caza al enorme pescado. Los terribles anfibios y las *piranhas* feroces, pequeñas, chatas, de dientes afilados y cortantes como navajas afiladas, despedazan en un instante su cuerpo palpitante». Rosinha desde el primer momento lanzó un grito estridente y cayó desplomada medio muerta. La medicina de la tapuya y la horrible impresión moral produjeron sus efectos naturales y la vieja Thomazía, ante el asombro y estupor de Doña Feliciano, no encuentra otra explicación de la catástrofe que atribuir, en una media lengua intraducible, todos los males al pescador maravilloso que sirve de título á la historia: — « Sosiegue, *nhó* comadre, sosiegue: No sé lo qué pensar. Oiga, para mí, esto es el *bóto* que anda por ahí. Yo todavía me acuerdo que su merced me contó que vió una noche en la ciudad, en el fondo del quintal, un *burto* que se sumió cuando *Matinta-pereira* silbó, no bien se alzó su *mercé*. Después de eso, ña Rosinha andaba triste que ni jurutí sin pareja. ¿ Su *mercé* no recuerda? Ella casi ni comía, pobrecita... Aquí ella iba siempre al pozo de la Sumauma. Yo fuí allá y no ví nada, mas paréceme á mí que era el *bóto* que la llamaba para allá. Aquel *peje* maldito tiene atracción y es travieso. Fué él quien hizo el mal á la mujer de López, cuando el marido estaba en la plaza, en el Pará. Ñá difunta abuela, que Dios haya, contaba que una vez uno vino de noche á cargar de la hamaca una moza, hija de *tucháua*, y nadie supo más de ella. Sólo allá por esas horas oía cantar en el medio del río una cántiga triste

que metía dolor. Él anda mucho allí, en aquel paraje; todavía el otro día yo ví dos allá saltando uno trás del otro, los malvados. Para mí es él, ñá comadre, es él... » concluyó Thomazía, que para hacer este discurso se había sentado también en el petate junto á la dueña de la casa y hablaba bajito, de modo de no despertar á Rosinha, ó para que ella no la oyese...»

Esta narración, como las que la siguen *El crimen del tapuyo*, *La suerte de Vicentina*, etc., debe ser leída en el original portugués para gozar plenamente con ella. El extracto más minucioso, todas las explicaciones posibles, no alcanzan á reflejar la elegancia, riqueza y precisión de su estilo, el color local de todos sus cuadros, la admirable penetración de psicólogo con que están sentidas y retratadas las almas de los groseros personajes que forman su acción interesante y dramática. En su género, las *Escenas de la vida amazónica* pueden figurar sin desdoro al lado de las más curiosas páginas de Pierre Loti. « Por cierto, amo las novelas de Loti por muchas otras razones, escribía Lemaître á propósito del autor de *Aziyadé*; pero las amo también por esta idea de que están impregnadas todas, que el alma de un pescador ó de una paisana bretona tiene mil probabilidades de ser más interesante, más digna de ser mirada de cerca que la de un jefe de división, de un negociante ó de un hombre político. » Los lectores de José Veríssimo encontrarán este mismo encanto al recorrer la obra de que me ocupó, obra original, nacional en el verdadero sentido de la palabra, tal vez diría la más nacional que he leído en aquel país, si no existiera *O Missionario*, de Inglés de Souza, y especialmente la deliciosa *Innocencia* del Vizconde de Taunay, que es para mí una de las más hermosas creaciones de la novela contemporánea.

(Continuará.)

MARTÍN GARCÍA MÉROU.

LA MÚSICA Y LAS DISTINTAS ESCUELAS

Los espíritus que se nutren con sus propias impresiones, las inteligencias que mueven su actividad en el campo fecundo de la investigación libre, los que reconocen un límite á las facultades humanas, para penetrar el misterio que nos rodea, no se conforman con la imposición tiránica de las verdades reveladas, no se satisfacen con las sentencias dogmáticas á que se somete el mayor número, ni aceptan conclusiones que no se armonizan con el análisis concordante de la razón.

Todos aquellos, pues, que alimentan ideas suyas, inspiraciones espontáneas, reflexiones que son el fruto de observaciones directas y sentimientos que nacen de su propio sér, no se hacen esclavos de lo que otros han pensado antes que ellos, ni siguen servilmente las huellas trazadas por sus antecesores en el pensamiento, sino que fortalecen, cuando más, con las ideas de aquéllos el concepto claro y razonado de las cosas, que por experiencia y deducción propias y por impulsos secretos de organización ha adquirido solución en su cerebro.

Estas consideraciones me las sugiere el medio ambiente de que me encuentro rodeado, en este momento, hallándome en esta ciudad medioeval, que el genio musical más sobresaliente que ha pro-

ducido la naturaleza ha elegido para que sean puestas en escena sus imponentes producciones.

Estoy próximo á satisfacer uno de los ideales de mi vida, para penetrar el arte melodramático en sus más elevadas y augustas concepciones é interpretaciones, arte que algunos sienten más que lo que son capaces de explicarlo y otros explican mejor de lo que son capaces de comprenderlo. Todo, para mí, es cuestión de organización de la máquina humana, puesto que el sonido, antes de llegar á la imaginación, pasa por el oído y según esté conformado el órgano auditivo, esta ingeniosa obra de la naturaleza, es la clase de impresión que las ondas sonoras combinadas melódica y armónicamente producen en la imaginación.

Así como la retina del ojo no siempre transmite el mismo color para todos, tampoco los sonidos producen el mismo efecto, y lo que para unos es motivo de placer y de deleite, para otros produce sensaciones poco agradables. Hablo naturalmente de los seres igualmente civilizados, y no me valdré del ejemplo del rey africano Bell, á quien preguntaban, después de haber asistido á la representación de una ópera en Berlin «¿cuál era la cosa que más le había agradado durante la representación?» contestó, que la parte que precedió á la sinfonía. La confusión que producían los instrumentos, cuando los estaban afinando.

Aristóteles decía ya que la música no era más que un goce aumentado de la poesía. Tiene por misión despertar en el oyente el sentimiento y las ideas que son apropiadas á facilitar la comprensión completa de la obra poética. Esto queda, sin embargo, como un punto céntrico al rededor del cual deben agruparse todos los elementos de la ejecución.

Más de dos mil doscientos años han pasado y, si progresos relativos se han operado en el adelanto científico de la música, que supera á las demás bellas artes, porque, según la expresión de un escritor notable, es la que más formas consume y las gasta en menos tiempo, todavía hay quienes le niegan la supremacía, quienes no

le acuerdan los honores de la ciencia y quienes quieren subordinarla á la poesía, haciéndola esclava, no solamente de la situación dramática, sino de la palabra misma.

Mientras tanto, una naturaleza musical se dejará llevar siempre de la melodía con prescindencia de la palabra, porque le da placer, le dilata el corazón, le eleva el espíritu, despertando, para la imaginación, horizontes de un mundo más perfecto.

Razón tienen los críticos cuando sostienen que el efecto musical del aria de Orfeo, resulta lo mismo para el oyente, si el tenor canta :

He perdido á mi Euridice
Á la desgracia mía nada iguala,

como :

He encontrado á mi Euridice
Á la dicha mía nada iguala.

No nos olvidemos tampoco que los ingleses cantan uno de los coros del *Mestas* de Haendel, escrito con las palabras : *So per prova i vostri inganni, con all we like sheep.* (Tengo como prueba vuestros engaños, por, á todos nos gustan las ovejas).

Todo esto no quiere decir que, en la música vocal, la palabra empleada para dar expresión á la frase musical no sea tanto más agradable cuanto más elevada sea en su estilo, más inspirada en su concepción dramática, más armónica en la medida del verso y más ideal en su creación.

En fin, mientras los fanáticos se pierden en las nebulosidades de sus extravagancias, y los partidarios de la escuela romántica y de la escuela clásica gastan sus armas en luchas exageradas, recordémosles que el mismo Wagner ha dicho que el público tiene gusto y no opiniones, y que el arte es un lenguaje con el cual el que predica en desierto deja muy pronto de hablar.

Bástenos sentir que la combinación armónica de los sonidos

arrancados á los instrumentos de cuerda ó de viento y á la voz humana, por medio de la vibración, atrae, conmueve y despierta la admiración, produciendo sensaciones agradables y emocionantes, que embargan los sentidos y transportan el alma á las regiones puras del idealismo. Es también la música el elemento acústico que transmite las diversas pasiones de la vida agitada, en sus grandes lineamientos y en aquellas manifestaciones que más directamente impresionan la sensibilidad del corazón humano.

La música es instintiva en todos los seres racionales equilibrados, lo que á falta de explicación se designa con el nombre de *inspiración*, y el grado de civilización de los pueblos puede medirse por la mayor ó menor altura á que haya alcanzado este arte sublime, en su desarrollo científico. Sirve también para impresionar á los irracionales y la historia nos refiere hechos diversos de las conquistas operadas con los acordes musicales sobre el salvajismo.

La necesitamos tanto para dar expansión á nuestras impresiones de placer, como para manifestar los sentimientos del pesar que nos aflige y muchas veces la misma melodía sirve para ambas cosas, sin más que precipitar el tiempo ó retardarlo. Testigo he sido de estas transformaciones, escuchando, en una noche de Viernes Santo, en la Catedral de Buenos Aires, donde al brindis de la *Traviata*, ejecutado á tiempo muy lento, en el órgano, le daban un aire triste y por demás melancólico, que arrancaba lágrimas conmovedoras á los fieles convencidos, que constringidos recordaban la fecha fatal en que Jesucristo, por sus ideas reformadoras y morales, era sacrificado, inhumanamente, á las furias de las masas inconscientes.

Con el canto de la madre amorosa el niño se adormece plácidamente en la cuna; con las armonías veladas y quejumbrosas del órgano se despiertan los sentimientos místicos, los creyentes elevan las miradas al cielo y los que no lo son reconcentran su espíritu y tratan de investigar el misterio impenetrable que los rodea; con los sonidos vibrantes de los instrumentos de cobre se inflama

el pecho de los que combaten por la defensa de la patria, se triplica el valor de los brazos que consiguen la victoria y se entrevé el camino de la gloria; la alegría mueve el espíritu hacia la canción festiva; los acordes alegres y cadenciosos incitan á la danza vertiginosa y embriagadora, de la misma manera que los acordes lúgubres y profundos de las marchas fúnebres nos recuerdan nuestra existencia deleznable, y nos incitan al recogimiento, para pensar que pronto hemos de volver al polvo de donde nacimos.

Es por estas razones profundamente filosóficas y por la unión estrecha que existe entre el espíritu y la materia de los hombres, no pudiendo nadie definir dónde empieza el uno y dónde termina el otro de los elementos que nos dan la vida, que los pueblos cultos de la tierra no ahorran esfuerzos para refinar todos los elementos que dan expansión á la sensibilidad y amplitud á la inteligencia. Tienen ellos presente que este arte sublime modifica las costumbres, imprime al corazón sentimientos más suaves y delicados, sin que el espíritu pierda nada de una energía razonada, que se inspirará siempre en los actos de la justicia y del amor á sus semejantes.

La experiencia nos demuestra que la música científica y elevada ó es una manifestación evidente del grado de civilización de un pueblo ó es el elemento más poderoso y que más directamente influye para sacarlo del estado de barbarie ó del de una cultura incompleta y embrionaria.

Las artes, en general, que se inspiran en el culto de lo bello, envuelven al espíritu en una atmósfera de pureza y de ingenuidad, dulcifican las humanas pasiones y hacen apartar la vista de las cosas reales y deformes, por más que críticos eminentes crean ver en estas afirmaciones, en lo que á la música se refiere, reglas de policía, pedagogía ó medicina, en vez del arte de los sonidos.

Las malas inclinaciones, el crimen mismo, lo produce el ocio, la ignorancia y la falta de refinamiento de las costumbres. La música, cuando se escucha y mucho más cuando se ejecuta, mantiene la

actividad, contribuye á sacar al espíritu de las preocupaciones terrenales y disminuye, por consiguiente, las tentaciones y las ocasiones, que aumentan, en los espíritus predispuestos, los actos inmorales.

En Buenos Aires, donde aún se lucha por dominar á la naturaleza, empiezan ya á admirarla, y la pintura, la escultura y la música tienen ya sus templos, aunque frecuentados por escaso número de adeptos.

El mercantilismo impide todavía que la música clásica penetre en todos los centros sociales, el teatro no educa, porque allí la autoridad no interviene en su dirección técnica, ni fomenta la audición de las producciones de los grandes maestros en el arte musical. Lo más fácil de ejecutar, lo que más se armoniza con el gusto vulgar y exige menor fatiga para los artistas, tiene la preferencia. Así, por ejemplo, se observa que en 312 representaciones líricas de un año, figuran 77 óperas de Verdi, 30 de Rossini, 19 de Meyerbeer, 16 de Puccini y solamente 5 de Gounod, 3 de Bizet y 6 de Wagner. De las óperas de Wagner, no se conocen más que *Tannhäuser*, *Lohengrin*, y el *Holandés volante*, mientras tanto no se ha escuchado á *Rienzi*, compuesta antes que aquéllas, ni ninguna de sus composiciones magistrales posteriores. Beethoven, Gluck, Mozart, Weber y Nicolai, que tienen obras monumentales, que resisten al análisis de todos los tiempos, de todas las épocas y de todos los gustos, no merecen ser considerados, lo que tiene su explicación en que nuestro mercado proveedor es la Italia, donde es evidente la decadencia del canto con relación á sus propias tradiciones, no teniendo vuelo la composición, por más esfuerzos que hagan sus novelescos autores, para entrar en las aguas vedadas de la concepción wagneriana, en las que quiebran éstos sus débiles remos y se estrellan contra las rocas escabrosas del fracaso.

Estas circunstancias unidas también á una preocupación acentuada de nuestra juventud, que considera acto de virilidad aficionarse á las carreras y al juego, y las tendencias un tanto superficiales que predominan en el mayor número, hacen que la inclinación lírica,



y la vocación á familiarizarse con el uso de un instrumento musical sea considerado y combatido como manifestación de sér afeminado. El ejemplo de la Alemania, que manda sus soldados al combate entonando cantos patrióticos al són de las bandas de música más perfectas que se conocen, debiera sin embargo convencerles *que lo cortés no quita lo valiente* y que allí las primeras inteligencias se preocupan del cultivo de la música familiarizándose el pueblo con ella, en todas las edades, como una necesidad primordial del espíritu.

No demostró mal gusto Apolo al asumir la dirección suprema de las musas, de donde los griegos hacen arrancar la inspiración musical. Estos, en sus frecuentes viajes al Egipto, pueblo que les era superior, perfeccionaron, con su contacto, la música primitiva que tenían, introduciendo el modo dórico para los temas graves ó religiosos, el frigio para dar valor á sus combatientes, el lidio para expresar la tristeza y el eólico para cantar el vino y el amor.

Cuando la música tomó arraigo entre los romanos fué el papa Gregorio el Grande, á quién se deben los progresos más notables, el que instituyó las escuelas de canto é introdujo los cantos corales.

Carlo Magno la propagó en las Galias y en Germania, y empieza en este último país una era de progreso con el desarrollo de ella en Fulda, Eisenach, Wurzburg y Saint-Gall.

Los historiadores la dividen científicamente en veinte épocas, empezando la primera con Huebald, en el siglo x, y terminando en el presente con Wagner.

La música teatral moderna arranca, para los franceses, en la segunda mitad del siglo xvii con el famoso veneciano Lully, que de lava-platos alcanza en París los más altos honores, siendo el primero que acentuó los cantos dramáticos artísticos y los coros de acción, continuada más tarde por Rameau, que luchó, como todos los genios, contra auditorios impotentes para comprenderle.

Pergolese, el continuador infatigable del inmortal Palestrina, fundador del clasicismo musical italiano, que muere en 1736 á los

26 años, deja á los italianos tradiciones melódicas imponderables, ricas en pensamiento aunque no muy grandes en la forma, en las que lo sensual, lo tierno, lo que conmueve y los cantables encuentran expresiones verdaderamente hermosas y apropiadas, que continúan Cimarosa, Cherubini y Spontini.

Á mediados del siglo XVIII aparece el creador de la ópera moderna en la figura sobresaliente de Gluck que eleva la poesía á un grado concordante con la expresión musical y encuentra en Durolet, aunque escritor mediocre, un cooperador ardiente é infatigable, que tuvo el talento de comprender la potencia intelectual del gran compositor y que con la *Ifigenia* y el *Alceste* le franquea las puertas de París, apoyado por Suard y el abate Arnaud, para triunfar sobre su rival Piccini, á pesar del apoyo que á éste prestaban Marmontel, La Harpe y otros.

En Gluck músico y Durolet poeta se hermanan estas dos razas, la germánica y la francesa, que algunos, como el mismo Saint-Saens, creen antagónicas, hasta en el arte, por más que los honores tributados en Alemania á Berlioz y á Bizet, donde fueron mejor comprendidos que en su propio país, desmientan estas preocupaciones.

Gluck, educado en Praga y en Viena, pasa á los 22 años á Milán, que ya sentía la influencia austriaca durante un cuarto de siglo de dominación; en 1745 se traslada á Londres donde subyugado por la música de Haendel reforma su estilo, dándole proporciones grandiosas, que inspiraron más tarde á sus notables continuadores.

Á fines de 1770, cuando á Mozart le faltaba todavía un mes para cumplir 15 años, empieza para él y para el arte musical una serie de triunfos, por las escenas teatrales de Italia y de Alemania, con las producciones magistrales de este creador excepcional. Para él la música era la expresión natural del sentimiento y del pensamiento, que ha sabido unir en formas sonoras simples, en combinaciones armónicas simpáticas, y en cantos apasionados penetrantes, que reflejan las situaciones dramáticas más expresivas en la melopeya. Sus producciones, acentuadas con las *Bodas de Figaro*, *Don Juan* y

La flauta mágica, tienen todo el carácter de las obras maestras y con razón decía Rossini, cuando le preguntaban, cuál era su mejor composición: — «El *Don Juan* de Mozart».

Mozart, como Pergolese, como Nicolai y como Bizet, muere en la flor de su vida, á los 35 años, consumido por ese fuego sagrado que en tan temprana edad puso en combustión su actividad intelectual y las impresiones de su corazón; que no siempre encuentran un cuerpo suficientemente robusto para resistir á esas grandes conmociones.

Mozart fué el inspirado continuador de Bach, cuyas composiciones son la base fundamental de los tesoros musicales alemanes y el que elevó el arte polifónico á su más encumbrada expresión, dando á sus melodías un aire de frescura eterna y á sus armonías una profundidad severa é imperecedera.

El progreso en la música no lo consiguen los genios aisladamente, sino que es forzoso arrancar del punto avanzado á que otros llegaron, y así como Mozart continuó la obra de Bach, Beethoven aparece en Viena en 1787 para inspirarse en Mozart y las lecciones de éste, de Haydn, de Schenk, el afortunado compositor del *Barbero de la Aldea*, precursor del *Barbero de Sevilla*, abren á su vena musical imponderable los horizontes más vastos que haya dominado genio alguno. El *Fidelio*, no comprendido en 1804, vuelve á la escena, retocado, en 1814 y desde entonces ocupa en los teatros alemanes el lugar más prominente. Esta circunstancia viene á debilitar la teoría de aquellos que, como Saint-Saens, sostienen que la melodía y la armonía nacen espontáneamente en el compositor, cuando la reflexión y la prueba influyen grandemente, para modificar, ampliar ó reducir combinaciones que resultan más correctas y de mayor efecto con ciertas alteraciones ó supresiones.

Veo que me extiendo más de lo que era mi propósito y con un recuerdo honroso para Weber, para Halévy y Berlioz, lo mismo que para Rossini, que sobrepasa á sus antecesores italianos, demostrando más potencia en la armonía y mayor brillantez y amplitud

en la orquestación, más robustez y riqueza en la rítmica, aun cuando un tanto estilista y trivial, en el espíritu de la poesía. Sus melodías tienen, sin embargo, más encanto que las de sus almibarados contemporáneos Bellini y Donizetti.

Tampoco habrá que desconocer su importancia á Meyerbeer, no obstante la exclusión de su música en los grandes conservatorios. Dominó durante treinta años la escena con su convencionalismo y sus grandes efectos patéticos. Sus producciones eclécticas no tienen un carácter puro, pero son el puente por donde los neófitos pueden pasar de una orilla del arte, menos frondosa, á otra más amplia y majestuosa. Si *Roberto el Diablo* se justifica en 1831 y *Los Hugonotes*, en 1836, ya al *Profeta* no le sucede lo mismo en 1849, después que *Rienzi* el *Buque fantasma* y *Tannhäuser* salvaron las puertas de la inmortalidad.

Con un apretón de manos á nuestro amigo de la infancia Verdi, cuando la música simple y popular nos arrastraba, y un saludo respetuoso al *Fausto* de Gounod, el concienzudo compositor de música sagrada, que buscó sus inspiraciones teatrales en la melodía de los alemanes, que protestaron sin embargo contra la transfiguración del poema de Goethe, pasaré á hacer algunas reflexiones más.

En música divido completamente la opinión autorizada del profesor Blasernn, cuando respecto de la escuela italiana y de la alemana no reconoce más que una sola, como lo demuestra comparando el *Matrimonio Secreto* de Cimarosa con las *Bodas de Fígaro*, de Mozart, pareciendo dos óperas escritas por dos hermanos, en las cuales uno sobresale un poco más en la armonía y el otro en la melodía. Ahora bien, los italianos, entre los cuales el brillo natural de las voces era más sobresaliente, se desviaron de este punto de unión y de simpática concordancia, sacrificando toda la combinación orquestal, toda la trama armónica de los instrumentos al lucimiento del cantante; y los alemanes, que carecían de esas voces agudas y argentinas, exageraron por el lado contrario, tratando á la voz humana como á un instrumento incorporado al conjunto de la orquesta.

Ambas medidas extremas son sugestivas del medio ambiente en que los compositores han desarrollado la potencia de su genio creador, contra el cual hay que reaccionar, porque la orquesta es bastante más que una guitarra, que acompaña al cantante, y la voz humana infinitamente más también que un clarinete ó un oboe.

En los frecuentes viajes que he hecho por Alemania, escuchando, por todas partes, las orquestas perfectas que se encuentran no solamente en un centenar de teatros líricos, sino en todos los jardines de verano y de invierno, en sus afamadas y numerosas bandas de música y en sus dos mil asociaciones de canto, he podido darme cuenta perfecta del progreso que, necesariamente, tiene que hacer este arte en todas sus masas populares.

Esta opinión la encontré confirmada oyendo en la pequeña ciudad de Boppard la banda de música del regimiento nº 8 de Zapadores del Rhin, dando un concierto militar en un jardín, y que tocaba con la perfección de la mejor elegida orquesta. De ocho piezas se componían las dos primeras partes del programa y la tercera se titulaba *Marchas históricas*, gran *pot-pourri* cronológico, y se componían de 23 piezas, empezando con la fanfarria de trompas y cornetas de ejército de la Edad media *Marcha de los Landsknechte de 1462* para terminar con *La Guardia del Rhin* y la *Marcha del emperador Federico* por Friedman.

Era interesante seguir el grado de adelanto en las diferentes épocas en que estas producciones fueron escritas, observar la atención con que el auditorio las escuchaba y medir la impresión agradable que causaba el recuerdo en aquellos que las habían conocido y olvidado.

Es así cómo se encuentra oportunidad de irse connaturalizando con la buena música, frente á una escogida botella de vino del Rhin ó un excelente chop de cerveza, descansando de las fatigas del día, cumpliéndose así el lema de *instruirse deleitándose*, que era una de las inscripciones, que cuando niño, leía en aquel barracón

de madera que llamabamos « Teatro de la Victoria », en Buenos Aires.

El carácter alemán, serio y reflexivo, metódico é investigador en todos los ramos del saber humano, ha sabido dar también á la melodía, á la armonía y al ritmo, en la música, toda la importancia científica que la combinación matemática de los sonidos reclama para producir obras importantes y duraderas que no envejecan y conserven siempre á través de los tiempos la pureza, la frescura y la solidez que caracterizan las concepciones meditadas.

No es extraño, pues, que el alemán se distinga y sobresalga en la composición de las obras dramático-musicales y que siendo un poco soñador, al lado de su sentido práctico bien desarrollado, cuando de las cosas ideales se trata invente leyendas y use del artificio para desligar á la poesía y la música del materialismo de las cosas humanas.

Ya no cantan los Carlos V, ni los Felipe II, ni se presenta Mahoma II proclamando á sus huestes con trinos, gorjeos y escalas cromáticas. Á lo ideal en la música hay que buscarle también en la poesía, que necesariamente debe acompañarla, cuando la palabra tenga que venir en su ayuda, argumentos igualmente ficticios, que permitan á la imaginación mecerse en las regiones etéreas.

Una melodía y una canción pueden componerse y una inspiración recibirse, sin que haya mediado estrofa alguna, y en seguida, como lo demuestra Hanslick, aplicarles palabras del mismo metro, que pueden indicar situaciones opuestas.

Después de contrariedades sin número y de oposiciones brutales, aparece Ricardo Wagner, que con la potencia deslumbradora de su concepción majestuosa se abre camino con *Rienzi*, en el teatro de Dresde, en 1841, después que el rey de Prusia no acepta la dedicatoria, porque quería un extracto de la obra para que previamente se la hicieran oír las bandas militares.

En *Tannhäuser* y *Lohengrin*, toma mayor vuelo su fecundidad inagotable, conduciendo al espectador de sorpresa en sorpresa, sin que su espíritu descienda un solo momento del éxtasis en que se encuentra sumergido. Wagner sigue las huellas de Gluck, que Mozart y Beethoven recorrieron con tantos perfeccionamientos, aceptando los principios consignados por Gluck en el prólogo de la *Alceste*, por los cuales la palabra y el sonido musical deben marchar cambiando su acción, sin sacrificarse completamente la una al otro.

En las óperas modernas, la superioridad adquirida por la música había avasallado completamente á la parte literaria y entonces la reforma de Wagner tendió á volver al punto de partida, á la antigua tragedia.

Solamente, opina él, por medio de la acción combinada de la poesía con las demás artes, puede el melodrama alcanzar su completo lucimiento, y para conseguir esto es necesario que cada una de las artes sacrifique algo de lo que ha podido conseguir en su existencia aislada, y así la música, la poesía, el baile y la pintura, paisajista y arquitectónica, unida hoy con los efectos de la electricidad, pueden producir, en su conjunto, impresiones apropiadas, si cada una de ellas no se eleva demasiado sobre la otra y se conservan á una altura armónica entre ellas.

Comprendiéndolo así Wagner, de que la música tenía que ser auxiliada poderosamente por la decoración y la escena, púsose á estudiar con gran empeño la escenografía.

En 1852 empieza á escribir su poderosa tetralogía bajo el nombre del *Anillo de los Niebelungen*.

Esta obra que Wagner califica, como su mejor producción, y cuya opinión comparten también sus admiradores y el profesor Jadasohn, maestro de contrapunto del Conservatorio de Leipzig, después de haber recorrido triunfalmente la mayor parte de los teatros de Alemania, será representada en 1896 en Bayreuth como festejo del xx aniversario de la inauguración del teatro de Wagner.

La primera ópera de Wagner *Las Hadas*, representada después de su muerte, tiene un carácter melódico pronunciado ; ya en la tercera, *Rienzi*, sin abandonar ese estilo por completo, muéstrase el autor grande en la concepción armónica, introduciendo novedades sorprendentes en la instrumentación, lo que se acentúa aún más en el *Buque Fantasma* y sobre todo en *Tannhäuser*, que será escuchada siempre como una de sus inspiraciones más simpáticas, y cuya obertura, por sí sola, es un monumento imperecedero, no sobrepasado todavía,

Si *Siegfried* y la *Walkirie*, en la manera de tratar el canto, se apartan de las melodías tiernas y conmovedoras de *Tannhäuser* y *Lohengrin*, abundando los recitativos, las frases entrecortadas y la aridez de la expresión sentimental, la parte orquestal es más imponente, la majestad de las combinaciones polifónicas adquieren proporciones atrevidas, la sonoridad alcanza efectos de perfección maravillosas, que sorprende por su originalidad en la ejecución de los temas complicados, que, como las olas del mar, se chocan, confundiendo en una sola masa. Estas combinaciones tocan extremos tan delicados y finezas tan agudas que cautivan tanto más cuanto que la crítica exagerada y la audacia que produce la incompetencia hacían concebir impresiones enteramente opuestas, creyendo uno deber oír en cada final de Wagner un estruendo infernal, con el predominio de los instrumentos de cobre. Por mi parte, dejo de lado los detalles y me preocupo del conjunto, que es de un efecto no alcanzado por otras producciones. Sé, por experiencia, que es necesario ser muy parco en rechazar lo que en las primeras audiciones no se comprende : una interpretación deficiente, y la falta de asimilación del oído á ciertos estilos, impide que la importancia de un trozo musical sea reconocida y apreciada en todo su valor, desde el primer momento. Por otra parte, mientras mayor es el mérito de una concepción artística elevada, tanto mayor es la atención que debe prestársele y el estudio que se dedique á penetrar en todos sus detalles.

El *Parsifal*, que aún no ha franqueado el escenario de Bayreuth, es sin disputa la obra más culminante del gran maestro. El canto no ha sido sacrificado, la inspiración melódica, tanto en las arias, como en las masas corales, vuelve á conquistar su puesto culminante en medio de la grandiosidad y de la amplitud armónica más acabada, adonde nadie ha alcanzado todavía, no habiendo aparecido aún el continuador que ha de perfeccionar su estilo.

Más adelante me ocuparé de esta producción magistral, donde ha derramado sus últimas inspiraciones el genio desbordante de Wagner, que terminó en Venecia junto con la existencia de esta inteligencia privilegiada, que fué á buscar allí alivio á su pecho y á sus pulmones, lacerados por el exceso de trabajo.

El cádaver de Ricardo Wagner reposa en Bayreuth, en los fondos de la que fué su casa, rodeado de yedras y circundado de árboles que le dan sombra permanente. La parte que guarda estas reliquias da frente al hermoso parque real, cuyas alamedas solitarias he recorrido por varias horas, extasiándome con esos árboles seculares, que con los diferentes matices de color verde de sus hojas, sus hermosos lagos y sus grutas, producen un efecto encantador y hacen comprender que, en medio de panoramas tan atrayentes y de un silencio tan poético, ha podido encontrar inspiraciones tiernas y de alto vuelo la fecunda imaginación del gran maestro.

Modesta es la casa de Wagner, que hoy habita su respetada esposa y su hijo, y una fila de nogales, que unen sus ramas de hojas tupidas, con una alfombra de verde césped á los lados, da entrada á esta mansión que Wagner tituló *Wahnfried* que es una combinación abreviada de *Befriedigung meiner Wehnen*: es decir, como él lo explica, en una de las inscripciones, *así llamo á esta casa porque en este paraje encontré la satisfacción de mis anhelos*.

La visita de esta casa histórica, como es natural, forma parte del programa de todos los que de las diferentes partes del globo concurren á este apartado lugar á escuchar la música de Wagner.

Su hijo Siegfried, que hoy cuenta 26 años, no ha demostrado haber heredado todos los rasgos geniales del padre, sin embargo, acaba de llamar la atención la manera como ha dirigido un concierto celebrado en Bayreuth, en honor de su abuelo Liszt, teniendo bajo su batuta más de cien profesores, y escuchándole y aplaudiéndole los primeros directores de orquesta de la Alemania.

FRANCISCO SEEBER.

Bayreuth, agosto 19 de 1894.

SANTIAGO LINIERS

Hace algunos meses, con ocasión de un ensayo crítico sobre los escritos de Mariano Moreno, nos acercamos al tumultuoso escenario de la Revolución argentina y hubimos de referirnos, si bien rápidamente y por mera incidencia, al celebre personaje que por dos veces en breve intervalo — casi diríamos con insistencia del destino — fué llamado á simbolizar ante las gentes el contraste de gloria y miseria, el sangriento conflicto de triunfos y desastres que imprimen su sello rojo en todo alumbramiento histórico. Desde entonces, agregando nuestra pobre rebusca á lo mucho que acerca de Liniers tienen allegado nuestros historiadores y diligentes analistas, hicimos propósito de dedicar nuestras primeras horas de tregua relativa al héroe de la Reconquista: curiosa y simpática muestra del *ci-devant* francés, emigrado antes de la Emigración, castellanizado á medias por fieles servicios en la armada de España y sus colonias; extraña mezcla de intuición casi genial y de inconsciencia casi infantil; con su curiosa y elegante figura que, al declinar de una larga carrera obscura, fué bruscamente iluminada por algunos relámpagos sublimes cuyo rayo final la fulminó, fijándola para la posteridad en una actitud violenta de resistencia y protesta...

¡ Liniers enfrente de Moreno! El gesto heroico de la Reconquista

yuxtapuesto al impulso fatal de la Independencia, acentuando el contraste la misma simetría, y renovando ese mito profundo de las cosmogonias que señala siempre al precursor como primeravíctima del propio engendro... El programa era sin duda tentador; pero no necesitamos prevenir á los lectores de la *Biblioteca* que por ahora no lo hemos llenado. El presente esbozo sale á luz sin que, por cierto, se haya producido el intervalo de tregua apetecible. Aun teniendo á la mano todas las fuentes de información—entre éstas, algunas no existen en Buenos Aires, como ser la colección de la antigua *Gaceta de Madrid* y las correspondencias diplomáticas de fines del siglo XVIII,—una pintura en pie de nuestro personaje requeriría meses de aplicación asidua. Este bosquejo, pues, dista mucho de ser definitivo; con todo, así lo aventuramos, incompleto y prematuro, temiendo que otros deberes nos alejen más y más del terreno que cruzamos como transeunte, y que, por aguardar indefinidamente la hora propicia de escribir, nos suceda dejar la pluma sin haber escrito.

Ahora bien, cualquiera tentativa seria por renovar un punto de vista histórico, situándolo fuera de las trilladas veredas, presenta utilidad, independientemente de su éxito y aun cuando no fueran sus resultados inatacables: al provocar la discusión estimula el estudio, y con ello gana siempre la verdad.

Son varias las causas que han influido para que el virrey Liniers no alcanzara justicia plena ante la historia contemporánea. La primera de todas, á nuestro entender, procede de una incompatibilidad secreta entre el modelo y sus pintores. El rasgo soberano del gentilhomme francés es la *elegancia*, dando á la voz la plenitud de su sentido físico y moral; y no es dudoso que nuestros más notables historiadores, con tener condiciones y méritos dignos de alto aprecio, y más importantes quizá que la finura y la gracia, parecen menos aptos para sentir y expresar la cualidad más idiosincrásica de Liniers: la que es clave de su conducta y sirve así para explicar sus hazañas como para atenuar sus desfallecimientos;—y desde ya sé-

pase que no aplicamos esta última calificación al sentimiento magnánimo que le hizo internarse á sabiendas en el callejón sin salida de la Cruz Alta.

Para que las lecciones de la historia alcancen autoridad y real eficacia, es necesario darles por base esta verdad fundamental: no existen dos morales (y hasta la corrección gramatical protesta contra la dualidad); la una teórica y absoluta, sólo aplicable á las especulaciones abstractas ó que volvemos tales porque no hieren nuestros intereses; la otra flexible, práctica ó, como ahora diríamos, *oportunist*a, y que se reservara para solucionar cómodamente los conflictos ocurrentes entre nuestras pasiones y las ajenas. Es, por cierto, achaque humano el que este segundo y falso concepto de la moralidad predomine durante las tempestades nacionales; empero, el hecho de persistir durante años y siglos en el alma de un pueblo, cual con el español sucede, — hasta el grado de impedir tiránicamente la elaboración de la historia verídica, que debe representar la conciencia colectiva, — es un síntoma de incurable inferioridad. Mero conflicto de pasiones fueron por mucho tiempo los relatos « criollos » y « metropolitanos » de la Independencia; y si poco nos importa ya que se perpetúe en España tan anticuado sistema, conviene al contrario que se extirpe sin contemplaciones ni demora de la historia argentina. No es bueno que, haciendo simetría con la tesis vetusta del *Código de Indias*, levanten los teóricos americanos otro derecho divino, no menos intransigente y parcial, que consistiere en santificar ó amnistiar lo peores excesos revolucionarios. Y ello, que fuera disculpable, los repetimos, en un Mariano Moreno, protagonista febril y no juez imparcial de la crisis tremenda, no ha debido prolongarse hasta nuestros días, á pretexto de patriotismo, convirtiéndose malamente en criterio histórico. A fuer de francés al servicio de España, y como tal dos veces extranjero, Liniers ha sufrido con agravación los efectos de tan injusta ley. Tachado de traidor por los Álzaga y Elío durante su corto virreinato, soportó igual ultraje de sus recientes glorificadores, cuando creyó que su antigua noción del de-

ber y del honor no podía variar como las circunstancias. Pensamos eso mismo y tomamos la pluma para establecer que, ante la justicia eterna, que debe ser la de la posteridad, hay unidad de conducta y móviles en el caudillo de la Reconquista y la deplorada víctima de la Revolución—nuevo d'Enghien que encontró su Vincennes en el monte desierto de los Papagayos.

Hubiéramos preferido, siguiendo el más ilustre ejemplo en materia de monografías históricas, prescindir en este ensayo de notas y referencias, dejando que el lector estudioso comprobara á su tiempo la exactitud de nuestra información. Pero, en el estado actual de la crítica argentina, nos será difícil evitar del todo esos *impedimenta* de la narración. Habremos, desde luego, de rectificar al paso algunas inexactitudes materiales que, por hallarse en obras tan autorizadas, si bien muy diversas, como las de los señores Mitre y López, cobran importancia á medida de aquella misma autoridad. No desdeñamos ciertamente en grado alguno la preocupación del detalle minucioso, que por nuestra parte procuramos en cualquier orden de estudio, pero opinamos que, salvo en casos muy concretos, los textos justificativos aislados constituyen argumentación de abogado más que doctrina de juez. El valor testimonial de las deposiciones contemporáneas varía desde lo nulo hasta lo absoluto; y esta necesaria tasación representa una obra de análisis y crítica en que el lector no puede ni debe tener parte. Dicha labor oculta de *auto-discusión* es la que, por desgracia, se ha realizado muy incompletamente por nuestros historiadores, sobre todo cuando han contribuido á ofuscar su criterio las polémicas del amor propio herido, en que unos y otros, después de sendos volúmenes de « pruebas concluyentes », se atreven á repetir públicamente que nada han aprendido con las razones del adversario, y siguen proclamando su respectiva infalibilidad! — Por lo demás, confesamos atribuir importancia menor á la dudosa ortografía de un apellido ó á la trayectoria de una bala que dió en la pared de un convento, que á la psicología de un personaje y al estudio del medio en que él actuó sufriendo á su vez la reacción de dicho medio. Por pe-

cado venial tendríamos tal cual trocatinta de latines ó lugares geográficos, á trueco de no errar sobre lo que es objeto mismo y esencia de la historia, y v. gr., si de Liniers se trata, desconocer por completo el atractivo personal, en *algo* fundado, á que debió, contra yerros y debilidades, su invencible é incomparable prestigio. Pero, lo repetimos, nuestra razón primera, para rehuir en lo posible el aparato documental, es su notoria ineficacia y el abuso que de él se ha hecho en alegatos con criterio preconcebido. En general, las citas literales muy poco prueban, — *littera occidit*, — y los documentos deben sólo servir para elaborar la opinión del historiador que los digiere é incorpora á su relato. Concluido el edificio, se quita el andamio.

La historia es ciencia, es arte, es filosofía; todo el mundo lo sabe y repite, pero quiere la desgracia que ocurra á muchos confundir esa ciencia con la documentación vacía de crítica, ese arte evocador con la fraseología suntuosa, esa filosofía con generalizaciones vagas y arbitrarias que poco ganan con apellidarse *síntesis*. En consonancia con este concepto errado, es que se miran y tratan por separado tres aspectos de una misma substancia que la realidad asocia indisolublemente. Muy leños de haber incompatibilidad entre la historia ya considerada como ciencia, ya como arte ó filosofía, debe asentarse que no existe diferencia; pues, prolongada suficientemente, cualquiera de las vías convergentes conduce al encuentro de las demás, pudiendo decirse, según la fórmula de Bacon, que si un saber superficial aleja del arte y la filosofía, un saber más profundo nos vuelve á ellos.

El estudio intenso de los documentos de una época evoca sus hombres y cosas con una vida y potencia casi alucinativas: vemos á las segundas en sus detalles y colorido, escuchamos á los primeros cual si « nos hablasen con la voz »; y entonces la visión se torna irresistiblemente filosófica, sin necesidad de largas reflexiones ni moralejas, bastando que surja la psicología del personaje para provocar un juicio ó apreciación moral en el lector. En toda la *Revolución* de Taine, no hay una sola « consideración » á lo Montesquieu: la ciencia

reemplaza á la erudición, como el arte á la « literatura », y la psicología precisa toma el lugar de la vana « filosofía de la historia ». La tragedia griega, admirable bosquejo artístico, necesitaba de un coro siempre presente en el proscenio, para extraer la filosofía de cada peripecia y formularla ante el espectador. El drama shakspeariano suprime el coro, que no le hace falta para sacudirnos de angustia y terror, ni ha menester el poeta intervenir en el conflicto de sus personas: basta mirar sus actos y escuchar sus palabras para que la enseñanza filosófica se desprenda de la evocación soberana y de la palpitante realidad.

Podrán causar extrañeza estas cavilaciones, precediendo un pobre ensayo biográfico que con toda sinceridad declaramos insuficiente; pero no hay inoportunidad para las reflexiones útiles y el conocido consejo del preceptista latino no es artículo de fe. Confieso por otra parte que, al discurrir este ensayo, tenía mayor intento del que he podido realizar. *In tenui labor*, dice el poeta de la abeja que, antes de elaborar su miel, resuelve con infalible instinto un problema de geometría. Así, hubiera deseado que en sus modestísimas proporciones este pabellón aislado tuviera los mismos requisitos que deben llenar otros edificios más ambiciosos: es decir que, sobre sólidos cimientos y *substructura* invisible, se alzara del suelo la obra, severa y esbelta en su pequeñez, en que no se echara de menos ni la información completa, ni la adecuada filosofía, ni, acaso, la preocupación artística. Lo insuficiente de la realización nada prueba contra la bondad del intento, y no es censurable que el escritor tenga á la vista un ideal superior á su alcance. Como se dice en la sutil secuencia de Tomás de Aquino que meció nuestra infancia católica:

*Tantum esse sub fragmento
Quantum toto tegitur.*

El presente ensayo comprende tres capítulos que corresponden á las divisiones más naturales de la vida, ó mejor dicho de la carrera

de Liniers: 1° Antes de la Reconquista; 2° La Reconquista y la Defensa; 3° El Virreinato y la Revolución.

I

La familia de Liniers pertenece á la antigua nobleza militar del Poitou; su ilustración debidamente establecida es anterior á la guerra de Cien Años, como bastaría á demostrarlo — á no existir el clásico *Armorial* de d'Hozier — el mero hecho de contar en su ascendencia hasta ocho caballeros de San Juan de Jerusalén, figurando el más antiguo desde el año 1556 en los anales de la orden. Sabido es que para ser admitido como caballero en la histórica cofradía militar, era indispensable producir pruebas de nobleza; éstas, en Francia, eran de ocho grados por las dos ramas paterna y materna. El examen de estas pruebas *literales* — ó sea comprobadas por títulos y diplomas, y no por tradición — era en extremo severo, y la sola cruz de Malta, anterior al límite de 1560, según la regla heráldica del siglo XVIII, constituía una ejecutoria inatacable. Hé aquí, para los curiosos de estas vanidades muertas, la descripción exacta del escudo de la familia, con arreglo al Diccionario del Blasón: *De plata, con faja de gules y bordadura de sable bezanteada de oro*. Desde 1819, los descendientes directos del conde de Buenos Aires, por autorización de la cancillería española, agregan al escudo la corona condal con las banderas inglesas en soporte.

Santiago de Liniers nació en Niort, el 25 de julio de 1753; cumplía, pues, cincuenta y tres años exactamente el día en que llegó á San José, camino de la Colonia, con los mil de la Reconquista. Era algo tarde (como exclamaría Pascal con su formidable ironía) para desposarse con la gloria! Con todo no son raras en la historia — desde César hasta Colón — si bien no siempre duraderas, éstas uniones desproporcionadas en la edad del « matrimonio de razón ».

— Es muy sabido que, hasta esa fecha inolvidable, la carrera de Liniers, descendiente de soldados y marinos valientes, se había desenvuelto como la de sus abuelos en el claroscuro de la notoriedad casera y sin marcado relieve exterior; pero toda ella es honrosa en su medianía, y merece recordarse rápidamente, puesto que algunos biógrafos argentinos y hasta franceses han dado en presentar á Liniers como una suerte de aventurero y advenedizo feliz.

Tercer hijo varón del caballero Jacques de Liniers, oficial de la marina francesa, y de su esposa Enriqueta de Brémond, también de noble extirpe, nuestro Santiago no podía esperar sino una porción muy diminuta del patrimonio ya mermado que se transmitía casi entero al primogénito: entre las dos carreras aristocráticas, el ejército y la iglesia, eligió la primera. Después de educarse en el Oratorio, ingresó á los doce años en la orden de Malta, como paje del Gran Maestre, Manuel Pinto de Fonseca (1). Liniers fué, pues, uno de tantos «segundones de fortuna» que, á igual de los Wellington, Pitt, Fox, Chateaubriand, protestaban con su ejemplo contra el absurdo privilegio de la primogenitura, restaurando el lustre familiar y, á las veces, amparando al heredero pródigo venido á menos. Sabido es que el hermano mayor de Liniers, después de vivir en la corte de Versáilles y subir en las carrozas del rey, emigró á América durante la revolución francesa y pasó en Buenos Aires el resto de su vida (2).

Santiago permaneció tres años en Malta, que, según se ha dicho,

(1) Jiménez, dice la *Biografía* de Richard y repiten otros; pero Jiménez no fué elegido hasta el año 1773.

(2) El conde Santiago Luis Enrique de Liniers, nacido en Niort en 1749; coronel de infantería y caballero de San Luis. Según un manuscrito autógrafa de la Biblioteca Nacional, merced á la amistad de Fernán Núñez, antiguo embajador de España en París (á quien tratara en casa de sus «parientes la mariscala de Noailles Monchy y el duque de La Rochefoucauld», obtuvo de Floridablanca una vaga comisión de estudio para el Río de la Plata. Fuera del gracioso enredo con Souza Coutinho, que tenemos publicado en el número 4 de la *Biblioteca*, existen en este archivo varias memorias manuscritas del conde de Liniers, que alguna vez fué confundido con el virrey.

era entonces una escuela militar de la nobleza europea. — Aunque muy decaída de su antiguo esplendor y en vísperas de ser arrasada junto con otras instituciones medievales, la « ínclita orden » mantenía aun, con una renta anual de ocho millones de libras francesas, fuerzas de mar y tierra suficientes á castigar la audacia renaciente de los piratas berberiscos. El paje Liniers hubo de asistir á alguna de las expediciones que — como la dirigida contra Mehemet Bajá — reavivaban con un supremo reflejo de gloria los viejos pendones rojos de Villiers de l'Isle Adam y La Valette. En 1768, volvió á su patria con la cruz de caballero, que nunca dejó de mencionar en sus despachos y proclamas, aun después que diera de barato la partícula nobiliaria y firmara llanamente : *Santiago Liniers*. Por recomendación de su tío materno, el conde de Brémond d'Ars, gobernador de Amboise (1) y muy vinculado á la fortuna de Choiseul, fuéle fácil conseguir un despacho de subteniente de caballería, en el regimiento de Royal-Piémont. No debió más al ministro, y mucho menos á la omnipotente favorita (2).

Liniers se consumía obscuramente en la inacción de la paz continental que siguió á la guerra de Siete años. En 1774, su regimiento estaba de guarnición en Carcassonne. Rumores de guerras lejanas encendieron su imaginación juvenil — despertando quizá el instinto atávico de trashumancia que, desde el siglo xv, dispersó por Europa y particularmente en España, á varios de sus ascendientes.

(1) Según datos de Peltier (biografía reproducida en la *Biblioteca Federal*) y del marqués de Sassenay (*Napoleón I^{er} et la République Argentine*). Todo esto merecería confirmación. Si Liniers pertenecía á la ilustre rama de los Brémond d'Ars (pues los Brémond son innumerables), era sobrino del heroico Jean-Louis, cuya muerte deplora J. J. Rousseau en una carta á su hermana, la marquesa de Verdelin.

(2) VICENTE F. LÓPEZ, *Historia Argentina*, II, 182 : « Liniers era un francés ! y no un francés así no más, sino un francés de la corte de Choiseul y de la escuela de la Pompadour. » — Liniers tenía 11 años y se educaba en el Oratorio cuando murió la célebre *metresa* de Luis XV, según escribía el embajador español para ensayar gracias de *talou rouge*. Choiseul cayó del ministerio en 1770 ; no es imposible que nuestro subteniente de 16 años fuera presentado al omnipotente ministro ; pero está muy evidente que no perteneció á su corte ó círculo.

Llenaba el ambiente militar el rumor de la expedición que, con pretextos más ó menos fundados, preparaba el gobierno español contra Marruecos y Argel. Por lo demás, habíase criado en una atmósfera de combates contra los musulmanes, y todo ello fué causa sobrada para que se sintiera impelido, como otros nobles voluntarios, á la inminente cruzada. Entregó, pues, su *brevet* de teniente al comandante general del Languedoc (1); — fuera de estar en plena paz, no había nada entonces que se pareciera á nuestro moderno servicio obligatorio; — aceptada la dimisión, Liniers pasó la frontera española y sentó plaza de voluntario en la escuadra reunida en Cartagena para emprender una funesta campaña contra los moros argelinos. Todo ello se hizo abierta y correctamente, sin ninguna de las causas ó incidentes que á capricho han inventado algunos biógrafos. El hecho de tomar servicio en el extranjero era entonces tan común como es hoy excepcional; en España, particularmente, y más aún en dicha época, muchos ministros y generales habían nacido fuera de España, y el mismo jefe de la presente expedición, general O'Reilly, era irlandés.

La escuadra compuesta de cuarenta y seis buques, al mando de Castejón, llevaba veintidos mil hombres de desembarco. La expedición fué en extremo popular, como lo han sido siempre las guerras moriscas — *plus quam civilia bella* — en esa valiente nación que no puede olvidar su pasado y camina en la senda moderna con la cabeza vuelta hacia atrás. Se incorporaron como voluntarios, miembros de la primera nobleza europea. Liniers sirvió en calidad de edecán del príncipe de Rohán, guillotinado durante la revolución. Es probable que, desde entonces, trabara amistad con el futuro virrey Cisneros, que servía también en la escuadra, y para quien su afecto de viejo compañero de armas nunca se desmintió. Deplorable fué el éxito de la empresa. Rechazados los españoles con pérdidas enormes, por esos mismos argelinos que más tarde opusieron tan

(1) Gabriel de Talleyrand, tío del célebre diplomático.

débil resistencia á la conquista francesa, sólo debieron á un descuido del enemigo el poder embarcarse diezmados y en desorden para ganar Cádiz ó Cartagena, « sino, dice Fernán Núñez, también voluntario en la campaña, no hubiera quedado sino la memoria de nuestra desgracia ».

Felicitado por su conducta, el joven Liniers dió en Cádiz examen de guardia marina y, á poco, fué ascendido á alférez y embarcado en la expedición que don Pedro Ceballos, el flamante virrey del Río de la Plata, trajo al Brasil, en noviembre de 1776. Venían 9000 hombres de desembarco en diecinueve buques (1). De Montevideo, donde estaba en estacion, salió á incorporarse á la escuadra la fragata *Rosalla*, á cuyo bordo se encontraba el alférez de navío don Diego de Alvear y Ponce, miembro de la comisión de límites, futuro habitante de Misiones, como Liniers, y como él prometido á extrañas y trágicas aventuras (2). El virreinato tuvo glorioso estreno: tomada la isla de Santa Catalina, Ceballos atacó á los portugueses en la Colonia, que se rindió á discreción. Inmediatamente se dispuso la marcha á Río Grande, cuando llegó la noticia del tratado de San Ildefonso que, con excepción de la Colonia con-

(1) *Doce*, según Lafuente; 116 dice Domínguez, 117 afirma López, y así se escribe la historia. ¿Provendrá la confusión de haberse incorporado un convoy mercante á la escuadra de guerra? Nuestra cifra resulta de las *Ordeues, señales y notas por el marqués de Casa Tilly*; en ella se comprenden « las fragatas, chavequines, paquebotes, bombardas y demás embarcaciones ». Por lo demás, dicha cifra es la que guarda proporción con las tropas embarcadas. La reciente expedición contra Argel, á que hemos aludido, trajo 22.000 hombres en 46 buques, y, por una singular coincidencia, las cantidades se corresponden matemáticamente; $22.000 : 46 :: 9000 : 19$. Liniers venía á bordo de la bombardas *Hopp* (sic), incorporada á la tercera división.

(2) Es célebre la tragedia naval de las « cuatro fragatas » en que el capitán de navío Alvear perdió á su familia, con excepción del futuro general argentino. Fué tan dolorosa la catástrofe que hasta el *Annual Register* se conmovió al referirla (1805, pag. 555 y 424). Por rara inadvertencia (que conviene rectificar hallándose en la *edición definitiva*), el general Mitre (*Belgrano*, I, 112) dice que allí « *perció* con su familia don Diego de Alvear ». Después de volverse á casar con la inglesa miss Ward, Alvear fué comandante de Cádiz y gobernador militar de la isla de León. Murió en Madrid el 15 de enero de 1830. Como en el primero, tuvo diez hijos en este segundo matrimonio — lo que es, sin duda, una afirmación bastante enérgica de su existencia !

servada por España, neutralizaba los resultados de la campaña.

Á la rastra del Pacto de Familia, tuvo nuevamente España que unir su flota á la francesa contra la de Inglaterra, durante los años de 1779-1781. Liniers hizo campaña á bordo del *San Vicente* y posteriormente de la *Concepción*, en la escuadra de D. Luis de Córdoba, mereciendo que uno de sus actos de arrojo fuese celebrado en la *Gaceta de Francia* (diciembre de 1781). En el famoso sitio de Mahón y conquista de Menorca, en que las tropas españolas al mando de Crillon se cubrieron de gloria, el teniente de fragata Liniers se distinguió por su habilidad y bravura, recibiendo una herida durante una acción dirigida por él y calificada de « heróica » por una autoridad competente (1). Mahón se rindió el 5 de febrero de 1782 y Liniers fué ascendido á teniente de navío.

No menos brillante fué su conducta en el sitio de Gibraltar, que se inició el mismo año por el victorioso duque de Crillon, si bien con éxito menos feliz. Tocóle mandar en segundo, á las órdenes del príncipe de Nassau, la batería flotante *Talla Piedra*, á cuyo bordo se hallaba precisamente el ingeniero d'Arzón, inventor de este sistema de naves que tan mal resultado dieron en la práctica. Bajo los fuegos de la plaza, las baterías flotantes, teóricamente incombustibles, se incendiaron como yesca, y desde luego la *Talla Piedra*, que se tuvo que abandonar después de una lucha encarnizada. El príncipe de Nassau y Liniers se salvaron á nado. Con todo, el sitio continuó sin mejor éxito hasta el tratado de Versalles, frustrándose para España la esperanza de recobrar el Peñón. Fué uno de los últimos episodios del bloqueo, la toma del corsario inglés *Elisa* por Liniers, que mandaba el bergantín *Fincastle*, de 18 cañones; por este atrevido golpe de mano fué promovido á capitán de fragata. Este rápido ascenso de un extranjero, después de siete años de servicios, es el mejor comentario de su conducta militar.

Pocos meses después, una segunda expedición contra las Regen-

(1) El almirante Pavia (*Revista Militar*, 1851).

cias berbericas, al mando de Barceló y no menos infructuosa que las anteriores, reveló en Liniers las dotes de diplomacia y atracción personal que más tarde le atrajeron tanto prestigio en más vasto teatro. Encargado de presentar al Dey de Trípoli, Alhí Bajá, los presentes del rey de España, durante los preliminares del tratado de 1784, á tal punto supo granjearse la voluntad del soberano, que este le regaló su propio alfanje y le concedió la libertad de varios cautivos europeos (1). Á la vuelta de esta negociación, Liniers contrajo matrimonio en Málaga con la señorita Juana de Menviel, que murió cuatro años después; único fruto de ese matrimonio fué Luis de Liniers, á quien veremos figurar un momento en el drama argentino.

El capitán Liniers pasó los tres años siguientes en las costas de España, ocupado en trabajos hidrográficos que, según el almirante Pavia, diéronle ocasión de mostrar competencia profesional — se le atribuye la invención de un instrumento — hasta que, en 1788, el gobierno le destinó á la escuadrilla del Rio de la Plata, de donde nunca más se alejó. En Buenos Aires, volvió á casarse, con la hija de don Martín de Sarratea, gerente de la Compañía de Filipinas. Pero entonces comenzaba el desordenado é inepto reinado de Carlos IV, en que el favoritismo y los méritos palaciegos primarían sobre los servicios prestados: Liniers fué uno de tantos oficiales que vegetaron durante años en las colonias españolas, cumpliendo obscuramente su deber, sin gloria ni provecho. Con excepción del grado de capitán de navío, que recibió cuando mandaba la escuadrilla de Montevideo, en 1796, no mereció de la corte señal alguna que le diese esperanza en el porvenir. Pobre y ya cargado de familia, se tuvo por muy favorecido cuando el virrey del Pino le nombró gober-

(1) Al dey de Argel atribuyen el hecho Richard y S. Estrada, fuera de mencionar al rey Carlos IV que todavía no era tal. El casamiento de Liniers, en junio de 1783, *al volver de Africa*, destruye el aserto. El tratado con la Regencia de Argel es de 1786. Véase: CANTILLO, *Tratados*, pág. 610. Domínguez y la *Biblioteca del Federal* dan el dato exacto.

nador interino de Misiones. Allí se trasladó con su familia y permaneció dos años, estudiando la región bajo el doble aspecto natural y político, y proponiendo medidas administrativas que atestiguaban sus elevadas miras y recto juicio. Una Memoria que redactó en este sentido lleva la fecha de junio de 1804 (1); en ella formulaba críticas fundadas contra funcionarios anteriores, al propio tiempo que describía el estado de las poblaciones con los colores de la verdad. Lejos de ser ello motivo bastante para mantenerle en el puesto, su franqueza le atrajo probablemente la destitución, pues, á los pocos meses de dicha fecha, llegaba para sustituirle el gobernador propietario. Durante el largo y penoso viaje de regreso de Candelaria á Buenos Aires, tuvo el dolor de perder á su compañera. Volvió á tomar el mando de la escuadrilla sutil de defensa en el Rio de la Plata, condenado como antes, al parecer, á la inacción casi absoluta; pero su oído atento percibía ya extraños rumores de peripecias cercanas. El desastre de Trafalgar, aniquilando las flotas aliadas, entregaba á Inglaterra la rica presa de las colonias españolas. En enero de 1806, una escuadra inglesa se apoderaba del Cabo, á título de posesión francesa, y no parecía dudoso que de allí se dirigiera al Rio de la Plata para emprender su conquista. El virrey Sobremonte confió entonces á Liniers la defensa de la Ensenada de Barragán, donde parecía probable que el enemigo intentase el desembarco.

¡ Era llegada la hora ! Á los cincuenta y tres años, Liniers iba á salir bruscamente de la penumbra en que se consumiera su vida, en el vano acecho de la ocasión suprema que su instinto le anunciaba ya (2). Alto, hermoso y elegante, en la plenitud de su robusta madurez, con la irresistible seducción personal que irradia la bondad unida á la bravura y que todos han sentido y consignado, desde sus primeros compañeros de armas hasta el general vencido y el frío

(1) Véase la notable *Representación* inédita publicada en el n.º 6 de la *Biblioteca*.

(2) Véase en JURIEU DE LA GRAVIÈRE, *Souvenirs d'un Amiral*, II, la extraña impresión que produjeron en el marino francés la persona y la conversación de Liniers.

analista cordobés, desde las mujeres hasta las rudas muchedumbres : el héroe tanto tiempo pasivo entraba ahora en actividad.—Los incidentes menudos que acabamos de referir rápidamente tienen mera importancia psicológica : ellos nos han mostrado, contra todas las injusticias y calumnias de los contemporáneos que monopolizaron la historia de la Revolución, al gentilhombre de raza, al padre de familia honrado y pobre, al creyente sincero, al soldado pundonoroso y valiente, al jefe militar experimentado y sagaz que aprendió la guerra en buena escuela. Tal es el hombre á quien el destino depa-
paró la suerte inesperada de iniciar la independencia de un pueblo adolescente y asociar indisolublemente su nombre á la historia argentina. Esa larga gestación de más de medio siglo no cobra significación sino en cuanto explica y prepara los cuatro años restantes : es la raíz invisible y subterránea de árbol que ya emerge á la plena luz. Conocidos los antecedentes, entremos á juzgar los actos históricos.

P. GROUSSAC.

(Continuad)

LA MAGDALENA

(FRAGMENTO DE UN POEMA)

X

TENTACIÓN

Ella leyó aquel libro desolado
Donde el alma afligida
Del poeta inspirado,
Lloraba las tristezas de la vida.
Ella siguió con íntima congoja
Aquel calvario del dolor tremendo,
Le siguió hasta la cruz, y fué vertiendo
Una gota de llanto en cada hoja.

Allí aprendió su espíritu inocente
Todo el dolor que en la existencia prueba
La miserable juventud que lleva
La sombra del pesar sobre la frente.
Ella leyó aquel libro que agitaba

Su corazón que al escuchar gemía;
En el pesar ajeno penetraba
Y su amargura sin querer partía.
« ¡Qué triste es! » — exclamaba—
Y otra vez sollozando releía!

Así su alma inquieta
Vagando en el dolor y el idealismo
Templó sus fibras al acorde mismo
Del alma del poeta.
¡ Ah, su mirada bella
No alumbró más su labio sonriente;
No buscó ya en la franja del Oriente
La más hermosa estrella
Que iluminaba el cielo,
Cuando su vida, de esperanza llena,
No escuchaba la voz del desconsuelo
Con que canta su duelo
El galeote amarrado á su cadena !
Su sueño era agitado
Por extrañas y lúgubres visiones
Que turbaban su calma;
Y un eco doloroso y desolado
Que arrullaba su alma
Con cantos de perdidas ilusiones.
Su espíritu caía
Á su pesar en fúnebre quimera,
Sin que la luz de su razón supiera
Por qué aquella ansiedad le obscurecía.
Así á su corazón entró el veneno
Que la sed inocente
Bebe en esta corriente:
¡ La onda amarga del dolor ajeno !

Su alma soñadora
 Buscó la soledad y el aislamiento,
 El silencio profundo,
 El rayar de la aurora,
 El tachonado azul del firmamento,
 El espacio sin valla,
 El desierto del mundo :
 ¡ Estas cosas de Dios con que la vida
 Cicatriza la herida
 Que postra el corazón en la batalla!

 ¡ Oh, cuántas veces al cruzar la brisa,
 Que dejaba en su oído
 Un rumor entre cántico y lamento,
 Comprimió el corazón estremecido
 Y dijo: — « ¡ Este es su acento ! »
 ¡ Todo era él ! ¡ La vaga perspectiva
 Del lejano paisaje;
 La música del ala fugitiva;
 La espina de la rama
 Que á las ropas se adhiere,
 Y que parece que algo decir quiere
 Y que nos toca y al pasar nos llama !
 ¡ Todo era él ! ¡ El rayo del lucero
 Que entre los ojos que le ven se esconde;
 El eco lastimero
 Que al suspiro responde;
 La confusa silueta
 Del árbol que se asoma y que se inclina:
 Todo aquello de Dios era el poeta;
 Todo era él en su ilusión divina !
 ¡ Todo era él ! ¡ El alma saturada

De su ideal halagüeño,
 Mecía su memoria acariciada
 Bajo las mismas alas de su sueño !

Así el amor sublime
 Nació en la soledad y en el misterio;
 — Nota del arpa cólica que gime
 Suspendida al ciprés del cementerio. —
 Creció al calor de la piedad secreta;
 Se nutrió con la lágrima del verso,
 Libó en las ilusiones del poeta
 Y llenó el Universo.

XI

SOLA

— Rayo de luz celeste y misteriosa,
 ¿Por qué iluminas sin cesar mi alma ?
 ¡Ah ! ¿de qué foco de la tierra subes
 Ó de qué estrella de los cielos bajas ?
 ¡Cierro los ojos
 Y no te apagas !
 Rayo de luz celeste y misterioso
 ¿Eres el resplandor de su mirada ?

Eco de melancólica ternura :
 ¿Por qué al oído sin cesar me llamas
 Y los pesares de la vida lloras
 Y la ilusión de la existencia cantas ?
 ¡Cierro mi oído

Y no te callas !
Eco de melancólica ternura
¿ Eres la dulce voz de su palabra ?

Sombra inmortal de un imposible sueño
¿ Por qué á mi sombra sin cesar te amarras,
Y en todos los instantes de la vida
En derredor de mi existencia vagas ?
¡ Cierro mis brazos
Y no te apartas !

Sombra inmortal de un imposible sueño
¿ Eres su imagen que el recuerdo graba ?

Dulce canto de amor del labio ajeno
Que en la caricia de mi labio pasas,
¿ De qué mundo ideal la nota llevas
Que así las voces de la tierra acallas ?
¿ Subes del mundo ?
¿ Del cielo bajas ?
Dulce canto de amor del labio ajeno,
¡ Canta á mi oído ! ¡ Sin reposo, canta !

Libro que lloras la ilusión perdida
Y el alma entre tus hojas arrebatas,
¡ Ah ! ¿ por qué siembras en la vida ajena
Las ilusiones que perdió su alma,
Como las nubes
Que el viento arrastra ?
Libro que lloras la ilusión perdida,
¡ Ah me pareces su primera carta !

(Lee)

« ¡ No siente el corazón, ni el alma crea
Lo que no hay en la existencia humana ;

*La realidad de la ilusión existe;
 Existe la verdad de la esperanza!
 ¡ Sombra que habitas
 Entre mi alma,
 Eres la imagen del ideal sublime
 Donde tiende el espíritu sus alas! »*

Eco divino de su voz celeste
 ¿ Por qué al oírte el corazón me embargas ?
 ¡ Te escucho, y el espíritu cautivo
 Bajo tu inmensa fe pliega sus alas !
 ¿ Á quién respondes ?
 ¿ Para quién cantas ?
 Eco divino de su voz celeste,
 ¡ Tengo horror de tu fuerza soberana !

XII

SOLO

¿ Trepamos sobre las montañas ?
 ¿ Bajamos hasta la pendiente ?
 ¿ Seguimos al veloz torrente ?
 ¿ Rodamos hasta sus entrañas ?

¿ Cruzamos sobre el mar profundo ?
 ¿ Subimos en su ola al cielo ?
 ¿ Corremos polo á polo el suelo ?
 ¿ Rompemos la atracción del mundo ?

¿ Dónde me lleva el ideal divino,
 Que en su insensato vértigo me lanza

A buscar en su loco remolino
La eterna realidad de la esperanza ?

Y ¿qué es la vida sin su lumbre bella?
Lóbrega y tempestuosa noche fría.
¡Marchemos sin cesar! Sigo tu huella,
Espléndida visión del alma mía!

¡Crucemos la senda ignorada
Que pisa la planta del hombre ;
Busquemos el rumbo sin nombre
Que lleva á la dicha soñada !

Salvemos el lóbrego océano,
La cresta elevada del monte,
La línea del turbio horizonte,
La sabana inmensa del llano.

¡Ah no me dejes en la noche triste,
Caído á la mitad de mi jornada !
¿No ves rayar su luz en la alborada ?
¡La realidad de la ilusión existe !

XIII

CONJUNCIÓN

¿Quién desviará la brújula cautiva
De su perpetua aspiración al polo ?
¡ Hay un poder tan sólo :
Aquél que está allá arriba !
Y Él no aparta la brújula cautiva !

¿Quién desviará de su órbita la estrella
Que va siguiendo al astro eternamente?

¡El Dios omnipotente
Que le marcó su huella!
Y Él no aparta de su órbita á la estrella!

¿Quién cambiará la línea de la llama
Que sube sin descanso al firmamento

En las alas del viento?
El señor que la inflama :
Y Él no cambia la línea de la llama !

¿Quién volcará las aguas del océano
Que en su lecho cautivan las arenas

Sin muros ni cadenas?
El Padre soberano :
Y Él no vuelca las aguas del océano.

¿Quién romperá los lazos del destino
Que ligan, en la vida y la muerte,

De dos almas la suerte?
¡Sólo el Poder divino :
¡Y Él no rompe los lazos del destino!

.

¡Así, bajo la fuerza del destino,
Aquellos dos espíritus se amaron;
Sin luz casi se hallaron;
Y rompieron su valla
Sin lucha ni batalla,
Al resplandor de su ideal divino !
Una tarde de enero
Se acercaron él y ella:

¡ La celeste mirada del lucero
La fúlgida mirada de la estrella !

Ella bajó sus ojos
Latiendo el corazón estremecido,
Y alboreó su semblante conmovido
Con el suave carmín de sus sonrojos.
Él sintió el suyo redoblarle al seno,
Como el tambor que bate
La señal del combate,
De duda y gloria y esperanza lleno !

Su mirada elocuente
En la intensa mirada
Hundió otra vez de la mujer querida ;
Y al oprimir su mano á la partida,
Los dos se vieron pálida la frente.
¡ Madre Naturaleza !
Cómo inunda el amor, de nueva vida
El esplendor de tu inmortal belleza !
¡ Alma de amor nutrida,
Cómo tiendes las alas
Por la región azul del firmamento
Y de tu esencia misteriosa exhalas
El aroma que nutre el sentimiento !

.

¡ Así se unieron en su amor ardiente,
Sin lucha ni defensa !
Todo fué natural en su corriente,
Como el alma que piensa
Y el corazón que siente ;
Como el ojo que mira,

Como la onda que pasa,
Como el fuego que abrasa
Y como el astro que en los cielos gira.
¡Nacieron, se atrajeron,
Se acercaron, se amaron :
Sus almas en un beso se fundieron
Y á la sublime eternidad se ataron !

Y allá van en la ráfaga del mundo,
Como dos alas escalando el cielo :
Hoy, compartiendo su dolor profundo ;
Mañana, sus delicias y su anhelo.
¡ Unidos y estrechados
Por el amor del alma, que redime,
Va, entre sus dos espíritus ligados,
La realidad de la ilusión sublime !

¿Quién romperá los lazos del destino
Que ligan, en la vida y en la muerte,
De dos almas la suerte?
¡ Sólo el poder divino :
y Él no rompe los lazos del destino !...

RICARDO GUTIÉRREZ.

GÉNESIS DEL HÉROE

En los primeros capítulos de la presente obra (1), huyendo de la vaguedad y del equívoco, que son los peores enemigos de las ciencias históricas, me esforcé por separar netamente al hombre de genio, propiamente dicho, de esas colosales personificaciones populares, — fundadores, profetas, conquistadores, — á quienes el epíteto flotante de « grandes hombres » se adhiere comunmente. Si pudiera despojarse de todo viso pretencioso una aproximación que, en este caso, no implica sino deferencia respetuosa y admiración, me atrevería á confesar que he procurado aplicar á esta vasta cuestión de psicología histórica el método científico, de que el ilustre Lyell ha dado el ejemplo y el modelo más acabado en sus *Principios de geología* (2): la hipótesis fecunda de las *causas actuales*, cuyas conclusiones podrán ser discutidas, tachadas de excesivas, como todas las del transformismo, sin que se amengüe el valor duradero de una doctrina general, cuya potencia eficaz se revela precisamente con adaptarse á materias distintas de las que apuntaran sus autores.

Se ha llegado así, por el estudio sólido y relativamente fácil del hombre de genio contemporáneo y de sus obras maestras, á un

(1) *El Problema del genio en la ciencia y en la historia*. (En preparación).

(2) LYELL, *Principes de géologie*, I, capítulo V.

concepto no ya retórico y arbitrario, sinó analógico y estrictamente inductivo de sus grandes antecesores.

El análisis exacto de la naturaleza y modo de acción de esas individualidades sobresalientes, á la luz de la biografía casi actual y en sus manifestaciones menos discutibles, — como acontece, por ejemplo, con Hugo, Wagner, Darwin, á quienes se ha podido estudiar casi *de visu* y desnudos de la engañosa refracción de la distancia, — no suministra únicamente un marco positivo, una medida precisa de lo que fueron sus congéneres pasados — Shakespeare ó Dante, Beethoven ó Bach, Cuvier ó Aristóteles; — permite determinar en general la naturaleza y acción del genio en la ciencia y en el arte. De suerte que, con ser representativas de estos grupos selectos, las monografías razonadas ascienden del rango de documentos históricos á la categoría de hechos filosóficos.

Merced á ese criterio prudente y que reputo exacto — si se maneja con las precauciones requeridas, — ha podido comprobarse que el genio no es necesariamente un indicio absoluto de superioridad intelectual, sino una « facultad », un poder aislado y exclusivo; localizado no pocas veces y dotado de extraordinaria energía: verdadera llamada ó *vocación*, cuyas manifestaciones é impulsos casi instintivos é irresistibles se apartan singularmente de los del talento habitual. El talento es la resultante normal y armónica de todas las influencias convergentes de la raza, de la familia y de la educación, en el sentido lato de la palabra, ó sea del medio ambiente. Puede admitirse la hipótesis de un estado de civilización, tan adecuado á la « especie » humana, que produjera el talento en la mayoría, como produce en las otras especies la robustez y la salud. Hasta podría decirse que ello se ha realizado parcial y pasajera en la historia: todos los pintores italianos del siglo *xvi* revelan habilidad de dibujo y colorido; todos los escritores españoles del siglo *xvii* tenían estilo; todos los artistas franceses del siglo pasado poseyeron el gusto y la gracia ligera. Pero, ningún estado de civilización bastará para elaborar un hombre de genio. Sería tan ilusorio esperarle co-

mo creer que los progresos de la metalurgia realicen la creación de un gramo de oro. Cuando más, podrá lograrse que un mayor número de genios virtuales sean efectivos, y salgan á la luz algunos que yacen en la obscuridad.

El proceso contrario es el más probable. La democracia (1) conquistará la alta civilización, como los Hunos el mundo latino: *teste David cum Sibylla*. Posee el sufragio universal que es su fórmula, la instrucción gratuita y obligatoria que es su molde, la prensa que es su órgano. Su triunfo es inevitable. Será el más completo y pesado de los despotismos: el despotismo de la mediocridad. La forma de su instrumento omnipotente tiene toda la belleza de un símbolo: es un laminador, la máquina que aplasta para mejor uniformar, y realiza el ideal de la igualdad por el perfecto achatamiento. — De esos cilindros de acero se escapa en hojas sueltas, toma su vuelo gris á las aceras polvorientas ó fangosas, la biblia de los tiempos nuevos que nadie se ocupará en encuadernar: es la curiosidad instantánea, superficial, inconsistente, que alumbrá con humo y llena con oquedad; la actividad en el vacío; la información pasiva sin el esfuerzo de la investigación; el sucedáneo moderno de la anticuada sabiduría; la moneda falsa de la verdad esterlina; el asignado que dice: *valgo*, y no tiene valor; el derecho á no meditar; la coartada de este delito: pensar por cuenta propia! — Santa Teresa, no Malebranche, llamaba á la imaginación: *la loca de la casa*. Esa loca ya no está en casa: está en la calle, en el paseo, en la bolsa, en el tranvía, engullendo su escudilla de rancho «igualitario», su ración de sopa boba intelectual. ¡Salud al gran educador de la democracia! Su Majestad el Diario, — en latín, *Ephéméris*. Nace, circula y muere en un mismo día; lo recogen á la tarde las barrenderas mecánicas, en una nube de polvo que simboliza la mentira, la ignorancia, la fatuidad. Pero renacerá de sus barreduras, á manera del fénix aquél. Es infatigable, inacabable, innumerable, como el microbio. No dudéis que

(1) Claro está que aquí se trata de una estructura social, no de una forma política.

la democracia agradecida le levante un grandioso monumento, allá por 1940, izando encima el birrete de ese pobre Gutenberg, — tan inocente del «periodismo» como este Colón del «Colombismo». Después del centenario internacional de la simpleza, nuestros hijos alcanzarán el jubileo universal de la vulgaridad. — Está, pues, muy evidente que la civilización actual viene incubando hombres de genio!...

La conclusión necesaria de ser el genio una propiedad, distinta y una verdadera «forma» intelectual, — en el sentido escolástico — ha permitido clasificar por familias esos grupos privilegiados, de manera que cada una, — matemáticos, filósofos, inventores, pintores, poetas, músicos, etc., — no tuviera con las vecinas más elemento común é irreducible que ese *quid divinum* primitivo é impulsor. El genio entraña quizá la ley secreta de la vida — la *voluntad* de Schopenhauer: — pues es él quien crea sin descanso y encuentra en la obra maestra realizada su sanción inmortal. — Todas las otras cualidades pueden ser diferentes ó semejantes: no influyen en la clasificación, son accesorias.

Por fin, hemos podido convencernos de que semejante clasificación no es arbitraria ni superficial, pues se apoya, como las clasificaciones naturales, en un hecho permanente y profundo, en un modo de ser que la raza ó la educación puede alterar sin destruirlo; en una aptitud constitucional bien definida y circunscrita que debe arrancar, en último análisis, de cierta conformación especial de los órganos de los sentidos, de cierto desarrollo insólito de una región ó circunvolución cerebral.

Pero, si es legítimo tener el genio por un accidente sublime en el desarrollo normal de la especie, hemos hecho justicia de la tesis psiquiátrica que se limita á renovar con pretensiones científicas la añeja teoría burguesa del gran artista «desorbitado» y extravagante. La asimilación de la «inspiración» á un delirio real es un concepto romántico, más que determinista, de Moreau de Tours, en el que se ha ingerido gratuitamente la «degeneración hereditaria» de Morel.

Los sucesores, como era de temerse, han acentuado la conclusión: la degeneración hereditaria se ha convertido para ellos en una entidad mórbida, entre cuyas evoluciones propias y necesarias figuran las varias neurosis «desde el genio hasta el idiotismo»! Hemos visto que, respecto de la psicosis, el genio no constituye ni una susceptibilidad ni una inmunidad; que las inferencias antropológicas carecen de base para asentar sólidas inducciones; y que, por fin, no siendo en general exactos ni probantes los ejemplos históricos coleccionados por los alienistas, la ruidosa tesis psicopatológica se reduce á la publicación de tres ó cuatro volúmenes ligeros de doctrina y pesados de estilo, sobre cuya ligereza y pesadez *L'Uomo di genio*, del profesor Lombroso, ocupa el primer puesto.

Tal es, en resumen, el procedimiento que se ha ensayado en una materia que, al parecer, lo rechazaba. Creo que el procedimiento contrario, el que partiera del pasado para llegar al presente, no podía conducir á resultados generales ni suministrar una conclusión sólida. Por lo menos, nunca la ha dado, á pesar del inmenso talento personal que alguna vez se desplegara en la empresa. Explicar una realidad siempre idéntica y siempre presente, apoyándonos en la sola conjetura histórica, equivalía, bajo pretexto de lógica deductiva, á hacer preceder el estudio de los organismos vivientes por el de los fragmentarios y dudosos organismos primitivos, y comenzar la historia natural por la paleontología.

II

Pero, al lado del hombre de genio, cuya obra inmutable é imperecedera, con su valor propio y personal, queda siempre accesible, extendiendo á nuestro examen ese diploma de identidad y superioridad: se alza esa otra grandiosa y vaga personificación histórica, humana ó nacional, que suele llamarse «el grande hombre». Algu-

nos están flotando por entero en la leyenda, como Eneas ó Moisés; otros emergen de la nube con su aureola tan deslumbrante, que impide distinguir lo real de lo ficticio en su cambiante personalidad: así Mahoma ó Carlomagno. Por fin, los más circunscritos ó recientes, como Gutenberg ó Cristóbal Colón, se nos presentan tallados en el firme granito de la historia: pero el océano ilimitado baña sus plantas invisibles y cubre su pedestal, dificultando su acceso y apreciación exacta. . . Son aquellos los « héroes » del idealista Carlyle, cuya existencia grandiosa condensa la de la humanidad (1). — En todo caso, son los nombres inmensos y fulgurantes de la historia y de la poesía; y, al pronunciarlos, las metáforas enormes y cósmicas acuden inevitables á la imaginación. Los unos nos aparecen desmedidos y lejanos, imposibles de precisar y resolver aún con la más amplia conjetura, semejantes á esos cometas que no poseen consistencia distinta de su propia atmósfera inflamada. Los otros, más cercanos á la humanidad, conservan sin duda un núcleo de realidad sólida y resistente; pero sospechamos que todo su brillo es reflejado, como el de los planetas, tanto más resplandecientes cuanto más próximos al sol en cuya luz se envuelven,— á igual de esa Venus ínfima que deslumbrá nuestra ignorancia más que las estrellas de primera magnitud. . .

Se comprende, desde luego, que nuestro camino abierto y recto se acabe aquí, y no pueda prolongarse más que como senda ondulante y estrecha. En lugar del suelo firme, sentimos bajo nuestras plantas el pantano engañoso ó la costra grietada y frágil de los *geisers* de Islandia. Nos falta ya el testimonio concreto é irrecusable de la obra maestra, que podría reemplazar la biografía personal y la historia contemporánea del hombre de genio. — El retrato de una deliciosa andaluza radiante de júbilo vital como una flor abierta, con este comentario, *Murillo pinxit* (2): ¿qué más explícito

(1) CARLYLE, *Heroes and Hero-Worship*, Lectura I. « *Universal history is at bottom the history of the great men who have worked here* ».

(2) La *Concepción* del Louvre.

documento para el estudio del arte hispalense? El hombre de genio está en lo absoluto y definitivo: no hay evolución humana — en los límites actuales de nuestro entendimiento — que pueda reducir á un Galileo ó Newton á la estatura común. En el mundo fugaz de los sonidos, cuya íntima vibración con el alma humana parece un obscuro y eterno recuerdo de la vida elemental, no es admisible, sin atrofia del órgano preciso, que pierda su virtud sublime la *Sinfonía pastoral* ó el prelude de *Lohengrin*. Mientras exista la poesía escrita, la intensa visión del mundo externo y el dón prodigioso de la expresión verbal formarán parte esencial de la belleza literaria: ¿cómo prever, entonces, que nazca jamás algún poeta, al lado de cuyas producciones la *Leyenda de los Siglos* sea pequeña?

Por el contrario, la grandeza representativa de los « héroes » es del todo extrínseca y convencional. Su gloria es obra entera nuestra, es decir de la opinión colectiva de las generaciones, prolongada y desbordante. Es de aquella fama secular, que pudiera decirse propiamente: *vires acquirit eundo!* La proposición de Carlyle es cierta, en el sentido recíproco: es decir, que la historia ó la leyenda del gran hombre es la de la humanidad en un momento de su evolución. — Por otra causa tiene también que fallar aquí el método empleado. No podemos ya remontarnos directamente de lo presente á lo pasado. El factor principal es siempre el tiempo, pero, esta vez, sería el tiempo futuro. Los grandes hombres contemporáneos, no los conocemos, puesto que no son tales por su obra personal y tangible, sino por lo que ella venga á ser más tarde, merced á la colaboración anónima y al culto incesante de la posteridad:

Qui de nous va devenir un Dieu? (1)

Estamos clavados en el momento actual, que no es sino un punto de la curva infinita; seguimos la rama ascendente de la parábola que sube hasta perderse en la nube, y conjeturamos que le es idén-

(1) ALFREDO DE MUSSET, *Rolla*, I.

tica la rama inferior que se hunde en el mar. Entre dos abismos de ignorancia casi completa, de tinieblas casi igualmente espesas, pasado un estrecho límite, no nos es dado sino alzar los ojos hacia ayer. Pero, en el pasado más reciente, la frondosa vegetación de la leyenda, las mil lianas trepadoras de la imaginación popular han envuelto y ocultado de tal modo el tronco primitivo, que, si existe, para el espectador es como si no existiera— y que la evolución de un mito puro como Eneas y Jason, no es mucho más conjetural y aventurado que la tradición histórica de Alejandro ó Jesús, cuyo existencia real no puede ponerse en duda.

Con todo, la diferencia es esencial. *Ser ó no ser* : la palabra de Hamlet es el santo y seña de la historia. Lo que la humanidad creara de la nada, por simple emisión imaginativa, puede llenar por siglos los *inania regna* de la poesía y la superstición: no llegará jamás al sér completo. Desde el origen, no hay un átomo perdido ó agregado en el conjunto de la creación: es siempre la Isis inmensa, que contiene cuanto fué y será. Y tal es, en suma, la señal indeleble que diferencia á los héroes materiales, de aquellos otros entes simbólicos y vacíos de substancia, con que satisface la humanidad sus irresistibles tendencias al antropomorfismo. Los segundos se parecen á los primeros hasta confundirse con ellos: pero son vanas apariencias, sombra ó imagen de la realidad. En todo lo demás la analogía subsiste; y la exageración legendaria se adhiere á los unos y los otros con igual tenacidad, como que en ambos casos entra en actividad normal la misma facultad imaginativa. Imaginar es elaborar imágenes; ahora bien, estas imágenes internas se forman idénticamente en nuestro espejo cerebral, siempre aberrante y cromático, ya se trate de reflejar un fragmento del universo, ya de fijar un vago concepto mental, el « sueño de una sombra » según la melancólica expresión de Píndaro (1).

Constituyendo ese poder y esa necesidad de la imaginación su

(1) PÍNDARO, *Pyth.* VIII. — Es el final de la oda, en *morendo*, de una línea profunda y velada que recuerda los últimos compases del *Adagio* de Beethoven (C.).

funcionamiento incesante y normal, compréndese cómo, desde el principio hasta hoy, cuanto ha dominado y sigue dominando la vida humana — religión, arte, pasiones — fluctúe en el mundo élitico de la ficción. — La pobre humanidad, efímera cadena de generaciones que se renuevan y suceden sin que ninguna llegue á la madurez, no puede soportar la verdad desnuda: procura inventar alegorías que mezan y engañen sus tristezas (1). Sobre todo, necesita adorar, tributar culto religioso á las fuerzas ambientes, benignas ó nefastas, que supone conscientes y vigilantes de su ínfimo destino. Y como toda idea es imagen, y la imaginación no procede sino por analogía, las fuerzas naturales é influencias colectivas se condensan en personificaciones antropomórficas, en entes gigantescos que la humanidad atavía — cual hace el niño con su juguete, — con la figura, los móviles y las pasiones de la humanidad. Del propio modo, pues, que personificara la aurora y la tempestad, el mar y la montaña, el volcán terrible y el sol fecundador: inmortaliza en algunos tipos sobrehumanos de conquistadores ó profetas, sus propias luchas seculares con la tierra madrastra, su largo esfuerzo civilizador, su doloroso delecto del enigma universal, la expansión de su propio heroísmo y de su genio colectivo. Y es así cómo, en los tiempos modernos, ha creado con su propia substancia á Rolando y Guillermo Tell, ó transformado gloriosamente al Cid y Carlomagno, usando el mismo procedimiento simbolizador con que en los siglos mitológicos «humanizara» á Júpiter y Neptuno, ó prestará atributos divinos á Teseo y Hércules.

De esa doble é imperiosa tendencia humana al antropofornismo y á la adoración, han brotado en vegetación magnífica y exuberante las teogonias, los cultos, los ciclos poéticos, las *aureas legendas*, — tan íntimamente vinculados los unos á los otros, como el sabor

(1) En la muchedumbre, como en el individuo, el espíritu de credulidad pasiva está unido al de la *fabulación* activa en dosis iguales. La *mentira* es tan inherente al espíritu humano, que la misma palabra *mentiri* sólo significa «ejercitar la mente». — También en quichua, *yuyani* significa «pensar» y «mentir».

del fruto maduro á su fragancia y color. — No puede, por ejemplo, existir culto de latría sin prácticas supersticiosas é intervención de lo sobrenatural. La superstición es el humo de la religión, — fuego por siempre inextinguible en el corazón del hombre. — Y ello acaso daría la clave de la dolorosa expectativa en que se agitan algunos de los más nobles espíritus modernos (1). Se busca un culto nuevo y no se lo puede encontrar. — El catolicismo no es ya sino la corteza del cristianismo; la savia no circula por el tronco ahuecado; no se renueva: Janssen será su último defensor de gran talento. Y un árbol que no resucita incesantemente por el retoño y la floración, está maduro para la suprema cosecha que el Evangelio señaló: *excidetur, et in ignem mittetur* (2). El protestantismo nunca tuvo de verdadera religión más que su parte común con el catolicismo. Como lo dice su nombre, ha sido una protesta contra el romanismo descreído y pagano. Realizada en la Iglesia la reforma interna, la reforma externa perdía su razón de ser. Por eso es que, pasada la lucha, esa vasta asociación de entristecimiento mútuo — sin culto ni ritos, sin misterios ni ceremonias simbólicas — ha quedado estacionaria. Se ramifica en sectas sucesivas como el enfermo incurable que ensaya todas las terapéuticas. — El liberalismo masónico, con sus mandiles, y el espiritismo con sus mesitas, son igualmente grotescos. — La filosofía, por fin, es una ciencia, lo contrario de una creencia...

La inmensa dificultad para fundar una religión verdadera y viable — que no sea una fría sociedad de beneficencia ó una mera elegancia social — arranca de la misma distinción intelectual de sus fundadores. La lucha está empeñada entre el corazón que necesita el misterio, y la cabeza que no lo puede admitir (3). La religión fu-

(1) De Vogüé, Desjardins, Brunetière, el grupo inglés de Rossetti, etc. Son displicentes las ironías de Lemaître y France contra este movimiento de inquietud sincera. — Ho-mais las aplaudiría.

(2) Matth., VII, 19.

(3) *Il faudrait d'abord vous abêtir*, decía Pascal. El mismo, que solía contradecirse porque era sincero, quería «desprender la piedad de la superstición» (*Pensées*, II, VI). Sería tan lógico como purificar la sal marina, desprendiendo el cloro!

tura sólo podrá surgir de la violencia, después de algún cataclismo anárquico — cuando un puñado de apóstoles ignorantes y fanáticos se arrojen á batallar por una gran ilusión ingerida en todas las fibras del alma humana, rodeada de misterio y exigente de sacrificio, cuyas flores de martirio esparzan por el mundo una inmensa redención — semejante á la que fué la vía, la verdad y la vida de la humanidad por cerca de diez y nueve siglos. ¡ Que venga pronto, puesto que las otras han perdido su virtud! ¡ Que venga pronto y sea bendecida, si ha de devolvernos el ideal, y barrer al olvido esa vulgar y repleta democracia que creyó perpetuar su imperio de medio siglo, haciendo dirimir por el vientre el angustioso conflicto de la cabeza y del corazón!

III

Las dificultades, empero, con que se tropieza, al pretender determinar el esfumado contorno de los héroes *que han existido*, se acrecientan en razón misma de esa pasada existencia terrenal. El mito puro y el hombre de genio son entidades filosóficamente simples. El primero es una creación total de la nación ó de la raza: conocidos los elementos fundamentales del grupo étnico á que pertenece, se induce el tipo heróico, como de los rasgos característicos de una especie vegetal se induce la flor. El segundo nos pertenece sin intermediarios por su obra subsistente que podemos abarcar. Pero el héroe histórico es generalmente mixto; podría definírsele: un fragmento de historia combinado con la leyenda. ¿Cómo prescindir de su existencia material? Y, por otra parte, ¿cómo reducirle á las estrechas proporciones de su existencia material?

Nadie, que yo sepa, ha hecho esta observación que arroja viva luz sobre el proceso germinativo de las entidades simbólicas: y es que los organismos colectivos obedecen espontáneamente á las mismas leyes que los individuales, en los dos casos distintos que tengo

señalados. En términos más claros : un pueblo, durante un siglo, elabora un mito puro ó transforma á un ser real, obedeciendo á las mismas leyes que presiden, en el cerebro excitado durante una hora, al desarrollo anómalo de la alucinación y de la ilusión. Estúdiese en los tratados especiales (1) la formación cerebral de esa imagen prolongada y persistente, sin causa externa que la provoque. como es la alucinación, y se verá empleado un procedimiento análogo al de todo un pueblo que crea *ex nihilo* á un héroe nacional, con todas las circunstancias y rasgos de la realidad—cual ha sucedido, por ejemplo, al pueblo suizo con Guillermo Tell, personificación ideal de su independencia (2). Lo propio sucede con la ilusión — esa modificación profunda de una sensación real debida á un funcionamiento mórbido del organismo ; la imaginación individual que elabora ilusiones y ofrece este espectáculo interno á la conciencia, sigue un proceso idéntico al de la imaginación colectiva que adopta á un bandido desalmado y feroz, á un « perro de Galicia llamado Rodrigo », como se expresan las crónicas contemporáneas ; á un aventurero sin fe ni ley que pasó la mitad de su vida sirviendo á los moros contra los cristianos—y la otra mitad *viceversa* — é hizo quemar vivo á centenares de valencianos prisioneros (¿sería por eso que su espada se llamó Tizona?) : y entonces, de esa misteriosa incubación de la leyenda sale el héroe cristiano y español, el ideal caballeresco de la Reconquista, tipo del honor y de la lealtad feudal, el vengador de su padre y el amante de Jimena—el glorioso Cid Campeador! (3)

La dificultad, lo repito, para el historiador, no está en analizar

(1) JAMES SULLY, *Les illusions des sens et de l'esprit*, III ; BRIERRE DE BOISMONT, *Des hallucinations*, III, XII, XIII ; sobre todo : TAINE, *De l'Intelligence*, Première partie, II.

(2) Sobre el mito de Guillermo Tell y su propagación por el « Libro Blanco » y el *Tellenlied*, hasta su cristalización en el drama de Schiller : véase, ALBERT RILLIET, *Les origines de la Confédération suisse*.

(3) *Crónica general de Alenso el Sabio*. Véase á EozY, *Recherches sur l'histoire politique et littéraire de l'Espagne durant le moyen-âge*. Allí se encuentra la desapiadada « ejecución » del famoso José Conde, el « arabizante » clásico que delectaba escasamente el árabe.

científicamente el proceso alucinatorio que crea un símbolo puro, como el rey Arturo, Rolando, Lohengrín ó el mito suizo que he citado; ni tampoco en estudiar, con ó sin documentos personales, á hombres de genio como Dante ó Shakespeare, de quienes tan poco se sabe exactamente, pero cuyas obras contienen la mejor biografía filosófica: sino en extraer de una leyenda heróica la parte de realidad que contenga, y depurar el núcleo de historia de la ganga de ficción en que se envuelve. Tal sucede con los grandes héroes de la acción, — cuya obra colosal se ha confundido con la de su siglo, — con los conquistadores como Alejandro ó Carlomagno, con los fundadores como Mahoma ó Lutero, con los inventores como Gutenberg ó Colón (1).

Carlomagno ha existido, ha reinado; pero ¿qué quedaba de su existencia real, cien años ha, después de diez siglos de poemas y libros de caballerías? Hasta su efigie profundamente germana se había borrado, de suerte que su mismo nombre es una falsificación (2). De tal modo habían el arte y la tradición envuelto su personalidad en sus mantillas multicolores y bordadas, que han sido necesarios todos los recursos de la ciencia moderna para desarrollar las bandeletas de la momia y encontrar al esqueleto bajo el fetiche. Y eso mismo ha sucedido y sigue sucediendo con todas las grandes figuras históricas, hasta las más recientes y que han evolucionado bajo los mil objetivos fotográficos de los contemporáneos, que consignaban en el papel sus impresiones. Napoleón es un hombre de genio, sin duda alguna; pero, á despecho de las historias y memorias, asistimos á su transformación gradual, á su apoteosis secular y definitiva. Nunca ha sido vencido; él solo ganaba las batallas, hasta las que no podía prever ni dirigir. Ha discutido y dictado el Código

(1) Del propio modo, pues, que se ha definido la realidad, diciendo que es « una alucinación cierta » (Taine, *De l'Intelligence*), podría decirse del hombre de genio que es un grande hombre real — cuya obra es « adecuada » al nombre de su autor.

(2) « Carlomagno » no es la traducción de *Carolus Magnus*, sino la corrupción de « Karl Mann » el « hombre fuerte ». V. MICHELET, *Histoire de France*, I, II.

civil; ha reconstruído la Francia y la Europa con su mano potente y sus ideas propagadoras; — no descendamos á las creencias populares y á las anécdotas de los *grogards* para no tropezar con el altar de las divinidades.

¿Queréis presenciar otra invencible apoteosis de un héroe, en un ejemplo más reciente aún—y de núcleo real mucho menos resistente, por cierto:— recordad lo que, hace algunos años, se decía y creía de Garibaldi, en Nápoles y toda la Sicilia (cierto es que se trata del pueblo más impresionable que existiera jamás). El soldado de Marsala era invulnerable; las balas se amontonaban en los pliegues de su camiseta roja, y, después de la batalla, él las sacudía como granos de maíz; tomaba las escuadras, solo, á nado y por abordaje; en Velletri le bastó aparecer en su caballo blanco para poner en fuga al rey Fernando y á los suizos; con su goleta, se había apoderado de toda la flota real en pleno puerto de Nápoles... «¿Por qué no?» exclamaba un libre pensador (hoy diputado al Parlamento) delante de Marc-Monnier (1), «es capaz de desembarcar en la cumbre del Vesuvio»!—Dentro de cincuenta años, todo ello será tan auténtico como los milagros de San Genaro.

Aún hoy, todos los grandes hombres soportan los agregados y colgajos de la leyenda. Los mismos hombres de genio casi contemporáneos no están preservados por sus obras compactas y sus múltiples biografías. — Para satisfacer las aspiraciones del ingenuo idealismo popular, es necesario que Byron sea el Lucifer de la poesía y que, grande en el bien como en el mal, haya «caído como héroe en Missolonghi» (2). El fin burgués de Goethe es más difícil de transfigurar; con todo, no podrá en sus últimas horas, delante de diez testigos, decir á su criada que acerque la vela—*Das licht näher!*—sin que ello se traduzca por un grito de lirismo sublime: *¡Luz! más luz!*—Sabido, es por fin, que no han bastado tres volúmenes para

(1) Marc-Monnier, profesor en la Universidad de Ginebra, había nacido en Florencia

(2) Byron murió de un catarro mal cuidado, y sobre todo de quince años de mal régimen.

rectificar la leyenda de Hugo, durante su vida. Rectificarla, muchos lo intentarán; destruirla, nadie lo logrará (1).

Ha podido creerse que el advenimiento del libro y de la prensa, la circulación creciente del relato cristalizado detendría el vuelo de la ficción. Lejos de detenerlo, le presta fuerzas nuevas, como el torrente acrecienta su ímpetu con todos los cuerpos sólidos que caen en su corriente. El reinado de la prensa es la eternización del engaño y del error. Ayer el artículo del diario mataba el capítulo del libro; he aquí ahora al despacho y la *interview* telegráfica que matan al artículo, el cual siquiera algunas veces tenía firma, es decir una apariencia de responsabilidad. En lugar, lo repito, de obstar al pululamiento del error, la letra impresa le prestará su formidable contingente. Toda la historia contemporánea — ese vasto y contradictorio *reportage* — está nadando en pleno sueño engañoso. Y, para tomar un ejemplo muy reciente, podría demostrarse con cifras que, de dos años á esta parte, la prensa de ambos mundos tiene agregadas al pedestal mitológico de Cristobal Colón más hileras de errores diti-rámicos y de fantásticos pormenores, que los cuatro siglos de historias y crónicas, transcurridos desde que la carabela de Pinzón señaló la isla de Guanahaní.

P. G.

(1) Ed. Biré, *Victor Hugo, avant 1830, et après 1852*. Tres volúmenes de una exactitud encarnizada y enervante.

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

Recuerdos de la tierra por MARTINIANO LEGUIZAMÓN

La publicación de estos bocetos criollos, con sus adecuadas viñetas convencionales que parecen dibujadas por Podestá, ha sido saludada con estruendosas palmadas, desde Buenos Aires á Jujuy. Ante esta muestra del arte nacional, el mismo estremecimiento ha sacudido ponchos pampeanos y guardamontes arribeños. La han saboreado, sobre todo, los amantes del argentinismo de circo, que respiran en *Juan Moreira* ó *Calandria* la infinita melancolía de la pampa y el sano perfume del monte virgen!—El señor Leguizamón triunfa sin esfuerzo : no hay exageración en decir que llega á la raya revolviendo el talero y golpeando la boca al decadentismo. Puede descansar satisfecho el vencedor y desatarse el pañuelo de la frente. — Y no digan que acaso... No, señor! Somos así « no más » : *sin medida* es nuestra divisa; y es muy sabido que, en el mundo de los *Recuerdos de la tierra*, no hay brindis de amigo si no se llena la copa hasta que se derrame.

El autor será un dechado de modestia y buen sentido si no se deja marear, y, proclamado ya « uno de nuestros escritores nacionales », no comienza á mirarse como el espejo de la criolloría. Confieso que tanto jubileo me intimida un poco; pensaba dirigirle algunos consejos útiles, y, después de aprobar sin ambages la materia elegida, aventurar ciertas reservas respecto á la ejecución. Uno de tantos que tienen el « dón de errar », hablaba de naturalidad y sencillez... Precisamente lo que no ha sabido ser el autor es natural y

sencillo, en un género que requería eso y no exigía más.—Eso sí, le pido que, á fuer de criollo, no le ocurra declinar la jurisdicción de un extranjero criado en la huella, quien, hace treinta años cuidaba una majada en la pampa y se ha trotado á mula este virreinato, provincia por provincia, hasta Chile y Potosí, durmiendo al raso ó bajo ramada más á menudo que en hotel... Me ofendería gravemente; tal vez, saliendo de mi habitual circunspección, me vería en el caso de probarle que soy más criollo que él, reivindicando la propiedad de cierto ganado alzado, que anda en rodeo ajeno con mi marca en el costillar. Pero no llegaremos á tales extremos.

Diré, por el pronto, que entre esos bocetos prefiero los menos artificiosos y compuestos, los que sólo tienden á describir un rincón de la vida agreste, un episodio habitual ó un tipo común de sus poblaciones: así *El Chasque*, *El Rodeo*, *La Minga* (cuyo origen el autor no conoce bien). Mucho menos me gustan las *patriadas* de efectismo teatral, como *La Maroma cortada*; y en ningún grado, por fin, ciertas sensiblerías afectadas de *Cojita* ó *Chabará*, tan faltas de sinceridad como de arte, y que recuerdan los lloriqueos en falsete de nuestros payadores de arrabal. — Los aficionados se forman de la literatura y la elocuencia un concepto mucho más falso que los puros ignorantes, como que no lo extraen de la realidad, sino de sus mal digeridas lecturas. Así las campesinas ricas, enjauzadas de cintas y abalorios, se tornan ridículas por hacerse decentes, y, cubiertas con todo «lo que se lleva en la ciudad», pierden la soltura nativa sin alcanzar el garbo de una griseta.

El estilo, naturalmente, se ajusta al concepto; y, como era de temer, es en los pasajes más pretenciosos donde revienta su intolerable vulgaridad. Por supuesto que forma la esencia del grajejo ese gastado remedo de las incorrecciones y giros gauchescos que, desde Hidalgo y Ascasubi, se repite servilmente.—El arte es la dificultad: jóvenes, desconfiad de los recursos fáciles! — No parecen sospechar nuestros *criollizantes* que la jerga rústica no es monopolio de la campaña argentina, y que si Tolstoi ó Elliot, Flaubert ó Zola

(en *La Terre*) han podido pintar la vida rural sin transcribir su lenguaje, no es por ignorancia, sino por exigencia artística. Y cuando por excepción lo hayan hecho Jorge Sand ó el mismo Pereda, en sus cuadros campestres, ¡con qué arte secreto han procedido en la elección de las imágenes y refranes característicos ó bellos, con qué medida y sabia eliminación de lo superfluo y trivial! Hay en el discurso del gaucho, como en sus cantos y leyendas, un valor escondido, pero no en figura de amontonada chafalonía, sino á manera de las pepitas diseminadas en la *bonanza*, entre la masa del cuarzo vil...

No esperábamos que el señor Leguizamón resolviese de entrada un problema tan superior á sus fuerzas, pero podíamos pedirle que su estilo no vistiera el *smoking* arriba del chiripá, y no hiciera codearse en la misma página las pompas gerundianas, con las agachadas rastreras de un *tabear* que de puro criollo resulta cimarrón. Citaré un ejemplo de ese *tatuaje*, entre ciento que tengo señalados. En la misma página (178) y discurrendo el propio autor, he aquí como principian dos párrafos consecutivos: « En eso — empleando una locución de la tierra — naides le pisaba el poncho, etc. », y en seguida: « Los éxtasis reveladores del destino, esa necesidad premiosa... tan magistralmente pintada por Zola en el caso reciente de la encantadora mademoiselle Couëdon... etc., etc! » A continuación veríamos, sin doblar la hoja, á un curandero comparado con Champollión descifrando « el obscuro simbolismo de un petroglifo, y Bopp ó Grimm, etc... »

Lo grotesco de ese abigarramiento resalta sobre todo en los bocetos que de suyo requerían mayor sencillez. El autor describe un episodio frecuente del rodeo como pudiera hacerlo, en mejor lengua, Gustavo Aymard ó tal cual maturrango: « una escena estupenda, trágica... que no olvidaré jamás... »—« El gaucho soberbio, heróico, aceptando aquel combate inaudito! » Cuando termina la « escena estupenda » con la rápida operación que sabemos, se nos dice frunciendo la boca que los « soberbios animales habían perdido los atri-

butos de su señorío! » Diga Vd. *capar*, señor Leguizamón, como Navarrete y otros clásicos : si ha de describir la cosa, la palabra propia es menos grosera que su ridícula circonlocución. Acá y allá, completan nuestro deleite las alusiones y citas literarias de esmerada pacotilla, para que no nos figuremos habérnoslas con un profano : el mendigo Chabaré evoca un « perfil de camafeo visto (por el autor) en las monedas pompeyanas! » ; un plato de mazamorra (imagen gráfica!) es « una verdadera manzana de oro del jardín de Hespérides » ; una huachita soltera « que todavía no encuentra rama en que ahorcarse »... pero aquí la cita se impone :

— « No diga eso, mamita... respondía con acento apagado, resignada á su suerte, *inclinando la hermosa cabeza en la expresión de aquella sublime angustia—lamentable y callada!* — *que el arte griego hizo resplandecer en la frente serena de Niobe* ». Si hubiéramos de enumerar las « explosiones rojizas » del mudo crepúsculo ó los « pasos del Rubicón », sería cuento de nunca acabar. Algunas reminiscencias resultan divertidas ; así la del famoso estribillo (*Quand on a tout perdu...*) que sólo para parodiarlo se cita en Francia : resulta ahora que la traqueada sentencia de Voltaire es un « desolado dístico de Musset ». Y sólo un criollo como yo sentirá la gracia de confundir el grito del tero-tero con el canto del zorzal. — No citamos esos lapsos en són de reproche, ni aconsejamos al autor que aprenda esas cosas, puesto que, después de saberlas, tendría el deber de olvidarlas al escribir cuentos criollos ; pero le será útil saber que no las sabe, para que su próximo volumen salga mejor.

Hechas estas ligeras salvedades, termino esta noticia como la empecé, comprobando el éxito plausible de los *Recuerdos de la tierra*. Confieso yo mismo, sonrisa aparte, que los he bebido de un trago. Es que el rico tema, por más que no esté allí tratado ni escrito, sugiere por sí solo el color y la vida de la conocida realidad. Mientras el aprendiz pintor borronea zurdamente su ensayo, nosotros evocamos la escena verdadera y la completamos en la fácil imaginación. Pasada cierta edad, cualquiera lectura no es sino el tema ocasional

y sugeridor de nuestras propias visiones. Por eso es que un asunto bien elegido, como en el caso actual, compensa la ejecución deficiente,—á manera del salvavidas que mantiene sobre el agua á quien no sabe nadar. Vamos á ver el ejemplo contrario de un escritor cuyo talento se malogra en gran parte por lo inconsistente de su materia. El señor Leguizamón labra monigotes en el oro nativo de la substancia nacional; el señor Darío cincela ninfas en un bloque de hielo artificial, bajo los trópicos, sin oír el gotear siniestro que llora la destrucción de la obra á penas concluida :

Lequel vaut mieux, Seigneur?...

PROSAS PROFANAS POR RUBÉN DARÍO

Ya expresé, en ocasión reciente, todo lo malo que pienso del señor Darío. *Non bis in idem*. Hoy diré lo bueno, para variar; y también porque ciertas aprobaciones me inspiran inquietud. « Me aplauden. decía el otro, ¿qué necedad habré soltado? » Empiezo á temer que, á propósito de poesía, yo haya hecho prosa sin saberlo; y decididamente, no me atrae el papel de Monsieur Jourdain. Pero no ha de ser eso. Lo más probable es que se hayan juzgado mis reservas con el fino sentido de los matices que la lógica parlamentaria y las prácticas electorales infunden. *Lo que no sea blanco, será negro* : tal es la balanza de precisión con que se pesan las divergencias artísticas. Para equilibrar el exceso de un adarme en el platillo derecho, delicadamente, se deja caer en el izquierdo un adoquín...

En otros años, antes de ser filósofo, solía darme melancolía la idea de echar raíz en regiones donde amanece cuatro horas más tarde que en París. El tiempo me ha curado. Como el árbol al venir el otoño, siento desprenderse de mí las hojas secas del deseo y la ilusión, y preveo el día próximo en que, confundiendo en una misma indiferencia todas las vanidades, no averiguaré si es ramilla muerta ó fruta madura lo que cae á mis pies, con rumor leve y triste...

Y de veras que aceleran la curación de mi nostalgia algunos de los espectáculos que la vieja Europa nos brinda. Pensad, para no remontarnos lejos, en el significado preciso de la *journée de Sarah Bernhardt*: esa apoteosis del histrionismo en la magra persona de una cómica más que quincuagenaria, á quien nunca pude escuchar tres noches deseguida sin encontrarla insoportablemente afectada y monótona! En pleno boulevard, extraídos de sus bastidores, glabros, descoloridos bajo su *maquillage*, pestañeando á la luz insólita del sol: la banda de papagayos nocturnos celebraba el triunfo indiscutible y justo del único arte floreciente en la decrepitud universal. *All the world's a stage!* Y Lemaître dando el brazo á Coquelin es sin duda un detalle insignificante, cuando se comprueba que en este momento de descomposición social, todo, desde la política y la justicia hasta la vida privada y la misma religión, se exterioriza por medio de la prensa en la forma teatral. Ha reaparecido en formas agudas el conocido síntoma de las decadencias imperiales: el endiosamiento de la cortesana y del histrión. Y ello, lo repito, bastaría á consolarme de no vivir allá: siento que, hora más hora menos, el horror de ese prostíbulo me arrojaría á los brazos de Bakounine,— el cual por otra parte, falleció veinte años ha!

Quise explicar únicamente porqué me resigno sin esfuerzo á envejecer lejos del foco de toda civilización, en estas tierras nuevas, por ahora condenadas á reflejarla con más ó menos fidelidad. Es, pues, necesario partir del postulado que, así en el norte como el sud, durante un período todavía indefinido, cuanto se intente en el dominio del arte es y será imitación. Por lo demás, hay muy poca originalidad en el mundo: el genio es una cristalización del espíritu tan misteriosa y rara como la del carbono puro; y pensad que en seis mil años no se ha extraído de todo el planeta un metro cúbico de diamante! Puede agregarse, con la historia á la vista, que el diamante del espíritu, á diferencia del otro, no se ha encontrado hasta la fecha en los terrenos de aluvión. — Y, acaso, en otro lugar, tenga dada de ese fenómeno una explicación tan clara que, según la im-

pertinente exageración de Leverrier, *hasta un botánico la entendería!* Pero sería algo larga de transcribir y me limito á resumirla en breve silogismo. Siendo así que el genio es la fuerza en la originalidad, toda hibridación es negativa del genio, puesto que importa una mezcla, ó sea un desalojo parcial de las energías atávicas por la intrusión de elementos extraños—es decir, un debilitamiento; ahora bien, la presente civilización americana, por inoculación é ingerto de la europea, es una verdadera hibridación: luego, etc. *Et voilà pourquoi votre fille est muette!*

Siendo, pues, un hecho de evidencia que la América colonizada no debe pretender por ahora á la originalidad intelectual, se comete un abuso de doctrina al formular en absoluto el reproche de imitación europea, contra cualquier escritor ó artista nacido en este continente. En principio, la tentativa del señor Darío— puesto que de él se trata ahora— no difiere esencialmente, no digamos de la de Echeverría ó Gutiérrez, románticos de segunda ó tercer mano, sino de la de todos los *yankees*, desde Cooper, reflejo de Walter Scott, hasta Emerson, luna de Carlyle. Pero, en la especie, dicha tentativa es *provisionalmente* estéril, como lo tengo dicho y no necesito repetirlo, porque es del todo exótica y no allega al intelecto americano elementos asimilables y útiles para su desarrollo ulterior.

Y eso mismo no es del todo exacto. En la fina labor de esas *Prosas*, profanas ó místicas, se cumple un esfuerzo que no será de pura pérdida, como no lo es el de los decadentes franceses; me refiero al *assouplissement* de los ritmos y al enriquecimiento evidente de la lengua poética. El señor Darío es muy joven; sobrevivirá sin duda al movimiento perecedero y fugaz á que se ha adherido, por desdén explicable de la actual indigencia española; tengo para mí que, á pesar de las apariencias contrarias, su talento real se escapará en breve de su falsa teoría, como un pájaro de la jaula; y entonces cantará libremente la verdad y la vida, con una eficacia y maestría de que dan bella muestra algunas piezas de su presente colección.

No tengo espacio para analizarla, y sería, además, tarea repetida. Se habla corrientemente de « imitación », con mucha soltura de lengua. Hay que distinguir, y como dice gentilmente el príncipe d'Aurec, de Lavedan: *Il y a manière!* La « manera » del señor Darío es en el fondo la de los clásicos (1), y él imita á los franceses como imitaron á los griegos Catulo y Chénier. Como estoy de prisa, tomaré de único ejemplo la primera poesía del libro: *Era un aire suave...* La página es encantadora, de una gracia exquisita en su elegancia, complicada de renacimiento y pompadour. Por otra parte, más que imitación directa encuentro en ella vagas y múltiples reminiscencias de Verlaine (*Fêtes galantes*), Moréas, — sobre todo, para mí, de la divina *Fête chez Thérèse*, de ese Hugo colosal que hizo vibrar soberanamente las siete cuerdas de la lira — hasta la de la gracia ligera, que comunmente se le niega. Es muy difícil y aventurado mostrarse afirmativo y preciso, tratándose de un escritor tan complejo y lector tan esparcido como el señor Darío. Son muy numerosas las resonancias que convergen á su inspiración; pasa tanta gente por su camino que las huellas se confunden y, como decimos los arrieros: « el rastro está borrado ». Es muy probable que su complicada reminiscencia sea la más de las veces inconsciente. Creo, con todo, que ha sido intencional y perseguido el recuerdo de una joya casi ignorada de Paul Guigou, de metro idéntico y giro parecido, sobre todo en el final:

Était-ce en Bohême? Était-ce en Hongrie? (2)

Y si me equivocase, siendo el encuentro fortuito, será la coincidencia más rara y curiosa que conozca en literatura. Sea como fuere, se tiene allí un esquema del procedimiento habitual: no ha sido otro, lo repito, el de los clásicos imitadores de Grecia, así en Roma, como

(1) En las treinta y tantas piezas de que consta el volumen, no pasan de tres ó cuatro las que ostentan la obscuridad simbólica ó el invertebrado ritmo decadente.

(2) « ¿ Fué acaso en el Norte ó en el Mediodía? ».

en la Europa moderna. (En España, la diferencia es una inferioridad: todo su lirismo clásico, desde Garcilaso y Fray Luis hasta Meléndez y Quintana es meramente latino ó italiano, es decir, de tercera ó cuarta mano.)

Pero ello es el esquema, la figuración gráfica y descarnada del procedimiento. Para ser completo y justo, hay que saborear la pieza misma con sus mil detalles del estilo: la cincelada orfebrería de las palabras, nombres, verbos y adjetivos de elección, que se engastan en la trama del verso como gemas en filigrana; el perpetuo hallazgo — tan nuevo en castellano! — de las imágenes y ritmos evocadores de la sensación, en que se funden ciertamente elementos extraños, pero con armonía tan sabia y feliz que constituye al cabo una inspiración. — Y, sin duda alguna, ello es arte de más conciencia que emoción como el mosaico; pero, como éste, lo es también de gusto y concepto: hubo maestros mosaistas, y aún de los Bizancio dejaron obras dignas de eterna admiración!

El señor Darío, pues, tiene personalmente razón contra sus detractores faltos de iniciación, ó de buena fe; pero sus críticos imparciales tienen razón contra su teoría — aunque la expresase mejor que en las *Palabras liminares* — y el mismo les suministra argumentos de buena ley, pues la mayor y mejor parte de sus *Prosas profanas* no difieren exteriormente de las formas ya conocidas en castellano — sino por lo acabado de la cinceladura y, sobre todo, por el licor exótico é inquietante que en ellas nos sirve. Por mi parte, y en dosis prudente la bebida no me perturba ni disgusta; pero comprendo que otros estómagos no la soporten: esta doble forma de la tolerancia es un privilegio del espíritu crítico. Por lo demás, yo soy un griego de Focea, amante de la luz y bebedor de vino; de ningún modo un fumador de opio « poderoso y sutil »: pero mi cabaña tiene galería abierta hacia los cuatro vientos y está construída ante un vasto horizonte, sobre un promontorio que domina el mar.

P. G.

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ ⁽¹⁾

I

El día de la celebración del centenario de un hombre célebre de Sud-América terminaba su existencia otra nueva celebridad de ese mismo país, debido á las emociones causadas por esa misma fiesta en el corazón patriota de la víctima, según la explicación más natural y caritativa de esa catástrofe, aceptada por la voz común.

¿Cómo se explica el poder y efecto de esa simpatía? ¿Por la mera impresionabilidad de un carácter entusiasta ó de un patriotismo común? Todo menos que eso.

(1) Este fragmento forma parte de una importante serie de estudios inéditos sobre *Hombres públicos de Sud-América*, que el depositario de los manuscritos de Alberdi ha tenido la bondad de comunicarnos, dejándonos la elección de las páginas que deseábamos ofrecer como primicia á los lectores de *La Biblioteca*. Hemos dado la preferencia á la apreciación conmovida y justiciera del más completo « hombre de letras » argentino por su amigo más constante é íntimo. Con esta publicación creemos servir no tan sólo la memoria respetada de Gutiérrez, sino también la del célebre pensador político y agudo polemista que en ella se presenta bajo una faz imprevista y del todo simpática. — Estas páginas fueron escritas en 1878, según lo expresa el autor en una nota que transcribimos:

« Lo empecé en los primeros días de abril (1878), pues el 1º recibí la noticia de la muerte de Gutiérrez, treinta y cinco años menos cinco días del en que dejamos el Plata, en el EDÉN, para Italia, el 6 de abril de 1843. — Nació don J. M. G. en Buenos Aires, el 6 de mayo de 1809, y murió en la misma ciudad el 26 de febrero de 1878, en la calle de Venezuela número. 172. »

Gutiérrez festejaba en San Martín, con el fervor de su carácter generoso, no al hombre, sino á la independencia de América, de que ese guerrero es considerado como símbolo argentino, con justicia ó sin ella. Que el valor real del hombre corresponda ó no á la magnitud del símbolo, no es cuestión del caso. Gutiérrez, como el país, veía en San Martín la independencia argentina, y esto basta para santificar el culto y causa del fanatismo por la personalidad simbólica. En las apreciaciones humanas, es muy raro que el símbolo corresponda á la realidad de la identidad simbolizada.

La afinidad entre San Martín y Gutiérrez viene de que los dos eran símbolos de la misma cosa: la Independencia. Razón debía de ser ésta más bien de dividirlos; pero el uno la representaba como guerrero, el otro como hombre de Estado. El uno como símbolo aceptado y conocido, el otro como símbolo ignorado y por conocerse.

Este es el objeto principal de este estudio.

La América del Sud ha perdido en Juan María Gutiérrez uno de sus primeros hombres de Estado, en el alto y verdadero sentido de este nombre. En la acepción ordinaria, *hombre de Estado* quiere decir hombre capaz de brillantes atentados contra la constitución del Estado; hombre de *golpes de Estado*, es decir capaz de golpear al mismo Estado, invocado como objetivo de un crimen patriótico; ¡ como si el Estado pudiese deber jamás su salud á un crimen! Un golpe de Estado es una revolución hecha por un gobierno. ¿ Contra quién? Contra el país, en la persona del gobierno destruido. Pero sólo el país puede hacer una revolución capaz de ser legitimada, y eso, una vez cada siglo. En el Plata, por ejemplo, los años de mil ochocientos diez y mil ochocientos cincuenta y dos del siglo XIX.

No merece el título de hombre de Estado sino el político capaz de dotar al Estado del gobierno de sí mismo, es decir de fundar el gobierno libre de su país.

Por gobierno libre no se entiende el gobierno que todo lo puede, el poder sin límites. En tal caso, no habría gobierno más libre que

el gobierno más despótico y tirano. Sólo se entiende por *gobierno libre* el gobierno del país por el país — es decir, el país independiente, ó la independencia del país, no sólo de todo poder extranjero, sino de todo poder interno que no sea el país mismo, ó el fruto de su libre elección.

Tal es el sentido en que la independencia significa libertad, y la libertad, independencia.

Pocos son los hombres de Estado que hayan servido á la libertad de su país en las dos faces, externa ó interna. Uno de los pocos es Washington. Él sirvió como guerrero á la libertad exterior ó independencia de su país, y, como hombre de Estado, á la creación del gobierno interior ó á la libertad propiamente dicha de los Estados Unidos. Por eso no tiene parangón en el mundo americano, y menos aún en el mundo europeo. En eso difiere San Martín de Washington: en que sólo sirvió á la independencia ó libertad exterior de la República Argentina. La libertad interior nada le debe. Como hombre de Estado, Gutiérrez es más de la escuela de Washington que de la de San Martín. Él ha servido á las dos faces de la libertad de su país en su terreno de hombre de Estado, y por eso es el primero de los hombres de Estado de su país, sin ser el único. Como ministro de Estado en relaciones extranjeras, á él le pertenece el honor de haber promovido el tratado de paz que puso fin á la guerra de la independencia y consagró la obra de San Martín con el derecho internacional, que gobierna á las naciones civilizadas.

Además, como publicista, orador y diputado, él colaboró en rango superior en la obra y sanción de la Constitución nacional que el Congreso constituyente de Santa Fe sancionó en mil ochocientos cincuenta y tres, y contribuyó á completar y afirmar esa grande institución, propósito cardinal de la revolución de mayo de mil ochocientos diez, por todos los trabajos de su política exterior, en que sirvió á la integridad argentina y la salvó creando, se puede decir, la verdadera política exterior de la Nación.

Salido del poder, pasó del terreno de la organización política al

de la organización moral de su país, sirviéndole con su celo y sus trabajos como rector de la primera universidad de la República, en la instrucción y educación de la juventud durante veinte años, en que le han debido su cultura sana y fecunda más de dos generaciones. Colaborador de Echeverría en los trabajos de la reforma social argentina, lo acompañó también por sus trabajos instituidos con el designio de formar el gusto de su país en la literatura moderna llamada entonces *romántica*. Antes de servir á la libertad de su país como hombre de Estado, la sirvió como poeta, como escritor elocuente por sus minuciosos y variados trabajos, por sus *conversaciones* luminosas, elocuentes y admirables, que hubieran podido estenografiarse para honor de la literatura argentina, contribuyendo así, con Florencio Varela, con Rivera Indarte y otros talentos de su época á mantener encendido el fuego santo del amor patrio.

Por la altura de su corazón y el lustre de su bello espíritu, Gutiérrez era un poeta, sin perjuicio de ser un matemático. De ahí viene la santa y preciosa alianza que bullía en su inteligencia, de un superior buen gusto con un superior buen sentido práctico. Antes de comenzar su peregrinación de libertad, que absorbió los años más bellos de su vida, sirvió á su país en los trabajos de su topografía, colaborando en el departamento de este ramo de la administración pública, con el sabio coronel Arenales, con Salas, con Outes y otros eminentes talentos argentinos y extranjeros, á quienes Buenos Aires y la Nación debieron las cartas topográficas en que la ciencia geográfica toma sus más preciosos datos auxiliares para sus estudios y trabajos sobre los países del Plata.

En el campo de la instrucción y de las letras, cuyo centro estaba en Buenos Aires, se hizo Gutiérrez de esa multitud de relaciones y amistades con los jóvenes de todas las provincias que cursaban allí sus estudios. Como no había provincia argentina que no tuviese jóvenes en Buenos Aires, ya como estudiantes en su Universidad única y gratuita en cierto modo, ya como empleados en el comercio

por razón de ser la plaza principal de la República. Gutiérrez tenía amigos y conocidos personales en todas las provincias. De cada una de ellas tenía conocimientos y detalles como si la hubiese habitado, y en cada una de ellas se tenía noticias personales de él. Era un provincial en este sentido; pero en el verdadero sentido, era un nacional más bien, desde antes que la Nación estuviera constituida por escrito.

Ese precedente de su juventud, seguido en su peregrinación de apostolado liberal en todos los países circunvecinos de la República Argentina, dispuso su espíritu á considerar en grande y ver en conjunto á la nación de su origen, que fué y quedó en su modo de verla y amarla el Estado ó Nación Argentina.

Así se formó en él naturalmente el nacionalismo argentino, que más tarde fué su principio y regla de conducta como ciudadano argentino. Gutiérrez fué un *argentino* antes que un *porteño*, sin dejar de amar por eso á su provincia nativa, cuyo nombre no se separaba de sus labios en la ausencia, porque su memoria no se separaba de su corazón. Pero él no veía en Buenos Aires sino la más bella parte de su país, que era todo el país argentino; no en teoría, como sucedió á Rivadavia y á los más de su *partido unitario*, sino por la educación y sentimiento formados en él, como hemos dicho, por el giro y carácter de toda su vida. Con ese modo de ser de su espíritu, venido del modo de ser de su vida entera, es claro que Gutiérrez no podía tener otro campo que el de la Nación, el día que reapareciese entre ella y su provincia nativa el conflicto triste que debilitó á la República Argentina desde el principio de su revolución contra España, dando lugar á los dos partidos geográfico-políticos y político-económicos, conocidos y vistos vulgarmente como *partido unitario* y *partido federal*. Es lo que sucedió después de caído Rosas.

Abrazando la causa nacional argentina, como tantos *porteños* ilustres, Gutiérrez no fué un mal hijo de Buenos Aires. Mostró, al contrario, amarla de un modo más inteligente y digno de él que los que á fuerza de amor local quieren verlo aislado, achicado,

disminuído, es decir, separado de la Nación, que le da todo, y sin la verdadera importancia por la cual es un país más grande que el Estado Oriental del Uruguay. Espíritu culto y elevado, abrazando en sus miras el conjunto y la unidad entera de su país argentino, Gutiérrez no conoció jamás ese patriotismo de campanario y de aldea que sólo es propio de niños, de viejos y de enfermos (de espíritu cuando menos), de la parte flaca y sedimental de toda sociedad. Es la que representó en Buenos Aires el federalismo de nuestros primeros caudillos y demagogos sin patriotismo.

Esa razón de verdadera y culta política nacional explica la actitud que tuvo en las discusiones tumultuosas de junio de 1852, en la legislatura de Buenos Aires. Eso explica también toda su política de verdadero hombre de Estado en el tiempo en que fué Ministro de Relaciones extranjeras del gobierno más nacional y más argentino que haya tenido la República desde su formación, en 1810. De ahí es que, con ocasión de la pérdida que en él hacía el país, ha sido visto y lamentado en Buenos Aires solamente por su obra social, es decir provincial, como sucede con la obra de Rivadavia, que es apreciado en su provincia nativa por su obra social, no por su obra política de nacionalista unitario. Los mismos que saludan su estatua y se enorgullecen de su fama perseguirían hoy como traidor al Estado de Buenos Aires al que pidiese las instituciones que Rivadavia quería dar á la Nación, es decir la división de la provincia de Buenos Aires, la capitalización de la ciudad y de sus hombres, y la nacionalización de todos los establecimientos públicos en ella situados.

Así, por la dirección ó corriente de su vida y por la naturaleza de sus trabajos, él se ha encontrado de colaborador de Rivadavia, trabajando en su misma obra de la organización del gobierno nacional interior, de la formación de sus relaciones extranjeras, de la educación é instrucción de las nuevas generaciones; con esta diferencia que es justo no olvidar : que Gutiérrez ha sido más feliz que su modelo, porque ha visto el coronamiento de lo que Riva-

davia empezó, proyectó, deseó, pero no le fué dado ver concluído.

De ahí viene la predilección y simpatía que Gutiérrez acreditó siempre á Rivadavia, á su memoria, á su carácter, á su obra de patriotismo nacional. Después de San Martín, es decir, de la independencia ó libertad exterior de la patria, fué Rivadavia el objeto de su veneración, como representante de la causa del progreso interior, de la civilización y cultura del país; de su arreglo y mejoramiento general interno — lo que quiere decir de su *nacionalismo*.

Con esas ideas y con ese modo de entender el nacionalismo argentino, no era de extrañar que en su provincia nativa tuviese como político un poco del destino que cupo á Rivadavia, y fuese digno de indulgencia por sus pecadillos y veleidades contra el patriotismo local de Buenos Aires. Se diría que ha sido en eso más feliz que Rivadavia, desde que ha podido morir en su provincia, mientras que este ilustre porteño, no pudiendo tener esa suerte, murió en Cádiz. Pero, en realidad, es menor la diferencia de su destino final, en cuanto han muerto fuera del movimiento que habían tenido que contrariar desde lo alto de los grandes principios de la independencia americana y de la soberanía del pueblo argentino. Por eso es que Buenos Aires ha visto á Gutiérrez, con ocasión de su muerte, por todos sus bellos lados menos por su gran lado, que era el de estadista argentino. Ha tomado á Gutiérrez como un mero fanático de San Martín, cuando no fué en realidad sino su colaborador más eminente en la grande empresa de hacer de su país nativo un Estado ó Nación argentina: el uno de hecho por la espada; el otro de derecho por un tratado de paz y de reconocimiento.

Buenos Aires ha visto á Gutiérrez de perfil, porque siempre vió de perfil á la República Argentina, que la figura política de Gutiérrez reproducía sólo de frente. Vista de frente, la Nación argentina es la Nación soberana de la *provincia* de Buenos Aires; y Gutiérrez, por su nacionalismo eminente, es el primer hombre de estado de Buenos Aires, porque lo fué de todo el país argentino, no después sino á la par de Rivadavia.

Su figura política, para ser bien comprendida, ha de necesitar lo que ciertas pinturas, cuyo mérito ó sentido se hace perceptible á medida que uno se aleja del cuadro: ha de necesitar que pase el tiempo que falta para que la provincia de Buenos Aires comprenda, en su conjunto y sentido, la grande y bella figura de esa entidad que se llama la Nación argentina; y será feliz entonces en apercibirse Buenos Aires de que ella forma la hermosa frente de esa hermosa nación: una facción bella de un bello rostro, no un rostro sobrepuesto á otro rostro, formando el monstruo político que desearan ver los émulos de esos realistas que la *República Argentina* echó del Río de la Plata en mil ochocientos diez.

II

Gutiérrez, como Chateaubriand, como Lamartine, como Martínez de la Rosa, no había nacido para hombre político, pero le tocó serlo y ejerció tanto influjo en la política como en las letras de su país, ambos influjos sanos y buenos por su índoles y efectos. Entre las letras y la política hay una conexión material, y es que las letras, al servicio de un talento real, conducen por la forma á la popularidad, y por el ruido á la política, sobre todo en tiempos y países de gobiernos populares y democráticos. Sin embargo, Gutiérrez no era extraño al derecho. Era, lejos de eso, *doctor en derecho*, es decir que podía enseñarlo, pues lo había aprendido. Pero él llegó á la política no como abogado famoso, sino como literato renombrado. Por uno ú otro camino, él se encontró en su terreno el día que pasó de la república de las letras á la república de los derechos políticos.

Y como las letras forman una república universal ó internacional de todos los pueblos dotados del amor del arte y de lo bello, un talento literario de grande expectabilidad hace del que lo posee una especie de hombre internacional, un ciudadano de todas partes, y en especial de todos los países que hablan un mismo idioma.

Esta circunstancia, unida á la peregrinación política por causa de la libertad de su país, hizo de Gutiérrez un amigo natural del extranjero, — del de Europa por afinidades literarias y sociales, del de América por relación de lenguaje, de gobierno, de religión, de costumbres, de origen y destinos. Peregrinando en América por la libertad de su país (pues no emigró de él por causa literaria, sino política, como toda la juventud de su tiempo) y habitando en varios de sus Estados, acabó por ser un patriota americano, por un camino análogo al que lo formó un nacionalista argentino.

Bien entendido que el americanismo de Gutiérrez no era el americanismo de Rosas. Lejos de ser incompatible con el amor á la Europa y al europeo, era ese americanismo que busca en la Europa y en su civilización la palanca y apoyo para elevar la civilización, la riqueza y el poder de la moderna América al nivel del progreso europeo en todos los ramos y elementos sociales.

Gutiérrez era lo que entre nosotros, americanos, se llama un *européista*: es decir, un amante de la Europa moderna y de su espíritu como el mejor instrumento para poblar, enriquecer, educar, civilizar á la América independiente y democrática. Era europeísta en el sentido en que lo fueron Rivadavia y Florencio Varela, y tal vez en más alto sentido que ellos. No para someter la América del sud al pupilaje de la Europa, con la mira de completar su educación de mundo autónomo y libre, como han querido tantos reformadores monarquistas; sino para afianzar, vigorizar y robustecer su democracia independiente y soberana. Gutiérrez era un republicano de corazón, de educación, de instinto. Modesto, laborioso, sobrio, sin aspiraciones al poder, no hizo jamás del patriotismo un medio de ganar empleos para vivir de sus salarios. Se ocupó en cosas de necesidad para ganar el sustento, de sus trabajos de agrimensor é ingeniero civil. El trabajo literario era su placer. No frecuentó el gran mundo, no conoció el lujo, no amó los placeres bulliciosos y dispendiosos. Tal vez por eso las fiestas del centenario, que duraron tres días, lo hallaron mal preparado para resistirlas.

Si no hizo libros, al menos hizo autores. Estimuló, inspiró, puso en camino á los talentos, con la generosidad del talento real que no conoce la envidia. Bueno ó malo, yo soy *una* de sus obras. — Hemos podido influir mutuamente uno sobre otro, pero él ha ejercido en mí diez veces más influencia que yo en él. Desde luego, yo fuí su órgano y agente en su obra diplomática, que sólo en este sentido me pertenece en parte subalterna.

Yo creo que su modestia no le dejó conocer todo el esfuerzo de que era capaz. Teniendo el poder de producir, se limitó muchas veces á compilar, al revés de otros que en vez de limitarse á compilar lo que eran incapaces de producir, se hicieron autores de obras que otros escriben.

Como Diderot, Gutiérrez valía más que sus obras. Hizo escribir á otros, más bién que escribir él mismo, pero no para apropiarse lo ajeno sino para dar lo suyo. Formó talentos, si no compuso libros.

El encanto que daba todo poder á su palabra, residía en la amabilidad de su tono, en la gracia y facultad prodigiosa de la expresión llena de chispa y buen humor jocosos, la ligereza que le hacía incapaz de cansar la atención. No era enfático, ni magistral, ni pedante. Discípulo de Voltaire en buen gusto literario, era simple, fácil, sin frase ni énfasis. Tolerante y condescendiente, como hombre bien educado, no amaba la disputa ni la contradicción por sistema ó temperamento, achaque tan común en hombres de su saber. Su buena educación era el secreto principal de su buen gusto literario. No en vano se ha dicho que el estilo es el hombre; y esto se aplica á la palabra, más que al estilo. No es perito en el decir sino el que es probo y bien criado. Sólo él es orador elocuente.

Gutiérrez era sobrio en el estilo como lo era en su conducta de vida. Evitaba los floripondios y ornamentos exagerados y extravagantes, como cosas de mal gusto « gaucho ». La frase retumbante y pretenciosa no era su defecto — indicio á menudo de la ignorancia ó de la mentira, — porque en realidad no le hacía falta.

Cuando Gutiérrez no influía por el encanto en sus escritos, edificaba por la elocuencia de su palabra, de sus conversaciones más simples. Tenía el talento de hablar, y ese talento al servicio de una cabeza rica de instrucción y de un corazón siempre abierto y lleno de buenos sentimientos. El que escribe estas líneas debió á sus conversaciones continuas la inoculación gradual del *americanismo* que ha distinguido sus escritos y la conducta de su vida. — Gutiérrez le comunicó su amor á la Europa y á los encantos de la civilización europea. Él fué, en más de un sentido, el autor indirecto de las *Bases* de la organización americana.

Después de nuestros padres, nadie tiene mayor parte en nuestra educación que nuestros amigos íntimos y familiares. Son nuestros monitores natos. Nos educan sin saberlo, y según es su educación así resulta la nuestra. Gutiérrez era un educacionista, porque él mismo tenía educación, al revés de otros que son educacionistas por razón de no haber recibido educación. Entre los amigos que nos educaron figuran los libros predilectos que leemos habitualmente, y también según son ellos así es naturalmente la educación que les debemos.

El mismo Gutiérrez completó su educación europeísta y liberal en ese origen, es decir en su trato con europeos distinguidos y en su familiaridad con la literatura francesa, nodriza natural de nuestra sociedad americana moderna. Enemistado con España por causa de esa independencia, que nosotros queríamos y que ella nos negaba, no nos era simpática su literatura, que por otra parte nada tenía que enseñarnos en punto á libertad.

La prolongación de la guerra de la independencia por quince años, y del entredicho que la siguió por otros quince, tuvo un influjo decisivo en la suerte del idioma español en Sud-América. Durante ese tiempo, penetraron y tomaron su lugar, con el comercio de libros y con el comercio de cosas, las lenguas y las literaturas de Francia, de Inglaterra, de Italia, de Alemania. Los hombres mismos de esas naciones, que, al favor del nuevo régimen

inmigraban en nuestro suelo, mostraban sus ideas, sus gustos, sus costumbres, y nos daban esa educación sin cátedra que nos da la sociedad en que vivimos.

Pero, como la enemistad y entredicho con España no quitaba que fuera nuestra madre, y su idioma nuestro idioma, era preciso cultivarlo en mayor grado que los idiomas extranjeros. Gutiérrez satisfizo esta necesidad de toda buena educación literaria para Sud-América. Hizo de la literatura española un estudio especial. Hijo de padre español, hombre instruído y bien educado, se puede decir que de sus labios recibió su idioma con sus primeros cariños. Familiarizado más tarde con sus clásicos, llegó á escribir como un español, al decir de Martínez de la Rosa, Donoso Cortés, Ochoa y otros maestros del idioma castellano, que lo leyeron en París y lo apreciaron en los términos más lisonjeros en reuniones literarias á que asistía nuestro compatriota, el señor D. Manuel J. de Guerrero. La Academia española no hizo jamás una elección más digna para ser uno de los miembros correspondientes de ella en Sud-América, que la que ofreció á Gutiérrez, y que éste declinó, por razones ajenas de este escrito y que no excluían en Gutiérrez ni el respeto á la Academia ni mucho menos al idioma castellano, tal como la Academia lo representa; pero en realidad él era de hecho un académico. En eso, como en política, dos impulsos gobernaron su conducta: la conciencia y el desinterés.

III

Pero no por eso este libro viene á ser un programa ó manual de política argentina. En las miras del autor, ante todo, es un tributo piadoso que tiene el consuelo de pagar á la memoria de una amistad casi tan larga como su vida. Yo no podría recorrer con el recuerdo mi existencia pasada sin encontrarme á cada paso en la sociedad de Gutiérrez, en Buenos Aires, en Montevideo, en el mar,

en Italia, en Francia, en Chile, en Lima, en Valparaíso: en los estudios, en los paseos, en las fiestas y banquetes, en la política de los principios, en las alegrías y tristezas nacionales, en la vida privada y en la vida pública.

De recuerdos de esta clase se compondrán los siguientes capítulos, sin sujeción á método ni aliñamiento, de que las impresiones del corazón son incapaces. Pero cada recuerdo será de algún acto, de alguna cualidad, de algún examen ó cosa, capaces de servir para dar una idea más perfecta del hombre notable á quien son consagrados. Así yo pido al lector mil perdones, si en estos recuerdos tengo á veces que mezclar mi persona para llenar mejor mi objeto. Me mezclaré sólo para hacerlo ver mejor. Seré el marco de su cuadro, el pedestal de su busto.

Gutiérrez estaba en la flor de su juventud cuando tuve la suerte de conocerle y contraer su amistad para toda la vida. Tendría entonces veinte á veinticinco años. Las letras y su cultivo fueron la ocasión de nuestro conocimiento. Él parecía no tener otro que absorbiese su atención, sin embargo de la elegancia rara de su persona y modales, que lo hacían propio de la más brillante sociedad. No ponía los pies en bailes ni salones. Rey de los « leones », no se trataba con ninguno de ellos. La reserva de su vida apartada y siempre doméstica era tan inexplicable, que se hubiese tomado como coquetería por el que ignoraba que era la costumbre y rutina en que fué educado por su padre.

Su contacto de predilección era el de un joven que se le parecía por las condiciones de su educación recibida en Europa. Ese joven, don Juan Thompson, y otro por el estilo, también educado en Europa, don Esteban Echeverría, fueron las relaciones de Gutiérrez, originarias de esa especie de europeísmo de su espíritu que lo distinguió toda su vida. La relación de Thompson, aunque capaz por sí sola de explicar muchos adelantos de Gutiérrez en esa dirección, le trajo otra relación más importante, ó que fué al menos la que más influyó en la educación de sociedad y de mundo de Gutiérrez. Fué la de la

señora madre de su amigo, doña María Sánchez de Thompson, más tarde, por su segundo matrimonio, madama de Mandeville, personalidad importante de la mejor sociedad de Buenos Aires, y sin la cual es imposible explicar el desarrollo de su cultura y buen gusto. Su gran fortuna y su talento hicieron por largo tiempo de su casa y de su sociedad un foco de elegancia y buen tono. Como viuda de Thompson, que fué uno de los contemporáneos y colaboradores de la revolución contra España, doña María Sánchez se distinguía por su liberalismo ilustrado, y más tarde por el europeísmo culto de su espíritu, con motivo de su segundo matrimonio con M. de Mandeville. El papel de madama de Mandeville en la sociedad de Buenos Aires ha sido comparado más de una vez con el de madama de Sévigné, en Francia, por su talento, cultura y buen gusto, sin sombra de pretensión literaria. Si no se ha reunido y publicado su correspondencia no es porque no lo merezca; pero lo variado y numeroso del círculo de sus correspondientes ha suplido la publicación de una labor que tal vez quede inédita para siempre, en daño de las letras argentinas y del mérito más distinguido y original, por ser el más simple, natural y doméstico.

Si me he extendido en detalles sobre esta amistad de Gutiérrez, es por la gran influencia que ella tuvo en su educación y carácter de hombre de sociedad y de mundo: madama de Mandeville ha sido la segunda madre de Gutiérrez en su instrucción intelectual y social. En el espíritu y buen gusto, en la cultura del trato, en sus maneras europeas de buen tono, en su gusto por lo simple, elegante y distinguido, en su amor al progreso de nuestra cultura argentina, eran la madre y el hijo en lo parecidos. Gutiérrez, sin embargo, no frecuentaba sus salones, que eran los del mejor tono en Buenos Aires, por la reserva habitual de su vida de hombre ocupado en estudios y trabajos que exigen recogimiento y concentración.

En este terreno sus relaciones habituales eran las de sus amigos, cuyos hábitos, gustos, estudios y tendencias armonizaban con las suyas. Se sabe cuánta influencia tienen en la suerte de los hom-

bres y de las sociedades esas ligas sin vínculo formal, sin reglamento, libres como las sensaciones y los gustos.

Una de esas relaciones de Gutiérrez fué la de don Estéban Echeverría, joven entonces que llegaba de Europa, donde había recibido educación é instrucción nada comunes, y traía á su país, Buenos Aires, todo lo que estaba en la atmósfera agitada de la sociedad francesa de la Revolución de Julio (1830) (1). Echeverría no había pasado sus años de París en los cafés de los bulevares, en el bosque de Boulogne — que entonces no existía — ni en los teatros, como ha sido de moda en años posteriores entre la juventud argentina que visitó á París en busca de cultura. Dotado de medios y de buena dirección, Echeverría, bien introducido, frecuentó sociedades y gentes elevadas, en que vió de cerca v. gr.: á hombres como Destutt de Tracy, Manuel, Benjamín Constant y otras eminencias de la Restauración.

Regresado á Buenos Aires después de algunos años, por conveniencias de su posición privada, habitó la campaña y se ocupó de intereses rurales, es decir de lo más serio é importante que nuestro país contiene.

Esto añadió á su cultura europea de carácter general el positivismo serio que lo distinguía, sin perjuicio de su espíritu siempre liberal y progresista. Hablando de Echeverría no salgo de mi objeto, pues había mucho de él en Gutiérrez, lo cual quiere decir que había, por ese lado, un caudal adicional de bueno, de honesto, de culto, como era su amigo don Esteban. Fué en efecto Echeverría el que inició á Gutiérrez en las novedades del movimiento literario é intelectual, conocido en Europa bajo los nombres de romanticismo, ecléctismo, espiritualismo. Él familiarizó á sus amigos con los nombres y las obras de Víctor Hugo, de Dumas, de Alfredo de Musset, de Byron, de Goethe, de Schiller, etc.

Imbuída en el espíritu de esa agitación, una porción avanzada de

(1) Echeverría volvió á Buenos Aires antes de la Revolución de Julio. (*Nota de la D.*).

de la juventud de Buenos Aires no tardó en buscar aplicaciones de ella á las necesidades del progreso argentino. Naturalmente, fueron Gutiérrez y Echeverría los que se encontraron á la cabeza de la agitación progresista que comenzó en la juventud y se manifestó por publicaciones y por sociedades literarias.

La condición social del país era afligente por lo miserable y atrasada, en instituciones libres sobre todo. Los principios de la Revolución y de la Independencia yacían olvidados y sin aplicación. La juventud estudiosa y seria no podía dejar de darse cuenta de esa situación y de sentir la misión á que estaba llamada por el legado de una grande época y de una generación heroica. Un movimiento unionista de asociación dió principio, y la *joven generación argentina* vió convocado y reunido el primero de los *Estados Generales*, en la congregación de un núcleo que se llamó la *Asociación de Mayo*, en la que Gutiérrez y Echeverría fueron las figuras más prominentes, y de cuyo seno partieron los trabajos literarios iniciadores de un nuevo período de la historia argentina.

Con ese movimiento, pacífico todavía, coincidió la explosión de la cuestión francesa de 1832, con la dictadura del general Rosas, sobre la asimilación de los franceses á los ingleses en el goce de los derechos civiles relativos á la persona, á la propiedad y el derecho al trabajo, que la Francia reclamaba en nombre de la civilización moderna y que la dictadura le negaba en nombre de su naturaleza voluntaria y violenta. La juventud argentina reconoció en ese duelo el de la civilización y la barbarie, y simpatizó con la causa del derecho, que el despotismo hollaba á la vez en el *extranjero* y en el *argentino*.

Pasado el movimiento intelectual al terreno de la acción, la fuerza de esa situación arrancó de su hogar esclavizado á la juventud patriota y la obligó á buscar en la emigración á suelo extranjero la libertad de pensar, de escribir y de obrar en favor de su país.

Fué Gutiérrez uno de los primeros jóvenes que dejaron á su país en ese tiempo, no sin ilustrar antes su memoria con el honor de un

martirio que sus amigos tenían derecho de envidiarle. Gutiérrez tuvo el honor de llevar grillos en sus pies y de habitar tres meses en negro calabozo, por el noble crimen de sus ideas de libertad y de patria. Pasó á Montevideo después de su glorioso martirio, y ese cambio decidió de los destinos de su vida de hombre público y de hombre de letras. En Montevideo brilló en los dos sentidos, pero su vida de acción debía quedar para más tarde y para otra política.

Querido de todos, buscado de todos, pasaba á veces por conflictos difíciles, en que ponían á su imparcialidad neutral las divisiones de sus amigos y compatriotas refugiados en Montevideo, procedentes más bien de la edad que de los principios: los viejos liberales del partido *unitario*, por ejemplo, y los liberales jóvenes que no eran federales ni unitarios, sino argentinos. Solicitado una vez por los primeros para dejar la conexión de un joven amigo suyo señalado entonces por intransigente, no encontró Gutiérrez mejor razón que ese empeño, para dar más ostentación y notoriedad á su adhesión y respeto al amigo joven, que sus disidentes no sabían, según él, valorar debidamente. Nada es mejor prueba de la independencia caballeresca de su carácter que el testimonio de este rasgo, cuya autenticidad nos consta directamente. Hay que añadir que esa actitud podía costar tan caro á su interés como la otra á su conciencia.

El intransigente á quien se quería aislar, es el que escribe estas líneas; y el de aquella solicitud era el ilustre publicista don Florencio Varela. Estas páginas prueban tal vez que Gutiérrez no se engañó al ser consecuente con su amigo; y ¡cuántos otros de mi mano no han probado y probarán que el engañado fué mi honorable antagonista, á quien he pagado después de esos días el homenaje justo, pero raro, de hacer más propias sus doctrinas concernientes á las „cuestiones argentinas!“

Fuera de las de su familia, todas las afinidades de su corazón estaban en Montevideo; todas sus mejores amistades antiguas y jóvenes. Montevideo asilaba en sus murallas toda la flor de la sociedad de

Buenos Aires. Madama de Mandeville se hallaba también en Montevideo, no por temor de la persecución de Rosas, pues el dictador, su amigo de la primera juventud, la tuteaba, sino por la repulsión *instintiva* de su carácter para todo despotismo. Su salón era el centro del mundo político y diplomático. Gutiérrez era de él, pero no del todo, á causa de su habitual distancia del mundo ruidoso y espectacular. Toda la cuestión franco-argentina podía sin embargo verse transparente desde ese centro, que era una escuela rica de enseñanza para un joven publicista.

Transcurrido ese período de vivas alternativas, agradables y tristes, como sucede en el curso de toda gran cuestión de vida ó muerte para la libertad de un país; desvanecidas todas las esperanzas públicas, por los desastres militares de la causa liberal argentina, Gutiérrez decidió dejar á Montevideo para alejarse todavía más de la tiranía de su país, que ya invadía ese refugio en 1843. Los franceses, nuestros aliados, habían firmado la paz con Rosas. El « ejército libertador » argentino había desaparecido, y la guerra quedaba reducida á la de orientales y argentinos. Vencedor de los primeros, el ejército de Rosas marchaba sobre Montevideo, que improvisaba su defensa contra el sitio que debía durar nueve años. Ante esa perspectiva, Gutiérrez, que era argentino, sin vínculo alguno obligatorio con el gobierno de Montevideo, no creyó violar ningún deber al ausentarse de esa plaza, en compañía de su amigo, el que esto escribe, y lo hubiera sido de Echeverría, si sus medios, comprometidos súbitamente, le hubieran permitido salir. Otros que no pudieron hacer como Gutiérrez criticaron naturalmente su conducta, porque no quedó estérilmente expuesto á tener el fin que allí tuvieron Rivera Indarte, Echeverría, Florencio Varela y tantos otros que no pudieron sobrevivir á las miserias del eterno sitio.

Lejos de *desertar* la causa de su país, alejándose de Montevideo, Gutiérrez le conservó intacto el poder de hacerle más tarde el incomparable servicio de colaborar en su organización liberal, de salvar la integridad de su territorio y de hacer reconocer su indepen-

dencia por España, como ministro de Relaciones extranjeras del vencedor de Oribe y de Rosas, que le tocó ser un día.

IV

Salir de Montevideo en ese tiempo no era cosa de ejecutarse sin peligro. Reinaba el estado de sitio más riguroso. El ministro de la guerra, general Pacheco y Obes, había impuesto penas terribles contra todo infractor de la absoluta prohibición de salir de la plaza sitiada, por mar ó tierra. Una estratagema feliz vino á proteger la seguridad de nuestra salida, que debimos á la influencia generosa de madama de Mandeville. Mezclados á un grupo de oficiales de la marina francesa, que pasó en su casa la *soirée*, nos trasladamos á una fragata de guerra de la escuadra francesa, fondeada en el puerto, sin ser apercibidos ni molestados por nadie. De allí nos traspordamos al *Edén*, que nos tomó para Italia á los dos días.

El *Edén*, era un bergantín mercante, del Piamonte, que sólo tenía doscientas toneladas: fino y sutil como un buque de guerra ó de corso. Lo conocí por Garibaldi, que me dió noticia de él y de su próxima salida, sin sospechar la trascendencia de su informe accidental, que obtuve de este modo. Encontrándome accidentalmente en el Ministerio del señor Lamas, jefe político de Montevideo:

— ¿Qué anda vd. haciendo por acá? pregunté á Garibaldi.

— Ando, me contestó, con el objeto de conseguir que el gobierno compre un buquecito italiano, fondeado en el puerto, para armarlo en guerra; pues parece que hubiese sido construido ex-profeso para la guerra...

Y se extendió sobre las cualidades del *Edén*, como me lo nombró, y de todo lo que podría realizarse en favor de la defensa de la plaza con el auxilio de tan preciosa nave. Teniendo el plan de nuestro viaje ya formado, tomé nota de la revelación preciosa. Visité al día si-

guiente el *Edén*, con mi amigo don Melchor Beláustegui, que lo encontró tal como Garibaldi me lo había pintado; y él mismo se ocupó de tomar dos plazas para Génova, sin dar el nombre de los pasajeros, que sólo fueron conocidos del capitán Ferrari al tomarlos de la fragata francesa en que esperaban su salida, el 6 de abril de 1843. Los oficiales franceses, al verlo á la vela, confirmaron la opinión de Garibaldi y nos dieron mucho aliento á pesar de lo exiguo del batel para cruzar el Atlántico.

Aunque ligado con el general Garibaldi, á quien yo mismo había introducido no hacía dos meses al conocimiento del general Paz, jefe de la plaza, no creí deber darle conocimiento de nuestro proyectado viaje, pero Cúneo (D. J. B.), su amigo y nuestro, que no servía al gobierno, y era miembro de la asociación de la *Joven Italia*, nos dió numerosas é importantes cartas de recomendación para sus correligionarios de Génova, amigos todos de Mazzini entonces refugiado en Londres, y para el mismo Mazzini una carta que nos acercaría á él, si llegábamos á Londres.

Por consejo del capitán, rompimos esta carta, que podría exponernos, segun él, á vegetar por años en un calabozo italiano. Pero las otras nos fueron de gran utilidad, sobre todo á Gutiérrez, como conocedor de la lengua y de la literatura italiana, que produjo en la brillante sociedad de los amigos de Mazzini un entusiasmo extraordinario. — En los labios de esas gentes puras y amables aprendimos á admirar la grande y bella alma del tribuno de la Italia, cuya estatua ornamenta hoy día la playa, no de Génova su país nativo, sino de la República Argentina, en medio de la república italiana, emigrada en un mundo que á un italiano debe su descubrimiento, á otro su nombre, á otro en parte su libertad, y puede todavía deber su unidad al grande y legendario unificador de Italia. Mazzini en el Plata no es un desterrado. Habita el corazón de Italia, donde representa tres ideas, que son tres hechos y tres monumentos, á saber: la independenciam, la unidad de Italia, y Roma por capital de la nación.

El *Edén* tan simpático para Garibaldi, ex-almirante de la República brasilera de Río Grande, parecía recomendarse por esos precedentes al mal genio del Imperio, tomado el caso del punto de vista supersticioso. En sus costas estuvimos á punto de perecer, á los cinco días de navegación, por una tempestad que causó al *Edén* estragos de que sólo tuvimos conciencia cuando los vimos, al desembarcar en Italia. En esa ocasión siniestra, dió Gutiérrez la prueba de un coraje frío y militar, que á los marinos causó admiración, pues no se desmintió un solo instante en los tres días que duró la tempestad, durante los cuales no durmieron los oficiales ni se hizo fuego á bordo.

Todo cambió en las condiciones de la vida, cuando el *Edén* entró en los mares de la zona tórrida. La temperatura dulce y suave de los trópicos, la constancia de la brisa alisia, la regularidad de la vida que ellas permiten, la armonización y serenidad de la naturaleza en esas regiones, el aire poblado de peces voladores y de aves más abundantes que en las campiñas, los colores panorámaticos del ambiente, las constelaciones nuevas, el cielo y sus astros que se reflejan en las aguas chispeantes del mar tórrido: todo convidaba á la vuelta de los hábitos de vida regular que se lleva en una campaña agradable, por algunas semanas al menos, del viaje que duraba más que hoy antes que la navegación á vela cediera su lugar á la de vapor. — Las lecturas agradables absorbían la mañana. ¿Cuál más agradable que la de los poemas marítimos de lord Byron, inspirados tal vez como los leímos, á la sombra de las velas, al ruido armonioso de las olas, en el silencio animado de los mares! Ya fuese inspiración de esa literatura, ya de las escenas que la inspiraron á ella misma, yo emprendí por pasatiempo la composición á que di el nombre de *El Edén*. Lo que yo escribía en prosa por la mañana, Gutiérrez lo ponía en versos elegantes por la noche. Yo le dejaba entera libertad, si bien él no la tomaba. Cuanto más se alejaba de mi texto, más contento estaba yo, pero él lo estaba menos. El manantial era el mar, el pensamiento, la poesía de Byron. El mar en el fondo y en la superficie,

es un mundo de tesoros y de hermosura, de bellezas y de horrores, de paz y de movimiento.

Á las nueve de una noche de luna, de calma en el mar, de dulce temperatura, algunos conversábamos alegremente en la cubierta, el capitán dormía, Gutiérrez versificaba en la cámara, á la luz de su lámpara. El capitán nos había dicho una hora antes que si no fuese de noche, hubiésemos visto tal vez tierra. Se refería al *Penacho de San Pablo*, peñón solitario, situado á dos grados al sud de la línea equinoccial. Las velas del buque estaban de modo que nos impedían ver la proa. Nadie soñaba en peligro de ningún género. Pero, de repente, un grito de alarma nos llenó del terror. Era el del último fin. Todos de un golpe nos vimos reunidos en la cubierta. Millares de pájaros gritones se agitaban en el aire, haciendo sombra en la luz de la luna. ¿Qué ocurría? Á diez metros, teníamos al costado el *Penacho de San Pablo*, en que por milagro dejó de estrellarse el *Edén* y perecer buque y tripulación, pues, dormido el centinela de proa, el primer signo de desastre había sido el desastre mismo. No dormimos en toda la noche, pensando en el riesgo y en la escapada providencial. Cuando el grito de alarma llegó á nuestros oídos, ya el peligro había pasado. Gutiérrez, que en ese momento estaba absorbido por su trabajo poético, hubiera perecido, en caso de desastre, como en el *Centenario*: de repente y entre ilusiones poéticas junto con su amigo, en quien pensó y de quien se ocupó también en la noche del veinte y cinco de febrero de mil ochocientos setenta y ocho, escribiéndole y describiéndole una pompa de la patria antes de dormir el sueño de que no se despierta más. ¿Quién nos dirá si no escolló en algún «Penacho» cerca del cual estaba, sin saberlo?

¿Ha producido algo *El Edén*? ¿Ha tenido sucesión? Yo sospecho que el *Peregrino* viene del *Edén*, como el *Edén* de *Childe Harold*. Tales parentescos no se prueban sino por sospechas.

Gutiérrez me preguntó una vez si Mármol conocía *El Edén* antes de concebir su *Peregrino*. Vuelto de Europa, yo viví con Mármol en Río de Janeiro, todo el mes de enero de mil ochocientos cuarenta

y cuatro. Hablando del *Edén*, quiso conocer algo del manuscrito. Yo no tenía sino mi prosa. Recostado en un sofá, me escuchaba un día la lectura de algunos trozos, y recuerdo que más de una vez se levantó, se compuso el jopo y exclamó entusiasmado: *¡Qué original! ¡Qué nuevo! ¡Es una poesía sin precedente!*

Hubimos de ser compañeros de viaje para Chile, en el *Tobías*. Mármol lo vió, y tuvo miedo de embarcarse en él. Yo ví la *Rumena*, buque chileno, que él prefirió y le tuve miedo á mi vez. Los dos teníamos razón. Yo puse setenta días para ir de Río á Valparaíso, y Mármol empleó sesenta días en ir al Cabo de Hornos y volver á Río de Janeiro. En esa peregrinación compuso el *Peregrino*. La composición del poema, si tal puede llamarse, duró tanto como el viaje, es decir dos meses, que hoy se reducen por vapor á treinta días, pero dos meses que pasaron como dos semanas.

Para gentes de estudio, un buque de vela es preferible á un vapor. Entre uno y otro, hay la diferencia de una casa de familia á un café. Dos lenguas se hablaban á bordo, el italiano por algunos, el español por todos. Gutiérrez se encontraba en su elemento. El tiempo que no daba á su literatura, era para la geografía, cuyo estudio es un encanto cuando se hace viajando. Había niños y mujeres, gentes simples todas.

De noche le pedían á Gutiérrez que les contase historias. Más de una vez me disgustó verle condescender; y resignado á pasar un rato de fastidio, me sentí poco á poco interesado en la narración como el primero de los niños: tal era el encanto de su palabra y la fertilidad de su ingenio. Yo no he conocido hombre más bien dotado para la palabra simple y familiar. Es el único hombre por quien he conocido el sentimiento de la envidia, á excepción de Byron. Es verdad que yo le tenía una simpatía apasionada. Todo él era pura elegancia á mis ojos. Hasta dormía con gracia, lo contrario de Mármol, que cuando dormía, con él dormían el pudor y la poesía.

Hijos ambos de padres españoles, al ver las montañas de Anda-

lucía se acabó nuestra vida sedentaria. Lo contrario de lo sucedido al autor del *Childe Harold*: el Mediterráneo y sus costas históricas pusieron fin á nuestro trabajo literario. Desde que el *Edén* estuvo en su presencia, los viajeros estuvieron siempre sobre cubierta con el anteojo en la mano, y con Balbi y sus cartas, y sus noticias geográficas, históricas y estadísticas.

Partido el *Edén* del Plata el 5 de abril, fondeó en Italia el 6 de junio. Durante los veinte días de residencia en Génova, la ciudad nativa de Colón, Gutiérrez vivió absorto en el arte, en la historia monumental, y en las maravillas sin cuento que esa rica y opulenta ciudad ofrece á la contemplación del viajero atento y estudioso. El conocimiento del idioma y de la literatura italianas, y el trato hospitalario y generoso de la brillante pléyade mazziniana, que nos acogía y hospedaba, hizo su mansión de Génova la más amena y provechosa de todo su viaje á Europa.

Una tarde, después de comer y de fumar en la sociedad más animada con nuestros nuevos amigos italianos, fuimos acompañados por ellos hasta la diligencia, donde recibimos sus abrazos y besos de adiós — dados en la boca, al estilo italiano, — quedando yo casi embriagado por el sabor al tabaco que no me era familiar, y de lo cual reía con el mejor buen humor.

En Turín, bien que recomendados á Brofferio, orador y publicista célebre, y á otras notabilidades, Gutiérrez estuvo feliz con un hallazgo inesperado, que allí hizo en la persona de Ferrari, antiguo empleado de muchos años en Buenos Aires, para el cuidado y manejo de los instrumentos y máquinas que servían á los estudios de física experimental en la Universidad. Gutiérrez lo conocía íntimamente, y estaban ligados por una amistad de muchos años. Ferrari se apoderó de él, le presentó todas sus relaciones, le hizo ver lo más interesante y curioso de la capital de los Estados sardos, y por fin se lo llevó á Biela, pueblito situado al pie de los Alpes, donde estaba su familia, y donde Gutiérrez encontró la hospitalidad amable y fina de su propia familia en Buenos Aires.

Esa circunstancia me privó del gusto de visitar juntos en Chambéry (Saboya) la casa de madama de Warens, ó mejor dicho el cuarto que en ella habitó J. J. Rousseau, y en Ginebra (Suiza) la casa de Voltaire en Ferney, la de madama de Staël, en Coppet; el calabozo de Bonivard en el castillo de Chillón, Clarens en Lucerna, teatro de las principales escenas de la *Nueva Eloisa*, y por fin, la casa *Deodetti*, sobre el lago de Ginebra, que habitó lord Byron, y donde escribió varios de sus poemas... Cuando nos reunimos en París, Gutiérrez no podía oirme estos recuerdos sin reprenderse por su condescendencia excesiva con Ferrari. Sin embargo, el recuerdo de Biela no lo abandonó nunca...

En París, como en Turín y Génova, no buscó la sociedad del mundo brillante y bullicioso. Conservó sus hábitos de la vida reservada en que se educó en Buenos Aires y que llevó en Montevideo; la cuestión de recursos y el pensamiento del punto de América en que tendría que fijarse á su regreso necesario, le quitaban el gusto de habitar París. No había uno de sus monumentos que no le fuese conocido por noticias debidas á sus estudios anteriores, así es que al visitarlos, no hacían más que confirmar sus nociones precedentes. Después de una corta residencia, que no dejó de ser muy útil á su espíritu estudioso y observador, dejó esa ciudad y se embarcó en el Havre para el sud del Brasil (porque todavía duraba el sitio de Montevideo), donde quedó algún tiempo hasta que pasó á Chile.

V

En el Pacífico, según él, se han pasado los años más felices de su vida. Fueron solamente los más floridos de su existencia, en las más amables, dulces y amenas sociedades del mundo; en la noble y ducal ciudad de Lima, por sus orígenes y tradiciones, en la aristocrática y libre Santiago de Chile, en Copiapó, en Valparaíso, en

Guayaquil, donde la industria y el comercio son los reyes del hogar. En Guayaquil tenía la felicidad de poseer á un hermano suyo, emigrado político como él, don Juan Antonio Gutiérrez, que allí era socio principal de una importante casa de comercio (1). Eso explica las varias visitas que hizo á esa ciudad del Ecuador. Pero el clima y otras conveniencias sociales le llamaban de preferencia al Perú, donde más permaneció en el Pacífico, y en cuya vida seria, libre, laboriosa, tuvo una escuela práctica que completó su educación de publicista y de hombre de Estado. La Constitución y el orden de cosas, que más tarde ayudó á fundar en su país, tenían más de Chile que de los Estados-Unidos, lo cual han olvidado otros *federales*, que debieron á la *unitaria* Chile lo mejor que saben en política. Gutiérrez, que tenía la instrucción que otros de sus paisanos emigrados no recibieron, hizo lo contrario que ellos: se ocupó más bien de estudiar que de enseñar, de leer, que de escribir.

En el Pacífico sirvió al buen nombre de la sociedad de su país por la significación de su vida ejemplar, cosa que no probaron todos sus paisanos *condottieri*, que, so pretexto de emigración política, y por vía de expansión, iban mezclándose en las pasiones y divisiones de los países que los hospedaban. Gutiérrez guardó siempre una noble y digna neutralidad respecto de los partidos políticos en que se dividían los países extranjeros que habitó. Siendo por excelencia la pluma de oro de los argentinos allí residentes, el rey de los escritores del Plata, nunca le vino la idea de engancharse en causas y banderas que no le concernían. Siendo la seducción en persona por sus modales cultos y atractivos, por el encanto de su conversación fácil y elegante; fino y chistoso, con su juventud y su gracia, no dió jamás lugar al menor lance escandaloso, ni al menor rumor desagradable.

Al abandonar esas regiones del Pacífico para volver á su país, no dejó allí un solo enemigo personal, un solo rencor, un solo recuerdo

(1) Cf.: VICENTE F. LÓPEZ, *Autobiografía*, tomo I de *La Biblioteca*.

displicente. Por su parte, dió pruebas de los gratos motivos de inolvidable afección que esos países dejaron en él. Cuando estuvo en el poder tuvo siempre á la vista el ejemplo de las libres instituciones de Chile, y ligó á los dos países, hermanos y solidarios en destinos, por un tratado internacional de amistad y de comercio que no tiene paralelo en los anales diplomáticos de América, por su espíritu liberal y eminentemente económico. Gutiérrez consagró en este tratado de 1856, para los dos países, el principio fecundo del tratado de París, según el cual toda desavenencia internacional ocurrente debe ser dirimida por el arbitraje de un tercer poder nombrado juez amigable por los contendores.

Por ahí vendrá Gutiérrez á ser en lo futuro el pacificador de conflictos territoriales que ciertamente no fué él quien contribuyó á suscitarlos entre Chile y la República Argentina. Lo que Wheelright intentó hacer para la unión de los dos países, por los rieles de un ferrocarril al través de los Andes, Gutiérrez lo hizo por los vínculos del derecho internacional positivo. Y en ese mismo terreno de la misión diplomática y de la hermandad política, que San Martín fundó por la espada, le tocó á Gutiérrez coronar la obra del vencedor de Maipú, como lo hizo en la del reconocimiento de la independencia argentina, que obtuvo de España. No hay dos hombres argentinos más ligados, en los hechos de la historia del Río de la Plata, que Gutiérrez y San Martín. Sólo así se comprende que un hombre tan inteligente como él hubiese participado del enorme *quid-pro-quo* que ha confundido el centenario del nacimiento de un hombre con el centenario del nacimiento de una nación: equivocación que no se cometió en el centenario de Filadelfia, consagrado en 1876 á 1776, año en que nació la república de los Estados Unidos, no el general Jorge Washington, que en esa data hacía cuarenta años que había nacido. El nacimiento de Washington no dió jamás lugar á la celebración de un centenario.

Completaré este párrafo con un recuerdo tomado de una carta de Gutiérrez, escrita del 28 de mayo de 1876: « Constantemente re-

cibo testimonios de la constancia de su amistad, y el último ha sido el de su libro sobre la meritoria persona de Mr. Wheelright. Lo he leído con el placer de aquél á quien una voz simpática le recuerda países que visitó y personas que le fueron conocidas. — Entre Barragán y Caldera, entre el Pacífico y el Plata, está mi vida, mi juventud. Usted la ha evocado toda entera como una aparición, al levantar sobre un pedestal indestructible la estatua de un servidor del progreso pacífico ».

Y es así como me parece á mí mismo evocar toda la mía, al levantar sobre el pedestal del presente libro la estatua del ilustre servidor de la organización de mi país, al lado de cuya existencia se ha desenvuelto la mía propia.

Veníamos de Lima para Chile, en los primeros meses de 1852. cuando oímos en Cobija la primera noticia de la caída de Rosas. No queríamos creerlo por lo contradictorio del tiempo, con la distancia de Buenos Aires á Bolivia. Pero en Valparaíso, al fondear el vapor *Nueva Granada*, que nos tenía á su bordo, y antes que la policía marítima visitara el buque, un argentino venido á recibirnos nos arrojó envuelta desde su bote una grande hoja de papel, mojado todavía, que contenía el parte de la batalla de Monte Caseros salido al instante de la prensa. Llegar á Valparaíso nos pareció llegar á la patria, lo cual sólo resultó cierto para Gutiérrez: una sonámbula me había dicho, en 1850, que yo no entraría en mi país después de caído Rosas. Gutiérrez se burló siempre del sonambulismo; pero el primer parte de la caída de Rosas, lo tuvimos por esa telegrafía, un año antes del evento, con casi todas sus circunstancias.

Descendidos á mi quinta de la calle de las Delicias, en Valparaíso, Gutiérrez se puso á acomodar su equipaje para ir al primer congreso constituyente como diputado obligado de la nación libertada, y yo me puse á escribir las *Bases* de la Constitución, que mi amigo debía hacer sancionar por sus consejos persuadidos y persuasivos.

Convertidas en realidad esas ilusiones de nuestro patriotismo ar-

gentino, no pasó mucho tiempo sin que el gobierno formado por nuestros consejos, de que mi amigo era Ministro de Negocios extranjeros, recibiese un choque reaccionario que venía del elemento caído, y que amenazaba su existencia y reclamaba nuestro concurso defensivo y conservador del nuevo edificio. La reacción venía de Buenos Aires; y como esa residencia de Rosas por tantos años no nos había acostumbrado á creerla una cuña de libertad, nos pareció natural deber dudar del patriotismo de la reacción promovida el 11 de diciembre de 1852. Desde que ella se hizo amenazante para la integridad de la República Argentina, por la sanción diplomática que empezó á recibir del Brasil y de Francia, que dejaban sus agentes en Buenos Aires, el autor de las *Bases* recibió la misión que le arrancó á la quieta y laboriosa ausencia desde la cual colaboraba en la organización de su país, y que le trajo á Europa para defender, en el terreno de la diplomacia, la integridad y la independencia de la República Argentina, que había contribuído á organizar, no sólo sin perjuicio sino en beneficio de Buenos Aires, la ciudad nativa del patriota hombre de Estado á quien yo debía mi nombramiento.

Hablar de mí y de los trabajos de mi misión en Europa, es hablar de Gutiérrez, á quien pertenece todo lo que yo ejercité puntalmente como su agente, é instrumento del gobierno de que era Ministro de Relaciones extranjeras. El texto de sus *Instrucciones*, que se leerá al fin de este libro, es la prueba justificativa de que á Gutiérrez toca entero el honor de mi misión, no su responsabilidad por inconveniente alguno. Si la misión en que tuve el honor de ejecutar el pensamiento de Gutiérrez no hubiese sido tan provechosa para Buenos Aires como para la nación toda, la obra llevada á cabo por nosotros no hubiese tenido la aceptación y sanción que recibí de Buenos Aires, desde que sus hombres tomaron posesión y entraron á gozar del fruto de nuestros esfuerzos, calumniados desde luego y aceptados en seguida.

Lo que Gutiérrez quería forma lo mejor de la situación actual y

ulterior de cosas: un solo poder diplomático en la República Argentina y no dos; una sola Legación argentina en París y no dos; un solo cuerpo diplomático extranjero en el suelo argentino, y no dos. Un solo país argentino reconocido independiente por España, en un solo tratado y en un solo acto de reconocimiento, y no dos países reconocidos en dos tratados. Esto es lo que quería y llevó á cabo Gutiérrez en la política exterior, y eso es lo que hoy disfrutan, gracias á él, los que tanto se lo resistieron. Lo que Gutiérrez no quería como organizador de nación, constituye todo el mal de la situación presente. Gutiérrez no quería que fuese reformada la constitución de 1853, que lleva su nombre, y cuyo artículo tercero daba á la nación por capital la ciudad de Buenos Aires y por gobierno exclusivo, directo y local de la capital, el gobierno de la Nación. Eso es lo que reformaron los reaccionarios de septiembre, dejando á la Nación sin capital, al gobierno nacional sin su poder esencial y complementario.

.

Mientras se considere la cuestión de la capital como mera cuestión política, ó como de mera residencia administrativa del gobierno nacional, y no como una cuestión económica de primer orden, cuya solución abraza la solución de las cuestiones igualmente económicas de *puerto, aduana, tesorería, crédito público, deuda pública, banco de emisión de deuda pública*, en forma de un *papel moneda* provincial garantizado, virtualmente y de hecho, por la *Aduana Nacional* radicada en el *puerto*, que á su vez está radicado en la ciudad de Buenos Aires, *Capital de hecho*, aunque no quiera serlo de derecho: mientras esa cadena de cuestiones económicas esté colgada y pendiente (como está en la República Argentina) de la cuestión de capital, todas las cuestiones de ser ó no ser para el país, por su vital importancia, estarán abiertas y sin solución; los pactos *preexistentes* de la Constitución invocados por ella misma en su preámbulo, estarán suspensos como estuvieron antes de la Constitución, que se sancionó cabalmente con la pretensión de resolverlos; la Constitu-

ción misma estará en el aire y sin cumplirse como está hoy, en la parte más prominente de ella que es la relativa á la institución de un *Poder Ejecutivo Nacional*, residiendo en una capital de su jurisdicción exclusiva, directa local y suya,

El partido que ha creado y mantiene ese desorden, en oposición al partido nacional de 1853, á que Gutiérrez perteneció, puede estar ufano de la firmeza de su obra desorganizadora; los hechos naturales, la fuerza de las cosas se reirán de su obra y de su victoria. Esos hechos serán la pobreza, la paralización del trabajo, la baja de los salarios y de todos los valores, la reemigración ó la despoblación, la miseria, el descrédito, el atraso, la guerra, la desmoralización y la peste. Estos hechos son correlativos y coexistentes en la historia de todas las crisis económicas de que hay historia. Si no coexistiesen todos en el Plata, donde la crisis está asegurada y afianzada por un orden de cosas mantenido por sistema, sería preciso dudar de que hay leyes naturales en el mundo económico, y que hay efectos sin causas y causas sin efecto. Todo lo que existe en instituciones y en política, por la acción del sistema que tenía excluido á Gutiérrez de la gestión activa de la vida pública es causa y origen de la crisis presente.

Y si hay un signo que aterre al que observa con conocimiento de causa este estado de cosas y lo que puede venir de él, es la indiferencia y alejamiento con que ha sido tratado en los últimos años de una vida que distaba de ser vieja, el hombre que, por sus hechos y el significado de su vida entera, había mostrado representar la dirección única que puede sacar al país de su postración actual y evitarle futuras calamidades todavía mayores.

No son los nacionalistas como Gutiérrez los excluidos del gobierno nacional en su caso, es la Nación misma excluida, y esa exclusión es cabalmente la razón de ser y causa de la otra. Gutiérrez era una objeción personificada del carácter más incómodo contra el presente estado de cosas, porque no podía ser excluido como *traidor*, á causa de la abstención absoluta en que ha vivido. Otros no tienen

más motivo de verse excluidos de toda intervención activa en la causa nacional, como traidores, que su lealtad á la Nación, excluída de la gestión de su propio gobierno.

Este es el estado real de cosas á que Gutiérrez no ha podido sobrevivir, y en que ha concluído su existencia en un acceso de ebriedad patriótica producido por un tósigo de patriotismo artificial y ficticio.

JUAN B. ALBERDI.

EL RÉGIMEN COLONIAL

(EL CABILDO DE BUENOS AIRES)

No se puede comprender nuestro estado político-social sin estudiarlo en su origen y formación, bajo la dominación española. Durante ese largo período de dos siglos, estuvo sometido el pueblo á un régimen educativo de administración que modeló de una manera especial su índole y sus tendencias. Con las mismas instituciones autónomas de la Edad media se implantó de hecho un absolutismo paternal y teocrático, cuyo primer propósito era la explotación del país en beneficio de las arcas reales, caracterizado por la vigilancia é intromisión detallada y prolija del Estado en todos los actos de la vida. Si se exceptúa la fundación de conventos, iglesias y capellanías, la iniciativa privada de los colonos sólo aparece en aquellos casos extremos en que la necesidad imperiosa los obliga á despertar de su inercia. El rey interviene en todo, hasta en las cosas más mínimas ; ordenará la novena de la Virgen (1), el entierro de los « pobres difuntos que se encuentran en las calles y que los curas no quieren enterrar gratis » (2), la compostura de alguna sala de hos-

(1) *Acuerdos del Cabildo*, 8, 7.

(2) *Revista de Buenos Aires*, vol. 5, pág. 392..

pital (1). No sólo se consideraba soberano, dice Lastarria, sino dueño de sus vasallos americanos y de todas las tierras conquistadas. Interviene con ojo de propietario, y de propietario necesitado que economiza con mano avara sus gastos de explotación, llega á reprimir desconsideradamente al virrey Marqués de Loreto por haber gastado trescientos pesos en refaccionar un edificio público (2). Todo ese sobrante de fuerzas que los vecinos no empleaban en el manejo de sus negocios, que en las sociedades europeas se traduce en brillantes iniciativas privadas, actuaba en las sacristías, en las fiestas religiosas, en las eternas disputas y querellas de los empleados, en ese hormiguero de pasiones chicas que se disputaban preeminencias y asientos en los sermones; y lo que ha tenido consecuencias más graves, en la constante invención de ardidés para burlar las leyes fiscales, introducir y exportar por contrabando, cohechando á los funcionarios más encumbrados. Desde entonces, por la repetición de las iniquidades legislativas y de los abusos consiguientes para eludir las, la ley perdió su carácter augusto, su aureola de justicia, imparcialidad y desinterés. El negociante se habituó á violarla; la tentación seductora invadiría los otros gremios, y poco á poco se infiltraron en la conciencia nacional sentimientos incompatibles con un régimen de vida normal y libre, que tiene que apoyarse en el respeto instintivo, inconsciente, automático de la ley. En las sociedades organizadas, ese respeto es la resultante de la tradición, de varios siglos de disciplina política y social.

Por otra parte, el pueblo se acostumbró al Estado tutor, paternal, encargado por una ley superior y misteriosa de cuidarlo, educarlo y conducirlo en la vida: fuente inagotable de honores y recursos, encarnación de la Providencia en la tierra. Por derecho divino dirige los destinos de las naciones, las eleva según su capricho á la prosperidad gloriosa ó á la ruina. La Iglesia les repetía

(1) *Revista de Buenos Aires*, vol. 5, pág. 402.

(2) *Revista de Buenos Aires*, vol. 18, pág. 163.

constantemente que habían nacido para vasallos ; y el servicio de Dios y del rey se confundía sacrílegamente en la predicación colonial. Al recibir las reales cédulas, los altos funcionarios las besan, las ponen sobre su cabezas, las obedecen «con el respeto y acatamiento debido, como carta y cédula de su rey y señor natural á quien Dios guarde...» Nada más cómodo y adecuado al temperamento de la raza que dejar á cargo de ese poder superior humano la previsión y remedio de todas las necesidades públicas y privadas : justicia, educación, caridad, vigilancia de la industria y del comercio. Así, mientras el Estado vela y el indio ó el esclavo ara la tierra y cuida los ganados, se duerme la plácida siesta colonial. Reducida la vida á la sensualidad de las buenas digestiones, queda la nación preparada para soportar y hasta desear los innumerables despotismos constitucionales y de otro orden que le reserva el porvenir.

En sociología, como en historia natural, el órgano que no funciona se atrofia. Durante el régimen colonial esas fuerzas sociales que en Inglaterra, Alemania, Francia formaron paulatinamente el idioma, el arte, el derecho y todas las instituciones de orden público y privado, permanecieron condenadas á una inacción forzosa. Deliberadamente, el Estado pretendió dirigirlas, sabiendo por experiencia reciente que en su mano pierden toda su eficacia, su vigor y espontaneidad. Nada tiene de extraño que se atrofiaran, que al llegar los momentos críticos fueran incapaces de un esfuerzo serio y continuado para realizar un ideal político. Por espacio de dos siglos, ese conjunto de influencias que las animan mientras permanecen en el seno del pueblo, habían sido oprimidas y sujetas á una disciplina odiosa y absurda. Por eso faltaron en nuestras revoluciones, convertidas en meras agitaciones de superficie, sin ideal ni raíces en la sociedad, que permanece indiferente, quieta, algo recelosa por sus bienes ; simples dislocaciones del Estado encabezadas y dirigidas por sus mismos instrumentos de acción : Presidentes, Consejeros, Gobernadores y militares, y que tienen por única base

sería la fuerza oficialmente organizada que consiguen arrebatarse.

Para demostrar estas verdades, es necesario estudiar una por una las instituciones coloniales, en la teoría y en la práctica, notando su influencia y sus consecuencias sociales. Tal vez los gobernadores patrios tuvieron la idea de tratar á sus pueblos como los gobernadores españoles á sus Cabildos, por una imitación inconsciente, obedeciendo á la sugestión hereditaria; y en el desprestigio de nuestras asambleas, en la constitución práctica de la presidencia ¿no podría notarse la tradición de los antiguos Cabildos y Gobernadores? La tarea es dolorosa, porque en resumen tiende á constatar científicamente una incapacidad orgánica para el gobierno libre.

I

En nuestra literatura política é histórica el Cabildo despierta siempre recuerdos simpáticos. Por una asociación de ideas poco meditada, se le vincula con las comunas anglo-sajonas y los consejos de Castilla y Aragón. Se ha sostenido que el régimen de libertad y federación proviene del sistema municipal de la colonia; que, transplantados á América, los municipios de la Edad media española retoñaron como en terreno propio, con el vigor y riqueza de fruta de la selva. Desgraciadamente nada de esto es exacto. La discutida libertad argentina y sus formas constitucionales son el resultado de la combinación de dos escuelas radicalmente opuestas, la norteamericana y la francesa del siglo XVIII, con todos sus defectos y ventajas, su concepto especial del Estado y del individuo, su soberano absoluto é irresponsable, colocado abajo, en la turba inconsciente, que manejan desde el gobierno los delegados, verdaderos dueños de la soberanía, del porvenir y destino de sus súbditos. El Cabildo era la triste parodia de los concejos destruidos y aniquilados por Carlos V, después de Villalar. No sólo le faltaban

las atribuciones otorgadas en los antiguos fueros, sino la fuerza que los animaba, las milicias de hermandad, la *franqueza* «ca yengo e libre lo fago de toda premia e de yudgo de Rey e de sennor» (1), y que los facultaba á *puñar* con el que osara invadir sus privilegios. El estudio prolijo de su constitución y atribuciones, de su rol en la sociedad y en el régimen legislativo, permitirá al lector deducir las consecuencias á medida que vea cómo se forman y desenvuelven, cuáles son sus medios de acción y de influencia, dónde reside la fuerza que los anima y tonifica y sin la que es inconcebible la vida propia y eficaz de una institución de derecho.

Á medida que los territorios se poblaban, se establecía un régimen político y legal análogo al vigente en España, con ciertas modificaciones impuestas por la dificultad de las comunicaciones con el gobierno central: Cabildos, regidores y demás oficios necesarios en tales repúblicas, nos dice Solórzano, los que todos los años debían elegir entre los vecinos y ciudadanos sus jueces ó alcaldes ordinarios. Un gobernador de Buenos Aires expone en uno de sus autos la constitución especial de nuestro Cabildo: «Los oficios se an de probeer en personas capaces y de suficiencia para ellos y que no tengan impedimento contra el tenor de las leyes y ordenanzas reales y que sean de fuera de los que al presente son capitulares en este presente Cabildo, porque en los tales hasta que pasen dos años no se pueden elegir para alcaldes, ni para regidores hasta que pase uno, porque esto se guarda y oserba en la ciudad de los reyes del Cuzco y de la Plata y en todas las demás de Indias, porque de todos los dichos oficios gozen todas las personas beneméritas...»(2). La elección se practicaba todos los años, el 1º de enero, con regularidad, en presencia del Gobernador. Por real cédula de 1594, se recomendaba «que los vecinos puedan hacer elección de sus cabildos libremente». En varias leyes se ordena á los virreyes,

(1) Fuero de Sepúlveda.

(2) *Acuerdos del Cabildo de Buenos Aires*, vol. 2º, pág. 230.

gobernadores y oidores que dejen votar á los alcaldes y regidores (1), que «no se interpongan por sus parientes, ni los de sus mujeres, ni otros allegados. Pueden ser elegidos los vecinos y naturales de las ciudades, siempre que tengan casa poblada, para honrarlos y experimentarlos, con tal que no tengan oficios como «tiendas de mercaderías en que exerzan y midan actualmente por sus personas» (2), debiendo preferirse á los descendientes de descubridores y pacificadores; y que sepan leer y escribir, aunque esto se disimule en los pueblos cortos (3)».

Esta era la ley teórica, moderada dentro del absolutismo monárquico, sensata, justa. La ciudad nombraba sus jueces, administraba sus propios, ejercía sus modestas atribuciones vecinales. Pero en la realidad y desde un principio, la teoría legal fué adulterada y falseada por la misma autoridad que la sancionara, y especialmente por los encargados de vigilar su buen cumplimiento. Nuestro primer Cabildo fué organizado por Garay en uso de las prerrogativas concedidas por el rey al Adelantado Ortiz de Zárate. «Á mí, dice el fundador (4), como Justicia mayor, me compete el derecho de los elegir, destablecer é nombrar é señalar y dar principio de su año y señalar el remate y día en que an de vacar y ser otros elegidos». Los subsiguientes por elección de los regidores cesantes, aprobada y confirmada por el gobernador, que proveía directamente, de vez en cuando, los oficios concejiles. Así, en 1590, Felipe II, atendiendo una petición del cabildo, decía en real cédula al gobernador: « Muchas veces os habéis entremetido á nombrar jueces oficiales reales, con voz y voto en cabildo, por muerte y ausencia del propietario, y que los oficiales de dicha nuestra hacienda real, so color de decir que son regidores más antiguos, pretenden y se les

(1) *Recop. de Indias*, lib. IV, tit. IX, leyes 7, 8 y 9.

(2) SOLÓRZANO, *Política*, vol. 2, pág. 253.

(3) SOLÓRZANO, *loc. cit.*

(4) Acta de fundación de Buenos Aires.

ha encargado oficios de alcaldes, por muerte ó ausencia del electo, de que resultan grandes inconvenientes... y Nos mandamos que, no teniendo cédula y poder particular de nuestra real persona, no os entrometáis á nombrar ni dar los dichos títulos». En 1706, el Cabildo se quejaba al rey de que el gobernador Maldonado había llenado seis cargos de regidores vacantes. Otro gobernador, Valdez Inclán, desagradado por la elección de alcaldes ordinarios, «pasó á nombrar sin consulta ni participación del Cabildo los referidos oficios de regidores vacos.» Y á pesar de la resolución del rey, favorable al Cabildo, amenazó con multa á los regidores que le resistían, «en tal manera que, porque el alcalde de primer voto, á quien mandó por su auto que los citase para Cabildo, lo dejó de hacer hasta que se ventilase su causa sobre admitirlos ó dejarlos de admitir, ejecutó con tanto estrépito la multa de doscientos pesos que le impuso, que sin atender á su carácter le trabó de su mandamiento el alguacil mayor en una mulata su esclava (1)». En 1609 el gobernador Saavedra nombra alguacil mayor con voz y voto en el Cabildo. No obstante la oposición de los regidores perpetuos, el Cabildo resolvió negarle voz y voto; pero el gobernador los dominó amenazándolos con multa de quinientos pesos. En 1616 se acuerda rechazar al alcalde de hermandad Francisco Muñoz, y llevada la queja al gobernador Saavedra, se falla «que atento á que el dicho capitán es persona de partes y que ha servido mucho á Su Majestad y tenido oficios en esta república, mando que el Cabildo le reciba, pena de quinientos pesos (2).

El derecho de confirmar las elecciones permitía que las revisara y anulara. Así, en 1589, el Cabildo reeligió á los alcaldes Pedro Luys y Francisco Godoy; el procurador de la ciudad se opuso (3), y como insistieran los regidores, el gobernador Navarrete dijo: «que

(1) TRELLES, *Revista del Archivo*, 2º vol. 237 á 239.

(2) *Actas del Cabildo*, vol. 3, pág. 176.

(3) *Actas del Cabildo*, vol. 1, pág. 28.

habiendo personas en esta ciudad que puedan usar los oficios de alcaldes guardando las ordenanzas de Su Majestad, mandaba que de nuevo voten dicho cargo». Y cuando no podía hacer uso franco de sus prerrogativas no se paraba en medios para imponer su voluntad. En el Cabildo de 1º de enero de 1614 debía de hacerse la elección de regidores para el año subsiguiente. Abierta la sesión, observa el capitán Francisco Salas que «ante todas cosas, para hacer este Cabildo parezca el escribano que el Justicia mayor tiene preso, y Domingo Gribes, rejidor, que así mismo tiene preso maliciosamente»; se protesta y discute, y el Justicia mayor corta el nudo, manteniendo sus actos y ordenando se proceda á la elección, «pena de doscientos pesos para la cámara de Su Majestad» (1) y por *rredemir vejacion y molestia* callan y votan los regidores con arreglo á lo mandado.

Además, la práctica abominable de vender los oficios concejiles completó la ruina del sistema municipal. Los cargos se adjudicaban en pública subasta por *Pascual, negro que hace de pregonero*, en acto solemne, presidido por las más altas autoridades de la colonia reunidas en la plaza, á las puertas de las casas del Cabildo (2). Y terminaba con esta frase que en síntesis nos descubre la secreta índole del régimen colonial: *que buena! que buena! Verdadera pró le haga!* Los precios variaban entre ochocientos y dos ó tres mil pesos; un cargo de regidor se arrendaba por setenta pesos al año (3). Para obtener mayor provecho se aumentó el número de regidores. De tres que componían el Cabildo de 1613, cuando se estableció la real Audiencia, llegó á tener dos alcaldes ordinarios, alcalde provincial, alguacil mayor, ocho regidores y depositario general. Probablemente el negocio no fué lucrativo, porque posteriormente se volvió á la antigua práctica de que el Cabildo eligiera sus miembros.

(1) *Actas*, cit., vol. 2, pág. 312.

(2) *Acuerdos*, cit., vol. 8, pág. 384.

(3) *Acuerdos*, cit.

II

Así se formaba el Cabildo de Buenos Aires, por elección confirmada por el gobernador, nombramiento directo y remate público. Como en 1619 el Cabildo resolviera excluir de su seno «á los regidores anales en cuyo lugar entraren los perpetuos» (1) ocurrió alguna vez ; que toda la institución había sido organizada al mejor postor! No debía ser muy provechoso el cargo de regidor. Bien que en derecho se les equipara á los consejeros del monarca, las autoridades reales no les guardaban mayores consideraciones ; los prendían por deudas y causas leves. En sesión de 5 de agosto de 1619 el portero dice: « que no ha citado al Alguacil mayor porque *como está preso a muchos dias que no se halla en Cabildo*, y tampoco ha llamado al ressetor de penas de cámara porque también está preso » (2). En el acta de 3 de enero de 1634 se lee, « declárase que no se hallaron en este Cabildo porque habiéndolos ido á llamar un portero dió fe de que estaban presos » (3). Además de prenderlos y multarlos, el gobernador ó su teniente no pierde ocasión de hacerles sentir todo su desprecio de europeo y representante del rey. « Los capitulares de la dicha ciudad, puerto de Buenos Ayres, dice un procurador del Cabildo, son bejados por los gobernadores, obligándolos á salir á todas las reseñas y alardes » ; y en carta oficial dice el Cabildo al rey (4): « porque siendo los gobernadores destas provincias tan absolutos en sus disposiciones, por la fuerza del presidio que tienen á su voluntad... queda este cabildo espuesto á los arrojados atropellados deste y demás gobernadores ». Pero nada tan

(1) *Acuerdos cit.*, vol. 3, pág. 521.

(2) *Acuerdos cit.*, vol. 3, pág. 618.

(3) *Acuerdos cit.*, vol. 5, pág. 25.

(4) TRELLES, *Revista del Archivo*, vol. 2, pág. 239.

explícito como el informe de un funcionario colonial que describe la situación de los regidores de Buenos Aires, «sin conveniencia ni emolumento alguno, como en otras ciudades, para que puedan sustentar el lustre de sus personas... y aquí los hemos visto prender por deudas y otros casos muy leves y ordinarios, hacerles otras molestias, de que se ha sacado harto escándalo y menosprecio que los súbditos, así de la república como de los mismos oficios, de que se sigue notable perjuicio á la real Hacienda, pues así los que los tienen, por verse con inquietudes y menospreciados, los quieren dejar como así sucederá... y ha de ser necesario apremio para ocupar los oficios, aun de alcaldes ordinarios» (1). Y la predicción se cumplió: fué necesario acudir á los apercibimientos, prisiones y multas para que aceptaran los cargos. En un acta se dice: «en este Cabildo despues de aver salido del el dicho Francisco Muñoz se acordó que el Justicia mayor desta ciudad le apremie con prisión y pena pecuniaria á que azete el cargo de regidor deste cabildo» (2). En 1750 fué necesario castigar con multa de quinientos pesos á los seis vecinos electos regidores para que concurrieran á recibir sus títulos.

Por otra parte, y esto nos explica muchos de los antecedentes expuestos, los regidores no se distinguían por su moralidad. Los compradores de oficios desempeñaban sus puestos como un negocio, buscando ante todo la satisfacción de sus intereses; tenían que reponer el capital desembolsado y conseguir la *buena pró* anunciada por el pregonero. Ellos formaban la mayoría, la fracción aliada de los gobernadores, que los apoyaban en todos sus desmanes. Funes (3) nos dice que toleraban negocios escandalosos, conculcando las leyes del reino, para obtener cueros á vil precio, y asegurarse en Cádiz protectores de sus conveniencias. Y más adelante agrega,

(1) TRELLES, *Revista del pasado argentino*, vol. 3, pág. 197.

(2) *Actas cit.*, vol. 2, pág. 364.

(3) *Ensayo*, vol. 1, pág. 362.

«su única profesión era el arte de adquirir, y muchos de ellos habían hecho sus primeros ensayos sobre materias muy humildes; por consiguiente el interés individual debían mirarlo como el único bien á que era preciso sacrificarse lo demás» (1). Como consecuencia, el pueblo tenía que mirarlos con indiferencia y desprecio justificados.

Su inteligencia corría parejas con la moralidad. Vive todavía en los *Acuerdos*, verdadero tesoro de psicología colonial, indispensable para el que desee penetrar la vulgaridad de aquellos colonos, su falta de alma, de los propósitos elevados que ennobleciendo la vida le dan interés y simpatía. Preocupados con su formulismo de etiquetas, cuidan sus prerrogativas hasta en el orden jerárquico de sus asientos en las funciones de *tabla*, y las discuten en el idioma del gaucho (2), con su vocabulario reducido, que satisface apenas las más indispensables necesidades de esa vida elemental.

Sin influencia en el pueblo, con el que no tenía vinculaciones, sin fuerza material, tan pobre que sus rentas apenas le alcanzaban para las necesidades más apremiantes, despreciado y humillado por la única autoridad con poder efectivo, el gobernador dueño del presidio, el Cabildo de Buenos Aires era una insignificancia política, una comisión con facultades limitadas, que podía suprimirse en cualquier momento sin que se alterara la sociedad. Es cierto que en teoría conservaba la mayor parte de las atribuciones de los Concejos y aun otras: administración de justicia, de sus rentas, admisión de vecinos, elección de gobernador en caso de acesalía, votación de contribuciones extraordinarias, vigilancia del comercio, industrias, higiene, pero con modificaciones trascendentales. En primer lugar le falta lo que constituye la esencia de la institución municipal, la autonomía, «que non an ninguna cosa a dar al rey, ni a sennor».

(1) *Ensayo cit.*, vol. 2, pág. 51.

(2) Sus modismos eran corrientes en las generaciones de la conquista, y en crónicas y en leyes, sus únicos monumentos literarios, podéis estudiar la gramática campesina. (ESTRADA, *Historia argentina*, pág. 182.)

No tan sólo le daban continuamente sus contribuciones ordinarias, sino también las extraordinarias, sin previa consulta y autorización. Además, en el concejo castellano la autoridad real estaba representada por un funcionario cuya única misión era vigilar el buen cumplimiento de las leyes generales del reino, cobrar las contribuciones que se pagaban al monarca, cuidar las fortalezas, castillos y demás obras de defensa. Pero no tenía jurisdicción ni autoridad sobre los vecinos: «ningun omme, dice el Fuero de Sepúlveda, nin sennor, ni otro non debe tener vecino preso por calonna en que Palacio haya parte sino el juez». En cambio, el gobernador colonial encarcela á los vecinos, regidores y jueces. No contento con intervenir directa ó indirectamente en la elección de los alcaldes, es uno de los tribunales de apelación de sus resoluciones, que continuará haciendo sentir su influencia de una manera eficaz en la justicia menor, la que más interesa al pueblo porque juzga las obligaciones pequeñas, las deudas de alimentos, de habitación, el gasto menudo de la familia, los delitos leves, las simples contravenciones.

Por otra parte, el Concejo era relativamente rico, dueño de sus montes, pastos, ríos, salinas, minas; cobra y administra sus impuestos. El Cabildo es pobre; la casi totalidad de la renta va directamente á las cajas reales y se gasta en España. Recibe lo escasamente indispensable y lo administra mal, «gastando en salarios y festividades... aunque procure moderar todo lo posible el mayor lucimiento de estas funciones», mientras continuamente discurren los regidores sobre la pobreza de la ciudad, mal estado de los servicios públicos, ruina de los edificios, por falta de propios. En 1708 su presupuesto era de ochocientos pesos por año ¡y las entradas sumaban trescientos veinte! Los propios de esta ciudad, dice un gobernador, no alcanzan á superar los precisos gastos anuales. Tampoco tiene derecho de crear impuestos, por más que en algunos casos la necesidad lo obligara á votar contribuciones, con anuencia del gobernador. En 1708 pide al rey que conceda cuatro licencias de pulperías; en 1744 que le permita cobrar un tanto á las carretas y

« sobre cada botija de aguardiente que se introduce »; somete á su aprobación un impuesto á los navíos. En 1752, para atender los gastos de la guerra de fronteras, decretó un impuesto sobre los cueros y aguardientes; pero que fué sometido á la aprobación del rey. Y como es lógico suponerlo, el rey contenía estas veleidades del Cabildo que podían mermar sus rentas.

Con excepción de la administración de justicia, ninguna de las facultades enumeradas era privativa y propia del Cabildo; las ejercía conjuntamente con el gobernador. La tendencia del monarca era de limitar su esfera de influencia, reduciéndola á su expresión más insignificante. El Virrey absorbe casi la totalidad de las atribuciones municipales: Vértiz se ocupó del aseo y compostura de las calles, reparo de las entradas de la ciudad, limpieza del agua, baños públicos, iluminación, hospital, cárcel, casa de expósitos... Es el caso de preguntarse ¿qué hacía el Cabildo! La Ordenanza de Intendentes le dió el golpe de gracia. Su nulidad é insignificancia práctica fué sancionada por la ley. El funcionario real lleva una cuenta prolija de los propios de los cabildos, vigila su percepción y empleo. Se reglamentan los gastos con toda prolijidad en cuatro clases: dotaciones ó ayudas de costa señaladas á las justicias, capitulares y dependientes de los ayuntamientos, y salarios de los oficiales públicos, médico ó cirujano, donde los haya, y maestros de escuela, que deben establecerse en todos los pueblos de Españoles é Indios de competente vecindario; la segunda, de los réditos de censos ú otras cargas que legítimamente se pagaren por los mismos pueblos estando impuestos con facultad real, ó convertidos en beneficio común, y justificada su pertenencia; la tercera, de las festividades votivas, y limosnas voluntarias; y la cuarta, de los gastos precisos, ó extraordinarios y eventuales que no tengan cuota fija (1). Para completar la obra, se establece una junta municipal compuesta del alcalde, dos regidores y el procurador que corre con la adminis-

(1) Art. 28.

tración y manejo de todos los fondos, « sin que el cuerpo de los ayuntamientos pueda arreglarse en esta materia, ni embarazar con pretexto alguno las disposiciones de sus juntas municipales ». Junto con la administración de sus bienes pierde casi todas sus facultades. No tan sólo corresponde al intendente la vigilancia de la agricultura, comercio, explotación de bosques y minas, sino también el cuidado de los caminos, puentes y calzadas, ventas y mesones, limpieza de las calles, plazas y edificios. En materias de justicia, el intendente ó su asesor letrado pueden interponer su autoridad « evitando que los jueces de los pueblos procedan con parcialidad, pasión ó venganza » (1). Este asesor letrado que intervenía en todas las deliberaciones del Cabildo lo trataría de mala manera, como los antiguos gobernadores, á juzgar por lo que ocurría en Santiago de Chile : « El señor asesor letrado, se dice en nota al rey (2), no trata al Cabildo con aquel respeto y moderación que encargan las leyes y ceremoniales, interrumpiendo con voces impropias los actos más serios de este respetable Congreso. El hacer un detalle de los ultrajes que han padecido y sufrido muchos de los individuos que componen el venerable cuerpo de la república sería exponerse á la nota de una nimia prolijidad, ó de un excesivo amor por sus distinciones, bastando decir que desde el ingreso á su empleo no hai aquel sosiego que se gozaba en otros tiempos menos serenos, ya porque ha creído que puede hacer prevalecer su dictamen en las juntas del ayuntamiento contra el sentir de los demás, interrumpiendo y despreciando con voces ásperas i injuriosas los pareceres que contempla opuestos á los suyos . . . »

Así, á medida que la ciudad se desarrolla en riqueza y población, el Cabildo decae en la práctica y en la teoría legal, en relación directa con la importancia del funcionario que representa al rey. Mientras la ciudad es pobre ó insignificante, administrada por un

(1) Art. 17.

(2) AMUNÁTEGUI, *Precursores*, vol. 3, pág. 99.

magistrado de tercer ó cuarto orden, el Cabildo conserva cierto rol é influencia, relativa y prestada, porque en resumen depende del capricho y buena voluntad del gobernador. Pero establecido el virreinato y las intendencias se convierte en una modesta oficina subordinada; desaparece sin que se noten las agitaciones de la agonía, los últimos estremecimientos dolorosos de los cuerpos que mueren. Es que no tenía vida; había vegetado durante la prolongada siesta colonial. No tenía vida porque le faltaba la fuerza moral y material que anima y sostiene las instituciones de derecho, permitiéndoles desenvolverse con libertad y ejercer toda la influencia de que son capaces. Le faltaba la fuerza moral porque no había sabido inspirar respeto y simpatía. Esa consideración pública que tonifica las instituciones, les da nervio y energía, es el resultado de un trabajo ímprobo, del continuo desvelo y sacrificio por el bien común. Lentamente, con el transcurso de los años, la constante influencia benéfica, establece ciertos vínculos especiales entre gobernantes y gobernados, una solidaridad tan estrecha que suele llevarlos á heroicas resoluciones. Pero esa solidaridad tiene que basarse en algún propósito noble y levantado que despierte las pasiones sanas y viriles; casualmente no existía en la sociedad colonial.

Desde el primer momento, la población y conquista del Río de la Plata había sido inspirada por móviles esencialmente interesados, ante todo por la avaricia. Las expediciones eran aventuras comerciales, costeadas por los Adelantados, que arriesgaban su vida y su dinero, seducidos por las leyendas de tesoros, imperios, un mundo desbordante de oro, que abría sus fecundos senos al más audaz. El rey poco ó nada exponía. En la capitulación de Mendoza se estipula que todos los gastos y equipos corren por cuenta del Adelantado; hasta el salario de dos mil ducados oro, « vos han de ser pagados de las rentas y provechos á nos pertenecientes en la dicha tierra que hubiésemos y no de otra manera alguna ». Al pisar el nuevo continente sus primeras indagaciones eran sobre los yacimientos de oro; sus primeros actos organizar la explotación de la tierra y de los

hombres con la distribución de indios. La propaganda religiosa era la faz decorativa. Su culto, degenerado y corrompido por las supersticiones y la ignorancia, no había impedido á muchos conquistadores saquear á Roma: su fe no era muy profunda. El cristianismo tardó varios siglos en penetrar bien el alma española. Durante la guerra de la Reconquista, las poblaciones eran todavía paganas, ó de una educación religiosa tan elemental, que el misterio católico y el misterio musulmán eran igualmente impenetrables para ellos (1). Un autor (2) de la época dice: «Los que actualmente viven en esas montañas son cristianos viejos, no tienen en sus venas una gota de sangre impura, son súbditos de un rey católico, y sin embargo, por la falta de doctores, y por la persecución de que son víctimas, son tan ignorantes de todo lo conveniente á la salud eterna, que apenas les quedan vestigios del cristianismo. Si los infieles dominaran el país, estas gentes tardarían poco en abandonar su fe y adoptar las creencias de sus vencedores». Su verdadera religión era un paganismo modificado, con su variedad de dioses, sus innumerables supersticiones, sus adivinos y magos. La moral del evangelio continuaba siendo una simple teoría, tema de sermones en las iglesias y de consejos en las leyes. Si alguna vez se violaron todos sus preceptos fué en la colonización del Río de la Plata. Así entendida la religión, no era un estímulo civilizador. Coadyuvaba eficazmente en el sistema de opresión abrumadora, detallada y prolija, en la fiscalización constante de los actos del individuo, sometidos á su criterio estrecho y beato: nadie podía embarcarse sin justificar previamente que había comulgado y confesado ¡el que moría sin sacramento era multado! se encarcelaba á los que vivían amanecidos, á los adúlteros, y se recomendaba á los predicadores que «no digan ni prediquen contra los ministros y oficiales de nuestra justicia, á los cuales si en algo sintieren defectuosos, podrán con decencia advertir y hablar en sus casas».

(1) Dozy, *Histoire des Musulmans d'Espagne*.

(2) Citado por Dozy.

La falta de un ideal levantado seguirá persiguiendo como una fatalidad la evolución nacional. La vida social se vuelve tan vulgar é insignificante como las instituciones maleadas cuando el sentimiento y la idea no la impulsan á desenvolver en toda su feliz plenitud y armonía el arte, el derecho, la religión y la ciencia.

JUAN AGUSTÍN GARCÍA (hijo).

Enero de 1897.

EL PUENTE DEL INCA Y SUS TERMAS

Con motivo de un viaje á las provincias de Cuyo, en abril de este año, he tenido ocasión de visitar los célebres baños termales del Puente del Inca, que distan de Mendoza unos 160 kilómetros. Antes el viaje se efectuaba en la inevitable mula y se empleaban tres días : hoy, gracias al ferrocarril, se llega con toda comodidad en ocho horas. Á la verdad, *toda comodidad* es una frase. El ferrocarril podría tener mejores vagones y mejor servicio, dado los precios que cobra ; además, nos deja en Punta de Vacas á unos veinte kilómetros de distancia del Balneario, trayecto que se hace en carruaje en menos de dos horas, cuando el tiempo es bueno, y en caso contrario debe hacerse en mula y se emplean de cinco á seis horas, con todas las incomodidades consiguientes.

Pero las montañas y los panoramas que se presentan á cada instante á la contemplación del viajero compensan, con creces, las desazones de la travesía.

Las montañas han tenido siempre para mí un atractivo poderoso ; los Andes me han parecido, sin exageración, sublimes ; si la sublimidad debe ser, como dice Grant Allen, algo no absolutamente agradable, pero tampoco penoso, con rastros de temor y elementos que exciten nuestra reverencia, sin carecer de otros que se confundan en la belleza.

Los Andes reúnen los caracteres de la definición.

Conocí los Alpes en mi juventud ; había conservado de ellos, una impresión profunda y un recuerdo casi intacto en mi memoria. Los Andes me han parecido más majestuosos y más imponentes. Sus empinadas cumbres, desprovistas de vegetación arbórea, apenas están sembradas aquí y allí por capas verdosas de una pobre flora que vive de la humedad y de escasos manantiales que se abren camino entre los peñascos de las laderas, y hacen contraste con la variedad de los colores de las rocas graníticas, calcáreas, basaltos y estratificaciones que se observan á lo lejos y bajo las pisadas del viajero que recorre los valles de los ríos de Mendoza, las Cuevas y los Horcones.

Las nevadas cumbres del Aconcagua, del Tupungato, de los Cerros del Plata resaltan sobre el azul intenso del cielo ; cuando se ocultan detrás de las nubes que por poderosa fuerza de atracción se condensan en el macizo de la Cordillera, una negra obscuridad cubre el horizonte, y sucede una pavorosa tempestad, con desarrollo de gran cantidad de electricidad atmosférica, cuyos estallidos retumban y propagan sus ecos en esos solitarios valles como el estruendo de centenares de artillerías.

Sucede luego la agradable calma. El sol brilla con intensidad sobre la nieve, sus rayos reflejados sin trabas en esa atmósfera pura, ejercen su acción intensa sobre nuestra piel ; la pigmentación se exalta y debajo de los girones de epidermis que cae aparece el color bronceado de los fieros é indómitos aborígenes que poblaron esas regiones. Las brisas que soplan por esos valles, en virtud de leyes conocidas, excitan nuestros nervios, nos sentimos otros hombres ; este baño de aires desconocidos ejerce una influencia moral y nos invita á meditar.

La Cordillera ha dividido no sólo estados, sino ideas, con perjuicio grande para la fraternidad americana. Pienso, en el momento de recorrer estas soledades, qué porvenir hubiese tenido la nacionalidad argentina, si en vez de la pampa inmensa formada por los

productos de disgregación de esa loma altísima que asomó sobre la superficie de las aguas y de la tierra, su masa granítica se hubiese extendido con mayor número de ramificaciones sobre el territorio de la República Argentina. La patria nuestra no sería seguramente tan grande y poderosa. Tendríamos muchos más estados independientes.

Las grandes montañas, limitando nuestra visual, estrechan los confines de los pueblos, así como empequeñecen el horizonte de las ideas.

La configuración del suelo influye sobre los hombres.

Los montañeses son hombres sufridos, tenaces, fuertes, porque se han formado en la lucha que les hace vencer los obstáculos naturales; pero esa vida limitada por altas cumbres hace adaptar su espíritu á los horizontes que sus ojos ven á cada instante y pervierten la idea de los confines de sus aspiraciones, que se extienden primeramente hasta donde alcanza su visual y el esfuerzo de sus piernas. Se reconcentran y se hacen pequeños primero, reaccionan, pero desconocen las ideas grandiosas de expansión amigable y fraternal; cualquier avance es para ellos una conquista, y cuando las necesidades de la vida los obligan á superar sus montañas y los límites de su cuna, se vuelven imperiosos, se creen seguros de sus fuerzas, tienen conciencia de haber hecho acto viril y se consideran superiores y destinados al dominio de lo que invaden: son conquistadores.

El *llanero*, en cambio, no encuentra límites á su mirada por más que se mueva de uno á otro lado, no hay montaña de forma especial que le detenga. Considera hermanos á todos los que halla dentro de su planicie: los productos y beneficios que recibe de la tierra los reparte con un comunismo fraternal. No ha tenido esfuerzos que hacer para dominar la montaña áspera y rígida que opone resistencia: limita sus aspiraciones al bienestar que le ofrecen la fecundidad del suelo, la abundancia de las cosechas, mantenida por los extensos cursos de agua que reparten la vida y procuran la bienan-

danza á que todo hombre aspira sobre la tierra : la pr6vida naturaleza ha beneficiado su morada.

Esto se nos ocurría al recorrer estas regiones en momentos de expectativa nacional, cuando argentinos y chilenos preparábamnos nuestras armas para lidiar cuestiones de dominio sobre territorios mal definidos en la posesión que heredamos de las diferentes gobernaciones establecidas por la madre patria en época anterior á la Independencia.

¡ La herencia de discordias que nos ha entregado España es la más cruda venganza á que podía aspirar por la guerra que sufrió en la época de nuestra emancipación !

Cada vez que pienso en nuestras guerras de límites me acuerdo siempre del cuento de los dos ciegos limosneros, que se tomaron de palabras primero y luego á palos, por una peseta que ninguno había visto, pero *que les constaba* había sido depositada para repartirse entre ambos amigablemente.

Los países americanos disputamos desde entonces por derechos que *son inalienables*; gastamos millones de duros, que arruinan las fuentes de nuestra producción y nuestras fuerzas vivas, por no perder *nuestros derechos á la peseta que debe ser dividida con equidad*.—No importa que todos los territorios sean inhabitables, que no los poblaremos, ni sacaremos provecho de ellos en centenares de años. No. La pelea es entre dos calvos por un peine, ó de dos pobretes por un candelero en el que no tienen velas que poner.

¡ Sabemos acaso lo que sucederá mañana ! ¿cuáles son los destinos de estos países que se reforman en su composición íntima por la mezcla de razas y de individuos ?—¿Resultará una gran nación como aspiramos ?—¿ Se dividirán en pequeños estados, como lo quieren las pasiones localistas estrechas, de las que la guerra entre chilenos, argentinos, bolivianos son un espécimen en grande de lo que mañana sería en pequeño una multitud de otras guerras de subdivisión de nuestro inmenso territorio ?—Las preguntas dubitativas de este linaje se multiplican en la mente del que aleccio-

nado por lo pasado, desespera del porvenir inseguro de la América !

Ai posteri l' ardua sentenza !

No hay falta de patriotismo, ni de ideales en estas mis palabras, sino la desconfianza justificada y natural del que habiendo estudiado este desorden profundo que preside á los gobiernos, llamados por ironía *democráticos*, de América, ve en el porvenir una serie de males que sólo serían evitados con gobiernos *orgánicos* y organizados, y no con *caciquismos inorgánicos* de caudillajes que hacen de los estados americanos otras tantas *tribus*, indignas de ser tenidas como factores de un estado regular y armónico, á que aspiramos los patriotas verdaderos en esta desgraciada América.

Nuestras palabras serán duras, serán *fuertes*: pero el mal que las provoca es mucho mayor. Ese *South America* lanzado con desprecio por la Europa, debe ser borrado de la fraseología correcta por nosotros mismos, pero no con palabras, ni con escritos, en que se devuelve el insulto, sino con el cambio radical de nuestros sistemas de elegir gobiernos y gobernantes; pues todas las leyes son buenas cuando se cumplen; y siempre malas, cuando de ellas se hace escarnio como lo hacemos en toda América.

Parecerá curioso que á propósito de aguas termales nos desviemos tanto de nuestro propósito. Mi disculpa es el medio. La sublimidad de los Andes convida á meditar en el porvenir de la América, sin limitación ni pensamientos estrechos de localidad, ni de la zona que alcance al territorio que dominan y cubren con su sombra.

¡Nuestra cuestión de límites, tratándose de un territorio inhabitado é inhabitable, es un error! Las pretensiones de ambos países deben ceder ante la majestad de sus inspiraciones.

Para ambos países, Chile y la Argentina, debe alcanzar la sombra de los Andes á cubrir enteramente la línea divisoria, por la mañana para uno y por la tarde para el otro; cuando el sol se levanta en la Pampa, cuando el sol se oculta en el Pacífico chileno.

Después de haber dejado el ferrocarril en Punta de rieles, subimos en el coche que nos debía conducir á Puente del Inca. Á tres kilómetros hallamos la confluencia de los ríos de las Cuevas y del Tupungato, que señalan dos puntos de perspectiva admirables; por un lado, á la izquierda, el valle del Tupungato, y á nuestra derecha el valle de las Cuevas, que nos dibuja á lo lejos la *Cumbre*, la línea divisoria entre Chile y la Argentina.

Vamos subiendo; nos hallábamos á 2600 metros sobre el nivel del mar y debemos subir 400 metros más para llegar á nuestro destino. El camino es bueno; pasado un pequeño trecho que fatiga los caballos de nuestro vehículo, llegamos á una casi planicie cuya inclinación es suave y que se supera sin obstáculos; nos hallamos en una carretera natural que muchos países de Europa podrían envidiar.

De uno y otro lado montañas altísimas cuyos contornos se muestran encantadores, extraños y hasta simbólicos. La imaginación ve en sus formas las representaciones más raras: *siluetas* de caras que se atribuyen al hombre del día, formaciones de imágenes pavorosas y hasta una iglesia gótica, de color rojo claro, que simula una catedral derruida á cuyo alrededor se levantan columnas calcáreas que la fantasía clasifica de una procesión de fieles peregrinos que se acercan al templo: *el cerro de los Penitentes*. Yo lo he visto desnudo de la nieve que lo cubre habitualmente; me aseguran que blanqueando sus elevaciones con los copos depositados sobre sus aristas desordenadamente armónicas, nos dan la representación de una congregación de monjes que entra al refugio que ampara y que consuela. ¡Envidio á los que con dichosa disposición de ánimo creen en estas representaciones de la vida eterna y futura; y en las que nosotros, por desgracia nuestra, no vemos sino eternas fantasías y tendencias de la humanidad á figurarse siempre lo mejor y lo más bueno, más allá! ¡ Dichosos ellos!

Media hora más de camino y divisamos á lo lejos las casillas de la estación de Puente del Inca; el carruaje que corría presuroso por la porción derecha del valle de las Cuevas se desvía rápidamente

mente en dirección á las casas y atravesamos el río pasando *el puente* que se halla con un nivel de unos seis metros más bajo del que tiene el camino que recorriamos. Pocos minutos después nos apeábamos frente el balneario.

¿Qué es el Puente del Inca? ¿Quién lo ha descrito y conocido por primera vez?

Si consultamos la *Geografía y descripción universal de las Indias*, recopilada por el cosmógrafo-cronista Juan López de Velasco desde el año 1571 al 1574 y publicada por Justo Zaragoza, Madrid, 1894, en la página 524 hallamos mencionada la Provincia de Cuyo, las ciudades de Mendoza y San Juan de la Frontera, pero no se hace ninguna alusión á este puente.

Según nuestras investigaciones, la primer descripción del Puente del Inca es la presentada por el padre Alonso de Ovalle en su *Historica relación del reino de Chile*, publicada en Roma por F. Cavallo en 1646 y reimpresa en Santiago de Chile en 1888 (tomos XII y XIII de la *Colección de Historiadores de Chile*).

En la página 33-34 del tomo XII leemos lo siguiente :

«No puedo pasar en silencio otra fuente que se ve pasada la Cordillera de la banda de Cuyo. El río de Mendoza que baja por aquella parte y corre al Oriente, no es menor del que llaman de Aconcagua y por otro nombre de Chile, y corre al Occidente al mar del sud, y es receptáculo y madre de todos los arroyos y demás ríos que corren por esta banda, como lo es el otro de Mendoza de los que corren por aquella. Haciendo, pues, á este de Mendoza oposición un monte de yeso lo horadó, de manera que dejó hecha una puente, por donde pueden pasar dos y tres carros juntos sin estorbarse.

«Debajo de esta puente se ve un tablón de peña viva, sobre la cual corren cinco canales de agua que nacen allí de una fuente, y es el agua tan caliente que va hirviendo por ellas, y es muy salobre, y las piedras por donde sale y corre tienen un color como de esmeraldas. Lo cóncavo de esta puente que sirve como de techo y bóveda á esta

peña y fuente, que por ella corre, sobrepuja en su belleza y artificio á toda arte humana, porque penden de ella, con estimada labor y natural artificio, vistosos florones, pingantes y piñas, todos de una piedra á modo de sal, que de la humedad que de arriba fué penetrando todo el grueso de la puente, se fueron congelando á manera de puntas de diamantes, y otras mil figuras que adornan aquel techo de donde asimismo llueven perpétuamente unos gruesos goterones del tamaño de garbanzos, y otros como yemas de huevos; los cuales, cayendo en aquel tablón de piedra que hace pavimento á esta bóveda, se convierten en piedras de varias figuras y colores de no poca estimación, de manera que toda aquella natural fábrica y edificios está llena de aquella pedrería. »

Como todas las cosas notables, el Puente del Inca ha tenido también sus descriptores fantásticos. Una de las más curiosas de estas descripciones pertenece á cierto Jullien Mellet, *dit l'américain*, como él mismo se titula en sus *Voyages dans l'intérieur de l'Amérique Méridionale*, París, 1824. — Este aventurero, mercachifle ó cosa parecida, recorrió la América en la primera y segunda década de este siglo. Fué agregado á la expedición del *Consolateur*, brick de guerra francés mandado por el subteniente Dauriac, y que salió de Bayona el 30 de mayo de 1808, conduciendo al marqués de Sassenay, enviado por Napoleón con el propósito de inducir á Liniers á plegarse á la causa de su hermano José, que acababa de nombrar rey de España.

La expedición fracasó (1), y nuestro Mellet, después de cinco meses de cautividad, logró escaparse del fuerte de Montevideo y emprender sus excursiones por América. Es un individuo ignorante, — lo demuestra á cada rato en su libro — hace las confusiones más ridículas al hablar de estos países y hasta el nombre mismo de su protector lo desfigura ¡ llamándole *M. de Chassenai* !

(1) Véase M. DE SASSENAY: *Napoléon I^{er} et la fondation de la République Argentine*. — París, 1892.

Describe al Puente del Inca como un paso peligrosísimo, que el viajero sólo puede evitar con un rodeo de 70 leguas. ¡Dice que es un puente de piedra suspendido sobre un precipicio que espanta al hombre más atrevido; que es menester rodearse de muchas precauciones para hacer pasar las mulas!

Describe la fuente termal como colocada sobre una roca de forma piramidal de 50 á 55 pies de altura, que se sube por una escalera escavada en el peñasco; agrega que el agua tiene un color azul y otras veces amarillo, y tiñe la ropa blanca. Agrega que mojó su pañuelo en el agua y le quedó teñido de amarillo tan hermoso y tan persistente que pudo usarlo por tres ó cuatro meses seguidos sin perderlo.

De igual fuerza de información es la descripción dada por R. Proctor, quien recorrió el paraje en el año 1823.

Entre los descriptores de mucha fama y poca substancia de bemos colocar al gran Ch. Darwin, quien pasó por el Puente del Inca el 4 de abril de 1835. No le da importancia alguna, lo describe como una costra de piedras estratificadas, cimentadas por los depósitos que forman las aguas calientes que brotan en las cercanías. Es para él indigno de los grandes monarcas cuyo nombre lleva (1). (*Voyages d'un naturaliste*, París, 1875, pág. 359.)

(1) El gran Darwin ha sido sumamente injusto con nuestro país, á pesar de haber sido muy bien recibido y atendido por todos, como él mismo lo certifica. Ha recorrido el país, lo ha estudiado y sin embargo refiere las cosas más extravagantes y exageradas. Comparando su correspondencia publicada por el hijo y su viaje se podrian comprobar cosas curiosas.

En unos casos, los *gauchos* son unos asesinos y en otros son muy superiores á los habitantes de las ciudades! Siembra sus escritos con los calificativos más socces para la sociedad que lo abrigaba. Llega hasta decir (l. c., 168): *ont peut acheter presque tous les fonctionnaires: le directeur des postes vend des timbres faux pour l'affranchissement des dépêches.*—Para demostrar la falsedad de la imputación y la malquerencia del personaje, basta recordar que los primeros timbres ó sellos de correo se usaron el año 1840 en Inglaterra y el año 1858 entre nosotros! — Darwin se halló entre nosotros durante los años 1833 á 35.

El puente del Inca se encuentra á unos 3000 (1) metros sobre el nivel del mar y en el valle de las Cuevas á 160 kilómetros de la ciudad de Mendoza; en este punto el valle tiene una anchura de 600 á 800 metros y está rodeado de montañas de unos 500 á 800 metros de altura. Su fondo está constituido por los productos de disgregación de las rocas que forman las montañas circunvecinas y tiene un espesor de 50 á 60 metros, como puede medirse fácilmente por la elevación de las barrancas labradas por el río, que se ha abierto camino empujando sus materiales al escavar su cauce ordinario.

Al rededor del Puente del Inca se observa que el material del lecho del río y sus barrancas está constituido por grandes piedras, otras más pequeñas y aun muchas pequeñísimas engastadas con arcillas yesosas, creta y tobas calcáreas.

Poco más arriba del Puente del Inca, el río de las Cuevas, que procede de las aguas de deshielo de la Cumbre, se junta con el río de los Horcones que baja de los contrafuertes del Aconcagua. Ambos forman una corriente única que baja de oeste hacia el este con violencia; siguiendo esta dirección han encontrado probablemente una resistencia á unos cincuenta metros antes de llegar al puente. El río ha torcido violentamente su curso hacia el sud y ayudado por la fuente termal que se abre camino á una profundidad de unos 30 metros bajo del suelo, ambos han vencido la resistencia que opone este débil material deleznable que forma el fondo del valle y se ha establecido el cauce del río por debajo del terreno, resultando este curioso puente natural que nos ocupa.

Después de haber pasado el puente la corriente del río vuelve á recobrar nuevamente su dirección primitiva (2).

El puente está formado por un arco único de 40 metros de lar-

(1) Los diferentes viajeros le asignan alturas que varían entre 2750 y 3020 metros.

(2) Han sido publicadas muchas vistas del Puente del Inca. El tomo *Chili, Paraguay, Buenos Aires*, de *l'Univers*, publicado por F. Didot en 1840, trae una vista fantástica. El *Miers : Travels in Chile and La Plata*, I, 308, presenta otra igualmente mala. Excuso citar otras peores.

go, medido en el centro longitudinal superior, y de un ancho de 30 metros de borde á borde. Su espesor varía, pero en la parte media alcanzará á unos cuatro ó cinco metros.

Observado por el costado norte, frente al camino carretero que recorre el valle, el arco del puente aparece más amplio, más abierto, aunque más irregular. En la porción este se observa una masa enorme de algunos centenares de metros cúbicos formando el estribo de ese lado y poco desgastada por la acción de las aguas. Es una piedra calcárea resistente y sostiene la mitad de la masa del puente. Del costado oeste se observa una pirámide calcárea de la misma naturaleza, que partiendo del nivel del río se eleva empinada hasta el terreno superior del puente y con gran pendiente. Esta masa está recubierta de las incrustaciones de carbonato de calcio que forman las aguas al ser expuestas á la acción del aire.

De este mismo lado se observan las construcciones de piedra y madera que han sido hechas para abrigar á los bañistas. El hueco del puente aparece de este costado con una abertura de forma trapezoidal inmensa.

Mirando el puente del lado sud su figura es más armónica, en la porción oeste no se ven las fuentes, pues quedan cubiertas por terrenos incrustados por las aguas; y en la porción este aparece siempre esa masa enorme que sostiene y asegura hasta cierto punto la conservación de este originalísimo fenómeno de la naturaleza.

La bóveda está formada de una multitud casi innumerable de pequeñas estalactitas, formadas por la evaporación de las aguas. Estas gotean constantemente y al caer producen incrustaciones en los objetos que bañan; allí cada bañista deposita objetos, que adquieren las formas más raras y que llevan luego á su casa como recuerdos de su estadía en el Balneario.

De lo que acabamos de exponer se deduce la exactitud de la descripción de Ovalle, muy superior á la de muchos otros viajeros que lo han conocido después de él.

La fuente termal que se abre camino en el estribo oeste del puen-

te, y cuyas agua simpregna la masa del material, contribuyendo á su robustecimiento en virtud del carbonato de calcio que depositan en ella y cuyas estalactitas tapizan la bóveda elíptica del puente, es la causa de su conservación.

El material deleznable del puente en la época de las grandes nevadas y de los deshielos sufre su acción destructora ; grandes trozos se desprenden constantemente, sobre todo cerca del estribo este, pues la acción incrustante del carbonato calcáreo depositado no alcanza á protegerlo.

Observando este puente se deduce que no debe ser muy antiguo y su conservación es muy problemática dado el desgaste continuo que hemos señalado. No es aventurado pensar que ha de desaparecer en una época más ó menos próxima, por algún accidente natural ó bajo la influencia destructora de los carruajes que transitan constantemente sobre él.

El río corre debajo con caudal de agua muy variable. Algunos viajeros lo han considerado sin importancia ; esta opinión debe haber sido fundada en haberlo observado en el mes de abril, pero en los meses de noviembre, diciembre y enero, cuando se producen los deshielos, el río es impetuoso y lleva mucha agua.

El subteniente de la real marina inglesa Chas. Brand lo pasó por dos veces, en agosto y en diciembre de 1827. El 20 de este último mes, el río estaba muy crecido y con una correntada que él estimó en 10 ó 12 millas.

La altura del agua con relación al plano superior del puente es de 150 pies (49 metros), según Miers (*Travels in Chile and La Plata*, I, 308). Para P. Schmidtmeyer (*Travels into Chile over the Andes*, 219) es de 60 á 70 pies (20 á 24 metros). Stelzner (*Beiträge z. Geologie der Argentin Republik*, 253) la calcula en 20 metros. A. Lemos también le asigna 20 metros y nosotros nos adherimos á esta cifra.

Aunque las fuentes termales han sido consideradas como cuatro

ó cinco diferentes, según los varios viajeros, á mi juicio es una sola, con diferentes bocas de salida.

Las diferencias de temperatura que se observan dependen del enfriamiento del agua el ponerse en contacto con el suelo circunvecino, ó tal vez por mezclarse con alguna capa de agua fría que existe en el mismo terreno. Actualmente tenemos cuatro vertientes diferentes (1): la primera *Neptuno*, situada á unos 50 metros del estribo oeste del puente, sobre el terreno que lo rodea y en la misma dirección de su eje.

Su temperatura es de 26° según las observaciones del Dr. Cotton, director actual del balneario. Es la fuente menos mineralizada, y probablemente resulta de la mezcla de las aguas termales surgentes con alguna capa de agua fría que corre por ese mismo terreno.

La segunda y tercera, son las fuentes *Venus* y *Champagne*, situadas debajo del estribo oeste del mismo puente; la *Venus* es la más exterior, tiene una temperatura de 37°; alrededor del puente, en donde brota el agua, se ha labrado en la roca una cuenca que da cabida á unos 3 ó 4 bañistas. El agua surge en este punto á borbollones, á causa del ácido carbónico que se desprende tumultuosamente junto con el agua. Al desbordarse esta agua forma, como en la fuente *Neptuno*, un abundante depósito de carbonato calcáreo y óxido de hierro que colora las rocas que baña, al caer el exceso en el río que se halla debajo.

La fuente *Champagne* está al costado de la *Venus*, su temperatura es de 38°. Es más abundante que la *Venus* y tiene formada una cuenca irregular en la roca misma, es más copioso el desprendimiento del ácido carbónico, que produce un movimiento en toda la masa del agua, lo que la ha hecho dar ese nombre. El agua que desborda cae al río, observándose el mismo fenómeno que para la fuente *Venus*.

(1) Los nombres que dan á estas fuentes los viajeros son muy diversos, los adoptados por nosotros corresponden á las designaciones actuales.

La cuarta es la *Mercurio*, se halla situada á unos seis metros más abajo de la Champagne, en el mismo estribo oeste del puente. Su temperatura es de 37°5.

Estas son las fuentes actuales que dan agua abundante. Podrían citarse otras vertientes de menor importancia que se desprenden en la proximidad del costado oeste del puente, pero no valen la pena de mencionarse.

Lo que acabamos de describir representa el estado actual de estas fuentes termales. Siguiendo las relaciones de los viajeros y comparándo las sacamos en consecuencia que han variado de forma en este siglo y también ha cambiado la temperatura de las aguas.

Apartándonos de las fantásticas descripciones de Mellet, Rob. Proctor (*Narratives of a journey across the Cordillera*, 75) describe las fuentes como un pan de azúcar de 12 pies de alto. Schmidtmeier señala en los alrededores del puente dos manantiales muy notables por el vivo desprendimiento de gases de una temperatura que aprecia en 105 á 110° Fahr. (41° á 43° C.) Miers (l. c. I, 309), dice: « Son notables las fuentes termales, especialmente una que brota de un peñasco macizo de forma cónica que se asienta sobre el río y cuya extremidad está formada por una cuenca de dos pies de diámetro y uno de profundidad, de cuyo fondo brota el agua desbordándose constantemente alrededor del cono descrito. Otra fuente mana al pie del puente y tres más lo hacen en el mismo terreno á igual nivel, pero al abrigo del puente.»

El agua brota de rendijas en fosos de cuatro pies de diámetro, que han sido revestidos por la materia incrustante que depositan las aguas. Al salir de los manantiales aparecen en forma de ebullición, pero su temperatura no excede de 96° Fahr. (35° C.). El subteniente de la marina inglesa Chas. Brand (*Journal of a Voyage to Perú*, 240) dice que el 20 de diciembre de 1827 se detuvo á su regreso de Chile en el Puente del Inca para determinar la temperatura de sus fuentes termales y tomar las muestras que analizó Faraday y de

cuyo análisis daremos cuenta luego. Dice que las fuentes son cuatro : tres calientes y una fría. Dos de las calientes tienen la temperatura de 91° Fahr. (33° C.) y otra 83° Fahr. (28°5 C.) y la fría tiene la temperatura de 66° Fahr. (19° C.). Tomó para el análisis las aguas de 91° y 83°. Hace notar como circunstancia especial que la fuente fría se halla entre las dos más calientes, agrega que las tres son del mismo diámetro, de un pie á 15 pulgadas, y de dos pies de profundidad y se encuentran á no mayor distancia de tres pies una de otra. La cuarta, que es la mayor, está situada á una distancia de cuatro yardas de las primeras teniendo dos pies de diámetro é igual profundidad. Observa que la superficie del terreno alrededor de las fuentes está incrustado por una substancia mineral parecida al salitre. Según el mismo la fuente fría es muy salada pero no tan amarga al gusto como el agua de las fuentes calientes.

Martin de Moussy (*Description de la Confédération Argentine*, I, 200) atribuye á las aguas la temperatura de 34° C.; Stelzner, el 7 de febrero de 1873, midió en ellas la temperatura de 33°. Estas diferencias observadas por los diferentes viajeros en las temperaturas de las aguas del Puente del Inca no pueden ser debidas á malos termómetros, ni á malas observaciones. Es necesario convenir en que la temperatura ha variado en el espacio de una á otra observación. El hecho no es por otra parte raro, habiéndose observado en otras fuentes termales de Europa. Nosotros admitimos las temperaturas que el Dr. Cotton nos dió conjuntamente con las muestras de agua, cuyo análisis hemos practicado y de que vamos á dar cuenta más adelante.

En cuanto á la composición química de las aguas del Puente del Inca, aparte de las indicaciones vagas de los viajeros que le habían precedido, tenemos en primer término el análisis del viajero Miers en 1819 (l. c., 311) muy imperfecto y evidentemente falso, si es que en realidad lo ha practicado, pues se refiere á una muestra de agua del Puente guardada de 2 1/2 años atrás, según cuenta. Di-

ce que no obtuvo reaccion en el nitrato de bario, lo que es imposible, y con el oxalato amónico apenas un enturbiamiento insignificante, lo que es improbable tratándose de aguas calcáreas; no había hierro; por otra parte el mismo autor encuentra raro su análisis. No es, pues, extraño, que no se le dé valor alguno en la actualidad. Refiere, sin embargo, en su relación, que en la fuente misma observó que el gas que las aguas desprenden es ácido carbónico puro y que las concreciones de las estalactitas son de carbonato cálcico.

En este punto es exacto.

P. Schmidtmeier, en 1820, dice que el sabor del agua es sulfuroso. Es un desatino, disculpable en un comerciante.

El primer análisis serio fué ocasionado por el viaje de Chas. Brand en 1827 y practicado en Londres por el célebre Faraday.

En las páginas 344 y 345 del *Journal of a Voyage to Peru* citado transcribe el análisis del reputado químico.

Encuentra en las botellas que le fueron remitidas sulfuro de hierro é hidrógeno sulfurado (1), ácido carbónico en exceso y bicarbonato de calcio. Por evaporación obtuvo un residuo de 17.78 gramos por litro (proporción que es más ó menos igual á la que contiene actualmente).

El primer análisis con datos cuantitativos es el practicado por D. Ignacio Domeyko en 1851, quien le atribuye la siguiente composición:

	Por litro
Sulfato de sodio.....	0.09
Cloruro de sodio.....	5.08
Carbonato de calcio.....	1.80
— magnesio.....	0.07

El análisis es evidentemente inexacto y fué practicado sobre una muestra de medio litro que le entregó el coronel Payton. El autor mismo no le atribuye gran valor.

(1) Igual resultado obtuvimos nosotros el año 1876, con una muestra traída por el señor Moujan y que nos entregó el doctor don Cleto Aguirre.

Más exacto es el análisis del doctor Max Siewert (Napp, *La República Argentina*, pág. 254), hecho sobre una muestra recogida por Stelzner en su viaje á la Cordillera. Para 1000 partes, le atribuye la composición siguiente:

	Gramos
Ácido silícico.	0.0380
Silicato de aluminio (1).	0.1190
Sulfato de potasio	0.5086
— calcio	2.1284
Bicarbonato de calcio.	1.8993
— magnesia.	0.1280
— hierro	0.0532
Cloruro de magnesia.	0.1386
— sodio	11.4644
Total.	16.4775
Ácido carbónico.	0.0549

La densidad del agua era de 1.0134. Las materias dosadas por Siewert, según el cuadro I frente á la página 256, son:

Ácido silícico.	0.0380
Alúmina	0.1190
Óxido férrico.	0.0216
Cloro.	7.0616
Ácido sulfúrico	1.4858
— carbónico fijo	0.6281
— — total.	1.3330
Óxido de calcio	1.6150
— magnesio	0.0983
— potasio	0.2748
— sodio.	6.0752

El último análisis publicado es el del doctor L. Darapsky en el *Boletín de la Academia Nacional de Córdoba*, IX, 407, y en su interesante libro *Las aguas minerales de Chile*, Santiago, 1890, página 48.

(1) Es alúmina, según el cuadro.

Analizando muestras que le fueron llevadas por un amigo halló las siguientes cifras para las muestras :

	Champaña	Venus	Mercurio
Ácido silícico.	0.035	0.545	0.035
— sulfúrico.	1.508	1.648	1.541
— carbónico fijo.	0.532	0.297	»
Cloro.	8.479	8.501	8.338
Alúmina.	»	0.080	0.019
Óxido de hierro.	»	0.280	0.014
— calcio.	1.736	1.350	1.687
Magnesia.	0.077	0.240	0.113
Sosa.	6.673	6.417	6.395
Potasa.	0.268	0.241	0.270
Substancias orgánicas.		Cantidades apreciables.	

El doctor Darapsky habla de una cuarta muestra de agua que denomina *Karlsbadina*, menos mineralizada y que no me es posible identificar con ninguna de las que provienen de las fuentes que yo he conocido *de visu*. Su residuo total es de 10.665 por mil y su contenido en cloro apenas alcanza á 4.122 por litro.

Después de esta larga enumeración de datos relativos al Puente del Inca y sus aguas, presento á continuación los datos de los análisis practicados, que se refieren á muestras recogidas con todo cuidado por el doctor Cotton, actual Director del Balneario del Puente del Inca; y que recibí en perfectas condiciones en Buenos Aires con las indicaciones de las temperaturas de las fuentes, que pongo al frente de cada agua en la columna correspondiente.

Los datos referidos á un litro de agua son los siguientes :

Aguas termales del Puente del Inca (para 1000 partes)

	Neptuno	Venus	Champagne	Mercurio
Temperatura.	26°	37°	38°	37°5
Densidad.	1.0122	1.0136	1.0140	1.0156
Residuo total á 110°.	16.460	19.970	19.255	27.080

	Neptuno	Venus	Champagne	Mercurio
Pérdida por calcinación	1.100	2.020	3.851	»
Cloro	8.345	8.200	8.520	9.760
Ácido sulfúrico	1.531	1.570	1.460	2.3706
Ácido silícico	0.040	0.050	0.045	»
Óxido de calcio	1.576	1.870	1.820	2.212
— magnesio	0.1152	0.1905	0.150	0.1188
— hierro y aluminio	0.032	0.052	0.052	0.0458
— sodio y potasio	5.565	6.022	6.105	8.135
Amoníaco	0.0005	0.00036	0.0004	0.00012
Permanganato necesario para oxidar la materia orgánica	0.012038	0.020559	0.01262	0.049026
Oxígeno consumido en la oxida- ción	0.00304	0.0052	0.0032	0.0124

Como se puede ver por estos análisis, los datos obtenidos concuerdan bastante con los de los doctores Siewert y Darapsky. No hemos comprobado la presencia en las aguas del ácido bórico que fué señalado por el mayor Ignacio Rickard en la página 40 de su *Informe sobre los distritos minerales de la República Argentina*, Buenos Aires, 1869. Por otra parte, no se da dato analítico ninguno en comprobación del aserto.

Debo, como complemento, agregar dos análisis más de *aguas de bebida* que se usan en el balneario del Puente del Inca: número 1, la que se bebe actualmente, y número 2, la procedente de una hermosísima lagunita situada al oeste del balneario y á una distancia de media legua. En este paraje el doctor Cotton se propone edificar una casita para recreo de los bañistas y como complemento del gran establecimiento que proyecta edificar en el Puente del Inca en substitución de las casillas actuales, cuyos planos están terminados, obra que ha de ser en breve una realidad.

Las dos aguas á que me refiero dan los siguientes datos analíticos para 100.000 partes:

	Nº 1	Nº 2
Dureza.	67.500	27.500
Residuo á 110°.	86.500	65.520
Pérdida por calcinación.	20.000	17.500
Ácido nítrico.	rastros	0.009
— nitroso.	0	0
— sulfúrico.	3.750	2.377
Óxido de calcio.	37.815	15.400
— magnesio.	18.015	6.125
Amoníaco.	0.008	0.003
Cloro.	2.130	5.325
Oxígeno consumido para oxidar la materia orgánica del agua.	1.87	0.640

Se deduce de estos datos que aunque la primera agua es algo dura no es impotable, pero resalta la superioridad del agua de la lagunita próxima, proveniente de los deshielos de los contrafuertes del Aconcagua y que es excelente, como hemos podido comprobarlo además, por haberla bebido con placer en el paraje mismo en que se encuentra.

Después de toda esta enumeración de datos el lector deseará saber de qué curan esas célebres aguas del Puente del Inca.

Las aguas del Puente del Inca reúnen todas las condiciones de las fuentes más afamadas del mundo, que Aronssohn ha definido bajo estos principios generales:

1º *Acción dinámica estimulante*: sobre la piel, por la termalidad, cal, sales alcalinas y gases; sobre el sistema nervioso y eje cerebro-espinal, por el calor y ácido carbónico; sobre los órganos centrales de la circulación, por el calor y el hierro que contienen; sobre el sistema digestivo, por las sales de sodio y de hierro.

2º *Acción dinámica sedativa*: sobre el sistema nervioso por las sales alcalinas y materias orgánicas azoadas contenidas en las aguas. Las aguas minerales contienen además principios disociados, *los átomos-iones* de Swante Arrhenius, cuya influencia, antes llamada

eléctrica, si no explica, da por lo menos un nombre á las acciones reales y efectivas de las aguas minerales.

3° *Acción alterante*: que modifica la composición de los líquidos del organismo, produciendo en unos casos la acción *reconstituyente*, por las sales de hierro que lleva al cuerpo, y la *diluyente* modificando la composición de la sangre, orina y otros productos de excreción y secreción.

4° *Acción eliminante*: que determina la excreción de los productos nocivos al organismo; por el sudor determinado por el calor; por los intestinos y los riñones á causa de las sales de magnesio y sodio que se ingieren, lo mismo que el agua y carbonatos alcalinos y alcalino-térreos.

5° *Acción revulsiva*: que se manifiesta en un órgano lejano por la acción mediata en los puntos de aplicación del agua.

Las aguas del Puente del Inca tienen muchos admiradores y enfermos curados y agradecidos que propagan su fama en las dos repúblicas. Yo mismo podría ser uno de ellos; no doy gran importancia á mi observación pero la refiero como dato informativo. Desde dos meses, antes de mi viaje, tenía un dolor de carácter reumático en el hombro derecho, que algo me molestaba; siguiendo mi costumbre no había emprendido medicación ninguna: á mi llegada al Puente del Inca, el doctor Cotton me hizo bañar con cariñosa violencia: quince días después yo estaba curado: el baño fué *uno solo*, su acción benéfica la experimenté á los pocos días y el mal desapareció en el lapso de tiempo indicado.

En el Puente del Inca, que yo visitaba al terminar la estación de los baños, encontré algunos amigos agradecidos del tratamiento y muy mejorados de sus males. El distinguido gobernador de Mendoza calafatea año por año su salud con una permanencia de 15 á 20 días en el Balneario. Cuando me decía esto, le envidiaba de veras, y me proponía hacer otro tanto; cuando yo fuera gobernador de algo!

Verdaderos estudios médicos sobre la influencia terapéutica de

las aguas del Puente del Inca no existen ; se formarán sin duda opiniones fundadas más adelante ; el Dr. Cotton se empeña actualmente en plantear las bases de una estadística seria sobre los enfermos curados. Mientras esta no exista, fundada sobre bases modernas de investigación, transcribimos las que nos proporciona el doctor Murúa Pérez, de Chile (*Anales de la Universidad*, tomo I, página 786, 1877), quien dice : creo que los baños del Inca pueden prestar servicios importantes, particularmente en las siguientes afecciones : *reumatismo articular*, sobre todo de forma crónica : *úlceras atónicas, escrofulosas, heridas* y un gran número de *dermatosis (eritemas, eczemas, impétigos, etc.)*.

Nuestro colega de ultra cordillera, señala con razón los benéficos efectos de esa estación balnearia para los casos de tuberculosis incipientes y otras afecciones diatésicas, no tanto por las aguas, como por las condiciones mismas de la localidad : altura, aire puro, reacción causada por el viaje y tantos accidentes que acompañan al que está favorablemente impresionado al cambiar el sistema de vida. El Dr. Murúa Pérez tiene razón : salir del medio habitual de vida es apartarnos de nuestras *leucomainas*, elementos de destrucción y de envenenamiento que nosotros producimos y de los que debemos alejarnos de cuando en cuando para nuestro bienestar y felicidad. Pasteur, el gran sabio francés, demostró que los fermentos útiles como la levadura de cerveza, el fermento del vinagre, el que produce la fermentación butírica, *mueren en el medio que se crean* ; para hacerlos vivir, rejuvenecer, es menester apartarlos de sus propias obras : tal vez por esto las democracias repugnan en sus constituciones la reelección de sus mandatarios.

¡ Los sociólogos han de encontrar siempre el fundamento de *sus inducciones* en la experimentación sencilla de los infinitamente pequeños !

Llegamos al final de lo que teníamos que exponer ; como conclusión sólo nos resta decir : que deseáramos ver á Puente del Inca poblado por muchos argentinos y chilenos, reunidos allí con pro-

pósitos de salud y de recreo, sobre esa maravilla de la naturaleza, estrechar los lazos de unión y de fraternidad americana que han de reconciliar á las dos naciones más viriles y fuertes del Continente.

PEDRO N. ARATA.

Buenos Aires, octubre 29 de 1896.

EL BRASIL INTELECTUAL

IMPRESIONES Y NOTAS LITERARIAS

(Continuación)

XII

El vizconde Alfredo de Escragnolle Taunay, pertenece á una familia tan noble por sus blasones como distinguida por sus excepcionales cualidades intelectuales y artísticas. Por los condes de Escragnolle y por los barones de Taunay, está vinculado á la más vieja nobleza de Francia. Su abuelo, Nicolás Antonio, barón de Taunay, miembro del Instituto, «después de los desastres de Napoleón, en 1814 y 1815, poseído de invencible melancolía por la suerte de la patria amada y no queriendo asistir á una desmembración que suponía infalible, aceptó, con otros artistas de fama, los ofrecimientos del marqués de Marialya, en nombre del rey don Juan VI, para fundar una Academia de bellas artes en Río de Janeiro » (1). Ese artista eminente, *el Nicolás Poussin de la miniatura*, según la frase de Le Blanc, llegó al Brasil en 1816, con todos sus hijos y con

(1) Tomo estos datos de la *Biografía de Alfredo d'Escragnolle Taunay*, escrita por Carlos von Koseritz.

su hermano Augusto María Taunay, « discípulo de Moitte, gran premio de Roma en escultura en el año de 1792, autor de las figuras monumentales que adornan el arco del Carrousel en París, y de los bajo-relieves y la espiral de la columna Vendôme ». El vizconde de Taunay ha narrado en algunas páginas hermosas, publicadas en la *Revista del Instituto Histórico* y ampliadas más tarde en un estudio sobre *La ciudad de Matto Grosso* (1), el fin trágico que cupo en las aguas desbordadas del Guaporé á uno de sus tíos, Amado Adriano, á quien la naturaleza prodigó todas las dotes físicas y morales que pueden adornar á un sér humano. En esa misma obra, su autor transcribe algunos elegantes versos franceses de su propio padre, dedicados á aquel hermano, y de uno de sus tíos como despedida de la marquesa de Gabriac, esposa del diplomático francés que en 1829 representaba á su patria en el Brasil. Todos los demás miembros de la familia Taunay fueron hombres de espíritu superior. Carlos Augusto, tío del autor de que me ocupo, tradujo en verso francés las comedias de Terencio; Hipólito dejó una versión de la *Jerusalén libertada*; Teodoro compuso los espléndidos versos latinos de los *Idilios Brasileños* y el poemita *Callirhué*. Ampliando estos datos, que consigna el vizconde de Taunay, he tenido el gusto de hacerle conocer la ligera mención que hacen de su abuelo, calificándolo de eximio *gouacher*, los hermanos Goncourt en *La Maison d'un artiste*.

Pocos escritores pueden mostrar un abolengo tan ilustre, y él basta para satisfacer la vanidad más exigente en materia de antepasados. Alfredo Taunay nació en Río de Janeiro el 22 de febrero de 1843. Á los informes referentes á su abuelo y sus tíos, debemos añadir que su padre fué también un letrado distinguido, traductor de Píndaro, del griego, y de Persio, del latín, autor de *L'astronomie du jeune âge* y de un poema en que trabajaba en edad avanzada sobre *La Ba-*

(1) *A Cidade de Matto Grosso (antiga Villa-Bella) Oris Guaporé e a sua mais illustre victima. Estudio histórico pelo Vizconde Taunay.*

taille de Poitiers. Á los doce años entró Alfredo Taunay en el Colegio Pedro II, y en 1858, cuando apenas tenía 15 años, se bachilleró en letras, después de dar brillantes exámenes preparatorios. Pasó entonces á la Escuela Central, hoy Politécnica, y tres años después sentó plaza en el ejército, en 1861. En 1863, es promovido á 2º teniente y recibe el grado de bachiller en matemáticas y ciencias naturales. En abril de 1865 sale para Matto Grosso, como secretario de una comisión de ingenieros, y allí forma parte de la columna expedicionaria cuyos sufrimientos ha perpetuado en un libro famoso. Más tarde acompaña al conde d'Eu, como secretario particular, y redacta el *Diario del Ejército*. Terminada la guerra, el vizconde de Taunay regresa á Río de Janeiro y entra en la vida política, en 1872, como diputado por la provincia de Goyaz. Algunos años después es enviado como presidente á Santa Catarina y al Paraná. Ligado por tradición y por afecto á la familia imperial, el vizconde de Taunay era, sin duda, á la caída del Imperio, una de las más brillantes personalidades jóvenes del antiguo régimen. Como senador vitalicio, su palabra elocuente ilustraba á la opinión. Sus obras habían rodeado su nombre de una fama merecida. Distinguido especialmente por el anciano emperador, su fidelidad política á la monarquía no ha claudicado un instante, y hoy vive retirado en Petrópolis, entregado al estudio de la literatura y al cultivo de la música, de que es apasionado.

La actividad mental del vizconde de Taunay se ha ejercitado en los más diversos géneros de la producción artística. Como músico, son populares sus fantasías á la manera de Chopin; en sus grandes trozos de música religiosa, su *Ave María*, su *Pange Linguæ*, su *Dies Iræ*, palpita un soplo de inspiración ardiente (1). Entre sus dotes características, figura la facilidad de la concepción y la rapidez de la ejecución. Es uno de los más fecundos novelistas del Brasil, y

(1) Por un raro capricho, el vizconde de Taunay ha firmado casi siempre con seudónimos sus obras, eligiendo el de *Flavio Elysio* para las musicales, y el de *Silvio Dinarte* para las literarias. Su último libro *O Encilhamento*, lleva el de *Hector Malheiros*.

al mismo tiempo ha abordado la historia, el arte, el estudio político, la oratoria parlamentaria. Organización equilibrada y ricamente dotada por la naturaleza, su persona irradia la simpatía. Sin jactarse de erudito, su ilustración se revela en cualquiera de sus producciones. Ha tenido el gusto de las aventuras lejanas y de los viajes difíciles, y sus exploraciones en las selvas vírgenes de Matto Grosso y del Paraná, sus largas excursiones por desiertos y montañas desconocidas, han puesto su alma en íntima comunicación con el alma de su patria. De aquí deriva la primera causa de su originalidad como escritor. Ninguno de sus compatriotas refleja mejor que él la luz y el tono del paisaje y del aire ambiente, en esos cuadros repletos de poesía y de colorido en que se siente el atavismo artístico de su sangre y en que su pluma rivaliza con el pincel de Nicolás Antonio de Taunay, que se llaman *Scenas de Viagem*, *Viagem de regresso*, *Ceos e Terras do Brasil*, y, finalmente, *Quadros da natureza brasileira*. Muchos de estos libros han sido vertidos al francés, al italiano y al alemán. De los dos últimos se publicaron algunos fragmentos en español en *La Nueva Revista de Buenos Aires*, del doctor Quesada.

Esta familiaridad con la naturaleza se une al conocimiento perfecto de la psicología del habitante del desierto, del *sertanejo*, nombre intraducible en nuestra lengua. En todas las obras del vizconde de Taunay resalta esta cualidad, que le hace pintar con sobriedad y con exactitud la vida de estos errantes señores de la soledad. Recorramos, por ejemplo, las primeras páginas de *Innocencia*:

«El «sertanejo» que de nada cuidó, que no oyó las armonías de la tarde, ni reparó en los esplendores del cielo, que no vió la tristeza cerniéndose sobre la tierra, que de nada recela consubstanciado como está con la soledad, se detiene, gira los ojos en torno suyo, y, si en el lugar presente alguna aguada, por mala que sea, apéase, desensilla el caballo y reuniendo luego algunas astillas de leña bien seca, saca fuego del yesquero, más por distracción que por necesidad. Siéntese de veras feliz. Nada le perturba la paz del espíritu y el

bienestar del cuerpo. Ni siquiera monologa como cualquier hombre acostumbrado á conversar. Raros son sus pensamientos: recuerda las leguas que anduvo, ó calcula las que debe vencer para llegar al término de su viaje.

« Al día siguiente, cuando, á los fulgores de la aurora, despierta toda aquella espléndida naturaleza, empieza á caminar de nuevo, como en la víspera, como siempre. Nada le parece cambiado en el firmamento; las nubes para él son las mismas. Dale el sol, cuando mucho, los puntos cardinales, y la tierra sólo le llama la atención cuando alguna señal más particular puede servirle de marca miliaria en la ruta que va trillando. — « ¡ Bueno! exclama en voz alta y alegre al divisar algún madero agigantado ó una disposición especial del terreno, — allí está la *peiva* grande. . . Llegué al Barranco Alto. Hasta el pozo del Yacaré hay cuatro leguas bien andadas. » Y, mirando el sol, concluye: — « De aquí á tres horas, estoy batiendo fuego. » En ocasiones, le da por silbar, cantar es raro; aun así lo hace á la sordina; más bien una voz íntima, un murmurar consigo mismo, que notas salidas del robusto pecho. Responder al pitido de las perdices ó al llamado agonizante del esquivo *jáo*, es su diversión en días de buen humor. Le es indiferente el rugido de la onza. Sólo por acaso repara en los muchos rastros que en todos sentidos cortan el camino. « ¡ Qué *bichazo!* murmura contemplando una huella más fuertemente impresa en el suelo; con un buen *oncero*, nada se me daría de arrinconar á este diablo y meterle una perdigonada en el hocico. » El legítimo sertanejo, explorador del desierto, no tiene en general familia. Cuando mozo, su único afán es descubrir tierras, pisar campos donde antes nadie pusiera el pie, vadear ríos desconocidos, despuntar nacientes y calar malezas, que ningún descubridor hasta entonces penetrara. Crécele el orgullo en razón de la extensión é importancia de los viajes emprendidos; y su mayor gusto cífrase en enumerar los caudales correntosos que transpuso, los ribazos que bautizó, las sierras que trasmontó y los esteros que atrevidamente vadeara, á menos de emplear días y días rodeándolos

con rara paciencia. Cada año que termina trae un valioso conocimiento más y añade una piedra al monumento de su inocente vanidad.—« ¡ Nadie puede conmigo ! »—exclama enfáticamente. En los campos de la Vaccaría, en el despoblado del Mimoso y en los pantanos del Pequiry soy rey. » Y esta presunción de realeza infúndele cierto modo de hablar y de gesticular majestuoso en su sencilla manifestación... »

La pintura se prolonga aún más, pero lo transcrito basta para dar una idea del talento desplegado por el autor de *Innocencia* en la reproducción de las escenas y los tipos del interior de su país. Sus cuadros de la naturaleza son igualmente interesantes. En ellos el vizconde de Taunay ha querido sorprender los diversos aspectos del paisaje natal al aclarar de la aurora, en el sopor tropical del medio día, á la luz melancólica de la tarde y en el silencio rumoroso de la noche. Reproduzcamos sucesivamente algunas pinceladas de estos esbozos para ver la variedad y la riqueza de tonos de su paleta. « En ese fondo blanquecino que se tiñe de dudoso rosicler, — dice el vizconde de Taunay describiendo el alba, — enciéndese tímidamente un rasgo bermejo que se eleva más de lo que se extiende. Paralelo á éste, rompe de allí á poco otro ya más extenso y luminoso; algunos instantes después el tercero, abrasado ya como una línea de fuego... Son las barras del día. De nuevo sopla con vivacidad la brisa que fuera gradualmente muriendo; pero viene ahora más tibia, con un hálito perfumado de blando calor. En esa hora de misteriosa indecisión, se oye de cuando en cuando algo como un golpe sonoro, acompañado de estridente grito cromática. Es el canto de las *anhumas-pocas* que en la margen de los ríos, ó á la orilla de los esteros, anuncian la alborada y despiertan á los *aracuanes* posados en los macizos ribereños. Yérguese también el alarido más fuerte de los *quero-queros* cuyas blancas bandadas giran vertiginosas sobre las aguas corrientes. Lentamente, sin embargo, se va difundiendo la claridad por el firmamento. Se acumulan y condensan las nubes diseñándoseles los contornos como rojizas curvas.

Otras, más distantes, cambian del color de rosa al rojo lirio. Luego, principia la naturaleza á sacudir el letargo que la postra. Desperézase lánguida, pero alegre y llena de savia. Mánchase de fulgores los pináculos de las montañas cuyos declives y dorsos se levantan gradualmente de la uniforme obscuridad. En la tierra brilla el ruido de la vida. Dulce rocío baña las yerbas de los valles; zumba un mundo de insectos, y en las ramas de los arbustos los menudos pajarillos, canarios de la tierra, *sierra-sierras*, azulejos, lavanderas, jilgueros, picudos, tico-ticos, chirrean suavemente como si no hubieran sacudido aún los vapores del sueño. En las copas de los árboles más elevados se esparcen millares de volátiles de las plumas más variadas y ricas, y de todos lados asoma la caza de precio, sea en aves, sea en animales selváticos. El espectáculo, hace poco sereno y melancólico, transfórmase ahora endeslumbrante... Como centro de todas las riquezas, el sol, antes de surgir y todavía en la cima en que rutilan la púrpura incandescente y montes de oro y plata en fusión, despliega un abanico de ofuscadores rayos, unos en haces que todo lo traspasan, otros divididos que parecen van á detenerse y embeberse en las brumas de la madrugada... Por su parte, cada vez se ilumina más el cielo. Encima, como hermoso peplum, se desdobra el cerúleo manto, mientras junto al horizonte se avivan los colores más gratos á la vista embelesada del hombre, que contempla absorto todas aquellas manifestaciones de la naturaleza eterna. Rompe en fin una onda de luz que se desploma sobre el universo, como enorme ola de océano trasbordado, la tierra lanza un clamor ingente y álzase el sol. Es de día. »

XIV

Sería necesario multiplicar las citas, ó, mejor dicho, transcribir todos los *Cuadros de la naturaleza* para mostrar el arte consumado con que está sentida la opresión de la siesta, la acción implacable

del calor que « enrojece el suelo rechupado y lleno de hendiduras como labios que agrieta la sed hasta hacerlos brotar sangre ». Vense sucesivamente pasar entre los torbellinos de polvo que se expande á la manera de un gas, lenta y pesadamente, una tropa de animales, dividida en lotes de once bestias, alzando nubes de tierra que como una nube rojiza interceptan y quiebran los fulgores del sol ardiente. El pecho se oprime, pensando en la atmósfera de la mañana abrasada, envuelta en un vaho seco, ceniciento, en cuyo fondo camina chato y pequeño el disco del sol, « como una hostia de sangre ». La tormenta se prepara, toma al fin aires de huracán y su violencia tropical parece anunciar un cataclismo: « impetuoso vendaval revienta encima de aquellas planicies, ronca en las quebradas, galopa desenfrenado, detona, vuela, cortado por trombas de agua, que en las inclinaciones de las tierras cavan súbitos barrancos de arena y barro, tan grande es la caída y tan terrible el choque ». Llega la tarde tranquila y hermosa, y las primeras sombras de la noche se precipitan sin la transición de la luz crepuscular. « En la prolongación del brazo de la Cruz ya se alternan también las dos radiantes estrellas del Centauro, y al lado, como larga falla ó insondable abismo del infinito, se obscurece extensa superficie que el hombre del pueblo y el de ciencia denominan « el saco de carbón ». En las noches de calma, en nuestras noches tropicales, llenas de extraños encantos, todo aquello, planetas, estrellas, Vía láctea y nebulosas refulge con tal vivacidad que místicamente se esclarece la tierra. Parece entonces que la luz viene bajando en millones de lentejuelas casi imperceptibles que rompen el aire y se insinúan en él... Se diría que la naturaleza, no del todo vencida por el sueño, se revuelve, se agita, busca posición más cómoda para el descanso, articula sonidos, balbucea, gime, divaga. Hay voces de resistencias que se quiebran, alborozos de alegrías que terminan; sobresaltos que se ablandan, como traviesa criatura que adormeciéndose aún llena de los juegos y turbulencias del día, los ve reproducidos en la mente infantil y maliciosamente sonrío, se agita y á veces hasta so-

lloza». Al fin el silencio reina en el inmenso espacio, pero sólo corto tiempo dura esa pausa. « Poco á poco vuelve á comenzar el bullicio: insectos que chirrean en el césped; agoreros *oitibós* que vuelan á ciegas en la sombra; *acuanes* que sueltan el profético alerta; susurros repentinos de hojas muertas; ramas y gajos secos que se desprenden y caen; pequeñas figuras de animales que huyen atolondrados, sonidos lejanos, estrépitos sordos, clamores que cesan luego, una especie de lucha entre el mundo real que quiere el reposo y el mundo fantástico que despierta, se levanta y se puebla de seres y cosas imposibles ».

Los seres humanos que el vizconde de Taunay hace moverse y actuar en este escenario, inspiran por su parte la más viva simpatía. Sin hablar aún de la más hermosa de sus creaciones, de aquella flor del desierto, que se llama *Innocencia*, quiero limitarme á presentar rápidos lineamientos de los más humildes de estos personajes. Son soldados oscuros que van á la guerra, y al regreso encuentran en otros brazos el objeto de su amor (*Yuca o tropeiro*); viejas indígenas que mueren abrazadas al cadáver del hijo amado (*Cariman a Kinikinao*); íntimos dramas de pasión desgraciada (*Yerecé a Guandá*); clérigos de provincia que sufren hondas torturas, desgarramientos profundos de todas las fibras sensibles, luchas implacables entre la carne que se rebela y la fidelidad á un culto abrazado en el delirio de la fé (*O vigario das Dóres*). En todas estas narraciones hay, sin duda, algo artificioso, algo que será desdeñado por los lectores de los naturalistas actuales y los que buscan en las bajas inspiraciones de un arte malsano una excitación material. Lo que domina en ellas es la sinceridad de la impresión poética, la verdad del paisaje, la novedad del exotismo que tanto deleita en las obras de Pierre Loti. — Por lo demás, sus argumentos son de la mayor sencillez, y aun algunos carecen propiamente de fábula. Recorred por ejemplo, *Camiran a Kinikinao*. Se trata de una india que llora la ausencia de su hijo, muerto por los paraguayos en la época de la invasión de Matto Grosso. Se asiste allí á la fuga de las tribus despavoridas de-

lante de las hordas enemigas; se evocan hechos de heroísmo como la resistencia de Gabriel Barboza, se penetra en un mundo nuevo, en medio de gentes semi-salvajes obligadas á abandonar sus hogares diseminados en torno de una población campestre, para buscar un refugio en los desfiladeros de la sierra de Maracayú. En esta peregrinación forzosa se rebelan las dotes de cacique de Pacalalá, el hijo de Camirán. Es él quien protege á los débiles y salva á los timoratos. Sus hazañas oscuras lo alientan, poco á poco, á intentar mayores empresas, y, al fin, un día se bate con un destacamento paraguayo y muere como un valiente, en defensa del suelo natal. Su cuerpo es encontrado por su vieja madre, que, con sus propias manos, le cava la sepultura y cae muerta sobre el cadáver del hijo, sin terminar su piadosa obra. He aquí la síntesis de ese episodio. Lo que no es posible reflejar en estas líneas es el tono de su estilo, la originalidad de sus descripciones, el sabor nativo de esas páginas destituídas de pretensión.

En *Yerecé a Guaná* aparece un nuevo elemento. Un joven viajero, acometido por el paludismo de las tierras bajas de Matto Grosso, se ve obligado á pedir hospitalidad al viejo Moreví «hechicero ó mandingueiro» de la tribu kinikinao. Su cabaña se alza en una ondulación del terreno á cuyos pies corre el agua de una fuente, en medio de los esplendores de una naturaleza hermosa y virginal. Acogido con la mayor amabilidad, merced á un puñado de sal y á un vistoso collar de vidrio y cuentas doradas, Alberto Montero recobra pronto la salud gracias al buen clima y á los cuidados de la nieta de Moreví, la bella *Yerecé*, á quien toma por mujer, con la adquiescencia del viejo, después de una ceremonia primitiva. «Alberto vaciló, pero Moreví, sin esperar por la respuesta, tomóle la diestra y abriéndola colocó en ella la delicada mano de la nieta, al paso que pronunciaba unas palabras cabalísticas, con los ojos medio cerrados. *Yerecé* no fué consultada y durante el acto sumario que la ligaba, según las costumbres de su gente, á aquel hombre desconocido, por un lazo que no ella, sino sólo él podía romper, mostróse completa-

mente indiferente. Una sola cosa la ocupaba: era el collar de cuentas doradas que en su pecho los últimos rayos del sol iluminaban con puntitos delumbrantes que despedían chispas, y que agujoneaban dulcemente su vanidad femenina.» No es necesario más para imaginar el idilio que sigue á aquella fácil unión. La acción de la naturaleza y el renacimiento de la salud, en medio de los ardores de un clima tropical, aquel profundo olvido de todo, aquella soledad apacible en que la imaginación se adormece y la mente se aletarga, cayendo en un voluptuoso sopor, ejercen una influencia violenta sobre los sentidos de aquel mundano, arrojado como en un naufragio al obscuro rincón de una Tahití mediterránea. El nacimiento de la pasión de Yerecé llena algunas páginas delicadas del cuento. Alberto se siente envuelto en el ardor de ese amor, y se abandona á él, esclavizado sin saberlo por las influencias del medio que lo rodea. Su vida transcurre placentera en una sucesión tranquila y dulcemente monótona. Pronto se habitúa á las costumbres de su compañera, y encuentra un atractivo imperioso en los ardores tropicales de su carne juvenil. Al principio se encrespa contra el fastidio de las hechicerías del viejo brujo kinikinao, hasta hacer imposible la repetición de sus evocaciones. «Á veces, en la alta noche, el viejo Moreví rompía el silencio del valle con un canto lúgubre, cortado de notas agudas y desafinadas. Para esas rumorosas vigiliás, se vestía con una saya adornada de lentejuelas, sujetas á la cintura por un cinturón bordado de cuentas de color y se pintaba el cuerpo con urucú y jenipapo. Los complementos de su traje sacerdotal eran un plumero de grandes plumas de ñandú, adornado de diseños caprichosos y una sonaja que sacudía pausadamente, en tanto que recorría, avanzando y retrocediendo, un cuero pelado extendido delante de la puerta. Eran las conferencias del hechicero con el *acaudn*, especie de gavilán pequeño que suelta finos chillidos, acentuando las sílabas que le dieron el nombre, pájaro agorero, al decir de los indios y con cuyas consultas pueden los brujos penetrar lo futuro. De madrugada, el canto de Moreví sufría una interrupción larga; de

repente oíase muy lejos el grito del milano á quien el viejo respondía con voz de súplica á fin de hacerlo aproximarse. Así parecía acontecer. Los píos resonaban cada vez más distintos y al final en los aires tronaba un estridente himno de triunfo en que el ronco canto del viejo se ponía al diapasón del vocear del pájaro adivino.»— Los atractivos de estas y otras escenas unidos á los encantos físicos de la Guaná, no bastan, como es fácil comprenderlo, para fijar definitivamente la tienda del turista, que al fin siente la necesidad de poner término á la aventura. La separación es melancólica, y la dulce hermana de Aziyadé, sin fuerza para dominar su pasión, siente que ella mina lentamente las fuentes de su vida. En vano el viejo Moreví, «conferencia con el *acauín*; en vano como hechicero canta noches enteras; en vano, como médico, chupa el lugar en que latía el corazón para ir á escupir en una cueva distante el terrible mal»... Nada disipa la tristeza del alma de Yerecé á quien mata la ausencia de su amor...

Las *Historias Brasileiras* contienen aún dos narraciones : *O Vigario das Dóres* y *Yuca o tropeiro*. El Padre Monte, héroe de la primera, es una de esas almas atormentadas que se desgarran en la lucha consigo mismo y que buscan un calmante á la rebelión inconsciente de sus pasiones en el amor de la naturaleza y en los peligros de una misión lejana. Los accidentes de su vida son puramente morales. Dedicado al sacerdocio, sin verdadera vocación, siente ya tarde todo lo que le falta para llenar cumplidamente su sagrado ministerio. Vacilante al borde de la apostasía, trémulo ante las tentaciones que lo asaltan y sintiendo agonizar en su pecho la llama que debía reconfortarlo, encuentra en un fondo de ingénita honradez una inspiración salvadora y se hunde en las selvas impenetrables, en busca de las tribus del desierto, donde se pierden sus huellas y se borra para siempre su dolorosa silueta de peregrino. El argumento de *Yuca o tropeiro* carece de novedad. La única originalidad de esta narración está en los tipos retratados, en la bondad alegre de aquel ingenuo campesino que, reclutado para la

guerra, cuando el amor y la familia lo detienen en su hogar, cuando todo lo invita á huir de las filas militares, se resigna murmurando al recordar el juramento prestado á su bandera : ¡ Ah, si yo no hubiera jurado ! — Y sigue su marcha fatigosa, cumple con su deber en el combate, guiado por la perspectiva del retorno, esperando ver en los alrededores de su aldea el blanco pañuelo de la prometida que lo saludará á la distancia, soñando con el hogar campestre en que le espera la felicidad... Todos sus sueños se disipan y mueren al contacto de la terrible realidad. Su amada lo cree muerto y, al aproximarse al rancho de sus amores, el corazón del Yuca Ventura recibe una herida incurable que hiela para siempre la risa en sus labios joviales.

Con mayor ó menor fuerza, en todas estas publicaciones, aparecen en resumen las cualidades distintivas del espíritu del vizconde de Taunay. En *Camirán* se presiente la honda emoción despertada en su alma por el espectáculo de la guerra, que resaltará más tarde, de una manera tan elocuente, en la *Retraite de Laguna*. Yerecé, como lo hemos dicho ya, tiene un parentesco lejano con *Innocencia*. Del mismo modo, el sentimiento genuinamente nacional que campea en todas las páginas de *Ceas e terras do Brazil*, en *Scenas de Viagem* y en las *Historias Brazileiras*, es el que inspira las escenas de la vida de fazenda de una gran parte de *A Mocidade de Trajano*.

Libro juvenil, *A Mocidade de Trajano*, á pesar de sus debilidades y deficiencias, despierta el interés y lo mantiene en una larga sucesión de dramáticas escenas. Una parte de ese interés es retrospectivo, pues se refiere á la vida de la esclavitud y los vicios morales inoculados en el alma por la horrible degradación de una raza. La deformación lenta y amarga producida en el carácter y en los sentimientos del padre de Trajano, su vida opulenta de fazendeiro caído en las garras de una aventurera que invade el hogar y lo acompaña como el genio del mal hasta la hora de la muerte, la tentativa de seducción de la mulata que aspira á recibir los halagos del hijo del potentado ; la brutalidad de las costumbres y la monstruosa

ferocidad de los castigos y de las venganzas que agitan ese mundo sombrío y desatan en él pasiones embravecidas; toda la bajeza y el horror de un régimen justamente execrado por los hombres de corazón y que felizmente pasó como una vergonzosa pesadilla, constituyen la trama de esta novela que merece conocerse, no tanto por su importancia literaria, que es escasa, cuanto porque ella debe figurar como uno de los más vibrantes alegatos en favor de la causa abolicionista que durante largos años de propaganda dió temas inagotables á los escritores brasileros. Algunas de las páginas del libro sublevan el corazón, como la pintura del martirio del láligo dado á un negro sorprendido por el bárbaro capataz en pleno crimen de pereza. Ellas traen á la memoria, instintivamente, una de las más hermosas producciones líricas del Brasil, aquel *Mauro o escravo* en que la musa de Fagundes Varella aplicó el hierro candente de la inspiración épica sobre el cáncer social que minaba su organismo y amenazaba perpetuar en su seno gérmenes de irreparable decadencia. En *A Mocidade de Trajano* se advierten tanteos, desfallecimientos y digresiones poco conexas con el tema principal, como son las cartas de turista literario que escribe Trajano á su padre y en que la impresión que le causan nuevos pueblos y paisajes se une á la reflexión de un crítico que aprovecha cualquier ocasión para mostrar que ha ganado concienzudamente su bachillerato. Los mismos reparos pueden hacerse al drama de *Amelia Smith*. Su exposición es demasiado larga. Las escenas se multiplican, aunque escritas con indudable talento, antes de penetrar de lleno en el asunto. La caída de Amelia, víctima de un *mariage de raison* y que, sin embargo, respeta y considera á su marido, produce el efecto de ser demasiado brusca. Sin embargo, todos estos lunares desaparecen al entrar en la verdadera materia del drama y al ver ante nuestros ojos, dislacerada y sangrienta, el alma de aquella madre que expía un instante de vértigo, viendo sucumbir poco á poco el adorado fruto de su culpa. Al fin, la emoción que se apodera del lector es irresistible. La confesión de la caída es una de las

más conmovedoras situaciones que registra el drama contemporáneo. Ella se anticipa á la cruel confidencia de *Denise*, y oprime el corazón en su trágica sencillez. Las heces del martirio deben ser apuradas gota á gota por aquella alma agonizante, y el destino la hiere sin piedad, haciéndola recoger el último soplo de la agonía en los labios de su hijo idolatrado.

XV

La Retraite de Laguna, obra escrita en francés y reimpressa recientemente en París (1), es una de las más palpitantes narraciones con que cuenta la historia militar de nuestras repúblicas. La emoción que despierta ese libro no decrece un instante durante el curso de su lectura. Su estilo, severo y elegante al mismo tiempo, la sobriedad y la realidad de sus detalles, la concisión y poder de sus descripciones, realzan de una manera elocuente la historia de los sufrimientos de la pequeña tropa cuya valerosa campaña ha sido historiada por el vizconde de Taunay con todos los prestigios de su bello talento literario. El episodio mismo á que se refiere su trabajo es poco conocido y mencionado por los historiadores de aquella guerra deplorable, sobre la cual no se ha formado todavía de una manera decisiva el juicio de la posteridad. Los actos aislados de heroísmo que en ella demostraron los contendientes, la resistencia tenaz del país invadido y el empuje noble y varonil de los asaltantes, mucho me temo que no basten para disculpar el error fundamental envuelto en la terrible alianza, y la destrucción de un pueblo cuya existencia interesaba al equilibrio político del Río de la Plata. De todos modos, los resultados de esa guerra han sido negativos, el desarrollo de sus operaciones se presta con facilidad á

(1) *La Retraite de Laguna*. Épisode de la guerre du Paraguay, par A. d'Escragnolle-Taunay, vicomte de Taunay, 3^e édition. Librairie Plon. Paris.

críticas importantes, y sus ventajas para las naciones interesadas en ella han sido precarias, especialmente para nuestra patria.

La retirada de Laguna es uno de los sucesos más deplorables de aquella larga y encarnizada campaña. Un pequeño cuerpo de menos de tres mil hombres que se interna en territorio enemigo, desprovisto de recursos, á cuerpo perdido, á la buena de Dios que es grande, sin guardar comunicaciones regulares con la que debía ser su base de operaciones, — da pruebas de una inconsciencia de intrepidez sólo comparable con la dolorosa ineptitud que un esfuerzo semejante demuestra en los jefes que dirigen tan descabellada empresa. Los resultados, en el hecho especial á que se refiere el vizconde de Taunay, no pudieron ser más aterradores. Atravesando por regiones palúdicas, mal alimentados y mal vestidos, los cuerpos comienzan por perder la tercera parte de su efectivo. Alentados por no sé qué infantil sentimiento de orgullo, su jefe no se da por vencido, y sigue adelante sin plan y sin objetivo práctico. El enemigo atosiga á la columna debilitada con una tenacidad indómita. El alimento escasea, las municiones disminuyen rápidamente y al fin los responsables de aquella trágica aventura miden todo el alcance de ella y se deciden á retroceder. Entonces empieza el martirio lento, terrible, despiadado de aquel puñado de soldados, encorvados por el cansancio, perseguidos por el hambre, hostilizados día y noche por la caballería paraguaya, devorados por la sed, con los campos incendiados á su alrededor por el enemigo, con el cólera morbo diezmando sus filas, arrebatando sus jefes, haciendo estragos terribles en medio de aquella turba de espectros, cuyos restos regresan por fin al seno de la patria habiendo logrado salvar sus banderas y sus cañones.

Es imposible detenerse en el análisis detallado de esta obra eximia, y menos reproducir sus incidentes principales. Todos ellos están á la misma altura y su conjunto constituye una de las más conmovedoras historias que es posible leer. Pero hay entre ellos algunos detalles de una emoción salvaje en su trágica sencillez. Tal es el

cuadro de los ciento treinta coléricos abandonados por la columna en marcha, al borde de un bosquecillo, en vista de la carencia absoluta de medios de transporte, y pasados á cuchillo por las tropas paraguayas indiferentes al grito de la humanidad y á la invocación desesperada de los expedicionarios, escrita sobre una tabla clavada sobre el tronco de un árbol : « Piedad para los coléricos ». Los personajes que aparecen en el curso de ese libro despiertan del mismo modo una viva simpatía. La figura severa y romántica del viejo López, el guía de la expedición, de su hijo y de los desgraciados jefes que pagan con la vida su deplorable error, están trazados con rasgos firmes y brillantes, con colorido intenso y con elegante concisión. En suma, *La Retraite de Laguna* es una obra de primer orden, que revela un talento de escritor y cuya lectura deja en el ánimo fuertes é inolvidables impresiones. Ella é *Innocencia* son los florones más puros de la producción intelectual del Brasil contemporáneo.

Innocencia es á mi juicio y sin disputa la más hermosa novela escrita en Sud-América por un sud-americano. Publicada en 1872, ha seguido desde entonces una carrera de triunfos. No conozco ninguna obra de su género, aparecida en nuestro continente, á quien se haya deparado una fortuna semejante. Y el hecho de que la mayor consagración recibida por esta creación admirable lo haya sido en el extranjero, basta para mostrar cuánto es su mérito real y cuál la seducción irresistible que ejerce sobre el espíritu de sus lectores. Ese libro, en efecto, ha sido traducido al francés dos veces, habiendo aparecido como folletín en 1883 en el *Courrier International* y el año último en la misma forma en el *Temps*, vertido á aquel idioma por Olivier du Chastel. Al inglés fué traducida con fidelidad y elegancia por James W. Wells; al italiano por G. P. Malán; al alemán por Arns Philipp; al dinamarqués por Björving-Petersen, y, finalmente, al japonés por Kwana-Kwandjo, que se sirvió de la traducción inglesa.

Las escenas de la novela se desarrollan en los *sertoës* de Matto Grosso, en medio de la imponente soledad de aquellos campos ili-

mitados, donde la selva sólo se interrumpe para dar lugar al paso de ríos caudalosos ó muere al borde de ciénegas inmensas cubiertas de plantas acuáticas exuberantes. La poesía de aquella región salvaje está intensamente sentida y explicada en la obra del vizconde de Taunay. Las costumbres y peculiaridades de los habitantes de aquellas zonas solitarias son estudiadas y descritas por él con un relieve poderoso. El drama que se desencadena en aquel medio primitivo, los personajes que actúan en él poseen una vida y una realidad extraordinarias. Son, desde luego, el minero Pereira, charlatán infatigable, hombre rudo, de cerebro estrecho, pero de buen corazón, imbuído en todas las preocupaciones de la barbarie en que vive. Inocencia, su hija, *Nocencia*, como la llama dulcemente el rústico hacendado, — una flor silvestre, nacida en los campos, al amparo de aquella naturaleza brillante, criada en la soledad, dulce y esplendorosa al mismo tiempo, como esos frutos tropicales de perfume capitoso cuya sola vista halaga al paladar. Su vida transcurre silenciosa y oculta, sin otra compañía que la de la esclava negra, la María Conga, que prepara el alimento y la ayuda en las labores íntimas, y el enano Tico, un extraño monstruo del desierto, acurrucado á los pies de la doncella como un pequeño Quasimodo doméstico, y, como aquel de Esmeralda, tal vez enamorado de la hija de Pereira. La figura interesante de Cirino de Campos aparece en seguida y merece detener nuestra atención. Es el *doctor* ambulante, la providencia inspirada por el manual de Chernoviz, que, con su caja de remedios en una mula y su inseparable *vade-mecum* bajo el brazo, recorre las soledades campestres de aquellas regiones infestadas de malaria, propinando á sus enfermos dosis formidables de quinina. De índole caballeresca y delicada, dotado de una inteligencia vivaz, si bien no muy cultivada, imbuído en la importancia que desde Hipócrates hasta los médicos de Molière es uno de los rasgos inseparables de la distinción clínica, joven y bien parecido, buscando en el alejamiento de las ciudades y en el ejercicio de su lucrativa carrera el medio de pagar una deuda contraída alrededor del irresistible ta-

pete verde de un club de aldea, — Cirino es encontrado por Pereira en medio de su camino hacia el Camapuán, y conducido á su casa con el objeto de ver si consigue librar á la bella Inocencia de los gérmenes insidiosos del paludismo, tan común en aquellos parajes. El drama se adivina sin dificultad. Aquella niña hermosa, oculta como en un gineceo en habitaciones donde nunca ha pisado el extranjero, reclusa en el misterio, según los curiosos hábitos del hogar del *sertanejo*, — acaba por sentirse irresistiblemente atraída hacia el primer hombre que ha vislumbrado en su vida. La dulzura de Inocencia, los atractivos juveniles de su belleza hacen palpitante el corazón del *doctor* con un sentimiento desconocido para él, que acaba por vencerlo y posesionarse de su sér entero como una de esas sùtiles invasiones de los males que está obligado á combatir con los recursos de su inocente terapéutica. La pasión que nace al mismo tiempo en el alma de aquellos dos seres debe mantenerse en el secreto, ocultarse en la sombra, alimentarse de miradas furtivas, de tímidos contactos, velarse á la sospecha del padre receloso, incapaz de comprender y admitir que su hija pueda tener una predilección ó una voluntad, y que la ha destinado de antemano á un arriero brutal, el Maneção, que aparece al fin del idilio para dejar tras sus pasos una huella sangrienta.

Durante la permanencia de Cirino en la casa de Pereira aparece un nuevo personaje, el sabio alemán Meyer, naturalista viajero, un entomólogo convencido que aspiraba á catalogar todas las *borboletas* ó mariposas brasileras, y que da fondo en la habitación de Pereira, introduciendo en el alma de éste inquietudes que antes jamás sintiera. Aquel hombre inocente, sin comprender las modalidades especiales del *sertanejo*, habla continuamente á Pereira de su hija, elogia su belleza, y hace creer al hacendado que tiene que haberse las con un terrible seductor. Las más inocentes alusiones del sajón son consideradas por Pereira como sugerencias capciosas que amenazan su honor y empañan el de su hija. Las situaciones alternativamente cómicas y á veces con tendencias trágicas que surgen de

este continuo *malentendu*, dan á la obra del vizconde de Taunay un nuevo y poderoso atractivo. Para el *sertanejo*, en efecto, la mujer ocupa un puesto semejante á aquel en que la confina el árabe. Hay un fondo de desconfianza injurioso en la opinión que se tiene de ella; y esto obliga á confinarla y mantenerla en el encierro hasta que es entregada por la familia al cuidado del que le ha sido destinado por esposo. Pereira participa de esta creencia; su fondo receloso se agrava en él con un real amor paternal, comprendido en una forma salvaje, y con un sentimiento exagerado del honor que le parece siempre en peligro mientras tenga á su lado á la desgraciada criatura de cuyo sexo tiene tan mal juicio. En el caso de Meyer su alarma aumenta por la grotesca figura rubia del alemán. Los rizos albinos de su cabellera, su rubicunda fisonomía, la blancura de su piel, hasta sus ojos microscópicos, ocultos por espejuelos de miope, le parecen otros tantos encantos de aquel don Juan, de cuyas acechanzas debe precaverse á todas las horas. Es necesario leer el libro del vizconde de Taunay para saborear todos estos incidentes, imposibles de reproducir con todos sus detalles. La traducción de M. de Chastel facilitará este placer á aquellos de mis lectores que quieran gozar con las bellezas de esa obra tan distinguida.

Entretanto, la pasión de Cirino y de Inocencia va tomando incremento á pesar de todos los obstáculos que se oponen á ella, ó tal vez á causa de estos mismos obstáculos. La dulce niña se promete sin reserva á su amante, jurándole que morirá antes de ser esposa del Maneção. Pero Pereira ha dado su palabra, siente comprometido su honor en el cumplimiento de ella y es inflexible al exigirle sometimiento cuando llega á reclamarle su promesa el feroz arriero á quien está destinada. La desgraciada Inocencia no tiene más armas que sus lágrimas y su debilidad femenina. Con el heroísmo que da el amor á las naturalezas más frágiles, ella se atreve á desafiar la voluntad de su padre y los estallidos impotentes de su furor. Maneção se aleja sospechando que alguien se ha cruzado en el camino de

su felicidad, dispuesto á vengarse. Un soplo trágico pasa por sobre todas aquellas almas primitivas y arma el brazo asesino del bárbaro indisciplinado que sigue las huellas de Cirino con el instinto sanguinario del *puma* que olfatea el rastro del viajero. Al fin, lo encuentra en una encrucijada desierta y lo hiere á traición sin darle tiempo para defenderse. El desgraciado joven cae herido de muerte y expira poco después con el nombre de Inocencia en los labios helados por la agonía.

He aquí toda la trama de esa historia tan íntima, tan interesante, tan humana y conmovedora. La narración descarnada de su argumento, no da sino una pálida idea de sus bellezas. En toda ella circula un encanto misterioso, una poesía latente, un algo indefinible que hace de esa obra una de las creaciones más puras de la novela contemporánea y, sin duda, la más hermosa producción de su género publicada en el Brasil... ¡Inocencia! ¡dulce hermana de Esmeralda, de Margarita y de Liana! Al pronunciar tu nombre desfilan en la mente otras siluetas igualmente dolorosas y se entrevé á Ofelia sostenida por sus blancas vestiduras sobre las aguas del lago, y se recuerda el gesto de supremo pudor de Virginia salpicada por las espumas del naufragio. ¿Por qué encontramos en tí ¡oh pobre enamorada! un atractivo mayor que el que nos inspira el desfile de almas dolorosas que arrastra inmenso torbellino de la vida, como las ráfagas dantescas los cuerpos entrelazados de la pareja inmortal? ¿Por qué? ¿No hay acaso en tu sencillez y en tu candor una seducción secreta, una embriaguez misteriosa para los que estamos habituados á penetrar en los repliegues de organizaciones más complicadas, en los meandros de conciencias más obscuras, en el análisis y la intimidad de naturalezas... ¡ay! deformadas por la civilización, desprovistas de toda su espontaneidad, de toda la belleza de su temperamento nativo? ¡Inocencia! ¡los accidentes de tu vida están comprendidos en tu nombre humilde! Dos toscos palos en cruz, sujetos por el lazo del cipó, cubren la tumba en que duerme tu cuerpo hermoso en el desierto de Santa Ana de Parahiba ¡pero tu nombre vive y vivirá largo

tiempo, rejuvenecido por el talento del artista que diseñó tu figura y relató la historia de tu amor y tus sufrimientos!...

XVI

La última novela del vizconde de Taunay, *O Encilhamento*, es la antítesis más perfecta de *Innocencia* que podía imaginar su autor (1). ¿Pero es realmente una novela este libro inflamado de pasión generosa, destinado á retratar y execrar una época de delirio, en que la fiebre de la especulación enloqueció á la sociedad brasileira y que pasó como un ciclón por Río de Janeiro después de haber dejado montones de escombros humeantes en Buenos Aires?... Es cierto que en el cuadro vigoroso y exacto de aquel período vergonzoso aparecen algunos personajes preocupados de otros sentimientos que los exclusivamente mercantiles, y hasta se desarrolla entre ellos uno de esos frecuentes dramas del adulterio que han dado temas tan palpitantes al romance contemporáneo. Pero los tipos que predominan en *O Encilhamento*, los que caracterizan de una manera perfecta el tiempo que ha querido perpetuar el distinguido escritor, son personificaciones de todas las variedades del jugador y del bolsista que actúan en el torbellino de los negocios, son los representantes de la alta banca cosmopolita, que acuden como los cuervos al festín de los despojos, contando con las complicidades de los seides nativos que entran en la saturnal, — y el retrato de todos ellos está trazado con empuje y verbosidad admirables, con una verdad de detalles y una penetración de psicología que infunde vida á sus creaciones y deja sentir el músculo y la carne debajo del ropaje artístico con que están velados los originales de aquellos admirables *instantáneos*.

(1) HECTOR MALHEIROS, *O Encilhamento. Escenas contemporâneas*. 1894.

La tendencia política y doctrinaria, la desviación de la novela hacia el panfleto se acentúa á medida que se suceden los capítulos y acaba por predominar en la última parte en que el autor fustiga sin piedad los delirios y los escándalos de la jugarreta desenfrenada, olvidándose en absoluto de las acciones de sus primeros personajes para atacar con furor el estado social de su patria en los primeros años de la república. La pintura es vigorosa y merece reproducirse aunque no sea más que para recuerdo y vergüenza de lo que también hemos visto nosotros desde tan cerca :

« El gobierno, en la enloquecedora ansia de destruirlo todo, de derrumbarlo todo, metido en los escombros de la demolición, cubierto de polvo y de cal, anhelante de las glorias de la reconstrucción en el más corto plazo, á la carrera, sin demora, desdeñando la naturaleza y calidad de los elementos y materiales de que se iba sirviendo, buscando efectos inmediatos, como olvidado del futuro y del rigor de la lógica, amontonando premisas de que debían fatalmente resultar la más peligrosas consecuencias, —el gobierno, con la barreta y el pico en la mano, promulgaba decretos sobre decretos, expedía avisos y más avisos, concesiones de todas las especies, garantías de intereses, subvenciones, privilegios, favores sin fin, sin cuenta, sin sentido, sin plan, y de ahí otros tantos contragolpes en la Bolsa, pila poderosa rebotante de electricidad y letal pujanza, maderos enormes, impregnados de resina, prontos á llamear, arrojados á la hoguera colosal .

« Pululaban los bancos de emisión y casi diariamente se veían en la circulación monetaria notas de todos los tipos, algunas nuevecitas, hechiceras, artísticas, con figuras de mujeres hermosas y símbolos elegantes, otras garabateadas de prisa, emplastadas en grandes y equívocos borrones. Contratos de inmigración por gruesas, localización de millares y millares de familias europeas en todas las tierras baldías imaginables, un nunca acabar, la mitad de la Europa empujada para aquí, sin estorbos, sin dificultades que no fuesen superadas, — surgían á millares, bastando para darles forma la peti-

ción sencilla de cualquiera, ya rico, ya pobre, barón señalado ó más que modesto incógnito, sobre todo y especialmente, parientes, amigos, aduladores y paniaguados del momento. Presentaciones borroneadas sobre la pierna, en el intervalo de ruidosas conversaciones, entre dos bocanadas de perfumado habano, en los gabinetes ministeriales, sin indicación cierta de los lugares, todo en el aire, á ciegas y tontas, eran luego transferidas por buen dinero, centenas si no miles de contos, á compañías que de la noche á la mañana surgían como irisados y radiantes hongos después de los chubascos, y que vivificaban los incontables microbios de la podredumbre y de los estercoleros. Trabábase la responsabilidad del país en sumas pavorosas y jugábase con el crédito, el nombre y el porvenir de la nación... Por el empeño de los corrillos, por las maniobras de la abogacía administrativa impudente, — veíanse atendidas las más escandalosas reclamaciones, mil veces rechazadas y enterradas en los rincones más oscuros de los archivos; é indemnizaciones que clamaban al cielo abrían en los costados del tesoro público verdaderas brechas, más que sangrías, descubiertas á cada momento por los caprichos del dictador... ¡Oh! Sólo el estilo de Tácito ó el látigo de Juvenal...»

Los seres que se mueven en medio de ese torbellino financiero son familiares á todos los que conocen la crónica íntima de la época pintada por el vizconde de Taunay. Los nombres de Meyer-Mayer, doctor Ferreira Sodré, barón de Lamarín, baron de Corcundal, William Drows, yankee ennoblecido y decorado con el título pomposo de vizconde de Petrolina, el doctor Barreto Costa, y otros que sería largo enumerar son la máscara que oculta á personificaciones reales, no sólo brasileras, sino casi diría universales, y dignas de figurar en *La Curée* y *L'Argent* de Zola, como antes en las novelas de Balzac ó en las sátiras humorísticas del Dickens de *Dombey and Son* y de *Martin Chuzzlewit*. En este sentido, *O Encilhamento* — término de argot hípico, aplicado por el pueblo de Río de Janeiro á las ruedas callejeras en que los *corredores* se preparaban para entrar en la pista

bursátil y disputarse el premio — tiene un mérito especial retrospectivo, un interés histórico, como retrato de un momento único de la vida fluminense, como reflejo de las preocupaciones de aquellos días, de los sucesos que ocupaban la atención pública, de las individualidades que se movían en el escenario agitado de los primeros años del nuevo régimen. Algunas veces la alusión á estas es demasiado clara: la sátira del escritor va á herir de frente á personas á quienes ni siquiera se ha tomado el trabajo de disfrazar, por un desdén valeroso del convencionalismo, — y este procedimiento no merece mi aprobación. Hubiera preferido, por ejemplo, no ver figurar en aquella feria al ministro Serrano, á quien el autor de *O Encilhamento* describe en los siguientes términos primero, y á quien acaba por ridiculizar después: « Insinuante, amable, sagaz, hablaba bien portugués, casi sin acento. De allí también su grande aceptación en las ruedas femeninas, que buscaba siempre con muchas intimidades y elegantes cuchicheos. Después de proclamada la República, sobre todo, nada sobrepasaba su amor al Brasil. Afirmaba con gran tono de sinceridad que, á veces, olvidábase de haber nacido del otro lado del Plata, tanto sentía el corazón ligado á las tierras en que cantaba el *sabiá*. ¡ Qué naturaleza — todavía decía *naturaleza* — qué hombres, qué oradores, qué financieros, qué futuro, qué prosperidad! Cordialidad á todo trance, unión siempre, indisoluble, concordia en todo, sin la menor sombra, el más leve vestigio de desconfianza, completa lealtad de parte á parte, es la base que proponía para el debate de la secular cuestión de las Misiones, la mesa sobre la cual urgía repartirse como rosado jamón, de medio á medio, sin más, Chopines y Chapecós, Pepirys y Santo Antonio *mirinas* y *guazús*, aquel bravío territorio, tantos decenios litigiosos »...

La filosofía de *O Encilhamento* es amarga, la moral que se desprende de sus páginas está velada en tinta sombrías. ¿ Podemos creer, entretanto, enteramente justo el juicio de su autor sobre la época que pinta y los hombres que analiza? ¿ No habrá algo de prevención,

de hostilidad inconsciente, de antipatía de creencias y de opiniones políticas en su temible catilinaria novelesca? Por mi parte creo que, sin dejar de ser exacto en la descripción de los accidentes que relata, el autor de *O Encilhamento* no es enteramente justo, y se muestra tal vez airado en demasía al apreciar las intenciones de los hombres públicos de su país, que, con propósitos sanos, querían transformar el molde tradicional de la sociedad brasilera, é infundir sangre nueva en su organismo anémico y debilitado. Pero el análisis de esta cuestión me conduciría demasiado lejos, y prefiero insinuar esa duda como única respuesta á muchos de los arranques de genialidad y de exageración que salpican las páginas elocuentes y vibrantes de eselibelo interesante, que parece haber sido escrito después de una lectura asidua de las cartas de Junius y las irónicas reflexiones de Courier.

Para diseñar, aun de una manera incompleta, la personalidad intelectual del vizconde de Taunay, debería detenerme en el examen de sus discursos de política y de sus estudios críticos. Los primeros tocan todas las cuestiones que más han interesado al Brasil y á las naciones sud-americanas: la inmigración, la colonización, el problema de la esclavitud. Todos estos temas han sido tratados por él con altura y honradez de miras y de tendencias, con acopio de datos informativos y con la preocupación celosa del estadista que consagra su vida al servicio de su patria. Los segundos forman dos opúsculos, dedicados á la *Historia de la guerra del Pacífico* y á estudios de *Literatura y Filología*, entre los cuales se encuentran dos largos juicios sobre Zola y sobre el novelista italiano Salvatore Farina.

El vizconde de Taunay ha sido militar y tiene una predilección justificable por todo lo que se refiere á su antigua carrera. Así, no es de extrañar que haya dedicado un extenso trabajo á la contienda entre Chile y la malhadada alianza Perú-boliviana. Desgraciadamente, al trazar la historia de aquella campaña, él se limita á seguir servilmente la obra de Barros Arana sobre el mismo asunto,

sin haberse tomado el trabajo de controlar ó rectificar sus apreciaciones y sin advertir el espíritu de odio ciego é implacable contra el vencido que inspira á aquella obra destinada á mistificar á la opinión extranjera. No me es posible ocultar la impresión deplorable que produce la ligereza con que un hombre de inteligencia tan cultivada y de sentimientos tan nobles como el vizconde de Taunay, se decide á estampar afirmaciones como aquella en que asegura que en la contienda del Pacífico, Chile «fué provocado por la arrogancia y la falta de consideración de vecinos envidiosos y turbulentos»... Los que poseen el más superficial conocimiento de la verdad de los hechos saben que lo contrario es la verdad; que Chile se preparó pacientemente para ella, y, para salir del hambre que amenazaba á su pueblo y de la bancarrota que asomaba á sus puertas, decidió apoderarse de Tarapacá, que hasta hoy es la fuente más importante de sus recursos. No es necesario documentar estas cosas, que son conocidas por todos y basta mencionarlas de paso para mostrar la injusticia y la inexactitud con que ha procedido en este caso el distinguido escritor.

La historia de esa guerra no ha sido escrita. Los trabajos imparciales de Marckam y de Carvallo rozan apenas sus principales incidentes sin detenerse en sus detalles. Cuando ellos salgan completamente á luz, cuando se haga el catálogo de todas las violencias y los excesos del vencedor, — desde el bombardeo de trenes de mujeres y niños indefensos, hasta el asesinato de los heridos amparados por la bandera de la Cruz Roja, y el saqueo organizado de las hordas de merodeo capitaneadas por el famoso capitán Linch, — se podrán apreciar en su verdadero valor las *glorias* de aquel asalto en que, bajo la capa del patriotismo, se ocultaba la voracidad del botín. La lección que para su patria encuentra el vizconde de Taunay en aquella lucha en que toda la justicia está de parte del vencido, debe ser aprovechada por las naciones sud-americanas, inclinadas á la indiferencia y al descuido de sus intereses internacionales. La ferocidad sangrienta, el abuso de la fuerza, el ensaña-

miento contra el débil son, sin duda, acciones deplorables y bastan para manchar el nombre de pueblos que poseen la conciencia de su honor nacional; desgraciadamente, la tendencia á estas transgresiones del derecho y de la justicia son innatas en sociedades poco civilizadas, imbuídas en el orgullo de su propia suficiencia y deseosas, por la condición ingrata de su naturaleza, de aumentar sus rentas con la riqueza de sus vecinos. En este sentido, la guerra del Pacífico ha sido benéfica y sus consecuencias favorables para aquellos que se descuidan y duermen mientras el invasor acecha sus puertas y se dispone al escalamiento. He aquí lo único digno de elogio que, — fuera del infortunado sacrificio peruano — encuentro en aquella guerra, envilecida por los trofeos del vencedor que cargaba alegremente, como prenda de su botín, para trasladarlos á su territorio, las estatuas de la Exposición y el cuadro de los *Funerales de Atahualpa* confundidos con las sábanas usadas del hospital Dos de Mayo, los incunables y los manuscritos de la Biblioteca, al mismo tiempo que las vespasianas de las plazas de la ciudad de los Reyes.

MARTÍN GARCÍA MÉROU.

(Continuará.)

ESTÉTICA MUSICAL

Y CONCIERTOS SINFÓNICOS

III

LA MÚSICA EN BUENOS AIRES

Salustiano Zavalía. — Nació en Tucumán el 8 de junio de 1808 (1) y murió el 16 de enero de 1873. Al igual de Alcorta, hizo sus primeros estudios en Catamarca bajo la dirección de fray Ramón de la Quintana, pasando después al Colegio Monserrat, en Córdoba, donde cursó derecho, y tuvo por maestro de música á Cambeses. La circunstancia de haber tenido los mismos maestros y de estar unidos por lazos de parentesco, determina entre Zavalía y Alcorta semejanza tan marcada de gustos artísticos y aficiones literarias, de principios políticos y tendencias morales, que podrían compararse á dos medallas vaciadas en el mismo molde, á dos gemelos amamantados por la misma leche. Ambos adoran la música, sobresalen como ejecutantes, Zavalía en la guitarra, Alcorta en la flauta, y cultivan la composición, en medio de los azares de la vida política de entonces y de las tareas profesionales; en el dominio de

(1) Y no en 1810 como dice Mansilla (*Retratos y Recuerdos*, Buenos Aires, Coni, 1894).

la composición abordan los mismos géneros: Zavalía versifica en latín, Alcorta escribe la letra de casi todas sus canciones. Lucio V. Mansilla (1) al trazar el retrato de Zavalía nos dice que era «docto en derecho, poeta y excelente escritor,» y Nicolás Avellaneda (2) dice de Alcorta que «Dios le había dotado de una inteligencia penetrante y de una exposición luminosa, para la difusión de las verdades y doctrinas útiles» y que «su estilo sencillo y ameno, su exposición animada y nutrida de ideas bastaban para hacer de él un escritor notable»; ambos eran *unitarios*, y á fuer de tales, perseguidos por la caterva de carreteros entronizados del interior de la República; ambos fueron distinguidos hombres públicos, ambos tuvieron carácter austero, trato ameno y bondadoso, esmerada educación, porte y modales aristocráticos, y fueron fieles á sus doctrinas como á sus amigos, fieles á su partido como á sus ideales, fieles á sus musas como á sus familias.

Zavalía desempeñó en Tucumán diversos puestos públicos, fué presidente de la cámara de representantes durante el gobierno de Heredia, ministro de Piedra Buena en 1838, juez, diputado, gobernador provisorio en 1856, gobernador electo en 1860. Fué también diputado al Congreso constituyente de Santa-Fe, y senador de la Nación. Entre sus principales trabajos jurídicos se cuenta la primera Constitución de Tucumán, que redactó en colaboración con Uladislao Frías.

La producción musical de Zavalía consiste: en minuetos, cuadrillas y valsés para piano; en piezas y variaciones sobre temas nacionales y temas originales para guitarra y flauta; en misas que se ejecutaban en las iglesias de Tucumán y Santiago del Estero y no sabemos si se conservan aún.

Lucio V. Mansilla refiere en sus *Retratos y Recuerdos* que Zavalía tocaba primorosamente la guitarra; tocaba también la flauta

(1) *Retratos y Recuerdos*.

(2) A. ALCORTA, *Escritos económicos*, Buenos Aires, 1862.

y el piano. Estos conocimientos artísticos fueron preciosos para Zavalía, el día en que tuvo que procurarse el « pan amargo del extranjero », emigrando al Perú. Es lástima que sus composiciones se hayan perdido. El minué que hemos oído ejecutar al piano por uno de sus hijos tiene, como los minués de sus contemporáneos Alcorta y Alberdi, el sello rítmico y melódico de la música popular argentina; mientras que el acompañamiento en forma de arpeggios quebrados, cual son por lo general los de guitarra, imprime al minué un movimiento ondulante y gracioso como un requiebro de gaucho, la melodía se dibuja tierna y melancólica como el mirar de una china enamorada.

Juan Pedro Esnaola.—Nació en Buenos Aires el 17 de agosto de 1808, y murió el 8 de julio de 1878. Su tío D. José Antonio Picazarri dirigió sus primeros estudios musicales y lo condujo á Europa, cuando era niño aún, con el objeto de perfeccionar su educación musical. Después de haber completado sus estudios en el piano, el canto y la composición en los conservatorios de París y Madrid, regresó á Buenos Aires en el año de 1822 (1). El talento artístico del joven Esnaola provocó entonces la admiración y despertó el entusiasmo de sus compatriotas. El inteligente crítico musical del *Argos de Buenos Aires* se expresaba en estos términos acerca de él: « lo hemos oído con asombro cantar y tocar el piano según los últimos progresos del arte, y de un modo desconocido hasta ahora en el país ».

El 1º de octubre de 1822 fundó Esnaola la academia de música, de la cual fué director D. José Antonio Picazarri. El gobierno progresista de aquella época protegió la naciente institución destinando para su establecimiento las piezas altas de la casa consular, y costeano la enseñanza de varios jóvenes de ambos sexos. Repro-

(1) Y no en 1824 como dice el *Diccionario biográfico americano* de Cortés (Paris, Lahure, 1875).

ducimos á continuación, y á título de curiosidad, el programa del concierto de apertura de dicha escuela, al cual « asistieron los ministros de Gobierno (1) y Hacienda (2) acompañados por el diputado de Santa Fe D. N. Seguí, y muchas señoras aficionadas (3) :

PRIMERA PARTE

Canción : *La Gloria de Buenos Aires*.
 Concierto de piano, de DUSSEK.
 Cavatina de la ópera *La urraca ladrona*, de ROSSINI.
 Andante y Rondó del concierto.
 Duo de la misma ópera.

SEGUNDA PARTE

Obertura de MOZART.
 Dueto de Puccita.
 Trio de piano, de PÁEZ.
 Cavatina de *Torvaldo y Dorliska*, de ROSSINI.
 Terceto de la ópera *L'Agnese*, de PÁEZ.

El 11 de noviembre de 1822 dió la academia de música la primera función mensual, dispuesta por su director, á la cual asistieron también los ministros Rivadavia y García. « Once niñas de las más adelantadas (dice el cronista del *Argos*) ejecutaron con primor alternativamente varias piezas de canto italiano y español, siendo acompañadas en los coros por tres alumnos, su joven maestro y el director. Se distinguió, como siempre, al canto y piano, D. J. P. Esnaola, quien en su tierna edad es el Nestor de la música ».

Esnaola figura como pianista y cantor en los programas de los

- (1) Bernardino Rivadavia.
 (2) Manuel José García.
 (3) Véase *El Argos de Buenos Aires*.

conciertos de aquella época fecunda para la cultura argentina. Esos comienzos, colmados de elogios y aplausos, augurábanle envidiable porvenir en la carrera de las artes, pero no tardó en abandonar el camino del templo de Apolo para dirigirse al templo de la Bolsa, prefiriendo el brillo del oro al brillo de la gloria.

Las composiciones de Esnaola son las siguientes : *Colección de piezas*, escritas en Madrid (1822); *Gran sinfonía* (obertura), *Misa* á tres voces (1824); *Requiem* para orquesta, *Misa* á cuatro voces (1825); *Misa Sinfonía* (obertura), *Cavalina* con acompañamiento á gran orquesta (1826); *Salve*, *Marcha fúnebre* (1827); *Sinfonía* (obertura) (1830); *Cánticos* para Semana Santa (1832); *Gran Miserere* á cuatro voces, *Piezas de Salón* (1833); *Canciones* (1834-1835); *Marcha fúnebre y militar* (1836); *Valse* á grande orquesta, *Paso doble* para banda (1837); *Rondó á la española* (1840); *Paso doble*; *Himno* á la Filarmónica (1856); *Himno* á la Virgen (1868); *Colección de piezas* (1840-1860).

La mayor parte de estas obras permanecen inéditas aún. El periódico *La Moda*, que redactaba Alberdi, publicó algunos *minués* en 1838; las *canciones* compuestas en 1834 y 1835 se publicaron en Alemania sin autorización del autor; la revista musical *Mefistófeles*, que fundó el pianista y compositor argentino Luis J. Bernasconi, publicó un vals (número 6) y una canción titulada *Ven dulce amiga*; y en 1892, Santiago Calzadilla, que fué amigo y discípulo de Esnaola, publicó dos cuadernos de composiciones que contienen : seis valeses, cuatro minués, una polka, una cuadrilla y una canción con acompañamiento de piano ó guitarra, que lleva por título *El Pescador de Palermo*.

Las producciones de Esnaola que más boga alcanzaron en su tiempo, fueron el *Rondó á la española* y el *Miserere* á cuatro voces que tradicionalmente se canta todos los años en la iglesia de San Ignacio.

Creemos que Esnaola, que tiene la gloria de ser el decano de los pianistas argentinos, fuera mejor ejecutante que compositor. Ber-

nasconi, que lo oyó tocar, dice que era un gran pianista cuya escuela perfecta pertenecía á la de Thalberg. Á pesar de que este juicio, como el que también hace de sus valeses llamándoles «joyas artísticas», nos parece abultado por el cariño ó el patriotismo, Esnaola tiene el mérito de haber sido el único pianista argentino en su tiempo, á la vez que un distinguido pianista.

Sus composiciones pertenecen á una época tan distinta de la nuestra y á una escuela tan diversa de la actual, que limitaremos nuestra apreciación á establecer un paralelo entre éstas y las de sus coetáneos. Las composiciones de Esnaola, con excepción del *Minué federal ó montonero*, presentan menos sabor nacional que las de Alcorta, Zavalía y Alberdi, pero en cambio denotan mayor dominio de la forma; tienen tal vez menos originalidad; pero revelan mayor cultura del arte.

Esnaola fué presidente del Banco de la Provincia y, por vía de contraste, presidente honorario de la Sociedad del cuarteto y otras sociedades musicales, y presidente de la escuela de música de la provincia de Buenos Aires, donde hizo sus primeros estudios el que estas líneas escribe.

Juan Bautista Alberdi.—Nació el 29 de agosto de 1810 (1) en la ciudad de Tucumán, y murió en París el 18 de junio de 1884. La vida de Alberdi y sus numerosos escritos han sido minuciosamente estudiados por distinguidos escritores americanos (2), que ensalzan su profundidad como pensador, la brillantez de su estilo, la argumentación vigorosa de sus escritos jurídicos, su temible plu-

(1) Y no en 1814 como dice el *Diccionario enciclopédico hispano-americano*, el cual reproduce textualmente la noticia biográfica que acerca de Alberdi contiene el *Diccionario biográfico-americano* de Cortés.

(2) *Juan B. Alberdi* por Gonzales Bulnes (Revista Chilena). *Alberdi, su vida y sus escritos* por M. A. Pelliza (Buenos Aires, 1874, Casavalle). *Juan Bautista Alberdi* (Ensayo crítico) por Martín García Mérou (Buenos Aires, 1890, Lajouane). *Apuntes biográficos* por Manuel Bilbao y Arturo Reynal O'Connor (Obras completas, 10 tomos, Buenos Aires, 1886, edición costeada por el Gobierno nacional).

ma de polemista, su fecundidad. Nosotros nos ocuparemos aquí tan sólo de la faz menos conocida de su personalidad, de su talento musical.

Alberdi estudió la música con Cambeses, y cultivóla por vía de adorno y entretenimiento, como él mismo nos lo dice en sus *Cartas sobre la música*. Tenía gran facilidad para improvisar y componer, y poseía privilegiada memoria musical, que más de una vez pudo asombrar á sus amigos, cuando, de vuelta del teatro, sentábase al piano reproduciendo con rara exactitud los temas principales de la ópera que juntos acababan de escuchar.

Las composiciones de Alberdi despiertan doblemente nuestro interés por ser debidas á la pluma de uno de los más preclaros ingenios de las letras argentinas, y por rebosar frescura é ingenuidad espontáneas. Sus páginas de piano, los *minués* y las *valzas* (1) que tanto prefería, se distinguen por la naturalidad y donaire de los giros, por la sencillez popular de la armonía, por el tinte de melancolía criolla y por lo delicado del sentimiento.

La costumbre que reinaba entonces entre los compositores argentinos de regalar los manuscritos de sus producciones á las personas á quienes eran dedicadas, sin conservar copia alguna ni cuidarse de la suerte que les esperaba de parte de las *polillas*, aficionadas á los papeles, ni de parte de los *aficionados*, polillas de los autógrafos, ha ocasionado la pérdida de la mayor parte de las obras musicales del autor que nos ocupa. Las composiciones que han llegado á nuestras manos, después de mucho indagar é investigar, son las que se publicaron en 1838, en el boletín musical del periódico *La Moda*, por él fundado el 18 de noviembre de 1837, y que pasamos ahora á enumerar: *Minué* en sol menor, publicado en el número 4 de aquel periódico; *Minué* en la menor, sobre motivos de Ivanhoe (2) (número 9); *Valza* en fa mayor (número 1); *Minué* en si bemol ma-

(1) Valses.

(2) Ópera de Rossini y Pacini, representada en París en 1826.

yor (número 17) (1). Conocemos también el vals *La Minerva*, en do mayor, colocado al frente del *Ensayo sobre un método nuevo para aprender á tocar el piano con la mayor facilidad*, que publicó Alberdi en 1832.

Los *minués* de Alberdi, como casi todos los compuestos por autores argentinos de la misma época, constan de dos períodos de ocho compases cada uno, y forman verdaderas miniaturas. Ya entonces se habían dado cuenta aquéllos que, en materia de arte, la dificultad no estriba en las dimensiones de la obra, sino en lo artístico de la ejecución, que hoy el mérito de los cuadros no se mide por el tamaño de la tela, ni se juzga de la música por el número de páginas, y que más valen los ocho versos del madrigal de Gutiérrez de Cetina que los ciento cincuenta mil y pico de endecasílabos del poema de Juan de Castellanos.

Alberdi se expresaba sobre este tópico, en su folleto *El espíritu de la música*, del modo siguiente: «Lo que multiplica tanto entre nosotros las malas valzas y minuetas, es, que todo el mundo se cree con derecho á componerlas. La obra es corta, se dice, luego es fácil ¡ bella conclusión! Adviértase que un romance, un minuet, una valza tienen un principio, un medio, un fin; y que cuanto más estrecho es el cuadro tanto más puros y bien descriptos deben estar los contornos. Desengañarse: no hay nada pequeño en las artes. Tal cuarteta de Voltaire ha exigido quizá más talento que una tirada de Mahomet, y se reconoce tanto á Mozart en sus valeses como en sus sinfonías.»

En 1832 publicó Alberdi dos folletos acerca de la música. Uno de estos se titula *El espíritu de la música á la capacidad de todo el mundo*, y fué compuesto, según lo advierte su autor, con elemen-

(1) No estamos seguros de que éstas sean todas las composiciones publicadas por Alberdi en *La Moda*, pues el ejemplar de este periódico, hoy rarísimo, que hemos tenido á la vista, gracias á la amabilidad del doctor don Ernesto Quosada, estaba incompleto y no traía la composición de la niña Justina Isla que cita Pelliza en su biografía de Alberdi.

tos traducidos de varios libros franceses y principalmente de los de Fétis, Marigny, Rousseau y Castil-Blaze. Exceptuando uno que otro desacierto, harto disculpable si se atiende á la época en que se compiló, puede calificarse de excelente este tratadito de estética musical. Daremos aquí una muestra de las ideas juiciosas y avanzadas que en él campear.

«La obertura es una de las piezas más difíciles de la composición. En general para un compositor que sabe hacer una obertura ó una sinfonía de un mérito mediano, hay veinte que son capaces de componer una bella escena; porque basta para esto tener un poco de alma y sensibilidad, mientras que para lo otro se requiere aliento, lógica y mucha arte, sin lo que es imposible jamás dar al todo aquella unidad que exige una obertura ó una sinfonía.»

Acerca de las oberturas de Rossini, dice nuestro compilador: «Rossini ha probado demasiado que el genio más feliz del mundo sin doctrina musical, no es bastante para sacar partido de las ideas más favorables».

En el capítulo de los instrumentos é instrumentistas se lee: «Una de las más grandes dificultades del arte de tocar el piano consiste en sacar un buen sonido, por cierto modo de herir la tecla».

En el capítulo de la ejecución en general, dice: «La destreza puede alguna vez sorprender por sus prodigios; pero el privilegio de ejecutar es exclusivo de la verdadera expresión».

Cuando escribe el curioso capítulo sobre las «Reglas para juzgar una pieza que se oye por primera vez» despiertan la atención las siguientes reflexiones: «¿Agradable? es lo que todo el mundo tiene derecho á juzgar. ¿Bien hecha? es el punto de la dificultad. La buena ó mala construcción de una obertura depende del orden de las ideas. Una obertura puede ser rica en invención y estar mal hecha si sus ideas son inconexas.

«No todos pueden saber si la composición es realmente original, ó no es más que un plagio. Eso importa poco. Los plagios por lo regular son de dos especies. Cuando el autor toma una idea vulgar,

ó reproduce sin pudor lo que han hecho veinte antes que él: el desprecio público y el profundo olvido en que caen tan pronto como asoman es comunmente el pago de estas obras. La otra especie de plagio es aquella que no han desdeñado los más grandes maestros, y consiste en tomar ideas interesantes de las obras desconocidas, enriquecerlas y mejorarlas con todas las gracias del arte, como hace el genio con todo lo que abraza. Los eruditos, ó si se quiere los pedantes, son los que cuidan ordinariamente de hacer notar estos plagios; pero el público los desprecia, y hace bien.»

No nos corresponde á nosotros hablar del estilo de este folleto, pero debemos advertir que en él ensayó Alberdi por primera vez su pluma y esto puede hacer disculpable su forma desaliñada y poco castiza.

El segundo folleto que lleva el nombre de *Ensayo sobre un método nuevo para aprender á tocar el piano con la mayor facilidad*, y está dedicado á su maestro de ideología, el doctor Diego de Alcorta, es un catecismo ó cartilla destinado á los aficionados que no se proponían tener más que un barniz ó conocimiento somero del piano y del solfeo.

Si en vez de dedicar Alberdi sus principales fuerzas intelectuales al cultivo de las letras las hubiese dedicado al cultivo de la música, tendríamos quizás que señalar en aquella época un compositor argentino de indiscutible mérito, á pesar de que nosotros creemos que se requieren facultades más extraordinarias para sobresalir en la composición musical, que en la literatura ó en cualquiera de los otros ramos de la actividad humana.

ALBERTO WILLIAMS.

(Continuará).

SANTIAGO LINIERS

(Continuación)

II

LA INVASIÓN INGLESA

Al finalizar el año de 1805, en un breve intervalo de pocas semanas, la batalla naval de Trafalgar y la terrestre de Austerlitz marcaron el respectivo apogeo de los émulos seculares cuya rivalidad histórica, fecunda cuanto sangrienta, es uno de los factores de la moderna civilización. Si Francia adquiría en el continente un predominio indiscutible, iba á ser mucho más duradero y eficaz, si no más legítimo, el de Inglaterra sobre los mares: de esta doble evidencia fluyen los acontecimientos que en los años inmediatos trastornaron el mundo. El inmenso navío fondeado, á que se asimila la isla gloriosa, podía levar anclas y recorrer las olas con su pabellón al viento, seguro de no ser atacado y de no conocer otra derrota que el merecido rechazo de tal cual agresión, más insolente, aunque no más injusta que otras.

Entonces el león británico, como el de la Escritura, giró la vista á las cuatro partes del mundo, *quærens quem devoret*; y, en tanto que el conquistador francés escribía en la arena su heroica epopeya, —

efímera en los hechos, eterna en la memoria, —el pueblo viril y práctico de Hastings y Pitt señalaba en el mapa las comarcas lejanas que prometían una presa más fácil á su ambición y lucrativa á su voracidad. Por otra parte, ahora más que nunca necesitaba abrir nuevos mercados á su comercio, nuevas salidas á sus manufacturas. Si Trafalgar le daba el poder de renovar su programa, el inminente decreto de Berlín se lo impondría como una necesidad. Al pronto, las colonias holandesas y españolas habrían de pagarle los primeros desembolsos del Bloqueo continental. Tal es la doctrina «leonina», base del poderío nacional, que basta á explicar la historia moderna de Inglaterra: sus glorias mezcladas de logrerías, su grandeza complicada de especulación. Ese espíritu de lucro heroico domina el alma inglesa, de arriba á abajo, así en el ministro que codicia una colonia como en el corsario obscuro que hace presa de un galeón; y en cada aventurero salido de Plymouth ó Liverpool para talar una factoría lejana, se anida el propio instinto de audacia artera y brutal, ennoblecido por el orgullo patrio de un Roberto Clive. Su himno nacional es un grito de soberbia que consagra su dominio y su aislamiento en el océano: celebran sus cruceros como otros sus cruzadas; y el *Rule the waves* de su poesía popular da réplica cabal y grandiosa al *struggle for life* de su ciencia positiva. No ha de ser fortuita la *eclosión* del darwinismo en la isla de los Drake y Cavendish. — Abrid la más humilde de esas innumerables relaciones geográficas que obstruyen la literatura inglesa, y hallaréis bajo la pluma de un clergyman ó de un rudo *pioneer* el mismo sentimiento de la solidaridad británica, esa misma preocupación, acaso inarticulada, de la «mayor Inglaterra», que revienta magníficamente en los ensayos de Macaulay y las arengas de Disraeli. Por eso es que, secreta é implícitamente, y á pesar de las protestas ó desaprobaciones exteriores de su gobierno, cada jefe de expedición lejana, por subalterno que sea, se siente independiente y, como vamos á verlo, impelido á intentar de su cuenta cualquier empresa que tenga por objeto el engrandecimiento británico: desautorizado en pú-

blico por el gobierno, cuenta con su aprobación oculta. Sabe que será aceptado cualquier triunfo, si bien condenado cualquier desastre. Ante el derecho internacional, el éxito es siempre un elemento del juicio : en Inglaterra, es su criterio casi absoluto. Á igual de todos los argonautas de su país, Sir Home Popham, al emprender sin órdenes la conquista de Buenos Aires, no ignoraba á qué condición estaba de antemano sometida : tenía enfrente el ejemplo del almirante Byng, fusilado por su desastre ante Menorca ; pero quiso correr el albur y, como allá se dice, *to try his luck*, probar su suerte. El único delito era la victoria, la que fué acogida con entusiasmo : el Almirantazgo vituperó la derrota. — En el fondo, hay que confesarlo, la lógica inglesa es la lógica humana. Sin duda, Inglaterra, que no ama á nadie, no es amada de muchos. En el desempeño de su vasta misión civilizadora, que encubre el tráfico de Cartago bajo el orgullo de Roma, no escucha bastante el lamento que levantan las víctimas de sus violencias ó usurpaciones. Su política sin entrañas despierta antipatía, su protección usurera no cría gratitud. Aun cuando brinda una fruta de sazón á su huésped del día, éste siente el duro hueso central por entre la pulpa jugosa. Su acción exterior, cuando más « altruista » en la apariencia y más benéfica en la realidad, no deja nunca de ser la irradiación de su egoísmo. Pero se consuela, mejor dicho, vive consolada : le consta, con la historia en la mano, que ha tomado la mejor parte. Resulta más admirada que odiada, sobre todo entre los pueblos débiles y pobres que adoran la fuerza ruda y la riqueza. De esto hallaremos algunas muestras características en el siguiente bosquejo de la reconquista y defensa de Buenos Aires, al determinar el papel que en ambas jornadas desempeñó Santiago Liniers.

I

No esperó Inglaterra su victoria de Trafalgar para disponer un ataque á las colonias de los aliados, ni, como se ha dicho, fué consecuencia de esa jornada harto decisiva, el envío inmediato de una escuadra á recuperar el cabo de Buena Esperanza, devuelto á la República báltava por el tratado de Amiens (1). Desde julio de 1805, el ministro Castlereagh, secretario para las colonias en el presente y último ministerio de Pitt, cumplía un antiguo designio de su jefe y amigo, al designar al mayor general Sir David Baird para mandar en jefe la expedición armada contra el Cabo, que « en breves días » debía embarcarse en Cork y reunirse en Madera. Según las instrucciones « muy secretas » transmitidas por el Almirantazgo, la escuadra confiada al capitán Sir Home Popham, después de embarcar los 6654 hombres de Baird, debía zarpar sin demora para su destino, y realizada la conquista del Cabo (que se daba por segura), distribuirse entre Santa Helena y la India. No se hacía mención del Rio de la Plata. Fuera de los transportes, dicha escuadra comprendía los navíos *Diadem*, *Belliqueux*, *Diomede*, *Raisnable* (64 cañones), las

(1) VICENTE F. LÓPEZ, *Historia de la República Argentina*, I, 549-50. Repetimos que es obligación penosa pero indeclinable prevenir al lector contra varios errores materiales diseminados en obras que, por su indisputada autoridad, tienden á perpetuarlos é imponerlos. Nadie llegó jamás á la verdad absoluta, pero es deber de probidad procurarla y perseguirla sin omitir esfuerzo ni ahorrar labor. El brillante y espontáneo escritor, que cultiva la inexactitud como un dón literario, se ha excedido á sí mismo en las dos páginas citadas. Casi no hay proposición que no contenga un juicio imperioso ingerido en un error material. V. gr. : el envío de la expedición para el Cabo no es posterior sino muy anterior (seis meses) al combate de Trafalgar ; la muerte de Pitt ocurrió *después* de la toma del Cabo, y se vienen al suelo las consideraciones imaginarias que llenan media página ; lo de « la *anexión* de los Países Bajos y *Holanda* á los dominios (?) de los *hermanos* de Bonaparte », encierra tantos errores como palabras ; etc., etc. — Es sabido que la República báltava, satélite de Francia, como España, desde 1795, fué erigida en reino de Holanda para Luis Bonaparte, en junio de 1806, pero el país no fué anexado al Imperio hasta 1810.

fragatas *Narcissus* y *Leda* (32 cañones) y el bergantín (*gunbrick*) *Encounter*; componían las fuerzas de desembarco los regimientos de infantería, números 24, 38, 71, 72, 83 y 89, el 20 de dragones, más 320 hombres de artillería ó maestranza y 546 reclutas. El capitán Popham enarbolaba « ancha insignia » de comodoro (durante la ausencia de un almirante) en el navío *Diadem*.

El jefe de la expedición, mayor general Sir David Baird, era un excelente oficial que se había ilustrado en la India durante la guerra contra Tippoo Sahib. Siempre pospuesto á algún rival afortunado (á Wellington, especialmente), el héroe de Seringapatam solía apellidarse *Ill-luck* (en francés diríamos *Guignon*), aludiendo á sus mal pagados servicios; murió en 1829, acribillado de heridas y hasta el fin superior á su fortuna. En cuanto al brigadier general Sir William Carr Beresford, que mandaba en segundo, estaba destinado, después de su accidentada campaña en el Plata, á cubrirse de gloria en Portugal y España, bajo las órdenes de Wellington; á consecuencia de la batalla de Toulouse contra el mariscal Soult, como en otro lugar he referido, fué creado par de Inglaterra. Valiente y arrogante, unía á su pericia militar una habilidad diplomática de que dió pruebas acaso excesivas en Buenos Aires (1).

La flotilla, después de tocar en Bahía (2), se dirigió al Cabo, desembarcando las fuerzas en Lospard Bay á principios de enero de 1806. El día 8, la división inglesa atacó á la holandesa, fuerte de 5000 hombres, en una meseta vecina de la ciudad. El general holandés Jansens, á pesar de su reconocida experiencia, cometió el mismo desacierto que más tarde nuestro Liniers en el primer acto de la Defensa. Abandonó los muros de la capital y presentó batalla en

(1) Dice el historiador López, con su gracia fácil: «Beresford tenía en su mirada toda la malicia que tiene *el ojo* de un bizco.» Debiera decir: el ojo de un tuerto. Había sido, en efecto, herido en un ojo, durante la campaña del Canadá; y así presentado, el chiste se vuelve menos picante.

(2) El hecho tenía que producir alarma en Buenos Aires, y, por sí solo, demostraría que su ataque ulterior no estaba en el programa de Popham.

campo raso. Se hizo derrotar, después de una enérgica resistencia, y, el 18, se firmó por Jansens y Beresford la capitulación, con los honores de la guerra, que convertía para siempre la colonia del Cabo en posesión británica (1). — Un rasgo muy inglés : hasta muchos días después de la capitulación, el vencedor dejó flotar en las torres la bandera holandesa, para atraer á los buques franceses de crucero en esos parajes ; cayeron efectivamente algunos en la ratonera, — entre otros, la fragata *Volontaire*, — y en el purgatorio de los filibusteros, la sombra de Morgan hubo de regocijarse...

Así preparado para empresas gloriosas y lucrativas, Sir Home Popham, cuya carrera debió más á la intriga poco escrupulosa que al mérito profesional (2), comenzó á dar oídos á ciertos rumores que de su misma tripulación le llegaban indirectamente. Hallábanse á bordo del *Diadem* dos marineros que habían trabajado en el Plata ; uno de ellos, sobre todo, antiguo residente en Buenos Aires, pintaba á pedir de boca el estado indefenso de la capital, tan desprovista de armas y tropas regulares que se brindaba á cualquier golpe de mano audaz. Sólo entonces, probablemente, Sir Home hizo memoria del antiguo proyecto de Pitt, tendente á « cooperar con el general venezolano Miranda para alcanzar en Sud-América una situación

(1) MITRE, *Historia de Belgrano*, I, 115 : « La expedición se apoderó del Cabo á poca costa en 1805. » Ni fué en 1805 ni á poca costa : los holandeses dejaron 700 hombres en el campo de batalla y los ingleses, 212. — Entre los artículos de esa capitulación, merece señalarse la condición del artículo IV, impuesta por Beresford, y por la cual los militares heridos y caídos en manos de los ingleses no gozaban del derecho general « concedido á las tropas por su bizarra conducta », de ser embarcados y enviados á Holanda : « Siendo ya éstos prisioneros de guerra, cualquier decisión á su respecto pertenece únicamente al comandante en jefe británico. » Es poco más ó menos la tesis que sostuvo Liniers contra el mismo Beresford prisionero : *pati legem quam fecisti*. El general inglés no admitió en Buenos Aires como necesaria la ratificación del comandante en jefe nominal. Volveremos sobre esta tesis dudosa ; entre tanto, la capitulación del Cabo no fué ejecutoria hasta su ratificación por Baird y Popham.

(2) La *Edinburg Review* menciona su nombre, una vez para atribuirle un mapa hidrográfico sólo notable por su inexactitud, y otra (1820) para mezclarle á un negocio de presa marítima *illicit by our law*.

favorable al comercio inglés» (1). También por esos mismos días de febrero, tuvo noticia de encontrarse entre los buques anclados en Table Bay un bergantín negrero *Elizabeth*, cuyo capitán y propietario, el norte-americano T. Wayne, viejo espumador de mar y costa, frecuentaba de años atrás los puertos platenses (2). Después de algunas entrevistas, en que Wayne corroboró abundantemente las referencias de los marineros, la convicción del comodoro estaba hecha y su partido tomado. Faltaba persuadir al general Baird, jefe exclusivo de las fuerzas de tierra y que alimentaba ambiciones más nobles que las de Popham. El paso era aventurado: contra las instrucciones categóricas del Almirantazgo y bajo la responsabilidad de privar la nueva conquista ó la India siempre inquieta de una división naval y militar acaso requerida en cualquier momento, tratábase de realizar una tentativa equívoca y de éxito dudoso en la costa opuesta del Atlántico. Pero era Sir Home, como Ulises, « hombre de muchas vueltas », y es probable que el brigadier Beresford apoyase también una empresa de gloria posible y provecho casi seguro en que le tocaría una parte principal... Popham exhumó el pasado convenio con Miranda, exhibió cierta carta de Wayne en que éste garantizaba el éxito del « negocio », ofreciendo colaborar con su buque y su persona, encareció, por fin, lo rápido de la excursión que terminaría en pocas semanas... Baird, siempre azaroso, condescendió á la calaverada que le valió su revocación: no sólo permitió el embarco del regimiento 71 con un destacamento de artillería y algunos dragones, al mando del brigadier Beresford, sino que apoyó calurosamente la actitud de Popham cerca del Almirantazgo (3). Por su parte, Sir Home multiplicaba las comunicaciones á lord

(1) SIR HOME POPHAM'S TRIAL: *Lord Melville's evidence*.

(2) Para favorecer la introducción de negros en la colonia, concedióse á los buques importadores, entre otros privilegios, el de completar su carga de retorno con frutos del país. Este marino Wayne, y no *Wire*, como escribe el señor Mitre, era de Pensylvania y pariente probable del general A. Wayne, famoso en la guerra de la Independencia.

(3) Véanse los *Documentos* anexos á la causa de Popham.

Castlereagh, al honorable W. Marsden, á los lores del Almirantazgo, urdiendo un *imbroglio* epistolar digno de Talleyrand ó Maquiavelo; y, á mediados de abril, zarpó del Cabo, rumbo al oeste, con los seis buques de guerra *Diadem, Reasonable, Diomede, Leda, Narcissus, Encounter* y los transportes *Walker, Triton, Melanthon, Ocean, y Wellington*. Baird había dispuesto, en sus atribuciones de gobernador, que, al desembarcar en la América del Sud, el brigadier Beresford asumiese el rango de mayor general y el cargo de teniente gobernador del territorio conquistado « con el sueldo y emolumentos del gobernador español, *su predecesor inmediato*, hasta tanto que Su Majestad tenga á bien expresar su deseo ». Nada faltaba : el plan era completo, sobre todo con la seguridad — dada por Wayne — de que los nativos odiaban al gobierno y se levantarían como un solo hombre en favor de la conquista inglesa.

Á los pocos días de navegación, el 20 por la noche, una tormenta separó de la escuadra al transporte *Ocean* (1); con este motivo, el comodoro se dirigió á Santa Helena para dar aviso y solicitar del gobernador Patten un suplemento de fuerza que fué concedido. La elocuencia de Popham era tan irresistible como inagotable su arteria; después que el gobernador de Santa Helena hubo permitido el embarco de « cien artilleros con dos obuses y 150 soldados de infantería con sus correspondientes oficiales... en el buque mercante *Justina* que se fletó allí mismo, con la expresa estipulación de que el destacamento no sería detenido más tiempo que hasta la toma de Montevideo ó Buenos Aires », se le contestó cortesmente que el general Beresford « observaba muy oportunamente que, en el primer momento de nuestro triunfo, sería altamente imprudente separar una parte de la fuerza, etc. » Ya la escuadra se había hecho á la vela y era tarde para arrepentirse; el gobernador Patten pasó ante un consejo de guerra por su complacencia.

(1) Se reincorporó en aguas americanas.

Este importante refuerzo, según el mayor Gillespie (1), cambió el carácter de la expedición, que vino á ser de conquista y no de simple captura y depredación (*instead of a predatory enterprize*). Durante la travesía, dicho Gillespie se ocupó en estudiar y extractar una colección del *Telégrafo Mercantil* de Buenos Aires, que el precavido Wayne traía consigo (2). El excelente mayor nos afirma que de su lectura, *in every page*, se deducía el estado de ánimo de la población, ó sea el odio á la metropolí y el más exaltado patriotismo : era mucho deducir !

La escuadra, entre tanto, había cruzado el Atlántico de este á oeste. El 8 de junio se reconoció el cabo de Santa María y, al día siguiente, el *Narcissus* detuvo una goleta española que navegaba bajo bandera portuguesa con destino á Rio de Janeiro, y llevaba á Europa de incógnito á un agente político del virrey Sobremonte. El piloto de la embarcación procuraba ocultar su nacionalidad, fingiendo no entender el inglés : sometido á un apremiante interrogatorio, tuvo que confesar la verdad. Era un escocés llamado Russel (sic), piloto real de la armada y nacionalizado en Buenos Aires después de quince años de residencia. Trasladado sin más ceremonias á bordo del *Narcissus*, donde flameaba ahora la bandera capitana, sirvió de práctico á la escuadra, y, resignándose de golpe á su nueva fortuna,

(1) MAYOR ALEXANDER GILLESPIE, *Gleanings and Remarks*. Esta relación es de un valor inestimable para ciertos detalles de la conquista; pero es muy parcial en los juicios é inexacta en muchas partes: hay que usar de ella con precaución.

(2) Todo esto está referido con bastante vaguedad é inexactitud en la *Historia de Belgrano*: en lugar de la colección de *Wire*, se habla de « un número » del *Telégrafo* que en el Cabo « cayó en manos » de Popham, etc. Tampoco está bien seguida la elaboración progresiva del plan, ni deducida la causa que determinó el ataque de Buenos Aires, y no de Montevideo, contra el voto de Beresford. — El *Telégrafo*, fundado en abril de 1801 y muerto súbitamente el 15 de octubre del año siguiente, es el decano de la prensa argentina; se publicaba semanalmente por la imprenta de Niños Expósitos, en 4º menor, bastante bien impreso cuando no escaseaba el papel; lo fundó y redactó el coronel Cabello, fundador también del *Mercurio Peruano*. El *Telégrafo* fué sustituido por el *Semanario*, que se reputa « infinitamente superior » al primero. En realidad son idénticos en fondo y forma: ambos distribuyen la misma ciencia casera y son igualmente desesperantes para nosotros por su indigencia de datos locales.

el «piloto real», beodo inveterado, abundó en pormenores respecto de Montevideo y Buenos Aires. Fuera de haberse recientemente desguarnecido de sus pocas tropas veteranas, en previsión del inminente ataque á Montevideo, la capital abierta y desarmada iba á permanecer, según el digno Russel, entregada durante las próximas fiestas del Corpus á una orgía general : *a general scene of drunkenness and riot*. Finalmente, por una coincidencia muy excepcional, semanas antes se habían reunido en las cajas reales, quedando allí hasta pasar á España, el *situado* del Perú y los caudales de la real compañía de Filipinas (1) : más de un millón de dollars en en un solo rebato! Los ojos del noble aventurero echaron llamas, y fué resuelto el ataque á la Capital —al «capital»! No hay duda posible : esa fué la causa determinante y única del cambio de plan.

Desde el 23 de abril, en efecto, se habían circulado en la escuadra y el estado mayor las *Instrucciones generales* para las señales y disposiciones del ataque; todos los planes, salvo uno que hacía lugar á cualquier eventualidad imprevista, tenían á Montevideo por objetivo. Al segundo ó tercer día de las susodichas relaciones, el 13 de junio, el comodoro reunió el consejo de guerra especial que las órdenes del Almirantazgo le prescribían (nota del 31 de julio de 1805), para examinar la cuestión del ataque sobre Buenos Aires, en lugar del ya dispuesto sobre Montevideo. El brigadier Beresford, casi solo de su opinión, defendió enérgicamente el proyecto primitivo: fué vencido por la gran mayoría que obedecía á Popham y compartía sus miras sórdidas. Á este capital error, quizá sea debido el giro ulterior de los acontecimientos que cambiaron la historia del Rio de la Plata. La captura de Montevideo, tan infalible como la de Buenos Aires, merced al apoyo más eficaz de la escuadra, pudo ser definitiva; y entonces la llegada de Achmuty (2), con su oportuno refuerzo,

(1) El hecho era cierto. Véase para sus detalles : Sagú, *Los últimos cuatro años de la dominación española*, página 169.

(2) Escribo *Ach* y no *Auch* para acercarme á la pronunciación. Las dos formas se emplean igualmente y hasta por el mismo autor (v. gr. : el *Annual Register*). Dicho radi-

hubiera asentado la conquista de la capital sobre esa inmejorable base de operaciones. Acaso no se produjera la Reconquista, ni la Defensa, ni sus conocidas consecuencias *psicológicas*. Ahora bien, esos hechos psicológicos — la inoculación del virus guerrero y revolucionario y el despertar del alma argentina adormecida — son los únicos importantes y duraderos : los combates en las calles son accidentes ocasionales de aquéllos. Como á su tiempo lo mostraremos, la acción profunda y puede decirse providencial del « Reconquistador » no reside en sus dos golpes de teatro contra Beresford y Whitelocke, sino en el período intermedio, durante el cual obró en el pueblo colonial una transformación irrevocable.

Resuelto el ataque á Buenos Aires, toda la escuadra, menos la fragata *Leda* que quedaba explorando la región oriental del estuario (1), se dirigió hacia el este en demanda de la Ensenada de Barragán. La aterrada se presentó en extremo laboriosa; las nieblas del invierno, tan frecuentes y densas; los golpes de pampero y las suestadas que dispersaban el convoy cuando era absolutamente indispensable navegar de conserva; la necesidad de echar sondas por instantes para guiar buques veleros, algunos de fuerte calado, por aquel laberinto de bajíos : todo contribuyó á prolongar el viaje, siendo así que cada día perdido hubiera aminorado, con otro enemigo, las probabilidades del éxito... El *Narcissus* varó en el banco de Ortiz y se tuvo que descargarlo para ponerlo á flote; Popham, inquieto, se transbordó al bergantín *Encounter* que sólo calaba doce pies y abría la marcha. En la mañana del 24, parece que estos buques avistaron

cal escocés y el irlandés *agh* son transcripciones equivalentes del gaélico (*campo*). — El atlas de Johnston trae 56 nombres de lugares escoceses con el radical *ach* y 61 con *auch*. La descomunal batalla, digna del *Lutrin*, que se libró con este motivo en Buenos Aires, equivalía á pelear para saber si *Zeballos* es más ó menos correcto que *Ceballos*.

(1) Por la *Leda* entrevista cundió la alarma en Montevideo y se transmitió á Buenos Aires. En cuanto á los *once* buques que desde la capital se divisaron hacia Quilmes, no eran las *seis* naves de guerra y los *cinco* transportes salidos de Santa Helena, como se repite por inadvertencia, sino la cuenta inversa : faltaba en ese momento la fragata *Leda* y estaba de más el transporte *Ocean*, reincorporado.

la punta de Lara y el pequeño fuerte de la Ensenada, entonces al mando de Liniers. Después de una ligera demostración, á la que contestó la batería de tierra, los buques exploradores se corrieron hacia Buenos Aires con el grueso de la flotilla (1). En la mañana del 25, el enemigo, que había permanecido en balizas exteriores, examinando la plaza, retrocedió hasta la punta de los Quilmes. El desembarco general se efectuó en esa misma tarde (*afternoon*) terminándose en la noche, sin más inconveniente que la distancia y la resaca, pues no se presentó un soldado en la orilla. Á pesar de su escaso calado, el bergantín *Encounter* que protegía la operación tuvo que quedar á una milla de la costa. Desde la altura, grupos de gauchos á caballo presenciaban el apeo de las casacas rojas, como los naturales de Guanahaní el desembarco de Colón : pronto cambiarían las cosas! Al despuntar el día 26, el general Beresford formó sus 1635 (2)

(1) El punto es bastante oscuro. El historiador Mitre (*Belgrano*, I, 118), apoyándose probablemente en la carta de Beresford á Baird, dice que «no es cierto» que los ingleses intentaron desembarcar y fueron *rechazados* de la Ensenada «pues tenían ya acordado el punto de desembarque». Esto último se deduciría en efecto de la carta de Beresford (bastante vaga é inexacta). También es cierto que los enemigos no fueron *rechazados*, puesto que no hubo combate : en ello se fundó Liniers para negar que estuviera comprendido en la capitulación. Moreno (*Arenzas*, 35) no dice que los ingleses fueron *rechazados*, sino que su intento de desembarcar «fué resistido con el fuego de la batería». Es la versión correcta, confirmada por el informe oficial del capitán de fragata Gutiérrez de la Concha, segundo jefe de la Ensenada, y numerosas declaraciones de testigos (*Colección Coronado*). En la mañana del 24, algunos buques ingleses hicieron una demostración en la Ensenada. Por otra parte, no es menos indiscutible, por diez declaraciones de testigos (*ibid*) que, en la mañana del 25, muchos buques «aparecían á la vista de esta ciudad con su pabellón enarbolado y se dirigieron tranquilamente á las costas de los Quilmes». Es muy posible que, por indicación de Russel, Popham pusiera atención en Quilmes, sin acordar una fe ciega á un práctico que encallaba el *Narcissus* en el banco de Ortiz; pudo destacar dos buques á la Ensenada en tanto que el resto de la escuadra venía á reconocer la ciudad. En la eventualidad de atacar á Buenos Aires, las *Instrucciones* de Popham designaban la Ensenada; allí desembarcó Whitelocke, de acuerdo con la práctica corriente. Sin afirmar que la actitud de Liniers fuera causa determinante, puede conjeturarse que su «alerta» contrarió el plan de Popham, que tenía por base una *sorpresa* á la población. Quilmes no era un surgidero : fué el punto desierto más próximo á Buenos Aires donde las fuerzas pudieran hacer pie sin ser inquietadas.

(2) Esta cifra, dada por Beresford y Gillespie, supone presente todo el efectivo nominal : ha de ser un poco exagerada.

hombres en una sola línea, con su escasa artillería distribuida por retaguardia y los costados, y se puso en marcha hacia las alturas de la Reducción. En ese total probable, estaban comprendidos, además de los 150 infantes y los 100 artilleros de Santa Helena, un batallón de infantería de marina, algunos dragones desmontados del número 20 y todos los marineros disponibles, á quienes se había disciplinado y vestido con uniforme militar (*clothed in red jackets*). Pero, era su núcleo verdadero y sólido el regimiento escocés número 71, mandado por el teniente coronel D. Pack, futuro mayor general en Waterloo (1). Con todo, á los mismos ingleses parecíanles los medios tan desproporcionados al perseguido fin que, á manera de los desfiles de circo, todas las formaciones y movimientos desde este primer despliegue en abanico, tendieron, más que á consideraciones tácticas, al anhelo de ocultar al agredido la flaqueza real del agresor.

¿De qué elementos individuales y colectivos se componía el organismo social á que se dirigía el brusco ataque, cuya preparacion y marcha hemos seguido? ¿Cómo vivía, pensaba, trabajaba, gozaba y sufría la crisálida obscura que iba á romper tan pronto el capullo colonial? ¿Qué era, en fin, por fuera y por dentro, el Buenos Aires de 1806?

(1) LÓPEZ, *Op. cit.*, I, 487: «Y qué tropa la que traían á bordo! Nada menos que el regimiento *setenta y uno*: los famosos escoceses que habían defendido á *San Juan de Acre* en Egipto (sic) contra todo el ejército de Bonaparte, y que lo habían despachado arruinado de su frente»!... — Aunque en términos menos incandescentes, todos los historiadores *à la suite*, hasta el excelente Mulhall (*The English in South America*), se extasian igualmente ante las condiciones sobrehumanas del famoso 71, no omitiendo, por cierto, la hazaña de «San Juan de Acre». ¿Estuvo realmente en los parapetos de San Juan de Acre (que no está en Egipto) durante su sitio por Bonaparte? No tengo prueba material, pero mi *sensación* es que no pudo estar: deseo sinceramente que si yerro se me saque del error con el dato preciso é irrefragable. Por lo demás, si hay algo proclamado por los escritores militares y confesado por los mismos ingleses (v. gr.: Alison, *passim* y sobretudo Wellington, *Dispatches*, III, 63; IV, 374; VII, 195, etc.) es que, hasta la guerra de España y la dura enseñanza del propio Wellington, ese ejército era tan inferior en calidad á cualquier otro europeo, como era superior su marina. Ejemplo casero: La Defensa.

II

En esa mañana del 25 de junio, día de San Juan Bautista, al estampido de los tres cañonazos de alarma que disparaba la Fortaleza, confirmando así la anunciada aparición de la escuadra inglesa en el Plata, los pacíficos vecinos que no tenían que acudir á sus cuarteles de la Ranchería ó Catalinas, subieron precipitadamente á sus miradores y azoteas para darse cuenta del extraño y temeroso acontecimiento. Entre los observatorios privilegiados, después de las terrazas del Fuerte y el Cabildo, no había otros preferibles á los campanarios de los templos que al punto se coronaron de curiosos. Algunos de éstos salieron del macizo portón de una amplia morada frontera á Santo Domingo (1), donde vivía, con su familia y la de su yerno Liniers, el acaudalado consignatario de la compañía de Filipinas, don Martín de Sarratea; se distinguía, encabezando el grupo, un hombre joven aún, de fisonomía inteligente y porte altivo, junto á un hermoso adolescente, esbelto y rubio, en cuyo tipo agraciado se armonizaban las dos estirpes patricia y francesa. Después de cruzar la calle y el atrio del convento, salvaron el locutorio de la izquierda y treparon la empinada escalera de las torres hasta la estrecha plataforma superior, ya ocupada por algunos frailes dominicos que saludaron amistosamente á los recién llegados. Uno de ellos, el padre Grela, de aspecto truhanesco y modales muy sueltos para la celda, llenaba el exiguo recinto con sus vociferaciones y gestos de arrabal: *Ya se vinieron «no más» los colorados; pero no hay*

(1) Creemos que el « ensayo », género más libre que la historia propiamente dicha, admite el paréntesis descriptivo é imaginativo, aunque no se funde en documento preciso, siempre que guarde armonía con el conjunto y no contravenga á ningún texto auténtico. Así, por lo menos, lo han entendido y practicado alguna vez Macaulay y Carlyle con admirable maestría. En la misma historia, si el dibujo debe ser escrupulosamente exacto, no así el color, esencialmente artístico y personal.

cuidado, don Manuel: buen recibimiento los espera! — y el próximo panegirista de la conquista inglesa agitaba los brazos arremangados, como dispuesto á rechazar él solo la invasión. El interpe-lado alzó ligeramente los hombros y dió la espalda al importuno; á poco, llamó á oficio un toque de campana y la frailería se desgranó escaleras abajo.

Arrimados á la alfeiza del este, los visitantes dominaban la abierta bahía desde el barranco de la Recoleta hasta la blanda escotadura del Riachuelo y la punta de los Quilmes. Bajo el pálido cielo de invierno que la suestada empezaba á nublar, el inmenso estuario llenaba todo el naciente fundiéndose en la línea indecisa del horizoute. Con desviar los ojos del canal del sud, nada estaba cambiado en la apacible perspectiva: las próximas embarcaciones movían suavemente sus mástiles desnudos, algunas lanchas atracaban á la punta del muelle, las carretillas de los « aguateros » salían cargadas de la playa; en los charcos del norte y del sud, las lavanderas negras ponían á secar las ropas en las toscas; los pescadores remontaban la Alameda, llevando al hombro su percha flexible donde bailaban bogas y sábalos; bandadas de gaviotas merodeaban en el húmedo arenal... Pero aquel pequeño racimo negro del sud atraía invenciblemente la vista fascinada: ¡ allí estaban las naves enemigas, enarbolado el insolente pabellón como un desafío á la plaza indefensa! Destacábanse de la quieta napa pizarreña, apiñadas y microscópicas, con sus velas blancas sobre los cascos oscuros: y esos ocho ó diez puntos negros, como magnificados por los millares de miradas ansiosas fijas en ellos, parecían ocupar toda la rada inmensa. Ahora estaban virando de bordo, lentamente, poniendo la proa hacia un punto invisible de la costa donde habían de desembarcar...

Entoncés el futuro triunviro y gobernador de Buenos Aires giró los ojos en torno suyo y contempló largamente la ciudad nativa, cuyos tranquilos hogares, tanto tiempo felices, iban á conocer tal vez el asalto violento, el saqueo brutal de extranjera soldadesca. — ¡ Cuán reducida y mezquina aparecía desde la altura la capital del

virreinato, limitada al este por la Alameda y la desnuda ribera, hasta las mal pobladas barrancas de la Recoleta y Santa Lucía, y al oeste por las tapias de San Nicolás y Monserrat! Unas ocho hileras de doce manzanas en su base, cortadas rectangularmente por calles sin empedrar, cuyas aceras estaban jaloneadas por innúmeros postes de algarrobo y ñandubay: tal era propiamente en su compacto conjunto la Buenos Aires colonial. Fuera de ese triángulo casi del todo edificado, — cuyos vértices eran, al norte, el convento de las Catalinas, al sud el hospital de los betlemitas y, al oeste, la manzana comprendida entre las calles del Cabildo y las Torres y las sin nombre que fueron más tarde de Salta y Santiago del Estero, — el caserío raleaba más y más entre quintas y huecos abandonados, y parecía inverosímil que debajo de ese montón de techos rebajados cupieran más de cuarenta mil habitantes (1). Más allá, los arrabales se tor-

(1) Es conocida la polémica á que dió lugar esta cuestión, entre los historiadores Mitre y López. Creemos que el primero tenía la razón apoyándose en el único texto de Azara, como no la tuvo el segundo al invocar la autoridad de Moreno. Según costumbre, nadie pensó en examinar críticamente la base del debate. Con la sola *Gaceta de Buenos Aires*, se hubiera visto que el parcial é inexacto Manuel Moreno atribuyó al pretendido «Censo» de su hermano un carácter estadístico que no tuvo jamás. La disposición citada, que nunca alcanzó cabal realización, fué un simple decreto inquisitorial, una medida policial contra los sospechosos, tendente á señalar en cada barrio á los amigos y adversarios del nuevo orden de cosas. — En cuanto á la cifra *probable* de la población, creemos que puede deducirse, sin texto alguno, del plano catastral levantado por los ingenieros ingleses y agregado al proceso de Whitelocke. Están figurados en él, con aparente exactitud, no sólo los manzanas del todo edificadas, sino todas las construcciones diseminadas en las otras. Así se comprueba que, por término medio, la cuadra edificada comprendía 8 casas (lo que concuerda con la medida del solar urbano ó «cuarto de tierra» que tenía 17.5×70 varas); ello nos da 28 casas por manzana, teniendo en cuenta las cuatro esquinas. Ahora bien, el recuento prolijo de las manzanas, total ó parcialmente edificadas en los veinte barrios, nos suministra después de varios cálculos un promedio de 150 manzanas ó 4200 casas; descontando prudentemente el 10 por ciento para los «huecos» de las manzanas teóricamente completas, quedan 3780 casas ó sean 37.800 habitantes, sin los suburbios, cuya población ha sido juiciosamente estimada en 5000 habitantes. La razón de 10 habitantes por casa ha de ser sensiblemente exacta: es la que resulta del *Censo municipal*, si de las 20 secciones sólo se consideran las 10 menos densas, cuya estructura se parece más á la antigua. Se tendría, pues, la cifra total de cerca de 43.000 habitantes para el Buenos Aires de 1806. Puede casi afirmarse que no podía ser inferior á 40 ni superior á 45 mil.— Entre las obje-

naban montes ó potreros, terminando, por fin, en la zona conquistada de la pampa hasta la cercana frontera, salpicada de pagos y escasas rancherías. En más de dos siglos, Buenos Aires no había rebosado de las 144 cuadras que componían la antigua traza de don Juan de Garay.

Asimismo, la extensión material de la ciudad constituía su aspecto más imponente, pues en la estructura urbana y arquitectónica la aventajaban poblaciones menores, no sólo de Europa sino de la América española. Buenos Aires era chata como su Plata sin ribazos y su pampa sin relieve. Esa monotonía general se hacía más sensible aún para el espectador que la miraba desde un alto observatorio y casi en proyección. — Dominando el ancho río, la enorme y achaparrada Fortaleza real, á la vez palacio de gobierno, despacho de la Audiencia, cuartel de tropas y armería, ostentaba su macizo parapeto acribillado de cañoneras y flanqueado de bastiones angulares, con su portón central y su puente levadizo sobre el ancho foso que contornaba al murallón; pero las cañoneras estaban vacías ó artilladas con material fuera de uso, el foso se terraplenaba con escombros y detritus, y la fábrica toda estaba tan ruinososa como el régimen vetusto de que era símbolo. Los arcos de la Recoba vieja barreaban hacia el este la Plaza Mayor; al frente se alzaba el Cabildo abovedado con su miserable cárcel anexa; y, por el lado del norte, la Catedral, con sus dos campanarios sobresalientes hacia la calle de las Torres y su cementerio contiguo, vecino del lúgubre « hueco de las Ánimas » — en esa esquina de San Martín (Reconquista), desde entonces destinada á evocar las fantasmagorías del arte después de aterrar al vulgo con los fantasmas de la superstición. Un poco más allá, en la misma calle, que era prolongación de la de Santo Domingo y San Francisco, los templos de la Merced y las Catalinas levantaban sus torres y campanilos vulgares, vaciados en el molde de los de San

ciones del historiador López, ninguna menos sólida que la fundada en la cifra de las milicias; en 1806. (*Refutaciones*, 146). El contingente urbano comprendía fuerzas no sólo de la campaña, sino de las provincias.

Miguel, San Nicolás, la Concepción, Monserrat, y todos los conventos y capillas que en cada barrio rompían con su monotonía monacal la uniformidad de las casas bajas y desteñidas, casi todas de un solo piso, con sus balcones y rejas salientes, sus patios espaciosos, sus puertas macizas y, bajo la techumbre de teja ó azotea, sus invariables cornisas de grueso cimacio y mediacaña. Con excepción de la gran plaza de toros en el Retiro (1), disforme prisma de ladrillo pintado á cal, cuyas ventanas ovales se divisaban á la derecha del Socorro, nada enseñaba la desgraciada capital que tuviera el significado exterior de la vida colectiva, — nada más que el Fuerte, el Cabildo y la Iglesia, emblemas todos del culto maquinal y el rendimiento formalista á uno y otro Señor, los cuales, por el anillo intermediario del Patronato, se confundían políticamente (2). Todos los otros órganos sociales, ya del trabajo, ya del placer, se mantenían atrofiados ó embrionarios, y, por lo tanto, sin manifestación visible. La campaña, el desierto temeroso y hostil, apenas transitable á caballo, rodeaba y estrechaba esta isleta de sociabilidad, sirviendo de región intermedia las chacras y quintas frutales, cercadas de pitas y tunas, que formaban el ancho marco verde de la ciudad. Las carretas de bueyes y las recuas de Cuyo se estacionaban en las calles centrales; cada casa de familia tenía un caballo, cuando no dos ó tres, atado al poste de su acera; — y esta playa de mar que recibía después de setenta días la ola tarda y débil de la civilización europea, pasada por el tamiz español, necesitaba otros tantos para

(1) MITRE (*Historia de Belgrano*, I, 126): « La Plaza de Toros (hoy del Retiro). » Hoy, y ayer y antes de ayer, el Retiro se llamó así; en 1718, los ingleses del *Asiento* compraron á la testamentaria de don Miguel Riblos la casa de campo y la huerta del *Retiro*, conocido bajo este nombre desde mucho antes. La *Plaza de Toros*, que se construyó mucho después, era el circo con su edificio, y tan es así que en el *Telégrafo Mercantil* del 1º de noviembre de 1801, se lee este aviso: *El Miércoles 4 del que rige en celebridad de los días del REY nuestro señor, se lidiarán 12 toros en la Plaza firme del RETIRO.* Dato interesante: la corrida anterior produjo 1553 pesos.

(2) El gobierno colonial era una teocracia laica, en grado más absoluto que la Inglaterra de Enrique VIII ó la Rusia de Pedro I.

transmitirla al centro del virreinato por su única vía terrestre, el camino real cuyas huellas seculares llegaban al Perú.

Por la habitación se inducía al habitante, desde la base hasta la cúspide de la pirámide social. —Es conocida la base popular, la anónima masa proletaria que en toda civilización incompleta soporta sola el peso del edificio político. Con todo, el *pueblo* de Buenos Aires, á principios del siglo, contrastaba por su composición étnica, no sólo con el del resto del virreinato, sino con el de las otras agrupaciones hispano-americanas. La diferencia profunda y de incalculables consecuencias consistía en esto: que el elemento indígena, puro ó mestizo, preponderante en cualquier otra agrupación urbana, desde Santiago de Chile hasta México, era relativamente insignificante en Buenos Aires. La oposición es esencial, y quien no sienta su importancia no debe ocuparse de sociología americana. El censo individual que en 1778 hizo levantar el cabildo, de orden del meritorio virrey Vértiz,—y que debe considerarse más exacto que todos los anteriores y posteriores hasta la caída de Rosas,— demuestra que, para una población total de 24.205 habitantes, existían en Buenos Aires 15.719 blancos (españoles y criollos), 7268 negros y mulatos, por fin, 1218 indios y mestizos; es decir que la población de origen europeo representaba 65 por ciento, la africana (esclava ó liberta) 30 por ciento, y la indígena (incluyendo *chinos* y *zambos*) 5 por ciento de la totalidad. Ahora bien, esta *europización* de Buenos Aires siguió su marcha ascendente sin interrupción, hasta nuestros días en que el crisol étnico poco ó nada tiene que depurar. Los porteños son europeos (1). En 1806, la proporción de blancos ó *blanqueados* (2) de-

(1) *Censo municipal de Buenos Aires* (1887); población bonaerense de color: 1.5 por ciento.

(2) La designación no encierra epigrama; como lo he explicado en otro lugar (Congreso de Chicago), el « pecado original » étnico no es indeleble; con las generaciones sucesivas, el elemento inferior primitivo que no se renueva tiende á desaparecer; esto no es sólo cierto para el elemento indígena, sino para el africano; su desaparición rápida en la Argentina no es debida toda á la extinción, sino también á la fusión con la raza supe-

bía ser casi igual á la de 1778, así como la de negros y mulatos, ó sea de 2 por 1. En el grupo superior, los criollos ó patricios figuraban por los cuatro quintos, el otro quinto era español en su casi totalidad (1).

Los negros y mulatos urbanos constituían una clase tan esencialmente servil que los mismos libertos quedaban adheridos á la domesticidad; pertenecían á la casa del amo ó patrón, no « como miembros de la familia », sino como parte de su fortuna :

Something better than his dog, a little dearer than his horse.

No es dudoso que la generosidad nativa del amo argentino se manifestara en su trato bondadoso con los esclavos; es un rasgo que todos los viajeros han hecho resaltar, como que contrastaba con la dureza usual en otras regiones; pero ha de haber mucha fantasía y sentimentalismo en el « afecto tierno » que se nos dice profesaban los siervos por su señor (2). — Esclavo ó liberto, el moreno trabajaba principalmente en los quehaceres domésticos y subsidiariamente en oficios callejeros ó de poco esfuerzo : era músico, cochero, pintor, cocinero, hortelano, mensajero, vendedor ambulante. Apunta con razón el doctor López que « tenían esclavos las familias pobres, y hasta los negros mismos los tenían también. Pero les dejaban libre su tiempo, á condición de pagar al amo (generalmente, mujeres viudas ó ancianas) una mensualidad determinada » (3). El moreno no practicaba sino por excepción las viriles faenas de la estan-

rrior. En el *struggle for life* de la raza condenada, al menos en nuestro medio, sucumben los más, pero sobreviven los más aptos, los que logran transformarse : Montecagudo es el ejemplo más brillante, pero no único, de esa transformación.

(1) Los otros europeos (no españoles) no pasaban de 300 á 400: entre éstos dominaban los portugueses (no brasileros [3]); los italianos no alcanzaban á 100 (la mitad de los ingleses); el doctor López los hace figurar erróneamente (*Historia*, I, 505) como un elemento étnico considerable. Otra cosa sería hoy !

(2) Véase, al día siguiente de la conquista, el decreto de Beresford contra los negros prófugos.

(3) *Historia Argentina*, I, 511. Es aquí el lugar, después y antes de tantas rectifi-

cia. El gaucho, muy al contrario, pura variedad indígena, era libre y agreste por definición; no pertenecía, pues, sino por accidente á la población urbana, salvo cuando la *leva* le acuarteló durante la guerra civil ó en vísperas de una expedición. Éste formará el resistente núcleo del ejército argentino; de ningún modo el pardo ó moreno chismoso y reidor,—avenido con la servidumbre hereditaria que, según la expresión homérica, quita al esclavo la mitad de su alma,—invulnerable á las tristezas de su estado, cual si al nacer la naturaleza compasiva le sumergiera en una Estigia de betún. Admitidas todas las excepciones individuales, la regla general subsiste: el heroísmo es la flor suprema de la libertad. El gran resorte del ejército moderno es el honor, lo que en su lengua sin matiz este mismo gaucho llama enérgicamente « tener vergüenza ». Y las leyendas *faluchescas* han de nacer de la misma aberración que hasta poco condenaba al criminal « al servicio de las armas ».

Durante un siglo y más, los « españoles europeos » representaron en la colonia casi toda la clase dirigente. Desde luego, venían de España las altas jerarquías administrativas, militares, civiles y eclesiásticas que fuera ocioso enumerar — es decir, la armazón completa del edificio feudal; además, los beneficiarios de encomiendas, mercedes y monopolios que, siguiendo la imagen, significaban los pilares y paredes maestras de aquél. Lo primero se mantuvo incólume, en apariencia al menos, hasta fines del régimen; pero lo segundo, desde la tercera generación de los conquistadores ó pobladores, comenzó á sufrir modificaciones parciales que se aumentaron insensiblemente por multiplicación espontánea. Encomenderos, propietarios, asentistas y registreros se encontraban ligados á la tierra, no tanto por sus intereses materiales, cuanto por sus afectos más íntimos

caciones necesarias, de señalar la fácil maestría de las páginas en que el doctor López pinta á grandes rasgos familiares la antigua vida porteña. Allí nada libremente en plena corriente tradicional, mostrando sin esfuerzo sus mejores dotes de escritor imaginativo. Sabe esas cosas mejor que todos nosotros, antes bien las siente en su conjunto sin necesidad de laboriosa información. También merece especial encomio el capítulo II del tomo III, sobre el *Nuevo y antiguo régimen*.

y potentes. Esa misma fortuna adquirida no era ya suya, sino de sus hijos, que, á despecho de la tradición y los viajes á la madre patria, volvían casi siempre al suelo natal. Los que habían creído levantar su tienda de un día sobre estacas movibles descubrían al pronto, como en el milagro bíblico, que éstas habían brotado y echado raíz. Y como el fenómeno se repetía sin tregua, acumulándose sus efectos sucesivos, como la apropiación de la tierra y de sus riquezas, por los nativos descendientes de españoles, tuviera por corolario su paulatino acceso á las profesiones y cargos dirigentes, resultó consumada sin ruido una evolución profunda en el organismo político. Nada parecía cambiado en el edificio colonial; la armazón estaba intacta, lo mismo que su forma y estructura aparente; pero, durante dos siglos, tantas habían sido las piedras de las paredes reemplazadas una á una por otras labradas en el país, que nada ó muy poco quedaba al fin de la materia primitiva y que, sin sospecharlo los más interesados, bastaría un brusco sacudimiento exterior para desprender el carcomido andamio dejando en pie la renovada fábrica.

Con todo, desde mediados del siglo XVIII, comenzó la colonia á tener la conciencia obscura de su destino; sentía vagamente el antagonismo creado por la fuerza de las cosas entre su propio desarrollo y la decadencia visible de la metrópoli. El mismo empuje progresista y liberal de Carlos III,—por otra parte, pasajero y destituido de originalidad,—perfeccionaba el instrumento de la emancipación futura. Importadas y realizadas en el Plata las generosas tentativas de Floriblanca y Campomanes, creadas las instituciones de beneficencia y cultura social, mejoradas las condiciones materiales del municipio, derribadas en parte las vallas del comercio y la industria, sucedió fatalmente que las nuevas fuerzas adquiridas se volvieran contra sus dispensadores. Las mejoras de Carlos III no le sobrevivieron sino en América, donde las semillas germinaron y dieron fruto; y cuando el inepto y despreciable reinado del sucesor vino á acelerar la ruína de la monarquía, acentuó el desequilibrio la fuerza creciente de la colonia: ésta llegaba á la mayoría cuando

aquella á la decrepitud. Y ello se manifestaba por síntomas harto visibles en todas las ramas de la administración. Á los primeros virreyes, que se llamaban Ceballos y Vértiz, sucedían nulidades palaciegas como Melo, caballero de la reina, ó Sobremonte, vejete de comedia encumbrado por una doble casualidad. Reemplazaba al ilustrado y digno obispo Azamor un Lue retrógrado y pendenciero; los jefes valientes que tomaron la Colonia eran sustituidos por criaturas de Godoy, incapaces hasta de una capitulación honrosa ante el enemigo. De arriba abajo la administración estaba roída por la incuria y el peculado: nada más ilusorio que el criterio de algunos historiadores, según el cual se describe la situación del virreinato por su legislación vigente. Las leyes, órdenes y cédulas, tal era la fórmula consagrada, « se obedecían y no se cumplían ». El escandaloso proceso del superintendente de hacienda Paula Sanz y del administrador Mesa era el accidente externo de un vicio constitucional. Por entre el desgobierno y la corruptela, los portugueses usurpaban parte de Misiones, y cuando el honrado Liniers formulaba un plan de medidas reparadoras, contestábasele con la revocación. En la solemne y vacía Audiencia, en el Cabildo con mayoría oficial, en el Consulado reciente que combatía las ideas de su juicioso secretario, el formalismo anticuado hacía ridículos esfuerzos por perpetuar y exagerar un régimen condenado, desconociendo las energías impacientes de la nueva generación. Una juventud ardiente y culta se había criado dentro y fuera del país, en el foro, en el comercio, en la milicia, hasta en el clero local, que pedía su lugar al sol y ensayaba sus fuerzas en reuniones pacíficas, en la prensa naciente, en sociedades masónicas ya importadas junto con los libros, las ideas y los ecos de las reformas extranjeras. Sentíase el anuncio de un porvenir, si bien anónimo é inarticulado. Pero si pocos entonces sabían lo que querían, todos ellos, Moreno, Vieytes, Belgrano, Castelli, Rivadavia, Pueyrredón, sabían lo que no querían ya. Y mientras se agitaba en el vacío el embrión del sér futuro, llegaba de allá lejos, intermitente y debilitada por la distancia, la repercusión de los tronos

derrumbados, de las instituciones feudales arrebatadas al viento de un huracán terrible y fecundador, cuyos efectos se dejarían sentir en la más ignorada colonia española del Atlántico.

Entretanto, la plácida existencia colonial devanaba sin ruido su desteñida madeja. Nada estaba cambiado por defuera, y la mayoría burguesa que poco leía de allá ó de acá, — pues de la gaceta semanal, órgano de todo el virreinato, no se vendían doscientos ejemplares, — nada sabía de lo que en la sombra germinaba; y si en sus pláticas de los portales del Cabildo ó de la Alameda, alguien mentara tal cual proyecto de Belgrano ó arenga de Castelli, las « cosas de muchachos » no tenían más alcance y pasaban sin otro comentario. Alrededor del pequeño campo juvenil, que se decía sembrado de grano misterioso y exótico, la buena huerta de antaño seguía produciendo en abundancia las frutas tradicionales y las previstas legumbres de la estación. General era el bienestar, como que entre ricos y pobres de la clase decente, todos relacionados y más ó menos parientes, las diferencias de fortuna poco trascendían á las costumbres y gastos caseros, igualmente sencillos. Con excepción de algunas familias opulentas de altos funcionarios y representantes de pingües monopolios, que gastaban lujo importado y servidumbre de estilo, las demás se confundían en la misma medianía bonachona, exenta de ostentaciones y apuros. Hacendados, curiales, covachuelistas reales ó comerciantes eran propietarios de su hogar, dueños de muchos ó pocos esclavos de ambos sexos, cuyas variadas industrias casi reducían el gasto exterior á los trapos y artículos de « tienda », como ya se decía. Lo precario é intermitente de las licencias para introducir « renglones de colonías extranjeras » daba lugar á bruscas escaseces: faltaba de repente el vino ó el aceite en todos los almacenes y hasta en los depósitos de la calle de los Mendocinos, por las guerras inglesas, por la mala cosecha en Cuyo (1); — y el virrey tenía que entreabrir la puerta á la impor-

(1) En 1805, la langosta taló las mieses y chacras de varias provincias. Las mangas

tación. Pero nunca escaseaba la carne, ni el pescado, ni el agua en el río ó en los aljibes, y la frugalidad unida á la fe hacía llevadera la voluntad de Dios. Baratísima la vida, modestos los gastos y poco menos que gratuitas las diversiones lícitas, se atesoraban los ahorros de muchos años para hacer frente á cualquiera eventualidad : es así como los « empréstitos » para socorrer al Rey y á la madre patria, en los años 4 y 5, representaron sumas considerables, y la subscripción patriótica iniciada después de la Reconquista pasó de ochenta mil pesos en pocos meses, fuera de las donaciones de Chile y del Alto Perú.

Los felices patricios de principios del siglo cavilaban poco, trabajaban algo, comían bien y dormían mejor. El *Semanario* fomentaba el sibaritismo hasta el grado de recetar el modo de tener sueños agradables, en un artículo que comenzaba así : « Como pasamos gran parte de la vida durmiendo... » (1). Después de medio-día, oficinas, almacenes y casas particulares se cerraban durante la comida y la siesta, para volverse á abrir un par de horas antes de la oración. Á raíz del mate ó la merienda, los hombres salían, según el tiempo y la estación, á los portales, á la Alameda, á la acera del próximo boticario; los más rumbosos, á tomar chocolate á la fonda de los Tres Reyes (25 de Mayo), al café de *musú* Raymond ó de Mallco, en frente del Colegio, que eran los mentideros centrales de la ciudad. Allí convergían las novedades y chismes del día, abultándose al andar, como la Fama de Virgilio : la entrada de un buque de Cádiz con mercancías y noticias igualmente frescas — el *Semanario* reproducía, en abril de 1806, el boletín de Austerlitz; — el anuncio de haberse descubierto un camino carretero en la cordillera por el ingeniero francés Sourrière de Souillac; los comentarios sobre la reciente ejecución de cinco bandoleros, ahorcados y descuartiza-

formaban verdaderas nubes que obscurecían el sol. El *Semanario*, al describir el flajelo, encuentra rasgos dignos de Flaubert : « De repente se sintió un ruido como de pájaros que pasaban á mucha altura ».

(1) Traducido de Franklin : *Works*, III, *The art of procuring pleasant dreams*.

dos en la Plaza Mayor, por haber salteado al pueblo de las Víboras, resistido á los blandengues « y otros excesos »; los adelantos del canal de San Fernando; la arribada de la corbeta *Dromedario*, — armada en curso por el capitán Mordeille, héroe futuro de la Reconquista. — y que volvía trayendo á remolque dos fragatas inglesas, etc., etc. Y luego, otras referencias más locales y domésticas, como el último « bochinche » entre el obispo Lue y el Cabildo por cuestiones de lugar y precedencia; los ecos de alguna jugarreta ó jarana de tono en casa del Factor de la Real Hacienda, don Félix de Casamayor, quien tuteaba á Liniers hablándole francés ante testigos, aunque siempre castellano en la intimidad... De vez en cuando, un escándalo social de formato mayor rompía la telaraña de la crónica diaria: era una humorada de Anita P***, la capitosa criolla de la isla Mauricio, muy festejada de los hombres y abominada de las mujeres — sobre todo, por las feas (1); — ó una barrabasada del coronel Bourke, inglés que se daba por alemán, tahir y espadachín, además de espía, y que desempeñaba á maravilla su triple papel... Esos y otros lances exóticos caían en la juiciosa sociedad patricia como piedras en un estanque, levantando un oleaje de círculos concéntricos cuyas últimas ondulaciones duraron hasta la revolución.

Á las diez, la gente honrada se envolvía en su capa y, con un farol encendido los que vivían á tres ó cuatro cuadras de la Plaza Mayor, volvía cada cual á su hogar, encontrando todavía en la sala á las señoras tomando mate y, si había visita de galán, tocando el piano ó la guitarra. — Era la existencia femenina, naturalmente, más uniforme aún que la del hombre. Ocupando la iglesia todas las mañanas y muchas tardes, las horas intermedias eran pocas para el mate, el arreglo de la personita y las visitas de barrio. Las niñas no leían nada, por recomendación del confesor, fuera del almanaque y una que otra *Novena de la sacratísima Virgen ó de la Santísima*

(1) Llegó á inspirar un odio feroz á la Serenisima princesa Carlota del Brasil, el marimacho que mandaba presos á los oficiales « melindrosos » y, en pleno palacio real, se sacaba un zapato para educar *in natibus* al futuro don Miguel.

Cruz. Algo de música y canto, muy poco que hacer doméstico, fuera de los trajes propios que se cortaban y cosían en casa, con ayuda de una morena habilísima — y el inagotable picotear con las amigas: tal era la trama monótona de su vida exterior. Pasaban los días como las cuentas de su rosario: y allá, en domingo ó fiesta de guardar, una tertulia, un paseo al Retiro, una función de comedias, representaban las cuentas mayores de *Padre nuestro* y *Gloria*.

Con todo, eran tan bellas y seductoras como las de hoy, y la impresión de los forasteros de entonces no era menos favorable que ahora (1). En uno y otro sexo, el tipo español predominaba aún, pero ya emancipado del molde paterno, y, en la mujer, con una elegancia y esbeltez propia que difería de la languidez limeña y el donaire andaluz. Ella poseía ya este dón de la sana alegría, reflejo de la prosperidad ambiente, que hasta muy tarde le conserva la risa y algo de la gracia infantil. — Y, por bajo de las accidentes lugareños y las modas anticuadas, corría el mismo raudal de pasión humana que en la presente capital cosmopolita, con algo sin duda de menos facticio y artificial; se amaba, se sufría, se luchaba en la aldea de antaño; la idéntica y eterna juventud encendía su sangre y desgarraba su corazón en los mismos conflictos del deber y el deseo; la misma delirante ilusión juntaba á la distancia las almas desunidas; recorrían aquellas generaciones desvanecidas nuestro propio estadio, entre iguales ensueños de imposible felicidad; entonces, como hoy, había una hora suprema en cada vida, á cuyo resplandor el universo entero se condensaba en un sér amado; seguían luego las mismas decepciones, las mismas angustias ante las cunas vacías y las tumbas abiertas, — era, por fin, la misma existencia terrestre con su cadena de goces y miserias: y si es verdad que la pobre humanidad sólo viva por el alma, que poco tiene que ver con las frivolidades del mundo y las baratijas de la «civilización», puede decirse que en la Buenos Aires de las mantillas

(1) GILLESPIE, *Gleanings and Remarks*, pág. 67 y *passim*.

y las rejas voladas, — que fué también la Buenos Aires de Pueyrredón y Moreno, — no se vivía menos intensa y realmente que hoy.

La noche del 24 de junio de 1806 principió alegremente para el virrey marqués de Sobremonte. Festejando el cumpleaños de su futuro yerno y ayudante, don Juan Manuel de Marín, ofrecióle una comida en su palacio del Fuerte, y, concluído el festín á las seis y media, la comitiva se dirigió á la casa de comedias, esquina de San Martín y la Merced (1), donde se daba, con tan grato motivo, una función de gala. Y ¡qué función! Nada menos que la primer representación en América de *El sí de las niñas* de Moratín, recién estrenado (entiéndase que pocos meses antes) en la Cruz de Madrid, y que el empresario, ganando horas, puso en las tablas á toda costa, seducido, más que por la pieza misma (bastante pobre en enredos y dramáticas peripecias), por lo alusivo y picante del título. Por lo demás, el sí de la monísima Mariquita de Sobremonte tenía sin cuidado al simpático Juan Manuel, y el mismo público había de saborear, pocos días después, una de sus esquelas amorosas (2). — No era esto todo: entre los iniciados se susurraba que, para fin de fiesta, el inspirado administrador de aduanas de Montevideo, don José Prego de Oliver, había compuesto una preciosa loa de circunstancia, en que el pastor Coridón significaba á la ninfa Batila, en endecasílabos

(1) El *Teatro Argentino*, en las calles de la Reconquista y Cangallo. La obra del *Nuevo Coliseo*, en el *Huero de las Ánimas*, estaba principiada desde 1804, pero interrumpida diez veces, caía en ruinas hacia 1850 sin haber sido concluída. En 1855 el ingeniero Pellegrini construyó allí mismo el teatro Colón que fué inaugurado en el carnaval de 1856.

(2) El Cabildo mandó agregar á su *Información* sobre la conquista, una carta de Marín á su novia, en que le avisaba desde Montevideo el envío de un « forte-piano », con esta alusión desprovista de romanticismo: « aunque tu no lo toques, servirá para adornar á la primera Mariquita que tengamos ». Traía una posdata del virrey á la virreina: « No hay novedad, y si la hubiese, tomar los coches y mudarse más lejos, que Cagigas recogerá lo nuestro ». *Sauvons la caisse!* Se ve que su heroica actitud durante la invasión no fué improvisada.

transparentes, los sentimientos de un ayudante mayor de dragones por la dulce hija de un virrey.

Estaba la sala resplandeciente. Por una atrevida innovación que significaba la última palabra del progreso, las velas de sebo tradicionales (fuera de las indispensables candilejas del proscenio) habían sido reemplazadas por numerosas lámparas de aceite, fijas entre las dos hileras de palcos; y tal era su insólito fulgor, que desde el patio se alcanzaba á leer el lema filosófico pintado en el telón: *ES LA COMEDIA ESPEJO DE LA VIDA!* Los colores españoles adornaban el palco central del excelentísimo virrey, cuya escolta obstruía el pasillo, y, en obsequio de su augusta familia, estaba descubierta la abertura del techo para que se escapara libremente el humo de los cigarros de la mosquetería.

En los palcos altos, todos ocupados, las dos aristocracias americana y peninsular rivalizaban en lujo y elegancia, alternando las familias españolas de Álzaga, Santa Coloma, Sarratea, Villanueva, Rezával y demás, con las criollas de Lezica, Ocampo, Basualdo, Peña, Balbastro, Anchorena y otras muchas que fuera peligroso enumerar. Junto á las sedas oscuras de las señoras mayores resaltaban los adornos blancos ó de claro matiz de las jóvenes, menos deslumbrantes que su carne en flor — hoy hecha ceniza. Aun en los trajes juveniles, dominaban todavía la basquiña española de raso carmesí, ceñida al torneado cuerpo, y la mantilla blanca de suntuoso encaje mordida por la peineta de carey; pero tal cual refinada patricia ostentaba ya en tertulias y teatro las modas francesas del Imperio, el turbante de penacho y la blanca túnica de vestal. Los elegantes del comercio y el foro llevaban el cabello corto y revuelto á lo Tito, y vestían el apretado pantalón de ante con bota de vuelta, el frac de esclavina y solapas sobre el recamado chaleco blanco, con chorrera y puños de encajes; pero, en el patio de asiento y hasta en los palcos, muchos voluntarios de los batallones urbanos habían venido del cuartel con su uniforme de oficial ó soldado raso. Haciendo contraste con la correcta compostura de los altos, en los

palcos bajos del fondo algunas familias sencillas habían acudido en corporación, mandando sus sillas desde muy temprano, y, de pie tras de sus amos, una que otra nodriza negra alargaba el pescuezo, con una criatura en bandolera.

La orquesta de ocho morenos atacó un paso marcial á la entrada del virrey, y se alzó el telón sobre la casa de huéspedes de la clásica comedia, entre los suspiros de la concurrencia. — Los últimos días habían sido de agitación y zozobra, por los rumores venidos de la otra banda; desde el 20, diariamente, se tocaba llamada á los batallones de voluntarios que acudían á los cuarteles, los de caballería en sus monturas propias; pero, como invariablemente se les despediera á la hora de comer, quedando á penas algunos hombres de imaginaria, la población se había vuelto á serenar. *No hay cuidado!* tal era la fórmula tranquilizadora del ínclito virrey, y á fe que su presencia en el teatro bastaba á disipar toda inquietud. Además, el *Semanario* de este miércoles, que acababa de salir y recorrían á media voz algunos espectadores, contribuía no poco á infundir tranquilidad. La gaceta esta vez se excedía á sí misma en beatitud emoliente; parecía redactada desde una celda — que no fuera la del padre Grela: no contenía sino un *Didlogo sobre educación entre Feliciano y Cecilia*, más las entradas y salidas del puerto: ni una alusión á la supuesta invasión inglesa que, decididamente, no pasaba de una ridícula invención!

La representación, pues, seguía sin tropiezo; concluido el primer acto, cuyos dimes y diretes caseros enfriaron un tanto á ese auditorio para « duelos y quebrantos », el segundo principiaba con mejor éxito. Acabábase de saludar con palmadas el arranque patético del galán joven (un pardito aficionado de inmenso porvenir, que ceceaba todas las s para fingirse español): *¡Hermoza! ¡Qué dulce esperanza me anima!... Una zola palabra de eza boca...* Y como, involuntariamente, las miradas enternecidas se volviesen á la pareja del palco oficial, vióse á un edecán que tendía dos pliegos al galoneado virrey. Este alargó uno á Marín y otro á Mariquita para que

los abrieran, en tanto que doña Juana le alcanzaba su lente de mano, y el marqués empezó á leer. Estrujó el papel después de los primeros renglones, refunfuñando un denuesto contra « ese gabacho de la Ensenada ». Pero se había levantado para salir y la familia con él. ¡ Aquí fué la gran batahola ! Un estallido general de diálogos é interpelaciones acompañó la salida precipitada de los militares tras de la novedad. La heroína de Moratín siguió enterneciéndose delante de las espaldas en fuga, y cayó el telón. — Ved ahí cómo Buenos Aires no oyó nunca la loa bucólica del más inspirado administrador de rentas del virreinato; pero el poeta se vengó cruelmente de los intempestivos ingleses : á poco andar, les fulminó una granizada de estrofas que no dejaban britano con cabeza :

La falanje de Albión ya titubea
Y á la diestra cuchilla
Cede por fin, y la cerviz humilla! . . (1)

III

Con ser el episodio menos airoso de las luchas coloniales, la primera invasión inglesa merecería ser estudiada con atención por los historiadores argentinos. Tal no ha sucedido, ni mucho menos; y hasta le ha ocurrido al más prolijo y minucioso de todos ellos, bosquejar la triste jornada sin escribir *una sola vez* el nombre del vi-

(1) Esta oda y otras tres del mismo calibre fueron reunidas en folleto después de la Defensa. Puede que fueran esas las « preciosas poesías » que sirvieron de exordio á la famosa escena del 28 (y no 19) de octubre de 1807, entre Carlos IV y el amado Fernando. Dice el historiador López (*Historia*, II, 232) : « *Fácil es ver*, que ese libro (de poesías) no podía ser otro que el *Triunfo Argentino* ». El poema de don Vicente López y Planes (que el señor Menéndez Pelayo llama con irreverencia « un romanzón histórico »), cuya dedicatoria á Liniers trae la fecha de 21 de noviembre de 1807, no fué impreso hasta el año siguiente.

rrey (1). Ello no proviene ciertamente de lo amargo del relato : el escritor está muy arriba de esas sensiblerías. Ni hay tal amargura en una humillación transitoria de que el pueblo no era responsable, y de cuya reacción inmediata tiene todo el honor. Suponemos que al argentino que lea esta página de su historia, ha de sucederle lo que al oyente que escuchaba con cara risueña un sermón sobre la muerte de Jesús, « porque estaba en el secreto y sabía que el muerto iba á resucitar ». Por otra parte, la conquista fué tan benigna cuanto breve, como que la resignación pacífica del vencido entraba en el plan evidente del vencedor. Sin aceptar como palabra de evangelio la salida soldadesca del mayor Gillespie (2), no es dudoso que las fuerzas de Beresford observaron una conducta muy diversa de la que mostraron las tropas de Whitelocke, exasperadas por la resistencia y los recuerdos de la reconquista.

Es otro el motivo de la desgana con que los historiadores argentinos han tratado el asunto ; consiste en la condición humana de atender con preferencia al triunfador (3) ; y como en el caso presente no hay nada que se parezca á una batalla ni á la más simple disposición estratégica del general inglés, se despacha en un par de páginas someras el episodio incruento. No podríamos á nuestra vez tratarlo detenidamente en esta monografía, sin incurrir en otra digresión menos disculpable que las pasadas, siendo así que nuestro personaje no tuvo parte en la insignificante escaramuza ni se consideró comprendido en la capitulación. Nuestra « invasión inglesa » comienza en realidad con la entrada de Liniers en la escena. Nos

(1) MURRE, *Historia de Belgrano*, I, página 118 y siguientes. Si la omisión es voluntaria, debe tenerse por el epigrama más fino que se haya dirigido á una encumbrada nulidad.

(2) *Gleanings*, 50 : *The balconies of the houses were lined with the fair sex*, etc.

(3) Algún día trataré de demostrar que, en todas las guerras internacionales, las causas eficientes del triunfo residen en las razones de *inferioridad* del vencido más que en las de *superioridad* del vencedor : en la mayoría de los casos, las batallas suelen *perderse* por aquél mucho más que *ganarse* por éste. El estudio anterior del vencido es, pues, el más útil é instructivo.

referiremos, pues, lisa y llanamente á las narraciones conocidas de la invasión mirada por el lado inglés, que en efecto presenta interés escaso ; pero diremos algo de la actitud asumida por los invadidos, la cual no fué tan inerte y pasiva como se la suele pintar bajo el testimonió del honrado Belgrano, modesto como siempre y severo hasta la injusticia para sí propio, lo que equivale en este caso á serlo para los demás.

Todo cuanto se haya dicho y escrito del virrey Sobremonte, en estas críticas circunstancias, queda pálido enfrente de la realidad. Su incuria escandalosa, su desconocimiento de toda noción del deber y del honor excede por mucho su proverbial ineptia y cobardía. No es su delito inexpiable el haber huído delante del enemigo, indignándole con tamaña ignominia, sino haber traicionado al pueblo que le estaba encomendado, rehusando durante semanas y meses las armas, la organización militar, los medios de defensa á los voluntarios de cualquier gremio ó clase social : comerciantes, empleados, estancieros, abogados, artesanos — hasta esclavos que se querían defender. Poco importa que tenga ó no fundamento la especie — inverosímil — de que ciertas señales del Fuerte, en la noche del 24, correspondieran á otras de la escuadra enemiga: la gran traición de Sobremonte consiste, teniendo el anuncio certero de la invasión y disponiendo de tiempo, hombres y recursos ilimitados, en no haber preparado durante seis meses la defensa de una plaza que otro, en pocos días y con un puñado de reclutas, pudo recuperar. Y todo ello no impide que ese nombre se ostente, al lado del de Vélez Sarsfield y el general Paz, en el « Paseo » de la segunda ciudad de la República !

Que se pudo, no sólo defender á Buenos Aires, sino tomar prisionera la división inglesa, sin más elementos que los existentes, lo prueba sobradamente la Reconquista; pero, de las relaciones que llamaremos « oficiales » y son las fuentes donde las nuevas generaciones aprenden la historia de su país, se desprende una impresión general de pasividad y desaliento que no refleja exactamente el es-

tado de los ánimos ni la actitud del vecindario. La pintura de esos días de prueba no está en la *Autobiografía* de Belgrano, ni en la *Memoria* de Moreno, ni en los *Entretenimientos* de Núñez, cuyos errores se repiten transcribiendo literalmente algunas de sus expresiones más ó menos felices: se la encuentra esa pintura, ó por lo menos sus elementos vivos é irrefutables, en la *Información* hecha por el Cabildo, tan á raíz de los acontecimientos que se inició el 11 de julio bajo el régimen inglés, en presencia de los oficiales y del general enemigo, cuya autoridad invocan algunos testigos y jefes juramentados — como don Juan de Elía, coronel del regimiento de voluntarios de caballería, y don Miguel de Azcuénaga, coronel del batallón de infantería de milicias — para que, allanado el fuero militar, puedan declarar libremente. En esas cuarenta y tantas deposiciones testimoniales de jefes, oficiales, clases y soldados españoles ó americanos, que han jurado decir lo que han visto y hecho, y cuya sinceridad se manifiesta hasta en sus parciales divergencias, es donde el futuro historiador encontrará, no sólo los materiales del cuadro nunca hecho de la Conquista, sino la explicación anticipada de la Reconquista y la Defensa (1). Los vencedores de mañana no han

(1) Todas esas declaraciones (*Colección Coronado*) son interesantes, pero algunas arrojan luz intensa sobre el estado militar y social de la colonia; así las de Cerviño y Basualdo; la importantísima del capitán Rezával, antiguo síndico y alcalde de primer voto en el año anterior, prevé y recomienda la táctica de la Defensa, cuyo mérito se ha atribuido á Álzaga; la del capitán Lezica es un modelo de precisión y claridad; la de don Jacobo A. Varela, « vecino y del comercio de esta ciudad », es un argumento vivo en favor de nuestra tesis, pues es muy conocida su conducta heroica en la Defensa. Algunas, de humildes soldados americanos, son más elocuentes é instructivas que toda nuestra literatura: así, la del cabo Guanes, de la compañía de artillería, que pinta en cincuenta líneas al virrey grotesco y fenomenal, y, sobre todo, al criollo valiente, insubordinado, atrevido y « zafado », capaz de hacerse pegar cuatro tiros por no quedar callado. No resisto á la tentación de citar un fragmento de esa comedia real. El declarante ha conducido con bueyes y por entre pantanos dos cañones del Retiro al puente de Barracas, allí encuentra al virrey que le ordena volverlos á llevar, « pues no hacen falta ». Entonces salta el criollo (« ya me dió rabia, también! »), en presencia de Sobremonte y su Estado mayor: — « Pues, señor, si ya no se necesitan cuando está el enemigo al frente, será porque estamos perdidos ó porque S. E. nos habrá vendido á todos! Que al oír estas palabras el señor virrey cayó al suelo, corriendo entonces á alzarlo tres de los ofi-

brotado de la tierra herida, como las legiones de Pompeyo; son los mismos vencidos de ayer, pero disciplinados y conducidos por un caudillo valiente y leal.

Es poco decir que ni Sobremente, ni Arce, ni Quintana, ni jefe alguno veterano estuvo á la altura de su misión: conviene establecer que esos inválidos solemnes, — reliquias de las derrotas de Cataluña los que no eran simples guerreros de antecámara, — fueron los primeros fautores de la confusión y el descalabro. Sería fácil demostrar que, á quedar la suerte de Buenos Aires librada á sus solas milicias y á su vecindario, con reconcentrarse en la ciudad, como quería Rezával, atrincherar y artillar las bocacalles y distribuir los voluntarios en « las puertas, ventanas y azoteas, se podía escarmentar y destruir al enemigo ». Y eso lo hubiera hecho el mero instinto de conservación, levantado por el sentimiento cívico en los americanos, y, en los españoles, por el orgullo patrio. Veamos rápidamente, en lugar de eso, lo que del virrey abajo hicieron los jefes de la resistencia, ó mejor dicho, lo que dejaron hacer.

Apenas llegado al Fuerte, después de la función interrumpida, el azorado virrey impartió órdenes para que todos los soldados presentes en los cuarteles se encargaran esa misma noche de citar á las milicias para la mañana siguiente. Como la tropa estuviera alerta desde varios días, la noticia se esparció rápidamente; algunos jefes y oficiales concurren al punto á sus cuarteles y, al amanecer, mucho antes de dispararse los cañonazos de alarma y tocar generala, gran parte de las fuerzas estaba reunida: los « Urbanos de comercio » en la Fortaleza, los voluntarios de caballería é infantería en sus cuarte-

ciales que lo acompañaban, y luego que se incorporó... les gritó: *tírenle, mátenlo!* á lo que el exponente contestó: *Que lo hagan: prefiero morir en este sitio á que me maten los enemigos sin hacer resistencia.* — Que entonces se le aproximó un oficial y poniéndole la espada desnuda sobre el sombrero, pero sin darle golpe, le dijo: *Cállese, paisanito, que esto ya no tiene remedio.* Pero volvió á alzar la voz el señor virrey, diciéndoles: *Amárrenlo!* Que se acercó una partida y lo trincaron, etc. ». Convengamos en que la *Autobiografía* de Belgrano no deja sospechar estas escenas.

les. El batallón de Urbanos (cuyo comandante, don Jaime Alsina, promovió la *Información* para « refutar ciertas calumnias ») se componía de vecinos acomodados, en su mayoría comerciantes y empleados; era un cuerpo burgués ó municipal, á manera de las antiguas guardias concejiles, sólo destinado á « patrullar las calles con los jueces y magistrados y presidir la ciudad en caso de ser invadida ». No obstante, su jefe y oficiales declararon « con las más enérgicas expresiones » que el cuerpo marcharía al encuentro del enemigo; y, en efecto, salió para las Barrancas en número de 400 á 500 hombres, mal armados y peor disciplinados (1).— El regimiento de milicias de caballería, casi todo criollo, constaba nominalmente de 600 plazas (2); pero se había destacado una compañía con el Fijo de Montevideo, y de los 500 hombres ó poco menos que se acuartelaron, tan sólo los « montados en sus propios caballos » fueron armados de espada y pistola, con cuatro cartuchos por hombre; el resto, casi la mitad, no se movió de las Catalinas. Á última hora, se trajeron del Retiro catorce carabinas « las únicas que había en el cuartel ». Así armados, marcharon para los Quilmes unos 300 hombres de caballería, pero en el camino descubrieron que « las balas de los cartuchos no calzaban en el cañón ». — El batallón de milicias de infantería (en parte montada), fuerte de 500 hombres al mando de Azcuénaga, estaba mejor armado y, parapetado en la ciudad, hubiera sin duda bastado á destruir ó rendir al enemigo; no faltaban fusiles y algunas compañías llevaban veinte cartuchos por hombre. Después de quitarle 100 hombres montados, á las órdenes del capitán Terrada, para agregar-

(1) Á esas « tropas urbanas », como las llama vagamente el señor Mitre, parece que pertenecía, ó se « agregó » Belgrano. En el desorden general, estas fuerzas caseras se distinguieron por su pasividad; pasaron los días en « tomar nuevas posiciones » y replegarse al percibir los primeros tiros. Belgrano se indignó, dice su historiador: « Indignado por aquellas palabras... siguió el movimiento retrógrado de las tropas »!

(2) Véase el *Diario* de Cerviño en los *Documentos históricos*. No lo damos como perfectamente exacto é imparcial, pero contiene muchos detalles curiosos y deja una impresión general bastante viva de la situación.

os á la mermada caballería, se dejó á este batallón formado en la Plaza Mayor toda la tarde y la noche del 25, en que la lluvia le obligó á refugiarse bajo los portales de la Recoba: al día siguiente, marchó también hacia Quilmes.

Así pasó el 25, en tanto que los ingleses ejecutaban su laborioso desembarco con la misma tranquilidad que en una isla desierta. En la mañana del 26, don Pedro de Arce, que era el jefe de la defensa como Sub-Inspector General y «gozaba de gran reputación militar», se propuso cerrar el paso al invasor, intentando á deshora lo que durante el desembarco habría sido eficaz. Asimismo, á tener reunidas y organizadas las fuerzas disponibles, protegidas por una artillería superabundante, la tentativa pudo tener buen éxito. Además de las milicias enumeradas, disponía de 200 blandengues y soldados de frontera que llegaron de la Ensenada al mando del teniente coronel de dragones Gutiérrez, y muchos oficiales del Fijo, fuera de veteranos retirados, marinos y algunos chilenos que también se incorporaron (1). Pero las milicias, sin orden ni dirección, estaban todavía desparramadas desde el Retiro hasta el puente de Gálvez, guarneciendo cuarteles que nadie amenazaba ó alborotando en la Fortaleza y la Plaza Mayor; la artillería traída con bueyes llegaba tarde, ó se perdía en los pantanos, hasta que se abandonara al enemigo la que había cruzado el Riachuelo. El desastrado Sub-Inspector, con unos 500 hombres de caballería (milicias urbanas y blandengues de la Ensenada) y algunas piezas de artillería, se formó en batalla sobre una cuchilla, en frente del enemigo que emergía apenas de los bañados y pajonales. Una descarga de los «tres violentos» y otras tantas piezas ligeras puestas en batería produjo algún efecto en el grupo enemigo (2); pero cuando éste se hubo formado—

(1) Aquel capitán Lorca de *Los Trofeos de la Reconquista* no era el único chileno presente en una y otra jornada, como parece que se da á entender en la información producida en 1882, á solicitud del Intendente Alvear.

(2) Con su parte á Baird, el general Beresford remite una lista de los muertos y heridos.

el regimiento 71 á la derecha, el batallón de marina á la izquierda, y el de Santa Helena á retaguardia — y avanzó resueltamente, las fuerzas de Arce se desbandaron y emprendieron la fuga, no quedando el jefe entre los últimos, aunque vociferase cómicamente (1): *Yo mandé tocar retirada, no desordenada fuga!... ¡Qué dirán las mujeres de Buenos Aires!...* Era la hora en que el marqués de Sobremonde, rodeado de familiares, subía á la azotea de la Fortaleza con tamaño catalejo que asestaba hacia Quilmes y, después de «haber preguntado cuántos cañonazos se habían tirado», exclamaba satisfecho: *No hay cuidado, los ingleses saldrán bien escarmentados!*(2).

Tal fué la «acción» de Quilmes que terminó sin mucha efusión de sangre (3); la completó, al día siguiente, la del Puente de Gálvez, mucho más desairada aún, como que el virrey transportó allí su ridícula persona y su despreciada autoridad. También allí aparecieron por vez primera el coronel José Ignacio de la Quintana, improvisado jefe de los Urbanos, el coronel «hidráulico» Eustaquio Janini y otros solemnes colaboradores del desquicio que iba á tener su pronto desenlace.

En la tarde del 26, los derrotados de Quilmes llegaron en grupos desordenados á la quinta de Gálvez, y, pasado el puente ya medio destruído, se reunieron en esta banda «en frente de la barraca de Cagigas» con el resto de las fuerzas traídas de la ciudad. Don Pedro de Arce comentaba el desastre reciente, repitiendo en voz alta que los ingleses eran *4000 hombres bien disciplinados y aguerridos y que no pasaría de la oración sin que los tuviésemos en el Puente* (4). ¡Admirable manera de infundir confianza en las tropas!—Desde este momento,

(1) Para otros rasgos más característicos de esta excelente *ganache*, véase el *Diario de Cerviño*.

(2) Declaración de don José de Castro, alférez de milicias retirado. (*Colección Coronado*).

(3) El señor MIRA (*op. cit.*), dice que «no hubo un muerto ni un herido de parte de los argentinos». Cerviño dice que «no se puede fijamente expresar el número de muertos y heridos». Las *declaraciones* aluden á algunas bajas; tal debe ser la versión exacta.

(4) Declaración de don José de Castro y otros.

dicen algunos testigos, se comprendió que el virrey no tenía el designio de defender la plaza. Sabían que había despachado á Luján todos los fondos de las cajas reales y que su familia estaba en la quinta de Liniers, pronta para emprender viaje al interior. Sobremente pasó la noche en la quinta de Dorna, rodeado por los blandengues y milicias de la Ensenada, en tanto que las milicias de caballería y los Urbanos ocupaban las barrancas de la Convalecencia. Desde el alba del día 27, unos 400 hombres de infantería de milicias y una compañía de granaderos del Fijo, atrincherados en un cerco de tunas, disputaban al enemigo el paso de Barracas ; pero, pronto se les agotaron las municiones, y habiéndolas pedido vanamente al coronel Janini, tuvieron que emprender retirada. Entretanto, el virrey montaba á caballo y, seguido de la caballería de Gutiérrez, ganaba la quinta de Liniers, donde ya le esperaban Arce, Nicolás Quintana, Rocamora y otros jefes. De allí Sobremonte pasó con su familia y escolta al Monte de Castro, para labrar « en junta de generales » un documento explicativo de su fuga, mucho más indigno y vergonzoso que cualquiera capitulación.

Habiendo comunicado el coronel de la Quintana á los jefes y oficiales de milicias que era « orden del virrey » replegarse á la Fortaleza para obtener una « honrosa capitulación », produjéronse escenas tumultuosas que luego se repetieron en la Plaza Mayor. El capitán Murguiondo, el alférez Capdevila, Varela y otros que muy pronto volverán por su honra vendida, protestaron en términos violentos : « ¿Cómo se entiende aquello de retirarse, cuando no se sabe de qué color es el uniforme del enemigo? » Á lo cual Quintana contestaba, revistiéndose de gran autoridad : *Nadie levante la voz : pena de la vida al que no obedezca al señor virrey!* Pero siguieron las protestas por largo rato, hasta que, obligados á dejar sus armas, muchos prefirieron romperlas al pie de la Fortaleza. El jefe de la plaza tenía ya redactado el proyecto de capitulación; pero fué desdeñosamente rechazado por el vencedor que ya se acercaba por la calle de Santo Domingo, « en orden desplegado para aparecer más imponente ». El general

Beresford se instaló en la Fortaleza de los virreyes y, en lugar de la capitulación honrosa, tuvo Quintana que aceptar y firmar las « condiciones concedidas por los generales de su Majestad Británica » (1). En esos mismos días, Santiago Liniers entraba en Buenos Aires, provisto de un salvo conducto pedido por su amigo don Edmundo O'Gorman. Mientras tanto, el virrey Sobremonte, que hasta para la fuga necesitaba protección, proponía en vano á las milicias que todavía le rodeaban acompañarle hasta Córdoba, « ofreciéndoles doble sueldo ». Siguió camino en carruaje con su familia y la escolta, sin ocuparse más de los soldados hambrientos que volvieron penosamente á la ciudad. Tuvo al principio el pensamiento de situarse en Luján, con los fondos de las cajas reales; pero el anuncio de estar acercándose la partida inglesa que venía por ellos le obligó á marchar al interior. Desde Córdoba, dirigió varias comunicaciones á Buenos Aires y á España, procurando paliar su conducta y avisando que dicha ciudad era la capital provisional del virreinato. Unas y otras cayeron en el vacío: los acontecimientos se precipitaron; la Reconquista se preparó y realizó sin intervención del funcionario

(1) El 2 de Julio de 1806, suscribieron también dicho documento los alcaldes de 1º y 2º voto, Francisco Lezica y Anselmo Sáenz Valiente. Á este propósito se suscita una pequeña cuestión histórica que no carece de interés. Los señores Mitre, López y otros historiadores modernos dicen, siguiendo á Núñez, que (á principios de 1807) don Martín Alzaga, « acababa de ser nombrado alcalde de primer voto, en la renovación anual de la corporación »: lo que es exacto. Ahora bien, al día siguiente de la Reconquista, vemos desaparecer los nombres de Lezica y Sáenz Valiente de entre los miembros del Cabildo, sustituyéndolos los de Martín Alzaga y Villanueva, como Alcaldes de 1º y 2º voto. Con este título, desde el 14 de agosto hasta septiembre de 1806, Alzaga y Villanueva suscriben (en lugar de Lezica y Sáenz Valiente) documentos tan importantes como la eliminación de Sobremonte y (el 20 de agosto) el parte de la Reconquista « al Rey Nuestro Señor ». Pero, en septiembre, se eliminan Alzaga y Villanueva y los propietarios vuelven á aparecer. El eclipse es curioso y significativo. La explicación probable— que merecería confirmación— es que el hecho de haber firmado la « capitulación » hubo de acarrear gran impopularidad á los alcaldes, quienes pidieron y obtuvieron ser reemplazados por los nombrados. La Reconquista borró la impresión y repuso las cosas en su lugar. Creemos que, según la ley, los dos regidores más antiguos debían reemplazar á los alcaldes impedidos. Pero estaba comenzando la Revolución!

caduco, indigno de reivindicar ahora la autoridad que en los días de prueba había abdicado.

Por su parte, el «Gobernador» inglés, como en sus decretos se titulaba, tuvo la conciencia inmediata de la situación. El codicioso Popham, no Beresford, fué el instigador de todas las medidas de rapiña y charlatanismo que tan indecorosamente presentaron la expedición en Europa y América. No sólo hizo *main basse* sobre el botín, propiedad particular en mucha parte, cuya distribución quedó en clarooscuro, sino que discurrió esa entrada carnavalesca del «Tesoro de Buenos Aires» en Londres, fomentando el entusiasmo mercantil de los clientes del Café de Lloyd con pinturas fantásticas de las riquezas argentinas. Beresford, más frío y más penetrado de su responsabilidad, comprendió al punto que era imposible la conservación de su conquista sin importantes refuerzos de mar y tierra. Vanamente acuarteló sus fuerzas y, para disimular su número real, pidió diariamente un número de raciones duplo del necesario: la estratagema no podía engañar la mirada experta que medía ya los pasos del enemigo. Desde luego, el general Beresford sintió que el plan de conquista fallaba por su base, que lo era la presunta connivencia de la población. Fuera de las autoridades y del clero que, como siempre, dieron la señal del rendimiento al vencedor, quedó muy evidente desde el primer día que el vecindario estremecido entraba en fermentación. Los soldados ingleses no se alejaban sin peligro de la Plaza Mayor, y cuando no á la violencia, cedían á la persuasión: las deserciones llegaron á tomar carácter tan alarmante que se consignaron severamente las tropas en la Ranchería y la Fortaleza, publicándose con este motivo el único decreto riguroso que Beresford suscribió. Sus otras disposiciones generales, la «capitulación» inclusive, revelan un espíritu de generosidad y sentido recto. Concedió á la guarnición los honores de la guerra (1), declaró el comercio

(1) Es curioso un detalle de ese documento, redactado naturalmente en los dos idiomas. En el artículo primero, al mencionar á los oficiales que debían jurar fidelidad al gobierno inglés, el texto original designa solamente á los nativos ó domiciliados (*such officers*

libre, aligerando los derechos aduaneros, garantizó la propiedad y el ejercicio de la justicia, dejó funcionar libremente todas las ramas de la administración, respetó al Cabildo, dictó excelentes medidas policiales... Todo era inútil: según el dicho de un contemporáneo, « el pueblo quería al amo viejo ó á ninguno ». Realizó su doble aspiración: primero echó al amo nuevo, y al viejo después.

P. GROUSSAG.

(Continuará.)

as are natives of the country, or regularly domiciliated); pero la traducción española agrega expresamente *ó casados con nativas del país*. Este era el caso de Liniers, y es conocida la acusación que se le dirigió hasta de Inglaterra, por « haber violado su juramento ».

DOCUMENTOS HISTÓRICOS

DIARIO INÉDITO POR DON PEDRO A. CERVIÑO, DEL ATAQUE DE LOS INGLESES
DESDE EL 17 HASTA EL 30 DE JUNIO DE 1806.

El día 17 de junio de 1806, en que se avistaron en estas balizas dos bergantines que todos creyeron ingleses, se dió la orden número 1, y se comunicó á las compañías de Voluntarios de Caballería de esta Capital, á las cuatro de la tarde del mismo día. Como restaba muy poco de éste, y los más de los individuos que componen dicho cuerpo residen en el ejido y aun más afuera de la ciudad, no pudieron citarse, ni juntarse en el cuartel más que setenta hombres de todas las compañías; pero los días subsecuentes hasta el 24 y 25 de Junio inclusive se acuartelaron cuatrocientos setenta y dos hombres, que con los ciento catorce que del mismo cuerpo estaban de antemano al servicio en esta, y destacados en Montevideo, componían quinientos ochenta y seis hombres, faltando sólo para el completo de las seiscientas plazas efectivas de que consta el Regimiento, catorce individuos entre bajas, enfermos, y ausentes.

El día 19 se comunicó por el cuerpo la orden verbal del señor Sub-Inspector General que se señala con el número 2, manifestándose en ella que corría solo desde ese día el sueldo á todos los acuartelados, igualmente que á todos los oficiales y agregados del mismo cuerpo. El día 23 se ordenó que todos los capitanes presentasen la relacion de los individuos que de sus compañías tuviesen caballo y montura, y los que careciesen de uno y otro, para franquearles caballos y monturas de la Real Hacienda, con calidad de descontar su importe de los sueldos de cada uno de los provistos. En el mismo acto se presentaron en el Cuartel las relaciones firmadas por los respectivos Capitanes, las que se enviaron al señor Sub-Inspector por medio de uno de los Ayudantes para que las pasase al Capitán General de quien emanaba dicha disposicion. La 12^a Compañía que tenía en el Cuartel treinta y cuatro hombres, sin los catorce que de la misma existían en Montevideo destacados, contaba con solo catorce de los primeros, capaces de salir á campaña, pues que de los veinte restantes, diez carecían de caballos y monturas, y los otros diez se hallaban con montura y sin caballo. Esta falta que era general en todas las compañías así por lo malo de la estacion para las caballadas, como por las limitadas facultades de sus individuos (los más artesanos y jornaleros que escasamente adquieren para alimentarse, vestirse mal y pagar el alquiler de un cuarto ó rancho á que se reducen con numerosa familia) para mantener caballo propio dentro de la Ciudad, ni menos alquilarlo, ó conservar montura que á falta de aquel venden,

hacía inútiles para una pronta salida cerca de trescientos hombres de los acuartelados. La asistencia al Cuartel de estos, y la del Coronel, Sargento Mayor, Ayudantes, Comandantes, Capitanes, y subalternos era diaria desde las ocho de la mañana hasta la una, en que se retiraban á comer á sus casas, y desde las dos de la tarde, en que volvían hasta las siete de la noche en que, dado el estado, y nombrados los que habían de patrullar de noche, se mandaban á cenar y dormir á su casa, no haciéndose otra cosa en el Cuartel con la reunión de esta gente que oír la excepcion del uno para evadirse de la fatiga, procederse al reconocimiento del otro que alegaba enfermedad, pasar frecuentes listas para ver quiénes faltaban, nombrar partidas para su aprehension, corregir á unos y arrestar á otros por incorregibles; conservándose todos para la primera órden que ocurriese. La estreches de los patios del Cuartel no permitía evolucionar á gente de á caballo, ni aun convertir puestos á pié en formacion de batalla ni de columna con un regular frente, pero al menos (que es lo mas que se requería) si el señor Capitán General hubiera entregado el armamento del Regimiento con concepto al número de individuos acuartelados se les hubiera adiestrado en el manejo de la Espada, pistola y Carabina, haciéndoles hacer sus descargas con algun método ó igualdad, asi como estaban ociosos esperando sus órdenes. Tan bien por falta de esta instruccion que no pendía del cuerpo, podía darseles las de sus deberes haciendo que los Capitanes Subalternos ó Sargentos formasen en círculo su compañía y les leyeren con repeticion las obligaciones del Sargento, Cabo y Soldado y las leyes penales que comprende la Real Ordenanza del ejército; pero se omitió, despreciando el Coronel el aviso de quien le informó que la ignorancia de sus deberes, era la única que motivaba los reiterados actos de insubordinacion y que esta se cortaríá con imponerles de ellos.

A las once de la noche del día 24, se ordenó por el Capitan General la reunión de todo el Regimiento al cuartel en la misma hora; se verificó sin la menor falta por los oficiales y algunos de los Soldados que pudieron citarse por de pronto y el resto ya estaba en el Cuartel á las tres y media de la mañana siguiente: á las seis y media de la misma se tiraron de la Real Fortaleza los tres cañonazos precipitados de alarma y se tocó generala. Con este aviso se pusieron á caballo cuantos del Regimiento lo tenían, esperando la órden de partir y la provision de caballos y monturas para los que carecían de uno y otro con el armamento para el todo de los acuartelados: en estos términos nos conservamos hasta las doce y media del día 25 en que salió la órden del General de la Plaza que comprende el número 3, con este motivo nos retiramos á comer á nuestras casas con cargo de volver á las dos de la tarde al Cuartel á excepcion de cincuenta hombres que parte con carabina y espada y parte con pistola se destinaron á celar la margen del Río, desde el bajo del Retiro hasta la Recoleta con cargo de hacer patrullar hasta los Olivos al mando del Teniente Coronel Comandante del 3º Escuadrón don José Pereira de Lucena y los Subalternos el Teniente don Domingo Adlid Rodriguez y el Alférez don Manuel de Luciriaga y los individuos que carecían de caballo y montura, á quienes suponían de malicia esta falta por evadirse de la salida, que por vía de pena se

les dejó en el Cuartel. A las dos de la tarde tocada de nuevo la generala y dada la señal de alarma corrimos todos con precipitacion al cuartel á recibir el armamento: para esta entrega se hacían entrar á los Soldados en grupos al primer patio del Cuartel y allí recibían de mano del Sargento distinguido que hacía de Brigada don Antonio del Nero una espada, una pistola, una canana y porta-espada entregándoseles suelta una piedra y cuatro cartuchos, é inmediatamente y sin darles lugar á la colocacion del armamento expresado los hacían salir á tomar sus caballos en la calle, en donde el Ayudante de Plaza don José Gregorio Belgrano, sin permitirles la menor demora los hacía partir con la mayor precipitacion, llevando por esta razon todo el armamento en las manos hasta el Puente de Galbez en donde hallamos al Capitan General con algun tren volante y varios Edecanes que nos hizo hacer alto, con este motivo procedieron los Soldados á acomodar su armamento, del que ya habian perdido alguna parte de los cartuchos y piedras faltando en todas las llaves la zapata para colocar esta.

Como se ha expresado ya, carecían muchos de caballo y montura y otros teniendo esta de aquel, y ya fuese por la precipitacion de la salida ó porque el Capitan General no pensaba cumplir lo que había ofrecido (que es lo mas verosímil) no se les había surtido con los caballos y monturas de la Real Hacienda, solo reunimos aquella tarde en el Puente de Gálbez, ciento veinte y nueve hombres entre sargentos, cabos y soldados á caballo, quedando el resto á pié en el Cuartel sin destino á escepcion de doce hombres que al cargo del Alférez don Francisco Berutti, quedaron cubriendo la guardia de prevension y los cincuenta que al mando de Pereyra celaban las márgenes del Río. El Capitan General se impuso por sí de los Oficiales que acompañaban aquella fuerza, y hecho, llamó al Coronel, Teniente Coronel y Sargento Mayor y con ello se condujo á la casa Quinta de Gálbez, en donde (segun informe del último) les previno que guardasen aquel punto á toda costa sin que por ninguna clase de motivo le abandonasen, que luego que pasasen las últimas Compañías que esperaba del campo cortase el Puente, para cuyo efecto le dejaba achas, y que vendría á estar á sus órdenes el Capitán don Florencio Terrada con cien hombres de infantería montada. Concluída esta conferencia trató de retirarse para la Ciudad, cerca del toque de oraciones y al verificarlo dijo al Coronel que se traía consigo al Teniente Coronel don Pedro Díaz de Vibar para activar diligencias y que con igual objeto necesitaba al Teniente don Lucas Vivas que hacía funciones de Ayudante; asintió el Coronel y se retiró con los expresados Vibar y Vivas y los demas oficiales de su acompañamiento.

Inmediatamente que salió el Virey, se nombró Gran Guardia de cincuenta hombres al mando del Comandante del 4º Escuadrón el Teniente Coronel don Francisco Castañón, que se situó á las ocho cuadras de la casa de Gálbez con inmediacion al Río: de dicha Gran Guardia se pusieron las respectivas avansadas y un piquete de un Cabo y cinco hombres en el puente para que privase la entrada de todo el que viniese del campo, que era conducido á la Gran Guardia, cuyo comandante ó le permitía la continuacion de su viage ó lo remitía al cuartel de Gálbez, para que

el Coronel se impusiese de lo que sabía ó había visto en la costa. Por esta causa fueron detenidos á los ocho y cuarto de la noche el pardo Juan Clemente y el negro Juan, esclavos ambos de don Juan Antonio de Santa Coloma, quienes, conducidos á presencia del Coronel, le informaron de cuanto sabían de los buques ingleses fondeados en la costa de los Quilmes, habiendo explicado el pardo Juan Clemente con la mayor proligidad y exactitud el número de botes que de dichos buques se habían destinado al desembarco de las tropas, los viages que hicieron, las personas que conducía cada bote, el uniforme de las tropas, la ocultacion de estas en el pajonal, el toque de caja con que salieron de él antes de anochecer para formarse en la plaza, y descargar el armamento y Artillería, con otro pormenor de circunstancias interesantísimas: en el mismo acto de este informe llegó á aquel puesto un Sargento de Voluntarios de Infantería, á dar aviso al Coronel de parte del Capitan del mismo Cuerpo don Florencio Terrada, que se hallaba en la Quinta de Marull, por disposición del Señor Virey á las órdenes de aquél: con este motivo, y contemplando que impuesto S. E. del informe exacto de aquellos esclavos determinaría su marcha, resolvió para no diferirla, caso que se le ordenase en contestacion mandar reunir á Terrada con su compañía, que lo verificó inmediatamente, y pasó al Virey el oficio señalado con el número cuatro, remitiendo con él los mismos esclavos informantes, en cuyo concepto era el número de las tropas enemigas de mil setecientos á mil ochocientos hombres. Este oficio que por su contenido exigía la más pronta contestacion, y nos lo persuadía así el informe que á las nueve y cuarto de la misma noche dió el Alférez del Fijo y Ayudante interino de la plaza don Manuel Sanchez (privado de S. E. y detenido por la Gran Guardia) al Coronel de que él había visto las tropas Inglesas y que eran en número de más de dos mil hombres, que tenían completa música y que venía á decirle al Virey que no era cosa de broma, sólo la mereció cerca de las doce de la noche en los términos que manifiesta la copia número cinco. Como uno de los particulares de que trata el oficio-contestacion del Virey era desaprobar la reunion de Terrada al cuerpo de Caballería, no obstante que nos era á todos constante que lo mandaba á las órdenes del Coronel de este cuerpo, se le mandó por Elía que se retirase á la Quinta de Marull como lo verificó, y nosotros nos mantuvimos toda la noche la mitad á caballo y la otra mitad con los caballos del diestro alternativamente hasta las siete de la mañana del día veinte y seis, á cuya hora, se nos reunió el Ayudante Mayor veterano del Regimiento don Bruno de la Quintana con treinta y un hombres del mismo cuerpo, con cuyo refuerzo llegó á completarse ciento sesenta hombres sin los Jefes y Oficiales.

A las ocho y media de la mañana del 26 se recibió el oficio del señor Sub-Inspector que se incluye en copia bajo el numero seis, y como su tenor se reducía á que nos incorporásemos con él por donde lo encontrásemos con el tren volante avisando á don Florencio Terrada para que hiciese lo mismo, respecto á que tenía los enemigos á la vista, se le pasó el oficio número siete, con otro que aquel incluía, al señor Virey, que el capitán Terrada, á quien le pasó la correspondiente órden

el Coronel en cuya vista se unió inmediatamente con nosotros. Estando ya prontos á marchar en columna en el Tren á vanguardia al mando del Capitan de Artillería Benetorro precediéndole para las marchas un piquete de veinticinco Exploradores ó partida de descubierta al mando del Alférez don N. Terrada; llegó el Capitan don Leon de Rosas con el Oficio en copia número ocho del señor Virey, é imponiéndose el Coronel de las cartas abertorias que incluía las entregó cerradas con el pasaporte que cubría aquel al Teniente de Blandengues don José Ruiz, quien tomando del cuerpo cuatro hombres que dijo necesitaba para el desempeño de la comision á que lo destinaba el Virey, marchó.

Inmediatamente nos pusimos en marcha con la indicada formacion de columna cubriendo nuestra retaguardia la infantería montada al mando de Terrada, y conteniendo el paso con arreglo á lo prevenido por la órden General del veinte y cinco, señalada con el número tres, y con concepto tambien á que los caballos estaban ensillados y sin comer había más de treinta horas, y que sabíamos que no había caballadas del Rey para remudarlos, los caminos estaban algo pesados por las fuertes lluvias de la noche del 25, que se hacen mas sensibles en los terrenos de bañados por donde transitábamos. A la medianía del camino encontramos tres chasques de los que era uno el Capitán del Regimiento fijo de infantería don Miguel Marin, quien informó al paso al Coronel y Sargento Mayor que eran más de tres mil hombres los Ingleses con numeroso Tren. Continuamos nuestra marcha y á los pocos momentos divisamos ya al enemigo en columna caminando sobre el ángulo izquierdo de su frente por la diagonal hácia el paraje en que estaba situado con su tropa y tren el señor Sub-Inspector. La columna enemiga que se componía de los dos tercios de todo el ejército, traía á su retaguardia en cinco trosos como seiscientos á setecientos hombres y cubierta con las primeras filas de vanguardia el tren que solo se veía cuando abrían flancos para las descargas. El señor Sub-Inspector que estaba situado en un repecho que dominaba el camino carril de los Quilmes y la llanura ó declive que mira al Cañado exterior (cuya orilla firme, en mi concepto, estaba fuera del tiro de su artillería) esperó á que saliesen del mal paso para atacarlos. Rompió el fuego, lo que visto por nuestro Coronel mandó acelerar el paso al tren y tropas y como á proporción que estas se aproximaban notaba la formacion enemiga que presentaba á nuestra columna todo el costado derecho de la suya, hizo alto y mandó por un Porta-Estandarte prevenir al Sub-Inspector que si le parecía que con su gente en batalla y con el auxilio de los tres cañones de tren, los atacase por el costado que le presentaban, para distraerle ó llamar su atencion á dos puntos; mientras se logró su respuesta se hicieron reconocer las armas que consistían en espada y pistola: de estas las mas estaban sin piedras por el desorden y precipitacion con que se les hizo su entrega y las demás ó todas las que carecian de este defecto, tenían el que de las balas de los cuatro cartuchos por individuo, no venian de modo alguno al cañon de la pistola. Esta circunstancia que nos persuadimos amilanase la gente no hizo más que estimularla á pedir se les permitiese la entrada proponiéndose la

derrota enemiga con solo la atropellada de los caballos. Volvió el Porta-Estandarte con la respuesta del Sub-Inspector que se redujo á reiterar que nos reuniésemos á él por la izquierda de su formacion como tenía advertido en el Oficio (copia número seis) de aquel día. Marchamos aceleradamente á verificarlo así; pero antes de puntualizar lo ocurrido en nuestra reunion, expresaremos algunas circunstancias esenciales que hagan conocer la posicion de las tropas del Inspector y su formación.

Ya se ha dicho aunque de paso, lo dominante del terreno que este ocupaba con su tren y tropas, mas sin embargo no omitiremos prevenir que éste está situado más á los Quilmes de la estanzuela de don Juan Antonio Santa Coloma, que quedaba al norte de él, de modo que tiene descenso para el cantil del Bañado por donde salió el ejército enemigo y lo tiene igualmente para el terreno intermedio de las Lomas del sud en que se halla una especie de hondanada ó cañada que recibe las aguas de estas y aquel repecho. Las tropas que tenía el Sub-Inspector á su mando compondrían como el número de doscientos hombres poco más; de estos los ochenta eran blandengues y los ciento veinte restantes milicianos de la frontera parte con espada y pistola y parte con chuza. Su formacion era extraordinaria y mucho más la colocación del gefe y artillería. Los blandengues que tenían espada y carabina estaban en formacion de batalla con dos de fondo y cuarenta de frente: de esta formación á la de los milicianos que estaban á su retaguardia mediaría el espacio de veinte de frente ó mitad de compañía; estaban en dos filas como los primeros y á igual distancia entre sí que la de aquellos, pero con la diferencia que estando linea recta los costados derechos de ambas formaciones, no lo estaban los izquierdos, pues que las dos filas de milicianos de retaguardia (cuyo costado derecho ocupaban los de espada y pistola y el izquierdo los de sola chuza) constando en el todo de ciento veinte hombres, venía á tener cada una sesenta de frente, resultando de aquí que el costado izquierdo de la retaguardia era más saliente veinte hombre de frente (en dos filas de igual número cada una) que el izquierdo de la vanguardia. Los cañones en número de cuatro que debían cubrirse con la caballería para cargar, y abrirse flancos para salir al frente á hacer fuego, convirtiendo luego por derecha ó izquierda á retaguardia para volver á cargarlos (evolucion la más sencilla del tren volante con caballería cuando se opera ya sea avanzando, ya perdiendo terreno, ó ya á pié quieto) estaban colocados al costado derecho en formacion de columna con dos de frente: los caballerizos del aban-tren estaban pié á tierra y se servían los fuegos con igual pausa y magisterio que si se hiciera una Salva Real con treinta ó cuarenta segundos de tiempo intermedio. El Inspector cuya colocacion debería ser el frente de sus tropas ó el que de pronto exigiese su presencia estaba colocado hácia el costado derecho en el medio de las dos formaciones de Blandengues y Milicias de la frontera, de modo que estaba cubierto por dos filas de hombres así por vanguardia como por retaguardia sin el menor recelo de ser herido, pues aunque estaba á caballo, este era un petizo semi-burro. El Comandante de Blandengues que debía cubrir el costado derecho de su cuerpo cuatro pasos á su frente, estaba haciendo de costado

izquierdo de los chuzeros. El Sargento Mayor de voluntarios de caballería de la frontera, don Cosme Becar, el Ayudante Mayor del mismo don Miguel de Irigoyen, el Teniente de Blandengues don N. Balcarce (Ayudante interino de su cuerpo) el Alférez de Infantería don N. Rodrigo y un cúmulo de Oficiales más, circundaban al Sub Inspector con iguales parapetos que él, quedando á retaguardia de ambas formaciones el Capitan Espinosa con un buen caballo. Luego que por Arze se rompió el fuego salió una llamarada de pólvora floja del centro de la columna enemiga y observamos que la Fragata Inglesa que hacía de comandanta arrió una bandera fondo azul que tenía por las miras de proa en las drizas del Juanete mayor ó hizo una encarnada en el tope del trinquete, en cuyo momento empezó á hacer uso la columna Inglesa de su artillería; observándose hasta entonces que los tiros del tren de Arze hacían en ellos notable operacion, porque se descubrían claros que procuraban ocultar reuniéndose y angostando el frente de la primera fila de la columna.

Expresadas ya las circunstancias que contemplamos esenciales para conocimiento de la posicion que ocupaba el Sub-Inspector y colocacion de sus tropas, pasemos á relacionar lo ocurrido en nuestra reunion á ellas, y siguientes sucesos. Como se ha dicho ya, marchamos aceleradamente á reunirnos por el costado izquierdo de la formacion de Arze, yendo á la cabeza de nuestra columna, el Coronel, Sargento Mayor y los capitanes de la quinta y duodécima Compañía. Desplegaron en batalla con espada en mano (por la inutilidad de las pistolas) en el momento crítico en que estaba hiriendo la fusilería enemiga, y que asestaban los cañones con el objeto de desordenar la incorporacion de nuestras tropas (que con las de Infantería montada, componian doscientos sesenta hombres, y cuatrocientos sesenta con las de Arze). Trató de precedernos en la reunion el Capitan Benetierre, con el tren de tres Violentos que llevaba, y preguntando por Arze que si iba cargado, como le contestase que no; lo mandó que se retirase. Casi puestos en formacion de batalla cuando tratamos de alinearnos con las filas á que nos uníamos, por disposicion del señor Arze (y sin precedente aviso al Coronel, ni la menor instruccion de lo que debíamos ejecutar), se tocó por un tambor montado, retirada, toque que muchos no oímos, ni aun cuando lo oyeramos sin otro antecedente, conoceríamos su objeto, pues que la enseñanza de este Regimiento fué con trompeta que es lo que establece el Real Reglamento de catorce de Enero de mil ochocientos uno: en vista del toque los Blandengues convirtieron con precipitacion sobre el costado izquierdo que hicieron de ege, y de saliente el derecho, y como su frente en cada una de sus dos filas era de cuarenta hombres, nos solaparon con caras encontradas y espada en mano, y como sentían á su espalda el silbido de las balas de fusil y cañón rompieron por nuestras filas con el mayor desorden poniendonos á todos en el mismo, tanto que perdimos la formacion enteramente y tuvimos que retirarnos con el resto de tropas de Arze que pudo evitar la muerte y heridas de algunos ya que trataba de retirarse sin ordenar nuestra reunion, ó cuando hecha esta hubiese determinado aquella, si él tuviera nociones del arte militar en los tres ramos de Artillería, Infantería y Caballería, hubiera dis-

puesto que la conversión de esta ó fuese por filas de à cuatro ó volviendo caras con caballo adelante, con lo que se evitaría que con la conversión de todo el frente desordenasen los Blandengues á todo el resto de tropas. Se abandonó el puesto no ya en retirada sostenida, sino en precipitada fuga, abandonásele al enemigo los cuatro violentos de Arze y uno de Bencterre con la diferencia que aquellas quedaron con los aban-trenes y éste sin él, sin que podamos decir con firmeza qué justo motivo haya ocasionado este abandono. Nos retiramos á tres cuartos de legua del campo sobre las Lomas, en cuya retirada hizo algunas descargas al enemigo así á nuestra gente desordenada como á las casas y ranchos de las inmediaciones temiéndose emboscada en ellas. Para esta retirada y coordinar la gente dispersa estaría encargado sin duda el Capitan de Blandengues Espinoza porque ya estaba en las Lomas cuando fuimos á situarnos en ellas. En el camino trató de sincerarse en públicas voces el señor Sub-Inspector diciendo *que él había ordenado una retirada, no una fuga, pero que no extrañaba esta acordándose de lo que había dicho Quintana de que no tenía completa satisfaccion de los Blandengues, en cuyo caso que se podía esperar de las Milicias que serbian en los casos urgentes por pension y sin la disciplina que aquellos debían tener.* Estas reflexiones lo hicieron entonar más por grados, y dijo: *que tenía la satisfaccion que todos lo habían dejado solo, y continuando con el mayor serbor expresó: que si alguno creía que la retirada que él había mandado era efecto de cobardía, él desafiaba al más valiente de los que lo rodeaban para que saliese á batirse con él de hombre á hombre en campaña: luego abatiendo el todo vertió con la recancanilla y grosería soldadesca, un c... ¡Que dirán las Mugerres de Buenos Aires!*

No se puede fijamente expresar el número de muertos y heridos en esta acción, ya porque no se tuvo la precaucion de recogerlos, ni había dispuesto de antemano carruage para su conduccion (sin duda porque el Virey ó Inspector creyeron que nunca llegaría este caso) como porque se ignoraba el paradero de muchos individuos de las compañías, no sólo por sus Capitanes, sino tambien por sus propias mugeres y familias que están en la tristísima incertidumbre de si son ó no viudas y huérfanas.

Se procedió á la reunión de la gente dispersa juntando cada Capitán los individuos de su respectiva compañía, y hecho se procedió á pasar lista por orden del Sub-Inspector para saber el número de los que faltan y quienes. Esta disposicion que tuvo en suspenso otras más oportunas en aquel caso, y las reiteradas formaciones que después de ellas se mandaron, nos detuvieron el espacio de más de hora y media: de modo que habiendo empezado la salda de Arze á las once, durado esta y la repulsa enemiga hasta las once y tres cuartos, corrido un cuarto de hora, y demorándonos una y media, vinimos á disponernos para la marcha cerca de la una y tres cuartos. La orden que dió dicho señor para ella fué que los voluntarios de Caballería de Buenos Aires en formacion de columna se dirijiese á la Capital llevando siempre á la vista las márgenes del Bañado y que sobre él á la retaguardia y vanguardia caminasen dos partidas de descubierta para examinar los movimientos del enemigo: para la de retaguardia se comisionó al Alférez del mismo cuerpo

don Juan Terrada con quince hombres, y para la de vanguardia al Sargento retirado de Alférez (y hoy primer Guarda Almacén de Tabacos) don Elías Bayala, que estaba con Arze en calidad de aventurero, aunque denotaba tener el mando en Gefe con veinte Blandengues. A los de este cuerpo y Milicias de la Frontera, que se colocaron en la misma formación se les ordenó que se dirigiesen á igual destino por las partes de las Lomas, y el Sub-Inspector dispuso su marcha con un tambor montado y los oficiales de su círculo, entre ambas columnas, previniendo que siguiésemos una marcha pausada y que cuando él mandase tocar redoble al tambor hiciésemos alto.

Continuamos con este orden la marcha hasta las dos y tres cuarto que oído el redoble hicimos alto, y vimos que echó pié á tierra el Inspector y sus Edecanes y mandando hacer lo mismo al tambor puesta la caja en el suelo y colocada sobre ella sus prohibiciones de boca, comió con sus oficiales, siendo nosotros solo espectadores, y concluída la comida se puso á pasear con ellos á pié hasta que las descubiertas de retaguardia avisaron la acelerada marcha que traía el enemigo. Con este motivo se ordenó por el Inspector la continuación de la nuestra que emprendimos primero al trote y luego al galope hasta que se hizo detenida caminando al paso natural de los caballos, por no poder resistirla estos más acelerada; y con ella llegamos á la casa Quinta de Galbes media hora antes de oraciones en las circunstancias de estar ya cortada la mayor parte del Puente á excepcion del costado del Sud de él en que habría como una media vara de ancho por donde nos hicieron desfilar uno á uno con el cuidado que ofrecía una angostura como aquella llena de hendiduras. Pasado el Puente por orden del señor Virey se nos mandó situarnos en el frente de la Barraca de Cagigas, y efectivamente lo verificamos en formación de batalla con hendiduras. Pasado el Puente por orden del señor Virey se nos mandó situarnos en el frente de la barraca de Cagigas, y efectivamente lo verificamos en formación de batalla con dos filas dando la espalda á la misma fachada de dicha Barraca. En estas circunstancias nos conservamos hasta las seis y media de la noche en que llegó allí el señor Virey, quien haciendo que el Coronel don Juan Ignacio de Elía y el Coronel de ejército don Tomas de Rocamora, Sargento Mayor veterano del mismo cuerpo de aquel lo siguiesen, se condujo con ellos y con diez y seis Edecanes que lo acompañaban, á las viviendas de la misma Barraca, de donde despues de largo rato de conferencia, se separó llevando consigo á los Ayudantes mayores veteranos voluntarios de Caballería de esta Capital don Pedro Ibañez y don Bruno Quintana para Edecanes, Elía y Rocamora vueltos al frente de la formación de su Regimiento, y con concepto á las instrucciones que de palabras le había dado el Virey, hicieron mudar en columna sobre la izquierda y estrechando los frentes por la angostura de la calle y mucha agua en ella, vinimos á cubrir las alturas del molino de la Residencia. Llegados allí vino inmediatamente contra orden para que pasásemos á la calle larga de Barracas en donde nos situamos junto á la cerca de la Quinta del finado don Bernardo Sancho Larrea, y haciéndonos echar pié á tierra, por el Edecan don Juan Manuel Marín (que dijo

se nos traerían seis reses para los soldados, que nunca llegaron) nos conservamos con el caballo del diestro el espacio de media hora á cuyo término se nos ordenó pasásemos á cubrir las alturas de la casa Combalecencia de los Padres Beletlmiticos, y puestos ya en marcha para verificarlo, se nos dió contra órden, y con concepto á ella nos apostamos contra la cerca de la Quinta de Marull en formación de batalla, y reiterandosenos que iban á traer las reses para la tropa, echamos pié á tierra con la cabeza del Regimiento al frente de la Quinta de Dorna, en que estaba el señor Virey, y el resto hasta las Barrancas lo ocupaban los Blandengues y Milicias de la Frontera, á quien se les entregaron reses y procedieron á hacer sus fogatas para asarlas; sin que los nuestros hayan merecido igual socorro despues de la oferta hecha con repeticion y estar había treinta horas sin tomar ninguna clase de alimento sufriendo la continua vestínca y chubascos.

El señor Virey desde la Quinta de Dorma en que estaba alojado, salió por tres ó cuatro veces hasta el medio de nuestra formacion acompañado de sus Edecanes á preguntarle solo al Coronel Elía que *como iba y que se conservasen prontos para ir á donde los destinasen*. Efectivamente á las dos de la mañana del día 27 mandó que nos dirijesemos al paso de Burgos, lo que efectuamos poniendonos en marcha para aquel destino, en cuyas inmediaciones se nos hizo hacer alto, por cuya razon nos conservamos en las angosturas de aquellos pasos sufriendo las continuas aguas, inciertos casi del paraje en que nos hallabamos más de tres horas. De allí se nos mandó formar en columna inversa por la retaguardia y retrocedimos á las alturas que dominan de la Casa Convalecencia de los Beletlmitas en donde se nos reunió el señor Virey con sus Edecanes, de los cuales don Basilio Irigoyen había venido antes á nuestro cuerpo á solicitar si estaba allí el Inspector *pues no lo hallaba en parte alguna, siendo así que había mas de dos horas que lo buscaba de órden de S. E.* En nombre del mismo pidió un soldado que se encargase de ir á llamar al Inspector á la Quinta de Liniers, *en donde dijo podría estar acompañando á la Señora Virreina, y se le dió uno que practicase esta diligencia, por el Alférez don Bernabé de San Martín, que por falta de los propietarios y agregado estaba haciendo veces de Ayudante.*

Reunido ya el virey como se ha dicho en compañía del Coronel del ejército don Manuel Gutierrez que con doscientos hombres de su mando se había retirado de la Ensenada, donde estaba destacado, por el paso de Burgos, fueron uniéndose á nuestras tropas todas las que de Blandengues estaban apostadas en varios puntos, la compañía de Infantería montada del mando del Capitán Terrada, las Milicias de Caballería de la Frontera en crecido número, y varios piquetes que hasta aquel punto habían estado destacados en la costa desde los Olivos á San Isidro y Punta de las Conchas, de modo que ya se completaba un cuerpo de mil ochocientos á dos mil hombres de Caballería. Con esta fuerza se conservó S. E. hasta las seis tres cuartos de la mañana en que se volvió á romper el fuego entre el enemigo y nuestra Infantería de Milicias que componía con la compañía de Granaderos del Regimiento fijo cuatrocientos hombres situados en la parte del norte del Riachuelo sin trincheras ni mas amparo que un corto cerco de tunas á su costado derecho.

Estuvimos viendo con S. E. este tiroteo, habiendo echado antes pie á tierra por su órden, hasta que forzados por los enemigos los puntos de oposicion que tenían en algunos buques del Riachuelo, desde donde se les hacía bastante estrago por algunos patriotas (que hubiere continuado y aún ocasionádoles una mortandad considerable á haberseles pasado por S. E. las municiones de que carecían y que habían pedido con repeticion) hicieron de ellos paso para sus tropas y lo protegieron con su Artillería y fusilería desde la orilla opuesta, sin que los nuestros de Infantería que no tenían más que dos piezas una de á cuatro y otra de seis (pues las demas las había echo sacar S. E. desde la noche antes, después del tiroteo que á las siete de ella hizo retirar al enemigo un cuarto de legua del Puente, y colocádolas á la cabeza de nuestro Regimiento frente de la Quinta de Dorna que era su alojamiento) hubiesen podido impedirles el paso á los contrarios; por cuya causa y la de no ser cortados tuvieron que abandonar los nuestros el costado del norte del Puente. La Caballería, que como el Virey estuvo presenciando el tránsito de las tropas Inglesas se dispuso á marchar, y viendo S. E. el ánimo en que se hallaban se dirigió con ellas desde las alturas por la margen del Riachuelo hácia el paso forzado por los enemigos como con ánimo de atacarlos al parecer por el costado izquierdo. No bien habría caminado la Caballería la mitad del camino, cuando S. E. hizo hacer alto para proteger la Infantería dispersa que se intercaló entre las filas de Caballería. Hecho esto y cuando nos presumiamos que se ordenase la continuacion de la marcha con el objeto que se había emprendido, se hizo echar pie á tierra de nuevo por S. E. quien ordenó que mudasen Caballos los que lo tuviesen fatigados. Como la caballada del Rey que nos seguía no alcanzaba á cien caballos, y de ellos los mas estaban inútiles, solo se encontraron treinta y tres que se destinaron al cuerpo predilecto de Blandengues, únicos que durante la campaña tuvieron la prerogativa de posesionarse de reyunos y caballos de particulares.

En esta operacion se impidió algún tiempo que por consiguiente retardó la marcha, y para continuarla se puso el Virey á la cabeza de la columna con dos piezas de ocho á su vanguardia, y en altas voces dijo: *que se dirigia á la Plaza.* voz que se propagó por todas las compañías hasta la retaguardia. Se dirigió efectivamente la caballería hácia la plaza, por la calle llamada del Temor, y dos cuabras antes de llegar á las esquinas de este nombre torció para el campo S. E. y por consiguiente todas las tropas de su mando, que vinieron á salir á la quinta de Liniers, en cuyas inmediaciones nos hallamos al Sub-Inspector que venía con el soldado que la madrugada del mismo día á solicitud del Teniente don Basilio Irigoyen, se había destinado á buscarlo. Se hizo alto mientras S. E. habló á solas con él, y concluido se adelantó el Sub-Inspector hácia la misma quinta, á donde igualmente nos dirigimos, pero antes de llegar á ella salió en coche la Exma. señora Vi-reina é hijas, escoltada por Arze y su yerno don Juan Manuel Marin, al mando de un trozo como de sesenta hombres de caballería entre Blandengues y voluntarios de la Frontera. Nos detuvimos sin desmontar algun tanto en la puerta de dicha Quinta, mientras S. E. y los Edecanes que lo acompañaban entró en ella

y salió dirigiéndose hácia fuera mandando que siguiésemos su marcha, como lo ejecutamos. Habríamos andado como una media legua, cuando á todo correr nos alcanzaron, el Capitan de Urbanos Arze y el Alferéz de voluntarios de Infantería don Jorge Robledo, que en calidad de enviados había destinado el comandante Interino de la Plaza á prevenir á S. E., de las disposiciones con que el General Inglés quería que aquella capitulase. No pudimos orientarnos, por la distancia, del informe dado por los Enviados sobre este punto á S. E., con quien hablaron á solas, pero pudimos comprender muy bien su contestación, que fué en altas voces y en los términos siguientes: « Diganle al comandante de la Plaza que si tiene tropas y armamento que la defienda, y sino que la entregue ». Dicho esto y sin esperar á mas nos hizo caminar en su seguimiento como lo hemos ejecutado á pesar de toda la fuerte lluvia hasta la chacra de don Juan Pedro Córdova á donde llegamos cerca de las dos de la tarde. Echó pié á tierra S. E. y se metió en la casa de la misma chacra, en donde se hallaba ya la Vircina con sus hijos y el Inspector. Se nos mandó que nos apeásemos conservando los caballos del diestro, lo que así se hizo por todos los Soldados y oficiales á excepcion de los Comandantes y Jefes principales de los cuerpos que pudieron refugiarse en los corredores de la misma casa, sin que en las viviendas de ella (que ocupaba el Virey con su familia y el Sub-Inspector) pudiese entrar otro que el Coronel, Comandante de Blandengues don Nicolás de la Quintana y los demas que tenían alguna relacion de parentesco con este y S. E.

Así nos mantuvimos hasta cerca de anochecer que habiéndose puesto una avanzada de cincuenta hombres al mando del Teniente Gascon en una altura como media legua mas hacia la capital se nos mandó desencillar y poner en pastoreo los caballos, trayendose algunas reses que se asaron por la tropa con bastante trabajo así por la abundancia de aguas, (de que no podian precaucionarse) como por la escases de leña, cuya falta se hizo suplir con los palos de los corrales de la misma casa que se echaron enteramente al suelo. Nos mantuvimos así hasta la mañana que llamados los Gefes de los cuerpos se les dió por S. E. la órden de que nos retirásemos todos á nuestros respectivos vecindarios, entregando antes el armamento al Sargento Mayor de voluntarios de la Frontera don Cosme Becar encargado por S. E. de recibirlo. El Coronel don Juan Ignacio de Elía que como Gefé de los voluntarios de esta capital de la que todos sus individuos eran vecinos y naturales tenía que retirarse á ella, hizo presente á S. E. que siendo ya Buenos Aires dominado por el enemigo, no podía entrar en ella sin que se le diese un pasaporte ú órden escrita y firmada por él, para evadirse de que lo reputasen espía ó al menos lo tuvieran por sospecho. Ni uno ni otro ha querido otorgarle y solo consintió que Becar en el recibo que le dió del Armamento expresase la órden verbal que impulsaba esta entrega y la de la retirada á la Capital: Documento que fué preciso que dicho señor Coronel manifestase á nuestra entrada á esta al General Inglés para sincerarse con él.

PEDRO A. CERVIÑO.

SISTEMAS DE FILOSOFÍA ⁽¹⁾

Señores :

Impelido por un deber á la vez que por un sentimiento de gratitud y respeto, someto á vuestro examen el presente trabajo.

Mi objeto, al emprenderlo, ha sido trazar ligeramente la marcha del espíritu humano en la solución del problema filosófico, manifestando los escollos en que encalló, más de una vez, extraviado por un análisis imperfecto. Pero, antes de empezar, he creído útil, si no necesario, proponerme una cuestión previa ¿Qué es la Filosofía, ó más bien, cuál es su objeto? Si consigo resolverla de un modo inteligible, ya tendré al menos una luz que me alumbré, una base incommovible sobre que asentar todo el edificio de mis ideas.

La definición generalmente admitida da á la filosofía como ciencia de los principios. Esta definición, demasiado vasta, hace de la filo-

(1) Este discurso, que no figura en la edición de las obras de don Adolfo Alsina, presenta bajo una faz imprevista al ilustre caudillo y orador popular. Cierta que es su primera producción, como que lo pronunció, en Montevideo, el 8 de enero de 1850, en los exámenes generales de filosofía del Colegio Nacional que allí dirigía el benemérito don Luís J. de la Peña. Nadie esperará, pues, encontrar en estas páginas ideas originales; pero acaso sorprenda á algunos la firmeza de la convicción y la claridad precisa de la forma. Por instantes, el sentido práctico de la vida y del deber cívico asoman en medio de las fórmulas escolares, y se entrevé al político futuro bajo el niño precoz.

sófia una ciencia universal, ó en otros términos, la ciencia de las ciencias. En efecto : ¿ qué es ciencia, sino un conjunto de principios ordenados en sistema ? En la filosofía es donde van á buscarse los principios generales, la razón, el por qué de las cosas, y el método universal que ha de seguirse, sea cual sea la ciencia que se estudie. La verdadera filosofía trae consigo la reforma de las leyes, la suavización de las costumbres y el cultivo de la inteligencia ; al paso que las luces que constantemente derrama hacen desaparecer las tinieblas de la superstición y de la ignorancia, operando mil cambios en el mundo intelectual, y, por la fuerza de las cosas, en el mundo político.

Aun cuando la filosofía fuese tan sólo una quimera que sirviese únicamente para descubrirnos el abismo de nuestra propia ignorancia, no por eso dejaría de ser cierto que, si no es una ciencia, es al menos una investigación de la ciencia. Además, los abusos y los errores de la filosofía no justifican los ataques de que es objeto : porque atacar la filosofía, es atacar la razón, y el mismo que razona contra ella no hace sino filosofar.

Bacon, ese padre de la filosofía moderna, le dió un nuevo giro, un impulso cuyos efectos se hacen sentir todavía, y, analizando aquella definición demasiado general, dijo que el objeto de la filosofía era el conocimiento del hombre, como introducción al de la naturaleza de Dios. ¿ Qué más podemos aspirar á conocer ? Todos nuestros conocimientos pueden reducirse á uno de esos tres grandes principios, y cada ciencia, tomada aisladamente, no es sino un gajo del tronco común — la Filosofía. Las ciencias, de cualquier género que sean, sin la filosofía, no pueden aspirar á la perfección, porque justamente, como se ha dicho, la filosofía completa la ciencia.

La definición de Bacon, á mi modo de ver, comprende todo el definido ; hace del pensamiento humano el instrumento y al mismo tiempo el objeto, para después elevarse sucesivamente al conocimiento del mundo exterior y de la causa primera.

Hobbs, el lógico más riguroso que jamás haya existido, profesó que el objeto de la filosofía era todo un cuerpo concebido como susceptible de producir un efecto, y de ofrecer una composición y una descomposición. Esta definición, como se vé, materializa la filosofía y limita su extendida misión al simple examen de los objetos materiales. Difícilmente puede conciliarse con la doctrina de Bacon, el cual considera la inteligencia, que es una substancia simple é indescomponible, como el primer objeto de su estudio. Esa definición, digna por cierto de un materialista exclusivo, usurpa al espíritu el privilegio del pensamiento para dárselo á la materia. Meditemos un momento las consecuencias fatales á que nos arrastraría ese principio — el materialismo en psicología, el fatalismo en moral, el despotismo en política — y en vista de ellas, rechacémoslo.

La definición de la filosofía ha sido origen de vivas cuestiones. Por lo vasto de su alcance, es más difícil de definirla bien que ninguna otra ciencia. Si la filosofía, como se ha dicho, es el compendio de las ciencias, tenemos que buscar una definición que comprenda la idea tan general de compendio de las ciencias: una definición que encierre al menos una idea extensiva ó aplicable á todas ellas. Si yo fuese capaz de expresar en pocas palabras el sabio sistema de Descartes, habría formado una definición completa. Mi definición sería: *La ciencia que, partiendo de la propia existencia, abraza todas las verdades y las sujeta á examen.*

En esta definición, al menos, dominan las tres ideas jefes de Descartes. Su principio fundamental: *Yo pienso, luego existo*; su idea de hacer extensible su doctrina á las demás ciencias, entre éstas la física y el álgebra; finalmente, su método de analizar, comenzando por la duda.

He ahí las tres grandes bases del sistema de Descartes. Permítanseme ahora algunas reflexiones en apoyo de la anterior definición. La filosofía antigua se extravió por el mal punto de partida que dió á la ciencia, y por el método errado que siguió en la solu-

ción del problema — el principio de las cosas. Tomo por punto de partida el mundo físico y haciendo abstracción del sér inteligente busco en la naturaleza el secreto de la creación. Su método fué errado, su análisis imperfecto; y para convencernos de ello, no tenemos sino examinar los sistemas de los primeros filósofos. Estos no descompusieron el todo en sus partes para volverlo á unir por medio de la ciencia. Hicieron una tentativa, pero fracasaron en la empresa; y entonces, viendo que no podían analizar el todo, contrajeron su análisis á una sola parte, y aplicaron las leyes que pudieron sacar de la observación de cierto orden de fenómenos, solamente al todo, generalizando aquéllas.

Ahora, pues, si venciendo la admiración que nos causa la vista de la creación entera, tomamos por objeto y por punto de partida al hombre, estudiando en el yo sus facultades en sus diversos desarrollos, entonces sí podremos entrar al estudio de la naturaleza con la inmensa ventaja de conocer el alcance de nuestras fuerzas. Si abrimos el estudio de la ciencia tomando por principio la propia existencia, tendremos una base sólida é inmovible sobre que asentar el cuerpo del edificio, sin temor de que se desplome por grande que sea la altura á que lo alcemos.

Si sacando á la filosofía del terreno estrecho de cuestiones sin transcendencia, que tanto han debilitado su energía, hacemos que su misión no se limite á conocer el principio de las cosas, sino á que sea el complemento de toda ciencia, habremos hecho de ella una ciencia universal; se habrá realizado la idea de Descartes.

Finalmente, si en vez de admitir los principios, sean cuales sean sus consecuencias, nos armamos de la duda filosófica, para no admitir sino la evidencia; si en vez de lanzarnos á generalizar analizamos el todo, lo desmenuzamos, y reuniendo las leyes diversas que nos haya suministrado el examen de las partes, las aplicamos al todo, habremos resuelto el problema, ó cuando menos, habremos dado en su solución un paso gigantesco.

Al formular yo aquella definición, que, lo confieso, no es mía

exclusivamente, sino el desarrollo ó conciliación de otras definiciones buenas que he encontrado, mi objeto ha sido dar principio á este ensayo después de haber formado una idea exacta, al menos para mí, de lo que entiendo por filosofía.

En cuanto al origen de la filosofía, se pierde en el laberinto de los tiempos fabulosos. Aunque no podamos fijar determinadamente cuándo y dónde se emprendió su primer ensayo, es evidente que antes de que el cristianismo comenzara á derramar sobre la tierra las semillas de la fe ya había filosofía, y que, al menos en Grecia, ya la había también en el siglo ix antes de la redención del mundo.

En efecto, ¿qué otra cosa era Licurgo, dictando á los espartanos leyes benéficas, sino un legislador-filósofo? ¿Cómo llegó á formar un código que hizo la felicidad de Esparta, sino estudiando en la inteligencia humana el alcance de sus fuerzas para ver lo que podía, y sus necesidades para ver de satisfacerlas?

Pero sólo á mediados del siglo vii (antes de Cristo) vemos aparecer dos grandes genios, cada cual proclamando su sistema, el uno en Italia y en el Asia Menor el otro.

Como ya he indicado, antes de pasar á trazar la marcha de la filosofía, creí necesario decir lo que es la filosofía misma. Paso ahora á ocuparme de ella en sus diversos desarrollos.

Apenas empieza el hombre á tener conciencia de que existe, un solo sentimiento, una sola idea, le absorbe todo entero. El ejercicio de sus facultades da principio por la religión, por la fe. El examen de la naturaleza tan grande, tan majestuosa, robustece las creencias religiosas, que le han sido infundidas por el testimonio de las personas encargadas de edificar su espíritu. En esta edad, la fe religiosa lo admite todo, nada rechaza y todas las maravillas de la creación le sirven de pábulo. La palabra de uno de sus allegados obra en él con tanta fuerza como el testimonio universal sobre el pensamiento de aquellos que no lo admiten hasta después de haberlo sometido al examen de la razón. La existencia de un Creador es para él tan evidente como la de su propio individuo. Extasiado contempla

cuanto le rodea, y en cada objeto no ve sino la imagen de esa fuerza que espontáneamente adora. Para él todo es Dios y Dios es todo; es la causa general y exclusiva de todos los efectos que percibe.

Cuando la reflexión, esa luz divina, empieza á derramar sus reflejos en el espíritu humano, emprendiendo la reforma de ideas adquiridas, arrebatada al pensamiento de su primer éxtasis, y el paso inmediato de éste en la senda de su emancipación, es el examen de esa fuerza que antes había adorado, obedeciendo tan sólo á la voz de la naturaleza.

No se contenta con decir: Dios existe, sino que quiere también penetrar el cómo de su existencia. No se satisface con que le digan: Dios es sabio, Dios es todopoderoso, sino que quiere una prueba que le convenza. Acude á la naturaleza, la consulta, y ésta le suministra una irrefragable. Entonces, con el corazón lleno de fe, dice con Voltaire:

*... et je ne puis songer
Que cette horloge existe et n'ait point d'horloger.*

Pero hasta aquí he considerado al espíritu como alumbrado tan sólo por los reflejos de la razón. Sigámoslo en sus pasos ulteriores, cuando esa facultad general, enteramente desenvuelta, entra en el dominio absoluto del pensamiento. En este estado, todo su sér sufre una modificación inmensa, naciendo, puede decirse, á una nueva vida. El examen y la reforma de los conocimientos que tenía, á la vez que la adquisición de otras verdades, entibian la fe al paso que fortifican el pensamiento, ponen en duda las verdades que tenía y rechaza todo testimonio que sea contrario á su razón.

Con esa emancipación completa del espíritu, comienza la vida de la filosofía.

Los primeros filósofos, elevándose del seno de la religión y de la teología, echan la vista en derredor, y la presencia del mundo exterior físico los deslumbra, los absorbe con su grandeza. Hacen á un lado su propia existencia, y contraen todas sus facultades al misterio de

la naturaleza. Cada uno lo explica diversamente, pero todos de un modo ininteligible. Los elementos, el aire, el agua, el fuego y hasta las combinaciones intelectuales del cálculo, vienen á ser otros tantos principios de la existencia universal.

Advertidos entonces por la esterilidad de sus esfuerzos, abandonan un punto de partida que los arrastra fatalmente de error en error, de confusión en confusión, y hacen del hombre el centro de los estudios filosóficos. Entonces es cuando comienza la verdadera filosofía. Sin embargo, esto no bastaba : la alteración del punto de partida de nada servía, si no iba inmediatamente acompañada de la del método.

Hasta aquí no he hecho sino presentar sintéticamente la marcha del espíritu humano. Paso ahora á analizarla, y este análisis nos presentará un cuadro aproximado de esa multitud de sistemas que, á pesar de haber tenido por jefes genios ilustres, en vez de tender al objeto común — la solución del problema — no han hecho más que despedazarse en luchas encarnizadas, sobre cuestiones puramente secundarias.

Entre las diversas ideas que adquirimos por medio de esas tres grandes fuentes de todos nuestros conocimientos, — los sentidos, la razón y la conciencia — las sensibles son las primeras, siguiendo el orden natural de generación. Éstas, puede decirse, están en el umbral del alma, y, por esta razón, son las primeras que despiertan la actividad del espíritu, dando origen su estudio á un sistema de filosofía sensualista.

Los representantes de este sistema adoptaron por divisa el siguiente principio : *Todos nuestros conocimientos nos vienen por los sentidos*. Este principio, bien examinado, es incontestable. En efecto : si nos remontamos al origen de todas nuestras ideas, veremos que todas nos vienen por medio de los órganos. — Esto es tan exacto que, si nos imaginamos un hombre destituido de órganos, tendremos que reconocer que sería totalmente incapaz de tener una sola idea, lo cual no sucedería por cierto, dado el supuesto de

que haya algunas ideas que no nos vengan por los sentidos. Contra esta doctrina se ha levantado con fuerza el idealista Platón, preguntando á sus adversarios por medio de qué sentido ó sentidos habían llegado á formarse ideas abstractas y generales de belleza, infinito, etc., etc. La respuesta es clara. Por medio de los mismos sentidos, por los cuales nos vienen las ideas más sensibles. La ideal general que tenemos de belleza la hemos fundado sobre el conocimiento primitivo de un objeto cualquiera bello, y la experiencia nos dice que ese primer conocimiento nos ha venido, no de una *facultad superior*, sino por medio de los órganos que dan paso al objeto para que llegue al alma; pues es totalmente imposible de tener la idea general de belleza, sin haber visto antes algún objeto bello; así como la idea de infinito, sin haberlo fundado sobre un objeto finito, considerándolo á éste como extendiéndose hasta que se le hallen límites.

Así, pues, como se ve, los jefes del sistema sensualista basaban su juicio sobre los datos de la razón, y más que todo de la experiencia; mas sus discípulos, partiendo de un principio bueno, lo desnaturalizaron, y extraviados por un análisis imperfecto, le substituyeron este : *Los sentidos son los únicos medios de conocimiento, y son materiales, luego todo es materia*. Palpable es el error de esa doctrina. Todas las relaciones que percibimos nos vienen por medio de los sentidos, es verdad, pero no son los sentidos, no es la materia la que las percibe, sino el pensamiento simple é inmaterial.

Entre los filósofos de la escuela moderna, Condillac es el que ha sostenido con más acierto la doctrina de un sensualismo discreto. Lógico riguroso, llega, por medio del análisis, pausada pero seguramente, al establecimiento de aquélla; y, moderado en sus juicios, considera á los sentidos como los medios de adquirir toda clase de ideas, y al espíritu como al agente que las percibe, y que, para conseguirlo, pone en acción aquellos medios, que no son otra cosa que su instrumento.

El sensualismo, en manos de los discípulos y sucesores de sus

primeros representantes, degeneró rápidamente, por la fuerza de las cosas, en dos principios exclusivos, en dos fuentes inagotables de errores y de crímenes—el materialismo y el ateísmo. El primero puede considerarse como la causa del otro. Pasemos á examinarlo : y aunque á primera vista, parece que este principio : *Todo es materia*, no es contrario á ningún dogma social ni religioso, veremos que, llevado al extremo, encierra mil gérmenes de disolución, y nos arrastra fatalmente á la adopción de doctrinas reprobadas y condenadas por la razón y por Dios.

Entre las varias pruebas de la inmortalidad del alma, su inmaterialidad, en mi opinión, es una de las más fuertes. El materialista, una vez asentado este principio : *Todo es materia*, llega sin dificultad al establecimiento de este otro : *Con el aniquilamiento del cuerpo todo muere*. No contento con esto prosigue : *Si la muerte corta aquí en la tierra el hilo de toda existencia, si no hay inmortalidad, ese Dios, que nos pintan como la esencia de toda justicia y bondad, es un sér engañoso é injusto : engañoso porque en el sepulcro todo acaba y él nos prometió una vida futura ; injusto porque permite que, en esta vida, la maldad y la mentira se impongan sobre la virtud y la verdad ; injusto también porque consiente que el crimen quede impune, que la inocencia sea perseguida y que el hombre corra anheloso tras una felicidad futura que no es otra cosa que un fantasma*.

Pero, como la idea de Dios ó de una Causa primera es incompatible con el engaño y la injusticia, el materialista añade : ó Dios existe y es un sér malo y despreciable, ó su existencia es facticia é imaginaria. He ahí los dos extremos, los dos abismos á que nos ha arrastrado la fuerza de un principio monstruoso, en manos de hombres más monstruosos todavía. Si admitimos el principio, aquel dilema nos cierra toda salida, nos pone en la terrible alternativa de pasar por uno de sus extremos, por absurdos que ambos sean.

El primero de éstos no tuvo sectarios, por cuanto es el colmo del absurdo el venerar, el adorar un sér que tiene por atributos, no ya la bondad y la justicia, sino la maldad y el engaño.

El segundo, desgraciadamente, reunió en torno de sí una multitud de sectarios sin conciencia, designados con el nombre siempre execrable de ateistas.

Aunque la naturaleza de este ensayo sólo me permite enumerar los sistemas, las grandes ideas filosóficas, no puedo prescindir de detenerme al llegar al ateismo, tanto más cuanto que, como al principio he dicho, me propongo también trazar el cuadro de los extravíos del espíritu.

Sin entrar á resolver la difícil cuestión de si hay, ó al menos, si ha habido verdaderos ateos, basta decir que éstos, en el orden moral, son lo que los monstruos en el orden físico; pensar de otro modo sería calumniar á la humanidad entera, y al mismo tiempo al que la crió; porque sería suponer que Dios, que pide de nosotros amor y veneración, había lanzado en nuestros pechos una semilla que, desarrollándose, nos inspira, en vez de respeto, odio hacia él.

Pero, por desgracia ¡cuán injusta ha sido y arbitraria la acusación de ateismo! No basta tener ideas inexactas de la Divinidad para poder ser colocado con justicia en la lista de los ateos: si los errores sobre los atributos de Dios constituyesen una rama del ateismo, el género humano todo sería ateo, porque la inteligencia humana es incapaz de descender el velo que cubre el misterio insondable de la esencia del Creador. En un tiempo de superstición y de tinieblas, á esta palabra terrible: Ateo, el pueblo se estremecía, el sacerdote preparaba sus anatemas, y el magistrado encendía la hoguera. Hoy, felizmente, nuestras costumbres se van suavizando, la tolerancia va siendo un dogma universal: la historia moderna no se ve ya en la dura necesidad de salpicar sus páginas con los relatos sangrientos de persecuciones religiosas y el ateo muere tranquilo en su lecho, agitada su conciencia por el remordimiento del crimen, mas sin temor de que la hoguera sea la que usurpe á Dios el derecho de castigarlo. La tolerancia en este punto es tanto más necesaria, cuanto que, preciso es confesarlo, la historia nos ofrece mil ejemplos de hombres virtuosos que han sido víctimas de una acusa-

ción injusta de ateismo, y perseguidos ante los tribunales como apóstoles de doctrinas subversivas.

Sócrates, por haberse elevado sobre las preocupaciones vulgares, reconociendo un Dios supremo, autor y conservador del universo, se atrae el odio de los sacerdotes atenienses, quienes le acusan de impío por haber proclamado el dogma de la inmortalidad y hecho patente el absurdo de los misterios de Ceres, es arrastrado ante el Aerópago, y sus enemigos, hostigados por la envidia, arrancan de aquel tribunal supremo su sentencia de muerte, condenándole á beber la cicuta, por crimen de ateismo.

Galileo, por haber adelantado una nueva idea, por haber dicho tan sólo que la tierra es la que gira alrededor de un centro, fué condenado como impío.

Si dejando al individuo pasamos á las naciones, encontramos que se ha llegado hasta á poner en la lista de los ateos á los bárbaros, porque no tenían idea de la transubstanciación ni de la donación divina de Roma á San Pedro; encontraremos también que se ha calumniado á una de las naciones más respetables de la Europa moderna, haciendo de su capital el foco del ateismo, so pretexto de que había producido á los Bolinbroke y á los Shaftesburg.

En la historia de Grecia, el primer ateo célebre que se presenta es Critias, uno de los treinta tiranos de Atenas; él profesaba que las leyes religiosas no tienen otro origen que una invención piadosa, y que no hallando los primeros legisladores en sus instituciones ningún freno contra los crímenes secretos, inventaron á Dios é imaginaron la Providencia.

Pero el ateo más osado de la Grecia fué, indudablemente, Diágoras. No decía, como la generalidad de los escépticos: *dudo que haya Dios*, sino: *un Dios es un sér imposible*. Instruído el Aerópago de la disolución con que amenazaba á la sociedad ese dogma terrible proclamado con altivez y descaro, puso á precio su cabeza.

Aunque el intervalo que media entre este sofista y Hobbes es largo y fecundo en célebres ateos, tales como Lucrecio, Foe, Vani-

ni y otros, pasaré á ocuparme de algunos de los modernos, comenzando por Hobbes.

Este hombre extraordinario, de quien ya he dado algunas noticias bastantes para caracterizarlo, dió á la filosofía este principio por base : *Yo pienso, luego la materia puede pensar*. Según él, todo se ejecutaba por leyes mecánicas, y la materia, por su sola energía, había producido y conservado el sistema de los seres. — Sus axiomas políticos— que la naturaleza ha dado á todos el derecho á todo, aun á la ofensa, y que no hay diferencia entre lo justo y lo injusto — destruyen esencialmente la moral del género humano.

La Mettrie puede considerarse como uno de esos muchos ateos falsos é inconsecuentes. Empleó toda su vida en aniquilar á Dios en sus escritos, al paso que, en la intimidad, confesaba á sus amigos que creía en su existencia.

El barón d'Holback, en su *Sistema de la Naturaleza*, derramaba toda la hiel de su ciego escepticismo. Dice que la minoría no pensante produce necesariamente el pensamiento, y desde que el vicio hace feliz al hombre, éste debe amar el vicio. En fin, en la opinión de un autor célebre, su libro, sin gusto y sin lógica, no debe la celebridad sino á su audacia.

La estrechez del espacio en que tengo que ceñirme me ha hecho pasar por alto á los Diderots, á los Helvecios y Spinozas. Entre todos los que he nombrado dudo haya dos que puedan clasificarse de ateos verdaderos : pero, sea como sea, así los ha juzgado la opinión general, y aunque sea difícil fallar de un modo absoluto en materia de ateísmo, el autor de la *Philosophie de la Nature* dice : *que es ateo verdadero el pensador atrevido que atribuye el origen y la conservación de todo á la combinación de los elementos, el que no distingue á la Providencia del movimiento de la materia, y el que sujeta todos los seres al yugo imperioso de la fatalidad*.

Antes he dicho que las ideas metafísicas y generales se fundan en el conocimiento primitivo de un objeto físico y particular. Pero también he indicado que varios filósofos, y con especialidad Platón,

creían en una nueva facultad, que no debe confundirse con la general de conocer, á la que dan el privilegio de percibir las verdades metafísicas.

El estudio de estas ideas, que sigue al de las sensibles, da origen á un sistema de filosofía espiritualista.

Aunque á la cabeza de este sistema, origen también de mil errores, se coloca á Platón con alguna justicia, sin embargo, preciso es confesar que en manos de éste no fué un sistema exclusivo. Digo que no fué exclusivo, puesto que, aunque en sus meditaciones filosóficas hacía abstracción de los sentidos para contraerse á las facultades superiores de la inteligencia, jamás consideró al espíritu como substancia única de nuestra existencia, sin embargo de que todo lo espiritualizaba remontándose á las regiones más áridas de la metafísica, para explicar tanto el misterio de Dios y de la inmortalidad como las verdades más materiales y evidentes de los sentidos.

Pero con su sistema sucedió lo que con el sonambulismo, pues sus discípulos, arrastrados al exceso por ese espíritu ciego de sobrepajar á sus maestros aun en sistemas errados, lo hicieron degenerar en un idealismo exclusivo, es decir, — la negación de la materia y del mundo.

Difícil me sería elegir entre el materialismo como consecuencia del sensualismo, y del idealismo como resultado necesario del espiritualismo. Ambos conducen á un mismo extremo, con la diferencia de que el idealismo lo hace con más disfraz que su rival el materialismo. Creo inútil ahora detenerme en argumentos para refutar este principio del espiritualista exclusivo: *Todo es espíritu*. Lo daré por sentado, y lo seguiré en sus desarrollos, para probar su imposibilidad por el absurdo. Esta clase de prueba es incontestable, no me valdré del silogismo; mi argumento será este: *No es así porque sería absurdo que fuese*.

Si alguna idea puede tener nuestra inteligencia del espíritu, no es otra que la que tiene de la nada. Para nosotros la nada, tal cual la concebimos, es lo que estando al alcance de nuestros sentidos, por

el hecho de atestiguarlos algo al mismo tiempo que nada existe, nos engaña, nos da la idea del sér, sin que el sér exista. Si la naturaleza que nos rodea es un fantasma, no lo es menos el hombre que, al paso que la denomina, no es más que uno de los elementos que la componen. El espiritualista exclusivo toma por un axioma lo que, bien analizado, no es sino una figura algo atrevida de los poetas. *La vida*, dicen estos, *es un sueño*, y el espiritualista lo adopta sin recordar que hasta el mismo sueño supone un sér que sueñe, una existencia. Pero para hacerse una idea de este excepticismo llevado á la demencia, medítense los siguientes delirios de Pirrón y de Zenón, reducidos á sistema por Berkeley el visionario.

Filósofos empíricos os dicen que el calor y los colores están en los cuerpos: es un error, no son sino modificaciones de nuestra alma. Y pues que vuestros sentidos os engañan cuando os aseguran que el cuerpo que tocáis es frío, coloreado ú odorífero, del mismo modo os engañarán cuando os dicen que es extenso; es así que la extensión constituye la esencia de la materia, luego la materia es un sér de razón y nada más. Todos los seres que percibimos no son otra cosa que nuestras propias ideas. En cuanto á eso que llaman Universo, es puramente ideal, y la simple armonía de nuestras ideas es lo que se designa con el nombre de naturaleza.

Imposible es concebir cómo hombres dotados de talento, si el buen sentido no basta, pueden haberse hecho los apóstoles de un dogma tan repugnante á la razón. Imposible es, igualmente, poner en parangón la doctrina del filósofo que dogmatiza á sangre fría sobre las verdades que percibe, y el absurdo del pirrónico que, viendo claro y caminando con libertad, asegura que no ve, que no camina, contentándose con razonar sobre la vista y el movimiento, sin recordar que, la vista por ejemplo, supone, en primer lugar, un agente que vea, y después un objeto cualquiera sobre quien se ejercita la acción de aquél.

Pero mi objeto es solamente probar que el espiritualismo nos conduce al absurdo. En efecto ¿ cómo llegamos á la idea de un sér

misterioso, infinitamente superior á nosotros en poder é inteligencia, sino leyendo en el libro que, siempre abierto, siempre inteligible, nos presenta la naturaleza ? ¿ Cómo llegamos á la idea de un Creador universal, sino escuchando la voz de la conciencia que, interpretando la de la razón, nos dice que no puede haber creación sin creador, que no puede haber efecto sin causa que lo produzca ?

Ahora, pues, los que quieren convencernos de que no hay ni tal naturaleza, ni tal creación, ni tal efecto, blasfeman, pues que implícitamente nos dicen: no hay tal Creador, no hay tal causa, no hay tal Dios en fin.

Creo, pues, que el principio que á tal abismo nos arrastra queda destruído por sí mismo, sin que puedan nada en su favor ni los sofismas del excéptico, ni las blasfemias del impío.

De estos extravíos, aunque sensibles, podemos sacar sabias lecciones para lo futuro, y el filósofo puede volver á reconstituír el edificio con más solidez y seguridad, desde el momento en que sabe, para que así pueda evitarlos, dónde están los escollos de la ciencia. No sigamos al excéptico, no digamos como él : *No se ha podido encontrar la verdad, luego la verdad no existe*. Digamos por el contrario : *No se ha podido encontrar, pero se encontrará*. Rechacemos ese sistema mil veces funesto, que da al hombre por atributo la incapacidad de comprender. En nosotros la afinidad con la verdad es un sentimiento innato, y Dios, sin injusticia, no podía haber instituído en nuestros corazones el amor de la verdad, si fuésemos incapaces de encontrarla, y mucho más si no existiera.

Creo haber demostrado que los sistemas exclusivos conducen al absurdo. No podía ser de otro modo : los extremos, en toda materia, son nocivos ; tomemos un término medio entre el sensualismo y el espiritualismo, analicémoslos tomando de cada uno todo lo bueno que encontremos, y formemos con estos diversos elementos un sistema mixto, operemos una fusión.

Tal ha sido la misión filosófica de Bacon y de Descartes, el eclecticismo ó la conciliación de los sistemas.

En todos los sistemas exclusivos se encuentran algunas grandes ideas, algunos grandes pensamientos de que puede aprovecharse el filósofo moderno, reuniendo á sus propias luces las de aquéllos. Tales y Pitágoras se extraviaron, cierto es, pero son acreedores á la veneración de los sabios, tanto por haber tomado la iniciativa de la ciencia cuanto por haber ligado á la filosofía moderna ideas que no han perecido en el transcurso de los siglos.

El eclecticismo, según M. Cousin, consiste en sacar de cada sistema todo lo que haya de verdadero, y en componer con sus elementos una filosofía superior á todos los sistemas, no tal ó tal filosofía, sino la filosofía misma en su esencia y en su unidad.

Veamos ahora cómo llenaron su misión conciliadora aquellos dos grandes genios, comenzando por Bacon.

Bacon abre la era de una regeneración filosófica y opera un gran cambio en el estudio de la filosofía, mudando no sólo el método sino también el punto de partida. El estado vicioso en que halló la ciencia al emprender su estudio, le hizo conocer la necesidad de una reforma total, y de reconstruir el edificio filosófico hasta en sus mismos cimientos. Censura los métodos empíricos que no generalizan, á la vez que á los que se lanzan en generalizaciones atrevidas sin haber recorrido previamente las gradas intermedias con la ayuda de la inducción. Recomienda la observación de los hechos y la inducción, que los generaliza discretamente; la comparación de los mismos poniéndolos en orden y notando sus analogías, para llegar, por medio de una abstracción gradual, á las leyes más generales. Rechaza absolutamente al silogismo, entre otras razones, por cuanto sólo sirve para bajar de lo general á lo particular, no así á la inducción que, de la observación de cierto número de fenómenos, nos hace subir con más seguridad á un principio que sirve de ley general para otros hechos, y hasta de base para toda una ciencia. Su sistema se reasume en tres palabras : observación, experimento é inducción.

Los sabios, entonces, adoptan su método, aplicándolo cada uno

á la ciencia que ejercita. Hacen de aquellas tres palabras otras tantas condiciones esenciales del éxito de sus esfuerzos, y las ciencias, alumbradas por esta nueva luz, marchan de progreso en progreso, de descubrimiento en descubrimiento. La influencia feliz del método de Bacon sobre las ciencias físicas, sobre todo, fué inmensa ; pero aplicada al espíritu humano, no pudo menos que engendrar el materialismo. No se crea por esto que Bacon era uno de esos filósofos exclusivos que hacían del espíritu y de la materia dos substancias tan mortalmente enemigas que no podían constituir en hermandad las partes de un mismo todo. No ; pero, habiendo procurado con especialidad fundar la ciencia en la interpretación de la naturaleza, profundizando cuanto pudo el estudio de ésta, su sistema, en manos de Hobbes, su discípulo, dió en el materialismo.

Descartes, del mismo modo que Bacon, emprende la reforma de la filosofía. Conociendo que era esclavo de una multitud de preocupaciones peligrosas al saber, se propone deshacerse de ellas y modificar todos sus conocimientos, no apoyándose sino en reglas seguras. Con este fin, estableció cuatro reglas de lógica fundamentales, pero no contento con imponer reglas á sus juicios, quiso también someterse en sus acciones á ciertas máximas morales que también formuló. En seguida se contrajo á pasar por un examen riguroso todas sus ideas, reformando unas y desechando otras enteramente de su espíritu. Dudaba de todo, pero no por el simple placer de dudar, sino como un medio de llegar á la ciencia. Advertido Descartes por los extravíos de sus antecesores, quiere convenirse de que todo es falso, y que la duda es el antecedente necesario de la adquisición de toda verdad ; pero, en medio de esa duda universal, convéncese de que por más que quiere, su escepticismo sabio y momentáneo no puede negarse á creer que el pensamiento es algo, y asienta esta primera verdad : *Yo pienso, luego existo*, fundándose en que, para dudar, es preciso pensar, y para pensar, existir. Asentado ese principio, hizo de él la base de toda su filosofía : base, por cierto, robusta é inalterable.

En efecto, bien pueden los espíritus propensos al escepticismo proclamar las doctrinas más absurdas, y negar las verdades más palpables como el mundo físico y la existencia de Dios. No hay que extrañarlo. Semejantes doctrinas son el resultado necesario de la organización humana. El hombre, dotado de un espíritu investigador, penetrante, se lanza á explicar verdades que en razón de lo limitado de nuestra inteligencia son misterios, y si no da con el *cómo*, lejos de reconocer el hecho, lo niega con audacia. Estos pretendidos filósofos, negando no lo que es absurdo sino lo que es superior á su inteligencia, violan una de las reglas fundamentales de toda buena filosofía. Pero no sucede lo mismo con la propia existencia. Sea cual sea el estado de nuestra alma, sean cuales sean las vicisitudes de la vida, jamás el yo llegará á dudar de sí mismo. Es absurdo : y pues que es absurdo es imposible.

Del estudio un poco detenido de la filosofía y de sus resultados generales, resulta á primera vista una observación que, en mi opinión, basta para confundir á los que la han representado como una ciencia peligrosa, á saber : La guerra á muerte que han declarado casi todos los déspotas á los filósofos ó amigos de la Ciencia. ¿Qué mejor argumento á favor del filósofo ? Si el déspota la persigue es porque sabe que la proclamación de una nueva idea basta á veces para preparar una gran reforma, porque conoce que el saber, enemigo mortal del despotismo, oponiendo á la arbitrariedad la razón, instruye al pueblo, le alumbra, y éste, sabedor de sus derechos, abjura la obediencia pasiva que degrada, para abrazar la activa que ennoblece.

Finalmente, el despotismo lo persigue porque sabe que la reforma intelectual, que es la misión del filósofo, trae consigo necesariamente la reforma material.

Descartes, que no aspiraba á reformar sino su pensamiento y á substituir el examen racional á la autoridad, prepara sin saberlo el gran movimiento político de la Revolución francesa. Así debía ser. Es tan grande la influencia de las ideas, que pretender reformarlas.

y agitarlas, sin reformar y agitar el mundo, es del todo imposible.

Tal es, señores, el cuadro en que he procurado trazar, ciñéndome cuanto he podido, los grandes sistemas, las grandes ideas que, desde los primeros filósofos, han continuado ó continúan dominando.

Hemos visto á la filosofía antigua, dedicándose ante todo al estudio de la naturaleza, adoptar un método errado aunque sí muy natural y legítimo por las razones que he expuesto anteriormente. En el análisis de aquél he tenido ocasión de refutar el naturalismo y el espiritualismo, en sí y en sus desarrollos, como falsos representantes de una filosofía degenerada ; y finalmente he concluído enumerando los esfuerzos de los grandes genios por impulsar á la filosofía en la senda del progreso.

Señores, si el cuadro que os presento es imperfecto no faltarán plumas que, más capaces que la mía, sepan tratar este asunto con la madurez que requiere.

ADOLFO ALSINA.

Montevideo, 7 de enero de 1850.

EL DOCTOR ANTONIO E. MALAVER

Une circonstance essentielle à la justice que l'on doit aux autres, c'est de la faire promptement et sans différer : la faire attendre, c'est injuste.

(LA BRUYÈRE. *Des jugements.*)

Inesperadamente, cuando las vacaciones del foro y de la Facultad habían diseminado á sus colegas y á sus discípulos por todos los ámbitos de la República, cayó para no levantarse más, minada secretamente, la robusta naturaleza que todos creíamos destinada á vivir todavía largos años.

Ante la dolorosa realidad, en presencia del féretro que contenía sus restos, contemplando su rostro apacible con los ojos cerrados para siempre, volvía á mi memoria un recuerdo cercano : le veía en una tarde de la última primavera, en el salón académico de la Facultad de Derecho, sentado á la cabecera de la gran mesa, en la luz plena que penetraba por las grandes puertas laterales, inclinada la cabeza sobre los planos del nuevo edificio que se proyecta construir en la Avenida de Mayo, estudiándolos en sus detalles, moviéndolos y acercándolos para que su vista cansada y escasa pudiera percibirlos; y, en seguida, interrogar al arquitecto, discutir, consultar, proponer modificaciones, animado de un entusiasmo

juvenil, anheloso de contribuir, como su amigo el doctor Moreno, á que la enseñanza del derecho se hiciera en casa amplia y cómoda que llenara las exigencias del presente y del porvenir; y descoso, seguramente, allá en lo íntimo de su alma de *universitario*, de que la Universidad de Buenos Aires tuviera, para admiración de propios y extraños, uno de los edificios más suntuosos y más bellos de de la Capital.

La obra que lo tuvo entre sus iniciadores se realizará, sin duda. Para ella se le prepara el homenaje merecido que, por extrañas circunstancias, no se le rindió en la tumba, donde las voces que interrumpieron el triste silencio sirvieron para hacer más notable el mutismo inexplicado de la toga y de la cátedra.

La manifestación visible de la justicia póstuma no podía tardar para el que ha sido, durante treinta años, una de las más descollantes y mejores figuras de nuestro foro.

Nacido en la época tristísima de nuestra historia (1), pasó su infancia y su adolescencia en un medio poco favorable para el desarrollo de sus calidades nativas. Él mismo lo ha dicho, con la exactitud de los recuerdos personales, en la *Vida y obras del doctor José M. Moreno*, que tiene páginas de autobiografía por las semejanzas de los dos coetáneos y fraternales amigos.

Rosas, que había suprimido de hecho, con su famosa orden de 27 de abril de 1838, el departamento de estudios preparatorios de la Universidad, expulsó en 1841 á los jesuítas, que sustituían á los profesores oficiales desaparecidos, y no dejó más escuela abierta que las clases de gramática latina y de filosofía de los conventos de San Francisco y Santo Domingo.

En el de San Francisco estudió el joven Malaver aquellas materias bajo la dirección de Fray Pedro Durand, concluyendo sus cursos preparatorios en la Universidad (2).

(1) El doctor Malaver nació en esta ciudad el 9 de abril de 1835.

(2) Su primer maestro fué don Juan B. de la Peña, en cuya escuela estuvo tres años, al cabo de los cuales nada tenía que aprender allí.

Terminados sus estudios secundarios, hubo de ingresar á la Facultad de Medicina; pero nombrado delineador en el departamento topográfico, que el gobierno provisorio reorganizó á la caída de Rosas, Malaver siguió el curso de matemáticas que dictaba el señor Pedro Pico, y se recibió de agrimensor (1).

En 1857 resolvió hacerse abogado y emprendió, á la edad en que otros lo concluyen, el aprendizaje del derecho, con tanta tenacidad, empeño y laboriosidad que consiguió bien pronto destacarse entre su grupo, revelando las dotes que caracterizan y distinguen su personalidad.

Hay siempre en los duros comienzos de un hombre manifestaciones embrionarias de sus calidades, y las líneas indecisas dibujan los rasgos principales de su fisonomía futura, que raras veces las corrientes sociales ó los influjos del medio y los accidentes de la vida logran borrar ó modificar profundamente.

Lo que ha sido el doctor Malaver en nuestro foro, en nuestra Universidad y en nuestra sociedad política pudieron lógicamente inducirlo los que le vieron emprender á los veintidós años, la carrera de abogado y presenciaron sus trabajos en el aula universitaria y en la academia teórico-práctica de jurisprudencia.

Desplegó entonces una actividad infatigable, una laboriosidad constante y metódica, comprendiendo desde temprano que el trabajo es la fuente fecunda del éxito profesional, la condición indispensable del verdadero saber y el medio único de disciplinar, perfeccionar y aumentar las fuerzas intelectuales. Sin esa palanca, nadie ha llegado á las cimas; nadie ha pasado la línea media de la mediocridad.

(1) El Departamento Topográfico fué reorganizado por decreto de 22 de agosto de 1852.

El curso del señor Pico tenía por objeto preparar á los jóvenes para la carrera de agrimensores, y el departamento estaba autorizado á expedir los títulos.

Malaver obtuvo el suyo en abril de 1853. Continuó como secretario en el departamento y colaboró en trabajos importantes: las instrucciones á los agrimensores, el compendio de las disposiciones sobre tierras públicas y el plano de la ciudad.

Malaver, como los Dupin, Liouville, Berryer, Lachaud, Favre y todos los grandes abogados franceses de este siglo, trabajó ardorosa y perseverantemente y pudo repetir á justo título el consejo de Nicolet á los practicantes de París : « Quiero bosquejaros vuestra vida tal como la comprendo y tal como me la traza el cuidado de vuestro porvenir. Veo en ella, ocupando casi todo el cuadro, una gran figura, severa á primera vista y casi lúgubre : ¡ el Trabajo ! Lejos de disputarle su puesto, dejádselo con buena voluntad ».

El doctor Malaver ha dejado la prueba de sus esfuerzos en la Universidad y en la Academia. Las notas que tomó, con su condiscípulo el doctor Juan J. Montes de Oca, de las conferencias de derecho penal del doctor Tejedor, fueron tan minuciosas y completas que poco habría que agregarles, si se las cotejara con el *Curso* que el distinguido criminalista publicó después. Hizo un extracto de la obra de Donoso, que nunca se imprimió, por desgracia. ¡ Cuántas horas de fastidio habríamos economizado los que, resignados á recibir la ofrecida « ligera tintura al joven canonista », soportamos la lectura de las largas disquisiciones del buen obispo de la Serena !

Y por fin, llevó á cabo, en unión con los doctores Montes de Oca (J. J.), José María Moreno y Juan S. Fernández, un extracto del *Tratado de Procedimientos* del doctor D. Miguel Esteves Seguí, poniéndolo en relación con las modificaciones y cambios introducidos en nuestros tribunales desde 1852.

Conocemos solamente una parte de esta obra, que se publicó en 1870 : comprende la organización de los tribunales y el procedimiento ordinario ante los árbitros y ante los jueces.

El meritorio trabajo, sucinto, claro y metódico, pertenece exclusivamente á los doctores Malaver y Montes de Oca (J. J.) (1).

La reputación de las aulas le siguió en el foro : la clientela,

(1) No hago biografía y me concreto á señalar los hechos que revelan las cualidades del doctor Malaver ; pero, ya que le atribuyo, en colaboración con el doctor Montes de Oca, la paternidad del volumen publicado del *Manual de Procedimientos Civiles y Comerciales*, adaptado al uso de los practicantes de Jurisprudencia, por Antonio E. Malaver,

arraigada y candorosa esperanza que espolea á los remisos, y acarician los trabajadores como el premio compensador y sabroso de las vigiliass del estudiante, se convirtió para el doctor Malaver en envidiable realidad. El público, que no elige de costumbre sus consejeros letrados entre los mejores, según las clasificaciones de examen, ó porque no las conoce ó porque les atribuye el mismo grado de exactitud que á las cotizaciones del metálico, — que no expresan el verdadero valor de la moneda, — acudió esta vez numeroso al *estudio* del joven abogado. Desde que tomó posesión de estrados, en 1864, hasta su muerte, ha sido el jefe de uno de los estudios más concurridos de Buenos Aires y de clientela más variada y más adicta á su abogado.

Defensor de grandes pleitos, de esos que echan sobre los hombros la responsabilidad inmensa de la suerte de una familia, ha sido también, y quizás más especialmente, el consejero respetado, el amigo discreto de mucha gente, colocada en todos los tramos de la escalera social, que volcaba en su oído la confianza íntima; le pedía el concurso de su probidad y de sus luces, la forma legal de

Juan José Montes de Oca, José María Moreno y Juan S. Fernández, fundaré sumariamente mi aserto.

El mismo doctor Malaver suministra la prueba en la siguiente nota de la página CXL de su bosquejo biográfico de Moreno (*Obras Jurídicas*, tomo I): « No incluimos entre los trabajos del doctor Moreno el *Manual de Procedimientos Civiles y Comerciales*, cuyo tomo I publicamos, en 1870, con él y con los doctores Montes de Oca y Fernández. Como se ve en la advertencia que precede á dicho libro, los Apuntes sobre procedimientos debían ser ejecutados por los cuatro estudiantes cuyos nombres figuran en la portada; tocando al doctor Montes de Oca y al que esto escribe la parte que comprende el tomo I, que fué publicado; y á los doctores Moreno y Fernández el resto del trabajo, esto es, los juicios especiales de la jurisdicción civil, como el juicio ejecutivo, de mensura, alimentos, etc.; y los procedimientos ante las jurisdicciones comercial, eclesiástica, etc.; lo cual debía formar el tomo II, que no fué publicado.

« Dichos señores desempeñaron su tarea si no en el todo, en su mayor parte; pero corriendo sus cuadernos manuscritos entre los estudiantes, después que salimos de la Academia, concluyeron por perderse, y aun cuando los doctores Moreno y Fernández, al emprender aquella publicación, quisieron rehacerlos, para que ello fuese completo, no les fué posible realizar su propósito, á causa de las diversas ocupaciones que uno y otro tuvieron desde entonces. »

salvar situaciones comprometidas, de desatar los conflictos de la conciencia y de la ley, ó de resolver dramas del hogar. No faltaban tampoco, por las mañanas, en su casa de la calle de Belgrano, los pequeños negociantes y los pequeños rentistas, hombres y mujeres, que le llevaban, con el relato no siempre breve de sus cuitas, el pedido de solución de sus asuntos : cuentas de jóvenes bajo la patria postestad, cobros de alquileres, desalojos, contratos de fianza, ó algún gordo reclamo contra el Estado ó la Municipalidad por la suba de la tasación para el pago de los impuestos.

Oía á ellos también con verdadera deferencia y resignada paciencia, cortando suavemente, cuando abusaban, las digresiones que el cliente hilvanaba una tras otra, como cuentas de rosario, para traerlos á la cuestión y darles, en breves y claras palabras, el consejo solicitado.

Avaro de su tiempo, para tantas cosas requerido, poseía el arte difícil de no desperdiciarlo en largas audiencias innecesarias y de contener, sin que su rostro ni sus ademanes demostraran impaciencia ó fastidio, la verba inagotable é importuna de que somos tantas veces víctimas en nuestra profesión.

Su reputación de estudiante fué el primer motivo de su éxito inmediato ; pero ni ella ni su probidad indiscutible, ni su tino para el trato de las gentes, ni su ejemplar laboriosidad explican por sí solas la duración y permanencia de su crédito profesional y el lugar prominente que ocupó hasta su muerte en nuestro forò.

Otras condiciones, otras calidades más altas debió poseer y, en efecto, poseyó el doctor Malaver.

En los países de defensa oral, los aspirantes á la gloria ó á la simple notoriedad, cultivan con esmero las letras y la oratoria. Así, todos los grandes abogados franceses son grandes oradores, maestros en el arte de la palabra, conocedores de los clásicos y cultores de la lengua; — y cuando entran en la política y suben á la tribuna parlamentaria se ha observado, justamente, que el orador forense prima sobre el orador parlamentario.

El abogado-diputado continúa siendo abogado en el parlamento, como el profesor-diputado continúa siendo profesor.

Á la inversa sucede entre nosotros. Herederos nuestros tribunales, y sucesoras nuestras prácticas forenses de la Real Academia y sus abrumadores procedimientos escritos, el orador forense no existe. No forman ambiente propicio ni constituyen escuela y disciplina suficientes, los escasos informes *in voce* ante los tribunales superiores, en presencia de sus miembros, del adversario y de los interesados y sus representantes, cuando concurren, y de tal cual curial desocupado y aburrido.

Cuando, ¡ rara casualidad! en algun asunto sensacional ó escandaloso acude público á las audiencias, se oyen á veces piezas oratorias de mérito y se ven abogados que elevan su palabra á las alturas de la elocuencia, — queda la persuasión en el ánimo de que el orador ha aprendido á hablar en otra parte: en el Parlamento, en la cátedra y no poco en los clubs políticos y en las asambleas populares. Son diputados ó profesores abogados.

También puede afirmarse, aunque menos absolutamente, que no existe el escritor forense. La falta proviene en parte, de un vicio orgánico de la instrucción que se recibe en nuestros colegios: la enseñanza descuidada de la gramática y de la retórica, la ausencia de buenas lecturas y de la práctica de la composición escrita; y, principalmente, de la falta de oratoria forense. En los países á que antes me he referido, el escritor procede del orador,

El doctor Malaver, producto genuino de su medio, no era orador elocuente ni escritor brillante; pero, cuando hablaba, exteriorizaba su claro pensamiento con palabra fácil, en frases bien construídas, de corte castizo, si bien un tanto gerundiano; y cuando quería extremar la argumentación ó le agitaba la pasión, su voz, bronca y fuerte, se tornaba persuasiva y calurosa.

Escritor, exponía los hechos, la legislación y la doctrina aplicables al caso, con arreglo al plan trazado de antemano, en frase correcta, con método escrupuloso, que transparentaba el afán de con-

vencer y la despreocupación de todo otro objeto que no fuera ese. Su tranquilidad y mesura características no le impedían usar, parsimoniosamente, es verdad, la punzante ironía ni levantar sobre jueces ó adversarios el látigo de la sátira (1). Julio Favre, el maestro impecable en la oratoria, se hizo notable en el foro de París por el número de causas que perdió; mientras que, en el nuestro, el doctor Malaver defendió muchos y perdió pocos pleitos.

He aquí cómo se explica, en un estudio reciente sobre el gran abogado francés, la contradicción aparente entre las calidades sobresalientes del personaje y el resultado de su ejercicio : « Ningún abogado ha perdido más procesos que él ; pero, después de las magníficas arengas, el cliente mismo, subyugado, era casi feliz de ser el pato de la boda. Agreguemos que, si Julio Favre se hizo famoso por el número de asuntos que perdió, difícilmente pudo suceder de otra manera, y no debe acusarse de ello ni á los magistrados que los juzgaban ni al abogado que los defendía.

He aquí cómo :

«La tendencia de su espíritu llevaba á Julio Favre á considerar la faz estética de un proceso. Si la causa cuya defensa se le pedía chocaba con la letra de la ley, ella no perdía sus seducciones para él : bastaba que encontrara en ella la ocasión para el desenvolvimiento filosófico ó para arranques hacia el ideal. No le desagradaba luchar con un texto que le parecía muy estrecho, ó con una verdad que le parecía digna de ser combatida. Y por eso los procesos más difíciles tomaban naturalmente el camino de su bufete.

«Otras razones más los conducían á él. Había de parte del cliente consideraciones contra las cuales Julio Favre no sabía defenderse. Si veía venir á él á un litigante cansado de transportar su expedien-

(1) Como modelo de su talento expositivo merece citarse su trabajo profesional de más largo aliento : *La prescripción de las acciones de petición y división de herencia* (1881) ; y, como muestra de sus sátiras é ironía, su último escrito, fechado el 30 de noviembre de 1896 : una expresión de agravios en un pleito sobre *Suertes de estancia del Azul*, publicada en volumen de 160 páginas.

te, sin encontrar abogado que quisiera hacerse cargo de él, la aflicción y el apuro del desgraciado conmovían el corazón compasivo de Julio Favre. Y cuando, para completar su obra tentadora, el cliente añadía que su gratitud era el único honorario que pudiera ofrecer, Julio Favre estaba definitivamente conquistado (1). »

El doctor Malaver procedía de muy distinta manera.

Dotado de admirable sentido práctico, ajeno por temperamento y por sistema á los arrebatos irreflexivos, á los entusiasmos ligeros, se conservaba dueño de sí mismo, estudiaba cuidadosamente los hechos — base esencial de todo juicio en materia litigiosa, — y los medios de probarlos; y, en seguida, veía si, con arreglo á ellos y á las disposiciones legales vigentes, eran judicialmente viables las pretensiones de su cliente.

No se enamoraba de teorías para buscar el triunfo en el empeño vano de torturar la ley escrita, inflexible y dura, hasta transformarla y amoldarla á los intereses que defendía, olvidando en la temeraria demanda que el juez aplica la ley, pero no legisla; y las miserias y debilidades humanas, que comprendía y había tocado de cerca, si herían sus sentimientos delicados y su alma sensible, no obscurecían su recto juicio ni doblaban su voluntad y la decidían á tomar bajo su protección y á echar su fama, su ciencia y su talento en la balanza de la justicia para inclinarla al lado de quien quería litigar sin ella.

Ese mismo sentido práctico, ayudado por su larga experiencia, le permitía encontrar siempre el punto culminante, el eje de la cuestión debatida y el lado débil de la tesis del adversario. Una vez encontrado, desenvolvía su argumento, seguía después paso á paso á su contrario, penetraba por todos los vericuetos del expediente, examinaba y comentaba sus constancias, no desdeñaba cuestión alguna de las controvertidas; pero, durante esta tarea su argumento, aparecía en todos los capítulos, á manera de incidencia ó digresión,

(1) ALLOU Y CHENU, *Grands avocats du siècle*, página 216.

como un *ritornello*, que era necesario grabar en el espíritu de los jueces para persuadirlos de la inutilidad de examinar otras faces y tomar distinto camino. Él había encontrado el suyo: ese era el bueno, ese debía seguirse para llegar á la verdad y fallar el asunto. Levantaba su argumento como un martillo, y pegaba, pegaba, sin tregua ni descanso, hasta que consideraba destruída, hecha pedazos, la armazón de la defensa que combatía (1).

Aparte de esta manera personal de encarar la defensa judicial y de sus recursos tácticos, trataba con esmero los puntos legales. Conocía nuestros Códigos, aunque sancionados casi todos ellos después que él abandonó las aulas; no descuidaba la concordancia de sus disposiciones ni omitía la lectura de los comentadores; pero, cuando era posible, prefería orientarse para la interpretación en los antecedentes patrios de la legislación, pues él también amaba con pasión «esa fabla sesuda y razonada de las Partidas» (2), cuyos preceptos retenía en su excelente memoria y se complacía en repetir literalmente en las ocasiones oportunas.

El abogado fué también profesor, académico, consejero, vice-rector y rector interino de la Universidad; y ocupó, fuera de ella, cargos públicos de importancia.

Durante cerca de veinte años dictó el curso de Procedimientos en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. Lo abandonó por cansancio, sintiendo que su vista gastada no le permitía sobrellevar, sin grandes sacrificios, la tarea. Presentó su renuncia; pero el Consejo Superior no le dió trámite y le discernió, en cambio, el honor de solicitar para él la jubilación que, por la ley, tenía ganada.

La enseñanza del derecho procesal, de nueva creación en la Universidad, cuando él la tomó á su cargo (3), tan útil como es, no

(1) Ver *Las suertes de estancia del Azul*, ya citadas, y el *Pleito Posse-Duran*.

(2) LUCIO V. LÓPEZ, *Corona fúnebre* del doctor José M. Moreno, página 49.

(3) La cátedra se creó en 1872, con motivo de la supresión de la Academia teórico-práctica de Jurisprudencia. El primer profesor fué el doctor Daniel M. Cazón; nombrado

ofrece ancho campo ni terreno fértil para un curso brillante. El complicado mecanismo de los procesos, los resquicios que la previsión más minuciosa deja siempre á los ardides de la mala fe, las dificultades para conciliar las garantías de la amplia defensa con la celeridad de las tramitaciones, las cuestiones de límites que á cada paso surgen en este ramo de aplicación del derecho, constituyen una materia árida que el doctor Malaver dominaba y explicaba á sus alumnos en forma comprensiva, sencilla y metódica.

De su dedicación y conocimientos ha dejado testimonios irrecusables. Lo reconocen sus discípulos agradecidos, y lo proclaman trabajos de mérito que comienzan en la juventud del maestro y terminan poco antes de su muerte.

Practicante de la Academia, le presenta en 1863 una disertación sobre árbitros, que se conserva en algunas copias manuscritas, cuya lectura es aún provechosa (1).

En 1875 publica el primer tomo de su *Curso de procedimientos judiciales en materia civil y mercantil*, para uso de sus alumnos, trabajo que, no obstante resentirse de la precipitación con que lo preparó y del exceso de citas legales, conserva un puesto en la biblioteca de los abogados y sirve frecuentemente de fuente de consulta. Quedó inconcluso á la espera de los Códigos, cuya sanción se veía próxima, y que se hicieron esperar largo tiempo.

En 1886 redacta, en colaboración con los doctores Montes de Oca y Obarrio, el proyecto de código de procedimientos en lo criminal para la provincia de Buenos Aires; y en 1892 revisa, con los doctores Obarrio y Basavilbaso, el proyecto de código de procedimientos civiles de los doctores Alcorta y Zeballos.

Ha dejado, inédito é inconcluso, aunque muy adelantado, un libro sobre la *Prueba*. Un obstáculo lo detuvo, no pudo vencerlo,

el 20 de febrero de 1873, que lo desempeñó un año, reemplazándolo el 20 de abril de 1874 el doctor Malaver.

(1) El doctor Juan J. Montes de Oca, condiscípulo y amigo íntimo del doctor Malaver, ha tenido la deferencia de facilitarme la que he consultado.

se obstinó, no quiso rodearlo, otras ocupaciones absorbieron su tiempo y el trabajo quedó ahí...

El obstáculo consistía en la inteligencia y alcance que debía darse al artículo 1030 del Código Civil, en el título de los instrumentos privados. Sin fuente conocida, consagra ese artículo prescripciones que no se entienden bien : no se concibe fácilmente, en efecto, documentos de crédito en poder de los deudores.

Esta rápida enumeración, extraña quizás á la índole de este bosquejo, demuestra la continuidad de su dedicación á la materia de su enseñanza y la constancia de su esfuerzo.

Pero, el competente profesor presentaba otra faz simpática.

Bajo el aspecto grave y la fisonomía severa del escrupuloso y puntual ejecutor de los reglamentos, se ocultaba una naturaleza cariñosa y un hombre que amaba sincera y profundamente á la juventud.

Los estudiantes lo respetaban, pero no le temían. Cortés y afable con ellos, no descendía á la familiaridad ni buscó jamás esa fácil popularidad que exige prendas de concesiones y condescendencias, relajadoras de la disciplina, y expone á manifestaciones de simpatía irrespetuosa. Procedía así, naturalmente, sin afectación ni fingimiento, obedeciendo á las inclinaciones de su carácter y á la lógica de ideas arraigadas. Pero su despego aparente no implicaba indiferencia. Se interesaba como pocos en la marcha y progreso de los jóvenes; oía con atención sus exposiciones en la clase ó en el examen; y gozaba cuando le parecía descubrir, en algún desconocido que rendía su primera prueba ó había pasado desapercibido, la chispa reveladora del talento. El desconocido podía contar, desde aquel momento, con un propagandista de sus méritos y con el apoyo firme y duradero del maestro que le tendía generosamente la mano para ayudarlo en su ascenso de la montaña.

¡ El recuerdo de estas bondades del doctor Malaver vibra hoy como el primer día en la memoria y en el corazón de algunos !

En la Academia y en el Consejo, donde se escuchaba su opinión

y gozó de considerable influencia, fué, en distinta escena, la fiel imagen del profesor : opositor tenaz y consecuente de las innovaciones radicales y de las excepciones peligrosas, y partidario, dentro de la organización federativa de la Universidad, de mantener en su órbita propia á las Facultades y al Consejo, sin escatimar ni discutir á éste el ejercicio de las funciones que afectan el régimen común de los estudios y la disciplina universitaria.

La llamada ley de « libertad de estudios » — simple ley de libertad de exámenes — que el Congreso votó sin discusión, lo contó, en su paso por el Consejo Superior, entre sus adversarios decididos. Permitir á todos reducir *ad libitum* la duración de los planes de estudios, importaba para él incitar á los audaces, estimularlos á ganar pronto el título doctoral, al amparo de la benevolencia tradicional y la sensiblería contagiosa de nuestras mesas examinadoras.

Adivinaba acaso una epidemia de esas indigestiones cerebrales, que Montaigne diagnosticaba, y que, curadas, dejan la cabeza vacía, la tabla rasa, cuando no sedimentos nocivos.

La política no ejerció sus influjos sobre el doctor Malaver. Él mismo lo ha confesado. « No es privilegio de ninguna raza humana, decía en su biografía de Moreno (1) la especial aptitud para el saber ; ni el poder de aplicarlo al progreso, en que tantas naciones nos aventajan : es solamente que la política absorbe nuestras más poderosas inteligencias, y que éstas se apartan del camino que las conducirá á una gloria sólida y perdurable. »

Ocupó, sin embargo, altos cargos públicos y, aunque de tránsito en ellos, ha dejado bien marcada la huella de su paso.

Fué diputado en la Legislatura de Buenos Aires (1865-1869), Ministro de Gobierno de la misma provincia en la memorable administración de don Emilio Castro, Convencional, Jefe del Departamento de Escuelas y Procurador General de Buenos Aires y de la Nación.

(1) Obra citada, pág. LII.

En el momento histórico de la conciliación, el Presidente Avellaneda le ofreció insistentemente la cartera de Instrucción Pública. El doctor Malaver rehusó resueltamente el honor. Expectador en la lucha ardiente y tormentosa, que la tregua apaciguaba, pensó modestamente que la representación del partido opositor en el Gobierno correspondía á ciudadanos de filiación política más acentuada ó de figuración más militante; temió quizás que, en nombre de la fidelidad á la tradición liberal de los vencidos, se ejerciera sobre él la tiranía partidista y se encadenara su voluntad; acaso también su espíritu sereno vislumbrara la esterilidad del sacrificio...

La página más saliente de su vida pública, la que más honor refleja sobre su nombre, es su colaboración de tres años en el Gobierno de don Emilio Castro, donde tuvo el tiempo y la oportunidad de desenvolver sus excelentes aptitudes de administrador prudente, honesto, celoso y activo.

En efecto, en sus cuatro años de diputado, con la solución de continuidad de una renuncia, trabajó en las comisiones y tomó parte á veces en los debates. Pero el diario de sesiones no contiene ningún discurso suyo de gran aliento.

En la Convención Constituyente, á la que se incorporó tarde, le faltó tiempo para intervenir en las grandes discusiones (1). Le tocó defender en ella el artículo constitucional que establece el acuerdo del Senado para el nombramiento de los ministros del Poder Ejecutivo; y contestando las objeciones á la solución ecléctica que aconsejaba la comisión y adoptó, al fin, la Constituyente, decía estas palabras:

« Si la Convención se fija en los incisos que siguen del mismo despacho, observará que el Gobernador cumple con presentar á la aprobación de la Cámara los ministros. Si la Cámara no resuelve, si la Cámara le niega su acuerdo, presentará, no al que la Cámara quiera, sino aquella persona á quien el gobernador tenga por conveniente.

(1) El doctor Malaver fué elegido Convencional al bajar del Ministerio. Se incorporó á la Convención el 4 de octubre de 1872.

« ¿ Se tramará con esto la marcha de la administración? De ninguna manera, porque el gobernador suplirá la falta del ministro con el oficial mayor del ministerio, que tendrá para este caso todas las calidades de un verdadero ministro. La cámara no podrá en ningún caso imponerlo al Gobernador por no tener ministro, puesto que la Constitución lo faculta para suplir esa falta con los oficiales mayores de los ministerios.

« Puede suceder que el Poder Ejecutivo estuviere recibiendo rechazos continuos de los candidatos que proponga, si las cámaras decidieran hostilizar al gobernador; pero si las cámaras tuvieran este deseo lo harían de cualquier otro modo, por ejemplo, no reconociéndole ó no despachando los proyectos que el Gobernador les remitiera, y por todos los medios de que las cámaras se pueden valer para ese objeto » (1).

¡ El porvenir se encargó de producir el caso práctico, y de demostrar cuán peligrosos son los sistemas mixtos de control excesivo y cuán convenientes son para la marcha regular y benéfica de las instituciones políticas las líneas fronterizas de los poderes, — netamente marcadas!

Más acertado todavía, á mi juicio, estuvo el doctor Malaver en su oposición á las municipalidades de barrio, — última palabra de la descentralización administrativa, — cuyas bondades preconizaba elocuentemente el doctor López (V. F.); — que triunfaron en la convención para quedar como letra muerta en la constitución, mientras que la municipalidad única triunfaba en el hecho.

Pero, es menester reconocerlo, el diputado y el convencional no resisten la comparación con el ministro.

En el ministerio pisaba terreno firme. Miembro de un gobierno que alentaba la pasión del bien público y abrigaba el propósito de impulsar vigorosamente el progreso de la gran provincia argentina, el doctor Malaver tenía ancho campo para desenvolver sus

(1) *Debates de la Convención Constituyente de Buenos Aires*, tomo II, página 1174.

iniciativas y colaborar activamente en la tranquila labor administrativa, á cuyo servicio puso enteramente las fuerzas de su inteligencia y su hombro robusto de trabajador infatigable.

No cabé en los límites de este bosquejo la historia interesante é instructiva, por más de un concepto, de aquella administración ejemplar. Está hecha, por otra parte, en lo fundamental, en las memorias ministeriales, en los mensajes á la Legislatura y en los diarios de sesiones de las cámaras legislativas.

Los arduos problemas cuya inmediata solución requirió el terrible flajelo de la fiebre amarilla en 1871 — traslación de los mataderos, clausura de cementerios, habilitación de otros, construcción de líneas férreas, desalojo de la ciudad, habitaciones para los pobres y asilos de huérfanos, asistencia médica — hubieran justificado el abandono ó la postergación de problemas y asuntos menos urgentes.

Sin embargo, apenas desapareció la epidemia, el Poder Ejecutivo elevó á la Legislatura el proyecto de ley orgánica municipal que, con el fundamento y comentario de cada artículo había preparado el doctor Malaver, ayudado en este caso por el doctor José M. Moreno. Nunca sancionó la legislatura ese proyecto; pero la ley que rige en la Capital se ha inspirado en él. En el mismo año y en el siguiente tomaba la iniciativa para la construcción de las obras del puerto de Buenos Aires; propuso reformas en las leyes de Procedimientos y en el Código Rural; proyectaba la traslación de las fronteras hasta las márgenes del río Negro, ofreciendo para la empresa al Gobierno Nacional la cooperación y los recursos de la Provincia; creaba el Asilo de Huérfanos; construía la Penitenciaría; daba principio al Hospital de Hombres (hoy de Clínicas); compraba el terreno para la instalación de un Instituto Agrícola en Santa Catalina y preparaba sus planes de estudio; preconizaba la necesidad de reorganizar la dirección de la instrucción primaria y de declarar á ésta gratuita y obligatoria, trazando desde entonces las líneas generales de la ley futura y aún vigente, que es obra suya; sostenía la conveniencia de segregar de la Universidad el departa-

mento de estudios preparatorios ; y tenía tiempo todavía para atender al despacho administrativo y mantener, á propósito de dos guardias nacionales desertores destinados al ejército de línea por un jefe de frontera — doctrinaria discusión constitucional sobre el derecho de los gobiernos provinciales para ejercer el de petición que Sarmiento, malhumorado y caviloso, había tomado como una atrevida invasión de atribuciones de su « agente natural » el Gobernador de Buenos Aires (1).

Tal es, á grandes rasgos, el pálido bosquejo de la noble vida del doctor Malaver.

Su figura no presenta aristas salientes ; su personalidad no tiene larga y descollante actuación en nuestra política ; no ha dirigido en momento alguno los sucesos de su tiempo ; su palabra no ha arrasado á las muchedumbres, ni lo ha rodeado la aureola de las simpatías populares. En su mismo tranquilo campo de acción no ejerció dominadora supremacía, y si se examinan los productos de su enorme labor, no se encontrará el monumento duradero de alta ciencia jurídica.

Ahí no estaba el mérito y ¿por qué no decirlo? la originalidad del querido y respetado muerto. Ese mérito y esa originalidad residían en la admirable unidad de su vida, dedicada por entero al ejercicio de las virtudes que más ennoblecen al hombre y al ciudadano ; en su ejemplar lealtad por los principios de su credo político ; en esa constante pasión del bien público que debiera ser la pasión exclusiva de los gobernantes ; en la invariable rectitud de la conducta. Agregad, para completar el cuadro, la posesión de una inteligencia reflexiva, equilibrada, ponderada, homogénea, servida por una fuerza de trabajo que su dueño supo utilizar, pródiga, pero regularmente, — durante más de cincuenta años. Agregad todavía que el hombre privado debía ser y era digno del hombre público.

(1) Memorias del Ministerio de Gobierno de Buenos Aires, correspondientes á los años 1870-71 y 1871-72.

Ultimamente su amigo más íntimo le decía : « Por qué no abandona Vd. el *estudio* y el directorio del Banco, y se dedica al descanso? No puedo, contestó el doctor Malaver ; mis rentas no me bastan. »

Había llegado á reunir una fortuna ; y no había alterado su método de vida ni salido su hogar de la cómoda modestia ; pero las rentas no le alcanzaban, porque este hombre, que tildaban algunos de poco generoso, sabía cumplir sus deberes para con los suyos, y, fiel á la fe de sus mayores, practicaba, en silencio y en secreto, la caridad cristiana.

¡ Caen y caerán sobre su tumba lágrimas de gratitud ; y, en ignorado rincón de hogares humildes, almas creyentes elevan sus preces al Altísimo por la eterna ventura del varón justo !

Y, á los que lloran y rezan por este hombre que, en la arena movediza de nuestra sociedad y en las formaciones de aluvión de la nacionalidad argentina, se hizo solo, conquistó el saber y practicó la virtud, dejándonos un ejemplo en la unidad y en el equilibrio de su acción — se agregarán sus amigos y sus discípulos para honrar esa existencia que acabó serenamente, — como serenamente se había desenvuelto en el culto del honor y del trabajo.

EDUARDO L. BIDAU.

LA PESQUISA⁽¹⁾

Después de la comida y, si la tarde era bella, de cuatro vueltas dadas sobre cubierta de popa á proa, deteniéndonos á ratos para encender un cigarro á la mecha del palo mayor ó para buscar en vano el fantástico *rayo verde* del sol poniente, solíamos sentarnos en un solo grupo argentino para escuchar cuentos é historias más ó menos auténticas. Una noche, como alguien refiriese no sé qué hazaña de la policía francesa, el conocido porteño, Enrique M..., que había sido años anteriores comisario de sección en Buenos Aires y demostraba extraordinaria afición á sentar paradojas en equilibrio inestable, como pirámides sobre la punta, formuló esta tesis : que en la mayor parte de las pesquisas judiciales la casualidad es la que pone en la pista, basta un buen olfato para seguirla hasta dar con la presa. Y á raíz de sostener acaloradamente su aventurada opinión, que algunos combatían, nos devanó el siguiente cuento al caso, á modo de argumento irrefutable.

(1) El autor de este cuento ó relato ha querido guardar el anónimo — y tan sinceramente, que nosotros mismos ignoramos su nombre. La persona respetable que nos comunicó el manuscrito nos lo dió como el estreno literario de un joven argentino. Deseaba conocer nuestra opinión : la expresamos con publicar su ensayo, á pesar de revelar cierta inexperiencia y no corresponder del todo al principio la conclusión. No dudamos que *** reincida en la tentativa y que, con ocasión de otro trabajo, nos permita publicar su noticia biográfica.

I

Entre mis amados oyentes no habrá quien no recuerde el suceso trágico de la Recoleta, que durante un mes tuvo aterrado al barrio del norte de Buenos Aires. En una casa-quinta aislada, donde vivía una señora anciana con una joven de veinte años, entre hija adoptiva y dama de compañía, un crimen horrible fué perpetrado durante una de las largas noches del invierno de 188...

Aunque dicho barrio, entonces menos poblado que hoy, no dependiera de mi sección, tuve que intervenir en el asunto por ausencia del comisario á quien correspondía. Avisado á las cinco de la mañana por un vigilante, acudí al lugar del suceso. Desde la puerta de calle, que daba sobre el jardincito que rodea la habitación, gotas de sangre salpicaban el suelo; un cadáver de hombre mal trazado — de la sumaria resultó italiano—estaba tendido en las gradas del vestíbulo; otro cadáver, el de la dueña de casa, — destrozados los vestidos y desgredada la blanca cabellera, con una espantosa herida en el cuello, un tajo brutal de cuchillo que cortara la traquearteria, —yacía en un dormitorio, apoyado el tronco contra el pie de la cama, en un charco de sangre. Un revólver de calibre mediano estaba tirado en la alfombra.

La joven, que declaró llamarse Elena C. y permanecía anonadada en un sillón del cuarto vecino, fué invitada á suministrar los primeros datos á la policía; después de manifestar su consentimiento con un ligero ademán, se dió principio al interrogatorio.

Era una encantadora muchacha de aspecto extranjero, con ojos claros y la suelta cabellera rubia como un trival; alta y robusta, vestía de negro con una sencillez elegante que hacía contraste con el desorden de la catástrofe. Se expresaba con pausa y precisión, sin buscar sus frases ni rectificar sus palabras, aunque por momentos la brusca emoción de un incidente recordado interrumpía con un so-

llozo la empezada narración. Por ella supimos lo siguiente, que fué completamente confirmado por la instrucción de la causa.

La señora de C., viuda de un comerciante español, después de liquidar la sucesión había colocado en diferentes bancos el importe de su modesta fortuna, para retirarse á aquella casita-quinta de su propiedad. Elena, huérfana recogida por este matrimonio sin hijos, se había criado allí mismo y no conocía más familia.

La víctima tenía unos sesenta años. Durante la vida del marido había demostrado una inteligencia y una energía poco comunes, ayudándole en sus operaciones comerciales. Pero, desde los primeros meses de su viudez, su espíritu decayó notablemente, hasta caer en una especie de manía singular : una desconfianza general respecto de la estabilidad de las casas bancarias más acreditadas, y un terror creciente por la miseria que, según ella, la esperaba.

Se comprobó que los diferentes depósitos hechos á su nombre en tres grandes bancos de Buenos Aires, alcanzaban á la suma de cuarenta y cinco mil pesos oro. Pero, poco á poco había ido retirando todas las cantidades depositadas, ignorándose el destino que le diera... Elena suponía que la señora de C. guardaba sus valores en una gran cartera con cerradura que había visto una ó dos veces en sus manos, y que creía encerrara en un macizo y enorme baúl que se veía tras de la cama, abierto ahora, y, sin duda, fracturado por los asesinos. Estaba vacío.

Las dos mujeres vivían con estricta economía, sin más servicio que una cocinera que se retiraba después de servir la comida. La señora de C. no tenía ya renta alguna : para los gastos de la casa, salía ella misma á cambiar mensualmente un billete de cien pesos fuertes, cuyo valor se distribuía en los treinta días del mes con un rigor matemático.

Tiempo hacía, declaró Elena, que este método de vida claustral, en un barrio aislado y distante, se había vuelto insoportable para ella, al par que la soledad inspirábale serios temores. El rumor de las grandes sumas que poseía en cartera su bienhechora, había cundi-

do por el vecindario; y ya una noche la señora de C. — que guardaba siempre un revólver armado en su velador y lo manejaba con una destreza varonil—había hecho fuego sobre un presunto ladrón á quien sorprendió escalando la reja del jardín. — Después de este suceso, que ocurrió seis meses antes y alarmó á Elena, ésta insistió con tanta energía para mudar de casa que la señora parecía dispuesta á ceder y prometía siempre trasladarse en breve á otro barrio más central.

Tal fué, en compendio, la relación de la interesante Elena, que fué confirmada por la cocinera. En cuanto al drama presente, la muchacha lo explicaba del siguiente modo, y las indagaciones ulteriores parecieron corroborarlo en todas sus partes. Con todo, debo decir que uno ó dos puntos oscuros no dejaron de despertar en mí una vaga desconfianza, teniendo alerta mi instinto olfateador de sabueso policial. Pero aquello fué muy pasajero, y luego todas mis sospechas se desvanecieron — ó adormecieron.

La víspera, á las diez de la noche, después de los rezos en común, según la invariable costumbre, Elena dejó á la señora de C. en su dormitorio, y ganó el suyo que no era contiguo sino separado por el comedor, y con ventana á los fondos de la casa.

Elena no estaba acostada aún, habiéndose quedado entretenida hasta *muy tarde* con la lectura de una novela. Había comenzado á desnudarse, cuando un grito de mujer, prolongado y desgarrador— un clamor que no tenía nada de humano y parecía el aullido de una fiera en agonía, — rasgó el lúgubre silencio de la noche... « Di un salto, herida por un choque eléctrico, mas quedé al pronto inmóvil, como petrificada por el terror. Me era imposible dar un paso adelante, aunque hacía para ello el más intenso esfuerzo de voluntad... Aquello duró unos segundos... Retumbó entonces una detonación; — percibí otro grito ahogado... un tropel de gente que lucha; el sordo desplome de un cuerpo en el suelo, y, en seguida, un lamento lastimero que fué apagándose por grados, concluyéndose en arrastrado estertor. Al fin, pude sacudir la capa de hielo que me parali-

zaba... Corrí al dormitorio, cuya puerta estaba abierta, así como la ventana que daba á la galería exterior... Mi madre, tendida al pie de la cama, en las últimas convulsiones de la agonía, no pudo sino reconocerme en una larga mirada, desesperada, extraviada, que la muerte empañó rápidamente ».

Algunos vecinos acudieron; encontrando en el vestíbulo el cadáver del presunto asesino; un médico, llamado á escape, no pudo sino hacer constar la doble muerte, producida por bala de revólver la del hombre, por arma cortante la de la mujer. Entretanto, con el relato de Elena y el minucioso examen del escenario, yo procuraba reconstruir la tragedia reciente. Los asesinos — pues eran dos, según lo demostraban las pisadas en el jardín, todavía discernibles á pesar de las idas y venidas de los vecinos — habían quedado acechando la hora propicia en un ángulo obscuro de la casa. Entre las dos y las tres de la mañana, uno de ellos había penetrado en las habitaciones con ganzúa, mientras el otro permanecía en observación. La víctima, que dormía siempre con una lamparilla encendida y su revólver bajo la almohada, se había despertado sobresaltada al sentir la garra feroz que le tapaba la boca, y, en el instante mismo en que el acero le abría la garganta, ella hacía fuego sobre su matador, á quema ropa... En este punto de mi escena mental, mi mirada cayó en el revólver de la alfombra; lo tomé y examiné: era un arma suiza común, de calibre 9. Tuve un sacudimiento de sorpresa ¡el revólver estaba cargado con sus seis cartuchos intactos! ¡Patatrás! Era el ruido de mi laboriosa hipótesis que se venía al suelo...

La señora de C. no había disparado el tiro cuya bala mató al *desconocido* (ya no me atrevía á calificar el cadáver que yacía á pocos pasos): ello aparecía claro como la luz; pero ahora el obscuro problema se planteaba más extraño y enigmático que antes. La realidad estaba allí: el cadáver de una mujer asesinada en su cuarto, otro cadáver de un extraño, cuyo aspecto sórdido revelaba claramente sus intenciones al penetrar en lugar habitado — y, como único

lazo entre los dos actos violentos, el espectáculo de los muebles abiertos y las puertas forzadas. No era dudoso que el asesino, después del crimen, había robado ó pretendido robar á mansalva; habíase luego escapado por la ventana; pero ¿quién le había detenido en su fuga, quién había muerto al matador? Era inverosímil y casi inadmisibile la hipótesis de una riña instantánea entre los dos cómplices, rematando en un balazo mortal. Así no proceden los criminales de oficio... Perdido en conjeturas que mi experiencia desechaba apenas formadas, recorría los cuartos y galerías, bajaba al jardín y volvía á subir, sin poder dar con la solución probable del problema ni abandonar su enervante prosecución. — Mientras vagaba así alrededor de la casa, un detalle extraño despertó nuevamente mi sorpresa: el rastro de un hombre llegaba hasta la ventana del cuarto de Elena, y hasta parecía que hubiera saltado de su borde al jardín. La huérfana confesó que en cierto momento había oído un ruido ligero, pero, como estaban cerrados los postigos, no pudo ver nada y no se atrevió á abrir.

La explicación me pareció satisfactoria. Por otra parte, ¿quién podía abrigar sospecha y pensar un instante en establecer correlación alguna entre el abominable crimen y esta fresca muchacha que sollozaba al recordar á su madre adoptiva, revelaba todos los detalles de su pasado y desarrollaba ante nosotros con imperturbable tranquilidad la trama gris de su monótona existencia?

El asesino había saqueado el cuarto. El ropero, la cómoda, el baúl habían sido fracturados: vestidos, ropa blanca y cien objetos menudos yacían en desorden por la alfombra. Sin embargo, en un pequeño cajón de doble fondo de la cómoda, se encontró un testamento ológrafo que instituía á Elena heredera universal. Una sola cláusula descubría el espíritu algo extraviado de la víctima: « Y recomiendo á mi amada Elena que no se separe nunca del medallón en forma de *candado de oro* que llevo en el cuello: allí está mi verdadera fortuna, si ella la sabe encontrar ».

Ese medallón no fué hallado, por más que Elena demostrara vivi-

simo interés por él. Sin duda lo había arrancado el asesino con violencia, pues se notaba en el cuello de la muerta una línea lívida con una ligera escoriación. Tampoco se encontraron valores: el robo, evidentemente, era el único móvil del crimen.

La instrucción no dió más resultados. El matador y probable cómplice del asesino pudo escapar á todas las pesquisas. Pocas semanas después tuve que ausentarme por un par de meses, y á mi vuelta nadie hablaba ya de la sangrienta tragedia, que para todos quedó como un crimen vulgar, perfectamente explicable, si bien para mí era un problema tenebroso cuya solución no había sido descifrada todavía ni al parecer lo sería jamás. Supe vagamente que Elena había anunciado la venta de la casita, pero que mientras tanto vivía en ella con una sirvienta extranjera.

Los múltiples asuntos de mi cargo se sobrepusieron poco á poco á la honda impresión recibida aquella noche, y esta se hallaba casi del todo borrada en mí, cuando resurgió una mañana al leer en un diario el siguiente aviso:

Se ha perdido un candadito de oro labrado, para medallón; representa escaso valor y sólo lo tiene para su dueño por ser un recuerdo de familia. Se pagará mil pesos fuertes á la persona que pueda devolverlo. Dirigirse á Concepción Lisagaray. Poste restante.

Lo insólito del aviso, á pesar de su forma trivial, llamó mi atención. No conocía, por supuesto, el nombre indicado. Pero la suma ofrecida por esa prenda era tan superior á su valor probable, que tuve el instinto de hallarme en la pista de algún misterio. Estuve perplejo y caviloso durante todo ese día, cuando, de repente, un rayo de luz cruzó por mi cerebro: ¡ El candado de oro! ¡ El crimen de la Recoleta!

II

No puedo decir que formé mi plan, pues muy evidente está que necesitaba dirigirme á tientas, ó, mejor dicho, dejarme llevar por los acontecimientos; pero desde ese momento tuve la vaga intuición de estar en la pista de una solución extraordinaria, inesperada, del suceso antes referido. Confieso que al interés profesional se agregaba ahora un vehemente deseo, hecho de curiosidad desinteresada, por descubrir la verdad á toda costa, para mí solo, y sin poner en juego los resortes oficiales. Felizmente, mi amistad personal con un alto empleado del Correo me permitía practicar ciertas averiguaciones sin que interviniera directamente el departamento central de policía, cuyo auxilio reservaba para un caso supremo.

No tenía sino dos jalones, pero bastaban para fijar la dirección que había de llevar: debía desde luego establecer que el aviso del diario había sido publicado por Elena C., bajo el nombre de alguna persona muy allegada; en seguida, descubrir al poseedor de la prenda perdida, si llegaba á presentarse. Era cosa evidente que Elena no creía en un hallazgo fortuito: para ella, como para mí, el actual poseedor del relicario era el ladrón, ó más probablemente un encubridor y cómplice. De todos modos, ahí estaba el nudo de la cuestión. El detalle que más enardecía mi curiosidad era la suma enorme ofrecida por esa prenda. Y entonces la extraña cláusula del testamento de la anciana señora me volvió á la memoria: *allí está mi verdadera fortuna, si la sabe encontrar.*

Entre mis agentes, había un belga, antiguo empleado de la Prefectura de Bruselas, discretísimo y atrevido, — un sabueso capaz de rastrear en el agua. Le dí el encargo de averiguar sigilosamente el método de vida de Elena, procurando descubrir si entre sus amigas había alguna llamada Concepción Lisagaray. El resultado fué mucho más rápido de lo que era dado esperar.

Al día siguiente — recuerdo que era el 24 de diciembre, víspera de Navidad — se presentó temprano á mi despacho mi fiel agente Hymans, y allí, con su flema habitual y admirable economía de palabras, me dijo sencillamente, después de saludarme :

— Elena C. tiene una sirvienta vasca, llamada Concepción Lisagaray ; viven solas, sin visitas. Hace dos meses que Elena está en posesión de su herencia, y desde entonces ha dejado de visitarla su apoderado, el único hombre que pisaba la casa. ¿Qué manda ahora el señor Comisario ?

Conocía á mi hombre : no malgasté el tiempo en felicitaciones. Le ofrecí una taza de café, que rehusó, y un cigarro habano, que aceptó.

— Ahora, díjele, se trata de no perderle pisada á la tal Concepción ó á la misma Elena si saliera. Y cuando una de las dos se dirija al correo ó algún buzón, probablemente al de Cinco Esquinas, me avisa Vd. á escape. Gastos discrecionales.

Se retiró y fuí al correo : tenía, como dije, relación con el jefe de la sección *Poste Restante* y no hubo necesidad de recabar autorización superior.

— ¿Recuerda Vd. haber entregado en estos días alguna carta dirigida á Concepción Lisagaray ?

El empleado no vaciló : la víspera, una mujer, joven aún, vestida como sirvienta y de aspecto extranjero, había retirado una carta, exhibiendo un pasaporte español á su mismo nombre. Tuve un brusco ademán de contrariedad, pero me contuve y agregué :

— Comprenda Vd. de qué se trata... La policía sigue una pista : necesito que si el caso se renueva dé Vd. algún pretexto para retener la carta demorando á la interesada y dándome aviso inmediatamente. Le encargo la discreción.

Me retiré á mi casa, lentamente, absorto en mis reflexiones. Indudablemente había perdido la oportunidad de dar un paso definitivo. Elena había recibido contestación. ¿Quién me respondía de que esa contestación no pusiera punto final á las negociaciones ? Á

estar yo presente, hubiera seguido á la sirvienta, y, de grado ó por fuerza, habría sabido el nombre del corresponsal... Pero no abandonaba la partida; al cabo el famoso candado no iba en la carta, y si se indicaba alguna cita para la devolución, lo sabría por mi agente Hymans.

Me senté á comer, esforzándome para conservar mi calma entera y no excitar mis nervios con inútiles cavilaciones. Pero el *Candado de oro*, como una fórmula de hechizamiento, zumbaba en mis oídos, relumbraba en la pared, me perseguía, me acosaba sin cesar, á manera de esas obsesiones enfermizas de la alucinación.

Eran las ocho y ya me levantaba para salir, cuando Hymans se presentó, deteniéndose en la puerta para esperar mis preguntas. Primero interrogué su fisionomía: estaba fría, impenetrable como siempre.

—¿Nada? grité con ansiedad... Dió un paso hacia adelante: ¡Hay algo!

No pude contener un grito que, lo confieso, daba una pobre idea de mis aptitudes profesionales, en cuanto á dominio propio é impasibilidad.

—Señor, hace una hora que la tal Concepción fué á dejar una carta en el buzón de Cinco Esquinas. Luego...

—Pero ¿cómo no ha procurado Vd. averiguar el nombre, la dirección? ¡Ah! ¡ira de Dios!...

Ya me lanzaba á las recriminaciones, furioso y ciego como el jabalí por entre el monte. Hymans me detuvo con un ademán y pronunció estas palabras con su calma acostumbrada:

—La carta llevaba esta dirección: Señor don Cipriano Vera, calle de la Victoria, número 158...

¡Ah! ¡sangre meridional! me abalancé sobre Hymans, lo abracé, lo arrojé sobre un sofá y tutéandolo por primera vez, le grité con una carcajada: ¡Bien, hijo mio: cuéntamelo todo!

El relato era corto, sobre todo en boca de aquel diablo de flamenco que hubiera despachado en tres minutos la historia del sitio de Troya.

En substancia supe lo siguiente : hacía dos días que el muy bello enamoraba á la sirvienta, prodigándole finos requiebros, acompañamientos al mercado, regalos de confites y otros galanteos de alto estilo. Omito muchos detalles sabrosos y pruebas de su maquiavelismo un tanto primitivo. Lo cierto es que no había tenido mucha dificultad para conseguir su propósito — me refiero al dato buscado. Aquella misma tarde, al saber que Concepción llevaba una carta, se empeñó en ahorrarle el trabajo de echarla al buzón, haciéndolo él mismo con exquisita galantería ; así pudo leer rápidamente la dirección y grabarla en su memoria infalible.

Concluído el interrogatorio y apuntadas las señas que me dictó, cargué cuidadosamente mi revólver de bolsillo, y saliendo con Hymans hasta la puerta de la calle, le despedí con estas palabras :

— Yo voy allá, al Once de Septiembre : siga Vd. en acecho y déme aviso en la Comisaría si algo ocurre ; esperaré hasta las dos... Pero, amigo ¡ cuidado con el fuego ! no vaya á salir cierto el cuento...

— ¡ No hay peligro, señor !

III

Me dirigía resueltamente al Once de Septiembre, ó sea al número 158... de la calle Victoria, que era el de la casa indicada. Así lo había combinado y deliberado de antemano. Llegado que hube á la plaza Lorea, tomé un coche con esa intención. Repentinamente, en el momento de dar las señas al cochero, grité : *calle Larga de la Recoleta!*

Yo creo firmemente que hay en nuestro sér mental una especie de segundo yo instintivo y vergonzante, que habitualmente cede el lugar al primero, — al yo inteligente y responsable que procede por lógica y razón demostrativa. Pero en ciertos instantes, raros para nos-

otros, gente vulgar, y frecuentes para el hombre de genio, el antiguo instinto desheredado, esa como *conscientia spuria*, que diría Schopenhauer, se lanza á la cabeza del batallón de las facultades y manda imperiosamente la maniobra.

Así pensaba yo, mientras el coche me arrastraba hacia el norte de la ciudad. Eran las nueve de la noche, y hasta en los barrios más apartados notábase cierto bullicio é inusitada algazara : recordé que era Noche Buena. Repito que no hubiera podido analizar el móvil exacto de mi cambio de resolución ; pero iba ahora instintivamente á casa de Elena, persuadido, convencido de que allí se iba á decidir la cuestión aquella misma noche.

Despedí el coche en Cinco Esquinas, y continué mi camino á pie. Era una pesada noche de verano ; soplabá una virazón de tormenta que amontonaba ya los nubarrones por el sudeste. Estaba llegando yo á la casa-quinta de Elena, cuando un bulto negro se desprendió de la pared y vino hacia mí. Era Hymans. Nada había ocurrido, pero sabía que Concepción tenía licencia para asistir á la « misa del gallo ». Comprendí al punto que Elena necesitaba estar sola esa noche. Dí mis instrucciones á Hymans, para que en caso de acompañar á la sirvienta se hiciera substituir allí por otro agente de confianza, y llamé á la puerta.

El jardín estaba en tinieblas, y una sola luz se vislumbraba por la bajadas celosías de una habitación. Pasaron algunos segundos, percibí un movimiento seco en la ventana, como si alguien inclinara la celosía para mirar. Volví á llamar con más fuerza, oí un ruido de pasos sordos en la arena, con un *frú-frú* de vestido, y una voz de mujer, á dos pasos de la reja, preguntó con acento vasco : ¿ Quién ha llamado ? — Cipriano Vera, contesté en voz baja.

La puerta se abrió, y entré sin agregar una palabra.

IV

Noté que la sirvienta se quedaba fuera, después de volver á cerrar la puerta, como si empezara su licencia con haber introducido á un visitante esperado en la casa. Al igual del jardín, el pequeño vestíbulo, precedido de unas gradas, estaba en completa obscuridad.

En la ventana de la salita de recibo vagamente alumbrada, se divisaba la silueta negra de una mujer, espiando sin duda mi entrada. Di resueltamente unos veinte pasos por la calle enarenada, y subí la gradería del vestíbulo; entonces, en el marco de luz de la puerta entreabierta, Elena apareció murmurando con una voz que me pareció trémula de emoción :

— ¿ Ya estás aquí, Cipriano ? no te esperaba aún...

Y se adelantó vivamente hacia mí con los brazos abiertos... De repente arrojó un grito de sorpresa y pavor, y dió un paso atrás, en tanto que yo mismo, no menos sorprendido por lo inesperado de la situación, balbuceaba algunas palabras de saludo y confusa disculpa.

Reconocióme al punto, y, con un suspiro de tristeza, entró en la salita donde la seguí. Me senté en una silla muy cerca de ella, de manera que, al ocupar el sofá, Elena recibiese de frente la luz de una lámpara puesta en la mesa central. Parecióme enflaquecida y algo marchita; vestía de luto con severa sencillez, y la larga trenza de oro que yo conocía oscilaba en su espalda con cada movimiento suyo. Quedó un rato silenciosa y con los ojos bajos; yo podía contemplar sin sonrojarla la gracia esbelta de su persona que despedía como un perfume de distinción.

Al fin hablé, buscando los términos menos hirientes para sus oídos de mujer joven y huérfana. Su exclamación reciente acababa de levantar para mí una punta del velo misterioso; pero era tan extraño lo que creía entrever, tal contraste formaba con el aspecto

noble de esta desgracia, que mi voz casi temblaba al interrogarla.

— Usted esperaba á Cipriano Vera ¿no es verdad?

Me contestó con la cabeza y sin alzar la mirada.

— Elena, quisiera persuadirla de que mis palabras nacen de un interés sincero por su situación. — Ese hombre posee una prenda de gran valor para usted. ¿Cómo la tiene? He comprendido que es muy amigo suyo... ¿Por qué necesita usted valerse de la publicidad para recuperarla?

Me contestó, sin que variara su actitud :

— Cipriano tomó la prenda aquí, en la noche del crimen...

Tuve un ligero estremecimiento, y casi sin atreverme á formular mi pensamiento :

— Entonces... ¿ha sido cómplice?

Levantóse bruscamente, juntó las manos y alzando los ojos por vez primera, me miró de frente y exclamó con acento vibrante :

— ¡Cipriano! ¿Ha creído Vd. que él era un asesino?...

Se detuvo; y como sin contestarle seguía mirándola fijamente, comprendió, sin duda, la pregunta delicada que yo callaba; entonces bajó nuevamente los ojos, al tiempo que un tinte rosado subía á sus mejillas pálidas, y murmuró con acento resignado :

— Y bien, sí; la realidad es menos atroz que su sospecha. Cipriano estaba en mi cuarto, esa noche, en esa hora terrible... Voy á confesarle toda la verdad. Tal vez con sonrojarme ante Vd., logre evitar la pública vergüenza...

V

Era la vieja historia, el fresco idilio que remata en drama lastimero, como en el gran poema humano de nuestro siglo. Un día él la vió salir de una iglesia y la siguió. Se cruzaron las miradas, luego se rozaron las manos trémulas después de los primeros saludos, de las

primeras palabras triviales y fingidamente alegres, balbuceadas con todo el corazón estremecido y los labios secos... En fin, como siempre sucede, se amaron antes de conocerse, y cuando se conocieron parecióles que habían nacido para amarse eternamente.

Cipriano vivía con una madre pobre á quien sostenía con su trabajo : era empleado y tenía veintiseis años. Ella, huérfana, y criada sin esos besos maternos que siembran rosas en las mejillas infantiles, crecida como yedra en pared que mira al sud y no conoce al sol, dejóse arrastrar por la pendiente fascinadora. Quiso confiar á sus padres adoptivos la gran aventura que caía en su vida : pero éstos, que eran egoístas y la querían para sí, helaron en sus labios el primer asomo de confesión. Y entonces, fatalmente, sucedió al poema virginal bajo la luz del cielo, el enredo cada día más encubierto de las citas clandestinas, en la plaza desierta, en la reja del jardín, y últimamente, después de la muerte del padre, en el cuarto de la joven... Cuando todas las luces de la casa se apagaban, Cipriano entraba como un ladrón por el jardín oscuro, pues la anciana señora no confiaba ni á su pupila la llave de la puerta ; y una noche el amante furtivo había oído silbar á pocas pulgadas de su cabeza la bala de un revólver. Él era el presunto ladrón á quien la viuda hiciera fuego.

La noche del drama, Cipriano entró como siempre escalando la reja de la calle, y luego dirigióse al cuarto de Elena, rodeando la casa y penetrando al interior por la ventana abierta.

Por centésima vez, se repetían en voz baja las protestas y juramentos de un amor sincero. Cipriano ya tenía el consentimiento de su madre, y no esperaba sino un anunciado y merecido ascenso en su carrera administrativa para realizar al fin su compromiso leal. Elena hablaría clara y honradamente á su madre adoptiva : y si ésta negaba su consentimiento... y bien : al cabo ; Elena tenía veinte años !...

Acábaban de dar las dos en el reloj del comedor ; de repente Elena tuvo un sobresalto ; poniendo su mano en la boca de Cipriano, prestó el oído hacia el cuarto vecino : parecíale que un ruido insólito se

había dejado sentir por el vestíbulo. Así quedó un instante, con la boca abierta y los ojos dilatados, sin percibir otro rumor que el viento en los follajes. El joven, risueño y confiado, la serenaba enlazándola en sus brazos, y volvía á seguir el tierno diálogo, cuando el estridente clamor de la víctima herida retumbó espantosamente en el silencio nocturno. Elena se precipitó hacia dentro, sin reparar en el peligro, mientras Cipriano, saltando por la ventana con revólver en mano, rodeaba la casa para entrar por el frente, como llamado de la calle al grito de auxilio. Al trepar la galería tropezó con un hombre que huía, y junto con el choque sintió un dolor agudo en el hombro izquierdo; hizo fuego á quema ropa y el hombre cayó. Un objeto metálico rodó á los pies de Cipriano que instintivamente lo recogió.

Al colocarlo en su bolsillo, parecióle que su mano estaba mojada como por agua tibia. Entonces comprendió que la tragedia había concluído, y que el mayor peligro para Elena resultaba de su presencia en el sitio; huyó, cubierto de sangre, procurando comprimir la que salía por la herida. Felizmente el frío de la noche contribuyó á contenerla, y pudo tomar un coche que volvía vacío y lo dejó en su casa, casi desmayado...

Todos estos detalles no se supieron sino después. En cuanto á Elena, sola con su madre expirante, tuvo la atroz energía de componer el lugar de la catástrofe, volver á cerrar su ventana, y discurrir de antemano la explicación que pudiese salvar siquiera su honra y la de su cómplice inocente...

VI

Escuché con emoción profunda el relato de Elena. No podía ya dudar de la verdad: su explicación era limpia como sus lágrimas,

convinciente y clara como la luz del sol. Después de concluir había quedado pensativa. Hubo un gran silencio, y sólo entonces reparamos en el viento que arreciaba y los truenos violentos que anunciaban la próxima tempestad.

Una reflexión postrera me asaltó, y dirigíle nuevamente esta pregunta :

—Todo lo veo y comprendo ; pero no se ha encontrado valor alguno en los bolsillos del asesino ; fuera del medallón, no tuvo tiempo de robar nada ¿dónde estará la fortuna de la señora ?

Parecía como que mi voz la despertara de un pesado letargo ; y me contestó después de breve pausa :

—Mi madre, cediendo á su manía, había ocultado sin duda su dinero en un punto de esta casa. Ignoro donde ; pero creo, estoy segura que el candado de oro nos lo revelará. Ahora sé que Cipriano lo tiene. ¡ Cuánto he padecido en estos meses sin explicarme su prolongado silencio, su abandono aparente ! Una carta de él, que recibí ayer, me ha revelado la verdad. Su herida tomó un aspecto alarmante : durante varios días, el médico creyó que el puñal del asesino había atravesado el pulmón. Cuando la herida empezó á cicatrizar después de algunas semanas, no supo sino vagamente los resultados de la instrucción criminal. No podía confiar á extraños sus ansiedades. Temía por mí, recelaba de su madre, quien, ante el escándalo de la causa, me hubiera rechazado para siempre. Además, él mismo juzgó incurable su mal. Á principios de la primavera tuvo un vómito de sangre ; y cuando por orden del médico fué llevado á Mendoza, tuvo la persuasión de que allí iba á morir. Y entonces ¿ para qué causar á la mujer que amaba y que tanto había sufrido por él este dolor supremo ?... Al fin, restablecido, y preparándose para volver, había leído en un diario el aviso de Elena, y le había escrito explicándosele todo y fijándole para esta misma noche su primera entrevista después del largo padecer...

En este momento oyóse llamar con fuerza á la puerta de calle. Nos levantamos á un tiempo : Elena me tomó la mano murmuran-

do : *¡ es Cipriano !*, Y su mirada suplicante me dirigía una muda interrogación :

— Ábrale, Elena, contesté suavemente : llegamos al término.

Salió y volvió pocos momentos después, precediendo á un joven de aspecto enérgico y atrayente. Aunque pálido y delgado todavía, traía en su mirada brillante la revelación del triunfo definitivo de la juventud. Me saludó, escuchó de boca de Elena algunas palabras explicativas, y tomándola de la mano cariñosamente, le dijo con una sonrisa :

— Albricias, Elena : no sólo te traigo el famoso candado sino el secreto que encierra.

Sacó de su bolsillo un medallón de oro y se lo entregó. Era un candadito redondo y liso, de oro bruñido, sin más adorno que una roseta de brillantes en su centro. La prenda valdría unos cincuenta duros, y me parecía incomprensible el alto significado que ambos le daban. Entonces volvió Cipriano á tomarlo en su mano, apoyó tres veces con fuerza en la cabeza central y el candado se abrió como un relicario. Nos aproximamos á la luz, y leímos estas palabras grabadas en la tapa interior :

TRAS DE MI CÓMODA

E. L. E. N. A.

La joven dió un grito de alegría.

— ¡ Ya sé el secreto de la cerradura : son las cinco letras que no podía adivinar !

Rápidamente nos llevó á la pequeña cómoda del dormitorio, retirémosla sin gran trabajo y apareció la puerta de una caja de hierro, incrustada en la pared. De construcción especial, no tenía cerradura visible, sino cinco botones de acero con ancha cabeza giratoria y las letras del alfabeto en contorno.

Hacia una semana que Elena, arreglando lo muebles con la sir-

vienta, había descubierto el singular escondrijo. Pero, desconfiando de toda intervención extraña, había preferido seguir su instinto de mujer, que le señalaba el candado de oro como la clave del enigma.

En efecto, Cipriano colocó las letras en el orden indicado, y con el primer movimiento de tracción, la puerta se abrió. Una enorme cartera de cuero de Rusia ocupaba el único estante de la caja. Contenía cuarenta mil pesos fuertes en billetes de banco.

Un mes después Cipriano y Elena se casaron y fui yo mismo...

— Manda decir el señor comandante que tengan ustedes la bondad de hacer silencio...

Era un atento marinero que interrumpía al narrador engolfado en la preparación de su final. El simpático dictador del *Orénoque*, persuadido de que el fin primordial de las travesías es el bienestar de los comandantes nerviosos, hacía cumplir religiosamente la inviolable consigna.

Enrique M. esperó vanamente una protesta de su auditorio: en sus sillones de hamaca, al resplendor de la luna que derramaba su plata líquida sobre las olas quietas, todos dormían profundamente.

LA MÚSICA EN EL ARTE DE CURAR

Entre los antiguos griegos la palabra « música » se refería á cualquier arte en el cual presidían las musas. Hoy día la palabra está restringida á ese arte especial que emplea los fenómenos del sonido para actuar sobre las sensaciones auditivas del cerebro ; en estas páginas se le dará una significación más comprensiva, y la música será el arte que da vida armónica á las emociones estéticas.

Pocos se atreverán á negar que las emociones estéticas ejercen una influencia muy poderosa sobre el organismo humano, aunque en esta época de ciencia tangible, cuando todo se mide y todo se pesa, el reconocimiento práctico de esta virtud tiende mucho á pasar desapercibido. Sin embargo, la verdad no deja de ser tal por el hecho de estar alejada, más de lo general, de una imperfecta percepción humana. Á lo mejor no poseemos más que un conocimiento muy relativo de cualquier cosa, por más sencilla que ésta sea. El terreno científico sobre el cual diariamente caminamos con pie tan firme, bien pudiera perder algo de su seguridad si, removiendo de nuestros ojos los lentes del hábito tradicional, lo sometiéramos al examen crítico de la filosofía, é inquiriéramos cuál es el valor real de las premisas sobre las que se ha edificado el suntuoso edificio de la ciencia moderna, que, con la majestad de su belleza y no con la solidez de sus cimientos, atrae hoy la admiración

del mundo entero. La falta de precisa exactitud científica no debe entonces ser un obstáculo para penetrar dentro de esferas donde acaso se puedan recoger bálsamos que mitiguen un tanto algunos de los padecimientos de la humanidad.

La música sonora ha sido empleada como agente curativo desde los tiempos más remotos. Se ha sugerido que en épocas prehistóricas la música pasó por tres períodos de desarrollo: *a)* instrumentos de percusión; *b)* instrumentos de viento; *c)* instrumentos de cuerda. Como ejemplo del primero de estos períodos se puede citar el palmoteo de manos y el golpe del pie sobre el suelo que se usan para señalar el ritmo. Era á esta clase de música á la que probablemente pertenecían las antiguas encantaciones egipcias—encantaciones en donde la acentuación rítmica predominaría sobre la variación diapasonal y así sería percibida mejor por el oído inculto.

Según Máspero, los discípulos de Thot tenían control sobre palabras y sonidos, que, emitidos en el momento oportuno y con la « voz correcta », ejercían influencia sobre los dioses para hacer y deshacer á su voluntad. Podemos entonces suponer que también las encantaciones que se encuentran prescritas en los papiros médicos debían ser emitidas con la « voz correcta », y contenían, por consiguiente, un elemento de música. El papiro médico egipcio más antiguo que se conoce fué encontrado en Kahûn, por Petrié, en 1889, y Mr. Griffiths, del Museo británico, ha traducido algunos extractos. Este papiro, que data de 2500 años antes de la era cristiana, contiene una sola encantación médica, y ésta se refiere á la posible fecundidad de una mujer. Pero en el papiro médico de Ebers, en el papiro de Brugsch, y en el papiro médico del Museo británico (todos los cuales datan como mil años después del papiro de Kahûn) se encuentran encantaciones, algunas veces solas, otras acompañadas con recetas de remedios prescritos para el tratamiento de diferentes enfermedades.

Pocos siglos más, y encontramos la música del arpa como agente terapéutico entre los antiguos israelitas. El rey Saúl estaba

« atormentado por un espíritu malo », y sus siervos le dicen « si tú lo mandas, los siervos que tienes aquí delante buscarán un hombre que sepa tañer el arpa, para que cuando te arrebate el espíritu malo la toque con su mano y tengas algún alivio ». Trajeron entonces al arpista David, y « cuando arrebataba á Saúl el espíritu malo, tomaba David el arpa, y tañía con su mano, y Saúl se recobraba y se sentía mejor ».

Los griegos dividían la música en los estilos dórico, frigio, lidio, y eólico, según la influencia que ella ejercía sobre el organismo. Cuando Mecenas, el protector de los literatos latinos, sufría de insomnio, se ensayó curarlo con el canto de pájaros. La virtud terapéutica de la flauta era muy conocida entre los latinos. Aulo Agellio, un escritor nacido en la época de Adriano, habla así del poder curativo de este instrumento musical : « es una creencia muy general que un hombre atacado de ciática sienta que la intensidad de su dolor disminuye insensiblemente, si alguien situado cerca de él extrae de la flauta sonidos suaves y melodiosos ». El mismo autor cita á otro escritor, cuando afirma que « en muchas enfermedades los sonidos de la flauta son un remedio soberano ».

Pero fué en la edad media cuando la música, como agente terapéutico, adquirió grandes proporciones, y Hecker, el célebre historiador médico de esa época, ha descrito con toda minuciosidad esas extraordinarias epidemias de danza, cuando el tratamiento por la música fué usado en gran escala, y con resultados tan brillantes en el éxito como unifomes en la acción.

Las epidemias de danza que agitaron á Europa en la edad media, se supone fueron desarrolladas en un suelo mental, que, debido á las influencias deprimentes de la enorme devastación producida por la peste negra, se había modificado en un sentido favorable á un desequilibrio de los centros nerviosos. Las epidemias tuvieron su origen en Alemania, y se esparcieron por todo el país, propagándose hasta otros países limítrofes. Los atacados, tomándose de las manos, formaban círculos en parajes públicos, y habiendo apa-

rentemente perdido control de sus sentidos, bailaban y continuaban bailando durante horas enteras con delirio desenfrenado, hasta que, completamente exhaustos, caían al suelo. La música tenía el efecto, en estos casos, de desarrollar el ataque con mayor rapidez, y para obtener este resultado y de esa manera evitar mayor prostración á los atacados, las autoridades públicas tenían músicos que acudían á todos los puntos donde apareciera la enfermedad. La música suave calmaba la excitación de los danzantes.

Contemporánea con la epidemia alemana que tomó el nombre de « baile de San Vito », apareció en Italia, á mediados del siglo catorce, otra manía de danza que se llamó el « Tarantismo » y que el vulgo atribuía á la mordedura de una araña. En la forma italiana de la enfermedad, la música primeramente producía ataques extáticos, para después expeler á la melancolía que los sucedía. Muchos tenían la vista ó el oído debilitado, algunos habían perdido el habla, y todos permanecían insensibles á las causas ordinarias de excitación. Pero al sonido de la flauta ó de la cítara despertaban como por encanto, abrían los ojos, y moviéndose al principio con lentitud según el carácter de la música, aceleraban el paso cuando ésta tomaba mayor animación, siguiendo su compás hasta concluir en un baile de asombrosa actividad. Matthioli, citado por Hecker, fué testigo personal de estas escenas, y describe cómo los atacados por la enfermedad, aunque yacieran postrados en cama, al sonido de la música se erguían como si recobraran nueva vida, y, abandonando el lecho, se entregaban al baile durante horas enteras sin fatigarse, hasta que cubiertos por una agradable transpiración, entraban en una deleitosa sensación de laxitud, que por un tiempo, algunas veces hasta un año, los sacaba del estado de abatimiento y opresión en que habían caído.

Era opinión general que la mordedura de la tarántula se podía curar únicamente por medio de la música, y como miles de personas se imaginaban que habían sido víctimas de esa araña, la Italia entera era recorrida, durante los meses de verano, por bandas

de músicos, que de pueblo en pueblo, y de aldea en aldea, practicaban en gran escala la curación de los « tarantati ».

Había variación en la clase de tarantelas que se empleaban. El « Panno rosso » era un estilo de música vivaz y apasionada; el « Panno verde » era adoptado para excitar los sentidos de una manera menos violenta: mientras que el « Spallata » era todo suavidad. Era notable que los atacados no podían soportar el sonido de notas discordantes; y se observó también que los paisanos del campo, ignorantes hasta entonces de los encantos de la armonía, adquirían á este respecto una marcadísima refinación de oído. Todos los estilos no ejercían idéntica influencia sobre los atacados, los que con gestos violentos manifestaban su aversión cuando la música que oían no armonizaba con el temperamento especial de su enfermedad.

Durante los últimos años, el tratamiento médico por medio de la música ha vuelto de nuevo á llamar la atención. En Londres, el canónigo Harford, creyente entusiasta en la eficacia de esta terapéutica, organizó, bajo los auspicios de la orden de Santa Cecilia, bandas de músicos para que acudiesen á los hospitales, que le permitieron entrar, y ejercitar allí el poder benéfico de este arte.

Los resultados obtenidos dejaron ver que en la música se tenía un elemento no despreciable, que podía en casos apropiados ser utilizado con provecho para ciertos enfermos.

En 1892, el doctor Hunter obtuvo permiso de las autoridades del hospital de Helensburgh para colocar un piano en una de las salas con el objeto de estudiar los efectos calmantes y curativos de la música. Varias señoras prestaron generosamente su concurso, y con la ayuda de ellas los enfermos pudieron ser sometidos á la influencia de la música instrumental y vocal, de una clase calculada para apaciguar sus sufrimientos. Como resultado de este experimento, el doctor Hunter, en una carta dirigida al *British Medical Journal*, da el siguiente testimonio: « la cesación, ó á lo menos la disminución de dolor, en muchos casos ha sido muy marcada ». Más adelante, refiriéndose á los efectos en la temperatura, agrega que de diez

enfermos en quienes se comprobó la temperatura, siete fueron beneficiados en el sentido de una baja de ésta. El año pasado, el doctor Beschinsky, médico ruso, asistió á una criatura de tres años que sufría de insomnio, debido á terrores nocturnos. Habiendo en vano usado varios tratamientos para aliviar al enfermito, por último recurrió á la música. Aconsejó á la madre que le tocaran al paciente una pieza de Chopin. El resultado fué inmediato y satisfactorio. Después de cuatro noches de esta medicación musical, el tratamiento fué interrumpido, y el estado de la criatura se reagravó más que antes. Se volvió de nuevo á la música, usándola primeramente cada noche, después cada segunda y al fin cada tercera noche. La criatura entonces sanó completa y permanentemente.

Fournier-Pescay, por medio de la flauta, curó á su propio hijo, que sufría de constante dolor é insomnio. El doctor Bourdois de la Mothe asistía á una señorita que hacía diez y ocho días sufría de una fuerte fiebre. El pulso era filiforme, la cara hipocrática, y las extremidades heladas. Al retirarse del domicilio de la enferma, el doctor Bourdois vió un arpa en otra pieza, y se le ocurrió entonces experimentar el efecto de la música. Se mandó buscar á un arpista, quien, al llegar, tocó durante media hora sin que se sintiera mayor cambio en el estado de la enferma. Se persistió con la música, y diez minutos después la paciente comenzó á respirar mejor, los pies se calentaron, el pulso se hizo más fuerte, sobrevino una hemorragia de las narices y la enferma volvió á hablar, entrando en convalecencia pocos días después. El resultado en este caso podrá haber sido una mera coincidencia, sin embargo veremos que nada de imposible habría en que la música haya sido su causa, cuando más adelante notemos la influencia poderosa que la mente ejerce aun en las enfermedades infecciosas.

Pero no es solamente del lado clínico que se ha estudiado los efectos de la música. Dogiel hizo una serie de experimentos para investigar sus efectos fisiológicos tanto en el sér humano como en diferentes animales. Las siguientes son las conclusiones á que arri-

bó: *a)* la presión sanguínea algunas veces sube, otras baja, estas variaciones dependen de la excitación del nervio auditivo; *b)* la acción de los tonos musicales se manifiesta casi siempre por un aumento en la frecuencia de las contracciones del corazón; *c)* las variaciones en la circulación, consiguientes á los sonidos musicales, coinciden con cambios en la respiración, aunque pueden tener lugar independientemente de ellos; *d)* las variaciones en la presión sanguínea dependen del diapasón del sonido y del color tonal; *e)* en las variaciones de la presión sanguínea, las idiosincracias del individuo, ya sea humano ó animal, ejercen claramente su influencia, y en el caso del hombre, aun su nacionalidad se hace sentir. El profesor Tarchanoff, de San Petersburgo, ha hecho investigaciones importantes, y por medio de un aparato llamado el «ergógrafo», notó que cuando los dedos se fatigaban después de algún trabajo, ó después de haber sido sometidos á excitación eléctrica, recuperaban de nuevo sus fuerzas bajo la influencia de la música. Si ésta, sin embargo, era de carácter triste, la contracción muscular quedaba restringida, y en algunos casos completamente inhibida.

La música actúa sobre el organismo humano de diferentes modos. En el caso de alivio del dolor, este es un estado especial del sensorio que se traduce por el desconsuelo, y es debido á una estimulación especial de origen central ó periférico. La música es también una estimulación especial, que, procediendo de la periferia llega al sensorio, y ahí se traduce por un estado de placer. En el sensorio estos dos estados no pueden existir conjuntamente, y entonces se produce la lucha por la vida, en la que triunfará aquella sensación que esté más ajustada á las condiciones actuales de ese centro. Cuando esta sensación sea la del placer, el dolor desaparece de la escena, pero como las condiciones del sensorio no son exactamente idénticas en dos personas, habrán casos en que la música no podrá desalojar del terreno al dolor.

En el caso del restablecimiento del sueño, el insomnio ha sido sostenido por una estimulación del sensorio, pero produciendo la

música una contraestimulación del mismo centro neutraliza á la primera y deja el campo libre para que el sueño se imponga.

Pero la música indudablemente puede ejercer su influencia sobre el cuerpo, sin la intervención de los más altos centros nerviosos. El soldado, por ejemplo, marcha siempre al compás del tambor, aunque su atención esté completamente distraída con los objetos que encuentra á su paso; y los movimientos del danzante siguen los acordes de la orquesta, cuando todo su cerebro no oye más música que la que le inspira la compañera con quien gira en vueltas terpsicoreanas.

Parecería que el organismo humano participara de esa tendencia á vibrar sincrónicamente con la música, que se encuentra algunas veces en el mundo inanimado. En este último la tendencia suele ser muy marcada. Si se coloca una cuerda musical convenientemente ajustada, y sobre otra igual inmediata se toca su propia nota, la primera entra en simpatía con las vibraciones de la segunda y produce la misma nota. Pero hasta las llamas pueden ser afectadas por la música. Esto fué descubierto hace muchos años, durante un concierto sinfónico, por el profesor Leconte, á quien Tyndall cita en su obra magistral sobre el sonido. Dice Leconte: «poco tiempo después que comenzó la música observé que las luces presentaban pulsaciones que latían con los golpes perceptibles al oído. Este fenómeno fué notable para todos los que estaban en el salón, especialmente cuando se tocaba las notas fuertes del violoncello. Era muy interesante observar con qué perfección hasta los trinos de este instrumento se reflejaban sobre la extensión de la llama. Una persona sorda podía haber visto la armonía, cuando, con el avance de la noche, la disminución en el consumo del gas en la ciudad aumentó la presión y el fenómeno se hizo más notable. Tyndall descubrió después que hasta las columnas de humo y los chorros de agua eran susceptibles de cambiar sus formas por medio de la música, efectuándose los cambios cuando las vibraciones de los primeros entraban en sincronismo con los de la segunda.

Esta tendencia, que se encuentra en varias condiciones del mundo inanimado, á vibrar en consonancia con la música, repetimos que parece también existir en el organismo humano. Hay estados de exaltación psicológica que corresponden á las notas altas de la escala musical, y hay estados de depresión cuyo diapason se encuentra en las notas bajas. Hay enfermedades en que es de suma importancia cambiar el registro en que está vibrando el estado psicológico del paciente, y si este cambio, de cuya realización depende muchas veces la misma existencia de la vida, se puede efectuar aprovechando esta tendencia á vibrar en consonancia con un tono musical dado, qué vasto campo de benéfica utilidad quedará reservado al arte musical cuando, en consorcio con el arte de curar, entrara por la senda del sufrimiento humano, esparciendo el bálsamo de la tranquilidad, ya sea calmando á un espíritu que en delirante excitación gasta sus escasas fuerzas, ya levantando á otro de una postración en que la depresión roe su vitalidad. Pero la acción más fértil que tendrá la música en su aplicación al tratamiento de las enfermedades será cuando sea dirigida á expulsar á éstas retemplando el ánimo del enfermo, contribuyendo á sostener ese bienestar de la mente que, como veremos más adelante, es el gran factor con quien tienen que contar los enemigos de la salud antes de penetrar dentro del cuerpo humano y apoderarse de él.

Pero no es la música sonora la única que puede ejercer influencia sobre las emociones estéticas, y, dándoles vida armónica, ser empleada como agente terapéutico. Si las bellezas del sonido encantan al sentimiento, la poesía de la visión apela fuertemente á la imaginación. En las epidemias de danza de la edad media, la influencia ejercida por el color fué muy manifiesta. En Alemania los que eran atacados por la danza de San Vito se enfurecían de tal manera á la vista del color rojo, que las autoridades prohibieron en parajes públicos el uso de este color en el vestido. En Italia la influencia del color fué también marcada, pero contrariamente á lo

que sucedía en Alemania, los italianos generalmente preferían el rojo. Algunos, sin embargo, gustaban más el amarillo, otros el negro, mientras que algunos deliraban con el verde. El carácter excitable de los italianos los hacía presa de la influencia del colorido. Hecker relata cómo los atacados, á la vista de su color favorito, corrían hacia él como animales enfurecidos, lo devoraban con ojos ansiosos, lo besaban y lo acariciaban de todas maneras, y gradualmente, entregándose á emociones más suaves, adoptaban la expresión lánguida de enamorados, mientras que con los ojos llenos de lágrimas besaban apasionadamente el pañuelo ó cualquier otro objeto que llevase el color deseado. En una ocasión el cardenal Cayetano visitaba el monasterio de Tarentum cuando uno de los capuchinos estaba atacado de la enfermedad. El cuello rojo de la capa del cardenal dominó por completo al monje, quien, no pudiendo lanzarse sobre el color que lo fascinaba, debido á la intervención de los que estaban á su lado, sufría intensamente, hasta que desmayado cayó al suelo. El cardenal, compadeciéndose del estado lastimoso del monje, le entregó su capa, y entonces éste tomándola y oprimiéndola contra su seno, comenzó á bailar con el mayor frenesí. Los italianos, como los alemanes, se encolerizaban violentamente en presencia de colores que les inspiraban aversión.

El año pasado se ha hecho una tentativa de traducir la música sonora á música de color. Un artista, Mr. Remington, construyó un aparato que llamó el «órgano de color», por medio del cual se aplicaba al color cualidades, tal como el ritmo y variedad de combinaciones, que antes se asociaban solamente á la música sonora. El órgano tenía un teclado, y cada nota su respectivo color, el que era reflejado sobre un lienzo cada vez que la nota era tocada. El espectro ordinario estaba representado por una octava. Con este órgano se interpretó, en colores, música de Chopin y de Wagner, que produjo sensaciones agradables en los que presenciaron el espectáculo.

Sin duda, con el tiempo, se perfeccionarán los instrumentos des-

tinados á la música del color, y se aumentará la capacidad artística para poder apreciarla en las sutilezas de su evolución, pero nunca será necesario llegar á un alto grado de cultura artística para poder recibir los beneficios que la música del color, en sus simples manifestaciones, prodiga á los enfermos. La influencia que la belleza del color y de las formas ejerce en el ánimo del enfermo es materia de diaria observación. Si á un convaleciente, con apetito débil, se le sienta á una mesa arreglada en desorden y con mal gusto, este enfermo no comerá. Pero llévase al mismo paciente á otra pieza donde un ramo de flores, destacándose en relieve sobre el alegre color blanco del mantel, haga juego con una disposición artística de los objetos de mesa, y el apetito de este enfermo se estimulará. Después de una prolongada fiebre, el enfermo escapa de la tormenta con sus fuerzas extenuadas á causa de la lucha que ha sostenido para salvarse del naufragio, y durante la convalecencia la oscilación de la balanza puede fácilmente permitir que ésta se incline del lado opuesto á la vida. Es entonces muy importante que en este estado la condición mental del paciente sea favorable á la recuperación del vigor que el organismo haya perdido. Para llegar á este bienestar psicológico, la armonía cromática y de las formas, actuando sobre las emociones estéticas, puede coadyuvar en gran manera. Es de observarse aquí que la asociación de la alegría con ciertos colores y de la tristeza con otros no tiene relación con la posición respectiva que cada color ocupa en la escala cromática. Por ejemplo, la nota más baja de esta escala, es decir la que para ser percibida por el cerebro produce el menor número de vibraciones por segundo, es el rojo, y este color no está asociado con la tristeza; tampoco el violeta, que es la nota más alta de la escala cromática, está asociado con la alegría. En las epidemias de la edad media los mismos colores no siempre producían los mismos efectos de alegría ó de aversión. En el valor terapéutico de los colores, la tonalidad de éstos no puede referirse entonces á sus posiciones en la escala cromática, sino á las que respectivamente ocupan, por

razón de tradición ó asociación, en la mente de diferentes razas, naciones, y hasta individuos.

Buscando el bienestar psicológico del enfermo, no es prudente interrumpir bruscamente la nota baja en que esté vibrando su temperamento con exceso de colores alegres y plenitud de luz solar, sino más bien acercarse al principio suavemente á su diapason, para después, con rapidez si se quiere, guiarlo á los tonos más altos. El color sombrío que adquieren los objetos del aposento con la escasa penetración de luz podrá convenir á un enfermo en quien la excitación visual fatiga un cerebro que necesita todo descanso, pero á medida que la mente puede con impunidad asociarse con el mundo externo, los colores de las flores y la mayor penetración de luz solar alegran y estimulan el ánimo hasta que llega la hora en que el convaleciente se dirige al campo, y entonces, bañándose su espíritu en excelso colorido, cuando á sus pies se extiende hacia el horizonte el alegre verde del follaje campestre, y sobre su cabeza se dilata el hermoso celeste de la cúpula del firmamento, las emociones estéticas despiertan á una vida activa, y desalojando del cerebro el recuerdo del reciente pasado que deprimía el ánimo, lo reemplaza con una estimulación sana que, vigorizando el espíritu, retempla todo el organismo.

La sensación del tacto es otro camino por donde se puede llegar á estimular las emociones estéticas. Una criatura que, vibrando en nota alta, está presa de la ira, puede ser calmada cuando con suavidad y bajo ritmo se le pasa la mano sobre el cuerpo, especialmente la cabeza. Son los nervios sensitivos del cutis de la cabeza los que parecen estar en más íntima relación con el cerebro. Cuando una persona hace esfuerzos por recordarse de cualquiera cosa, instintivamente se toca rápidamente la cabeza, y es sobre esta parte del cuerpo donde la frotación rítmica es más poderosa para producir el sueño. La experiencia de los peluqueros demuestra que en muchos casos el tacto rítmico del peine y las tijeras en el acto de cortar el pelo deja dormido al cliente, y hay personas que para entregarse

al sueño se hacen frotar suavemente la cabeza. El masaje por percusión rítmica es un remedio antiguo de los chinos para el alivio de ciertos dolores; y no hace mucho, simultáneamente en Londres y en París, dos diferentes médicos hicieron construir un aparato llamado el « percuteur », y en el cual por medio de la electricidad se producía el movimiento rítmico de un martillito de marfil. El alivio de un dolor agudo se encontraba con una lenta percusión del martillo, y de un dolor pesado con una rápida percusión del mismo. Para hacer dormir á una criatura, la madre que la tiene en su regazo á menudo canta mentalmente, guardando el compás con un suave palmeteo sobre el cuerpo de su hijo. Como en la infancia de la humanidad era la audición de una percusión rítmica la gran música, la que apelaba el escaso desarrollo de las emociones estéticas, así en las pequeñas criaturas el tacto de percusión rítmica en forma de palmeteo es una música que influye poderosamente sobre sus cerebros embrionarios.

La sensación del olfato no es del todo despreciable como medio de despertar la música estética. Por mucho que hoy se aprecie la poesía de los perfumes, parece que fué en la aurora de la civilización cuando ella ejercía mayor dominio sobre la humanidad, á lo menos sobre el bello sexo. Así, en lo que se ha llamado « el libro más antiguo del mundo » — un papiro egipcio que contiene los proverbios de Ptahhotpû, que vivió bajo la quinta dinastía, es decir como seis mil años atrás — en este libro, Ptahhotpû, entre los consejos que da al hombre casado, le recomienda que á su consorte le regale perfumes, porque éstos, con sus vestidos, constituyen el « gozo de su vida ». En la antiquísima civilización de las márgenes del Eufrates se daba tal importancia á la música de la fragancia, que se consideraba indispensable que su fruición traspasase las fronteras de la muerte, y así en las tumbas de las jóvenes caldeas al depositar los objetos que en otra vida debían proporcionar gozo al alma que abandonaba este mundo, las manos piadosas nunca olvidaban el tributo de un frasco de perfume.

Elementos que pueden excitar tan vivamente las emociones estéticas tienen que ocupar un puesto no humilde en la terapéutica de los enfermos. En la corte del Japón se acostumbra divertirse con un entretenimiento que requiere una cultura muy fina del olfato. Uno presenta un objeto cuya fragancia es debida á una combinación de perfumes, y los otros tienen que analizar esa fragancia adivinando cuáles son los elementos que la componen. No es necesario poseer tan fina cultura para poder recibir los beneficios de los perfumes en ciertas enfermedades, como lo demuestra el gran consuelo que algunos atacados de fiebre sienten cuando respiran un pañuelo que ha sido mojado con agua perfumada. — Hay perfumes que afectan especialmente á ciertos órganos, como el de la voz, y esto es conocido por algunos artistas que en sus celos han hecho llegar á manos de su rival, en momentos en que ésta se preparaba á cantar, un ramo de flores cuyos perfumes estaban destinados á debilitar la fuerza de su canto.

Es sabido que la presencia de un ramo de flores en un dormitorio durante toda la noche puede producir dolores de cabeza, ú otras sensaciones desagradables. Aunque sin duda habrá flores que obren perniciosamente sobre el cerebro, es probable que esas sensaciones desagradables sean generalmente debidas á la continua estimulación de los perfumes. Lo mismo que una luz ó un sonido intenso, aplicado durante horas enteras, fatiga y perjudica á la cabeza, de igual manera un perfume fuerte, si es demasiado prolongado, cansa y fastidia el cerebro. La música de los perfumes, como otras músicas de sensación, para ser benéfica, debe ser intermitente en su aplicación.

En cuanto á la música del paladar, su sola mención basta para darse cuenta de la importancia que tiene en el tratamiento de los enfermos. De gran utilidad sería que entre nosotros se adoptase la costumbre inglesa, de dar conferencias á las señoras, enseñándoles con la práctica, cómo se puede estimular el paladar de los enfermos.

Y ahora llegamos á la consideración de la música que tiene el más alto rango, dentro de la cual caben todas las que acabamos de mencionar, y que para darle amplia expresión llamaremos la música del alma — ese contentamiento mental que influye tan poderosamente sobre todas las enfermedades. El órgano de la mente está vinculado á todas las partes del cuerpo, y ejerce una influencia directa sobre todos los procesos que en éste tienen lugar. Mientras la mente se mantiene sana y fuerte, el cuerpo entero, aun en sus partes más recónditas, recibe continuamente los beneficios de su acción protectora, pero cuando, por causas psíquicas ó enfermedad física, decae en su vigor, sus vínculos con el cuerpo se relajan, y queda á merced de los enemigos de su salud. El explorador africano Sir Samuel Baker relata que en ciertas partes de ese continente donde existe el paludismo, el viajero que por cualquiera causa esté deprimido en su mente, está seguro de caer enfermo con la fiebre. Lo mismo sucede en las grandes epidemias — los que están deprimidos en su mente por el miedo son los que se enferman con más facilidad, y ofrecen menor resistencia al ataque. Según el doctor Clouston — distinguido alienista — dos terceras partes de los idiotas y la tercera parte de los peores dementes en Escocia, mueren de tuberculosis. En todos estos casos, la mente, privada de sus fuerzas, ya sea porque causas psíquicas como el miedo la hayan deprimido en su vigor, ya sea porque su órgano se encuentre lesionado orgánicamente, como en el ejemplo de los idiotas, no puede seguir dispensando su protección ordinaria al cuerpo, y éste queda en gran parte librado á su suerte. Es una ciudad fortificada que ha perdido su general, y mientras antes los millares de enemigos que la asaltaban quedaban tendidos bajo sus murallas, ahora, sin cabeza dirigente, no resiste más al ataque, y los ejércitos de microbios ya sean del paludismo, de la fiebre amarilla, ó de la tuberculosis, penetran victoriosamente dentro del cuerpo humano y se apoderan de él.

Pero es en la noche cuando mayormente se manifiesta la ausen-

cia de la acción protectora de la mente. En esas horas, la poderosa luz solar que es el conjunto de toda la escala cromática, se ha escondido detrás del horizonte, y por el camino de la sensación visual solamente transitan las débiles vibraciones de luces artificiales; el silencio ha reemplazado al bullicio general, y el camino de la sensación sonora queda completamente desierto. La mente, privada de la estimulación que le da su contacto físico con el mundo externo, privada de esa mayor estimulación que le da el roce espiritual con sus congéneres, se recoge dentro de sí misma, se deprime, y en su depresión se relajan los vínculos que la ligan con los diferentes órganos del cuerpo. Y es entonces, en esas horas, cuando los dolores son más acerbos, cuando las fiebres adquieren mayor intensidad, cuando todos los padecimientos del cuerpo atacan con mayor crueldad, hasta que llegando la víspera de la madrugada, en que las fuerzas vitales del organismo se encuentran en su mayor reflujo, entra la muerte para acarrear el mayor número de sus víctimas.

Pero si está comprobado que la depresión de la mente abandona el cuerpo á los enemigos de su salud, es también cierto que las excitaciones especiales del ánimo pueden llegar hasta á expulsar enfermedades del organismo, como lo demuestran esos casos históricos en que el escorbuto que había atacado á una escuadra ha desaparecido con la intensa alegría producida en el espíritu de la tripulación ante la perspectiva inmediata de entrar en combate naval.

Una mente sana y fuerte es un espíritu que si bien no está necesariamente alegre, posee á lo menos un contentamiento y bienestar incompatibles con la existencia de impresiones deprimentes. Cuando llega la hora de la enfermedad, los sufrimientos físicos y las penas psíquicas conspiran juntos para minar su vigor, y es aquí en donde la alta terapéutica mental, por medio de la música, tiene su gran aplicación. Á los sufrimientos físicos hay que oponer las músicas de las diferentes sensaciones, para, si es posible, cambiar las vibracio-

nes del dolor por las del placer, y á las penas psíquicas la música del alma — esa más alta evolución de la emoción estética que sólo despierta al llamamiento de la simpatía y el cariño en la hora de la aflicción, y al sentimiento religioso en el caso de los creyentes.

Es necesario crear para cada enfermo un clima psicológico en que la mente se mantenga lo más ilesa posible durante la evolución de la enfermedad, para que de esa manera pueda dispensar el máximo de su protección á los diferentes órganos del cuerpo. Este clima no puede ser otro que la estética musical, usando la palabra en su más amplia significación. No todos están constituidos con idénticas fibras, ni tampoco han recibido la misma educación, por eso la clase de música que en unos toca la cuerda sensible del corazón, para otros pasará completamente desapercibida. La poesía de un precioso paisaje de campo podrá en vano golpear á las puertas del sentimiento en uno que desea quitarse la vida, cuando los acordes de una melodía que desentierra de la memoria los recuerdos de un feliz pasado podrá ser eficaz para destruir la tendencia mórbida del suicida. Nosotros conocemos el caso de un señor que sufría una pasajera aberración mental, debida á una intensa preocupación de su espíritu en una cuestión que lo afligía. Una noche este señor pidió á su hija que tocara el piano, y mientras ella hacía llegar á sus oídos las notas solemnes de una pieza sagrada, los ojos del enfermo se llenaron de lágrimas, lloró amargamente, y volvió á su razón. Aunque en este caso no había ninguna tendencia al suicidio, la patología del estado mental es tan similar á muchas de esas aberraciones pasajeras que concluyen con la destrucción de la vida, que creemos que una medicación igual en estos últimos casos podría, muchas veces, dar idénticos resultados.

El clima psicológico en que conviene tener á un enfermo, repetimos, debe ser el de la estética musical, donde todo contribuye á dar alegría al espíritu. Los elementos de este clima son las músi-

cas físicas, y sobre todo la música psíquica. La terapéutica farmacológica no perderá nada en el tratamiento de las enfermedades cuando á su lado coadyuve la terapéutica mental por medio de la música. Muy al contrario, esta última, al mantener vivo el vigor de la mente, que todo influye en la acción de los remedios, será su más poderoso auxiliar.

DIEGO T. R. DÁVISON.

EN LA CAVERNA DE MAMMOTH

En la tierra de Kentucky, recorriendo el ferrocarril de Louisville y Nashville, á pocas horas de la primera de las ciudades nombradas, se encuentra la célebre Caverna de Mammoth que ampliamente se extiende debajo de fértiles praderas dedicadas á la explotación agrícola y pastoril. Apartándose de la línea principal en Glasgow Junction, un ramal de nueve millas conduce directamente á su entrada. Junto á ella, y en un sitio por lo demás casi desierto, se eleva la construcción de un hotel espacioso y confortable cuyo único objeto es albergar á los numerosos viajeros que acuden á visitar aquel fenómeno geológico.

Descubierta casualmente por un cazador en los comienzos de este siglo, el interés por la Caverna ha ido creciendo constantemente, avivado por móviles industriales, científicos ó de simple curiosidad. Fué utilizada primeramente durante la guerra con Inglaterra, en 1812, para la fabricación de pólvora, aprovechando los abundantes yacimientos de nitro que encierra en su seno. Sabía además por lecturas y referencias que era la más grande de las cavernas conocidas, abierta en el terreno de piedra calcárea carbonífera del Kentucky y estudiada especialmente por el geólogo Shaler, quien calculaba el desarrollo de las galerías subterráneas en una extensión mínima de cien mil millas. Sabía también que la contemplación de esa maravilla natural tenía la virtud de despertar ideas extravagantes y ro-

mánticas. Del género de las primeras fué la formación de una colonia compuesta de doce físicos en último grado que buscando, prolongar sus vidas, se instalaron en casas de piedra, que aún se conservan evocando su fúnebre memoria. Murieron uno á uno, hasta que los tres últimos que quedaban fueron llevados al hotel vecino y con la luz del cielo vieron la última esperanza. Otro recuerdo menos triste fué el de una pareja de enamorados que celebraron su matrimonio bajo las grandes estalactitas que, en memoria de aquel hecho, se designaron con el nombre de *Bridal Altar* ó altar nupcial.

La fama de aquel mundo subterráneo me llevó hacia él en mi gira por los Estados, y, debo confesarlo, más bien por llenar el delicioso deber que se impone el viajero de andar, andar siempre y no llegar jamás. Puede decirse que todo lo que contemplamos es indiferente ó ya visto, tierras, bosques, mares, paisajes cuyo encanto no está en ellos sino en la placidez de nuestro espíritu y en el contento de nuestro corazón.

Pero visitando la maravillosa caverna de Mammoth, he experimentado una de las impresiones más extrañas de mi vida y á cuya intensidad no alcanza ninguna de las producidas hasta hoy en mí por la contemplación de otros espectáculos de la naturaleza. Digo extraña, porque no sabría clasificar de otra manera aquel conjunto de cansancio físico, de fantasías de enfermo, de ímpetus de osadía y decaimientos súbitos, de pensamientos sin precisión y divergentes que se confunden á lo lejos, en una inmensidad vacía, lóbrega y muda.

No fueron las altas bóvedas, las majestuosas galerías, los extensos arenales, los ríos, las figuras fantásticas talladas en la roca dura por la acción de los años y las aguas, — todos denominados con nombres naturalmente evocados de la poesía y la leyenda, — los que más me impresionaron, sino que, viéndolos, me parecía palpar la infinita pequeñez del hombre en la naturaleza, la impotencia y obscuridad de su ciencia y sentía nacer la duda dentro de mí con más vigor que nunca, la duda viril, audaz y redentora.

De las ciento setenta y cinco millas, hasta hoy exploradas, he recorrido veinte y ocho con mis pies, respirando una atmósfera deliciosa y muchos miriámetros y edades remotas con mi pensamiento, siempre envuelto en una densa obscuridad. Iba solo,— no cuento el guía, que es una simple herramienta en la excursión — iluminando mis pasos con la pálida y vacilante luz de una lámpara de aceite y á poco andar comencé á soñar y pensé que bien podrían grabarse sobre la entrada las sublimes palabras escritas con letras negras que Dante encontró sobre la puerta del Infierno :

*Per me si va nella città dolente,
Per me si va nell' eterno dolore,
Per me si va tra la perduta gente.*

Porque, realmente, aquellas galerías parecían conducir en derecha al eterno dolor de lo desconocido, que, como una sombra, cubre toda la existencia. Hacia él nos arrastra el impulso vigoroso de la vida é intentamos investigarlo y curarlo, sin conseguir otra cosa que revolver la herida y aumentar el quebranto y, finalmente, sacar la convicción de que es trabajo sin recompensa el de romper el caracol para ver cómo se produce el ruido. De las tentativas para aliviar ese dolor eterno, han nacido todas las fábulas, todas las mitologías y cosmogonías, todas las religiones que han aparecido y aparecerán sobre la vieja tierra.

Figurábaseme que tenía una de aquellas soberbias visiones que se aparecieron sobre las montañas del Harz al genio de Goethe, en su sueño de la noche de Walpurgis. Entonces comprendí cómo el inmortal poeta florentino pudo dar forma, animar y vestir los inmóviles peñascos de una caverna, proyectando sobre ellos la luz de su genio; despertando espíritus dormidos; viendo en el fondo de un hoyo abrupto al desesperado Ugolino con los cabellos erizados y las facciones descompuestas por el dolor y la ira, royendo como un perro famélico *il fero pasto* del cráneo de Ruggero; inspirándose del

Bridal Altar, por ejemplo, para escribir el tierno y sangriento idilio de Paolo y Francesca, henchido de lágrimas y suspiros; poblando la soledad obscura y silenciosa con las imágenes de sus enemigos, papas y héroes de la vengativa edad media italiana y — para concluir en donde Dante empieza, — con las almas de aquellos hombres que no fueron tales y, durante su paso por la vida, no merecieron alabanza ni vituperio.

Cuando el guía se alejó y extingui mi luz para gozar el espectáculo del firmamento que una curiosísima ilusión óptica reproduce en lo alto de la Cámara Estrellada, — despertando la sospecha de si el que vemos cada noche es más ó menos real que el de la caverna — sentí la sensación de una oscuridad y silencio absolutos. Aquello era la muerte, ó mejor dicho, era la nada. Escuchaba distintamente los isócronos latidos de mi propio corazón y pensé en aquel momento, que esa única manifestación de movimiento y vida era algo perfectamente inútil, una desarmonía en el mundo subterráneo.

Hollé las riberas del río del Eco donde mi voz ó las detonaciones del revólver eran repetidas por los ecos de aquellas bóvedas hondas, con una intensidad prolongada que se desvanecía gradualmente hasta morir. La primera recordaba el murmullo de una multitud, las segundas la descarga de muchos cañones, y cuando gritaba de una manera salvaje, se producía un ruido ensordecedor que parecía la carrera furiosa de un escuadrón alado.

Dentro de la caverna también ruedan silenciosas las aguas del Leteo y pensé que, aunque hubiera podido beberlas porque estaban al alcance de mis labios, era mejor abstenerse. ¿Quién busca el olvido? Una vida sin alegres y tristes, dulces y amargas, suaves y punzantes memorias es como un árbol sin hojas. Olvidar es morir. Los recuerdos son vida porque son la conciencia de un instante sin duración que fluye y traza la línea de la existencia, como un punto sin extensión que fluye es la línea matemática, definida bellamente por Platón.

Como me hallaba en pleno reinado de la fábula, cuando me

aproximé á la Estigia y me embarqué en el pequeño bote que la navega, el guía con su remo evocaba la imagen del viejo Caronte, ocupado en transportar á la otra orilla, la maldita prole de Adán.

Pero todo no era muerte y fantasía en aquella mansión de la noche. Allí también la vida existe, la vida animal, la vida nuestra, distinción, necesaria, ya que tanto nos cuesta creer que el agua, la tierra, el fuego y la piedra también viven y palpitan. Las aguas subterráneas están habitadas por pequeños seres que desde infinidad de generaciones no han visto la luz solar. Son pescados provenientes de especies remotas que, probablemente modificadas en distinta dirección y medio, tienen otros descendientes en las aguas de la superficie terrestre, presunción que principalmente salta á la vista observando uno que tiene la misma forma de la langosta marina. Todos son blancos porque no llega hasta ellos la luz, que viste todás las cosas criadas con brillantes colores, y expuestos á su acción, inmediatamente la sangre se enrojece y el animal muere; ni tienen ojos porque es un órgano de todo punto innecesario en aquella eterna noche.

¡Si esos pequeños animales pudieran comunicarnos la manera cómo encuentran su alimento, y sus ideas acerca de la belleza que seguramente determina sus amores! ¿Cuántos miles de miles de años han debido transcurrir para que se efectúe la enorme disminución de su tamaño primitivo y para que un sentido tan importante como la vista desaparezca por completo? Tantos como las edades que han sido necesarias para formar las grandes estalactitas y estalagmitas que hay en la caverna, siendo el único agente la gota de agua *saepe cadendo*.

Hay dos especies ó variedades, el pescado sin ojos, *eyeless fish*, y el ciego, *blind fish*. El pescado ciego conserva todavía en su cabeza dos puntos negros casi imperceptibles que indican á las claras el sitio que ocupó el órgano visual actualmente atrofiado y cubierto por la piel. Podría decirse de él que es un pescado *tory*, cabeza dura, amante y conservador de las tradiciones de su raza.

Conserva vestigios de sus ojos, no obstante que nada ve con ellos, aunque se le exponga á la luz, como Inglaterra observa religiosamente todas las formas atrasadas del feudalismo, siendo la nación más poderosa y libre de la tierra. El pescado ciego es gladstoniano, *home ruler*, un pescado que siempre avanza. Olvida el pasado con razón, y, pensando que los ojos son del todo inútiles en el mundo de obscuridad que habita, los ha arrojado de sí como un caminante fatigado deja junto al sendero todo peso inútil para mejor aprovechar sus fuerzas.

Donde quiera que lanzemos la mirada se encuentran los dos partidos que se equilibran, como en la humanidad. Si nos fuera posible estudiar al hombre, confinado por edades en un estrecho recinto de aislamiento, semejante á aquel en que se encuentran los pescados de Mammoth, veríamos que así como éstos son las criaturas más perfectas que pueden existir en el medio de obscuridad que habitan, así sucede con el hombre, teniendo en cuenta el mundo aparentemente superficial en que existe, y que la enfermedad, la deformidad, la fealdad y el crimen no son sino escoria y desperdicio que deja el trabajo constante de la naturaleza. Ciertamente que en nuestro estado intelectual podemos determinar lo que constituye la escoria en la especie humana, considerando la diferencia inconmensurable que resalta entre el cerebro de Platón ó de Aristóteles y el de un fueguino; pero en los otros animales nos hemos de limitar á presumirla. Escollamos, si intentamos determinar esa diferencia entre una misma especie, en los grupos que ocupan diversas latitudes y aun mucho más si tratamos de fijarla entre los individuos de las que se desarrollan dentro de nuestro horizonte de observación. En este punto debemos someternos á este dilema : ó las especies animales cuentan con organizadores ó inteligencias superiores que se levantan hasta asumir la dirección de sus compañeros, en cuyo caso existe una desigualdad como la antes apuntada, ó no los tienen y entonces son superiores al hombre, pues han alcanzado el ideal á que éste ardientemente aspira : una organización social basada en la

igualdad más perfecta en que no sea necesaria la coerción para obtener el respeto al derecho ajeno, y, abreviando, en que cada asociado sea un estadista.

Vulgaridad es, mas por eso no es menos cierto que el fin del hombre es vivir. Todas las tentativas hechas para explicar, concretar ó asir esta generalidad que llamamos vida, han fracasado porque, en realidad, somos matracas encargados de transformar una parte de la materia eterna y con digerir cumplimos nuestro destino. Toda la poesía, todos los sueños no son bastantes para conmover esta verdad, desde que las manifestaciones de actividad que reputamos más espirituales solamente son productos de esta química. Así, de nada vale que tomemos grandes aires y apreciemos subidamente nuestra superioridad y libertad en la naturaleza.

Una máquina de vapor, cuando tiene presión suficiente, vive y se mueve; declina ó muere cuando la presión disminuye ó en absoluto falta, y de un modo semejante el hombre vive y experimenta la sensación de su sér, mientras hierve en sus arterias el torbellino de la sangre, entre el nacimiento y la muerte. Pero, bien mirado, solamente es producto de una fuerza desconocida, determinante y fatal. Su albedrío es como la falta de precisión en el ajuste de las piezas de una máquina que ocasiona ruidos, trepidaciones y desviaciones de mayor ó menor amplitud que no le impiden rendir su trabajo útil. Las pulsaciones del vapor en los cilindros, que gráficamente describe el dinamómetro, están trazadas de tal modo que no se encuentran dos curvas iguales, ni se repiten las mismas series en dos ocasiones en que se efectúe un trabajo equivalente. Así también es nuestra libertad en la vida. Somos efectos de un impulso vigoroso y las determinaciones de nuestro albedrío son permitidas dentro de un campo de trepidaciones, fuera del cual correríamos á nuestra segura destrucción. Dase á la máquina nueva vida volviendo á encender sus hornallas y en el hombre se renueva por medio de la reproducción que es la genuina inmortalidad, puesta solamente en música en el diálogo de Phedon y Echebrates.

Hay diferencia entre la máquina hecha por el hombre, imitando su propio organismo y su artífice, en que el funcionamiento de la primera tiene una duración limitada por el desgaste que podemos ver ó calcular, y no podemos computar la duración de la humanidad. De que no la veamos ó no la presumamos no se deduce que no exista.

No alcanzo á concebir que haya aumentado ó disminuído en el transcurso de edades y milenios un solo átomo de materia ó un milígramo de fuerza. El golpe que ahora doy sobre mi mesa es el efecto de una fuerza flotante desde siempre, cuya dirección desvíó y modifiqué, y mi impulso perdurará por siempre, alterado á su turno pero no destruído. Como en el caso de la polea, está dentro de la desviación y juego permitidos á pesar de los cuales cumplo mi destino y no puedo impedir que lo cumplan los demás.

La vida animal es una enorme mole arrojada á un estanque inmenso. Levanta ondas concéntricas que caminan, se dilatan y extienden en todas direcciones; violentas al principio, suaves y tenues después y aunque las veamos confundirse en el horizonte remoto, conservando los mismos atributos con que las vimos nacer, no hemos de deducir que no se modifiquen porque no podamos precisar en qué forma lo harán. Las hemos visto disminuir en violencia, otros las verán transformarse y perecer. Las verán no ya como las últimas consecuencias de una fuerza, sino que cada una de las ondas murientes producirá á su vez una nueva serie de círculos. Aquel que las contemple ó las viva no podrá compararlas con las precedentes, porque quien tal intento estará bien lejos de sentir el yo de la época á que pertenecieron. Y si no ¿qué sabemos nosotros— fuera de la estructura—del hombre que habitó el terreno cuaternario, del de las cavernas, ó de las otras especies que han sido nuestros predecesores ó comparten en la actualidad el planeta con nosotros? Siempre la vanidad humana, que hizo exclamar á Fausto en el inmortal poema : « Espíritu activo que vagas en el vasto mundo ¡ cuán cerca me siento de tí! » encontrará la profunda respuesta de Goethe : « eres semejante al espíritu que concibes, no á mí ».

La vida que llamamos orgánica es tan fluida y escurridiza como los gases, como los líquidos ó los cuerpos que juzgamos ser menos duros y consistentes. Si encerramos en el puño una porción de masilla fresca, y gradualmente la sometemos á una presión, llegará un momento en que aparezca á través de las rendijas que presente la mano, tomando la forma más adaptable para su escape. Si vertemos agua dentro de un tubo retorcido se adaptará cariñosamente á su forma caprichosa. El tubo puede estar previamente enrojecido por el fuego y entonces el agua, al ser vertida, no resiste al medio y se evapora y desvanece, aunque no se destruye por completo; pero no sucederá lo mismo si lo que derramamos es un metal en fusión por la misma razón inversa que un tísico vive más fácilmente en Ceilan que en Islandia.

Son las circunstancias del medio, que en la mayoría de los casos la inteligencia no puede computar exactamente, las que han determinado la radiación de la vida aborígen, hasta dar por resultado la infinita variedad de animales y plantas y llegar á la formación de las especies y familias actuales. Y dentro de las especies, son las cualidades de resistencia, en los individuos, las que determinan su supervivencia ó transformación gradual, dando lugar á un proceso de eliminación ó desviación de todo lo que es débil ó inepto. Por lo menos debe admitirse que esta deducción está de acuerdo con la lógica de lo que vemos y palpamos, y aunque ciertamente pudiera afirmarse que no hay memoria de que nadie haya presenciado una sola transformación específica, no es menos exacto que ya en los primeros conocimientos humanos esta verdad se halla presentida y balbuceada. Si esa transformación no se ha visto con los ojos, hay que conceder en cambio que nadie, que no fuera un místico iluminado, ha contemplado la realidad que representan los ídolos mexicanos ó hindúes, los mundanos dioses griegos ó los absurdos dioses modernos, viejos de larga barba gris, sentados como Júpiter sobre nubes y circundados de una corte de angelitos alados. Concibo al Cristo crucificado y moribundo, pero no suspendido en el aire sin nada que lo soporte.

Tratando de explicarme la evolución y transformación de ese arroyuelo de la vida universal que es el hombre, me viene á la memoria una hipótesis que marca su desprendimiento del núcleo principal. Creo que es Darwin quien atribuye el origen de todos los mamíferos á las especies de marsupiales que todavía abundan en Australia, y reduciendo la cuestión exclusivamente al hombre, encuentro en la Biblia lo siguiente; capítulo 1, 27 : « Y creó Dios al hombre á su imagen, á imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó ».

Es decir que el hombre fué producido marimacho, hermafrodita ni más ni menos que las plantas andróginas que forman flores con estambres y pistilos fecundos ó que algunas especies de moluscos que individualmente tienen todos los elementos de su reproducción. Es cierto que pudiera encontrarse una contradicción en el mismo libro, cuando refiere que Dios formó al hombre del limo de la tierra, le infundió un profundo sueño y á poco le extrajo una costilla con que formó la mujer, según la poética leyenda del Paraíso. La contradicción es sólo aparente, pues interpretando con cuidado estos primeros vaguidos del entendimiento humano, se ha demostrado por la crítica moderna que el libro del Génesis está formado por la yuxtaposición de dos versiones distintas que tratan sobre el mismo punto y época, cuyos capítulos están alternados, como el primero y segundo de la Biblia actual, ó intercalados sus respectivos contenidos como en la narración del Diluvio. Por otra parte, ambas versiones coinciden en el punto principal, diferenciándose solamente en el estilo y carácter de sus autores, de los cuales al primero lo presumo un hombre parco y preciso en palabras, en oposición á su exuberante compañero que lo imagino andaluz y por añadidura aficionado á la alfarería y á la magia.

Hombre y mujer al principio fueron uno, á juzgar por los vestigios del proceso evolutivo que todavía conservamos en nuestro organismo. Sino ¿por qué y para qué tenemos en el pecho los vestigios de dos mamas atrofiadas que como los ojos del pescado ciego, nos son de ninguna utilidad? Si la diferencia sexual fuera tan pro-

funda como á primera vista aparece ¿por qué sus órganos no se diferencian en el feto hasta la sexta semana y su diferenciación no es—triba sino en la manera de verificarse una soldadura que determina el sentido y dirección de su desarrollo futuro? ¿Por qué hay hombres pelones y mujeres peludas? ¿Fué solamente producto fantástico del cincel helénico el hermafrodita que está en la galería *Degli Uffizzi*...?

Estos pudieran ser indicios bastantes para que orientemos nuestra indecisión y duda, porque nos ayudarían eficazmente á encaminarnos en la obscuridad que nos rodea. Siguiendo sus indicaciones llegaríamos por lo menos á las proximidades de la verdad como la aguja magnética no por su perpetuo temblor deja de señalar el polo. No como principio absoluto, que no existe en la naturaleza, sino como un punto de arranque, me satisface pensar que, en cierto momento del génesis inacabable, surgió un sér, el hombre, una cantidad dinámica, modalidad de una fuerza creadora, estimulada y compelida por las resistencias del medio en que se desarrollaba y que, á su vez, se gastará por el roce con el ambiente y dará origen á nuevos seres. De una piedra disparada por la honda, de una bala que lo es por el cañón es claro que su acción eficiente será tanto mayor cuanto la tengan que ejercitar más cerca de su origen. Así, pues, aquella unidad humana, con su ruda fuerza pelásgica, tuvo su vigor máximo en el principio, como en las primeras ondas producidas por una piedra lanzada á un estanque. Gradualmente, lentamente fué debilitando y transformando sus energías, amenguóse venciendo resistencias, tendió un techo para abrigarse, se vistió, inventó medios para suplir los alientos perdidos en la áspera batalla de la vida, hasta llegar á esta edad y civilización enfermas y corruptas en que se transparentan los nervios y muchos hombres parecen arrastrar sus vidas como esos árboles de la selva que tienen los troncos carcomidos.

Es realmente lamentable que no podamos comunicarnos con algún ser—sin duda existente—que haya vivido individualmente lo

que la raza humana y podido observar su desarrollo progresivo, como el hombre hace con otros micro-organismos. Satisfaría nuestra curiosidad acerca de la manera cómo se efectuó la separación de los sexos y quedaría explicada la versión bíblica... andaluza.

Imagino que cuando hubo dos, cientos, miles de hermafroditas, se dedicaron preferentemente á cara ó cruz, según predominaba en ellos una modalidad de la fuerza primitiva. Es posible que los primeros hombres se sirvieran de sus órganos de reproducción, valiéndose de algo aproximado á los conmutadores que se emplean en las oficinas centrales de teléfonos para establecer la corriente eléctrica entre los distintos abonados, y que por oxidarse el metal, ó por el ejercicio continuado de una función y el consiguiente abandono de la complementaria, á unos les creció el pecho, á otros se les atrofió, *et sic de cæteris*, hasta plantearse las fronteras de diferenciación sexual que todavía perduran.

En el estado actual de separación de sexos trabaja sordamente el fluido del impulso aborigen, tratando de buscar un nivel, — como un líquido vertido en dos vasos comunicantes, — que dé por resultado la mayor acumulación posible de lo que resta de fuerza primitiva. He creído observar prácticamente este fenómeno cierta vez que, viajando por uno de los canales de Escocia, cuando el vapor que me conducía entró en una esclusa para elevarse sobre el nivel inferior en que navegaba, descendí, y eché á caminar á lo largo de la orilla. Á una distancia bastante considerable topé con un lago de reserva, en cuya superficie tersa y brillante se notaba un levísimo movimiento, visible gracias á las algas que en parte la cubrían y que era producido por las aguas que iban á llenar el vacío originado por la apertura de la esclusa en que se hallaba el vapor. De este modo se conservaba la *individualidad* del canal, mientras hubiera agua de reserva, con toda la capacidad y fuerza que le estaba señalada por el cálculo, ni más ni menos. Así también, en este canal de la vida, existe una reserva de sangre que por siempre lo mantendrá repleto.

El instinto electivo no descansa un momento en su tarea de bus-

car la perfección donde quiera que la encuentre y la procura aun á costa del crimen. Si no la consigue, toma lo que más se le aproxime y obtiene una densidad que lo equilibra. La unión de los dos sexos dará siempre una resultante en que predominen las cualidades de aquel individuo que esté en mejor estado de condición, permanente ó transitorio. Por esto se ha dicho que los hombres son hijos de sus madres, pues el sér superior predomina, busca el equilibrio mutuo y engendra descendientes del sexo opuesto al suyo. También podría expresarse numéricamente esta proposición tomando como base la unidad humana compuesta de hombre y mujer; si un individuo cualquiera alcanza á valer una fracción equivalente á tres octavos de aquella unidad y se une á otro que represente igual valor, es claro que faltan dos octavos para completarla y el resultado de la unión es ineficaz para obtener el fin que se propone la naturaleza.

En el Paraguay — para citar un ejemplo reciente — se observó, después de la última guerra, que casi aniquiló su población masculina, que el setenta y cinco por ciento de los nacimientos eran de varones, para llenar el vacío producido por el hierro y el fuego. De este modo la naturaleza buscaba su nivel, retardando la desaparición completa de aquella raza caduca cuyos huesos, ya en los tiempos coloniales, se notó que no resistían dos años en los cementerios sin disgregarse y que, como nuestros pobres criollos, está destinada á caer vencida y ceder el campo á razas más vigorosas en un futuro no lejano. De la ley física que constante y silenciosamente trabaja en la naturaleza, á veces encontramos la expresión neta en palabras aun en las razas que reputamos inferiores. Se me ha referido que el cacique Namuncurá, en una de sus devastadoras invasiones á la frontera sud de Buenos Aires, arrebató un buen número de cautivos que empezaron á ser degollados para saciar su sed salvaje de sangre. Ocurrió que entre los que marchaban al suplicio había un robusto mocetón, danés del Tandil, rubio, fornido y arrogante, y viéndolo, el indio ordenó suspender la ejecución, diciendo : *ete no, ete cocudo*.

Ese trabajo de equilibrio y compensación cuyo objetivo es obte-

ner lo mejor de lo posible, deja también gran cantidad de residuos, escorias y limaduras que, puesto que la raza no ha desaparecido, deben presumirse efectos de transgresiones á leyes naturales, de que todos más ó menos somos cómplices, directamente ó por herencia de nuestros antepasados. Mas, apartando en nuestra consideración estas violaciones y escorias, vemos desprenderse y elevarse de su centro lo que es bello, porque puede llenar su fin, y siendo el de la humanidad perpetuarse venciendo la resistencia ambiente, el total de belleza ha de computarse por la amplitud que tengan los hombres para conseguirlo. La belleza es el grado de vida y no la pureza convencional de líneas que hace el tipo de la belleza helénica, ó hindú, ó china, ó etíope. — todos suficientes para su medio — sino la atracción electiva de la simpatía, que es fuerza, que es calor, no solamente bastante para sí sino para trasmitirse á otros seres. Aquí podríamos encontrar el fundamento de por qué los viejos nunca son bellos y por qué muchas veces encontramos tipos de líneas correctas que nos repelen ó no nos atraen y es porque son ondas casi imperceptibles de la vida que se extingue, son notas que mueren.

Con todo, la belleza va siempre acompañada por la salud, la fuerza y la gracia, y podría deducirse que si un legislador procediese con los hombres como hace con los animales un cabañero inteligente de la Pampa, haría vibrar en un tipo único todo lo que queda sobre la tierra de la antigua sangre.

Este equilibrio que vemos en las partículas, es tan efectivo en la humanidad como en las mareas del océano. Busca y encuentra su nivel en los pueblos por la devastación de la guerra ó sino mediante emigraciones lentas de pueblo á pueblo que establecen una endósmosis y exósmosis, semejante al modo en que dos líquidos de diferente densidad, separados por una membrana, restablecen su equilibrio permanente. Aparece esto más cierto cuanto que no hay una sola nación en el mundo que no presente, dentro de la memoria humana, este fenómeno de la mezcla de individuos, de tribus y de razas que han dado como resultado su condición actual.

Ante estos problemas misteriosos que nos plantea la madre naturaleza, aparecidos con mayor intensidad en la Caverna, me pregunto: ¿qué es tiempo, vida, espacio, qué son todas las cosas, sino ideas de relación y métodos de raciocinio? Todas las criaturas se enorgullecen de su propia condición y tienen razón perfecta según sea el cristal con que miran á su alrededor. ¿Es imposible que el caballo, el toro, la hormiga, el pescado sin ojos y los animales infinitamente pequeños, se consideren á sí mismos dominadores de la creación con el mismo derecho con que el hombre se cree? Si el espacio entre dos moléculas de las que componen los cuerpos conocidos es, relativamente á sus tamaños, tan grande como las distancias interestelares ¿por qué no seríamos nosotros algo como una colonia de corales y todo el planeta solamente un átomo de algún pequeño cuerpo, para otros seres que nos observen al microscopio? ¿Es imposible que así como vemos muchos seres infinitamente pequeños nacer, vivir, luchar, amar y morir en unos pocos minutos, la tierra y todo lo que hay sobre ella, con millones de siglos de existencia, solamente sea un momento fugitivo de la vida universal?...

No es desencanto y pesadumbre lo que hace nacer estas divagaciones incoherentes sino que por el contrario encienden la osadía y la esperanza. Si el hombre no puede mirar al sol cara á cara sin cegar, que coloque un vidrio ahumado sobre sus ojos y los fije en él, estando siempre pronto á modificar su ruta y no olvidando aquellas palabras de Shakspeare: «duda que las estrellas sean fuego, duda que el sol se mueve, duda que la verdad es mentira» y duda también que dudas.

Pero la vida es realidad y mientras estos oscuros problemas se descubren ó profundizan, volvamos á la lucha, deliciosamente olvidada mientras que viví en el seno de la tierra, hasta que, como dice Alighieri: *E quindi uscimmo a riveder le stelle.*

CARLOS A. ALDAO.

Louisville, Ky., julio 20 de 1893.

POEMAS DE AMÉRICA

Al cavar en el suelo de la ciudad antigua,
La metálica punta de la piqueta choca
Con una joya de oro, una labrada roca,
Una flecha, un fetiche, un dios de forma ambigua,
Ó los muros enormes de un templo. Mi piqueta
Trabaja en la poesía de la América ignota

— Suene armoniosa mi piqueta de poeta ! —
Y descubre oro y ópalos y rica piedra fina,
Templo, ó estatua rota ;
Y el misterioso geroglífico adivina
La musa.

De la temporal bruma surge la vida extraña
De pueblos abolidos ; la leyenda confusa
Se ilumina ; revela secretos la montaña
En que se alza la ruina.

Los centenarios árboles saben de procesiones,
De luchas y de ritos inmemoriales. Canta

Un zenzontle. Qué canta ? Un canto nunca oído ?
El pájaro, en un ídolo ha fabricado el nido.
(Ese canto lo oyeron las mujeres toltecas
Y deleitó al soberbio príncipe Moctezuma.)
Mientras el puma hace crugir las hojas secas
El quetzal muestra al iris la gloria de su pluma
Y los dioses animan de la fuente el acento.
Al caer de la tarde, un poniente sangriento
Tiende su palio bárbaro ; y de una rara lira
Lleva la lengua musical el vago viento.

Y Netzahualcoyotl, el poeta, suspira.

I

TUTECOTZIMI

Cuaucmichin, el cacique sacerdotal y noble
Viene de caza. Síguele fila apretada y doble
De sus flecheros ágiles. Su aire es bravo y triunfal.
Sobre su frente lleva bruñido cerco de oro ;
Y vese, al sol que se alza del florestal sonoro,
Que en la diadema tiembla la pluma de un quetzal.

Es la mañana mágica del encendido trópico.
Como una gran serpiente camina el río hidrópico
En cuyas aguas glaucas las hojas secas van.
El lienzo cristalino soplo sutil arruga,
El combo carapacho que arrastra la tortuga,
Ó la crestada cola de hierro del caimán.

Junto al verdoso charco, sobre las piedras toscas,
 Rubí, cristal, zafiro, las susurrantes moscas,
 Del vaho de la tierra pasan cribando el tul ;
 É intacta, con su veste de terciopelo rico,
 Abanicando el lodo con su doble abanico
 Está como extasiada la mariposa azul.

Las selvas foscas vibran con el calor del día ;
 Al viento el pavo negro su grito agudo fía,
 Y el grillo aturde el verde, tupido carrizal ;
 Un pájaro del bosque remeda un són de cuerno ;
 Prolonga la cigarra su chincharchar eterno
 Y el grito de su pito repite el pito-real.

Los altos aguacates invade ágil la ardilla,
 Su cola es un plumero, su ojo pequeño brilla,
 Sus dientes llueven fruta del árbol productor ;
 Y con su vuelo rápido que espanta el avispero,
 Pasa el bribón y obscuro sanate-clarinero
 Llamando al compañero con áspero clamor.

Su vasto aliento lanzan los bosques primitivos ;
 Vuelan al menor ruido los quetzales esquivos,
 Sobre la aristoloquia revuela el colibrí ;
 Y junto á la parásita lujosa, está la iguana,
 Como hija misteriosa de la montaña indiana
 Que anima el teutl oculto del sacro teocalí.

El gran cacique deja los bosques de esmeralda ;
 Camina á su palacio, el carcaj á la espalda,
 Carcaj dorado y fino que brilla al rubio sol.
 Tras él van los flecheros ; y en hombros de los siervos,

Ensangrentando el suelo, los montaraces siervos
Que hirió la caña elástica del firme huiscoyol.

Camina. Llega al regio palacio el jefe noble.
De las cuadradas puertas en el quicio de roble,
De Oztotskij, su tierna hija, ve el flamante huepil.
Súbito se oye un sordo rumor de voz profunda.
Es la onda del Motagua que la ciudad inunda?
No, cacique : ese ruido es del pueblo Pipil.

Como torrente humano que ruge y se desborda,
Con un clamor terrible que la ciudad asorda
Hacia el palacio vienen los hijos de Ahuitzol.
Primero, revestidos de cien plumajes varios,
Los altos sacerdotes, los ricos dignatarios,
Que llevan con orgullo sus mantos tornasol.

Después, van los guerreros, los de brazos membrudos,
Los que metal y cuerno tienen en sus escudos,
Soldados de Sakulen, soldados de Nebaj ;
Por último, zahareños, cobrizos y salvajes,
El cuerpo nudo y rojo de míticos tatuajes,
Ixiles de la Sierra, con arcos y carcaj.

Como á la roca el río circundan el palacio.
Sus voces redobladas se elevan al espacio
Como voz de montaña y voz de tempestad :
Hay jóvenes robustos de fieros aires regios,
Ancianos centenarios que saben sortilegios,
Brujos que invocar osan al gran Tamagastad.

Y á la cabeza marcha con noble continente
Tekij, que es el poeta litúrgico y valiente

Que en su pupila tiene la luz de la visión.
 Lleva colgado al cuello un quetzalcoatl de oro,
 Lleva en los pies velludos caites de piel de toro,
 Y alza la frente, altivo como un joven león.

Del palacio en la puerta vese erguido al cacique.
 Tekij alza sus brazos. Su gesto, como un dique
 Contiene el gran torrente de agitación y voz.
 Cuaucmichin, orgulloso, se apoya en su arco elástico,
 Y teniendo en sus labios como un rictus sarcástico,
 Pone en sus pardas cejas una curva feroz.

Curva de donde lanza cual flecha su mirada
 Sobre las mil cabezas de la turba apiñada.
 Curva como la curva del arco de Hurakán.
 Y Tequij habla al príncipe que le escucha impasible :
 Y lleva al aire tórrido la palabra terrible
 Como el divino trueno de la ira de un Titán.

— « Cuaucmichin, la montaña te habla en mi lengua ahora.
 La tierra está enojada, la raza pipil llora,
 Y tu nahual maldice, serpiente-tacuazín !
 Eres cobarde fiera que reina en el ganado.
 Por qué de los pipiles la sangre has derramado
 Como tigre del monte, Cuaucmichin, Cuaucmichin ?

Cuaucmichin ! el octavo rey de los mexicanos
 Era grande. Si abría los dedos de sus manos
 Mas de un millón de flechas obscurecía el sol.
 Eran de oro macizo su silla y su consejo.
 Tenía en mucho al sabio ; pedía juicio al viejo ;
 Su maza era pesada : llamábase Ahuitzol,

Quelenes, zapotecas, tendales, katchikeles,
Les mames que se adornan con ópalos y pieles,
Los jefes aguerridos del bélico Kiché,
Temían los embates del fuerte mexicano
Que tuvo, como tienen los dioses, en la mano
La flecha que en el trueno relampaguear se ve.

Él quiso ser pacífico y engrandecer un día
Su reino. Eso era justo. Y en Guatemala había
Tierra fecunda y virgen, montañas que poblar.
Mandó Ahuitzol cinco hombres á conquistar la tierra,
Sin lanzas, sin escudos y sin carcaj de guerra,
Sin fuerzas poderosas ni pompa militar.

Eran cinco pipiles ; eran los padres nuestros ;
Eran cultivadores, agricultores, diestros
En prácticas pacíficas ; sembraban el añil,
Cocían argamasas, vendían pieles y aves :
Así fundaron, rústicos, espléndidos y suaves,
Los pristinos cimientos del pueblo del pipil.

Pipil, es decir, niño. Eso es ingenuo y franco.
Vino un anciano entre ellos con el cabello blanco
Y á ese miraban todos como una majestad.
Vino un mancebo hermoso que abría al monte brechas,
Que lanzaba á las águilas sus voladoras flechas
Y que cantaba alegre bajo la tempestad.

El rey murió : la muerte es reina de los reyes.
Nuestros padres formaron nuestras sagras leyes ;
Hablaron con los dioses en lengua de verdad,
Y un día, en la floresta, Votan dijo á un anciano

Un canto mexicano. Cantaba cielo y tierra,
Alababa á los dioses, maldecía la guerra.
Llamáronle : — « Tú cantas paz y trabajo ? » — « Sí »
— « Toma el palacio, el campo, carcajes y huepiles ;
Celebra á nuestros dioses, dirige á los pipiles » .
Y así empezó el reinado de Tutecotzimí.

RUBÉN DARÍO.

SANTIAGO LINIERS

(Continuación)

§ III

LA RECONQUISTA

Con buena sombra y simpatía evidente por la protagonista, refiere el mayor Gillespie una pequeña escena de que fueron testigos él y cinco ó seis compañeros de armas, la noche misma de su entrada triunfal en la ciudad. Para rehacerse de tanta penuria reciente, habían ido á comer á la célebre fonda de los *Tres Reyes* situada, como todo el mundo sabe, en la calle de Santo Cristo (*25 de Mayo*). Tocóles sentarse en la misma mesa que algunos oficiales españoles y un señor Barreda, « criollo letrado » que amablemente les servía de intérprete. Mezquina era la cena — *eggs and bacon* — como que los mercados no se abastecían desde la antevíspera; pero alegraba la vista una arrogante muchacha, hija del mesonero, que ayudaba al servicio. El excelente mayor, recién llegado del Cabo con setenta días de travesía, observaba á la joven con vivísimo interés. No tardó en sospechar que algo muy grave pasaba en ella: su ceño airado, sus encendidas mejillas y ojos centellantes eran indicio de una tempes-

tad interior... El narrador confiesa de buena fe que se sentía desazonado, ignorando sobre quién descargaría la tormenta. Al fin estalló. Cuadrándose de repente delante de los pobres milicianos, la hija de los *Tres Reyes* espetóles esta arenga desnuda de artificio : « Caballeros, debieron ustedes avisarnos de antemano que era su intención cobarde entregar á Buenos Aires ; pues juro por mi vida que á saberlo, nosotras las mujeres hubiéramos salido á la calle y echado á pedradas á esos ingleses ! » Después de este desahogo (1), recibido á quema ropa en el silencio general, la Bradamante criolla, bruscamente serenada, siguió mudando el cubierto á vencedores y vencidos con una sonrisa encantadora.

La anécdota es significativa ; en nuestros días se la tendría por un « símbolo » de la psicología popular durante esa crisis solemne. Está visto que el negrero Wayne no engañó á los ingleses, pintán- doles como infalible la captura de la ciudad con un golpe de mano atrevido. La habían realizado sin mucho esfuerzo ni grandes peligros. Fugado el virrey, rendidos los jefes y soldados, resignadas las autoridades, inerme y al parecer conforme la población, pudo el conquistador creer en la realidad de su conquista. Al día siguiente de estar instalado Beresford en la Fortaleza, comenzaron á acudir las corporaciones, haciendo cabeza el obispo y su clero ; se juramentaron oficiales y empleados, prestaron pleito homenaje y ofrecieron su valioso concurso « moral » los prelados y priores de conventos. Bastó una intimación para que el sub-inspector Arce y el Cabildo hicieran bajar de Luján los caudales extraídos de las cajas reales (2). Pronto volvieron á abastecerse los corrales y mercados, á abrirse las tiendas y pulperías, como que, por circular en manos inglesas, no perdían los pesos y doblones su conocida efigie espa-

(1) La expresión inglesa (*delivery*) se presta á un equivoco.

(2) Según un estado detallado de la Tesorería, desde julio 6 hasta agosto 2 de 1806, el total de las sumas entregadas á las autoridades inglesas ascendió á 1.438.514 pesos. De esta cantidad se embarcaron en el *Narcissus* 624.714 pesos ; el comodoro Popham dió recibo por valor de 494.223 pesos, procedentes de Luján (zurrones, barras de plata, te-

ñola. Si no hubo función de comedias en todo julio, lidiáronse toros en el Retiro. Jefes y soldados «colorados» formaban relaciones en sus respectivas esferas. Las mismas familias en cuyas casas se hospedaban los oficiales trataban á éstos con afabilidad... Decididamente, aquello andaba á maravilla, y la contagiosa ilusión del comodoro se transmitió al general. Como Sancho en la ínsula Barataria, comenzó Beresford á creer en su gobernación, y prodigó las órdenes, decretos y reglamentos á nombre del soberano británico. Así pasaron algunas semanas sin que los incautos vencedores se dieran cuenta exacta de la situación. — Habiendo asaltado la casa y con facilidad suma desalojado á sus dueños, los intrusos se instalaron en ella y armaron francachela sin sospechar que los propietarios estuvieran juntando á los vecinos y preparándose para volver. Gillespie se mostró sabio con no prolongar su sobremesa de los *Tres Reyes*, á pesar de las sonrisas, del *good humour and charms* de la huésped. — Cuando los síntomas se hicieron harto visibles y reventó afuera lo que adentro pasaba; cuando los invasores llegaron á comprender que un pueblo no está subyugado mientras el alma no esté sumisa, y que ni las fórmulas corteses, ni las protestas de los funcionarios, ni los sermones de los frailes expresan esa alma de un pueblo estremecido y que despierta de su estupor : ya era tarde, y, cogido en su propia ratonera, no pudo Beresford, aunque quisiera, seguir el consejo del forbante Popham que proyectaba bombardear y poner á saco la ciudad, embarcándose luego con el botín (1).

jas de oro y hasta vajilla); el general Beresford libró órdenes por 229.176 pesos, dejando justificativo por su mayor parte : gastos de la tropa, devolución al Consulado, etc. Después de la Reconquista, se recuperaron 130.000 pesos del dinero entregado á Popham.

(1) Existen varias comunicaciones de Popham en que reprueba á Beresford su condescendencia y generosidad para con los habitantes de Buenos Aires.

I

Hemos visto que Santiago Liniers, al día siguiente de la capitulación, solicitó y obtuvo del general Beresford un salvoconducto para visitar á su familia en la ciudad. Siendo un hecho indiscutible esta negociación, que fué llevada á cabo por el inglés Edmundo O'Gorman (1), basta á desvanecer todas las imputaciones calumniosas de Popham respecto al pretendido compromiso de Liniers. Éste volvió á Buenos Aires el 29 de junio, no hallándose, por tanto, en la Ensenada cuando el teniente Groves fué á rendirla en nombre del general inglés. Provisto de su salvoconducto, Liniers pudo también abstenerse, como se abstuvo, de concurrir al acto del 5 de julio en que, por invitación escrita del Cabildo, « los jefes y miembros de las corporaciones eclesiásticas y otras, los alcaldes de la ciudad y barrios y todos los habitantes principales (fueron) á Palacio en el Fuerte de Buenos Aires, á las 12 del día, al efecto de prestar juramento de fidelidad á S. M. B. » Para juramentarse no necesitaría Liniers de su pasaporte. No perteneciendo á la guarnición de la plaza rendida, le era lícito invocar, como Belgrano y los ministros contadores que se honraron con su negativa, el carácter de sus funciones que emanaban del rey y se ejercían en cualquier punto no conquistado del virreinato donde se estableciera la legítima autoridad.

(1) Este O'Gorman, pariente del protomédico, había venido á Buenos Aires « con real licencia por seis meses para arreglar asuntos de familia ». Parece que obtuvo permiso para establecerse, y llegó á casarse con una hermosa y mentada criolla de la isla Mauricio. Como White, Wayne y otros, prestó á los ingleses servicios más ó menos recomendables, aunque tenía él la disculpa de servir á su país. Agente de Beresford para la cobranza del « ramo de tabacos y Filipinas » se hizo odioso y, el día de la Reconquista, tuvo que guarecerse en el buque de Popham, dejando á su mujer. La Reconquista puso á Liniers en el lugar de Beresford y, tan amigo del francés como del inglés, el excelente O'Gorman volvió al *statu quo ante bellum*.

Pero no eran necesarias tantas razones : el día de la capitulación de la *ciudad*, estaba tan fuera de ella, aunque en territorio del virreinato, como Allende en Córdoba ó Ruiz Huidobro en Montevideo; por consiguiente, ajeno á las consecuencias de esta acción de guerra. Por otra parte, es muy sabido que, después de la reconquista, cuando las recriminaciones de Beresford prisionero ó fugado, cobraron mayor acritud contra Liniers, nunca hizo alusión al supuesto compromiso verbal ó escrito de su adversario : es que no existió jamás, sino en la imaginación novelesca y la conciencia elástica de Popham (1). Liniers cometió muchas faltas y era capaz de imprevisiones y ligerezas que no procuraremos disimular, pero en cuestiones de honor era irreprochable y, como lo declara Beresford, « incorruptible ».

Liniers no vivía ya en la quinta que con su hermano tenía arrendada á don Isidro Lorea (2), sino en casa de su suegro Sarratea, enfrente de Santo Domingo. Sinceramente religioso, á fuer de marino y vendeano, Liniers asistía á los oficios del culto y era natural que pusiera su empresa solemne, ya nacida en su espíritu, bajo la protección divina. He aquí lo que se lee en el Libro de Actas de dicho

(1) En su comunicación del 25 de agosto al honorable W. Marsden, secretario del Almirantazgo, el comodoro Popham formulaba acusaciones tan inverosímiles contra Liniers, que el mismo tribunal las mandó suprimir de la versión oficial que fué publicada. Después de la conquista, Popham no estuvo en la ciudad sino el día 5, para presenciar la función del juramento á que no asistió Liniers; para tener con él « frecuentes entrevistas » hasta el 10, hubiera sido necesario que Liniers empleara la semana en viajes á balizas exteriores donde fondeaba el *Diadem*. Tenía otras y mejores atenciones en la ciudad !

(2) La « quinta de Liniers » estaba en la calle que hoy lleva este nombre, ocupando las manzanas ahora cortadas por la de Moreno. Desde antes de 1795, el conde de Liniers, gran buscavidas mucho menos ingenuo que su hermano, obtuvo licencia para establecer allí una « Real fábrica de pastillas » que no prosperó. La curiosa causa seguida en 1795 contra algunos franceses sospechados de conspiración (entre ellos un tal Bloud, capataz de Liniers) suministra detalles interesantes sobre la vida de la época y, especialmente, el carácter bondadoso del honrado Santiago Liniers. Dirigió la causa don Martín de Álzaga, como Alcalde de primer voto, con un ensañamiento grotesco y atroz. Algunos de los reos fueron *torturados*; el juicioso y casi siempre exacto Domínguez lo pone en duda, pero ello resulta irrefutablemente del proceso manuscrito, cuya comunicación debemos á la amabilidad del general Mitre.

convento, bajo el testimonio auténtico de su prior y mayordomo, con la fecha del 25 de agosto de 1806 :

« Con motivo de haber sido rendida esta plaza, el día veinte y siete de junio de mil ochocientos seis, á las armas de su majestad Británica del mando del general Mr. Williams Carr Beresford, se experimentó decadencia y cierta frialdad en el Culto por la prohibición de que se expusiese el Santísimo Sacramento en las funciones de la Cofradía que tuvo á bien mandar el ilustrísimo señor Obispo de este Diócesis. El Domingo primero de julio, no hubo más que una misa cantada sin manifiesto, y habiendo concurrido á ella el capitán de navío señor don Santiago Liniers y Brémont, que ha manifestado siempre su devoción al Santísimo Rosario, se acongojó al ver que la función de aquel día no se hiciera con la solemnidad que se acostumbraba. Entonces conmovido de su celo, pasó de la Iglesia á la Celda prioral, y encontrándose en ella con el R. P. Maestro y Prior Fray Gregorio Torres, y el mayordomo primero, les aseguró que había hecho voto solemne á Nuestra Señora del Rosario, *ofreciéndole las banderas que tomase á los enemigos*, de ir á Montevideo á tratar con aquel señor Gobernador sobre reconquistar esta ciudad, *firmemente persuadido de que lo lograría bajo tan alta protección...*» (1)

Escritores hay cuyo estrecho liberalismo no puede contemplar friamente tales « extravíos de la superstición ». Cuando no llegan á pensar, como el pobre Manuel Moreno, que la devoción de Liniers sólo encubría cálculo hipócrita y pusilanimidad, se limitan moderadamente á señalarla como un síntoma de ignorancia y flaqueza de espíritu. No necesitamos demostrar la sinceridad de las creencias que, según el dicho de Pascal, hacen recorrer á sus sostenedores la *vía crucis* del martirio. En cuanto á la debilidad mental que tales creencias religiosas revelarían, ello no está demostrado irrefutablemente ; y, sin invocar ejemplos abrumadores de otros países y épocas, no parece que en esos mismos años de la Independencia, el « fanatismo » de Mariano Moreno, contrapuesto al « liberalismo » de su hermano Manuel, fuera indicio de una inferioridad de la mente ó del carácter. En el fondo, no hay diferencia esencial entre el misticismo heroico de un mártir y el de un patriota ; ya sea una cruz, ya una bandera su símbolo visible, ambos arrancan de la misma fuente profunda,

(1) Acta reproducida *in extenso* en los *Trofeos de la Reconquista*.

del mismo esfuerzo sublime que desprende el sér humano de sus vínculos terrestres para arrojarle al sacrificio. Es el triunfo de la pasión noble sobre la prudencia egoísta y el instinto conservador del organismo : en una palabra, de la humanidad sobre la animalidad. Y no es mucho que, para mantener un equilibrio tan inestable y sobrenatural, se procure casi siempre el auxilio de un « misterio » idealista. Acaso sea más grande el frío altruismo de un Condorcet ó de un Hoche, que sólo obedece á la pura noción del deber moral despojada de toda ilusión ó radiante emblema ; pero tales heroísmos excepcionales y filosóficos no son contagiosos para las muchedumbres. — En todo caso, el sentimentalismo exaltado que parte de Santo Domingo para rematar en la Reconquista y la Defensa, queda muy por cima de la ironía liberal que no conduce ni á la función de iglesia ni á las del campo de batalla — sin que pretendamos, por cierto, que sea la segunda omisión consecuencia forzosa de la primera.

Pero no es sólo para dar pretexto á reflexiones morales que hemos transcrito el fragmento anterior ; creemos que de él puede extraerse un buen ejemplo de crítica histórica *ad usum variorum*. En són de justa protesta contra el dean Funes y sus inmediatos sucesores, que escribían sus crónicas á manera de consejas, con exclusión severa de cualquiera pieza justificativa, han venido otros que conciben y tratan la historia como un expediente de escribanía. Desfilan á nuestra vista en procesión solemne los testimonios impresos ó manuscritos, todos igualmente respetables y dignos de fe, aunque procedan visiblemente de testigos parciales, falibles, ignorantes ó á todas luces embusteros. Las polémicas se componen esencialmente, como en el poema de Boileau, de mamotretos que los contendores se arrojan mutuamente á la cabeza : Funes contra Núñez, Manuel Moreno contra Torrente, Sota contra Seguí — para no citar á los peores. Un sermón de fraile franciscano, un « diario » de sargento de blandengues, un « rasgo encomiástico » en verso que parece prosa ó *vice versa*, sirven de fundamento á tesis contradictorias y se elevan á la categoría de autoridades históricas. Y todo ello *pêle-mêle*,

sin discutir, sin distinguir. No es la alta razón ni mucho menos el arte luminoso y evocador, es el estómago de avestruz que aquí simboliza la magna labor histórica y la sentencia de la posteridad. Nos hemos criado en el culto del fetiche documental. Ante el hecho famoso de aquellos fósiles reconstituídos con un fragmento de mandíbula, lo que nos ha maravillado, no es el genio de Cuvier y su ley eternamente fecunda de la correlación, sino la mandíbula; y el ideal, entonces, ha sido amontonarlas á carretadas. Algunas de nuestras historias son osarios, pero no semejantes al de la visión de Ezequiel; falta el espíritu vivificador que insufla un alma en las reliquias inertes : *et spiritum non habebant*.

Y es sobre esos escombros que tienen lugar las batallas de los textos y de las letras muertas! No hay sub-historiador sin su alegato ardoroso y parcial, su « sitio hecho » y prejuicio, su vehemente anhelo de tener razón á toda costa contra un adversario relapso y pertinaz. Cada cual tiene que defender á su héroe impecable y perfecto; no es buen biógrafo el que no se torna panegirista; casado en justas nupcias con su preocupación, la proclama única dama de su pensamiento, sin escuchar las objeciones más que para combatirlas *a priori*— y el combate de la historia se libra en las espaldas de la verdad.

Al que bosqueja estas páginas (á guisa de ensayo, por cierto, y no de modelo) no se le escapa que, á fuer de biógrafo al uso, debería aceptar sin examen para su « héroe » y abonarle en cuenta todo documento favorable y auténtico que á la mano le viniera. El que hemos transcrito reúne en sumo grado ambos requisitos : es un testimonio irrefragable, autenticado en la notaría y, además, tiende á demostrar que Liniers, llegado el viernes á la noche de la Ensenada, tuvo ya formado el domingo, 1° de julio, su plan de reconquista con la previsión certera del éxito. Ahora bien, ello no es cierto, porque no es posible. Contra el documento escrito y firmado dos meses después por testigos de buena fe, sin duda, pero destituídos de sentido histórico y sujetos más que otros á la irresistible ilusión

imaginativa que exagera, simplifica, deforma, es decir *compone* la realidad, se levanta la crítica que, armada de esa misma ley de la correlación orgánica que el gran Cuvier aplicara á su materia y es la condición necesaria de todos los fenómenos, denuncia netamente el error material. La letra queda vencida por el espíritu. Los testigos contemporáneos aquellos, seres de credulidad y clientes del milagro, no prevalecen sobre la simple inducción racional. Aunque Liniers fuese un genio, y no lo era, no sería admisible que no diera por base á su riesgosa aventura el estudio minucioso y comparativo de la situación. Hizo, pues, en pequeño lo que en grande hacía Napoleón, lo que es elemental para contar probable, si no seguro, el éxito. — Nos hemos detenido en este incidente, porque, lo repetimos, con ocasión de esta simple monografía, quisiéramos inspirar á algunos jóvenes dignos de esta solicitud, y presentes ó futuros historiadores argentinos, el desdén de los procedimientos en uso y el respeto del verdadero método.

Por consiguiente, el capitán de navío Liniers, que sobre ser creyente tenía treinta años de experiencia militar, pudo « ofrecer á la Virgen del Rosario » las banderas enemigas, no el día 1º de julio, sino el 9 ó el 10, cuando, después de estudiar las situaciones respectivas, se embarcó para la Colonia y asumió con plena conciencia y confianza absoluta el papel de reconquistador (1). Y asimismo, no es pequeña muestra de pericia profesional y sentido político haber acertado, en tan breve lapso, con la *única* solución que fuera favorable por igual á la fortuna del país y á la suya propia. Los que repiten frases hechas sobre la incapacidad y el « atolondramiento » de Liniers miran las cosas por defuera, juzgando del valor de los hombres por el resultado aciago ó próspero de sus empresas. Es proce-

(1) Sabido es que Liniers no dió importancia á la escaramuza y dispersión de Perdriel : « Nuestro general, en vez de apocarse con tan infausta noticia, dió muestras de la magnanimidad de su corazón, diciendo (á Pueyrredón) con alegre semblante: *No importa, nosotros bastamos para vencerlos* ». La anécdota concuerda con el carácter y ha de ser exacta. La traen en términos análogos, varios testigos. V. g. : BAUZÁ, *Dominación española* (segunda edición), II, 417 y 7º Documento de prueba.

dimiento somero y al alcance de todas las inteligencias; según esta regla sencilla, es buen marino el que conduce la nave al puerto, siendo inepto el que naufraga— y nada importa que el primero tuviera viento de popa mientras bregaba el segundo con el vertiginoso ciclón! Después de la primera sonrisa insinuante de la victoria, á este héroe de circunstancia tocóle en suerte forcejear con la situación exterior y local más inextricable; el conflicto más tremendo de fuerzas contrarias é ingobernables que haya presidido jamás al alumbramiento « cesáreo » de un pueblo americano. Al lado de la de Buenos Aires, la elaboración de la independencia chilena, peruana, mexicana y hasta caraqueña resulta de poco esfuerzo; aquí mismo, como á su tiempo lo veremos, la árdua empresa de un Moreno ó de un Rivadavia parece fácil, comparada con la que la fatalidad deparara al extranjero Liniers. No es discutible que no se mantuvo á la altura de la situación, pero ¿quién pudiera mantenerse, en esas tinieblas cruzadas de relámpagos, sobre el suelo vacilante y grietado de un terremoto? Vencido, descorazonado, adherido á una causa mala que su lealtad hacía buena, remachado á ese cadáver, prefirió, como Decio, sacrificarse á las divinidades infernales y perder la vida salvando el honor... Pero no nos anticipemos; no cercenemos á la víctima predestinada su hora de dicha y plenitud: estamos en la Reconquista, en ese momento sublime, único en la vida del hombre como de los pueblos, en que según el dicho de Vauvenargues, «los fuegos de la aurora son menos dulces que los primeros rayos de la gloria».

Planteado el problema de la reconquista, no residía la dificultad en darse cuenta exacta de la fuerza enemiga. Á pesar de las exageraciones de Arce, tendentes á paliar su conducta, y de los subterfugios discurridos por Beresford para inflar en la apariencia la cifra de su efectivo, no pudo ésta ocultarse por mucho tiempo. El regimiento de *highlanders* hacía ejercicio en la Ranchería, lo mismo que el resto de las fuerzas en la plazoleta del Fuerte; por otra parte, algunos desertores irlandeses habían corroborado los datos suminis-

trados por el cálculo. Liniers no vivió tres días en Buenos Aires sin saber que las tropas invasoras no alcanzaban ahora á 1500 hombres, entre veteranos y reclutas, bien armados, con artillería suficiente, y mandados por un jefe valiente y experimentado. Pero sea cual fuere la solidez de esta brigada, añadiéndole todos los recursos de la posición y la defensa, no parecía aventurado el éxito de un ataque llevado con energía y apoyado en el concurso entusiasta de la población. Ahora bien, ¿con qué núcleo organizado se iniciaba el ataque ?

Desde los primeros días posteriores á la conquista, la rendida población había vuelto poco á poco de su estupor; sentíase fermentar esa masa popular que Beresford, engañado por las flaquezas y abdicaciones oficiales, consideraba inerte. La agitación del vecindario se condensaba en conciliábulos, gérmenes flotantes de conjuras todavía esporádicas; entablábanse con la campaña y el exterior correspondencias que significaban una vaga tentativa de organización para la resistencia. El coronel Liniers se encontró delante de tres movimientos iniciales que, si bien convergían al mismo fin, no podían coexistir independientes ni obrar de consuno sin contrariarse y comprometer el resultado : era forzoso elegir entre la conspiración urbana que se urdía en torno de Álzaga, el conato de cruzada belicosa que Sobremonte y Allende anunciaban desde Córdoba, — con acompañamiento de proclamas enfáticas, suscritas por el segundo y al parecer dictadas por el primero, — y, finalmente, la expedición que se preparaba en Montevideo, con anuencia más que á impulso de su achacoso gobernador Ruiz Huidobro, figurón aspirante á virrey y segunda edición, apenas mejorada, de Sobremonte. Para un militar de carrera, como lo era Liniers, la elección no podía ser dudosa : á preferir el último partido, incitábanle por el pronto la sugestión de su interés y su tendencia profesional.

Tenía, desde luego, que repugnar á su conciencia de soldado esa tenebrosa empresa de minas y explosiones que, sobre ser un crimen, no pasaba de una peligrosa extravagancia. Sabido es que,

desde el 29 de junio (1), los catalanes Sentenach y Estebe habían concebido el proyecto de libertar la ciudad, aniquilando á los ingleses. En pocos días contaron con la adhesión de varios españoles, Forneguera, Anzoátegui, etc. ; la de Dozo, empleado de Álzaga, atrajo el valioso concurso de su patrón, que suministró generosamente el « nervio de la guerra ». El plan adoptado consistía en reclutar secretamente hasta 500 hombres, por el conocido procedimiento de secciones independientes, y reunirlos en un punto fortificable de la campaña (fué designado más tarde el caserío de Perdriel); esta fuerza debía entrar en acción cuando las minas cavadas bajo la dirección de Sentenach hicieran explosión, reduciendo á escombros la Fortaleza y la Ranchería con sus ingleses acuartelados. Otros adherentes (partidarios de la famosa *guerra á cuchillo* que, algunos años más tarde, había de ostentar en la Península sus proezas africanas y levantar la protesta indignada de Wellington) querían sencillamente armar con puñal « las gentes que pudieran reunir » y entrar á degüello contra compañías formadas y prevenidas! La inepticia profunda del plan, renovado de la fábula del gato con cascabel, hubiera bastado para alejar á Liniers : bien sabía él — y la desbandada de Perdriel iba á confirmarlo — cómo las « gentes » sin disciplina ni dirección hacen frente á los soldados aguerridos y bien mandados. En cuanto á las dos minas, cuyos trabajos se prosiguieron durante semanas para satisfacción del ingeniero y *modus vivendi* de sus operarios, abandonándose luego sin causa intercurrente, su efecto más probable hubiera sido sacrificar á un cente-

(1) Dice la *Historia de Belgrano*, I, 125 : « Á los diez días de ocupada (la ciudad), se abocaron el ingeniero don Felipe Sentenach y don Gerardo Estebe y Llac... » Á ser exacta esta versión, el complot no hubiera tomado consistencia sino después de la salida de Liniers para la Colonia y, por consiguiente, éste no pudiera conocer el plan. Pero la versión es inexacta. Los dos primeros conjurados « se abocaron » el 29 de junio, « dos días después de la toma de la plaza », según los términos precisos del *Diario* redactado por Sentenach y suscritos por los siete conspiradores. Por lo demás, la fecha concuerda con los hechos : el 3 de julio, comunicaron su proyecto al gobernador de Montevideo ; el 8, se reunieron en casa de Álzaga para examinar y discutir los planes propuestos ; el 9, se hizo la elección de jefes.

nar de enemigos y atraer luego sobre el vecindario inocente las más sangrientas y justificadas represalias. Pero no es dudoso que hubo de sublevar el alma noble de Liniers el carácter salvaje de la empresa, aun antes que sus condiciones irrealizables chocaran con la pericia del militar.

La injusticia inicial de la agresión no impedía que la toma de Buenos Aires fuera un acto de guerra regular; los ingleses eran vencedores de buena ley que habían concedido á la plaza condiciones honorables; habíanlas aceptado las autoridades, firmando la capitulación; casi todos los oficiales y vecinos notables estaban juramentados, —entre ellos, muchos de los que se proponían con medios tan innobles borrar su juramento. Enhorabuena que Pueyrredón y sus hermanos juntasen elementos en la campaña: Liniers podía aplaudir su concurso leal y aceptar su comando. Pero era soldado, no jefe de *bravi*, y su corazón altivo tenía que repugnar á esa trama encubierta, á ese acecho nocturno de felonía y traición. Él quería vencer de día, á la cabeza de una división: dirigir al adversario un cartel de desafío y, si no admitía la rendición, vencerle en buena lid — como lo hizo.

Quedaban las dos formas de ataque exterior, y aquí tampoco la vacilación era posible. Sobremonte y sus milicias cordobesas representaban para el país el desprestigio, la incapacidad, la segunda derrota prevista, vale decir, segura; para él, personalmente, importaba la vuelta definitiva á la condición subalterna, bajo un jefe que le aborrecía y á quien despreciaba: un sepelio moral. Sabíase, por otra parte, que el gobernador Ruiz Huidobro acababa de negar al virrey caduco un refuerzo de dragones y blandengues que éste solicitara (1); hasta las armas escaseaban en las provincias; y las infelices proclamas de Allende á sus cordobeses ó de Acuña á sus catamarqueños, verdaderos certificados de incapacidad y compromisos de infalible derrota, justificaban plenamente las aprensiones de Liniers.

(1) Oficio del marqués de Sobremonte al gobernador de Montevideo, 1° de julio de 1806, transcrito en la *Biblioteca de la Crónica*.

Tampoco éstos, como los de Perdriel, sospechaban que, en un encuentro campal, no hay muchedumbre indisciplinada que resista á un batallón de línea. No restaba, pues, más que Montevideo como punto de apoyo y base regular de operaciones.

Sabíase que los jefes de mar y tierra allí residentes estaban organizando un plan de resistencia, en previsión de un ataque anunciado; hasta se hablaba ya de un proyecto de reconquista de la Capital, con el concurso de aquel vecindario y de la marina mercante. Pero la consideración decisiva que sin duda determinó al jefe de carrera Liniers, y es la clave de su conducta futura, fué que, en el desquicio actual, el gobierno de Montevideo, con el brigadier Ruiz Huidobro, significaba la única autoridad jerárquica subsistente. Acháquese enhorabuena á estrechez de espíritu ese respeto casi supersticioso del orden establecido, que pronto parecerá escandaloso y criminal para los precursores de un siglo de revoluciones y desgobierno : lo que queda, entretanto, lo que explica hasta el fin la actitud de Liniers, es su fidelidad inflexible al principio de la autoridad legal. Este supuesto « soldado de aventura » era el menos aventurero de los hombres; no abrigaba ambición personal fuera de la regla y del deber; su pretendida aproximación á las veleidades « patriotas », su defección, por tanto, no existió sino en algunas cabezas calenturientas. En realidad, lo vacilante y contradictorio no está en su vida, sino en los acontecimientos de la Península que él se obstinó en reflejar escrupulosa y pasivamente. Héroe de la obediencia, apareció inerte ó desconcertado cuando no supo á quién obedecer.

II

Tomado su partido, Liniers se dirigió á Las Conchas (probablemente el 10 de julio) y se embarcó en una lancha para la Colonia. Se dice que había pasado parte de la noche anterior en oración, en

el santuario de la Recoleta : era la vela de las armas de los antiguos caballeros, y á fe que no sentaba mal en quien descendía de Guy de Liniers, muerto en la batalla de Poitiers. Desde la Colonia escribió á Ruiz Huidobro, reseñando el estado de la capital y proponiéndole reconquistarla « con 500 hombres de tropas escogidas » que se le confiasen. La Junta de guerra, allí establecida para preparar la resistencia á la anunciada invasión de Popham, opinó que se debía oír á Liniers. Llegó éste el 16 á Montevideo y, al día siguiente, desarrolló su plan ante la Junta presidida por el Gobernador. — Era el brigadier Ruíz Huidobro, según el chismoso Presas, un « marino muy acicalado y cuyo cuerpo evaporaba más olores que una perfumería ». La ejecución es somera; desgraciadamente no encontramos para contradecirla, en este punto de su carrera, sino sus reiteradas manifestaciones de « estar su salud muy quebrantada » para dirigir cualquier empresa; hasta quería la fatalidad que se agravaran sus achaques cuando al Cabildo urgía más y más la proyectada expedición. Á su investidura real de gobernador (por cédula de 14 de julio de 1803), Huidobro reunía ahora otra popular de muy dudosa ortodoxia. Á raíz de la conquista inglesa, el cabildo de Montevideo había dado el primer paso hacia la disgregación inminente del virreinato, declarando *proprio motu* que « en virtud de haberse retirado el virrey al interior del país, de hallarse suspenso el tribunal de la Real Audiencia y juramentado el Cabildo de Buenos Aires, era y debía respetarse en todas las circunstancias al gobernador don Pascual Ruiz Huidobro como jefe supremo del Continente (sic), pudiendo obrar y proceder con la plenitud de esta autoridad para salvar la ciudad amenazada y desalojar la capital... » (1). Sea cual fuese el valor legal de esta innovación, Huidobro, Tántalo del virreinato, veía en ella una promesa y entrada en posesión de ese anhelado título que, por dos veces, había de rozar sus manos sin que lo alcanzara jamás :

(1) Citado en BAUZÁ, *op. cit.*, II, 398.

...*Être empereur ! — O rage, ne pas l'être !...* (1)

En cuanto al Cabildo, al expresar sus sentimientos propios interpretaba los de la población, los cuales, desde la creación del virreinato, fueron la impaciencia del yugo de Buenos Aires y la pretensión de disputarle el predominio político y comercial. Esta rivalidad, que la Capital tuvo siempre en poca cuenta, va á diseñarse con ocasión de la Reconquista para estallar después de la Defensa : con acostumbrarse los dos pueblos á mirarse como adversarios, se orientará el uruguayo hacia la propia independencia.

Pero entonces la opinión de Montevideo se mostraba unánime para la reconquista, si bien el amago de un ataque de Popham vino á dar pie á la prudencia del gobernador. Es justo reconocer la admirable actitud del vecindario que, sin distinción de clases, contribuyó con sus personas y bienes al logro de la proyectada expedición. En vísperas de la llegada de Liniers, estaban alistados 1400 hombres y aprestada una flotilla «de tres goletas, doce lanchas de fuerza, cañoneras y obuseras, con el número de embarcaciones correspondiente al transporte de las tropas» (2). Reunida la Junta, bajo la impresión de estar Montevideo amenazada á su vez, Liniers no se empeñó en demostrar que la reconquista de Buenos Aires tornaba improbable el ataque de Popham con fuerzas tan reducidas: se ciñó hábilmente á demostrar que su plan no difería esencialmente del presentado por Concha, Michelena, Córdoba y demás oficiales allí presentes (de quienes era superior jerárquico como capitán de navío), y que su ejecución no reclamaba sino una parte de la gente movilizada, pudiendo la otra parte quedar para la defensa de la plaza que, desde luego, «requería la presencia del gobernador». Aceptadas estas ideas, que fueron expuestas con elocuencia y defendidas con calor, quedó en tal sentido modificado el plan de la reconquista y *nombrado oficialmente* su comandante en jefe don Santiago Liniers,

(1) V. HUGO, *Hernani*, IV, 2.

(2) C. CORONADO, *Informe al Gobernador*.

con el capitán de fragata Gutiérrez de la Concha como segundo. Aquel nombramiento regular y la *orden* de marcha consiguiente confirman lo que dijimos acerca de la expedición y de su caudillo; y ello, además de fijar la fisonomía tan mal comprendida de Liniers, restablece la verdad de los hechos en el deplorable enredo de la capitulación, que á su tiempo discutiremos. Al invocar su dependencia jerárquica respecto del gobernador Huidobro, cuya ratificación era en cierto modo necesaria, Liniers no inventaba un argumento de circunstancia. Tan es así que, después de la Reconquista y en el orgullo embriagador de la victoria, siempre respetuoso de la ordenanza él encabeza su parte oficial al Príncipe de la Paz transcribiendo *in extenso* la « orden » de su jefe para constancia de su procedimiento regular (1). Quien aprecie la conducta de un oficial europeo con el antiguo concepto « criollo » de la disciplina, se expone á desconocer á hombres y acontecimientos.

Debiendo formarse el cuerpo expedicionario con « hombres escogidos de la mejor tropa » no dejó de ofrecer dificultades su organización, ante las pretensiones justificables de las milicias. Todos los voluntarios urbanos querían marchar, y no estuvo demás la energía militar de Liniers, unida á su incomparable dón de gentes, para encauzar el entusiasmo general. Él sabía que las batallas se ganan con soldados; redujo, pues, al mínimun el contingente de reclutas, mejor dicho, exigió que fueran el núcleo de su fuerza los 500 hombres de línea que, según su primera comunicación, eran necesarios y suficientes para la empresa, sin rechazar un prudente refuerzo de voluntarios. Del estado firmado por Liniers en la Colonia, el 3 de agosto, resulta el siguiente efectivo :

<i>Tropa de línea</i>		Plazas
1 compañía de artillería (comandante Agustini)		75
1 compañía de infantería de Buenos Aires (com. Gómez) . . .		63
3 compañías de dragones de Buenos Aires (Pinedo)		216
2 compañías de blandengues de Buenos Aires		<u>174</u> 528

(1) *Biblioteca del Comercio del Plata*, Compilación, página 62, y muchas obras modernas.

Milicias

2 compañías de infantería de Montevideo (Chopitea y Balbín)	150	
2 compañías de caballería de la Colonia (Chain y García) . . .	102	
1 compañía de voluntarios catalanes (miñones) (Bufarull) . . .	120	372
		900

Añadiendo á esta cifra los 73 marineros del corsario francés Mordeille (1), que tan bizarramente concurren á la Reconquista, unos 300 marineros españoles de los buques (pues no todos bajarían á tierra) que se desembarcaron en Las Conchas, y unos pocos «aventureros» agregados, se alcanza al gran total de 1300 hombres para la división que marchó sobre Buenos Aires. Se ve que el contingente propiamente uruguayo comprendía unas 252 plazas, apenas la quinta parte del conjunto. No procuramos ni nos toca minorar el lote que legítimamente le pertenece en la gloria común; tampoco desconocemos la influencia moral que tendría la presencia de los Chopitea, Salvañach, García de Zúñiga, Caldeira, Chain, Larreta, Ellauri—y hasta el capellán Larrañaga—entre los voluntarios; pero quedan las cifras irrefutables, y es imposible no tachar de excesiva la pretensión, manifestada después del triunfo, de ser las cuatro compañías montevidéanas las únicas reconquistadoras y dueñas exclusivas de las banderas tomadas por Liniers y Pueyrredón.

El 22 de julio la división salió de Montevideo, desfilando por el portón de San Pedro entre las aclamaciones del vecindario; al frente iba Liniers, vistiendo el brillante uniforme azul y rojo, flor-delizado de oro, de capitán de navío y en el pecho la cruz de Malta, con su alta estatura, su robusta presencia, su belleza risueña y varonil que formó parte de su prestigio entre las muchedumbres; saludaba, eterno *feminista*, á las mujeres apiñadas en balcones y azoteas, anunciando la victoria que le tenía prometida esa voz secreta,

(1) El historiador Mitre escribe *Mordell*, como si el apellido fuera catalán. — Es de notar que Liniers, á pesar de su simpatía natural por sus compatriotas y de la amistad que tenía con Mordeille y el teniente Raymond, no incluyó este contingente sin pre en el estado oficial; siempre el respeto profesional de la ordenanza!

misterioso confidente de todo conquistador. ¡ Al fin tenía su hora, y blandía al claro sol de invierno, dulce como una caricia, la espada tanto tiempo herrumbrada que había flameado en Gibraltar y Menorca contra esos mismos ingleses que ahora iba á vencer !

La columna salió de la ciudad después de mediodía y llegó esa misma tarde á Las Piedras (1), donde pasó la noche ; al día siguiente, tuvo que detenerse en Canelones y acampar hasta el 26 por la lluvia creciente que había engrosado al río de Santa Lucía (2). Las fuerzas salvaron San José sin detenerse, alcanzaron al Rosario el 29, acamparon el 30 en el Riachuelo y, por fin, entraron en la Colonia en la mañana del 31 ; ya estaba allí la flotilla de transporte al mando de Gutiérrez de la Concha. El 1º de agosto, el coronel Liniers dirigió á la división una proclama briosa á par que severa, y se hicieron los preparativos del embarco. Ese mismo día tenía lugar el desgraciado encuentro de Perdriel que los voluntarios españoles y criollos debieron y pudieron evitar, retirándose ante el enemigo que no tenía caballería : puso en relieve el valor personal del joven Pueyrredón, pero demostró lo inconsistente de las milicias mal dirigidas y peor disciplinadas. Al día siguiente, Pueyrredón se presentaba á Liniers, refiriéndole muy afectado y abatido el desastre de la víspera ; fué entonces cuando el jefe le reanimó é infundió confianza á sus tropas con aquellas palabras ya citadas : « No importa : bastamos nosotros para batirlos ».

La marcha de la división, desde el día 3 de agosto en que salió

(1) Para los detalles de esa marcha, no hay mejor documento que el *Diario* exacto y minucioso llevado por el capitán de milicias de infantería, don Juan Balbín González y Vallejo, el mismo que fué más tarde coronel del *Regimiento de infantería ligera* de Montevideo y, en unión de Murguiondo y Cavia, intentó el movimiento revolucionario del 12 de julio de 1810. — En la jornada de la Reconquista, Murguiondo, también capitán de buque mercante, mandaba en segundo el cuerpo franco de Mordeille.

(2) En la primera parte de este trabajo (página 118 del presente tomo) se ha deslizado un error : no fué el 25, sino el 26 que Liniers llegó á San José. El 25, como dice el texto, se pasó en Canelones. En este día de Santiago, Liniers cumplía 53 años, pero, era simple coincidencia, pues el nombre de Jacques era patronímico y se transmitía de padres á hijos en la familia desde el siglo xv.

de la Colonia hasta el 10 en que llegó á los mataderos del Miserere, ha sido referida por testigos presenciales (oficiales del ejército casi todos ellos) con bastante divergencia en los pormenores. — Esta discrepancia era por muchas causas inevitable, y por cierto que no se limita á este episodio, puesto que es de regla general en historia. No proviene únicamente del reducido campo en que gira la acción personal de cada testigo; también entran en cuenta, como ya dijimos, la irresistible tendencia imaginativa y la ilusión humana que nos sitúa en el centro del horizonte visible. Añádase que cuando son subalternos, como Concha ó Córdoba, que se dirigen al superior, entra fatalmente en juego otro móvil interesado; para aplicar un dicho vulgar á un acto que no lo es menos: cada cual arri- ma la brasa á su *churrasco* (1). Se ve á cuántas causas de error está sujeto el juicio histórico. Por eso, el historiador no debe *seguir* servilmente á nadie, sino escuchar á todos los testigos más ó menos sinceros, y extraer del conjunto contradictorio una versión probable y racional. Este prudente escepticismo es la esencia misma de la crítica; tal escéptico no es el pirrónico que niega, sino el que investiga pacientemente antes de pronunciarse, — la misma palabra lo dice (2). El lector encontrará en los *Documentos históricos* el parte oficial de Liniers (3); no es del todo exacto ni completo; contiene varios errores de detalle y, naturalmente, se muestra bastante parco respecto de la actitud del autor en la jornada; con todo, es un documento de primera mano que presenta un buen cuadro de conjunto y, á más de las comunicaciones oficiales, suministra datos preciosos para la psicología del Reconquistador.

Embarcadas las tropas el día 3, la travesía de la Colonia á esta costa se efectuó sin inconveniente grave, aunque con bastante la-

(1) Es la forma criolla del refrán; en España, suele decirse *á su sardina*.

(2) *Ἐξεπτικός* = el que examina; propiamente, el que toca con las manos, como santo Tomás.

(3) Por la abundancia del material hemos tenido que retirarlo á última hora, reservando su publicación hasta el próximo número.

bor por la suestada y los chubascos. Parte de la flotilla extravió el rumbo en la obscuridad, teniendo que fondear sin saberlo á inmediación de una fragata enemiga. Al salir la luna, zarparon las naves y rectificaron su rumbo, amaneciendo á la vista de Buenos Aires y de la escuadra inglesa. Arreciando la suestada, Liniers resolvió desembarcar en Las Conchas y no ya en Olivos como se había determinado. Allí fondeó el 4 por la mañana, realizándose inmediatamente el desembarco de tropas y artillería é incorporándose además los marineros disponibles de la flotilla. Al día siguiente, las fuerzas entraron en San Isidro, donde encontraron provisiones frescas y abrigo; el temporal se había desencadenado, dispersando las naves enemigas y echando á pique cinco lanchas cañoneras. Las tropas emplearon el día en limpiar el armamento y apercibirse para el combate que se creía inminente. Unos doscientos hombres que allí se incorporaron, entre dispersos de Perdriel, voluntarios á pie y paisanos á caballo mandados por el alférez Terrada, habían traído la noticia de un próximo ataque, dispuesto por Beresford contra la división en marcha. Avisos semejantes se repitieron los días siguientes, esparcidos al parecer por Sentenach y sus conjurados, sin mucho conmover á Liniers. En la mañana del día 8, apenas serenado el tiempo, la división se puso en marcha, llegando en la tarde del 9 á la Chacarita de los colegiales.

Al día siguiente, domingo, el capellán Larrañaga celebró la misa al aire libre, en el centro de las tropas formadas, y, concluído el oficio, se dió orden de marcha para los corrales de Miserere, donde se llegó á las diez de la mañana. Desde este punto, el jefe de la división española dirigió á las once, con su primer ayudante Quintana, una enérgica intimación al general inglés. No habiendo sido admitido por Beresford, en los quince minutos fijados, el enviado se retiró sin entregar la misiva; pero Liniers no aprobó este exceso de celo y despachó nuevamente á su ayudante que fué recibido en el acto (1).

(1) Este incidente, al que los generales ingleses dieron cierta importancia (comunicación de Popham á Beresford, 11 de agosto, 7 1/2 de la noche) no se menciona en la

La conocida respuesta de Beresford era muy significativa, viniendo de un jefe tan experto como valiente: al contestar que se defendería « hasta el caso que la prudencia le indicara », confesaba implícitamente lo que dejaban entrever sus pedidos de conferencias con las autoridades bonaerenses y, un poco más tarde, con Pueyrredón. La situación del invasor se presentaba cada día más difícil é insostenible en la atmósfera hostil de la ciudad y, si bien resuelto á cumplir con su deber mucho mejor que el autor de la aventura (1), no se le ocultaba la desigualdad de las condiciones en que se empeñaba el combate: vencedor, su victoria quedaba estéril, vencido, su pérdida era irreparable. Puede decirse, pues, que la acción se inició, en esa misma tarde, contra un adversario moralmente derrotado. Á las cinco, la división rompió marcha hacia el Retiro, yendo de vanguardia el cuerpo de voluntarios catalanes con dos obuses (2).

III

El grueso de la división no salvó sin gran trabajo, y merced al auxilio del vecindario y los gauchos á caballo, las dos millas de mal camino, entonces sembrado de baches y pantanos, que median en-

Historia de Belgrano, á pesar de referirlo Núñez, lo que hace ininteligible la narración: « Liniers... intimó rendición al general inglés á las 11 y media, dándole 15 minutos para decidirse... La contestación llegó á las once de la noche... » Quintana estuvo de vuelta en el Miserere á la una, y á las cuatro la segunda vez.

(1) La actitud inerte de Popham era juzgada severamente entre los mismos oficiales ingleses: véase á Gillespie, *op. cit.*, página 93.

(2) Y no « á las doce de la noche », como dice la *Historia de Belgrano*, repitiendo á Núñez. Esta pretendida marcha nocturna por tales caminos sería de suyo inverosímil é incompatible con la presencia del pueblo y de los muchachos que ayudaban á sacar la artillería de los pantanos. Por otra parte, los dos principales actores, Concha y Liniers, son explícitos en sus partes oficiales; he aquí las palabras del jefe de la expedición: « Al instante de recibida esta carta (la contestación de Beresford) me puse en marcha para atacar el Retiro, lo que efectué á las 5 ». Del primer eslabón se desprende una cadena de errores cronológicos que es inútil señalar.

tre el Miserere (Once de Septiembre) y el Retiro. Entretanto, los miñones ó migueletes, apoyados por la compañía de infantería de Buenos Aires, llegaban á dicha plaza « á paso de carrera », atacaban el Parque, defendido por 200 soldados ingleses, y los desalojaban con una carga á la bayoneta. La fuerza enemiga se replegaba hacia la Fortaleza, dejando varios muertos y prisioneros en el sitio, cuando encontró á Beresford que acudía en su auxilio por la calle del Correo, con una columna de 400 á 500 hombres. En este momento, desembocaban en la plaza á marcha redoblada, vivamente estimulados por el mismo Liniers, los voluntarios de Montevideo con una parte de la artillería de Agustini: tan decisivo fué, al enfilarse la calle, el fuego del obús cargado á metralla, que el enemigo se detuvo bruscamente y emprendió retirada hacia la Plaza Mayor, dejando unos treinta muertos ó heridos y abandonando un cañón.

Era muy tarde para seguir las operaciones y, además, las tropas estaban rendidas de cansancio; Liniers se contentó con ocupar fuertemente el Retiro y sus bocacalles, tomando todas las precauciones del caso contra cualquier sorpresa. Las tropas pasaron la noche sobre las armas y sin comer. El día 11 fué ocupado en montar los cañones de 18 desembarcados de la goleta *Dolores* y otros de igual calibre que se encontraron en el Parque: había que prevenirse contra un posible bombardeo de la escuadra, y también prepararse para batir en brecha á Beresford que parecía dispuesto á encerrar su defensa en la Plaza Mayor. El efecto moral de este primer triunfo se hizo visible el mismo día; acudieron á engrosar las fuerzas ó tomar órdenes muchos jóvenes patricios y hombres del pueblo (1), entre ellos, Sentenach y sus acólitos salidos al fin de sus socavones inútiles, siempre siniestros y agoreros, y que ahora se resolvían á seguir las

(1) Con todo, la cifra que se da en la *Historia de Belgrano*, siguiendo al inevitable Núñez, parece notablemente exagerada: «El día 12, el ejército conquistador contaba con cerca de 4000 hombres». No creemos que exista cómputo fidedigno alguno que haga subir el efectivo real á la mitad de ese número. La cifra de Concha (1700) es la más probable.

caravanas con el general. Á mediodía, para probar los cañones recién montados, Liniers en persona apuntó sucesivamente á una lancha cañonera y á una fragata enemigas, con tan raro acierto que, después de dar en el casco de la primera, cortó con el segundo tiro la pena de su mesana « donde tremolaba la bandera británica que cayó al agua : feliz pronóstico del aje que debía recibir al día siguiente (1). »

Fué causa de no llevar ese mismo día el ataque á la Plaza Mayor el rumor, que corrió en el Retiro, de haber bajado á tierra el comodoro Popham para concertar con Beresford el plan á que antes hemos aludido; éste consistía en tomar la ciudad entre los fuegos de la escuadra y los de la Fortaleza, y, en caso de mal éxito, embarcar las tropas con los caudales públicos y todo el botín que produjera el saqueo. Para prevenir esta eventualidad, Liniers había dispuesto que el cuerpo de reserva al mando de Gutiérrez de la Concha se trasladara á San Isidro y, en caso necesario, se embarcara en los buques mayores para bajar el río y cooperar al ataque por tierra ó tener en jaque á las fuerzas de Popham. Pero dicho plan no tuvo principio de ejecución, ya por el fuerte viento reinante, ya por la negativa de Beresford, y se mandó suspender la marcha de la reserva. Al amanecer frío y brumoso del día 12, se tocó generala y, después de revistar las tropas, Liniers tomó sus últimas disposiciones para el ataque de la plaza. Dividió en tres columnas su ejército, reducido en número, pero exuberante de entusiasmo y confianza en la victoria. La columna de la izquierda, al mando de Liniers, entraría por la calle de la Merced; la del centro, mandada por el segundo jefe, Gutiérrez de la Concha, enfilaría la calle de la Catedral, en tanto que la de la derecha, á las órdenes del coronel de dragones don Agustín Pinedo, seguiría la calle del Correo (Florida) hasta el centro, para allí dividirse y ocupar las cuadras del oeste y del sud inmediatas á la Plaza Mayor. La artillería

(1) Parte de Liniers; varios contemporáneos confirman el hecho, entre otros, Núñez.

de Agustini debía preparar el avance, barriendo el camino y haciendo replegar al enemigo. El ataque general se había fijado para las doce del día ; pero un incidente lo precipitó. Destacados en avanzada, los marineros de Mordeille y los miñones de Bofarull se habían deslizado por las aceras, rasando las casas á favor de la neblina, hasta llegar á dos cuadras de la Plaza y acantonarse en algunos edificios, desde donde rompieron el fuego sobre las partidas enemigas. Habiendo salido á contenerlos y desalojarlos una columna inglesa, nuestros impetuosos exploradores se desplegaron en guerrilla y avanzaron resueltamente (1). Eran las nueve de la mañana; los imprudentes voluntarios pedían refuerzo y municiones, no resolviéndose á abandonar el terreno conquistado. Las tropas enardecidas por la fusilería querían marchar al fuego... Entonces Liniers modificó rápidamente su plan anterior : lanzó la caballería de milicias de la Colonia y los dragones de Buenos Aires con artillería volante por la calle de Santo Cristo, en tanto que se movía pensadamente la reserva con sus cañones de batir, y él mismo se adelantaba por la de la Merced, situándose en la plazoleta de la iglesia. La refriega se hizo general. El brío de la tropas suplió la desbaratada estrategia; el vecindario arrastró los cañones sin caballos : todo el plan se reducía ahora, para cada jefe de cuerpo, compañía ó pelotón, á desalojar al enemigo que tuviera al frente, hasta desembocar en la Plaza Mayor.

Los ingleses, acantonados en los altos del Cabildo, la azotea de la Recoba, el pórtico de la Catedral, tenían que hacer frente á los combinados ataques de seis columnas convergentes. Cedieron primero los de la Catedral ante la reserva de Concha y los voluntarios de González Vallejo ; los del Cabildo, acometidos al sud por los

(1) Este despliegue en guerrilla de las fuerzas voluntarias resulta de las *Declaraciones* (Colección Coronado); por ejemplo, el teniente Raymond, del cuerpo de Mordeille, declara que con su jefe estuvo sucesivamente « en la calle de la Catedral al oeste, después en la otra al norte, después en la que va de la Plaza á la Merced, y últimamente en la que va de la Fortaleza á la cerca de este convento, habiendo hecho y visto hacer un fuego incesante por todas partes. »

blandengues y al norte por la reserva de Concha, se replegaron sobre la Recoba, ya batida por la metralla de Liniers, y desde cuyo arco Beresford dirigía la defensa. Aquí se concentró el combate y comenzó á diseñarse el triunfo; por el norte y el oeste avanzaron con denuedo las tropas reconquistadoras, en tanto que los granaderos de Chopitea desde la calle de San Francisco y los marineros de Mordeille desde el Hueco de las Ánimas atacaban de flanco al enemigo.

La posición se hizo insostenible. Casi en el mismo instante, los generales vieron caer á su lado á sus edecanes mortalmente heridos: el capitán Kennett, amigo de Beresford, y el alférez de navío Fantin que sucumbió poco después. Liniers, atravesado el uniforme por tres balazos, encargó al voluntario Artayeta el cuidado del herido, mientras él, con su ayudante Quintana, se movía hacia la plaza (1). Era el momento en que Beresford, convencido de que era imposible la resistencia, daba la señal de retirada cruzando su espada sobre el brazo izquierdo. La diezmada división inglesa se replegó en buen orden hacia la Fortaleza, siendo su general el último que cruzó el puente levadizo. El pueblo victorioso hizo irrupción en la plazoleta del Fuerte, dominando con sus clamores el ruido de la fusilería y batiendo los murallones con sus oleadas enfurecidas. Los corsarios de Mordeille, siempre á vanguardia, trajeron escalas para emprender el asalto como si fuera un abordaje; pero entonces apareció Beresford, espada en mano, por el ángulo nordeste del parapeto y se izó bandera parlamentaria. Con todo, el humo y

(1) Todo ello consta de documentos fidedignos (*Declaraciones*, comunicaciones del Cabildo, etc.); el valor de Liniers era proverbial y sólo Manuel Moreno lo ha puesto en duda en páginas odiosas y acribilladas de errores materiales — él que, teniendo cerca de treinta años en esa fecha, no figuró entre los combatientes de la Reconquista ni de la Defensa. Manuel Moreno transformó en odio ciego y personal contra Liniers lo que fué en Mariano el dictado imperativo del deber. La obsesión del atentado legal de la Cruz Alta se *accedó*, puede decirse, en la imaginación del editor de las *Arengas y Escritos*; el victimario por sustitución se encarnizó contra la víctima, según un fenómeno mórbido bien conocido y que Tácito tiene caracterizado: *proprium humani ingenii est, odisse quem læseris*.

la distancia impedían divisarla y no cesó al punto el fuego de los asaltantes. Al pie de la muralla, el comandante Mordeille, que contenía difícilmente á sus hombres, cruzaba un diálogo en francés con Beresford ; preguntando éste « si su vida corría peligro », el otro contestó que estaba salva con rendirse á discreción. El general arrojó su espada al pié de la muralla, pero Mordeille se la devolvió atándola con pañuelos ; al propio tiempo, se izó en el bastión una bandera española suministrada por un marinero, y de repente cesó el fuego, alzando el pueblo una inmensa aclamación (1). Entretanto, llegaban á la puerta del Fuerte el ayudante don Hilarión de la Quintana con el francés Raymond quien « para abreviar la cosa » tomó el tambor de parlamentario ; venía con ellos el teniente de navío Córdoba, otra víctima futura de la revolución ; por fin el corsario Mordeille había escalado el parapeto para convencer á Beresford. Hubo un breve cambio de palabras cerca de la puerta y á vista de mil testigos : después de retirarse Quintana, continuó la discusión en francés sobre las condiciones que, según los vencedores, no podían al pronto ser otras que la entrega á discreción, garantizando la vida salva.

El vencido tuvo que ceder y el grupo salió al encuentro de Liniers, después de gritar Córdoba desde el puente levadizo : *Pena de la vida al que insulte al general inglés !* Al salir encontraron « en las obras exteriores » á Gutiérrez de la Concha que condujo á Beresford delante de Liniers (2). Hallábase éste en uno de los

(1) Este episodio, con la parte principal que en él tuvo Mordeille, resulta mutilado y desfigurado por los historiadores modernos. Nuestra versión abreviada es el resumen y promedio de las declaraciones testimoniales (colección Coronado) que concuerdan en el fondo. Mordeille se portó con tanta intrepidez como eficacia en la Reconquista y la toma de Montevideo, donde cayó mortalmente herido. Pero era francés, es decir, para el espíritu de aldea, *ánima vilis* y carne de cañón anónima ; se le hace justicia escribiendo una vez su nombre con faltas de ortografía, y se reserva el entusiasmo lírico para una *rabona* tucumana vestida de hombre que, ayudada de su marido, « mató con sus propias manos » (?) á un soldado disperso y le quitó el fusil.

(2) Dice el historiador Mitre (op. cit., I, 130) : « El general inglés salió de la fortaleza bajo la garantía que le dió el *general* (sic) don Juan Gutiérrez de la Concha, gritando al

arcos del Cabildo, de pie y rodeado de oficiales; caminó algunos pasos adelante, devolvió al vencido la espada que quería entregar y le estrechó en sus brazos con expresiones caballerescas, concediendo á sus tropas los honores de la guerra y ofreciendo al general canjearle con el virrey de Lima que se creía prisionero. No hubo en el acto otra forma de capitulación. Por sugestión del generoso Liniers, el ministro Casamayor ofreció á Beresford hospedarle en su casa con sus ayudantes, y fué aceptada esa invitación que tantos disturbios había de originar. Á las tres de la tarde, los ingleses salieron del Fuerte con sus armas, banderas desplegadas y las músicas tocando marcha; desfilaron entre los vencedores formados, yendo á depositar sus armas delante del Cabildo (1), para ser distribuidos en seguida en el Fuerte, el Retiro y otros cuarteles. Los oficiales quedaron libres bajo palabra. Según el estado elevado por el comandante Agustini, se recuperó en el Fuerte toda la artillería española y siete cañones ú obuses ingleses, y, además de 1600 fusiles de la tropa rendida, gran copia de armas existentes en la armería; por fin (dice Liniers), se tomaron « las banderas del regimiento 71, las que tenía votadas á Nuestra Señora del Rosario ». Las bajas del enemigo fueron considerables: tomando un justo medio entre las exageraciones de una y otra parte (2), no hubo mucho menos de

pueblo, etc.» Ni el capitán de fragata Concha ni el ayudante Quintana salvaron el puente levadizo con el general Beresford. Nuestra versión concuerda con las declaraciones y el importante documento de Córdoba, elevado al superior para restablecer la verdad y « advertir la equivocación que había padecido » el mismo Liniers en este punto de su parte oficial.

(1) Fué probablemente en el acto de la entrega que Pueyrredón «tuvo la suerte de quitar á un oficial inglés una guia del regimiento *prisionero* que quería ocultar», según sus propias expresiones (*Trofeos de la Reconquista*). Cualquiera otra versión es inverosímil; no hubo « cuerpo á cuerpo » ni prisioneros del 71 antes de la entrega general. Pueyrredón acababa de mostrar en Perdriel que era capaz de cualquier proeza personal; pero, si no se produjo en el acto citado ¿qué utilidad tienen los ditirambos y las ficciones?

(2) El parte de Popham es un tejido de embustes y calumnias que no mereció crédito en la misma Inglaterra. Al vituperar su conducta, el *Annual Register* llegó á decir que *the gallant commodore had even been placed in a situation to have a single shot fired at him*. — Agreguemos de una vez que la relación más completa y exacta de la Reconquista es la

trescientos soldados muertos ó heridos (sucumbiendo muchos de éstos); además, murieron tres oficiales y fueron heridos siete ú ocho, entre éstos el teniente coronel Pack. Las tropas de Liniers sufrieron cerca de doscientas bajas, figurando entre las pérdidas más sensibles la del generoso y abnegado vecino don Diego de Baragaña que cayó muerto en el ataque, y la del alférez francés Fantin que sucumbió al tétanos, como muchos otros heridos.

Tal fué la acción de la Reconquista, que levantó en brazos del pueblo la fortuna de Liniers y cuya fecha gloriosa puede señalarse como la de la « concepción » real, aunque invisible, de una nueva entidad histórica. En España, lo mismo que en Buenos Aires y el resto de la América latina, festejaron por igual el triunfo autoridades y poblaciones, no viendo en él sino el hecho material de la victoria y la ciudad recuperada. Al penetrar de nuevo en su palacio secular entapizado de banderas extranjeras, la vetusta Audiencia no pudo reparar en las grietas abiertas en su bóvedas por la misma conmoción de la reconquista. Después de entregada « la palma á las reales manos de Su Majestad », creyóse que se abría un nuevo ciclo de paz y bonanza para el buen pueblo de la colonia... Al día siguiente de la toma de posesión, que creían volviese á reanudar sus tareas tradicionales, la inexorable lógica de la situación impelió á la Audiencia, al Cabildo y demás corporaciones eclesiásticas ó civiles á celebrar una reunión que la brusca invasión del *pueblo* no invitado transformó en « cabildo abierto ». De allí salió, más ó menos velada por las fórmulas de cancillería, la destitución del virrey Sobremonte y su reemplazo efectivo, aunque no confesado, por el conquistador Liniers. Era el primer acto de la Revolución, y sus consecuencias profundas se ligan al próximo episodio de la Defensa que acentuará el cambio inicial. Pero, antes de emprender su relato, conviene examinar brevemente dos corolarios inmediatos y ruidosos de la Reconquista, diversamente apreciados — mejor dicho, casi omi-

de BAUZÁ, *obra citada*. Pero nada reemplaza el estudio crítico de los documentos y declaraciones originales.

tido el uno y desfigurado el otro — por los historiadores argentinos. Nos referimos á la participación de las fuerzas de Montevideo en la jornada, y al famoso incidente de la capitulación.

IV

Ya hicimos alusión á la rivalidad política y comercial de las dos grandes provincias del Plata; este antagonismo latente no esperaba para estallar sino una ocasión propicia: la Reconquista la suministró. Después del triunfo, nada costó al alma generosa de Liniers proclamar la parte legítima que en él tenían las fuerzas de Montevideo y sus autoridades. Además de la población bonaerense, que asociaba fraternalmente á los uruguayos con sus propios hijos en todos los honores y regocijos de aquellos días, el Cabildo distribuyó recompensas á las milicias de Montevideo y la Colonia, decretó pensiones á las familias de las víctimas, envió al cabildo vecino una nota congratulatoria en que se agotaban las fórmulas más «orientales» del reconocimiento; se votó una espada de honor á don Benito Chaín que tuvo la suya rota por un balazo; una comisión de regidores «pasó (dice el mismo Bauzá) á complimentar personalmente á los jefes y oficiales montevidéanos... » (1). Pero todo pareció insuficiente y mezquino, á no significar el derecho exclusivo y absoluto de aquel pueblo al título de «reconquistador». Plan, preparativos y ejecución, todo se debía entera y únicamente á dicho vecindario: nada habían hecho Liniers, Pueyrredón, Concha ni los otros oficiales; nada se debía á los soldados españoles, franceses y voluntarios de Buenos Aires; las pocas bajas de la «legión fulminante» represen-

(1) BAUZÁ, *Dominación española*, II, 437. — Lo que no impide al autor erigirse en acérrimo defensor de las más irritantes pretensiones de sus compatriotas, en una obra bajo muchos aspectos estimable, pero dictada, en esta y otras partes, por el espíritu de campanario.

taban un sacrificio mayor que los doscientos muertos y heridos de esta vil multitud: tal era y es todavía la tesis sustentada. Como consecuencia lógica de ese concepto, aquel cabildo interpretó el sentimiento general «reclamando los trofeos arrebatados á los ingleses en la jornada del 12». Un silencio desdeñoso era la sola respuesta pertinente, la única que dió este cabildo después de consultar á Liniers. ¡Entonces fué la explosión de recriminaciones é injurias! El jactancioso alarde de los co-vencedores no conocía límites: reventó en los cafés y tabernas, revistiendo naturalmente formas apropiadas á su medio (1). Y como el inmediato bloqueo de las costas por Popham fuera consecuencia inevitable de su derrota, se renegó de la Reconquista que «dejaba al Uruguay en condición peor que antes». — No pasaría mucho tiempo sin que los «reconquistadores», conquistados á su vez, tuvieran ocasión de hacer el *experimentum crucis* de su victoria exclusiva. Entonces clamaron por el auxilio que, si no fué expresamente denegado merced al influjo de Liniers, concedióse de mala gana y llegó á destiempo. Era la primer cosecha de la cizaña sembrada en agosto. El egoísmo engendra la injusticia; y, en la hora de prueba, tuvo Montevideo que escuchar la eterna réplica del farisaísmo satisfecho: «Ya que pretendes salvar á los otros, sálvate á tí mismo, *salva te metipsam!*» Gradualmente, pareció ensancharse más y más el río divisorio entre ambos pueblos. Ya por hostilidad á Buenos Aires, ya por fatalidad geográfica, el Uruguay vino á ser, entonces y después, el foco de toda resistencia reaccionaria: ingleses, españoles y portugueses hicieron de Montevideo su base de operaciones. Felizmente el antagonismo latente remató en escisión: se produjo un organismo nuevo á expensas del primitivo, según la ley biológica. Y, semejantes á los esposos divorciados que vuelven á amarse cuando no hacen vida común, argentinos y orientales se

(1) Presenta Núñez un animado cuadro de esa orgía de vanidad, citando como muestra algunos versos gauchescos:

Se ha conquistado
La ciudad de los guapos
Que han disparado...

sintieron hermanos en cuanto no fué obligatoria su fraternidad.

El incidente de la capitulación tuvo con el que acabamos de señalar muchos puntos de contacto, como que se atribuyó la toma de Montevideo y la segunda invasión inglesa al resentimiento causado por la violación de « un pacto solemne ». La hipótesis era fantástica; á más de que Inglaterra nunca procede *ab irato*, constábale al ministerio británico la nulidad del documento arrancado á la confianza caballeresca de Liniers (1). Pero el hecho mismo y sus consecuencias han sido tan inexactamente referidos por los historiadores Lopez y Mitre, con tal recargo de detalles novelescos y melodramáticos, que es necesario una vez más restablecer la verdad, reduciendo el episodio á sus exactas proporciones. Es, ante todo, cuestión de fechas: ni hubo tiempo para las intrigas á que se alude, ni tuvo el incidente la trascendental importancia que se pretende, ni la actitud respectiva del Cabildo y del Reconquistador asumió entónces el carácter hostil que nos describen los « evangelios apócrifos ».

He aquí, reducido á sus términos esenciales, el desarrollo del incidente, tal cual resulta de las pruebas testimoniales y de la correspondencia oficial entre Liniers, Huidobro y el Cabildo por una parte, y los jefes ingleses por la otra. Los testigos son militares y vecinos honorables, como los comandantes Martínez, Murguiondo, García, los oficiales Quintana, Córdoba, J. B. Rondeau, Villalba; los vecinos Arenas, Raymond, Anzoátegui, etc., es decir « personas condecoradas y de excepción que concurrieron al acto de la rendición del Fuerte ». El único tachable podría ser el ministro Casamayor, por su carácter dudoso y su interesada intervención en el asunto; por eso conviene no admitir su declaración sino en cuanto concuerde con las otras y los hechos conocidos. — Del estudio del « expediente » resulta, desde luego, que el texto inglés de la capitulación ya estaba redactado y firmado el día 17 de agosto. No transcurrie-

(1) El mismo ministerio lo dejaba entrever en sus *Instrucciones secretas* á Whitelocke (*Trial*, I, *Appendix*): *It may not be clearly ascertained at this moment, to what extent the capitulation made with these troops (Beresford's) has been violated.*

ron, pues, sino cuatro días entre la rendición y la conclusión del malhadado arreglo, y se viene al suelo el andamio de intrigas, festines y saraos, imaginado por un ilustre historiador. Tampoco existían aún, entre Liniers y la dama aquella, las relaciones íntimas que poco después alimentaron la maledicencia local. La brevedad del plazo concurre con los documentos fehacientes para disipar todos esos enredos de novela por entregas.

Alojado con sus edecanes en casa del ministro Casamayor, el general Beresford tuvo esa misma noche una conferencia con su huésped ; al día siguiente, éste fué á casa de Liniers (1) ; estaba presente el testigo Artayeta (basco ó bearnés) quien afirma que, en la conversación tenida en francés, Casamayor « se insinuaba para que hiciese una capitulación de modo que quedasen á cubierto uno y otro general, sin oírle al nuestro contestación alguna sobre el asunto » (2). Ese mismo día á los dos y media, tuvo lugar en el Fuerte una entrevista entré ambos generales : el acto fué público, « estando llenas las salas del Ilustre Cabildo, Consulado, cuerpos eclesiásticos, militares y particulares ». Entraron luego los generales en el despacho de Liniers donde « se mantuvieron solos más de hora y cuarto, encerrados ». Aquí la declaración de Casamayor salta bruscamente á la entrevista del 17, en que todo se concluyó y firmó. Pero es fácil establecer que el declarante omitió mencionar otras conferencias que conocía : casi todos los testigos concuerdan en afirmar que *dos días* después de la rendición, es decir, el 14 ó el 15, estaban fijados los términos de la capitulación — siendo así que cuatro de los testigos conocían el hecho por el mismo Casamayor. Corroboraba el dato la carta dirigida el 16 por el comodoro Popham al gobernador Huidobro. — El día 17, se celebró la última y definitiva entrevista en el despacho de Casamayor ; nadie hizo misterio de ella ; Liniers llegó con sus edecanes Quintana y Viamont, quienes

(1) Liniers no se mudó al Fuerte hasta el 14 ó 15 de septiembre.

(2) *Colección Coronado*, declaración de don B. Artayeta.

permanecieron en amistosa plática con el coronel Pack y otros oficiales ingleses, en tanto que Liniers y Beresford se encerraban con el dueño de casa. El general Beresford exhibió un proyecto de capitulación que el mismo tradujo á viva voz, pues ninguno de los dos interlocutores sabía inglés. Á pedido de Liniers, se introdujeron algunas modificaciones respecto al envío de los prisioneros que habrían de embarcarse « cuando, cómo y por donde nuestro general quisiera ». Liniers, además, insistió en exigir de Beresford la promesa « bajo su palabra de honor » de que este documento, fuera de sus efectos materiales, no se daría á la publicidad, siendo otorgado únicamente para « cubrir al general inglés ante su corte ». Beresford dió su palabra, y Liniers, con noble confianza, puso su firma en el texto inglés de la capitulación. Cometió tres irregularidades : era la primera otorgar un documento *secreto* con efectos *públicos*; la segunda, aceptar una capitulación antedatada, siendo así que sus facultades de comandante en jefe, absolutas el día 12, en el campo de batalla, quedaban sometidas, después de esa fecha, á la ratificación de su jefe jerárquico Ruiz Huidobro ; en cuanto á la tercera, está bien que le reprochen los notarios « haber firmado en barbecho », pero ningún soldado pundonoroso tomará por su cuenta la acriminación. Nobleza obliga. — Por lo demás, y sean cuales fueren los móviles de Casamayor y otros, no son dudosos los que impelieron á Liniers. Fué víctima una vez más de su generosidad caballeresca, de su bondad ingénita que llegaba á la imprudencia y sólo se detenía ante la barrera insalvable del honor y del deber. Liniers estimaba y quería á Beresford, en quien encontraba los rasgos militares y los atractivos aristocráticos (1) de su propia personalidad : cedió á las súplicas de su noble prisionero, á las famosas « lágrimas del general ». Pero nunca tuvo delante de Beresford ni del Cabildo la actitud encogida y vergonzante que la fantasía de algún historiador le ha prestado. Jamás se atrevió

(1) Beresford era hijo reconocido del primer marqués de Waterford.

Beresford á negar categóricamente la afirmación de su adversario, y, algunos meses después, en la hora de las recriminaciones irritantes, él mismo, en un documento secreto que fué interceptado, hacía justicia á Liniers. Los mismos escritores, empero, que reservan tesoros de indulgencia para las maniobras de un Aniceto Padilla ó Saturnino Rodríguez Peña, « hombre despierto y vivaz », recogen todas las calumnias y especies injuriosas contra el Reconquistador : son discípulos de Manuel Moreno.

. — Por otra parte, las condiciones acordadas eran naturales y legítimas en su generosidad : eran las mismas que Beresford concediera al general holandés del Cabo. Los que escriben de estas cosas á la ligera no han visto el único punto crítico del incidente. Cuando Liniers pudo, el día 18, *leer por primera vez* el texto castellano de la capitulación, traducido por don Antonio Arenas, antepuso á su firma y á la fecha del 12 de agosto, la fórmula : *en cuanto puedo*, que expresaba claramente la realidad de su situación actual. En esos mismos días y anteriormente al 18, habían empezado á circular copias manuscritas de la capitulación, á pesar de la fe jurada. Entonces Liniers prefirió cortar por lo sano, volviendo resueltamente al terreno de la franqueza que le era familiar. Devolvió á Beresford la capitulación firmada, con la fórmula restrictiva que significaba : « Siendo la fecha del 12 inexacta, firmo como puedo firmar en este instante, en que he vuelto á ser un jefe dependiente de autoridad superior, es decir, sometiendo este documento á su ulterior ratificación. » La doctrina es inatacable, y tan es así que sir Home Popham pidió á Huidobro su ratificación. Por otra parte, Liniers mantuvo lealmente sus concesiones ; en comunicación del día 18 dirigida al Cabildo, procuró demostrar la conveniencia de embarcar los prisioneros ingleses, que representaban un gasto inútil y un peligro en el caso previsto de una segunda invasión. Ni el Gobernador ni el Cabildo admitieron sus razones, y fué entonces cuando tuvo principio el proceso sobre la Reconquista. El historiador Mitre dice á este propósito que « Liniers quedó envuelto en sus propias redes ».

Las « redes » de Liniers ! La fórmula no es feliz. No son menos inexactas y arbitrarias otras afirmaciones de los historiadores nacionales con relación al mismo incidente ; todos ellos tergiversan las actitudes respectivas de los actores individuales ó colectivos, pintando con colores falsísimos la situación intermedia á la Reconquista y la Defensa (1). La divergencia única respecto de la suerte de los prisioneros no alteró las excelentes y cordiales relaciones del jefe y las corporaciones. El parte del Cabildo sobre la acción del 12 contiene los elogios más entusiastas del general ; el « pueblo » no se dió cuenta del incidente referido y rodeó más que nunca á su caudillo amado, acudiendo en masa á la organización militar que fué la obra inolvidable y exclusiva de Liniers. Por fin, lejos de ser el proceso de la Reconquista una medida de hostilidad contra el héroe popular, y haber sido éste llamado á « comparecer ante la Audiencia y el Cabildo » fué él mismo y él solo quién promovió la información. En este momento de la causa las fechas son los argumentos irrefutables, y los mayores errores apuntados nacen de anacronismos. El 18, Liniers se dirigía al Cabildo encareciendo lealmente la conveniencia, de cumplir su convenio privado, como lo había prometido; el 25, recordaba á Beresford las condiciones mutuas del pacto celebrado á consecuencia de las instancias y súplicas del vencido, y el tono de la comunicación quedaba conciliante y si se quiere evasivo.

Pero cuando, el 27, se atrevió Beresford á escribir que las condiciones firmadas eran las mismas que «antes de la entrega del Fuerte se concertaron», Liniers le infligió, en su respuesta del 30 de agosto, un desmentido tan categórico y vibrante que Beresford no replicó una sola palabra. Inmediatamente, Liniers pasó su comunicación al Cabildo, mandando incoar la información que debía establecer la verdad y destruir por su base las alegaciones de los venci-

(1) MIRRE, I, 144, 145 : « El pueblo indignado protestó enérgicamente... » — « El Cabildo que había reprobado oficialmente el que Liniers atribuyese á su persona y á la tropa veterana mayores méritos que los que les correspondían... llamóle á su seno para pedirle explicaciones, etc. » Conf. LOPEZ, II, 29 y *passim*.

dos. Así se hizo; el Cabildo contestó en el acto aceptando la comisión: «que se conteste al señor General dándosele aviso de lo acordado y *suplicándole que para remover todo tropiezo se digne allanar el fuero de las personas que lo gocen* ». Y como el Cabildo añadía que «sería muy conducente» formar una junta de altos personajes para avocar el asunto, Liniers contestó lacónicamente: «*Enterado, etc., he proveído el siguiente decreto: Por allanados todos los individuos militares, y librese la orden; y por lo que hace á lo demás, me reservo tratar con el M. I. Cabildo. Lo traslado á U. S. para su inteligencia y gobierno. Dios guarde, etc. — Buenos Aires, 5 de septiembre de 1806.* — SANTIAGO LINIERS (1). Tal era el tono y la substancia de las relaciones escritas entre el Reconquistador y las autoridades coloniales. Es lo que llaman cómicamente nuestros historiadores: «ordenar que Liniers se presentase en su barra á dar explicaciones sobre la conducta subrepticia y abusiva de que había usado en este negocio»! — La verdad documentada é irrefragable es que Liniers, consciente de su conducta magnánima y de su prestigio en el pueblo, podía desde entonces hablar y obrar como un dictador. El 15 de septiembre, el día mismo en que el Cabildo daba principio á la información testimonial, él se trasladaba al Fuerte y se establecía en el palacio del virrey.

P. GROUSSAC.

(Continuará).

(1) Todos los documentos citados se encuentran en la *Colección Coronado*, la *Biblioteca de la Crónica* ó la *Compilación del Comercio del Plata*. Pero algunos, como este último, no figuran en la *Información* trunca de dicha colección impresa. Debo la comunicación de la *Información* íntegra, copia legalizada del manuscrito conservado en el *Archivo de Indias*, á la amable deferencia del señor Enrique Poña, quien me ha facilitado también otros documentos importantes que existen en su poder.

DOCUMENTOS HISTÓRICOS

CARTA DEL ALCALDE DE PRIMER VOTO DEL CABILDO DE BUENOS AIRES, PARA S. M. ACOMPAÑA DOCUMENTOS QUE EXPLICAN EPISODIOS ANTERIORES Á LA TOMA DE AQUELLA CIUDAD Y DE MONTEVIDEO POR LOS INGLESES ; Y EN QUE INTERVINIERON PERSONAS QUE SE SIGNIFICARON MÁS TARDE EN LA INDEPENDENCIA DEL VIRREINATO.

Señor :

Tengo el honor de presentar á V. Mag^d. mis buenos sentimientos. Salen de la fragua de las tentaciones acrisoladas. Debieron su existencia á una sana educacion, se robustecieron con el ejercicio, y ahora purgados de toda arruga, publican lo que soy, un vecino de Buenos Aires, Capital de su Virreynato, buen patriota por constitucion, y vasallo de V. Mag^d. por naturaleza ; fiel á sus respetables derechos, para cuya conservacion, y en cuyo obsequio arriesga cuanto grangeo precioso, hacienda, familia y vida. Obtengo el empleo, sirvo la vara de Alcalde de primer voto, que puso en mis manos la confianza, y la voluntaria condescendencia mia, á los ruegos interesados del Cavildo, fluctuante entre el deseo de su logro y exempcion perpetua de oficios concejiles con que V. Mag^d. me tenía agraciado por Real Despacho de 24 de Noviembre de mil setecientos noventa y siete.

Aquí recuerdo á V. Mag^d. una gracia que motivó mi quebrantada salud, achaques habituales, número de doce hijos, y buenos servicios en clase de Procurador síndico, Regidor y Alcalde ordinario en diferentes tiempos. Ella era un antemural con que pude resistir constantemente mi proyectada eleccion ; pero los ruegos del Cuerpo representativo de la Ciudad, realizados con la viva pintura de urgencia pública contenida en el oficio (cuya copia encabeza los documentos citados) me arrancaron el beneplácito, con aquella dulce violencia precursora del patriotismo

y vassallage : Yo me rendí ; Yo acepté la vara, tomé su posesion, y entrando á administrarla, tropezé al punto con las ocurrencias de una nueva expedicion Ynglesa que bloqueaba á Montevideo; conquista de su Plaza, apoderamiento de la Colonia y amenaza de invadir segunda vez esta Ciudad con grueso Ejército.

Yo, á la frente del Cuerpo, que por constitucion extraordinaria de las cosas, tenia tomada voz en los asuntos de la Guerra, para auxiliar con fondos, representar y pedir todo lo conveniente á la seguridad pública y conservacion de estos Dominios á V. Mag^d. me hallé recargado de cuidados, y entre otras llamaron mi atencion la cercania de los Oficiales Yngleses, prisioneros de guerra confinados en Lujan, y otros parajes inmediatos de nuestra jurisdicción, lo que pudieran influir comunicándose con los suyos ocultamente, y la facilidad para profugarse ó reunirse. — Traté de que se internasen á distancias menos expuestas, y que se les ocupasen los papeles de correspondencia, y cualquiera otros que se les encontraran, para el útil é importante descubrimiento de cuanto proyectaban, difundidas las especies del práctico conocimiento que tomaban de nuestras Costas, Rios, Calas y las perniciosas relaciones que cultivaban.

El Gobierno fué pronto en proveher, comisionando al Oydor D. Juan Bazo ; y Yo no descuidé mis prevenciones al Escribano nombrado D. Pedro Andrés Garcia, para que explanase los conceptos del Mayor General Guillermo Carr Beresford, y demás oficiales Yngleses prisioneros, hasta entender sus resultas ; allané el inconveniente de la falta del efectivo para los gastos de la internacion, ofreciendo el mio liberalmente.

El documento (Nº 2) que principia con la Carta de Beresford, fecha diez de febrero, y concluye con el informe de Garcia, hará conocer á V. Mag^d. el buen éxito que tuvieron mis propuestos designios por el descubrimiento de un sistema de Independencia pretendida establecer por Beresford, segun las máximas que desarrollo, y que tenia ya sugeridas á corazones amantes de la novedad.

No era este un fuego entre cenizas muertas, se havia encendido, y el aire de ventajas le havia comunicado fomentos hasta el Reyno de Chile, segun se deja ver por los documentos (Nº 3). Tan de veras las aprehendieron Don Saturnino Rodriguez Peña, y Don Manuel Aniceto Padilla, que entrambos se asociaron á Beresford, y Peña tomó á su cargo trastornar mi entereza, cuyos influxos en el Pueblo reputaba muy valientes.

Con efecto, Peña se atrevió á buscarme para una sesion privada, y yo se la facilité, previniendo un Escribano, y dos testigos, que encerrados en otra pieza comunicable oyesen atentamente las proposiciones del uno y las contestaciones del otro, justificadas por el documento (Nº 4). Quise hacerme de las credenciales de Beresford que me ofrecia y descubrir en su raiz la conspiracion y cómplices ; pedí aquellas, y habria dado un golpe decisivo y pronto, si no me lo hubiese burlado el accidente casual del arresto que impuso este Gobierno á D. Felipe Sentenac por indicios análogos. Temieron su sorpresa los Factores y se profugaron á Montevideo desde cuya Plaza, vajo el asilo del Pavellon Yngles, empeñaron las dili-

gencias y oficios que con las respuestas nuestras componen el documento (Nº 5) aclarando más el sistema criminalísimo de que estaban posehidos, burlado tan cumplidamente por el entusiasmo patriótico, religiosos sentimientos y fiel vasallage á V. Mag^d. con la derrota que sufrió el Ejército Yngles en su intentada segunda accion contra esta Ciudad.

No encarezco lo que he trabajado en servicio de V. Mag^d. y del Público, el recargo de tareas que hasta ahora sobrellevo, V. Mag^d. debe estar instruido de lo aventurada que ha andado mi vida, y quanto cooperé para nuestros triunfos presentes. Sé que en todo no he hecho más que cumplir con mis deberes; pero tambien sé que contra estos mismos se levantan castillos de emulacion, y que la inocencia más acendrada no puede contarse libre de golpes siniestros, ni de glosas arbitrarias.

V. Mag^d. tiene la verdad apurada en los documentos adjuntos, para dar en todo caso el lugar que corresponda á mis pundonorosos sentimientos, con los cuales ruego á Dios guarde la importante vida de V. Mag^d. con aumento de mayores Reynos y Señorios. Buenos Ayres, nueve de Diciembre de mil ochocientos siete. — Señor — *Martin de Alzaga* — hay una rúbrica.

DOCUMENTOS QUE ACOMPAÑAN

Documento Nº 1

Una fatal desgracia nos ha conducido dichosamente á ver en todos los habitantes de esta gloriosa Capital, el mas plausible, universal y general entusiasmo en todo quanto mira al bien de la Pátria y del Estado. Desterrado el vil egoismo, pospuestos los intereses particulares á los públicos y generales, notamos con el mas dulce placer que los privilegios y excesiones solo sirven para dar nuevos realces á los sagrados deberes del Patriotismo. Contamos pues con el muy distinguido de vuestra merced, y sobre esta firme base esperamos llevará á bien qualquiera empleo que en las proximas elecciones puede darle este Cavildo. Agregado este servicio á los muy señalados que vuestra merced ha sufrido para promover la reconquista de esta importantisima Plaza, formará un ejemplo perfecto de imitacion á todo buen ciudadano, enseñará á los venideros la preferente atencion que exige la causa pública; cubrirá de confusion á los que piensan que solo han nacido para si mismos; y dará á conocer que quando la Patria clama, es forzoso olvidarse aun del propio descanso para acudir á su servicio — Las circunstancias actuales son raras, y la necesidad puede ser urgente, y quando se piensa en Vsted, puede creer positivamente que asi conviene al servicio del Rey, al de la Pátria, y aun al de la Religion — Nuestro Señor guarde á Vsted. muchos

años. Sala Capitular de Buenos Ayres, veinte y nueve de Diciembre de mil ochocientos seis.—*Francisco de Lezica*.—*Anselmo Saens Valiente*.—*Manuel Mansilla*. — *José Santos Enchaurregui*.— *Géronimo Merino*.— *Manuel José de Ocampo*. — *Martin Gregorio Yañez*.—*Francisco Antonio de Herrero*.— *Señor D. Martín de Alzaga*.

Concuerdacion el oficio original de su contexto que á efecto de sacar este testimonio, me exhibio el Señor Alcalde de primer voto D. Martin de Alzaga, á quien se lo devolví, y de mandato suio, lo autorizo, firmo y signo en Buenos Ayres á nueve de Diciembre de mil ochocientos siete—Lic^{do}. *D. Justo José Nuñez*, escribano público, y de cavildo — una rúbrica — sigue la legalizacion de el dicho escribano por otros dos.

Documento N^o 2

Traduccion. — Lujan 10 de Febrero de mil ochocientos siete — Señores — Apesar de las muchas, inutiles diligencias que he hecho, para que se permita mandar un oficial á los Comandantes Britanicos, y en verdad para fines semejantes á los relacionados, ahora considero que las presentes circunstancias me estimulan imperiosamente para renovar aquella suplica, así al efecto de esforzarme á mejorar la presente desgraciada situacion de los individuos Yngleses en posesion de Ustedes, como á ayudar á abrir un Canal de comunicacion y explicacion entre Ustedes y los Comandantes Britanicos, que indudablemente se dirigiria á minorar los horrores de la Guerra, el hacer algunas proposiciones yo mismo para el beneficio mutuo, y alivio de los Yngleses ahora prisioneros de Ustedes, y de los Españoles de aquellos, el predicamento particular en que estoy, y mi ignorancia total de toda ultima ocurrencia lo hacen imposible, y por lo mismo es que yo deseo completa y candidamente imponer á los Comandantes Británicos, de nuestra situacion, para que hagan á Ustedes aquellas propuestas que les parezcan justas, liberales y para la ventaja reciproca de los sujetos Españoles é Yngleses.

Por las noticias que he tenido de la irritacion en que cada parte hace la guerra y los horrores que son consiguientes, convencido de que nada es necesario para poner fin á los horrores que existan, mas que una explicacion sincera y liberal, y convencido de que los Generales Yngleses concurriran gustosos con Ustedes en todo obgeto que sea honorable, liberal y humano, yo convidaria á Ustedes á que mandasen con el oficial Yngles que lleve mis sentimientos sobre el particular, un oficial ó caballero Español, de conocimiento y liberalidad, á los Comandantes Britanicos, al efecto de una explicacion completa, sincera y candida sobre estos puntos, ú otros que Ustedes deseen. He comunicado totalmente mis sentimientos en estos asuntos al Portador el Señor D. Pedro Andrés Garcia y refriendome á el, no hay necesidad de decir mas en esta carta, que asegurar á Ustedes, que en este particular me influye totalmente, primero mi deber hacia los prisioneros

Yngleses de Ustedes, y luego y particularmente lo que debo á la humanidad y á mi Dios, para no omitir esfuerzos que tienen por objeto el bien principal.—Tengo el honor de ser de Ustedes su — *Guillermo Carr Beresford*, Mayor General.— *Al muy ilustrado Cavildo de Buenos Ayres*.—Es traduccion literal y fiel de la Carta N^o 1, hecha por orden del muy Ilustre Cavildo. Buenos Ayres catorce de Febrero de mil ochociento siete — *Francisco Diaz de Arenas*. . .

Concuerta con la traduccion original de su contexto, que queda en poder del Ilustre Cavildo, y al que en lo necesario me refiero, y de mandado del Ilustre Cavildo, autorizo, signo y firmo la presente en Buenos Ayres á quince de Febrero de mil ochocientos siete — Lugar de un signo — Licenciado *Don Justo José Nuñez*, Escrivano Público y de Cavildo. — Buenos Ayres, febrero diez y seis de mil ochocientos siete. Con respecto a la qualidad y circunstancia del asunto parece al señor Alcalde de primer voto esta Traduccion testimoniada de la Carta del Mayor General Beresford, para que en atencion á lo que en ella se expresa, tocante á la persona de Don Pedro Andrés Garcia, tome los conocimientos necesarios, y expida las providencias conducentes con la mayor reserva a fin de arribar al esclarecimiento de la verdad en materia que tanto interesa. — *Villanueva*. — *Mansilla*. — *Ortiz*. — *Fernandez*. — *Capdevila*. — *Ytuarte*. — *Monasterio*. . .

Por recibido — Informe Don Pedro Andrés Garcia sobre los particulares que contiene la Carta Testimoniada, á quien se le encargará al efecto, encargándosele como se lo encargo la puntualidad y la mayor reserva por lo que ella pueda interesar. — *Alzaga*. — Lo mandó y firmó el Señor Don Martín de Alzaga, Alcalde ordinario de primer voto, en Buenos Ayres a diez y siete de Febrero de mil ochocientos siete. — Licenciado *Don Justo José Nuñez*, Escrivano público de Cavildo.

Luego que fué acordado, á la una de la noche del día cinco, que partiese asociado del señor oydor Don Juan Bazo y Berri, á la Villa de Luxan, para confinar á las Provincias interiores al General Guillermo Carr Beresford y demas oficiales prisioneros de Guerra que se hallaban en dicha Villa, en resultas de la perdida de la Plaza de Montevideo, que acababa de comunicar personalmente al Señor Don Santiago Liniers; y despues de estar pronto á las dos el carruage que debía conducirnos al destino, llegue á casa de Usted como á las tres de la mañana para conferir el modo de proporcionar los gastos que para el trasporte del General, Oficiales y demas prisioneros debian causar á que satisfizo Usted prontamente franqueandome de su peculio quanto fuese necesario, librando contra usted, llevando cuenta que oportunamente rendiria; entre las varias prevenciones que su zelo le dictaban para precaucionar las desgracias que en aquellos momentos nos amenazaban, me hizo la de que vigilase en la ocupacion de papeles, y su mas pronta separacion de esta Provincia; pues de una y otra diligencia interesaba al Estado su conservacion, y talvez el descubrimiento de las torcidas intenciones de estos Prisioneros y algunos complizes en ellas. Con estos antecedentes, procuré desde aquel momento observar con la mayor exactitud á los Prisioneros, luego que llegase al destino; redoblando mi cuidado en su puntualidad para llenar las inten-

ciones de vsted. — En efecto, serian las quatro de la mañana quando marchamos y á las once del día quando llegamos á la Villa, difundiendo en ella la voz de que pasabamos á Areco, mientras se hacia tiempo a que llegase la Escolta de Usares que debia auxiliarnos: apenas llegaron estos quedaron incomunicados el General y Oficiales, y fueron ocupados todos los pápeles que tenian, é intimados de el destino que el Gobierno les habia preparado, por convenir asi á la seguridad de sus personas, y al Gobierno mismo, segun las circunstancias habian sobrevenido. — No es facilmente demostrable la sorpresa que causó esta novedad á todos; pero especialmente al General y Coronel Dionicio Pak; defendieron con altivez sus derechos; y sus descomedimientos y resistencia incivil llegaron á ser insultar al señor oydor con expresiones injuriosas que (aunque en Francés) fueron entendidas; y el señor oydor se vio precisado á imponerles respeto y hacerles entender el cumplimiento de lo ordenado. — Ocupados los papeles, que inmediatamente se remitieron á vuestra merced con un Usar, fue consiguiente el apresto de carruages y viveres para todos los prisioneros de aquel destino, que siendo escaso de todo fué doble el esfuerzo á su consecucion; entretanto como expuse á vuestra merced en carta del siete, observé la necesidad que habia de expulsar de esta jurisdiccion á los demas prisioneros que se hallaban en ella, por la franqueza que en todos los puntos de sus destinos tenian de reciproca comunicacion, haciendo un prolijo reconocimiento de estas Campañas y Costas del Paraná de que entendí habian levantado Planos: Que su carácter orgulloso, y acaso la comunicacion que tuviesen con los que ocupaban á Maldonado, por si ó por medio de confidentes, habia podido persuadir á los habitantes de estas Campañas que en breve iban á dominarlo todo; Y fuese que asi lo creyesen, ó por las seducciones de estos prisioneros, se aprovechasen de la sencillez y escazes de ideas de estas gentes para resistir á los alhagos y persuaciones de los Yngleses, estos logravan una decidida inclinacion y proteccion en quanto querian exigir de ellos, y esta observacion me impulsó á exponer á vuestra merced lo necesario que se hacia por momentos el confinamiento de todos. — La precisión de hacer el apresto de carruages y viveres que facilitó el tratar desde el seis hasta el diez en que marcharon, con el General, y uno ú otro oficial que posehian regularmente el Ydioma Español: por ellos entendí que fueron inmediatamente instruidos de la pérdida de Montevideo, y conceptue que la resistencia a su confinamiento interior destruiria sus meditados proyectos de unirse á aquellas fuerzas y dominar de nuevo la Capital. — Pinté con los colores mas vivos que me fue dable el irregular proceder con nuestros prisioneros en Maldonado de sir Home Popham, su cruel trato, y que este era el motivo que habia estrechado al Gobierno á internarlos, para evitar la desgracias con que les amenazaban los animos de un Pueblo irritado por el inhumano trato, que las tropas estaban todas comprometidas á vengar tan atrozes injusticias cometidas con olvido total de los mas sagrados derechos de la Guerra; finalmente que esta se haria sin dar cuartel. Desde este momento manifestó Beresford muy diverso modo, y ya se contrajo á persuadirse de los medios que podian adoptarse

para hacer un Canal de comunicacion (era su expresion) con los Generales Yngleses; que consultase la humanidad entre ambas Naciones, remediando desde luego las urgencias del mismo General y Prisioneros, y tal vez un cange respectivo; y sobre todo la efusion de sangre, no necesaria de una y otra parte. Y finalmente se respetasen los Derechos de la Guerra, haciendola como las demas Naciones Cultas. Aunque presentia que las miras de su Nacion no era de hostilidades, ni ocupacion de estas Provincias, tanto quanto el de facilitar en ellas un reciproco comercio, tal vez mas util á los Españoles que á los mismos Yngleses. Hizo á su placer una descripcion de ventajas mercantiles sobre calculos muy fantasticos, y equivocados, y haciendole yo algunas moderadas objeciones, desistió de instar en este punto con el que á mi juicio quiso amenizar su discurso, para ver si sacaba algun partido á favor de sus ideas, y reconocer á fondo el estado del aprecio en que podian estimar sus proyectos. Pero no pudiendo desentenderse del sentimiento que le causaba el nuevo confinamiento de su persona y tropas, aparentando sinceridad de corazon por los males que presentaban las hostilidades reciprocas, presuponía una certeza en tranquilizarlas, como si absolutamente pendiesen de su mano, siempre que el Gobierno Español, ó Municipalidad viniese en prestarse á abrir la indicada comunicacion, en que (segun decia) hacia consistir toda la felicidad de estos habitantes, porque ellos al fin nunca podrian resistir á las fuerzas de la Gran Nacion (asi llamaba á la Inglesa) que tenia por cierto deberian ocupar estas posesiones, segun las miras de su Corte; pero no de la manera que lo hacia Popham, quien ciertamente la desagradaba con tal proceder; ultimamente encañecia sobre manera su sinceridad; formaba queja de los habitantes de esta Capital que tan mal correspondian á su generosidad prodigada todo el tiempo de su mando, sin opresion á ninguno, y no quedandole arbitrio para resistir el viaje que tan doloroso le era, me rogó pusiese en mano de este Ylustre Ayuntamiento la carta que he entregado a vuestra merced, como su Presidente; y que a viva voz informara que sus sentimientos eran conducidos contrarios en todo á los de Home Popham, con el deseo de calmar las hostilidades, mejorar la suerte de estos habitantes, la de su persona y demas prisioneros, del modo que ya queda referido, y como gustase el Gobierno, a quien me pedia le asegurase de que inmediatamente que tuviese por bien admitir esta deliberacion, ó la que quisiese tomar, veria efectuadas sus promesas, y al intento mandaria un oficial de su graduacion ó respectabilidad (fué su expresion) que con otro Español, fuesen como emissarios al efecto. — En este estado le manifesté que al paso que me constituía á hacer esta manifestacion al Ilustre Cavildo, estaba persuadido a que no tendria lugar lo de los Emisarios, á que me repuso que á él le parecia que si; porque no creia fuera de proposito su solicitud, asi con respecto á sus urgentes necesidades, y las de sus oficiales, como á la misma Capital y Provincias de estos Reynos, separando de si las desgracias de una Guerra, por cambio de una tranquilidad apreciable, cuyas ventajas no desconocian algunos habitantes de ellas. Despues de repetirme la entrega de la Carta me suplicó tambien manifestase al Ilustre Ca-

vildo, y al Señor Liniers, su actual indigencia, y que dando letras sobre su Casa, bien conocida en Londres, ó sobre la Thesoreria de la Esquadra y Exercito del Rio de la Plata, la cubrieran sus Generales Yngleses, a fin de que por qualquiera de estos medios fuese socorrido: pues no habia tomado socorro alguno de Prisonero, por considerarlo escaso, é incapaz de sufragarle a su decente, precisa manutencion: así en efecto se lo he hecho presente en este dia al Señor Liniers, quien me expresó trataria de socorrer á este General con quanto se le ofreciese para su subsistencia al tiempo que se hiciese la remesa de pensiones á los demas Prisoneros. — Yo ratifico mi concepto de desconfianza de este Oficial General, y demas de Plana Mayor que lo rodean; su trato ofrece franqueza y generosidad pero sus respiraciones á las veces incautas lo contradicen; recoge facilmente sus proposiciones quando se le hace oposicion, y se muestra indiferente á las investigaciones, de modo que prevalido de la menos inteligencia en el Ydioma, vierte sus conceptos y los retira si no encuentra aceptacion, juega con el mas prevenido, al abrigo de escasez de voces en Español; asoma en general pensamientos de humanidad, y los destruye quando se versa el honor de las Armas de su Nacion disminuye y apoca nuestras fuerzas, y cree ver dominada esta Ciudad brevemente aun con tres mil hombres, se electriza en este punto, y vuelve luego sobre si, asegurandose en que hay algunos Españoles que conocen esto mismo, y que aspiran juiciosamente a su tranquilidad; de manera que parece se aquietta su sozobra, y como que apoya su esperanza en alguna satisfaccion de este resultado. — Aunque mis objeciones y reparos á sus proposiciones fueron siempre moderadas, sin atacarlo con viveza, para descubrir sus intenciones, no pude sacar mas conocimiento que los ya expuestos, bastantes á persuadirme que tiene necesariamente relaciones en que pone su confianza; y que es muy de temer seamos invadidos nuevamente por las fuerzas Britanicas y que sin duda á este fin han tomado y toman conocimientos exactos de las Costas y Campañas, haciendo partido de sus havitantes, por miedo, por alhagos y dinero en que son prodigos para adquirir las voluntades de los incautos. — Es quanto consiguiente á las prevenciones de vuestra merced he podido indagar y observar, y lo que creo deber manifestar con la difusion que lo he hecho, á fin de que se tomen los medios que convengan á salvar los riesgos que en mi concepto amenazan al Estado y á esta Capital, y lo que finalmente puedo informar, consiguiente al Decreto que antecede. — Buenos Aires y Febrero veinte y dos de mil ochocientos siete. *Pedro Andrés Garcia*. — Señor Alcalde de primer voto, D. Martin de Alzaga. . .

Concuerta con los documentos originales de su contexto, á que en lo necesario me remito — Y de órden verbal del señor Alcalde de primer voto D. Martín de Alzaga, autorizo, signo y firmo la presente en Buenos Ayres, á diez y seis de Diciembre de mil ochocientos siete — Lic^{do}. *D. Justo José Nuñez*, Escrivano público y de Cavildo — hay una rúbrica.

Documento N° 3

Cuando Usia parecia adelantarse a ganar el grado mas eminente en la América del Sur, sacudiendo al mas sabio impulso la religiosa intolerancia, bajo de que tanto tiempo hemos gemido victimas de las mas tiranicas ideas : Quando todo el Globo esperaba con ansias esta gran revolucion, hemos oido con dolor que Usia retrocediendo sus primeros pasos, se ha sometido á unas manos que no harán más que conducirle á su ruina y anticiparle el sepulcro. Usia ha visto la execrable apatía de la Metropoli al oir sus padecimientos y valerosa constancia. Parece que se desdeña ó desprende de esos apreciabilisimos Pueblos de que solo se ha acordado para absorverles hasta la sangre. Como hermanos no hemos podido oirlo sin indignación — ¿Que hay, pues, que esperar? Usia condescendiendo á los clamores del Pueblo y al eco de la razon pública se sacudía del que le ha sacrificado ; ¿y sera regular se someta ahora á la discrecion de unos togados que tienen valor para publicar esas groseras é inciviles contestaciones a los Gefes Britanicos, que con todos los derechos repugnan las cultas leyes de la Guerra? Radicada la ignorancia en esos Tribunales, porque para su ocupacion solo se mira la conexion ó el dinero, sus miembros generalmente se han conciliado la execracion publica. Su autoridad solo sirve al interes, al capricho, á la injusticia. No se termina ni advierte al acierto, ni tampoco es de esperarle de sus cortos y cobardes sentimientos. A ellos, sabe Usia, se sacrificó la importante Plaza de Montevideo, por sus serviles mediaciones á favor del despuesto Gefe el catorce de Agosto ultimo. Sus providencias en lo ulterior, llevarán ciertamente igual tendencia ; ¿Porque pues vivir con ellos? No se oculta a Usia que en la America del Norte contra las bimestres convulsiones producidas en Ochocientos uno, no se propusieron sangrientas persecuciones de los autores, sino una suave acertada correccion de los abusos que son talados por la espada de la revolucion. Así lo dicta la prudencia, y el deseo de la conservacion de los pueblos. No es gloriosa accion perder á los hombres, á los conciudadanos, pero los viles togados no harán mas que perseguir á todas las clases del Pueblo por sus opiniones : la fuerza oprimirá á muchos ; su sangre, si, su opresion fermentará eternamente en el pecho de sus parientes, allegados, amigos, compatriotas y conciudadanos. El acivar no faltará en animo alguno. Está pues Usia, y mire solo á su postrera existencia, al bien y preservacion de sus compatriotas. — Como en ninguno Gobierno acertado pueden subsistir los miembros de tales Tribunales, miran al actual con interes individual, aunque se sacrifiquen los Pueblos ; ellos segun un Sabio, han servido en el nuevo mundo, para mantener las discordias, la desunion de sus habitantes, haciendo así del mejor baluarte á favor del continente antiguo contra nuestra libertad. Hemos sido esclavos de su Codicia : Recuerde Usia tantos males para huirlos. Los sensatos

anuncian á Buenos-Ayres, que si no sacude el yugo con el favor Británico, sera al fin, de todos modos, sacrificado. Represada ó preservada, si algun día hay paz en la Peninsula. Los procesos, las delaciones han de exterminar las familias aunque hayan consumido sus caudales por la Pátria. Abundaran tristes victimas al capricho del nuevo mandarin ó de la perseguidora Toga. Se multiplicarán las comisiones, gemiran muchos como los de Oruro... todo será dolor — En Usia está precaverlo — Usia no sacrificará la sangre de su Pueblo (como en Montevideo) por un Pavellon que su dueño desampara. En tiempo se acordará Usia de capitular independecia bajo la proteccion Británica, y el Comercio libre, negociando con las potencias beligerantes su ratificacion en la paz, á imitacion de nuestro Norte. Salga á las Galias un Franklin : Haga Usia ese bien á la humanidad. — Tenga Usia esa gloria, preparandose así la página mas preciosa en el volumen de la verdadera historia. No se pierde tan favorable ocasion del paralítico estado de la Metropoli, y de las convulsiones del mundo antiguo, y en que nuestro continente mas suspira por la deseada libertad — No desprecie Usia este alegre recuerdo de sus hermanos y cointeressados: Cuente Usia con nosotros — Dios guarde á Usia si ha de mejorarle — Chile, Abril ocho de mil ochocientos siete — *Los Araucanos* (hay un signo). Al ilustre Cavildo de Buenos-Ayres.

Amigos y Paisanos; como hermanos de un mismo origen, no hemos podido oír con indiferencia ni dejar de comunicaros las despoticas ordenes Reales contra vosotros que reservadas lleva Aviles; este partió para esa el segundo dia de llegado el Correo de España, en que al Virrey vinieron pliegos reservados, y tambien á él. — Va á tomar ese mando reclutando por el Perú tropas con que imponeros la Ley. Va á castigaros, causaros y arruinaros, suponiendoos traidores. Sereis Victimias. Ved como lo admitis! El tambien os aborrece — A este crudo Gobierno se encarga reservadamente el auxilio; pero nada puede. Aviles exaltará á Sobremonte sobre vuestras ruinas; y del buen Liniers aseguraos que vuestra sangre va á correr. No pequeis de omision, ocurrir á los hijos de Alvion: Valor! resolucion y os valga el que gobierna los destinos de los hombres. — La Providencia ha de castigar la iniquidad de la Metropoli: acaso seais el instrumento como todos deseamos. — *Los Araucanos*, hay un signo en forma de corazon...

Concuerta con los anónimos originales que se hallan en poder del I^{to} Cavildo, á que en lo necesario me refiero — Y en virtud de lo mandado por dicho Ilustre Cavildo, autorizo, signo y firmo la presente en Buenos Aires á 28 de Octubre de 1807 — Lc^{do} D. Justo J. Nuñez, escrivano público y de cavildo — rubrica — ...

Documento N° 4.

Certificacion. — Juan Cortés, Escrivano de S. Mag^d público y de Provincia de esta Capital — Certifico en quanto puedo, ha lugar, y el derecho me permite

—Que á virtud de Mandato reservado del Señor D. Martin de Alzaga, Alcalde ordinario de primer voto de esta Capital, concurrí á la casa de su habitacion en la noche del dia siete del corriente mes, y acompañado del Señor Regidor de este Ilustre Cabildo, D. Miguel Fernandez de Aguero, y de D. Juan de Dios Dozo, vecino y actualmente Capitan del Regimiento de la union agregado á la Real Artillería; estuve en una Pieza de la misma casa, que tiene entrada por el Zaguán, y comunica por una puerta interior con la oficina donde tiene su despacho, encerrado con los citados dos sujetos y á oscuras, desde un rato despues de la oracion, hasta cerca de las ocho y media, en cuya hora, teniendo ya preparado el dicho señor Alcalde luz y un par de sillas en frente de la puerta que cae al quarto donde estaba yo con los demas, entró junto con un oficial del mismo cuerpo de Dozo, porque conocí el uniforme, la gorra y penacho colorado que puso sobre de una mesa, y tomando ambos asiento, comenzó el oficial su conversacion diciendo: Ya esta vuestra merced impuesto del objeto de mi venida, á lo que el señor Alcalde respondió que si, y prosiguiendo en voces pausadas, y tono baxo dijo: pues solo me conduce aqui el amor á la Pátria, salvar nuestras vidas y propiedades; para lo qual es necesario, y ante todo contar con el conocimiento del Señor Don Martin, porque de lo contrario nada haríamos. A esto respondió este Señor: Tratando de salvar á la Pátria en toda su extension y relaciones me prestaré gustoso. Pues Señor, dijo el oficial, tratar de defender esta Ciudad del poder de los Yngleses, que acaban de tomar á Montevideo es imposible, y así lo siente y conoce el Señor Liniers; y siendo evidente que el objeto del Rey de la Gran Bretaña es mandar exercitos de Guerra á estos Reynos, no es con el ánimo de conquistar sino determinadamente para formar y consolidar con nosotros unos vínculos de amistad recíproca y unostratados de Comercio libre, protexidos y sostenidos por sus Esquadras, bajo el numerario que se extipulare entre esta Capital y los Generales Yngleses que estan en Montevideo, y el prisionero Carr Beresford, teniendo yo de éste la facilidad de hacerme de las Credenciales correspondientes al caso, atendidas todas las razones de conveniencia que haran la felicidad de estas Provincias y principalmente de este pueblo; el unico proyecto seguro, y que debe abrazarse en las presentes circunstancias para mejorar de suerte, y evitar desgracias, es poner en independencia esta Capital, desconociendo á su legítimo soberano, cosa facil por tener adictos á la Empresa varios sujetos, y con ponerse de acuerdo con los Generales Yngleses victoriosos en Montevideo, por medio de negociaciones, conferidas con Beresford á quien hay oportunidad de hacerlo retener en la frontera y extraer de él los instrumentos de individualizaciones y completas seguridades, para que los Yngleses respeten nuestro culto, propiedades, derechos y vidas. A todo ello contestó el Señor Alcalde que la empresa era de las mas arduas que se presentaban, y que tenía varias dificultades y obstaculos que vencer, de los quales le hizo al oficial una arenga bien sostenida, pero que hallandose todos los escollos que presentaba el Proyecto, y trayendose las Credenciales que le ofrecia, hasta con el comprometimiento de su vida, entonces con los conocimien-

tos previos, resolveria de entrar en la Empresa para salvar al Pueblo; de modo que queda el acto diferido para quando se presentase el oficial con aquellos Documentos, concluyendo la conversacion despues de las diez de la noche, y al tiempo de levantarse el oficial conoci que era D. Saturnino de la Peña, capitán del mismo Regimiento de Dozo, pues lo vide á mi satisfaccion por el ojo de la llave de la Puerta, del cuarto donde estaba oculto, y al proposito para certificar de lo que ocurriese y distintamente perciviese, como de ello quedé enteramente cerciorado, tanto por las palabras proferidas por Diaz, aunque en voz baxa, como por las contestaciones que en voz alta é inteligible daba el sus referido Señor Alcalde. — Siendo quanto pueda certificar a virtud de mandato verbal de este Señor, firmandolo igualmente los nominados Agüero y Dozo en Buenos Aires, á nueve de Febrero de mil ochocientos siete años — *Juan Cortés*, Escribano de S. Mag^d Publico y de Provincia — *Miguel Fernandez de Agüero* — *Juan de Dios Dozo*.

Auto — Sin embargo de lo que consta por la anterior Certificacion, respecto á que del Expediente separado, resulta haber profugado el General Yngles Guillermo Carr Beresford, y el Teniente Coronel del Regimiento setenta y uno Dionisio Pack; habiendo sido Don Juan de Dios Dozo, quien con admiracion y escándalo comunicó á este Juzgado los asuntos propuestos por D. Saturnino Peña, que dieron merito á la diligencia sentada en la dicha Certificacion, comparezca y á los efectos que haya lugar declare baxo de juramento la conferencia que tuvo con el citado Peña, individualizando las circunstancias todas, como tambien los pasos que por su conducta se dieron para arribar al caso del perfecto esclarecimiento de unas ideas tan depravadas, y al castigo de los Reos y complices; sin omitir en su declaracion los pasajes ocurridos y prevenciones que se le hicieron, como tambien lo que oyó y vio en la noche á que se refiere la antedicha certificacion: sobre cuyos particulares debiera tambien declarar D. Miguel Fernandez de Agüero y fecho traigase: *Alzaga*. — El Señor Alcalde de primer voto lo mandó y firmó en Buenos Aires á dos de Junio de mil ochocientos siete. Licenciado *D. Justo José Nuñez*, Escribano Publico y de Cavildo.

Declaracion. En el propio dia en cumplimiento de lo mandado por el anterior Decreto compareció ante su merced el Señor Juez Don Juan de Dios Dozo, Capitan de la primera compañía del Cuerpo de Voluntarios Patriotas de la Union, quien poniendo la mano derecha en su espada ofreció á Dios y el Rey bajo palabra de honor decir verdad de lo que supiese y le fuera preguntado, y siendolo al tenor del referido Decreto, enterado, dijo: Que la mañana del dia seis del pasado mes de Febrero, estando el declarante en la Real Fortaleza, en la pieza anterior á la oficina del despacho del señor General Don Santiago Liniers, junto con otros oficiales de su cuerpo y de diferentes sugetos que estaban allí, se sentó á su lado D. Saturnino Peña, y tuvo conversacion acerca del estado de esta Plaza, en aquella actualidad en que estaban aun consternados los animos por la perdida de Montevideo, y enfrascados en dicha conversacion, en que hubo de parte a parte diferentes opiniones, contradicciones y reflexiones politicas acerca de la defensa

que podria hacerse aqui en caso de venir los enemigos, en el modo de argüirle Peña al Declarante, y en la forma de sus proposiciones sofisticas, silogismos y expresiones misteriosas, llegó á comprender que en Peña se encerraba algun arcano ó secreto que descaba comunicarle, y para ello queria probar antes su intencion. A efecto de descubrir el declarante lo que se tenia figurado en aquellos momentos, se mostró adicto á uno de los sistemas de Peña, reducido á que no se podia defender este suelo de las armas Britanicas, por cuanto careciamos de Tropas Veteranas, y porque todas las disposiciones de guerra eran erradas ó inútiles para contener la fuerza efectiva de siete mil y mas Yngleses, posesionados de Montevideo. Luego que Peña advirtió la mudanza del declarante, en que hizo todo lo posible para asëgurarse de ser cierta y real dijo : pues amigo Dozo, vamos á fuera que tenemos que hablar ; se levantó y se encaminó para cerca de la Puerta de la Secretaría, donde vuelto al que deponc y tomándole de la mano, se produjo en estos terminos : Ya le he hecho ver, Camarada Dozo, nuestra triste constitucion y lo moralmente imposible que es, en el vencer al Yngles, sino ni aun el defendernos. Mire Usted Dozo, que yo hablo con plenos conocimientos, pues estoy en paraje que no ignoro lo mas minimo y advierto que mejor es adoptar otros medios y partidos para librar nuestras vidas, las de nuestras familias, bienes y propiedades. A esto le repuso el Declarante ¿Y quales son estos medios ? respondió Peña : si Vsted me guarda el mas profundo secreto, ó sea sigilo natural, yo se los comunicaré, pues hace unos quantos días que estaba con el animo deliberado de buscarlo, a fin de valerme de su persona, de su conocido valor y de sus relaciones, con un sugeto principal de esta Capital que necesitamos vencer y tener de nuestro partido, para conseguir un proyecto serio y seguro de salvarnos, y de hacer feliz y floreciente esta Ciudad. Prosiguió Peña diciendo : Amigo Dozo, yo confio en su hombría de bien, en aquella Ley del sigilo que no debe quebrantar, y otras laudatorias impertinentes que hizo al Declarante ; y baxo de este concepto en que quedó asegurado por repetidos actos de mano en pecho y otras señales evidentes con que demuestran los hombres los pactos ó vínculos de la amistad, y de guardar sus secretos ; le explicó así : Usted sabe, ó tendrá noticia que yo fui comisionado para pagar á los oficiales Yngleses sus sueldos, y con este motivo he tenido infinitas conversaciones con el General Beresford ; un señor rico en su Pais, de grandes relaciones en Europa, y de las mejores prendas y virtudes que pueden imaginarse ; ama tiernamente á este Pueblo y sus vecinos, y se compadece tanto de que nosotros pensamos defendernos del numeroso exercito que está posesionado de Montevideo, que quando advierte nuestras desgracias y ruinas se abandona á la tristeza y al dolor. — Aqui fue interrumpido Peña por el declarante, que le dijo : ¿ Como se entendia Vsted con el General si no sabe hablar en Español ? Respondió : aunque no sabe bien se deja entender muy perfectamente en quanto quiere ; y pasado esto dijo Peña : Amigo Dozo á este General le he merecido la maior confianza que puede hacerse de hombre viviente, pues me ha confiado todas sus secretas ideas, las intenciones reservadas de su Soberano ; me ha leído sus

correspondencias con diferentes personas de esta Capital, las Cartas que ha recibido de los Generales que estan en Montevideo, particularmente del general de tierra que es un intimo amigo y confidente ; y por decirlo de una vez no ha reservado nada á mi curiosidad, me estima y aprecia sobre manera, tanto que quando me despedí de él, le advertí el grande sentimiento de que se había cubierto su alma. Entablamos un método de escribirnos muy seguro é incapaz de descubrirse y el mismo que ha de seguirse aun en el dia que le internen en el Reyno ; bajo de lo expuesto y para lo que necesitamos su persona y su influencia es, para el proyecto de poner esta Capital en una independencia formal, y en esto agarró Peña al Declarante de la mano, y lo llevó para la antesala de recibir Cortes, donde estando solos prosiguió : Debemos nosotros amigo Dozo, pagarlas á nuestro Rey que tanto nos tiene abandonados, y la empresa es muy fácil, supuesto las medidas que ya estan tomadas y de los partidarios que hay adictos á ella. El unico sugeto que falta para su completa consecucion, estoy creido que nadie podria atraerlo sino es usted ; he querido resolverme á entrar en su casa y comunicarle el pensamiento, pero su caracter, su circunspeccion, su patriotismo y amor al Soberano, me han infundido respecto, y un miedo mas que regular ; ninguno puede encargarse de esto, sino es usted, conforme el comun sentir de los amigos ; haga usted hoy mismo la prueba, ocultando mi nombre, y declarandoselo luego que le advierta un medio consentimiento, y aviseme en esta noche, ó mañana á las nueve del dia que yo iré á tratar con él los demas puntos relativos al proyecto, para que entre en el sin rezelo alguno, asegurarle su vida, sus intereses y propiedades, que seran respetadas inviolablemente. El Declarante, absorto y escandalizado de semejante iniquidad, y llevado de su natural, demudado el semblante y casi tremulo de furor, quiso con el sable quitar alli mismo la vida á Peña ; pero advirtiéndole que este le hablaba todo con los ojos clavados en tierra, y que por lo tanto no habia conocido su descompostura, reflexionando que nada conseguia en quitar la vida á un solo traidor, el parage donde estaba y las circunstancias del caso, tiró á reprimir quanto le fue dable, y á mostrarse el convenido en lo que se le proponia, mas para disfrazar su adopcion puso á Peña varias dificultades y obstaculos, diciendole entre otras cosas que la empresa era muy ardua, y difícil de realizar, pues aunque se venciese á un solo hombre de poder en el Pueblo, quedaban otros que podian ser opositores y nada se conseguiria ; á lo que Peña le repuso : amigo teniendo nosotros al que yo le digo y usted ya estara advirtiéndole, nada hay que temer ; porque los Empleados y los Oidores luego se quitan del medio quando quieran oponerse ; por lo demas, ya esta todo casi zanjado. ¿ Y quien es ese Señor ? respondió Peña ; Don Martin de Alzaga, actual alcalde de primer voto, que sin su anuencia, expreso consentimiento y plena conformidad, por lo que lo aman, obedecen y respetan todos los vecinos y estantes de este gran Pueblo, nada haríamos en el proyecto aunque tuviesemos mas seguridades de las que hay. — Este es, amigo Dozo, el que nos puede frustrar todas nuestras felicidades, y desbaratar lo que tengo travajado en ob-

sequio de mi amada Pátria y bien de mis conciudadanos. Si por usted conseguimos tenerlo de nuestra parte, creame que sera feliz en este suelo, porque nosotros, de acuerdo con el General Beresford, quien cumplirá exactamente las promesas que me tiene hechas, y operando en la empresa de independencia con ayuda del Exército Yngles, quedaremos quando menos en nuestros empleos de Capitanes de Artilleria, con unos sueldos y pensiones exorbitantes, y lograremos otros puestos maiores de los que se han de establecer para el Gobierno de esta Capital y sus dependencias. De lo contrario, siguió Peña, somos enteramente perdidos; vendran los Yngleses, y á pesar de la bondad de ellos y de la benevolencia de Beresford, haran estragos en nosotros, en nuestras familias y al cabo se haran dueños de todo. El Declarante, resuelto el animo al oir tales iniquas y seductoras palabras, y para desentrañar á Peña, le dijo: Dudo mucho que el Señor Alzaga entre por semejante partido. Aunque es verdad que tiene fundamentos poderosos para ponerse en salvo; y aunque es cierto que sus intereses y caudales son de harta consideracion, todo lo despreciaria por no ser infiel á nuestro monarca. Revalido solo de unas seguridades infalibles, que yo advierto muy remotas, é incapaz de lograrse, pudiera entrar en ello á mis ruegos, instancias y demostraciones de las ventajas consiguientes á la consumacion del hecho. Es Alzaga de un entendimiento claro y agudo, y sera dificultoso convencerlo de la necesidad que hay para abrazar el estado de independencia. Amigo, dijo Peña al esponente, por lo que respeta á seguridades, digale usted que yo le daré quantas quiera del General Beresford y de los que estan en Montevideo; que si no fuese asi, me haga quitar la vida en los momentos de su desengaño. Que consiento me tenga encerrado en un cuarto de su casa, hasta que vengan los instrumentos mas solemnes de todo quanto desee y pretenda para las resultas del caso, y por lo que hace á demostrarle hasta la evidencia las felicidades que aguardan á esta Ciudad, y los demas particulares tratados entre los dos, dejelo usted á mi cuidado, que quedará convencido y persuadido hasta la evidencia, con tal de que consiga hablar con él reservadamente y por largo rato. Vaya usted, amigo Dozo, esta noche á mas tardar, y sin descubrirme, tiene el animo de dicho Señor, y si consigue algunas otras esperanzas, ó le conoce indeciso, declarele mi nombre y digale que deseo me dé audiencia. Eran muy cerca de las dos de la tarde, y el Declarante, sin pérdida de instantes, salio á dar denuncia clara y distinta de todo al Señor Alcalde don Martin de Alzaga, quien lo oyo con admiracion y atónito, y despues se puso á conferenciar con el exponente sobre los arbitrios y simulaciones que debian adoptarse para descubrir la trama del negocio y los complices en tal delito. Esto concluido, el Señor Alcalde ofreció con repeticion al Declarante la remuneracion correspondiente á su fidelidad y al trabajo que habia de tener en el particular hasta su total esclarecimiento, no obstante que se hizo cargo de la repugnancia que le causó semejante ofrecimiento; pues expuso en el acto que no se conducia movido por ningun premio, sino del amor al Soberano y a la Pátria. Seguidamente recomendó el Señor Alcalde al Declarante el secreto correspondien-

te á la naturaleza de la causa, y le instruyó de la respuesta que habia de dar á Peña, no en la noche de aquel día, sino en la mañana del siguiente para que no desconfiase de su prontitud, sin embargo de que él la exigia. El exponente se impuso bien á fondo de las ideas del Señor Alcalde, y de sus prevenciones, para no desviarse un punto de ellas, reducido á mostrarse adicto á la empresa, siempre que se pusieran en su poder documentos suficientes, y qual podrian exigirse en las circunstancias de aquella actualidad, de los Generales Beresford y de los victoriosos en Montevideo, y á que se le declarase puntualmente los sugetos con quien contaba para la execucion del proyecto; pues de lo contrario no encontraba confianza ni seguridad respeto á los exemplos que habia de los Yngleses en otros Países, particularmente en la Yndia, donde despues de conquistarse varias posesiones por iguales seducciones y reprovados arbitrios habian faltado á lo mas sagrado de sus promesas y pactos hasta esclavizar á los naturales. Con lo expuesto y con la instruccion del Señor Alcalde para que supiese el Declarante el modo de decirselo á Peña, á fin de que no se espantase y mas bien tomase confianza para ir despues de oraciones del día siete á Casa del dicho Señor, fue el exponente á encontrarse en el Fuerte con el dicho Peña, quien se alegró infinito de verlo, y levantandose en el momento del banco en que estaba escribiendo, se fue á saber el resultado del paso encargado al declarante, que le hizo entender los debates tenidos en la conferencia con el Señor don Martin de Alzaga, habiendo sacado por último el fruto de inclinarlo al partido consabido siempre que se le asegurase en todos sus rezelos en la forma que se le ofrecian, y que baxo este concepto podia ir Peña aquella noche á tratar el asunto con dicho Señor, que ya encontraria solo y en términos que nadie los viese ni entendiese. Creido Peña de lo relacionado, mostró mucho regocijo y complazencia y volvió otra vez á conversar con el Declarante, que iba prevenido de hacerlo entrar en materia, para indagar quienes eran los individuos de la Liga, lo qual nunca pudo conseguir, sin embargo de que se valia de algunas invectivas, sagacidades y astucias; ultimamente á virtud de las indagaciones del Declarante, por aquellas ideas que llevaba impresas, y por las que le ocurrían á consecuencia de lo que hablaba con Peña, vino á ser impuesto por este que Beresford, y algunos de sus oficiales, fueron avisados de que se dirigia el Señor Bazo para internarlos, y con este motivo pudieron todos salvar las correspondencias de los amigos de aqui; Que Peña estaba con algun recelo acerca de una carta suya que sabia le tenia tomado entre los Papeles de Beresford, tratando con expresiones equivoocas del particular; pero que para el caso de ser reconvenido, tenia ya preparada la contestacion disfrazada que habia de dar, reducida á que los encargos reservados entre él y Beresford eran conseguir el canje suyo con el Virrey de Lima, ó con algun otro oficial de graduacion de la Plaza de Montevideo. Tambien fue impuesto el declarante por Peña, que le era muy facil hacer detener á Beresford en su marcha para ir él mismo á sacar las credenciales pedidas por Alzaga, y de hacer quanto él quisiera, aun quando tuviese oposicion del Cavildo, ó de quales quiera otro

Tribunal; pues para ellos tenia mucho favor y no faltaban arbitrios; con lo qual se concluyó el segundo acto, y quedó Peña en que sin falta iria despues de oraciones á la casa del Señor Alcalde, y el Exponente fué á dar parte de todo á este dicho Señor, quien quedó enterado de ello, y previno al declarante volviere á la tarde para discurrir sobre lo demas que habia de hacerse para empezar á tener instrumentos con que encabezar el proceso de tan malevolos delincuentes. Puntualmente estuvo el Declarante en casa del Señor Alcalde á la hora indicada, y alli se arbitró tomar de la audiencia de Peña, y de quanto en ella pasase, un Certificado autorizádo por Escribano y dos testigos, que el Señor Alcalde dispuso fuese uno el Señor Regidor D. Miguel Fernandez de Agüero, y otro el Declarante, por no tener facilidad de algun otro de quien le asistiese á su merced una plena satisfaccion de hombre capaz de guardar sus secretos. Seguidamente le dijo el Señor Alcalde al declarante que tenia confianza en el Escribano Don Juan Cortés, y que por lo tanto lo citase para la hora convenida, advirtiendole al mismo tiempo lo que habia de practicar para encerrarse á obscuras en el Quarto que tiene puerta al zaguan, y comunicacion por otra con el Escritorio del referido Señor. Así se verificó desde un rato despues de oraciones del dia siete del pasado mes de Febrero hasta cerca de las ocho y media para las nueve, en que concurrió Peña, y se encerró con dicho Señor Alcalde en su oficina de escritorio, á tratar del objeto de su ida: y de lo que alli hablaron y oyó el Declarante á Peña, y al Señor Don Martin de Alzaga, tiene firmado un Certificado bastantemente especificado al qual en un todo me remito, por ser la verdad de quanto en aquel acto pasó, y en lo que desde ahora para todo tiempo se ratifica, siendo todo lo expuesto la verdad de lo que sabe en el particular sobre que ha sido preguntado con cargo de la palabra de honor que tiene prestada, siendo de quarenta y tres años de edad, y lo firmó con su merced de que doy fé. — *Alzaga.* — *Juan de Dios Dozo,* — Licenciado *Don Justo José Nuñez,* Escribano Público y de Cavildo.

En quatro de dicho mes y año, para continuacion del presente Sumario se constituyó el señor Juez, asociado de mí el Actuario, en la Casa morada del señor actual Regidor Don Miguel Fernandez Agüero á quien su merced le recibió Juramento que hizo conforme á Derecho, por el qual ofrecio decir verdad de lo que supiere y le fuese preguntado, y siéndole con arreglo al tenor del anterior dijo: que á poco despues de las oraciones de la tarde del dia siete del mes de Febrero del presente año, hallándose el Declarante en la Sala Capitular de este Ayuntamiento, con otros individuos de los que lo componen, lo llamó á parte el Señor Alcalde de primer voto y dijo: nos ocurre y interesa la averiguacion de un asunto de la mayor gravedad, en que se necesita proceder con el mas escrupuloso sigilo; y para el efecto es necesario que Usted se venga conmigo á mi casa, ahora mismo. Así se hizo. Y en el transito expuso el Señor Alcalde: Amigo creo que somos vendidos, y entre una porcion de traidores; se me ha dado denuncia por Don Juan de Dios Dozo, sobre una trama urdida de independencia baxo el auxilio y seguridades por los Generales Yngleses, y Dozo ha sido solicitado dentro del mis-

mo Fuerte para ella, y para que se me hable á mi, por un sugeto que es de los principales de alli; conque á efecto de Documentar y descubrir la tramoya, he dispuesto que el Escribano Cortéz, acompañado de usted y del mismo Dozo, esten encerrados en el Quarto inmediato al de mi escritorio, á fin de que certifique de la conferencia, pues el sugeto está citado por Dozo á verse conmigo para esta hora. Llegó el Declarante con el Señor Alcalde á su Casa, fue introducido al Quarto inmediato al escritorio citado, donde ya estaba el Escribano Cortés con Dozo, y se cerró la puerta. El escribano se sentó arrimado á la misma puerta, ocupando el ojo de la llave, único conducto de correspondencia al Despacho y Carpeta del Señor Alcalde (á cuyo pié se hallaban dos sillas dispuestas para la conferencia), el Declarante en seguida y D. Juan de Dios Dozo mas distante. Despues de una dilatada demora se sintió la entrada desde la Sala al Despacho del Señor Alcalde, con otro individuo, y que ambos tomaron asiento, y el Escribano se aplicó con vista y oido al ojo de la llave quien despues de larga conferencia entre alcalde é individuo dijo: la gorra que está sobre la carpeta es de Artilleros de la Ciudad, y el sugeto es Peña; el Declarante pidio lugar para esta observacion, y pudo distinguir claramente la gorra pero no el individuo, porque solo le alcanzó á ver el perfil de las narices y no pudiendo entender nada de la relacion de Peña al Alcalde por lo baxo de su expresion, cedio el lugar al Escribano, que continuó viendo y oyendo hasta el fin de la conferencia, que concluida, despedido el individuo y abierta la puerta ordenó el señor Alcalde al Escribano, le diera la diligencia por Certificado, é impuesto á todos el debido sigilo. Que es quanto sabe y puede declarar, y todo la verdad, en cargo del juramento que ha prestado en el que se afirmó y ratificó; dijo ser maior de quarenta años, y lo firmó con su merced de que doy fé. — *Alzaga.* — *Miquel Fernandez de Aquero.* — Licenciado *Don Justo José Nuñez*, Escribano Público y de Cavildo.

Concuerta con el Expediente original que para efecto de sacar este Testimonio me entregó el Señor Alcalde de primer voto, y le devolvi, al que en lo necesario me remito — Y de mandato verbal de dicho Señor Alcalde, autorizo, signo y firmo el presente en Buenos-Aires, a cinco de Noviembre de mil ochocientos siete. — Licenciado *Don Justo José Nuñez*, Escribano Público y de Cavildo — hay signo y rúbrica.

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

Reseña histórico-descriptiva de antiguas y modernas
supersticiones del Río de Plata, por D. DANIEL GRANADA.

Un zar de Rusia, para manifestar su agrado á un general vencedor, le hizo preguntar si le gustaría una gran tabaquera adornada con pequeños brillantes, y el favorito del día se permitió insinuar que hubiera preferido un grueso brillante adornado con pequeñas tabaqueras. Sin pecar de exigente, podría el lector de este abultado libro encontrar que los diamantes de la poesía popular no guardan proporción con la « tabaquera ». Pero el supuesto lector no tendría razón. Muy lejos de pretender engañarnos, el autor nos dice desde la portada lo que ha querido ofrecernos y en realidad nos ofrece. Si hubiera escrito en su fachada: *Folk-lore del Río de la Plata*, tendríamos derecho de exigirle una colección ingenua de cuentos, creencias, leyendas, refranes y cantos populares de la campaña uruguaya y argentina. Mientras que el interminable encabezamiento, que no repetimos por falta de espacio, es excelente, en cuanto define exactamente el volumen del señor Granada, revelando desde luego su estructura é índole. En lugar, pues, de una humilde « antología » popular, sabemos de antemano que nos esperan, á pretexto de supersticiones america-

nas, sendas disertaciones históricas, filosóficas, mitológicas, teúrgicas, psiquiátricas y demás esdrújulos inquietantes, asentadas en abundantes extractos de autores antiguos y modernos, desde Homero hasta el presbítero Soprano. No queremos mostrarnos insensibles á la erudición literaria del señor Granada, y apreciamos como debemos reseñas filosóficas que comienzan así: « El materialismo, ó sea el positivismo, que en resumidas cuentas viene á ser una misma cosa, etc. » Con todo, el autor nos permitirá pensar que al *folklorismo*, y también á la filosofía y á la literatura, hubiérales prestado mayor servicio con una buena compilación, análoga á la brasilera de Santa Ana Nery, que con sus malogros de racionalismo trascendental.

Es así cómo, para mostrar un solo botón, el señor Granada consagra setenta páginas de texto en octavo mayor á las « salamanca »; y ello comienza con una disertación sobre los varios géneros de magia, siguiéndose un resumen evolutivo del asunto en todas las naciones y edades, con citas á brazo partido (sobre todo del P. Feijoó!), para rematar en una página de Echegaray sobre los rayos Röntgen que se asimilan á la *luz negra* de nuestras consejas! Entre tanto, el lector espera vanamente el simple relato de una topada de salamanca, como los viajeros de las provincias los escuchan en cada pascana. Aun cuando el autor roza la materia indígena, no pierde por nada su solemnidad y altisonancia: gauchiza calzando el coturno. Carece en realidad de las aficiones poéticas y amables que el asunto requiere; mejor dicho, ni es poeta ni ama la poesía popular. Todas sus impresiones literarias son reflejos *librescos*. Dudamos que una sola de sus « supersticiones » quichuas ó guaraníes haya sido escuchada en la rueda de una parada nocturna y al amor del fogón. Por eso son tan desabridas y, hasta las que tienen marco agreste, huelen á librería. Trás no sé qué escritor español, combate el término *folk-lore*, como que según él ó ellos se descompone así: *folk*, vulgo, *lore*, leer; —etimología tanto más imprevista cuanto que el *folk-lore* es el saber tradicional, es decir, transmitido oralmente por los que no saben leer!

Compréndese que con semejante concepto y amor de la ruda poesía popular, se revele á cada paso la falta de *contacto* del autor con su materia. Permítasenos citar otro ejemplo entre mil. Tropiciza— es la expresión propia — con la palabra *china*, con que designamos á la mujer indígena ó meztiza; y después de advertirnos caritativamente que el masculino *chino* es una incorrección, como que el nombre nada tiene que ver con el Celeste Imperio, entra en lo que llama una « explicación del origen de la voz ». La explicación (en que son ingredientes variados Confucio, los Incas con sus vírgenes del Sol y « las vestales de la gentilidad griega y romana ») no explica nada, naturalmente. Hále faltado al señor Granada salir de su librería, vivir algunos meses en las costas del Salado santia- gueño y asistir, v. gr., á la caza de un león americano; entonces hubiera podido oír á su peón exclamar, ultimando al animal estira- do para sacarle el cuero : *Puma CHINA caskha* : « HEMBRA había si- do ! » Tal es la verdadera explicación : *china* es la hembra de cual- quier animal cuyo nombre genérico sea masculino. Y nadie extra- ñará que el calificativo se aplique á la especie humana, puesto que nosotros, tan remilgados, hemos seguido idéntico proceso en nues- tras lenguas cultas : *hembra, femelle, female, etc.*, representan la misma palabra *femina*, mujer.

Hemos señalado francamente las deficiencias y los excesos de esta obra, bajo otros aspectos estimable. La base de nuestro crite- rio, no tenemos razón para disimularlo, es nuestro deseo vehemente de ver formarse alguna vez el *Folk-lore* del Río de la Plata, sobre su plan verdadero y sólido, que no debe ser en modo alguno el que ha discurrido el señor Granada. Otros sabrán seguir la filiación de los mitos y extraer de nuestro tesoro popular la ciencia y la filosofía universales que seguramente encierra. Por ahora nuestra tarea es modesta : consiste en acopiar, no en analizar — mayormente cuando no nos sean familiares los instrumentos críticos de precisión. Se trata al pronto de rebuscar en cada provincia, en cada aldea y es- tancia, la espiga suelta que haya de reunirse á la común gavilla.

Que cada cual traiga á la masa lo que de buena fuente sepa en materia de leyendas, poesías, refranes, creencias, etc., y se hará el *folklore* argentino. « Si cada vecino (decía Goethe poco antes de morir) se limitara á barrer delante de su casa, la calle estaría limpia ». — Y no es dudoso que en esta empresa de gloria colectiva y anónima, podría el señor Granada prestar excelentes servicios.

El cólera en la República Argentina, por el doctor JOSÉ PENNA.

Aunque sean las materias tan diferentes, podríamos encabezar esta noticia con los renglones finales de la anterior, pues el libro del doctor Penna realiza nuestro *desideratum*. Sin frases hechas ni largas incursiones á dominios extraños, tenemos aquí la monografía histórica del flagelo asiático importado, desde su « primera aparición » en la Argentina (en 1856, según nuestro autor) hasta su más reciente y atenuado amago. Es el lenguaje de la ciencia, prudente, preciso, desnudo de adornos exóticos, circunspecto en la afirmación. Y con esto no queremos referirnos sólo al estilo, sino á los propios datos, estados, resultados ó hipótesis que constituyen la substancia misma de la obra. Después de informarse lo mejor posible, — siendo así que ciertas investigaciones, como el cuadro aterrador del cólera en la guerra del Paraguay, representan una labor considerable, — el autor no incurre en el defecto reinante de afirmar perentoriamente la exactitud de sus estadísticas; conoce muy bien la falibilidad inevitable de todo conjunto. Sabe desconfiar de su propia experiencia: y acaso sea este rasgo el que distingue á un espíritu fundamentalmente científico. ¿Habremos de agregar que esa misma duda filosófica, acaso no se aplique tanto como debiera á las teorías y conclusiones de los sabios y congresos europeos? No; es bueno, es necesario que los investigadores seccionales tengan fe robusta y plena en tal ó cual de las doctrinas en discusión, para no escuchar la pér-

vida insinuación de la incertidumbre y su crítica, en este caso, estéril. Conviene, v. g., que nuestros hombres de ciencia creen provisional ó firmemente en la procedencia siempre exótica del cólera morbus, en la sólida realidad del bacilo de Koch y en su valor, no sólo diagnóstico sino patogénico — aunque la inoculación del virus en el hombre no haya producido jamás la enfermedad... Todo ello es excelente, para que nosotros, escépticos irresponsables, podamos entretanto dudar serenamente de muchas cosas, — incluso el papel primordial de ciertas bacterias que no aparecen cuando más se las necesita — y, por momentos, nos demos el consuelo de pensar que toda esa ciencia horripilante se apoye quizá en concomitancias que suponemos relaciones de causa á efecto, de suerte que el axioma fundamental de nuestra medicina sería ó debería ser : *cum hoc, ergo propter hoc !*

Pero ello, lo repetimos, no obsta á que las investigaciones circunscritas y efectuadas con sano criterio representen servicios reales prestados á la ciencia futura y á la humanidad. La monografía del doctor Penna significa una contribución valiosa, y bajo cierto aspecto definitiva, para la historia de la epidemiología argentina — que es un capítulo de la ciencia universal.

REDACTORES DE « LA BIBLIOTECA »

TOMO TERCERO

JUAN BAUTISTA ALBERDI (JUAN MARÍA GUTIÉRREZ).

Este ilustre publicista argentino, cuyo nombre no figura en las *Efemérides americanas* donde se halla Namuncurá, nació en Tucumán, el 29 de agosto de 1810, el día mismo en que las Provincias eligieron sus primeros diputados, que resultaron vocales de la Junta. Era hijo de un comerciante español y de doña Josefa Araoz, perteneciente á la familia más importante de esa provincia. Pasó allí su infancia, y él mismo ha contado con gracia que se « sentaba en las faldas de Belgrano », entreteniendo con su niñeces al vencedor de la Ciudadela. En 1825, obtuvo una de las becas fundadas por Rivadavia en el « Colegio de ciencias morales » y se trasladó á Buenos Aires. Con una breve interrupción, cursó aquí enseñanza secundaria y, en 1830, ayudado por la familia de Cané, pudo estudiar derecho en la Universidad. En otro lugar hemos referido cómo, al año siguiente, en un viaje de recreo á su provincia natal, obtuvo de Heredia (« tirano » culto y bonachón, bien adaptado á su provincia) la libertad de algunos reos políticos; entonces también tomó apuntes para la *Memoria descriptiva de Tucumán*, obra ligera que, con otros opúsculos sobre música y derecho, inauguró su carrera literaria. Alternando con sus estudios jurídicos otros de carácter general, el joven Alberdi leía mucho y, desde ya, escribía en periódicos con elegancia y soltura — aunque también con marcada despreocupación del purismo castellano. Redactaba *La Moda*, el *Boletín musical*, publicaciones efímeras donde insertaba, además de artículos sobre música y

costumbres, algunas melodías fáciles para canto y piano. Con el grupo más distinguido y liberal de esa generación única, en que brillaron Echeverría, Gutiérrez, F. Varela, López, Cané y algunos más, fundó en 1837, la *Asociación de Mayo*, en cuyo *Dogma* colaboró. Al año siguiente, emigró á Montevideo, prefiriendo no graduarse aquí antes que prestar juramento á la Federación. Se doctoró en Montevideo y, además de sus tareas profesionales, con el núcleo de talentos jóvenes que también habían emigrado, y al que se agregaban Rivera Indarte, Lamas y Mitre, fundó ó redactó varios periódicos, entre ellos el *Iniciador* y la *Revista del Plata*. Secretario del general Lavalle en 1840, desaprobó el plan de la campaña libertadora y resignó sus funciones, sin abandonar su propaganda unitaria. No necesitamos recordar su primer viaje á Europa, con Gutiérrez, pues lo refiere él mismo en las páginas llenas de encanto que encabezan este número de *La Biblioteca*. Á su vuelta de Europa, se estableció en Chile, donde abrió estudio de abogado. A más de sus *Defensas* y otros opúsculos profesionales y políticos, fué allí donde publicó, después de la caída de Rosas, sus *Bases para la organización de la República Argentina*, obra fundamental que bastaría á colocarle en el primer rango de los escritores hispano-americanos. La completó en ese año (1852) y los siguientes con los *Elementos de derecho público provincial* y el *Sistema rentístico*, fuera de otros escritos circunstanciales y polémicos que están en todas las memorias. Acerbamente agredido por Sarmiento, le replicó desde Quillota,

afilando la ironía contra el sarcasmo, y es muy sabido que en ese duelo del florete y la maza, no tuvo Alberdi la peor parte. En 1854 fué nombrado encargado de negocios de la Confederación en Inglaterra y Francia; salió para su destino, deteniéndose algunas semanas en los Estados Unidos; al año siguiente fué ascendido á ministro plenipotenciario ante dichos gobiernos y los de España y Estados Unidos. Entre otros tratados que marcaron su paso por la diplomacia, merece citarse el primero celebrado con España. Permaneció en su puesto hasta la batalla de Pavón. Fué destituido por el vencedor porque había sido nombrado por el vencido. Alberdi se estableció en París, viviendo del modesto peculio que trajera de Chile, debido á su labor profesional. Continuó escribiendo volúmenes y opúsculos de política general ó actualidad, en que su claro talento subsistía y hasta se desarrollaba, aunque, con el tiempo, fuera perdiendo más y más el « contacto » de las cosas argentinas. Se ensayó agradablemente en el panfleto, el cuento á lo Voltaire y la alegoría política puesta de moda por Laboulaye, escritor de erudición y talento que no tuvo genio sino en Sud-América. No recordaremos la actitud de Alberdi durante la guerra del Paraguay sino para lamentarla; y ello no ciertamente porque aceptemos una sola de las acusaciones venenosas que formularon sus adversarios, sino porque, visiblemente, perdió Alberdi en esos panfletos la clara percepción de la realidad. Hay que repetirlo: ha sido calumnia atroz lo que á este respecto se ha escrito; nunca pensó Alberdi en atacar á su país, y mucho menos por un estipendio. Imputaciones hay que, al resultar infundadas, se incorporan indeleblemente, no á la biografía del acusado, sino á la del acusador. Pero, dado que Alberdi tuviese razón contra el Brasil, no la tenía en su defensa del Paraguay de López. Por otra parte, si para el escritor sincero es lícito y aun patriótico criticar al gobierno de su país, llegan horas solemnes en que patria y gobierno se enlazan tan estrechamente que es imposible apuntar al uno sin herir á la otra. Fueron errores humanos. ¿Quién extrañará que, vilipendiado por los encumbrados adversarios

que se sucedieron en la presidencia, Alberdi haya perdido alguna vez la sangre fría y el sentido recto que son característicos de su talento? Sucedióle á Victor Hugo, en su odio ciego contra el Imperio, declararse públicamente, durante la guerra de Crimea, por los Rusos contra los Franceses. La Francia liberal comprendió la razón del extravío, y nadie pensó en infamar al gran poeta con el dictorio de traidor. Alberdi sintió el dardo envenenado penetrarle hasta el alma; y es por ello, sin duda, que, á la vejez y después de cuarenta años de ausencia, aceptó agradecido la reparación pública, resolviéndose á volver á su patria para sentarse en el Congreso. Era muy tarde, para él y para nosotros! No hay error más triste que ceder al llamamiento de la realidad, cuando la hemos transfigurado á la distancia con largos años de ilusión. Si la aparición de Alberdi envejecido y desorientado no fué un desencanto sino para los que no habían leído sus libros, para él la decepción fué profunda y fatal: se volvió al destierro como á su única patria, para acabar de morir. Había bebido durante un cuarto de siglo la hiel de la calumnia y el vinagre de la iniquidad: pero ese adiós eterno á su pueblo que no le conocía y á quien no conocía ya, fué sin duda la gota de suprema amargura. — Queda su obra fragmentaria, y con ella el testimonio irrecusable del cerebro más comprensivo, del espíritu más ágil y sagaz de su generación, que es la gran generación argentina. Como literato de vigor y colorido, es inferior á Sarmiento y acaso á López: á todos aventaja como pensador político. En él la forma se ajusta tan perfectamente á la idea que no parece existir: no tiene estilo distinto del pensamiento; y la frase transparente, estrechamente adecuada al concepto, remeda un velo blanco sobre una blanca desnudez. No tenía paleta; pero, suele ser tan precisa su línea, que la ausencia de color no se deja sentir. Hay una virtud secreta en su talento, lo mismo que había en el hombre una belleza, interior.

CARLOS A. ALDAO (EN LA CAVERNA DE MAMMOTH).

Nació en Santa Fe el 5 de mayo de 1860. Después de cursar allí segunda enseñanza ingresó en la Facultad de de-

recho de Buenos Aires, graduándose en 1884 con una buena tesis sobre *El Divorcio*, entonces de actualidad. Formó parte de la justicia de paz letrada desde su creación, primero como juez y luego como camarista. En 1892, fué nombrado secretario de la misión especial adscripta á la legación de Washington para el arbitraje de Misiones, y con este motivo ha dado á luz un importante estudio sobre dicha cuestión. A su regreso fué nombrado director del banco de la Provincia. Además de la obra citada y de su colaboración periodística, el doctor Aldao ha publicado varios folletos sobre materia constitucional. Últimamente ha traducido los *Ensayos* de Emerson con una propiedad y galanura que *La Biblioteca* ha señalado.

ADOLFO ALSINA (SISTEMAS DE FILOSOFÍA).

Nació en Buenos Aires el 14 de enero de 1829. Hijo del ilustre publicista unitario, don Valentín Alsina, y de la virtuosa matrona doña Antonia Maza, estaba predestinado á criarse en el destierro desde que la barbarie se entronizó en su país: Rosas asumió la dictadura en marzo de 1835; el 5 de septiembre del mismo año, el doctor Alsina lograba escaparse del pontón *Sarandí* donde estaba engrillado. Se estableció en Montevideo hasta la caída del tirano, defendió con la pluma y con la espada á su partido proscrito, aceptando más tarde la honra peligrosa de suceder en el *Comercio del Plata* á F. Varela asesinado. La fibra precozmente viril de Adolfo Alsina se templó en ese hogar volante, entre rumores de guerra y conspiración, gritos de generosa protesta, ayes de viudas y huérfanos. Creció teniendo á la vista dos altos ejemplos de virtudes públicas y privadas; de suerte que, desde niño, con sólo amar á sus padres rindió culto al deber y al honor, y bastóle seguir las huellas paternas en la áspera senda donde el sacrificio es cierto, si dudoso el premio cívico. Completó su educación en el « Colejio Nacional » que transportó consigo el venerable maestro Peña, también expatriado como la civilización y el saber, y obligado á erigirles un refugio en la « Nueva Troya » *novam condere urbem*. Allí pronunció Adolfo Alsina, como bedel del aula de filosofía, el discurso que publicamos

hoy. Después de Caseros, volvió hombre al Buenos Aires de su primera infancia, y, mientras era su padre ministro de López, él terminaba sus estudios jurídicos en esta Facultad, graduándose en ese mismo año de 1852. Actuó en la política liberal que, después de la revolución de septiembre, elevó á don Valentín al gobierno de la provincia, y tomó parte en la defensa de la ciudad sitiada por Urquiza. Comandante de guardias nacionales en Cepeda, fué uno de los diputados de Buenos Aires rechazados por el congreso del Paraná. En Pavón mandó la 8ª brigada; y la victoria abrió también para Alsina el vasto escenario político. Fué elegido diputado al Congreso, y pronunció en ese año climatérico de 1862, contra el proyecto de federalización de la Provincia, un discurso memorable que, sobre ser el mejor de su vida parlamentaria, es sin duda el más luminoso y elocuente de ese debate en que intervinieron Rawson, Elizalde, Gorostiaga, Mármol y otros oradores de valía. La defensa de Buenos Aires que fundó la reputación nacional de su autor, fué la señal de su rompimiento con el general Mitre y sus amigos. Sabido es que nacieron de la escisión los partidos *nacionalista* y *autonomista*, cuya rivalidad ardiente y azarosa, pero fecunda, dió rumbo durante quince años á la historia de Buenos Aires, y, puede decirse, de la República. Elegido gobernador en 1866, Alsina confió á Avellaneda la cartera de gobierno y la de hacienda á don M. Varela: están en todas las memorias las útiles innovaciones y sanas reformas que caracterizaron esa administración. Entretanto se abría la sucesión presidencial, y Alsina era candidato con Elizalde, Urquiza y Sarmiento. Habiendo renunciado á su candidatura para asegurar el triunfo de la última, fue designado para la vice-presidencia. La lógica de los acontecimientos, superior á la previsión de los hombres, hizo que se reprodujera seis años después una situación análoga á la de 1867. Entre las dos candidaturas irreconciliables de Alsina y Mitre, surgió la de Avellaneda; y también esta vez resolvió el primero ofrecer al candidato de doce provincias la base de Buenos Aires, indispensable para el gobierno sino para la elección. Estalló la revolución del 74; y Alsina, como ministro de la

guerra, contribuyó eficazmente á la pacificación del país, primero por el triunfo legal, y después por la política de « conciliación ». La cuestión de fronteras, á la que dió solución provisional, ocupó su actividad hasta rendir su enérgica naturaleza : sabido es que contrajo en Carhué la enfermedad de que murió en Buenos Aires, el 29 de diciembre de 1877. Es permitido pensar que esa muerte prematura modificó la historia argentina. En todo caso, fué sentida y llorada como una calamidad. Alsina no era un pensador político ni un estadista de vasto horizonte, — acaso tampoco un orador completo : fué ante todo, y por sobre todos sus contemporáneos, un poderoso tribuno popular, un alma cálida y generosa, siempre vibrante de virtud patriótica. Habiéndose hecho « todo para todos » como el Apóstol, no conoció la ley común, los estrechos deberes domésticos : su verdadero hogar fué Buenos Aires; la amó y fué amado de ella con intensidad tan profunda y carnal, que esta doble pasión casi define al hombre por su pueblo, y recíprocamente. Fué el tipo acabado y superior del *porteño*, con todas sus excelencias y deficiencias. Por eso no quisimos perder de vista su imagen familiar, y, desde el día de su muerte, podría decirse que surgió espontánea del suelo su estátua de bronce, irguiéndose para siempre en el corazón de la Ciudad.

JUAN ANTONIO ARGERICH (RICARDO GUTIÉRREZ).

Nació en Buenos Aires el 26 de agosto de 1862. Después de cursar estudios secundarios en el Colegio Nacional, ingresó en la Facultad de derecho, graduándose el 24 de mayo de 1886, con una tesis sobre *Comercialidad de los inmuebles*. Allí se revelaban ya la inteligencia robusta á par que el carácter independiente, precozmente templado por la vida, cuyos deberes severos aceptó Argerich desde la primera juventud. Aun estudiante de derecho, era profesor en el Colegio, — desempeñó durante diez años la cátedra de literatura, — colaborador en diarios y revistas, empleado de la Biblioteca nacional : armándose al fin, para la lucha de la existencia. A poco, salió de ella vencedor : en ocho ó diez años, merced á dotes intelectuales sobresalientes, pue-

tas en pleno valor por una actividad infatigable, su estudio de abogado ha cobrado crédito é importancia de primer orden. Sólo ha publicado algunos de sus trabajos forenses; pero sus amigos, y cuantos conocen sus gustos y aptitudes, sentirán, hoy más que nunca, que la labor profesional absorba del todo un talento de literato y pensador prometido á más altos destinos.

EDUARDO L. BIDAU (EL DOCTOR ANTONIO E. MALAVER).

Nació en Buenos Aires el 25 de agosto de 1862. Cursó estudios preparatorios en el Colegio Nacional é ingresó en la Facultad de derecho. Se graduó en mayo de 1885 con una tesis sobre *Hipoteca naval*, siendo designado para pronunciar el discurso de colación. En 1875, publicó un trabajo interesante sobre *Delitos de imprenta*. En 1888, su meditado estudio sobre *Privilegios diplomáticos*, presentado á la Facultad, le hizo designar para suplente de derecho internacional público. En dicho año emprendió la publicación de los *Anales de la Universidad*, escribiendo, en colaboración con el doctor Norberto Piñero, el primer tomo, que comprende la historia de la institución. Fuera de los trabajos citados y de otros escritos profesionales, el doctor Bidau ha colaborado en la prensa jurídica y política de la Capital. Ha sido profesor de Historia argentina en el Colegio Nacional. Actualmente es secretario general de la Universidad y dicta además en la Facultad, como suplente en ejercicio, el curso mencionado. Igualmente apreciado en el mundo forense y universitario, el doctor Bidau es una de las inteligencias nutridas de la generación que va llegando á la madurez.

DIEGO T. R. DÁVISON (LA MÚSICA EN EL ARTE DE CURAR).

Nació en Concordia (Entre-Ríos) en 1857. Principió su educación en Montevideo y la terminó en Inglaterra. Pasó á estudiar medicina en Edimburgo, recibiendo en 1881 el grado de doctor de esa universidad. Ocupó los puestos de médico interno del hospital real de Edimburgo, de primer médico interno del hospital del sud de Liverpool y, más tarde, del hospital de Wrexham. Después de viajar por Europa, Asia y Norte América, regresó á su patria para ejer-

cor su profesión. Desde 1889 fué uno de los activos organizadores del movimiento de opinión que condujo á la revolución del 90. El año siguiente, fundó el diario *La Defensa del Pueblo* que fué suprimido durante el estado de sitio. Elegido concejal de la Municipalidad en 1892, renunció el cargo por haber aceptado el de vocal del Departamento de higiene, que aún desempeña. Ha colaborado en las principales publicaciones médicas de Buenos Aires y Londres, tratando con preferencia las cuestiones de medicina pública é higiene. En 1890, publicó *Las causas de la difteria*, importante contribución al estudio local de dicha enfermedad, como que es el resultado de una investigación personal en las numerosas casas de Buenos Aires donde habían fallecido diftericos. Además de la obra citada y sus trabajos diseminados en las revistas, el doctor Davison suele tratar temas científicos en conferencias dadas en la *Sociedad médica argentina* ó el *Círculo médico*.

JUAN AGUSTÍN GARCÍA, hijo (EL RÉGIMEN COLONIAL).

Nació en Buenos-Aires el 12 de abril de 1862. Después de cursar estudios secundarios, ingresó en la Facultad de derecho de esta ciudad, donde se graduó, el 24 de mayo de 1882 (antes de los veinte años, por consiguiente), con una tesis sobre *Los hechos y los actos jurídicos* que, además de otros méritos, tiene el de no traer dedicatoria. Fuera de sus trabajos profesionales, como abogado y juez en lo civil, el doctor García ha colaborado en varios periódicos y publicado en folleto algunos trabajos de filosofía y crítica; entre ellos mencionaremos un claro resumen de psicología — *La asociación de ideas* — que en su forma sucinta revela fuerte preparación. Profesor de *Introducción al derecho* en la Facultad, ha publicado la primera parte de su curso, en un volumen de 328 páginas. Desde el punto de vista « pedagógico », formularíamos algunas críticas al plan y estructura de la obra; pero reconocemos lo meritorio del esfuerzo y, en varios capítulos de los *Antecedentes históricos*, la unión feliz del estudio concienzudo con el talento de expresión.

RICARDO GUTIERREZ (LA MAGDALENA).

Nació este ilustre poeta y médico argentino en Arrecifes (provincia de Buenos Aires) el 10 de noviembre de 1836; murió en Buenos Aires, el 23 de septiembre de 1896. Después de cursar derecho hasta el tercer año, abandonó la jurisprudencia para dedicarse á la medicina. Apenas graduado, ingresó en el ejército como médico militar é hizo toda la campaña del Paraguay. Enviado á Europa por el gobierno, en 1870, para completar sus estudios científicos, se dedicó con especialidad á las enfermedades de la infancia y, á su vuelta, fundó el primer hospital de niños de esta ciudad. Su ciencia y su popularidad profesionales están en todas las memorias: Gutiérrez era un espíritu superior que envolvía un alma noble y vehemente, y su luz externa no era sino la llama de su foco interior. Ha muerto llorado después de vivir bendecido. No nos toca apreciar su obra literaria, en el número mismo en que se la estudia con cariño y acierto. Recordemos que, además de ardiente periodista en el *Pueblo Argentino* y la *Patria*, Gutiérrez publicó en la *Nación* admirables correspondencias de Europa. Como poeta, *La Fibra salvaje*, *Lázaro*, *El libro de las lágrimas* y *El Libro de los cantos*, reunidos en volumen, señalan una época transitoria pero significativa del arte nacional: el fin del romanticismo exótico y subjetivo, ingerido por última vez y con pasión intensa en el tronco nacional.

ERNESTO QUESADA (LA BATALLA DE ANGAGO).

Nació en Buenos Aires el 1° de junio de 1858, y, después de terminar en Europa su educación, volvió á su patria en 1878. Hijo del conocido escritor que dirigía entonces la Biblioteca pública, el señor Ernesto Quesada fué nombrado secretario del establecimiento, en tanto que cursaba derecho en la Facultad; se doctoró en 1882 con una tesis sobre *Observaciones al Código de comercio*. Alejado casi por completo de la vida pública, ha seguido las huellas paternas, dedicándose al estudio, principalmente del derecho público y la historia americana, con una eficacia de que dan prueba sus numerosas

publicaciones. A falta de originalidad en el fondo y de personalidad en la forma, trabajos tan múltiples y de índole tan diversa como los que ha firmado el doctor Quesada, revelan una asombrosa actividad. No tenemos espacio para dar su lista completa, pero señalaremos los siguientes: *La sociedad romana en el I^{er} siglo* (1878); *Apuntes*

de derecho internacional (mismo año); *Un invierno en Rusia* (1888); *Reseñas y Críticas* (1894); *La política chilena en el Plata* (1895). Además de su asidua contribución á la *Nueva Revista de Buenos Aires*, que dirigía, ha colaborado en varias publicaciones periódicas. Pertenece al grupo feliz de los que conciben sin esfuerzo y procrean sin dolor.

ÍNDICE DEL TERCER TOMO.

(ENERO - MARZO)

ENTREGA DE ENERO

JUAN A. ARGERICH.....	Ricardo Gutiérrez.....	5
ERNESTO QUESADA.....	La batalla de Angaco.....	23
BARTOLOMÉ NOVARO.....	Inacción y ejercicio (<i>conclusión</i>).....	54
MARTIN GARCÍA MÉROU..	El Brasil intelectual (<i>continuación</i>).....	68
FRANCISCO SEEBER.....	La música y las distintas escuelas.....	96
PAUL GROUSSAC.....	Santiago Liniers.....	112
RICARDO GUTIÉRREZ.....	La Magdalena (fragmento).....	127
P. G.....	Génesis del héroe.....	137
***	Boletín bibliográfico.....	152

ENTREGA DE FEBRERO

JUAN B. ALBERDI.....	Juan María Gutiérrez.....	161
JUAN A. GARCÍA (hijo)..	El Régimen colonial.....	193
PEDRO N. ARATA.....	El Puente del Inca y sus termas.....	219
MARTIN GARCÍA MÉROU..	El Brasil intelectual (<i>continuación</i>).....	233
ALBERTO WILLIAMS.....	Estética musical y conciertos sinfónicos (<i>continuación</i>).....	261
PAUL GROUSSAC.....	Santiago Liniers (<i>continuación</i>).....	271
PEDRO A. CERVIÑO.....	Documentos históricos.....	313

ENTREGA DE MARZO

ADOLFO ALSINA.....	Sistemas de filosofía.....	325
EDUARDO L. BIDAU.....	El doctor Antonio E. Malaver.....	344
***	La Pesquisa.....	362
DIEGO T. R. DÁVISON...	La Música en el arte de curar.....	381
CARLOS A. ALDAO.....	En la caverna de Mammoth.....	399
RUBÉN DARÍO.....	Poemas americanos.....	414
PAUL GROUSSAC.....	Santiago Liniers. — La Reconquista.....	422
***	Documentos históricos.....	459
***	Boletín bibliográfico.....	477
***	Redactores de la <i>Biblioteca</i> (3 ^{er} tomo).....	482

Angel J. Carranza
Paraguay 1895

LA BIBLIOTECA

REVISTA MENSUAL DIRIGIDA POR P. GROUSSAC

SUMARIO

Juan A. Argerich....	<i>Ricardo Gutiérrez</i>	5
Ernesto Quesada.....	<i>La batalla de Angaco</i>	23
Bartolomé Novaro....	<i>Inacción y ejercicio (Conclusión)</i>	54
Martín García Mérou	<i>El Brasil intelectual (Continuación)</i>	68
Francisco Seeber....	<i>La música y las distintas escuelas</i>	96
Paul Groussac.....	<i>Santiago Liniers</i>	112
Ricardo Gutiérrez ...	<i>La Magdalena (fragmento)</i>	127
P. G.....	<i>Génesis del héroe</i>	137
***	<i>Boletín bibliográfico</i>	152
***	<i>Redactores de la Biblioteca (interior de la cubierta).</i>	
***	<i>Libros nuevos (interior de la cubierta)</i>	

BUENOS AIRES

LIBRERÍA DE FÉLIX LAJOUANE, EDITOR

85 — CALLE DEL PERÚ — 85

1897

REDACTORES DE « LA BIBLIOTECA »

NÚMERO DE ENERO

JUAN ANTONIO ARGERICH (RICARDO GUTIÉRREZ).

Nació en Buenos Aires el 26 de agosto de 1862. Después de cursar estudios secundarios en el Colegio Nacional, ingresó en la Facultad de derecho, graduándose el 24 de mayo de 1886, con una tesis sobre *Comercialidad de los inmuebles*. Allí se revelaban ya la inteligencia robusta á par que el carácter independiente, precozmente templado por la vida, cuyos deberes severos aceptó Argerich desde la primera juventud. Aun estudiante de derecho, era profesor en el Colegio, — desempeñó durante diez años la cátedra de literatura, — colaborador en diarios y revistas, empleado de la Biblioteca nacional: armándose al fin, para la lucha de la existencia. A poco, salió de ella vencedor: en ocho ó diez años, merced á dotes intelectuales sobresalientes, puestas en pleno valor por una actividad infatigable, su estudio de abogado ha cobrado crédito ó importancia de primer orden. Sólo ha publicado algunos de sus trabajos forenses; pero sus amigos, y cuantos conocen sus gustos y aptitudes, sentirán, hoy más que nunca, que la labor profesional absorba del todo un talento de literato y pensador prometido á más altos destinos.

ERNESTO QUESADA (LA BATALLA DE ANGACÓ).

Nació en Buenos Aires el 1° de junio de 1858, y, después de terminar en Europa su educación, volvió á su patria en 1878. Hijo del conocido escritor que dirigía entonces la Biblioteca pública, el señor Ernesto Quesada fué nombrado secretario del establecimiento, en tanto que cursaba derecho en la Facultad; se doctoró en 1882 con una tesis sobre *Observaciones al Código de comercio*. Alejado casi por completo de la vida pública, ha seguido las huellas paternas, dedicándose al estudio, principalmente del derecho público y la historia americana, con una eficacia de que dan prueba sus numerosas publicaciones. A falta de originalidad en el fondo y de personalidad en la forma, trabajos tan múltiples y de índole tan diversa como los que ha fir-

mado el doctor Quesada, revelan una asombrosa actividad. No tenemos espacio para dar su lista completa, pero señalaremos los siguientes: *La sociedad romana en el I^{er} siglo* (1878); *Apuntes de derecho internacional* (mismo año); *Un invierno en Rusia* (1888); *Reseñas y Críticas* (1894); *La política chilena en el Plata* (1895). Además de su asidua contribución á la *Nueva Revista de Buenos Aires*, que dirigía, ha colaborado en varias publicaciones periódicas. Perteneció al grupo feliz de los que conciben sin esfuerzo y procrean sin dolor.

RICARDO GUTIÉRREZ (LA MAGDALENA).

Nació este ilustre poeta y médico argentino en Arrecifes (provincia de Buenos Aires) el 10 de noviembre de 1836; murió en Buenos Aires, el 23 de septiembre de 1896. Después de cursar derecho hasta el tercer año, abandonó la jurisprudencia para dedicarse á la medicina. Apenas graduado, ingresó en el ejército como médico militar ó hizo toda la campaña del Paraguay. Enviado á Europa por el gobierno, en 1870, para completar sus estudios científicos, se dedicó con especialidad á las enfermedades de la infancia y, á su vuelta, fundó el primer hospital de niños de esta ciudad. Su ciencia y su popularidad profesionales están en todas las memorias: Gutiérrez era un espíritu superior que envolvía una alma noble y vehemente, y su luz externa no era sino la llama de su foco interior. Ha muerto llorado después de vivir bendecido. No nos toca apreciar su obra literaria, en el número mismo en que se la estudia con cariño y acierto. Recordemos que, además de ardiente periodista en el *Pueblo Argentino* y la *Patria*, Gutiérrez publicó en la *Nación* admirables correspondencias de Europa. Como poeta, *La Fibra salvaje*, *Lázaro*, *El libro de las lágrimas* y *El Libro de los cantos*, reunidos en volumen, señalan una época transitoria pero significativa del arte nacional: el fin del romanticismo exótico y subjetivo, ingerido por última vez y con pasión intensa en el tronco nacional.

LIBROS NUEVOS

LA LOCA DE LA GUARDIA por V. F. L.

Aunque suponemos que el misterioso pseudónimo tenga la misma eficacia que el del coronel Mariano N... (cht!) del libro, nos guardaremos de descubrirlo, para no incurrir nuevamente en el pecado de indiscreción. Por lo demás, este volumen nos llega tan á último momento, que, muy á pesar nuestro, no hemos podido releer sino una tercera parte de los capítulos; nos vemos obligados á mantenernos en las vaguedades de una impresión incompleta ó lejana. Pero tendremos próxima ocasión de ampliar y precisar nuestro juicio. Por lo demás, la parte de la novela que hemos alcanzado á leer de nuevo, en esta segunda edición, confirma en un todo el efecto que nos produjo la primera, hace algunos años: lo que prueba que ni la obra ni el lector han cambiado mucho — ó bien que han envejecido juntos. Lo segundo es más probable.

Alguna vez se ha reprochado al señor V. F. L. el escribir la historia con estilo y procedimientos de novela; si la crítica tiene fundamento, es de creer que el autor esté ahora en su terreno. Está, efectivamente; y, á pesar de todas sus deficiencias habituales de composición y estilo, la *Loca de la Guardia* es una lectura llena de amenidad é interés: nadie que la comience la interrumpirá de grado. El elogio no puede ser mayor. Aquello *vive*, y tan poco se cuida el lector de poner reparos en sus defectos, como el niño que escucha un cuento, en los tropiezos del narrador. — ¿Novela histórica? No, seguramente, si la comparamos con los modelos del género: no hay invención en la trama, ni tipos creados, ni mucho menos amplias pinturas de la época ni de la naturaleza. Es una *crónica* llena

de movimiento y arrebató, que parecchécha por un testigo ocular, un veterano de Chacabuco que tuviera poco gusto y mucha imaginación — algo así como un Marbot sin sable. — Al hablar de la imaginación, se trata de la inventiva, no de la plástica. Es muy curioso comprobar una vez más el dicho de Gautier sobre el escasísimo número de personas para quienes « el mundo físico existe ». El señor V. F. L. que ha cruzado la cordillera cuando el viaje duraba tiempo sobrado para verla, nos presenta pinturas de los Andes tan imaginativas y poco reales como el Tucumán de Sarmiento. Pero ello es rasgo atávico y nacional. La literatura española no tiene una descripción novedosa y sentida de la naturaleza, á la Rousseau, Chateaubriand, y la pléyade de los modernos franceses ó ingleses. Hay más: su admirable escuela de pintura no tiene un gran paisajista... Pero de ello y de lo demás, nos ocuparemos en otra noticia menos precipitada. Sólo hemos querido hoy señalar esta reimpresión — bastante incorrecta, por otra parte — de una obra literaria digna de ser leída por todos los argentinos.

ENSAYOS DE R. W. EMERSON, traducidos por Carlos A. Aldao.

Al recomendar, hace algunos meses, la traducción de la *Conducta de la vida*, pedíamos al señor Aldao que completara su plausible propaganda, dándonos el traslado fiel de los *Ensayos*, que contienen las páginas más bellas y profundas del pensador americano. Tenemos ya la primera serie, y si fuera ojeoso encarecer la influencia moral y estética de escritos unánimemente admirados, nos será permitido al menos elogiar la primera traducción directa y correcta que del amigo y émulo de Carlyle se haya hecho en castellano.

LA BIBLIOTECA

CONDICIONES

LA BIBLIOTECA, saldrá el 15 de cada mes.

Cada número contendrá 160 páginas, las que formarán con cuatro números un elegante volumen gran in-8º de 640 páginas.

PRECIOS DE LA SUSCRIPCIÓN POR AÑO

BUENOS-AIRES.....	20	» § curso legal
PROVINCIAS.....	21.50	—
EXTERIOR.....	8	» § oro
Un número suelto.....	2	» § curso legal

La suscripción se paga adelantada

SE SUSCRIBE

En Buenos-Aires : LIBRERÍA DE FÉLIX LAJOUANE, Perú 85
y en las principales librerías

EN EL EXTERIOR

MONTEVIDEO.....	Librería de Barreiro y Ramos
SANTIAGO DE CHILE.....	— Roberto Miranda
LIMA.....	— V ^a de Galland
RIO DE JANEIRO.....	— F. Briguiet y C ^a
PARAGUAY (Asunción)....	— Uribe y C ^a
MÉXICO.....	— V ^a de Ch. Bouret
MADRID.....	— Victoriano Suárez
PARÍS.....	Em. Terquem, rue Scribe, 19

Por avisos é informaciones, dirigirse á FÉLIX LAJOUANE
Perú, 85, Buenos-Aires

A. J. Carranza
Paraguay 1465

LA BIBLIOTECA

REVISTA MENSUAL DIRIGIDA POR P. GROUSSAC

SUMARIO

Juan B. Alberdi.....	<i>Juan Maria Gutiérrez</i>	161
Juan A. Garcia (hijo)..	<i>El Régimen colonial</i>	193
Pedro N. Arata	<i>El Puente del Inca y sus termas</i>	219
Martín García Mérou	<i>El Brasil intelectual (Continuación)</i>	233
Alberto Williams....	<i>Estética musical y conciertos sinfónicos</i> <i>(Continuación)</i>	261
Paul Groussac	<i>Santiago Liniers (Continuación)</i>	271
Pedro A. Cerviño.....	<i>Documentos históricos</i>	313

*Redactores de la Biblioteca (interior de
la cubierta),*

BUENOS AIRES

LIBRERÍA DE FÉLIX LAJOUANE, EDITOR

85 — CALLE DEL PERÚ — 85

1897

REDACTORES DE « LA BIBLIOTECA »

NÚMERO DE FEBRERO

JUAN BAUTISTA ALBERDI (JUAN MARÍA GUTIÉRREZ).

Este ilustre publicista argentino, cuyo nombre no figura en las *Efemérides americanas* donde se halla Namuncurá, nació en Tucumán, el 29 de agosto de 1810, el día mismo en que las Provincias eligieron sus primeros diputados, que resultaron vocales de la Junta. Era hijo de un comerciante español y de doña Josefa de Paoz, perteneciente á la familia más importante de esa provincia. Pasó allí su infancia, y él mismo ha contado con gracia que se « sentaba en las faldas de Belgrano », entreteniéndose con su niñeces al vencedor de la Ciudadela. En 1825, obtuvo una de las becas fundadas por Rivadavia en el « Colegio de ciencias morales » y se trasladó á Buenos Aires. Con una breve interrupción, cursó aquí enseñanza secundaria y, en 1830, ayudado por la familia de Cané, pudo estudiar derecho en la Universidad. En otro lugar hemos referido cómo, al año siguiente, en un viaje de recreo á su provincia natal, obtuvo de Heredia (« tirano » culto y bonachón, bien adaptado á su provincia) la libertad de algunos reos políticos; entonces también tomó apuntes para la *Memoria descriptiva de Tucumán*, obra ligera que, con otros opúsculos sobre música y derecho, inauguró su carrera literaria. Alternando con sus estudios jurídicos otros de carácter general, el joven Alberdi leía mucho y, desde ya, escribía en periódicos con elegancia y soltura — aunque también con marcada despreocupación del purismo castellano. Redactaba *La Moda*, el *Boletín musical*, publicaciones efímeras donde insertaba, además de artículos sobre música y costumbres, algunas melodías fáciles para canto y piano. Con el grupo más distinguido y liberal de esa generación única, en que brillaron Echeverría, Gutiérrez, F. Varela, López, Cané y algunos más, fundó en 1837, la *Asociación de Mayo*, en cuyo *Dogma* colaboró. Al año siguiente, emigró á Montevideo, prefiriendo no graduarse aquí antes que prestar juramento á la Federación. Se doctoró en Montevideo y, además de sus tareas profesionales, con el núcleo de talentos jóvenes que también habían emigrado, y al que se

agregaban Rivera Indarte, Lamas y Mitre, fundó ó redactó varios periódicos, entre ellos el *Iniciador* y la *Revista del Plata*. Secretario del general Lavalle en 1840, desaprobó el plan de la campaña libertadora y resignó sus funciones, sin abandonar su propaganda unitaria. No necesitamos recordar su primer viaje á Europa, con Gutiérrez, pues lo refiere él mismo en las páginas llenas de encanto que encabezan este número de *La Biblioteca*. Á su vuelta de Europa, se estableció en Chile, donde abrió estudio de abogado. A más de sus *Defensas* y otros opúsculos profesionales y políticos, fué allí donde publicó, después de la caída de Rosas, sus *Bases para la organización de la República Argentina*, obra fundamental que bastaría á colocarle en el primer rango de los escritores hispano-americanos. La completó en ese año (1852) y los siguientes con los *Elementos de derecho público provincial* y el *Sistema rentístico*, fuera de otros escritos circunstanciales y polémicos que están en todas las memorias. Acerbamente agredido por Sarmiento, le replicó desde Quillota, afilando la ironía contra el sarcasmo, y es muy sabido que en ese duelo del florete y la maza, no tuvo Alberdi la peor parte. En 1854 fué nombrado encargado de negocios de la Confederación en Inglaterra y Francia; salió para su destino, deteniéndose algunas semanas en los Estados Unidos; al año siguiente fué ascendido á ministro plenipotenciario ante dichos gobiernos y los de España y Estados Unidos. Entre otros tratados que marcaron su paso por la diplomacia, merece citarse el primero celebrado con España. Permaneció en su puesto hasta la batalla de Pavón. Fué destituido por el vencedor porque había sido nombrado por el vencido. Alberdi se estableció en París, viviendo del modesto peculio que trajera de Chile, debido á su labor profesional. Continuó escribiendo volúmenes y opúsculos de política general ó actualidad, en que su claro talento subsistía y hasta se desarrollaba, aunque, con el tiempo, fuera perdiendo más y más el « contacto » de las cosas argentinas. Se

(Continúa en la página 3 de la cubierta).

ensayó agradablemente en el panfleto, el cuento á lo Voltaire y la alegoría política puesta de moda por Laboulaye, escritor de erudición y talento que no tuvo genio sino en Sud-América. No recordaremos la actitud de Alberdi durante la guerra del Paraguay sino para lamentarla; y ello no ciertamente porque aceptemos una sola de las acusaciones venenosas que formularon sus adversarios, sino porque, visiblemente, perdió Alberdi en esos panfletos la clara percepción de la realidad. Hay que repetirlo: ha sido calumnia atroz lo que á este respecto se ha escrito; nunca pensó Alberdi en atacar á su país, y mucho menos por un estipendio. Imputaciones hay que, al resultar infundadas, se incorporan indeleblemente, no á la biografía del acusado, sino á la del acusador. Pero, dado que Alberdi tuviese razón contra el Brasil, no la tenía en su defensa del Paraguay de López. Por otra parte, si para el escritor sincero es lícito y aun patriótico criticar al gobierno de su país, llegan horas solemnes en que patria y gobierno se enlazan tan estrechamente que es imposible apuntar al uno sin herir á la otra. Fueron errores humanos. ¿Quién extrañará que, vilipendiado por los encumbrados adversarios que se sucedieron en la presidencia, Alberdi haya perdido alguna vez la sangre fría y el sentido recto que son característicos de su talento? Sucedióle á Victor Hugo, en su odio ciego contra el Imperio, declararse públicamente, durante la guerra de Crimea, por los Rusos contra los Franceses. La Francia liberal comprendió la razón del extravío, y nadie pensó en infamar al gran poeta con el dieterio de traidor. Alberdi sintió el dardo envenenado penetrarle hasta el alma; y es por ello, sin duda, que, á la vejez y después de cuarenta años de ausencia, aceptó agradecido la reparación pública, resolviéndose á volver á su patria para sentarse en el Congreso. Era muy tarde, para él y para nosotros! No hay error más triste que ceder al llamamiento de la realidad, cuando la hemos transfigurado á la distancia con largos años de ilusión. Si la aparición de Alberdi envejecido y desorientado no fué un desencanto sino para los que no habían leído sus libros, para él la decepción fué profunda y fatal:

se volvió al destierro como á su única patria, para acabar de morir. Había bebido durante un cuarto de siglo la hiel de la calumnia y el vinagre de la iniquidad: pero ese adiós eterno á su pueblo que no le conocía y á quien no conocía ya, fué sin duda la gota de suprema amargura. — Queda su obra fragmentaria, y con ella el testimonio irrecusable del cerebro más comprensivo, del espíritu más ágil y sagaz de su generación, que es la gran generación argentina. Como literato de vigor y colorido, es inferior á Sarmiento y acaso á López: á todos aventaja como pensador político. En él la forma se ajusta tan perfectamente á la idea que no parece existir: no tiene estilo distinto del pensamiento; y la frase transparente, estrechamente adecuada al concepto, remeda un velo blanco sobre una blanca desnudez. No tenía paleta; pero, suele ser tan precisa su línea, que la ausencia de color no se deja sentir. Hay una virtud secreta en su talento, lo mismo que había en el hombre una belleza interior.

JUAN AGUSTÍN GARCÍA, hijo del RÉGIMEN COLONIAL.

Nació en Buenos-Aires el 12 de abril de 1862. Después de cursar estudios secundarios, ingresó en la Facultad de derecho de esta ciudad, donde se graduó, el 24 de mayo de 1882 (antes de los veinte años, por consiguiente), con una tesis sobre *Los hechos y los actos jurídicos* que, además de otros méritos, tiene el de no traer dedicatoria. Fuera de sus trabajos profesionales, como abogado y juez en lo civil, el doctor García ha colaborado en varios periódicos y publicado en folleto algunos trabajos de filosofía y crítica; entre ellos mencionaremos un claro resumen de psicología — *La asociación de ideas* — que en su forma sucinta revela fuerte preparación. Profesor de *Introducción al derecho* en la Facultad, ha publicado la primera parte de su curso, en un volumen de 328 páginas. Desde el punto de vista «pedagógico», formularíamos algunas críticas al plan y estructura de la obra; pero reconocemos lo meritorio del esfuerzo y, en varios capítulos de los *Antecedentes históricos*, la unión feliz del estudio concienzudo con el talento de expresión.

LA BIBLIOTECA

CONDICIONES

LA BIBLIOTECA saldrá en la segunda quincena de cada mes.

Cada número contendrá 160 páginas, las que formarán con cuatro números un elegante volumen gran in-8° de 640 páginas.

PRECIOS DE LA SUSCRIPCIÓN POR AÑO

BUENOS-AIRES.....	20	» \$ curso legal
PROVINCIAS.....	21.50	—
EXTERIOR.....	8	» \$ oro
Un número suelto.....	2	» \$ curso legal

La suscripción se paga adelantada

SE SUSCRIBE

En Buenos-Aires : LIBRERÍA DE FÉLIX LAJOUANE, Perú 85

y en las principales librerías

EN EL EXTERIOR

MONTEVIDEO.....	Librería de Barreiro y Ramos
SANTIAGO DE CHILE.....	— Roberto Miranda
LIMA.....	— V ^a de Galland
RIO DE JANEIRO.....	— F. Briguier y C ^a
PARAGUAY (Asunción)....	— Uribe y C ^a
MÉXICO.....	— V ^a de Ch. Bouret
MADRID.....	— Victoriano Suárez
París.....	Em. Terquem, rue Scribe, 19

Por avisos é informaciones, dirigirse á FÉLIX LAJOUANE
Perú, 85, Buenos-Aires

LA
BIBLIOTECA

REVISTA MENSUAL DIRIGIDA POR P. GROUSSAC

SUMARIO

Adolfo Alsina.....	<i>Sistemas de filosofía.....</i>	325
Eduardo L. Bidau....	<i>El doctor Antonio E. Malaver.....</i>	344
***	<i>La Pesquisa.....</i>	362
Diego T. R. Dávison..	<i>La Música en el arte de curar.....</i>	381
Carlos A. Aldao.....	<i>En la caverna de Mammoth.....</i>	399
Rubén Darío.....	<i>Poemas de América.....</i>	414
Paul Groussac	<i>Santiago Liniers. — La Reconquista...</i>	422
***	<i>Documentos históricos.....</i>	459
***	<i>Boletín bibliográfico.....</i>	477
***	<i>Redactores de la Biblioteca (interior de la cubierta).</i>	

BUENOS AIRES

LIBRERÍA DE FÉLIX LAJOUANE, EDITOR

85 — CALLE DEL PERÚ — 85

1897

REDACTORES DE « LA BIBLIOTECA »

NÚMERO DE MARZO

ADOLFO ALSINA (SISTEMAS DE FILOSOFÍA).

Nació en Buenos Aires el 14 de enero de 1829. Hijo del ilustre publicista unitario, don Valentín Alsina, y de la virtuosa matrona doña Antonia Maza, estaba predeterminado á criarse en el destierro desde que la barbarie se entronizó en su país: Rosas asumió la dictadura en marzo de 1835; el 5 de septiembre del mismo año, el doctor Alsina lograba escaparse del pontón *Sarandí* donde estaba engrillado. Se estableció en Montevideo hasta la caída del tirano, defendió con la pluma y con la espada á su partido próscrito, aceptando más tarde la honra peligrosa de suceder en el *Comercio del Plata* á F. Varela asesinado. La fibra precozmente viril de Adolfo Alsina se templó en ese hogar volante, entre rumores de guerra y conspiración, gritos de generosa protesta, ayes de viudas y huérfanos. Creció teniendo á la vista dos altos ejemplos de virtudes públicas y privadas; de suerte que, desde niño, con sólo amar á sus padres rindió culto al deber y al honor, y bastóle seguir las huellas paternas en la áspera senda donde el sacrificio es cierto, si dudoso el premio cívico. Completó su educación en el « Colejio Nacional » que transportó consigo el venerable maestro Peña, también expatriado como la civilización y el saber, y obligado á erigirles un refugio en la « Nueva Troya » *novam condere urbem*. Allí pronunció Adolfo Alsina, como bedel del aula de filosofía, el discurso que publicamos hoy. Después de Caseros, volvió hombre al Buenos Aires de su primera infancia, y, mientras era su padre ministro de López, él terminaba sus estudios jurídicos en esta Facultad, graduándose en ese mismo año de 1852. Actuó en la política liberal que, después de la revolución de septiembre, elevó á don Valentín al gobierno de la provincia, y tomó parte en la defensa de la ciudad sitiada por Urquiza. Comandante de guardias nacionales en Cepeda, fué uno de los diputados de Buenos Aires rechazados por el congreso del Paraná. En Pavón mando la 8ª brigada; y la victoria abrió también para Alsina el vasto escenario político. Fué elegido diputado al Congreso, y pronunció en ese año cli-

matérico de 1862, contra el proyecto de federalización de la Provincia, un discurso memorable que, sobre ser el mejor de su vida parlamentaria, es sin duda el más luminoso y elocuente de ese debate en que intervinieron Rawson, Elizalde, Gorostiaga, Mármol y otros oradores de valía. La defensa de Buenos Aires que fundó la reputación nacional de su autor, fué la señal de su rompimiento con el general Mitre y sus amigos. Sabido es que nacieron de la escisión los partidos *nacionalista* y *autonomista*, cuya rivalidad ardiente y azarosa, pero fecunda, dió rumbo durante quince años á la historia de Buenos Aires, y, puede decirse, de la República. Elegido gobernador en 1866, Alsina confió á Avellaneda la cartera de gobierno y la de hacienda á don M. Varela: están en todas las memorias las útiles innovaciones y sanas reformas que caracterizaron esa administración. Entretanto se abría la sucesión presidencial, y Alsina era candidato con Elizalde, Urquiza y Sarmiento. Habiendo renunciado á su candidatura para asegurar el triunfo de la última, fue designado para la vice-presidencia. La lógica de los acontecimientos, superior á la previsión de los hombres, hizo que se reprodujera seis años después una situación análoga á la de 1867. Entre las dos candidaturas irreconciliables de Alsina y Mitre, surgió la de Avellaneda; y también esta vez resolvió el primero ofrecer al candidato de doce provincias la base de Buenos Aires, indispensable para el gobierno sino para la elección. Estalló la revolución del 74; y Alsina, como ministro de la guerra, contribuyó eficazmente á la pacificación del país, primero por el triunfo legal, y después por la política de « conciliación ». La cuestión de fronteras, á la que dió solución provisional, ocupó su actividad hasta rendir su enérgica naturaleza: sabido es que contrajo en Carhué la enfermedad de que murió en Buenos Aires, el 29 de diciembre de 1877. Es permitido pensar que esa muerte prematura modificó la historia argentina. En todo caso, fué sentida y llorada como una calamidad. Alsina no era un pensador político ni un estadista de vasto horizonte, — acaso tampoco

(Continúa en la página 3 de la cubierta).

REDACTORES DE « LA BIBLIOTECA »

un orador completo : fué ante todo, y por sobre todos sus contemporáneos, un poderoso tribuno popular, un alma cálida y generosa, siempre vibrante de virtud patriótica. Habiéndose hecho « todo para todos » como el Apóstol, no conoció la ley común; los estrechos deberes domésticos : su verdadero hogar fué Buenos Aires; la amó y fué amado de ella con intensidad tan profunda y carnal, que esta doble pasión casi define al hombre por su pueblo, y recíprocamente. Fué el tipo acabado y superior del *porteño*, con todas sus excelencias y deficiencias. Por eso no quisimos perder de vista su imagen familiar, y, desde el día de su muerte, podría decirse que surgió espontánea del suelo su estátua de bronce, irguiéndose para siempre en el corazón de la Ciudad.

EDUARDO L. BIDAÚ (EL DOCTOR ANTONIO E. MALAVER).

Nació en Buenos Aires el 25 de agosto de 1862. Cursó estudios preparatorios en el Colegio Nacional é ingresó en la Facultad de derecho. Se graduó en mayo de 1885 con una tesis sobre *Hipoteca naval*, siendo designado para pronunciar el discurso de colación. En 1875, publicó un trabajo interesante sobre *Delitos de imprenta*. En 1888, su meditado estudio sobre *Privilegios diplomáticos*, presentado á la Facultad, le hizo designar para suplente de derecho internacional público. En dicho año emprendió la publicación de los *Anales de la Universidad*, escribiendo, en colaboración con el doctor Norberto Piñero, el primer tomo, que comprende la historia de la institución. Fuera de los trabajos citados y de otros escritos profesionales, el doctor Bidau ha colaborado en la prensa jurídica y política de la Capital. Ha sido profesor de Historia argentina en el Colegio Nacional. Actualmente es secretario general de la Universidad y dicta además en la Facultad, como suplente en ejercicio, el curso mencionado. Igualmente apreciado en el mundo forense y universitario, el doctor Bidau es una de las inteligencias nutridas de la generación que va llegando á la madurez.

DIEGO T. R. DÁVISON (LA MÚSICA EN EL ARTE DE CURAR).

Nació en Concordia (Entre-Ríos) en 1857. Principió su educación en Montevideo y la terminó en Inglaterra. Pasó

á estudiar medicina en Edimburgo, recibiendo en 1881 el grado de doctor de esa universidad. Ocupó los puestos de médico interno del hospital real de Edimburgo, de primer médico interno del hospital del sud de Liverpool y; más tarde, del hospital de Wrexham. Después de viajar por Europa, Asia y Norte América, regresó á su patria para ejercer su profesión. Desde 1889 fué uno de los activos organizadores del movimiento de opinión que condujo á la revolución del 90. El año siguiente, fundó el diario *La Defensa del Pueblo* que fué suprimido durante el estado de sitio. Elegido concejal de la Municipalidad en 1892, renunció el cargo por haber aceptado el de vocal del Departamento de higiene, que aún desempeña. Ha colaborado en las principales publicaciones médicas de Buenos Aires y Londres, tratando con preferencia las cuestiones de medicina pública é higiene. En 1890, publicó *Las causas de la difteria*, importante contribución al estudio local de dicha enfermedad, como que es el resultado de una investigación personal en las numerosas casas de Buenos Aires donde habían fallecido diftéricos. Además de la obra citada y sus trabajos diseminados en las revistas, el doctor Dávison suele tratar temas científicos en conferencias dadas en la *Sociedad médica argentina* ó el *Círculo médico*.

CARLOS A. ALDAO (EX LA CAVERNA DE MAMMOTÍ).

Nació en Santa Fe el 5 de mayo de 1860. Después de cursar allí segunda enseñanza ingresó en la Facultad de derecho de Buenos Aires, graduándose en 1884 con una buena tesis sobre *El Divorcio*, entonces de actualidad. Formó parte de la justicia de paz letrada desde su creación, primero como juez y luego como camarista. En 1892, fué nombrado secretario de la misión especial adscripta á la legación de Washington para el arbitraje de Misiones, y con este motivo ha dado á luz un importante estudio sobre dicha cuestión. A su regreso fué nombrado director del banco de la Provincia. Además de la obra citada y de su colaboración periodística, el doctor Aldao ha publicado varios folletos sobre materia constitucional. Últimamente ha traducido los *Ensayos* de Emerson con una propiedad y galanura que *La Biblioteca* ha señalado.

LA BIBLIOTECA

CONDICIONES

LA BIBLIOTECA saldrá en la segunda quincena de cada mes.

Cada número contendrá 160 páginas, las que formarán con cuatro números un elegante volumen gran in-8° de 640 páginas.

PRECIOS DE LA SUSCRIPCIÓN POR AÑO

BUENOS-AIRES.....	20	» \$ curso legal
PROVINCIAS.....	21.50	—
EXTERIOR.....	8	» \$ oro
Un número suelto.....	2	» \$ curso legal

La suscripción se paga adelantada

SE SUSCRIBE

En Buenos-Aires : LIBRERÍA DE FÉLIX LAJOUANE, Perú 85
y en las principales librerías

EN EL EXTERIOR

MONTEVIDEO.....	Librería de Barreiro y Ramos
SANTIAGO DE CHILE.....	— Roberto Miranda
LIMA.....	— V ^a de Galland
RIO DE JANEIRO.....	— F. Briguiet y C ^a
PARAGUAY (Asunción)....	— Uribe y C ^a
MÉXICO.....	— V ^a de Ch. Bouret
MADRID.....	— Victoriano Suárez
PARÍS.....	Em. Terquem, rue Scribe, 19

Por avisos é informaciones, dirigirse á FÉLIX LAJOUANE
Perú, 85, Buenos-Aires